César Vidal



España frente al islam

•

España frente al Islam
César Vidal
Artorius Inc.
Primera edición 2015

Compuesto por David Morán Díaz

PRÓLOGO

MÁS DE UNA DÉCADA DE DISTANCIA

El tiempo pasa y no pasan menos las circunstancias en que vieron la luz nuestras obras. *España frente al Islam* aparecida en 2003 se convirtió en un best-seller inmediato cuyas ediciones se fueron sumando de manera ininterrumpida durante varios años. Lo que entonces refería tenía además una repercusión actual en la medida en que España disfrutaba de un papel en la escena internacional acentuado por su apoyo a la intervención en Irak. A la sazón, parecía que no sólo era posible acabar con las dictaduras de las naciones musulmanas sino que el mismo terrorismo islámico iba a ser detenido de manera radical tras los atentados del 11-S. A algo más de una década de distancia, las circunstancias han cambiado y no para mejor. El 11 de marzo de 2004, España se estremeció a causa de unos atentados que fueron atribuidos – como luego se sabría más que erróneamente - al terrorismo islámico y que tuvieron como consecuencia no que el pueblo español se volviera contra los presuntos agresores sino que buena parte del electorado se revolviera contra el gobierno del PP con la consecuencia de que este partido perdió unas elecciones que tenía más que ganadas y que llegó al poder el socialista José Luis Rodríguez Zapatero. Durante los años siguientes, España no sólo perdió de manera acelerada su peso en la política internacional – a día de hoy no se ve cuando podría recuperarlo – sino que, bajo Rodríguez Zapatero no dejó de hacer guiños al islam aceptando de manera irresponsable un incremento de la inmigración islámica. Pero si mala ha sido la situación de España en estos años, no mejor ha sido el panorama internacional. Las intervenciones en Iraq y Siria no fueron coronadas por el éxito sino por una mayor inestabilidad hasta el punto de que, a día de hoy, la posibilidad de recibir golpes del terrorismo islámico se han extendido desde Europa hasta Asia Central sin excluir otros puntos del globo. Occidente – que ha multiplicado los errores de manera pavorosa – no sólo no está ganando la batalla sino que, posiblemente, deba retirarse de Oriente si desea que el mundo recupere siquiera un simulacro de estabilidad. El mundo, por desgracia, ha resultado peor que mis peores previsiones de hace poco más de una década. Si quiera para que pueda apreciarse he conservado el prólogo original de esta obra. Que cada cual saque sus consecuencias.

Miami, 2015

PRÓLOGO

La cercanía de otras culturas ha sido una constante indiscutible en la España de las últimas décadas. Tras un periodo de aislamiento breve al término de la guerra civil, nuestra nación no tardó en experimentar contactos con aquellas otras que por razones de geografía o de proximidad cultural se hallaban más cercanas. Mientras la vida en todas sus facetas adoptaba referentes —no siempre bien recibidos— que procedían fundamentalmente de Europa occidental y de los Estados Unidos, el contacto con otras culturas prácticamente no existía.

Esa circunstancia comenzó a modificarse drásticamente tras el advenimiento de la democracia y, de manera muy especial, en los últimos años, cuando los destinos turísticos incluso de las clases populares se ampliaron llegando a territorios de mayor o menor interés situados en el Extremo Oriente o en el sur del continente africano. En paralelo, los medios de comunicación acercaron a la sociedad española, más que en ninguna otra época de su Historia, a problemáticas, pueblos y situaciones relacionados con otras culturas.

Todos esos contactos —en general epidérmicos— no afectaban, sin embargo, a la cotidianeidad española. Se podía regresar de Tailandia sin saber muy bien lo que se había visto o seguir sin tener la menor idea de los fundamentos del hinduismo después de haber viajado a la India pero nada de eso implicaba mayores consecuencias en el devenir diario.

La excepción a ese contacto con otras culturas tan diferentes de la occidental lo constituye el islam. Lejos de haber ido a su encuentro —desde luego, no más allá de algunos destinos turísticos no especialmente solicitados—, el islam ha saltado de manera literal sobre las costas españolas y en ese impulso ha planteado algunos de los mayores problemas con los que España ha de enfrentarse en la actualidad. De ser una nación tradicionalmente emigrante, España ha pasado a convertirse en otra próspera que recibe un verdadero aluvión de inmigrantes que plantean desafíos que deben ser resueltos y que, no pocas veces, tienen un especial colorido islámico.

De la misma manera, España ha dejado de ser una nación aislada internacionalmente para transformarse en otra con un peso creciente en los foros mundiales. En el curso de apenas una década, eso se ha traducido en su participación en distintos conflictos bélicos de los que los dos más importantes —las guerras del Golfo— también han presentado esa peculiar coloración islámica.

No sólo eso. Las agresiones armadas sufridas por el territorio nacional en los últimos treinta años —de la Marcha Verde a la invasión de Perejil— han transcurrido también bajo la bandera del islam.

Por último, el problema del terrorismo —que en España ha estado vinculado en las últimas décadas a la extrema izquierda y, de manera muy especial, al nacionalismo vasco— ha adquirido también un matiz islámico que no muestra su carácter amenazante, como algunos afirman, desde los atentados del 11 de septiembre sino desde años atrás. Buena prueba de ello es como en 1991, el gobierno de Felipe González, implicado en la primera guerra del Golfo, adoptó medidas para evitar la comisión de acciones terroristas de carácter islámico en nuestro territorio nacional.

Esa irrupción de perfiles cuando menos inquietantes —terrorismo, guerra, problemas derivados de la inmigración...— ha dotado al islam de un carácter privilegiado a la hora de vernos obligados a proceder al análisis de su impacto en nuestra sociedad. Puede que sean muchos más los turistas japoneses que los musulmanes, pero no parece que tengamos una necesidad imperiosa de conocer la cultura nipona. Puede que haya más chinos que musulmanes en España, pero la ciudadanía no los percibe como un colectivo de características problemáticas. De la misma manera, el fenómeno del terrorismo en España pasa más por el nacionalismo vasco que por cualquier otra corriente ideológica, pero resulta inevitable temer que, si alguna vez aparece una segunda fuerza terrorista que

actúe trágicamente en nuestro país, su carácter será islámico. Finalmente, llama a la reflexión que los únicos conflictos armados —reales o presumibles— que España puede padecer se relacionen también con naciones islámicas.

Sin embargo, a diferencia de lo que significó, por ejemplo, la invasión napoleónica de 1808 o la acción de la Komintern, irrupciones trágicas pero inesperadas, la historia de España rebosa de precedentes de contactos con el islam, contactos, por otra parte, que fueron encrespados y duros, bélicos y agresivos. En realidad, habría que decir —y sólo se afirmaría la verdad— que la historia de España es verdaderamente incomprensible sin hacer referencia a su enfrentamiento multisecular, a vida o muerte, con el islam.

Los siguientes capítulos constituyen un ensayo histórico en el que se ha intentado trazar ese enfrentamiento no sólo desde la perspectiva del relato descriptivo sino, fundamentalmente, del deseo y del intento de comprender lo que el islam ha significado, significa y puede significar para la nación española. Contra lo que muchos ignorantes de la Historia —islamófilos o defensores de lo políticamente correcto, que tanto da— pueden pensar, el enfrentamiento de España con el islam no es nuevo ni obedece a los intereses de los Estados Unidos o a una supuesta —y falaz e inexistente— conjura judía internacional. En realidad, comenzó muchos siglos antes de que tanto los Estados Unidos como el estado de Israel existieran y en esa lucha se decidió no sólo su destino nacional sino también el de Europa occidental.

La estructura del libro está concebida de tal manera que su lectura no tenga que ser ordenada ni verse enclaustrada en una férrea sucesión en capítulos. En la primera parte, se indican los materiales esenciales con que se halla construido el islam desde Mahoma y cómo su llegada hasta la península Ibérica se tradujo en la aniquilación de la cultura más importante de Occidente a la sazón y en una lucha de liberación nacional que se prolongaría a lo largo de casi ochocientos años. En la segunda, me he ocupado de la manera en que el islam no consideró durante más de dos siglos que la Reconquista fuera un proceso cerrado e intentó, de manera despiadada y continua, revertir ese fenómeno histórico precisamente en una época en que también intentaba anegar Europa y sembraba las semillas de dramas cuyos últimos actos, al menos de momento, hemos vivido hace apenas unos años. Finalmente, la tercera pone de manifiesto cómo el enfrentamiento con el islam no concluyó en el siglo XIX sino que se fue agudizando especialmente tras el proceso de descolonización que, teóricamente, debía zanjar todo tipo de contenciosos. Asimismo, en esta sección del libro se plantean —no está en la mente del escritor la idea de haberlos resuelto— los grandes desafíos que el islam implica para la sociedad española y la manera en que, con mayor o menor fortuna, se ha dado o da respuesta a los mismos. La libertad en la lectura es absoluta. El lector puede seguir, como ya queda indicado, el orden que más le plazca. Puede así comenzar con la primera parte para conocer las raíces del conflicto entre España y el islam y luego continuar con sus distintos avatares hasta la actualidad, o puede también comenzar con el análisis de la última parte para tener una idea global de lo que han sido las últimas décadas y luego retroceder a lo largo del libro para descubrir cómo no se trata de fenómenos nuevos.

Decía Abraham Lincoln que podemos hacer cualquier cosa con la Historia salvo escapar de ella. El autor de estas líneas es de la misma opinión. La realidad histórica puede ser escamoteada, ocultada u opacada con creaciones tan estúpidamente falsas como la de la supuesta convivencia de las tres culturas en la España medieval o la del carácter presuntamente tolerante de una ideología que nos sobrecoge al inspirar, impulsar y ejecutar la lapidación de las fornicarias en Nigeria; el suicidio asesino de una adolescente que, cargada con una bomba, causa la muerte de docenas de israelíes en Tel-Aviv; el entrenamiento terrorista de niños palestinos en Cisjordania o la aplicación en público de la pena de muerte a delincuentes en Irán. Sin embargo, semejantes juegos de ilusionismo histórico y político resultan, al fin y a la postre, inútiles. Digamos lo que digamos del pasado, éste siempre

emergerá y lo hará de la peor manera si en vez de haber aprendido sus lecciones nos empecinamos en contarlo no como aconteció efectivamente, sino como nos hubiera gustado que sucediera.

En ese sentido, el islam y la manera en que abordemos nuestra relación con él constituye una verdadera prueba de fuego para saber si estamos dispuestos a aprender las lecciones de la Historia y a conducir de manera realista nuestro presente para construir un futuro en libertad o si, por el contrario, llevados por el papanatismo de lo políticamente correcto, nos sentimos más inclinados a enterrar la cabeza bajo la tierra de falsas reconstrucciones del pasado sin preocuparnos por cuál será nuestro futuro y el de nuestros hijos. La primera actitud puede depararnos una lucha dura pero, a fin de cuentas, indispensable para salvaguardar nuestra supervivencia como cultura; la segunda no pasa de ser un sueño auto-inducido que acabará, trágica pero inevitablemente, derivando en la peor de las pesadillas.

Madrid, otoño de 2003

Primera Parte

EL ENEMIGO DERROTADO

Capítulo I

EL NACIMIENTO DEL ISLAM

Mahoma y el nacimiento del islam[1]

En el año 711 un contingente de tropas musulmanas cruzaba el estrecho de Gibraltar —un accidente geográfico que, por cierto, debe su nombre actual a esa circunstancia— y se adentraba en España. En un plazo de algunos años pasaría a controlar, con los matices que señalaremos en su momento, la casi totalidad de la Península, dando inicio a una ocupación parcial y a una lucha de liberación de sus habitantes que se extendería a lo largo de casi ocho siglos. El episodio —de importancia esencial en la historia de España y por ende en la de Europa occidental— tuvo su origen en una marea de expansión territorial iniciada algunas décadas antes en un lugar tan apartado de la órbita cultural hispana como la península Arábiga.[2] Ésta, que se halla enclavada entre el mar Rojo, el golfo Pérsico y el océano Índico, cuenta con una superficie de unos 2,5 millones de kilómetros cuadrados sometidos a un clima extremadamente caluroso y seco. Su importancia hasta el siglo VII había sido muy escasa —por no decir prácticamente nula— en la historia de Oriente Próximo. Territorial y culturalmente, la península Arábiga se dividía en tres zonas relativamente bien delimitadas. Al norte se hallaban situados algunos principados sometidos, según la ocasión, al imperio persa o al bizantino. Se trataba de pequeñas entidades políticas no exentas de contacto con influencias religiosas y filosóficas que junto al judaismo y al cristianismo incluían elementos griegos y persas. Posiblemente ese carácter más abierto explica que el alfabeto árabe naciera en ese contexto. Al sur se encontraba la denominada por los clásicos «Arabia feliz», que había perdido tiempo atrás su papel en el comercio de aromas y especias pero que todavía conservaba vínculos comerciales con Egipto y la India. Finalmente, en el centro —dominado totalmente por el desierto— se hallaba el dominio de los nómadas, en torno fundamentalmente a las ciudades de Medina y La Meca, siendo esta última un importante centro de peregrinación, ya que en su santuario, conocido con el nombre de Kaaba, se conservaba una piedra negra —seguramente un aerolito— objeto de

peregrinaciones.

A pesar de sus diferencias y de la existencia de comunidades judías y cristianas, las tres áreas eran adeptas religiosamente a un politeísmo animista que no sólo reconocía la existencia de distintos dioses —entre ellos Allah— sino que además otorgaba carácter mágico a lugares y objetos. Ese entramado religioso se entrelazaba además con la tribu como unidad social esencial, sustentada en la existencia de una consanguinidad transmitida por vía masculina y vinculada a una solidaridad que ni siquiera retrocedía ante el derramamiento de sangre a la hora de vengar las supuestas ofensas. Semejante estructura social no sólo resultaba frágil y dificultaba la adopción de formas más avanzadas de convivencia, sino que proyectaba una sombra de violencia sobre la existencia cotidiana que no siempre llegaba a ser conjurada felizmente. En este contexto iba a nacer, a finales del siglo VI, Mahoma (Muhammad en árabe).

Los datos históricos que poseemos sobre Mahoma sólo comienzan a ser sólidos en torno a los años 615-620, es decir, cuando contaba con una edad comprendida entre los cuarenta y cinco y los cincuenta años. Puede aceptarse sin mucho temor al error que nació en La Meca en torno al año 570 en el seno de los hashemíes, una rama ya en decadencia de los quraysíes. Se ha señalado la posibilidad de que los cambios de fortuna contemplados durante sus primeros años entre los habitantes de La Meca —y sufridos por él— habrían podido provocarle una cierta sensibilidad hacia los menesterosos, pero semejante aserto no pasa de ser mera especulación ante la ausencia de fuentes sólidas. Sí sabemos que en torno a los cuarenta años Mahoma comenzó a afirmar que había sido objeto de una revelación que las distintas fuentes relacionan incluso con Allah y que, finalmente, se vinculó con el arcángel Gabriel. Dedicaremos al análisis del mensaje espiritual de Mahoma un capítulo ulterior, por lo que no vamos a detenernos ahora en él. Sí debe señalarse que, en sus primeros momentos, apenas llamó el profeta la atención de sus paisanos, limitándose los adeptos iniciales a su esposa Jadiya —una mujer acaudalada y de mayor edad que Mahoma, que había contraído matrimonio con él al quedar viuda—, a su primo Alí, que contraería matrimonio con Fátima, hija del profeta, y a su amigo Abu Bakr, cuya hija Aisha llegaría a ser la última mujer de Mahoma.

La predicación iniciada en torno al 610 acabó finalmente cuajando en la creación de una comunidad sobre el año 619. En su seno Mahoma se presentaba como un profeta superior a todos los anteriores —aunque siguiendo una línea que incluía, entre otros, a Abraham, Moisés y Jesús—, y que predicaba un monoteísmo difuso[3] relacionado con un dios pre-islámico denominado Allah. No fue bien recibido el mensaje de Mahoma por varias razones. Una, sin duda, era su carácter monoteísta, aun con todas sus limitaciones, que chocaba con el politeísmo arábigo y que, como había sucedido con el cristianismo[4], tenía consecuencias negativas para los politeístas en el terreno económico. Otra, similar a la animadversión que provocan hoy en día muchas sectas, arrancaba de la manera en que la aceptación del mensaje de Mahoma erosionaba las relaciones familiares a favor de una forma de unión distinta, en este caso una nueva lealtad religiosa. Esa relación familiar, que se extendía protegiéndolo, salvó a Mahoma de verse atacado por sus paisanos, pero fue también la que, viéndose lesionada, le acabó impulsando a huir de La Meca.

En su ayuda se produjo además una circunstancia que cambiaría ciertamente la Historia. En la ciudad de Yatrib (Medina) se habían dado controversias políticas que hacían recomendable el arbitraje de alguien dotado de cierto prestigio personal. Algunos de los medineses pensaron que Mahoma podía ser ese personaje y le invitaron a trasladarse a su ciudad. La invitación no pudo llegar en momento mejor, y el 16 de julio de 622 Mahoma optó por la huida (hégira) de La Meca en dirección a Medina. Se iniciaba así la era islámica y, como tendremos ocasión de ver en el capítulo siguiente, una época de profundas mutaciones en el mensaje del profeta.

La toma del poder en Medina transformó al hasta entonces pacífico profeta religioso en un

político dispuesto a utilizar la fuerza para hacer progresar sus tesis. Ciertamente Medina era una población en la que convivían politeístas y judíos y que, inicialmente, no se sentía inclinada a aceptar el islam. Sin embargo, en muy poco tiempo se fue perfilando la configuración de una comunidad islámica engrosada por las conversiones locales. Que muchas de éstas fueron motivadas por la conveniencia no admite discusión. Las mismas fuentes islámicas señalan la existencia de falsos conversos al islam a los que denominan «hipócritas» *(munafiqun)*. Por lo que se refiere a los judíos —nada inclinados a ver en Mahoma a un nuevo profeta— no tardaron en ser expulsados o ejecutados por orden de Mahoma. Se iniciaba así un antisemitismo islámico que luego se ha querido explicar aduciendo otro tipo de razones pero que, como veremos, hunde sus raíces en el mismo fundador del islam.

Las razones para el asentamiento de la autoridad de Mahoma en Medina fueron diversas y, desde luego, estuvieron directamente relacionadas con la predicación del islam. En primer lugar, se encontraba la creación de unos lazos de lealtad que se superponían y aventajaban, al menos en teoría, a los nacidos de la relación familiar. El que abrazaba el islam derivaba tales beneficios de la pertenencia a la nueva comunidad, mientras que permanecer fuera de ella implicaba situarse en un estado de inferioridad en el seno de la sociedad. No resulta por ello extraño el fenómeno de los denominados hipócritas que, posiblemente, tan sólo deseaban sobrevivir de la mejor manera en el interior de una realidad social cambiante.

En segundo lugar, el poder político dejó de derivar su legitimidad de un consenso tribal para tomarla del islam. El musulmán —en este caso el propio Mahoma— contaba con una legitimidad que procedía de su sumisión *(islam)* a Allah. El no musulmán carecía por definición de cualquier legitimidad política y, al respecto, la suerte seguida por los judíos no podía resultar más reveladora.

En tercer lugar, Mahoma recurrió a una militarización[5] de la comunidad islámica que, unida al aliciente del botín arrebatado a los enemigos, fortaleció enormemente los vínculos existentes entre los seguidores del profeta y estimuló las conversiones. No deja de ser significativo que el robo y asalto de caravanas —una actividad bien lucrativa y extendida en la Arabia preislámica— recibiera ahora la legitimación del profeta de Allah, profeta, dicho sea de paso, que se reservaba una quinta parte del botín conseguido en las incursiones de sus seguidores. A nuestra sensibilidad actual —tan imbuida, aun sin saberlo o reconocerlo, de principios cristianos— puede repugnarle que una religión se encuentre tan vinculada a la práctica del saqueo y de la violencia y que incluso las dote de una legitimidad muy acentuada. Es comprensible que así sea, pero lo cierto es que las repetidas victorias islámicas en el campo de batalla provocaron que a partir del 625 no fueran pocas las tribus que llegaran a una alianza con Mahoma e incluso aceptaran el islam. En el 628, 1a firma del tratado de Al-Hudaibiya con La Meca le permitió no sólo peregrinar a esta ciudad, sino incluso conseguir para Medina un cierto plano de igualdad. A partir de ese momento, puede decirse que La Meca estaba a la espera de caer en manos del profeta del islam como fruta madura. El creciente poder militar de Mahoma, la práctica del asesinato de disidentes mediante comandos especialmente encargados de esa misión —un siniestro precedente de ios atentados terroristas de la actualidad—, el trágico destino de los opositores, la utilización de la tortura y el temor a un cerco económico que aniquilara su posición acabaron provocando, al fin y a la postre, que en el 630 La Meca se entregara sin combate a Mahoma. Pocos fueron ejecutados después de su entrada en la ciudad[6] —lo que ha sido interpretado generalmente por los historiadores islámicos como una muestra de magnanimidad—, y el santuario de la Kaaba no sólo quedó abierto a los musulmanes sino que, de hecho, pasó a ser controlado por ellos.

En el 632, Mahoma viajó por última vez desde La Meca a Medina para realizar las ceremonias de la peregrinación, falleciendo poco después. A su muerte, el islam se había convertido en la única religión permitida en la península Arábiga, ocasionando el despojo, unido a la muerte o al exilio, de

sus adversarios. Su expansión territorial, que se produciría como en Arabia sobre la base de un militarismo legitimado religiosamente, sin embargo, apenas había comenzado.

Los sucesores de Mahoma

La muerte de Mahoma en el año 632 significó para sus seguidores no pocos inconvenientes. Hubo entre ellos los que esperaron que resucitara[7] —como había sucedido con Jesús, según los Evangelios— pero al final, el carácter naturalmente inerte del cadáver de su profeta acabó obligándoles a darle sepultura. A pesar de todo, el problema mayor vino derivado del hecho de que Mahoma no hubiera dejado ninguna instrucción previendo un proceso sucesorio. ¿Quién debía suceder al profeta y, sobre todo, con qué atribuciones? Materialmente la cuestión quedó zanjada mediante la elección en Medina de Abu Bakr al-Siddiq, suegro de Mahoma. Su título sería el de *Jalifat Rasul Allah* («sucesor —o vicario— del Mensajero de Dios»), de donde derivaría nuestro «califa».

Omar se convirtió en el segundo califa en el año 634 gracias a la designación de Abu Bakr. A esas alturas el islam estaba más que consolidado en Arabia, resultaba impensable ya un movimiento de resistencia y, siguiendo la propia dinámica de esta religión, se inició una gran expansión territorial. Países que desde hacía siglos eran cristianos como Egipto, Siria, Iraq y la parte norte de Mesopotamia se vieron invadidos militarmente, desposeídos de sus culturas propias y sometidos por la fuerza al islam. En adelante sus pobladores tendrían que elegir entre la sumisión a la nueva fe o verse relegados —si es que habían sobrevivido— a la categoría de súbditos de segunda clase.

En el 644, tras la muerte de Omar, Otmán ibn Affan, yerno de Mahoma y uno de sus primeros conversos, fue proclamado tercer califa por un consejo de seis miembros, elegidos entre antiguos compañeros de Mahoma. Otmán no dudó en continuar la política de expansión bélica, y podía aducir causas considerables de legitimidad, pero no tardó en chocar con algunos de los problemas que caracterizarían al islam durante los siglos siguientes, sin excluir los de su presencia en España. En primer lugar, y a pesar de la insistencia del islam en ser una religión universal, Otmán era un firme creyente en la superioridad de los árabes sobre los pueblos conquistados. Semejante posición se tradujo, por ejemplo, en un escandaloso trato de favor en pro de la aristocracia mequí. En segundo lugar, Otmán chocó con los maestros del islam —una religión ciertamente sin clero jerarquizado semejante al católico, por ejemplo, pero en la que el peso del clero equivalente es realmente extraordinario— al publicar un texto oficial y unificado del *Corán* y llevar a cabo la destrucción de las copias que se contradecían con él. A pesar de su relación privilegiada con Mahoma, en el año 656, Otmán fue asesinado en Medina por un contingente de tropas procedentes de Iraq y Egipto.

El hecho de que el califato recayera a continuación en Alí, primo y yerno de Mahoma, no significó el final de unas luchas intestinas que iban a caracterizar al islam durante los siguientes siglos. El gobernador musulmán de Siria, Muawiya, se negó a reconocer a Alí como califa y quiso vengar la muerte de su pariente Otmán. En el año 657, las tropas de ambos se encontraron en la llanura de Siffin (al norte de Siria), cerca del emplazamiento de la moderna ciudad de Raqqa. El combate no resultó decisivo y ambas partes decidieron recurrir a un arbitraje para acabar con el conflicto. La fórmula podía ser buena pero, desde luego, resultó inaceptable para un grupo de musulmanes —conocidos posteriormente como jariyíes— que no podían aceptarla y que se juramentaron para dar muerte a ambos pretendientes. Alí, efectivamente, fue asesinado, y mientras sus seguidores —conocidos como shiíes— formaban la escisión más importante en el seno del islam, su hijo Asan abdicó al cabo de unos meses en favor de Muawiya, una abdicación en la que pesó, desde luego, mucho más el temor que la convicción acerca de la legitimidad de éste.

Los omeyas (661-750)[8]

La toma del poder por Muawiya, miembro de una aristocrática familia de comerciantes, marcó el inicio de la dinastía de los omeyas y la realización de algunos cambios políticos ciertamente

sustanciales. Muawiya no sólo trasladó la capital de Medina a Damasco —un cambio siquiera en parte motivado para sustraerse de la influencia de las primeras familias musulmanas—, sino que además copió el modelo administrativo bizantino y estableció el principio sucesorio en el califato. Esta última práctica quedaría incorporada a la visión política del islam, pero siempre sujeta a las aceradas críticas de aquellos que pensaban que no era adecuada y que la legitimidad derivaba más bien de la sumisión del gobernante a los postulados del Corán. Todavía en la actualidad el debate continúa abierto y preñado de trágicas consecuencias. Por supuesto, en el siglo VII revestía una actualidad innegable. Así, Yazid I (680-683) logró suceder a su padre pero, de manera inmediata, hubo de enfrentarse a los shiíes de Kufa partidarios de Husayn, segundo hijo de Alí y nieto de Mahoma. Husayn fue asesinado en compañía de algunos partidarios en la llanura de Karbala, en Iraq, un acontecimiento que convirtió el cisma shií en irreparable.[9]

Los omeyas —definidos en alguna ocasión como bizantinos que hablaban árabe[10]— no dejaron de enfrentarse con problemas de grave envergadura que siguen caracterizando aún hoy en día el universo musulmán. A los enfrentamientos con shiíes y jariyíes que discutían su legitimidad, se sumaban las críticas de los *mawali* o conversos de origen no árabe que acusaban la inexistencia de una verdadera fraternidad islámica. No es objeto del presente estudio detenerse en esta problemática específica del califato omeya, aunque la analizaremos al tratar su gobierno en España.

Las reformas políticas de los omeyas vinieron acompañadas de una espectacular expansión territorial que, por oriente, llegó a China y la India y, por occidente, hasta el norte de África y, como veremos, la península Ibérica. Sin embargo, antes de llegar a esta cuestión debemos detenernos en la ideología que impulsaba tan pujante expansión religiosa, militar y política.

Capítulo II

EL ALMA DEL ISLAM

Mahoma y el Corán[11]

El islam es incomprensible sin una referencia a su libro sagrado, el Corán, y a su vez éste permanece oscuro y confuso sin un mínimo conocimiento de la experiencia vital de Mahoma. Sin embargo, a diferencia de otros textos sagrados como la Biblia, en buena medida puede decirse que el Corán es una obra desconocida de manera casi total fuera de los países específicamente musulmanes o con una población islámica de una cierta envergadura. Tal circunstancia no puede considerarse en absoluto afortunada. El Corán no es sólo una de las obras que han modelado extraordinariamente la historia pasada, sino que además actualmente sigue ejerciendo su influjo de una manera muy directa sobre una masa demográfica que supera holgadamente los 12 mil millones de personas. El Corán tuvo además un papel esencial en la llegada de los musulmanes a España a inicios del siglo VIII y en la relación posterior de musulmanes y españoles hasta nuestros días.

De una extensión bastante similar a la del Nuevo Testamento, el Corán contiene el conjunto de revelaciones manifestadas por Mahoma a lo largo de un par de décadas. Para el lector inexperto del Corán, la obra puede parecer en un primer acercamiento desprovista de coherencia. Los fragmentos fundamentalmente poéticos se alternan con normas no del todo sistematizadas. Las disposiciones no pocas veces adolecen de contradicciones que resultan chocantes en un texto con pretensiones de haber sido inspirado por Dios. Las razones para esta circunstancia resultan obvias cuando se analiza cuidadosamente su contenido en orden cronológico.

El texto del Corán está compuesto por 114 capítulos, denominados suras o azoras, que a su vez

se dividen en versículos, también llamados ayas o aleyas. En la ordenación de estos capítulos, generalmente, no se ha seguido un criterio cronológico, sino de extensión. Tal conducta no es extraña si tenemos en cuenta que también las cartas del apóstol Pablo están colocadas en el Nuevo Testamento de acuerdo con su extensión y no por su orden cronológico. En el Corán, salvo la primera sura (*Al-Fatiha*), suelen aparecer primero las suras más largas y, a continuación, las demás en orden decreciente de extensión. Sin embargo, cuando se procede a una lectura del Corán no de acuerdo a su orden actual sino al cronológico, el texto cobra una coherencia que resulta extraordinaria y, especialmente, muy iluminadora en cuanto a la actuación de Mahoma.

Los especialistas dividen, con escasas variaciones, los textos del Corán en cuatro periodos de aparición, a los que se denomina primero mecano (correspondiente a los años 610-615), segundo mecano (615-619), tercero mecano (619-622) y medinés (desde la hégira o abandono de La Meca por Mahoma hasta su fallecimiento). Estos periodos abarcarían las siguientes suras:

Primer periodo mecano: 96, 1-5, 74, 1-7, 106, 93, 94, 103, 91, 107, 86, 95, 101, 100, 92, 82, 87, 80, 81, 84, 79, 88, 52, 56, 69, 77, 78, 75,

55, 97, 53, 102, 96, 6-19, 70, 73, 76, 83, 74, 8-55, 111, 108, 104, 90, 105, 89, 85, 112, 109, 1, 113 y 114.

Segundo periodo mecano: 51, 54, 68, 37, 71, 44, 50, 20, 26, 15, 19, 38, 36, 43, 72, 67, 23, 21, 25, 27 y 18.

Tercer periodo mecano: 32, 41, 45, 17, 16, 30, 11, 14, 12, 40, 28, 39, 29, 31, 42, 10, 34, 35, 7, 46, 6 y 13.

Periodo medinés: 2, 98, 64, 62, 8, 47, 3, 61, 57, 4, 65, 5,9, 33, 63, 24, 58, 22, 48, 66, 60, 110, 49, 9 y 5.

Las primeras suras transmitidas por Mahoma —según algunos las más hermosas estéticamente — contienen una referencia muy sencilla a una fe monoteísta. A esas alturas, el árabe no era sino un convencido de la existencia de un dios único —¿por influencia de algún monje cristiano?—, creencia que chocaba con el politeísmo de la sociedad árabe. El primer texto del Corán en términos cronológicos (96, 1-5) no contendría sino la orden recibida por Mahoma para predicar tan sencilla doctrina:

«¡Predica en el nombre de tu Señor; que te creó!
Creó al hombre de un coágulo.
¡Predica! Tu Señor es el Generoso
que enseñó a utilizar el cálamo,
que enseñó al hombre lo que no sabía.»

Los textos inmediatamente posteriores —escuchados por algunas personas cercanas a Mahoma con interés, mientras despertaban desprecio y perplejidad en el resto de sus contemporáneos— se centran en algunos temas persistentes. Así, se afirma que sólo existe un dios (Allah) al que hay que rendir el único culto; que Allah juzgará un día a todos los seres humanos y que exige actualmente vivir con equidad, lo que se traduce, por ejemplo, en tratar bien a los necesitados y cantar Su bondad. Al respecto, la sura 93 (La Mañana) resulta absolutamente paradigmática:

«En el nombre de Allah, el Clemente, el Misericordioso.
¡Por la mañana!
¡Por la noche cuando domina!
Tu Señor no te abandonó ni muestra aborrecimiento.
Para ti será mejor lo último que lo primero.
Tu Señor te concederá y quedarás harto.
¿Acaso no te halló huérfano y te acogió?
¿Acaso no te halló perdido y te guió?

¿Acaso no te halló pobre y te colmó de riquezas?
¡No maltrates al huérfano!
¡No rechaces al menesteroso!
La bondad que ha tenido contigo, nárrala.»

Como ya señalamos, la existencia de un único Dios —cuestionada por los que adoraban imágenes o rendían culto a distintas divinidades a la vez— indica también que Este va a juzgar a los seres humanos estableciendo en qué medida se han plegado a Su voluntad o han actuado de manera desobediente y rebelde. En ese sentido no resulta sorprendente que las primeras suras del Corán estén repletas de referencias al juicio divino que, además de presentarse como palpablemente cercano, es descrito con una notable sencillez y, a la vez, con un extraordinario cromatismo:

«En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso.
El golpe.
¿Qué es el golpe?
¿Qué puede llevarte a comprender lo que es el golpe?
Es el día en que los hombres se encontrarán como mariposas que no saben a dónde dirigirse,
y los montes serán como copos de lana que se ha cardado.
Aquel cuyas obras pesen,
tendrá una vida grata.
Aquel cuyas obras apenas pesen,
morará en un abismo.
¿Qué puede llevarte a comprender lo que es el abismo?
Es un fuego ardiente.»
(101, 1-11)

«Al que da, es piadoso
y proclama con veracidad lo plenamente hermoso, le ayudaremos a obtener la suprema dicha.

Al que es avaro, despreocupado y niega lo que es plenamente hermoso, le llevaremos a sufrir el mayor de los desconsuelos.

De nada le servirá su caudal cuando sea arrojado...

Os he advertido sobre un fuego que lanza llamas: lo aguantará el más irreligioso, que es incrédulo y se aparta.

Se salvará de él aquel que es religioso, que da su riqueza para purificarse y no actúa bien con los demás buscando una recompensa, sino el rostro de su Señor, el Altísimo.»

(92, 5-11, 14-20)

La amenaza del cercano juicio final y del terrible destino que esperaba a los que no estuvieran dispuestos a aceptar la predicación de Mahoma no produjo muchos resultados. Los incrédulos habitantes de La Meca, que no desconocían el monoteísmo judío y cristiano, no se dejaron impresionar, y continuaron rechazando a aquel profeta. Es precisamente en conexión con una predicación del terrible infierno eterno que les esperaba cuando aparece en el Corán la primera mención a Abraham y Moisés, dos de las figuras emblemáticas del judaísmo:

«Instruirá al que teme a Allah, pero el inicuo lo rechazará; se asará en el fuego inmenso, en el que ni morirá ni vivirá.

Dichoso el que se haya purificado,
el que haya recordado el nombre de su Señor y haya pronunciado la oración...
Ciertamente, esto se halla en los escritos antiguos,
en los escritos de Abraham y Moisés.»
(87, 10-15, 18-19)

Aunque las primeras suras están centradas en un monoteísmo quizá no del todo estricto, no hacen referencia a otras fes monoteístas (el judaísmo y el cristianismo) que ya existían en la Arabia del inicio de la predicación de Mahoma. En teoría, ésta podría haberse representado como totalmente original y nueva e incluso hablar de Allah como un dios desconocido hasta entonces. Sin embargo, ya en la sura 87 se nos indica que la predicación de Mahoma pretendía ser una confirmación de lo que otros profetas monoteístas anunciaron con anterioridad. Sin duda, la noticia es importante, pero inicialmente no mereció una especial atención en las proclamas del profeta del islam. Su predicación, como hemos señalado, en esa época se resumía fundamentalmente en la necesidad imperiosa de volverse al Dios único (Allah) escuchando el mensaje de Mahoma y evitando así el horrible castigo del infierno. De hecho, las referencias a Abraham (87) y a Moisés (87, 79, 53) son muy parcas, mientras que las relativas al horrible suplicio del infierno resultan muy abundantes y suele ser rara la sura que no las incluye (101, 92, 82, 87, 81, 84, 79, 88, 52, 56, 69, 77, 78, 55, 102, 96, 6-19, 70, 76, 83, 111, 104, 90, 89, 85, etc.).

Durante el segundo y el tercer periodo mecano, este sencillo contenido inicial experimentó una evolución de enorme trascendencia. En las predicaciones de Mahoma no sólo se siguió insistiendo en el monoteísmo y en la necesidad de volverse a Allah, sino que además se hizo hincapié —ahora sí, muy acusado— en el hecho de que el mensaje islámico había sido precedido por los del judaísmo y el cristianismo. Ahora Allah había hecho que apareciera el Corán en árabe (20, 112-113), pero éste se presentaba como un mensaje en plena armonía con los pronunciados por Noé, Abraham, Lot, Moisés, David, Jesús, María, su madre e incluso algunos otros personajes más ligados con la historia árabe preislámica.

Es de suponer que a la sazón Mahoma tuviera la esperanza de que los fieles de estas religiones se convirtieran a su predicación y, de hecho, a estas épocas pertenecen los textos del Corán más conciliatorios con ambas. Por ejemplo, en 19, 30-35, tras narrar la concepción virginal de Jesús (Isa) y su nacimiento, el Corán relata que algunos se acercaron para ver al bebé y éste comenzó a hablarles:

«Entonces ella (María) se lo señaló. Dijeron: "¿Cómo vamos a hablar con quien se encuentra todavía en la cuna, con un niño?"

Él (Jesús) dijo: "Soy el siervo de Allah. Él me ha dado la Escritura y me ha convertido en profeta.

Me ha bendecido esté donde esté y me ha ordenado la oración y la limosna mientras viva,

y que respete a mi madre. No me ha hecho violento ni soberbio.

La paz sobre mí el día que nací, el día que me den muerte y el día que sea resucitado a la vida. "

Ése es Jesús, hijo de María, Verbo de la verdad sobre el cual discuten.

Dios no tiene por qué adoptar un hijo.»

(19, 31-35)

Se trata de un texto de una gran importancia cristológica en la medida en que no sólo se afirma —como en el Nuevo Testamento— que Jesús es fruto de una concepción virginal, sino que además se le presenta como el Verbo, un título que en el Nuevo Testamento (Juan 1, 1 y ss.) indica que el Hijo es Dios. Asimismo señala que lo matarán y resucitará, y niega el adopcionismo, precisamente una de las herejías cristianas de carácter antitrinitario.

A pesar de su mayor sofisticación en términos generales, sin embargo, estas predicaciones de Mahoma tuvieron poca acogida entre los árabes idólatras y prácticamente nula entre los judíos y los cristianos. Los primeros no se sentían atraídos hacia una fe monoteísta que además podía desmantelar el negocio religioso que significaba la ciudad de La Meca, santuario de innumerables divinidades. En cuanto a los segundos, objetaban que, en realidad, Mahoma era un ignorante que no conocía

mínimamente ni el judaísmo ni el cristianismo y que, por lo tanto, difícilmente podía significar su consumación.

Los argumentos utilizados al respecto por judíos y cristianos no eran escasos y, en buena medida, han persistido hasta el día de hoy en las controversias entre las tres religiones. Por ejemplo, en 20, 87 y ss., cuando el Corán relata el episodio del becerro de oro, culpa del mismo a un samaritano en una época anterior en un milenio a la aparición de los samaritanos; en 20, 114 y ss. es Satanás y no Dios —como en el Génesis— quien viste a Adán, al que se encuentra desnudo; en 38, 20 y ss. la reprensión parabólica del profeta Natán dirigida contra David es convertida en un pleito que juzga el mismo monarca entre dos litigantes; en 18, 93 y ss. Gog y Magog son conectados con Alejandro Magno en lugar de con el Israel de los últimos tiempos, como hace el profeta Ezequiel; en 11, 43 y ss. uno de los hijos de Noé perece en el diluvio, en contra de lo relatado en el Génesis; en 12, 19 José no es vendido por sus hermanos, sino encontrado casualmente por el aguador de unas personas que lo llevan a Egipto, y además en las aleyas siguientes se encuentran notables diferencias con el relato del Génesis en lo referente a la esposa de Potifar, al destino de los compañeros de prisión de José, al sueño del faraón, etc.; en 40, 38 se atribuye al faraón un episodio que recuerda la construcción de la torre de Babel; en 28, 5 y ss. diversos episodios de la vida de Moisés son relatados de manera muy distinta a la recogida en el libro del Éxodo, etc. Históricamente, los musulmanes han llevado siempre muy a mal el desdén con que los judíos han considerado la predicación islámica y el contenido del Corán pero, para ser honrados, no resulta tan extraño el comportamiento de los judíos si se tiene en cuenta el pésimo conocimiento que del Antiguo Testamento se pone de manifiesto en las revelaciones transmitidas por Mahoma.

Por lo que se refiere a los cristianos, las diferencias entre los relatos evangélicos y el Corán tampoco resultaban escasas. Así, en 19, 7 Zacarías da el nombre a Juan el Bautista en contradicción con lo establecido en Lucas 1, 59-61; en 19, 16 y ss., al describir la Anunciación de María, se identifica al Espíritu de Dios con Gabriel; y, sobre todo, no resultaba nada claro que Mahoma otorgara a Jesús la consideración que le conceden los escritos del Nuevo Testamento. Partiendo de esa base, tampoco puede resultar extraño que durante años los cristianos consideraran el islam como una herejía cristiana, herejía que además no derivaba de una sofisticación especial —como había sido el caso de algunas proposiciones del teólogo Orígenes—, sino de una ignorancia grave y palmaria de los escritos sagrados del Nuevo Testamento.

Ciertamente, Mahoma oraba inicialmente en dirección a Jerusalén (como los judíos) y se abstenía de alimentos como el cerdo (al igual que los judíos). No era menos verdad que aceptaba a Jesús como mesías, nacido de una virgen y hacedor de milagros (como los cristianos). Sin embargo, las diferencias resultaban abismales. Los judíos no podían aceptar una fe que pasaba por alto los relatos del Antiguo Testamento (o los narraba de manera bien distinta), que obviaba las regulaciones del Talmud y que además pretendía que tanto Jesús como Mahoma eran profetas superiores a Moisés. Por su parte, los cristianos encontraban inaceptables las discrepancias entre el relato bíblico y el coránico, pero, a la vez, consideraban dudosa y disparatada la cristología de Mahoma y, desde luego, no podían aceptar que Jesús, el Hijo de Dios, fuera inferior a él. El enfrentamiento era inevitable y ciertamente persiste hasta la actualidad. Sin embargo, un acontecimiento producido en el año 622 iba a dotarle de unas características totalmente peculiares.

Como hemos indicado, durante los primeros años la predicación de Mahoma no se caracterizó por el éxito, sino más bien por un rechazo casi general. Para los creyentes en otras religiones monoteístas, su mensaje era inaceptable por las causas señaladas. En cuanto a sus paisanos, mayoritariamente no estaban dispuestos a aceptarlo. Esta circunstancia pudo terminar fatalmente para Mahoma. De hecho, ya a los pocos años de iniciada su predicación, algunos de sus seguidores tuvieron que exiliarse a Abisinia para salvar su integridad física. Además, Mahoma, durante aquellos

años, había seguido el principio neo-testamentario de no acudir a la violencia. Pocas dudas puede haber de que si no hubiera pertenecido a los quraysíes, una de las familias más relevantes de la Arabia preislámica, seguramente sus adversarios lo habrían asesinado. La situación había llegado a un extremo especialmente tenso cuando en el 622 huyó a Medina.

Este episodio iba a convertir ese año concreto en la fecha a partir de la cual se contaría el calendario islámico. Debe señalarse que tal acción está cargada de justicia. En un tiempo inmediato a su huida de La Meca y su establecimiento en Medina, Mahoma dejó de ser el profeta no-violento de los años anteriores y se convirtió en un hombre de Estado, decidido a fraguar un nuevo orden espiritual, social y político aunque para ello tuviera que recurrir a la violencia. No deja de ser significativo por ello que aunque las suras medinesas del Corán son numéricamente muy escasas, sin embargo, cuentan con una extensión comparativamente muy considerable. A este respecto, la sura 2 resulta un auténtico ejemplo de cómo iba a ser la trayectoria del islam en los años siguientes.

En primer lugar, el islam dejaba de ser una religión vinculada a las demás incluso por lazos meramente afectivos y, según ellas, imaginarios. Desde ese momento, la oración diaria se pronunciaría no en dirección a Jerusalén, sino a La Meca:

«Los necios dirán: ¿Qué les llevó a abandonar la dirección de la oración que tenían? Responde: A Allah pertenecen Oriente y Occidente; guía a quien desea hacia la buena senda...

Sólo dispusimos la dirección de la oración hacia la que os orientabais para marcar la diferencia entre el que sigue al enviado de quien es un apóstata. Fue grande (la sorpresa) salvo para aquellos a los que guía Allah, ya que Él no provocaría el que perdierais la fe. Ciertamente, Allah es compasivo y misericordioso con la gente.

Contemplamos tu faz volviéndose hacia el cielo. Te guiaremos hacia una dirección para la oración con la que quedarás satisfecho. Vuelve tu faz en dirección a la mezquita sagrada. Os encontréis donde os encontréis, volved vuestros rostros en esa dirección...»

(2, 136-9)

Además, debía quedar bien establecido que tanto judíos como cristianos no eran mirados ya con buenos ojos, precisamente por su resistencia a la conversión. Los pasajes al respecto en esta sura son muy numerosos:

«¡Hijos de Israel! Recordad el beneficio que os concedí y sed fieles a mi pacto...

Creed en lo que he revelado (a Mahoma) corroborando las revelaciones de que disponéis...

No disfracéis la verdad con la falsedad ni escondáis lo verdadero, porque vosotros lo conocéis.»

(2, 38-39)

«Y cuando se les dice: Creed en lo que Dios ha hecho descender, contestan: Creemos en lo que hizo descender para nosotros, pero no creen en lo posterior pese a que corrobora lo que ya tienen.»

(2, 85)

Por si fuera poco, la nueva fe recurriría al uso de la guerra para asegurar su supervivencia y su ulterior expansión. Los tiempos del pacifismo habían pasado definitivamente y ya nunca regresarían:

«Combatid en el camino de Dios a los que combaten contra vosotros...

Matadlos donde los encontréis, arrojadlos de donde os arrojaron... Si os combaten, matadlos: ésa es la recompensa de los que no creen...

Matadlos hasta que no haya persecución y en su lugar se levante la religión de Dios.»

(2, 186-189)

Esta colaboración en la guerra santa podía incluso ser económica, pero en cualquier caso resultaba inexcusable:

«Al que entregue dinero espontáneamente para la guerra santa de Dios, Este se lo multiplicará muchas veces...»

(2, 246)

Al mismo tiempo que deja establecida tanto la legitimidad de la guerra como la diferenciación con otras religiones, en esta sura asistimos a todo un esfuerzo legislativo que ya no va sólo dirigido a una comunidad religiosa, sino a toda una sociedad. Así se establece qué animales serán impuros (2, 163 y ss.), que las minorías religiosas cristiana, judía y sabea han de ser respetadas si aceptan someterse al islam (2, 59), o que la ley que debe aplicarse para dirimir daños es la del talión:

«A los creyentes se os ordena la ley del talión para el homicidio: libre por libre, esclavo por esclavo, mujer por mujer. Si su hermano perdona, se dará por concluida la disputa y tendrá lugar una importante indemnización.

Esto es una señal de misericordia y clemencia procedente de nuestro Señor, el que la quebrante a partir de ahora, sufrirá un doloroso castigo.

Vuestra vida depende de la ley del talión, ¡oh poseedores de inteligencia!»

(2, 173-175)

En buena medida, la sura 2 contiene los trazos fundamentales a partir de los cuales se desarrollará el derecho islámico (calendario 2, 185; condena del cohecho 2, 184; prohibición del vino y del juego 2, 216; matrimonio 2, 220 y ss.; divorcio 2, 226 y ss.; matrimonio de las viudas 2, 234; testimonios y contratos 2, 282 y ss.), así como los cinco pilares de la práctica religiosa (confesión de Allah como único Dios y de Mahoma como su profeta; peregrinación 2, 153 y 2, 192 y ss.; ayuno 2, 179 y ss.; limosna 2, 211, 2, 217-8, 2, 263 y ss.; y oración 2, 239 y ss.).

Al mismo tiempo, en la sura 2 quedaba planteada la respuesta a una de las objeciones mayores que hasta entonces habían presentado los adversarios de Mahoma. Esta consistía en los cambios contenidos en su revelación, cambios que desde su traslado a Medina iban a ser en apariencia más acusados. Este problema intenta ser zanjado con una respuesta terminante:

«No derogamos una aleya o hacemos que se olvide sin entregar una mejor o igual. ¿Acaso desconoces que Allah es poderoso sobre todo?»

(2, 100)

Con todo, tanto para judíos como para cristianos, la objeción ha mantenido su peso y solidez con el paso de los siglos y se ha insistido en que Mahoma fue cambiando su orientación a tenor de sus propias conveniencias y sin importarle las posibles contradicciones. Así se arguye, por ejemplo, que si bien la normativa islámica fija en cuatro el número máximo de mujeres que puede tener un hombre, sin embargo, Mahoma llegó a la docena, y para justificarlo recurrió a una revelación precisamente contenida en una sura medinesa:

«¡Profeta! Declaramos que te son lícitas tus esposas: aquellas a las que diste tus dotes, a la que posee tu diestra porque Allah te las ha dado, a las hijas de tu tío paterno, a las hijas de tus tías paternas, a las hijas de tu tío materno y a las hijas de tus tías maternas, y a la mujer creyente si se entrega al profeta y el profeta desea tomarla en matrimonio. Este privilegio es para ti y no para los creyentes...

Aparta de ellas a las que quieras; atrae hacia ti a las que quieras y a la que quieras de aquellas a las que apartaste. No cometes transgresión. Eso es completamente adecuado para que alivies su mirada, para que no se pongan tristes y para que se satisfagan con lo que les das.»

(33, 49 y 51).

Este cúmulo de circunstancias constituiría, sin duda, uno de los caballos de batalla entre los fieles de las tres religiones que, si en el caso del islam apelan a la conversión, en los del cristianismo y el judaísmo insisten en las supuestas contradicciones del Corán no sólo con la Biblia, sino también con su propio contenido interno.

El proceso de fijación[12]

Mahoma siguió entregando revelaciones —que confirmaron rigurosamente la línea delimitada a

partir de la sura 2— prácticamente hasta su muerte. Sin embargo, cuando ésta se produjo, a diferencia por ejemplo de lo sucedido con las cartas de Pablo de Tarso, no existía un texto en el que se hubiera recogido el contenido de las mismas. Hasta ese momento tal situación no había sido considerada un problema, en parte porque el propio Mahoma podía autentificar las versiones que corrieran de su revelación y, en parte, porque algunos de sus seguidores, como Ubayy ibn Kab, Muadh ibn Jabal, Zaid ibn Thabit, Abu Zaid y Abu ad-Darda, habían ido aprendiendo de memoria los textos coránicos. El fallecimiento del profeta y la muerte —sobre todo en combate— de buen número de las personas que habían aprendido la revelación de memoria se conjugaron, finalmente, para obligar a poner por escrito la totalidad del texto del Corán. Tras la batalla de Yamama, Omar insistió ante el califa Abu Bakr en lo perentorio del problema, y éste ordenó a Zaid ibn Thabit que preparara una edición escrita del Corán. Zaib realizó una labor exhaustiva de recopilación de fuentes escritas y orales en las que incluso se encontró con fragmentos que él no recordaba, como los conservados en la memoria de Abu Juzaimah. El resultado fue un texto privado para Abu Bakr que luego pasó a Omar y a su hija Hafsa.

Durante los dos primeros califatos esta fijación escrita tuvo carácter privado y coexistió con otras distintas. Sin embargo, ya durante el califato de Otmán comenzaron a surgir serias discrepancias en cuanto al contenido exacto del texto sagrado. En Iraq prevalecía la preferencia por el texto de Abdullah ibn Masud, mientras que en Siria el más apreciado era el de Ubayy ibn Kab. Para zanjar controversias, Otmán ordenó que el texto realizado durante el califato de Abu Bakr se convirtiera en canónico y que se ejecutara la destrucción de todos los demás textos y volúmenes coránicos.

Ha sido objeto de discusión hasta qué punto semejante orden no destruyó algún material relacionado con Mahoma, cuestión nada baladí si se tiene en cuenta que el islam pretende que los del Corán son textos inspirados por el propio Allah. Desde luego, que una parte de ese material supuestamente inspirado por Dios fue eliminado por los seguidores primeros de Mahoma no admite discusión. Las propias fuentes islámicas indican que la sura 33, 23 fue omitida de la recensión realizada por Otmán, y que lo mismo sucedió con las dos últimas aleyas de la sura 9. De la misma manera, los *hadices* (tradiciones que complementan el texto coránico) parecen indicar la existencia de determinadas enseñanzas de Mahoma inicialmente contenidas en el Corán pero que no aparecen en el texto del que disponemos actualmente. Partiendo de esos datos, no debería extrañar que las reacciones de los poseedores de otros textos fueran muy ásperas. De hecho, y por citar un ejemplo, sólo en la denominada sura de la vaca había no menos de un centenar de diferencias entre el nuevo texto canónico y el de Ibn Masud.

La canonización completa del texto del Corán se produjo de manera definitiva cuando, bajo el emir omeya de Iraq, Hadiadi ibn Yusuf (694-714) se estableció finalmente una *scriptio plena*. Para aquel entonces, la revelación entregada por Mahoma a los árabes llevaba décadas cambiando la Historia, y junto con el texto coránico demostraba tener una enorme importancia práctica la colección de tradiciones relativas al profeta del islam conocida como *hadiz*.

El hadiz[13]

Cualquiera que haya leído el Corán con un mínimo de atención puede llegar a la conclusión de que la historia posterior del islam se asienta única y exclusivamente sobre las enseñanzas de este libro canónico. Sin embargo, no se puede evitar concebir la sensación de que éstas hubieran recibido una tendencia añadida, que aparece esbozada en el texto sagrado, pero no siempre contenida tan explícitamente en él. Semejante sensación obedece a razones totalmente correctas.

Entre el Corán y su aplicación práctica tanto cotidiana como a lo largo de la historia existe un elemento de enorme importancia denominado *hadiz* o narración. El *hadiz* no cuenta con el mismo valor canónico que el Corán, pero en la práctica pesa enormemente en la vida de los centenares de

millones de musulmanes del mundo. En términos realistas, hay que señalar que su papel en el cambio de la historia no resulta muy inferior al del propio Corán. Pese a todo, los diferentes *hadices* distan mucho de ser conocidos en el mundo no islámico. De hecho, muy pocas lenguas —y entre ellas no se incluye el castellano u otras peninsulares— cuentan con una traducción completa de alguna de las compilaciones más importantes de *hadices*. Por si fuera poco, el *hadiz* tiene una importancia esencial, como tendremos ocasión de ver, a la hora de comprender el papel asignado a España por el islam.

El *hadiz* mantiene la pretensión de remontarse al mismo Mahoma. Dado que su recopilación no comenzó hasta dos siglos después de la muerte del profeta, se insiste en su veracidad sobre la base de una cadena de autoridades (*isnad)* que aparecen consignadas antes del texto (*matn)* de cada *hadiz*. No todas las tradiciones pueden considerarse dotadas de la misma veracidad, y ello ha provocado que se las clasifique como coherentes (*sajih*), buenas *(jasan*) y débiles *(daif)*. Para los sunnitas existen dos obras escritas de suma relevancia al respecto, a las que denominan *Sajijs*. Se trata de las compilaciones realizadas por Al Bujari (m. en 870) y por Muslim (m. en 875). Aunque existen al menos otras cuatro más, no son consideradas de tanta relevancia. Por su parte, los shiítas cuentan con sus propias compilaciones realizadas primero por Kulini (m. en 939) —prácticamente a tres siglos de la muerte de Mahoma— y después por Qummí (m. en 991) y Tusi (m. en 1067). La colección más antigua, más importante y más dotada de autoridad es la de Abu Abd-Allah Muhammad al-Bujari conocida como el *Sajij al-Bujari*. La extensión de esta obra compilatoria alcanzaría cerca de cinco mil páginas. En las siguientes líneas tan sólo señalaremos algunos temas y la forma en que son abordados en el *hadiz,* además de la forma en que repercutieron en la historia española.

I. Mahoma, el profeta

Para cualquiera que se limite a leer el Corán resulta obvio que el papel que en el mismo se atribuye a Mahoma es importante pero, siquiera en apariencia, no excesivo en un profeta. Las referencias repetidas a que es un mero monitor harían incluso pensar que se trata de nada más que un transmisor, sin prácticamente otra relevancia. Por supuesto, la historia islámica se ha desarrollado en una dirección muy distinta a la de esa interpretación. La clave para entender esa diferencia se halla, en buena medida, en los *hadices*. Éstos, de hecho, parten de la base de que cualquier acto del profeta tiene un carácter no sólo ejemplar, sino normativo, aunque no se encuentre recogido —como sucede a menudo— en el Corán. Esta altísima consideración, de hecho, comenzó en vida de Mahoma y fue potenciada directamente por él mismo:

«Narró Jabir bin Abdullah. El profeta dijo: "Me han sido concedidas cinco cosas que no se le han concedido a nadie más antes que a mí.

1. Allah me convirtió en alguien que puede obtener la victoria por el terror a una distancia de un viaje de un mes.

2. La Tierra ha sido convertida para mí en un lugar de oración y donde realizar Tayammun, de manera que cualquiera de mis seguidores pueda orar siempre que sea el tiempo de la oración.

3. Se me ha dado como botín lícito lo que no fue lícito para nadie más antes de mí.

4. Se me ha concedido el derecho de interceder.

5. Todo profeta ha sido enviado a su nación solamente, pero yo he sido enviado a toda la Humanidad."»

(1, 199-200, 7.1.331)

Estas importantísimas características pudieron llevar a Mahoma a afirmar que el amor por él estaba delante de la fe o del amor a la familia, o a sostener que su lugar el Día de la Resurrección sería el más importante:

«Narró Anas. El profeta dijo: "Ninguno de vosotros tendrá fe hasta que me ame más que su fe, a sus hijos y a toda la Humanidad."»

(1, 20, 2.8.14)

«Narró A bu Huraira: Estábamos en compañía del profeta en un banquete y una pierna guisada (de carnero) fue colocada delante de él, ya que le gustaba comerla. Comió un pedazo y dijo: "Seré el jefe (el mejor) de toda la gente en el Día del Juicio."»

(4, 350, 55.3.556)

Asimismo, esta alta consideración concedida a Mahoma explica que, por ejemplo, se acepten como buenos los diagnósticos y remedios médicos propugnados por él y de los que los *hadices* proporcionan varios ejemplos significativos:

«Narró Aisha. El profeta dijo: "La fiebre es causada por el aumento de las llamas del Infierno y procede de su calor; así que alíviala con agua."»

(4, 314, 54.9.485)

«Narró Um Mihsan. Escuché que el profeta dijo: "Trátalo con incienso indio porque tiene remedio para siete enfermedades; debe ser absorbido por la nariz cuando se tienen problemas de garganta y puesto en un lado de la boca cuando se sufre de pleuresía."»

(7, 402, 71.10.596)

«Narró Aisha. El profeta acostumbraba a decir al paciente: "En el nombre de Allah. La tierra de nuestro país y la saliva de uno de nosotros puede curar al paciente."»

(7, 429, 71.38.641)

«Narró Jalid bin Sad: Salimos y Galib bin Abjar nos acompañaba. Cayó enfermo en el camino y cuando llegamos a Medina todavía seguía enfermo. Ibn Abi Atiq vino a visitarle y nos dijo de tratarlo con comino negro. "Tomad cinco o siete semillas y trituradlas y poned la mezcla en las ventanas de la nariz, porque Aisha me ha narrado que escuchó al profeta decir: 'Este comino negro cura todas las enfermedades excepto As-Sam.' Aisha dijo: '¿Qué es As-Sam?' Él dijo: 'La muerte.'"»

(7, 400, 71.7.591)

«Narró Abu Huraira. El enviado de Allah dijo: "Si una mosca cae en el recipiente de cualquiera de vosotros, dejad que se hunda del todo en él y después quitadla, porque en una de sus alas hay enfermedad y en la otra curación."»

(7, 452-453, 71.58.673)

«Narró Anas: El clima de Medina no sentaba bien a algunas personas, de manera que el profeta les ordenó seguir a su pastor (sus ovejas) y beber su leche y su orina. Así que siguieron al pastor y bebieron la leche y la orina (de las ovejas) hasta que sus cuerpos se curaron.»

(7, 399, 71.6.590)

Esta convicción profunda de que toda enseñanza y acto de Mahoma resultan normativamente obligatorios no queda circunscrita meramente al terreno de lo estrictamente espiritual sino que —como hemos visto— se aplica a áreas tan delicadas como la medicina. Por supuesto, se traduce también en el seguimiento de sus opiniones en tres áreas de especial importancia: las relativas al derecho islámico *(sharia)*, a la vida sexual y conyugal y a la expansión del islam.

II. La sharia

En buena medida la aplicación práctica de la ley islámica debe casi tanto al *hadiz* como al Corán. Este último no incluye, por ejemplo, multitud de normas que son habituales en las legislaciones islámicas y cuyo origen se retrotrae al propio Mahoma. Así, por ejemplo, el *hadiz* establece precedentes de graves castigos para los que descuiden sus deberes religiosos:

«Narró Abu Huraira. El enviado de Allah dijo: "Por Aquel en cuyas manos está mi vida, voy a ordenar que recojan leña para el fuego, y después ordenar a alguien que pronuncie Adhan para la oración, y después ordenar a alguien que guíe a la gente en oración, y entonces haré acto de presencia y quemaré las casas de los hombres que no se presentaron para la oración."»

(9, 250-251, 89.53.330)

Esta firmeza en el castigo de las ofensas religiosas presenta varios ejemplos en distintos *hadices*. Así, por ejemplo, la embriaguez debía ser castigada con la flagelación:

«Narró As-Saib bin Yazid: Durante el último periodo del califato de Omar, acostumbraba a dar al ebrio cuarenta latigazos, y cuando los ebrios se hacían contumaces y desobedientes, acostumbraba a propinarles ochenta azotes.»

(8, 507, 81.5.770)

La pena de flagelación (cien latigazos) debe utilizarse asimismo con la esclava que mantenga relaciones sexuales ilícitas (8, 548, 82.22.822), pero si la culpable es una mujer libre, el castigo ha de ser la pena de muerte por lapidación. En el caso del hombre, la sanción es menor:

«Narró Abu Huraira. El profeta dijo: “Tu hijo será castigado a un centenar de latigazos y aun año de destierro. ” Entonces se dirigió a alguien: “Oh, Unais, ve a la adúltera y apedréala hasta que muera. ” De manera que Unais fue y la lapidó hasta la muerte.»

(3, 535, 49.5.860)

La única ocasión en que el castigo impuesto a los adúlteros es similar es cuando los culpables no son musulmanes, sino judíos (4, 532- 33, 56.25.829).

Junto con la flagelación y la lapidación, Mahoma prescribió la amputación de los miembros (en concreto la mano derecha) para los ladrones:

«Narró Abu Huraira. El profeta dijo: “Allah maldice al hombre que roba un huevo y hay que cortarle la mano, o roba una cuerda y hay que cortarle la mano.”»

(8, 509, 81.8.774)

Semejante castigo —en vigencia en algunos países islámicos en la actualidad— unía a la terrible mutilación el aislamiento social, ya que el propio Mahoma estableció que la mano izquierda fuera reservada para usos impuros (orinar, limpiarse tras la defecación, etc.) y que no fuera tocada por otros a causa de esa circunstancia. Tras su mutilación, el ladrón no cuenta con una extremidad destinada a realizar esos menesteres más bajos y debe sufrir el ostracismo de aquellos que, por ejemplo, jamás le darán la mano.

De la misma manera, la pena de muerte se convirtió en una sanción común que incluso podía llegar a formas de ejecución terribles si castigaba acciones cometidas en detrimento del profeta Mahoma:

«Narró Anas: De manera que partieron, y cuando llegaron a Al-Harra, regresaron al paganismo después de haber abrazado el islam, y mataron al pastor del profeta y dispersaron los camellos. Cuando le llegaron estas noticias al profeta, envió a algunas personas en su persecución. El profeta dio órdenes en relación a ellos. Así que les metieron clavos en los ojos y les cortaron las manos y las piernas y los abandonaron en Harra hasta que murieron en ese estado.»

(5, 354, 59.35.505)

El abandono del islam es otra de las acciones que lleva aparejada la muerte, por disposición expresa de Mahoma. Para el apóstata sólo queda la expectativa de ser muerto por algún musulmán. Los ejemplos de la enseñanza del profeta al respecto son abundantes:

«Narró Ikrima. La declaración del enviado de Allah: “A cualquiera que cambie su religión islámica, matadlo.”»

(9, 45, 84.2.57)

«Narró Abu Musa: Un hombre abrazó el islam y después regresó al judaismo. Muadh bin Jabal vino y vio al hombre con Abu Musa. Muadh preguntó: “¿Qué es lo malo con éste?” Abu Musa respondió: “Abrazó el islam y después regresó al judaismo.” Muadh dijo: “No me sentaré hasta que lo mate.” Ése es el veredicto de Allah y de su enviado.»

(9, 201, 89.12.271)

«Narró Alí. Escuché al profeta diciendo: "En los últimos días aparecerá gente joven con

pensamientos e ideas necios. Hablarán bien, pero abandonarán el islam igual que una flecha abandona su arco. Su fe no superará sus gargantas. De manera que donde los encuentres, mátalos, porque en el Día de la Resurrección habrá una recompensa para los que los maten.»

(6, 519, 61.36.577)

La normativa civil relacionada con los *hadices* concede igualmente un papel especial a la vida familiar y sexual. En contra de lo repetido con cierta frecuencia, el profeta maldijo la homosexualidad y a los que la practicaban, lo que explica sobradamente por qué son islámicos la mayoría de los países donde esta conducta está sancionada con penas especialmente severas sin excluir la capital:

«Narró Ibn Abbas: El enviado de Allah maldijo a aquellos hombres que asumen el comportamiento sexual de mujeres y a aquellas mujeres que asumen el comportamiento sexual de hombres.»

(7, 513, 72.61.773)

De hecho, si la homosexualidad femenina es prácticamente inexistente en el mundo islámico y la masculina es objeto de severas burlas y sanciones penales, se debe precisamente a la indubitable actitud del profeta Mahoma en relación con este fenómeno.

III. La vida sexual y conyugal

Como tuvimos ocasión de comprobar en el apartado anterior, no pocas de las normas penales emanadas del propio Mahoma están destinadas a sancionar comportamientos sexuales considerados ilícitos, como pueden ser el adulterio, la fornicación y la homosexualidad. Igualmente pudimos ver que el tratamiento recibido por las mujeres en el derecho islámico es más riguroso que el asignado a los varones.

Las razones para esa clara separación arrancan, según el islam, de la propia biología, que impide ocasionalmente a las mujeres la realización de ciertos actos piadosos:

«Narró Abu Said. El profeta dijo: "¿Acaso no es cierto que una mujer no ora ni ayuna mientras tiene la menstruación? Y ése es el defecto en su religión."»

(3, 98, 31.41.172)

Además, según los *hadices*, la diferenciación entre hombre y mujer procede de motivaciones físicas y se traduce no sólo en que las mujeres sean más deficientes en religión, sino también en inteligencia. Precisamente por ello Mahoma llegó a afirmar que la mayor parte de los habitantes del infierno son mujeres:

«Narró Abu Al-Judri: Una vez el enviado de Allah salió a Musalla, a la oración de Al-Fitr. Entonces pasó al lado de las mujeres y dijo: "¡Oh, mujeres! Dad limosnas, porque he visto que la mayoría de los moradores del fuego del infierno erais vosotras. " Ellas le preguntaron: "¿Por qué es así, oh, enviado de Allah?" Él contestó: "Maldecís con frecuencia y sois ingratas con vuestros maridos. No he visto a nadie más deficiente en inteligencia y en religión que vosotras. Un hombre prudente y sensible podría ser extraviado por algunas de vosotras." Las mujeres preguntaron: "¡Oh, enviado de Allah! ¿Qué es deficiente en nuestra inteligencia y religión?" Él dijo: "¿No es el testimonio de dos mujeres equivalente al testimonio de un hombre?" Le contestaron afirmativamente. Él dijo: "Ésa es la deficiencia de vuestra inteligencia. ¿Acaso no es verdad que una mujer ni puede orar ni ayunar durante sus reglas?" Las mujeres contestaron afirmativamente. Él dijo: "Ésa es la deficiencia en vuestra religión."»

(1, 181-182, 6.8.301)

Partiendo de esa base no resulta extraño que la mujer sea en el derecho y la sociedad islámicos un ser tutelado perpetuamente. Así, su matrimonio es arreglado por sus padres y su silencio acerca del futuro marido debe ser interpretado como consentimiento:

«Narró Abu Huraira. El profeta dijo: "Una matrona no debería ser dada en matrimonio sin

consultarla, y una virgen no debería ser dada en matrimonio salvo después de conceder su permiso." La gente preguntó: "¡Oh, enviado de Allah! ¿Cómo podemos saber si concede su permiso?" Él dijo: "Su silencio (indica que ha concedido su permiso)."»

(7, 51-52, 62.42.67)

Esta circunstancia debe examinarse a la luz de que buena parte de los matrimonios musulmanes se realizan con mujeres de muy corta edad. Este uso de origen muy antiguo viene además legitimado por el hecho de que el propio Mahoma consumó el matrimonio con una de sus esposas cuando ésta contaba sólo nueve años de edad:

«Narró Aisha que el profeta se casó con ella cuando tenía seis años de edad y consumó el matrimonio cuando tenía nueve años y después siguió con ella nueve años.»

(7, 50, 62.39.64)

A esta circunstancia se añade la de que la mujer puede verse reducida al papel de una cónyuge más, ya que el Corán autoriza al varón a tener hasta cuatro esposas a la vez, sin que tal conducta cuente con paralelos en la mujer. La única excepción, como indicamos en un capítulo anterior, a esta norma, fue la del profeta Mahoma, que indicó cómo por revelación se le había mostrado que ese límite del número de cónyuges no tenía aplicación para él.

Los *hadices* muestran también que la poligamia es una institución susceptible de crear problemas domésticos, y que éstos no estuvieron ausentes ni siquiera en el hogar de Mahoma, que se vio obligado a establecer turnos para atender a sus esposas y a enfrentarse con los celos existentes entre ellas:

«Narró Urwa. (Mahoma) dijo a (Um Salama): "No me molestes en relación con Aisha porque la inspiración divina no me sobreviene en ningún lecho salvo en el del Aisha. " Por eso Um Salama dijo: "Me arrepiento ante Allah por haberte molestado. " Entonces el grupo de Um Salama llamó a Fátima, la hija del enviado de Allah, y la envió al enviado de Allah para que le dijera: "Tus esposas te ruegan que las trates a ellas y a la hija de Abu Bakr (Aisha) con igualdad. " Entonces Fátima le entregó el mensaje. El profeta dijo: "¡Oh, hija mía! ¿No amas a quien yo amo?" Contestó afirmativamente y regresó y les dijo la situación. Le pidieron que fuera a él de nuevo y ella se negó. Entonces enviaron a Zainab bint Janah, que acudió a él y utilizó duras palabras diciendo: "Tus esposas te ruegan que las trates a ellas y a la hija de Abu Bakr de la misma manera." Entonces alzó la voz y golpeó a Aisha en la cara de manera que el enviado de Allah miró a Aisha para ver si ésta respondía. Aisha comenzó a contestar a Zainab hasta que la calló. El profeta miró entonces a Aisha y dijo: "Realmente es la hija de Abu Bakr."»

(3, 455-456, 47.8.755)

«Aisha dijo:Yo acostumbraba a decirle (a Mahoma): "Si pudiera negarte el permiso (para ir con las otras esposas) no te permitiría que otorgaras tus favores a otras personas."»

(6, 296, 60.23.312)

Los problemas naturalmente causados por la poligamia son afrontados mediante dos recursos: el divorcio y el castigo físico descargado sobre la mujer. El divorcio queda siempre en manos del varón y nunca en las de la mujer. En ocasiones el divorcio puede tener causa reglada, como cuando el varón se divorcia simplemente porque se convirtió al islam y no lo hizo su esposa:

«Al-Hasan y Qatada dijeron respecto a una pareja persa que abrazó el islam: "Su matrimonio sigue siendo válido, pero si uno de ellos se convierte en musulmán y el otro se niega a convertirse en musulmán, la esposa debe ser considerada divorciada, y el esposo no tiene derecho a mantenerla como esposa."»

(7, 158, 63.20.210)

Con todo, este ejemplo casi resulta excepcional, ya que causas habituales de divorcio en otras legislaciones, como por ejemplo el adulterio, fueron consideradas por Mahoma merecedoras de la

muerte. No resulta por ello extraño que, en realidad, le sea lícito al esposo divorciarse por el mero desagrado que le produce su cónyuge, sin un motivo reglado, como en otras normativas. En ese caso la mujer tiene la posibilidad de renunciar a sus derechos —ya de por sí inferiores a los del varón— a fin de que éste se compadezca y no la repudie:

«Narró Aisha: A un hombre le puede desagradar su esposa y pretender divorciarse de ella, de manera que ella le dice: "Renuncio a mis derechos para que no te divorcies de mí."»

(3, 378, 43.12.630)

Por lo que se refiere al castigo corporal dado por el marido a la mujer, ya contaba con regulación en el Corán. De hecho, la sura 4, 34 establece que el marido puede golpear a su esposa si ésta no se comporta como le complace o si es desobediente. El texto en cuestión afirma: «... *aquellas cuya rebeldía temáis, amonestadlas, no os acostéis con ellas, pegadles; pero si os obedecen, no busquéis ningún medio contra ellas»*. Los *hadices* confirman este extremo, si bien establecen que el día en que la golpee «como a un esclavo» no debe mantener relaciones sexuales con ella:

«Narró Abdullah bin Zama. El profeta dijo: "Ninguno de vosotros debería azotar a su esposa como se azota a un esclavo y después tener relaciones sexuales con ella en la parte final del día."»

(7, 100-101, 62.94.132)

Esta visión de la mujer ha tenido otras dos consecuencias de no escasa relevancia que arrancan de la propia visión de Mahoma. La primera es la exclusión de la mujer de cualquier tarea que pueda implicar gobierno sobre el varón (a excepción de los niños pequeños en el hogar); y la segunda, que las motivaciones para el matrimonio no se encuentran primordialmente en el amor hacia una mujer concreta, sino en otras causas. La base para ambas conductas se encuentra en distintos *hadices*:

«Narró Abu Bakr: Cuando el profeta escuchó las noticias de que el pueblo de Persia había convertido a la hija de Cosroes en reina, dijo: "Nunca tendrá éxito una nación que convierte a una mujer en su gobernante."»

(9, 171, 88.18.219)

«Narró Abu Huraira. El profeta dijo: "Se contrae matrimonio con una mujer por cuatro cosas: su riqueza, su posición familiar, su belleza y su religión."»

(7, 18, 62.16.27)

Delitos públicos, conductas privadas, vida conyugal y familiar... Todo encuentra su lugar en las enseñanzas y los actos del profeta Mahoma. Semejante omnicomprensión incluye, por supuesto, la expansión del islam hasta su triunfo final en todo el mundo.

IV. La guerra santa

La guerra santa o *yihad* tiene una importancia esencial en el islam predicado por Mahoma. Aunque con posterioridad se ha desarrollado en algunos sectores islámicos una tendencia a considerar esa guerra en términos espirituales y a relegar la guerra literal a un significado menor, lo cierto es que esa interpretación no hace justicia ni a las enseñanzas ni a los actos del profeta y, como ha señalado correctamente Bernard Lewis, no se corresponde con el empleo de los primeros siglos, ya que «la palabra *yihad* era utilizada en un sentido fundamentalmente militar.»[14] De hecho, la primera *yihad* fue la emprendida por el profeta contra los gobernantes de La Meca, y la «aplastante mayoría de las primeras autoridades, que citan los pasajes relevantes del Corán, los comentarios y las tradiciones del profeta discuten la *yihad* en términos militares... Durante la mayor parte de los catorce siglos de historia musulmana registrada, la *yihad* fue comúnmente interpretada para significar lucha armada para la defensa o el avance del poder musulmán.»[15]

Para Mahoma la guerra en el nombre de Allah era una de las acciones más elevadas a las que podía entregarse un musulmán. Precisamente por ello, no fue extraño que creyentes de especial peso pronto la convirtieran en la principal:

«Narró Abdullah. Pregunté al profeta: "¿Qué acción es la más querida a Allah?" Contestó:

“Ofrecer oraciones en sus horas establecidas.” Pregunté: “¿Cuál es la siguiente?” Contestó: “Ser bueno y obediente a los padres.” Pregunté de nuevo: “¿Cuál es la siguiente? Contestó: “Participar en la yihad en la causa de Allah.”»

(1, 300, 10.5.505)

«Narró Hisham. Mi padre me irformó de que Aisha dijo que Sad dijo: “Oh, Allah, Tú sabes que no hay nada más querido para mí que luchar en tu causa contra aquellos que no creen en tu enviado y le han expulsado de La Meca.»

(5, 309, 59.29.448)

La razón fundamental para esta actitud no radicaba sólo en el hecho de que la *yihad* pudiera traer fama o botín (aunque éstos no quedaran descartados), sino más bien en que constituía el medio decidido por Allah para someter el mundo al islam:

«Narró Abu Musa: Un hombre vino al profeta y preguntó: “Un hombre lucha para conseguir el botín de guerra, otro lucha por conseguir fama y un tercero lucha por exhibirse, ¿cuál de ellos lucha en la causa de Allah?” El profeta dijo: “El que lucha para que la palabra de Allah sea superior, lucha en la causa de Allah.”»

(4, 50, 52.15.65)

«Narró Abu Huraira. El enviado de Allah dijo: “Se me ha ordenado combatir a la gente hasta que digan: ‘Nadie tiene derecho a ser adorado salvo Allah, y cualquiera que lo diga salvará su vida y su propiedad..'”»

(2, 274, 24.1.483)

De hecho, detrás de las guerras llevadas a cabo por el islam no se hallaba un esfuerzo defensivo contra naciones enemigas, como a veces se señala errónea o ingenuamente, sino más bien una voluntad directa de imponer el islam a todos los pueblos de acuerdo con la enseñanza de Mahoma:

«Narró Jubair bin Haiya: Omar envió a los musulmanes a los grandes países para combatir a los paganos... (el pueblo asediado preguntó a los musulmanes quiénes eran) Al-Mughira contestó: "Somos gente de los árabes. Llevábamos una vida dura, miserable, desastrosa... Por hambre chupábamos los lugares donde se guardaban y trituraban los dátiles, usábamos ropas hechas con cuero de camellos y pelo de cabras, y adorábamos árboles y piedras. Mientras nos hallábamos en ese estado, el Señor de los Cielos y de las Tierras, elevado es Su recuerdo y majestuosa Su altura, nos envió de entre nosotros mismos a un profeta cuyo padre y cuya madre conocemos. Nuestro profeta, el mensajero de nuestro Señor, nos ha ordenado luchar contra vosotros hasta que adoréis a Allah solo o paguéis tributo.”»

(4, 254-55, 53.21.386)

La guerra santa o *yihad* pretende, por lo tanto, según las enseñanzas del profeta recogidas en distintos *hadices*, someter todo el mundo al islam de tal manera que esta fe sea adoptada por los vencidos o, al menos, éstos se sometan a tributo.

Ya hemos señalado antes cómo la apostasía del islam debe ser castigada, según Mahoma, con la muerte. De la misma manera, el islam primitivo enseñó que era legítima la práctica de la conversión bajo amenaza de muerte:

«Narró Qais: Cuando Jarir llegó al Yemen, había un hombre que acostumbraba a predecir y a dar buenos augurios... Alguien le dijo: “El mensajero del enviado de Allah está aquí y si te coge, te cortará el cuello. ” Un día... Jarir se detuvo allí y le dijo: “...da testimonio de que nadie tiene derecho a ser adorado excepto Allah o te cortaré el cuello. ” De manera que el hombre rompió las flechas y dio testimonio de que nadie tenía derecho a ser adorado salvo Allah .”»

(5, 452, 59.61.643)

No resulta sorprendente que partiendo de bases similares, Mahoma considerara legítimo el atentado individual —lo que hoy deno minaríamos atentado terrorista— contra el que fuera opuesto al islam e incluso ordenara su comisión:

«Narró Al-Bara: El enviado de Allah envió a Abdullah bin Atik y a Abdullah bin Utba con un grupo de hombres para matar a Abu Rafi... (Abdullah dijo): Vi la casa en completa oscuridad con las luces apagadas y no podía saber dónde estaba el hombre. Así que llamé: "¡Oh, Abu Rafi!" Contestó: "¿Quién es?" Me acerqué hacia la voz y le golpeé. Gritó a voces, pero el golpe resultó ineficaz. Entonces me acerqué a él disimulando ayudarle, diciendo con un tono distinto de voz: "¿Qué te pasa, Abu Rafi?" Dijo: "¿No te sorprende? ¡Ay, tu madre! Un hombre ha venido a mí y me ha herido con una espada. "Así que le apunté de nuevo y le herí, pero el golpe resultó ineficaz de nuevo y entonces Abu Rafi gritó a voces y su esposa se levantó. Me acerqué nuevamente y cambié la voz como si fuera alguien que deseaba ayudarlo, y encontré a Abu Rafi tendido sobre su espalda, de manera que le clavé la espada en el vientre y la empujé hasta que escuché el ruido de un hueso que se quebraba. Entonces salí, lleno de confusión, y me acerqué a la escalera para bajar, pero me caí y se me dislocó la pierna. La vendé y acudí hasta mis compañeros cojeando. Les dije: "Id y decid al enviado de Allah las buenas noticias, pero yo no me marcharé hasta que oiga las noticias de su muerte (de Abu Rafi)." Cuando amaneció, un emisario de la muerte se asomó al muro y dijo: "Te notifico la muerte de Abu Rafi." Me levanté y eché a andar sin sentir ningún dolor hasta que encontré a mis compañeros antes de que alcanzaran al profeta, al que di las buenas noticias.»

(5, 253-55, 59.15.372)

Al-Bujari ha recogido igualmente cómo podía sufrir la muerte aquel que manifestaba no su apostasía, sino su cansancio frente a ciertas ceremonias de la fe islámica:

«Narró Abdullah: El profeta recitaba la sura an-Najm en La Meca y se postró mientras la recitaba, y aquellos que estaban con él hicieron lo mismo, salvo un anciano que tomó un puñado de piedrecillas o de tierra y lo levantó hasta su frente y dijo: "Ya es bastante para mí." Más tarde vi que lo habían matado como a un infiel.»

(2, 100, 19.1.173)

Entre los adversarios que debían ser derrotados de manera preferente en la guerra santa o *yihad*, Mahoma señaló a los judíos, para los que auguró un exterminio generalizado a manos de los musulmanes:

«Narró Abu Huraira. El enviado de Allah dijo: "No quedará establecida la Hora hasta que combatáis con los judíos y la piedra detrás de la que se esconda un judío diga: '¡Oh, musulmán! Hay un judío que se esconde detrás de mí, así que mátalo.'"»

(4, 110, 52.94.177)

De hecho, el mismo profeta dirigió campañas en el curso de las cuales los que se negaban a convertirse o a pagar tributo eran asesinados en masa si se trataba de hombres, o convertidos en esclavos si eran mujeres o niños:

«Narró Aisha. Gabriel dijo: "Sal a ellos." El profeta dijo: "¿Dónde?" Gabriel señaló hacia los Bani Quraiza, de manera que el enviado de Allah fue a ellos. Entonces se rindieron al juicio del profeta, pero él los dirigió a Sad para que diera su veredicto con respecto a ellos. Sad dijo: "Mi juicio es que se dé muerte a sus guerreros, que sus mujeres y niños se conviertan en esclavos y sus propiedades sean distribuidas."»

(5, 309, 59.29.448)

La guerra santa o *yihad* de hecho tenía un papel tan importante en el islam que no resulta extraño que Mahoma anunciara a los participantes en la misma recompensas de tipo material y espiritual:

«Narró Abu Qatada. El enviado de Allah dijo: "Cualquiera que haya matado a un infiel y tenga una prueba o un testigo de ello, serán para él las armas y pertenencias del muerto."»

(9, 213, 89.21.282)

«Narró Jalid bin Madan. El profeta dijo: "Se perdonarán los pecados del primer ejército de mis seguidores que invada la ciudad de César (Roma)."»

(4, 109, 52.93.175)

«Narró Abu Huraira. El enviado de Allah dijo: "A la persona que participe en la yihad por Su causa y nada le impulse a salir sino la yihad por Su causa, y la creencia en Sus palabras, Allah le garantiza que o le admitirá en el Paraíso o le traerá de regreso al hogar del que salió con la recompensa o el botín que haya ganado."»

(9, 413, 93.28.549)

De hecho, el que combate en la *yihad* tiene garantizada la superioridad en la recompensa en el Paraíso y en la consideración que Allah concede a los musulmanes:

«Narró Abu Huraira. El profeta dijo: "El paraíso tiene un centenar de gradas que Allah ha reservado para los mujahidun (los que combaten en la guerra santa), y la distancia entre cada dos gradas es como la distancia entre el cielo y la tierra."»

(4, 40, 52.4.48)

«Narró Anas Bin Malik. El profeta dijo: "Nadie que muere y encuentra el bien de Allah desea regresar a este mundo aunque se le dé todo el mundo y lo que hay en él, salvo el que ha muerto en la guerra santa, que al ver la superioridad de su muerte, desea regresar al mundo y ser muerto de nuevo."»

(4, 42, 52.6.53)

El repaso somero que hemos realizado de los *hadices* resultaría incompleto si no indicáramos al mismo tiempo cómo esta fuente recoge una supuesta profecía de Mahoma en el sentido de que España sería sometida al islam. El texto[16] dice lo siguiente:

«Cuando el enviado de Dios, ¡Dios le bendiga y le salve!, estaba en Medina, se puso a mirar hacia poniente, saludó e hizo señas con la mano. Su compañero Abu Aiúb al-Ansari, le preguntó: "¿A quién saludas, ¡oh, profeta de Dios!?" Y él contestó: "A unos hombres de mi comunidad (musulmana) que estará en Occidente, en una isla llamada Al-Andalus. En ella el que esté con vida será un defensor y combatiente de la fe y el muerto será un mártir. A todos ellos los ha distinguido (Dios) en su Libro (Corán 39, 58). Serán fulminados los que estén en los cielos y los que estén en la tierra, excepto aquellos que Dios quiera."»

Como ha señalado correctamente J. Vallvé, todavía hoy, en el siglo XXI, «en nuestros días este *hadiz* profético es aceptado por muchos musulmanes desde Indonesia y Filipinas hasta Marruecos, movidos por la esperanza de reconquistar España, considerada como el "paraíso perdido". Esa añoranza se percibe en grandes poetas modernos, como el egipcio Caqui; en el reciente discurso del sultán de Marruecos con motivo del segundo año de su entronización en julio de 2001; o en las declaraciones del lugarteniente de Ben Laden en Afganistán, el egipcio Zaharawi»[17]. En buena medida, la primera parte de esta obra trata de la frustración directa de la citada profecía de Mahoma, pero antes debemos ocuparnos de cómo durante siglos pareció cumplida.

Capítulo III

ESPAÑA ANTES DEL ISLAM

España, cruce de culturas[18]

A diferencia de lo que había sucedido con los árabes antes de la llegada del islam, la España que se vería invadida por ellos a inicios del siglo VIII había sido objeto de la fecundación de diversas culturas milenios antes de nuestra Era. Hace unos siete mil años, el neolítico había arraigado en la Península apareciendo no sólo la cerámica, sino también las primeras manifestaciones de la agricultura y la ganadería. Dos mil años después tuvo lugar una verdadera revolución megalítica

cuyas causas no han terminado de dilucidarse hasta la fecha, y en el tercer milenio antes de Cristo junto con la metalurgia surgió una serie de culturas ya urbanas en cuyo seno aparecieron los poblados, no pocas veces fortificados.

Mil años antes de Cristo, la península Ibérica fue objeto de dos grandes oleadas pobladoras. Por el norte llegaron pueblos como los celtas, a los que también pertenecían los galos, y que en un momento dado se extendieron desde Asia Menor en Oriente hasta la futura España en Occidente. Muy posiblemente esos celtas penetraran en la Península en dos oleadas, la primera en torno a 900-800 a. C., y la segunda en el periodo 700-500 a. C. Casi en paralelo llegaron también los iberos. Su origen remoto se encontraba en Asia Menor, aunque en su trayecto pasaron por el norte de África. La resistencia que hallaron, si es que existió, fue débil, y finalmente no pocos de ellos acabaron asentándose en el sur de la futura Francia. Excelentes jinetes e infantes de guerra, constructores de ciudades, los romanos acabarían reclutándolos para sus ejércitos.

De entre los Estados ibéricos el que más destacaría sería Tartessos o Tarsis, ya mencionado en la Biblia como lugar de huida del profeta Jonás (Jonás 1, 1-3), lo que hace pensar en la existencia de alguna colonia judía varios siglos antes de nuestra era. También se cita como enclave en el que deseaba refugiarse el profeta Jonás ya en el s. VIII a. C. Situada su capital en las cercanías de Jerez, su poder —basado en el comercio de metales— habría resultado esplendoroso.

Por añadidura, en el primer milenio antes de Cristo las poblaciones peninsulares —que acabarían fusionándose en un pueblo celtíbero— recibieron además diversas inyecciones culturales gracias al comercio atlántico, la recepción, a través de los pueblos transpirenaicos de la cultura de los campos de urnas, y el establecimiento de colonias por parte de los dos pueblos que tenían mayor relevancia a la sazón en el comercio del Mediterráneo: los fenicios y los griegos.[19]

Los fenicios fundaron, entre otras, colonias que hoy conocemos con los nombres de Adra, Málaga, Ibiza, Cádiz y Almuñécar, y dejaron en el curso de su presencia en la Península la escritura, la organización de la sociedad en clases, el gobierno senatorial, la acuñación de moneda, el poder ejecutivo en manos de gobernantes e incluso un cierto misticismo relacionado con las religiones orientales.

Por lo que se refiere a los griegos, fundadores, entre otras localidades, de Barcelona, y comerciantes, como los fenicios, aportaron una huella similar que se tradujo en el uso de la moneda, las influencias artísticas y el alfabeto, una creación extraordinaria en la que habían sido precedidos por los fenicios.

En el siglo V a.C., llegó a la Península un pueblo de, estirpe fenicia, los cartagineses. Interesados por las riquezas mineras encerradas en su suelo, rivalizaron desde el principio con la otra gran potencia mediterránea, Roma, nacida en este caso, en la península Itálica. Si inicialmente Cartago había logrado asegurarse el sur hispano limitando la ruta de las naves comerciales romanas hasta el cabo de Palos, la situación cambió después de que fuera derrotada en la primera guerra púnica por su rival. Las onerosas condiciones planteadas por el vencedor llevaron a los cartagineses a plantearse una invasión en toda regla de la Península, que se inició en 239 a. C.

Los cartagineses iban a chocar con dificultades desde el principio. Fundadores de Alicante y Cartagena, se enfrentaron a una resistencia autóctona que fue reprimida a sangre y fuego. Cuando parecía que había sido sofocada convenientemente, Roma advirtió a Cartago de los peligros que se desprendían de continuar sus operaciones en la Península. La respuesta iba a ser la llegada, en 221 a. C., del cartaginés Aníbal, uno de los grandes genios militares de la Historia, a la piel de toro. Dos años después Aníbal tomaba Sagunto y estallaba la segunda guerra púnica, en cuyos pormenores no podemos entrar por exceder el objeto del presente estudio. Baste decir que la misma fue el motivo directo para que Roma se instalara con más fuerza que nunca en la península Ibérica e iniciara un proceso —esencial para el futuro de España— al que hemos dado en llamar «romanización».

España romanizada[20]

Desembarcado Publio Cornelio Escipión en 218 a. C. en Ampurias, sin duda poco podía imaginar hasta qué punto ese acto iba a ser trascendental en la historia de España. Como ha señalado acertadamente Sánchez Albornoz, la conquista de Hispania —un nombre romano, posiblemente de raigambre fenicia— por parte de Roma fue ardua, extendiéndose a lo largo de tres siglos, un periodo de tiempo extraordinario si se compara con el empleado en de las Galias por César o en la de Egipto por Augusto. En el curso de ese enfrentamiento, algunos de los pueblos pobladores de Hispania —como los cántabros— perecieron al oponer a las legiones romanas una empecinada resistencia armada; otros, como los vascones, sobrevivieron al aceptar el dominio de Roma. Dividida inicialmente en dos provincias, la Hispania Citerior y la Hispania Ulterior, en el s. III d. C. una nueva organización creó las provincias Bética, Lusitania, Galaecia, Tarraconense y Cartaginense, a las que en el siglo siguiente se uniría la Baleárica.

A lo largo de los siglos, los hispanos se integraron en las legiones romanas, aceptaron sus formas políticas, como el municipio, y, sobre todo, fueron abandonando su rico elenco de lenguas nativas por el latín, que se hablaba en todo el dominio de Roma. Auténtica parte esencial de éste, Hispania se convertirá en escenario privilegiado de la historia romana. En su suelo combatirá César —que tiene entre sus mejores amigos a algunos hispanos— en los últimos días de la República, y fundará el emperador Octavio una ciudad que llevará su nombre: Caesaraugusta o Zaragoza.

Así, en un fenómeno que guarda enormes paralelos con lo que acontecería posteriormente entre España y los territorios de la América hispana, Hispania empezó pronto a proporcionar a Roma sus mejores frutos, unos frutos que fueron más allá de las riquezas materiales o de la producción triguera para concretarse en la poesía de Marco Valerio Marcial, natural de Bílbilis (Calatayud) y de Marco Anneo Lucano; la filosofía de Séneca; la sabiduría agrícola de Lucio Junio Moderato Columella, que educaría en las tareas del campo a generaciones; la historia de Silio Itálico; la retórica de Marco Fabio Quintiliano, que enseñó el correcto uso del latín a los pobladores del imperio; y la brillantez como gobernantes de millares de funcionarios y de tres cesares excelsos: Trajano, Adriano y Marco Aurelio, el emperador filósofo.

Se trata tan sólo de botones de muestra que, junto a puentes y acueductos, junto a calzadas y leyes de minas, junto a templos y teatros, junto a palestras y estadios, dejan de manifiesto hasta qué punto la bárbara Hispania quedó integrada en la fecunda corriente cultural romana hasta fundirse con ella y ser una de las ramas más nobles de tan glorioso árbol. Así, Córdoba y Segovia, Sevilla y León, Zaragoza y Tarragona frieron pedazos hispánicos del imperio más importante de Europa —el que siempre se ha deseado reconstruir— hasta la llegada del español en el siglo XVI.

Hispania cristiana[21]

Al elemento romano no tardó en sumarse, a partir del s. I d. C., otro que estaría también llamado a tener una importancia esencial en el desarrollo del imperio y de Hispania. Nos referimos, claro está, al cristianismo. Es muy improbable que Santiago llegara nunca a las costas de Hispania, pero parece establecido que sí lo consiguió el apóstol Pablo, fundando algunas comunidades en el Levante. Durante los siglos siguientes, el cristianismo fue objeto de terribles persecuciones, no faltando prácticamente mártires durante el reinado de ningún emperador. Con todo, fue la última, decretada por Diocleciano, especialmente cruenta. En el curso de la misma resultaron ejecutados por su fe las dos Eulalias (Mérida y Barcelona), Acisclo, Zoilo, Fausto, Jenaro y Marcial (Córdoba), Félix y Narciso (Gerona) y los denominados «innumerables» mártires (Zaragoza). Aun así, el cristianismo se enraizó cada vez con más fuerza en el alma hispana, y ya tenemos noticia de la celebración de concilios en Hispania en torno al año 300. De igual manera debe señalarse, como elocuentes botones de muestra, que fue un hispano llamado Osio el que verdaderamente impulsó las definiciones cristológicas del trascendental concilio de Nicea, o que otro hispano, Prudencio, se convirtió en la

figura más preclara de la poesía bajoimperial.

España nación[22]

Fue esa Hispania romana —a cuyos habitantes se llama con plena justicia hispanorromanos— la que tuvo que hacer frente al agitado periodo de las invasiones bárbaras. El origen de estas migraciones se halla en las grandes victorias que en el siglo I a. C. obtuvo el general chino Pan-Chao contra los hunos. Imposibilitados éstos de expandirse hacia Oriente, volvieron su empuje agresor en dirección a Occidente, y en el curso de los siglos siguientes empujaron —o aniquilaron— a su vez a todos los pueblos que hallaron a su paso. De entre éstos, los más importantes fueron los godos —arios y de lengua indoeuropea, como el griego y el latín— que avanzaron hacia las fronteras romanas en un intento de escapar de la presión de los hunos.

A finales del s. IV los visigodos llamaban a las puertas del imperio romano suplicando que les dejasen entrar para escapar del exterminio a manos de los hunos. Se trataba de la instalación de un pueblo entero que temía su desaparición, y Roma se la concedió en virtud de un acuerdo que en 376 firmaron el emperador Valente y el rey de los visigodos. Éstos deberían instalarse en la región de Mesia, actual Bulgaria, y servir allí de valladar al imperio frente a las migraciones que amenazaban su supervivencia. En tan sólo medio siglo, los visigodos no sólo abandonarían la pactada Mesia, sino que cruzarían los Pirineos e invadirían una Hispania que era, ante todo, romana y cristiana.

En el año 476 el imperio romano se desplomó en Occidente ante el empuje de las distintas inmigraciones de pueblos bárbaros. A esas alturas los visigodos establecieron su reino, que se hallaba a horcajadas entre Hispania y el sur de las Galias. En 507, derrotados por el rey franco Clodoveo, los visigodos establecieron su reino al sur de los Pirineos. Su número era escaso —en torno a los doscientos mil— y no fueron acogidos, en general, de manera hostil por los hispano-romanos. Tras padecer las invasiones de suevos, vándalos y alanos y los males inherentes a la falta de orden, los visigodos significaban para muchos la estabilidad a pesar de que sustentaran ideas heréticas.

Hispania también resultaba atractiva para los visigodos. Puentes, canales, acequias y acueductos daban testimonio de la labor civilizadora de Roma. Incluso la agricultura se había mantenido excepcionalmente próspera, y las zonas más fértiles, que eran precisamente las más romanizadas, se beneficiaron de sistemas de irrigación como los canales, las norias o los cigüeñales. El seguimiento de las enseñanzas del hispanorromano Columella daban, sin duda, sus frutos. Frente a ello, los visigodos —como unos siglos después los musulmanes— apenas aportaron nada. Trajeron consigo la alcachofa, las espinacas y el lúpulo, lo que hace pensar que quizá también introdujeran la cerveza en la península Ibérica.

Abrumados ante una vida urbana que continuaba siendo pujante y la existencia de un sistema educativo basado en las escuelas municipales, los bárbaros recién llegados del norte absorbieron la cultura hispanorromana, incluida la lengua latina. Justo ochenta años después de su llegada, incluso reconocieron la superioridad del cristianismo trinitario de los hispanorromanos sobre el rito arriano que ellos profesaban, y el rey Recaredo recibió el bautismo. En adelante, buena parte de las costumbres germánicas irían desapareciendo para producirse una romanización aún más profunda de los visigodos. No sólo eso: aniquilado el imperio de Occidente, tanto los que procedían de una estirpe goda como los que hundían sus raíces en lo hispanorromano se consideraban miembros de una nación independiente, ya no vinculada a imperio alguno. A esa nación le daban el viejo nombre romano: Hispania, España.

Esta conciencia de españolidad aparece de manera absolutamente irrefutable precisamente en el representante más cualificado de la cultura hispana. Un personaje llamado Isidoro de Sevilla[23], autor de la gran enciclopedia de la época, las *Etimologías*, redactará precisamente un canto a su patria amada en el siglo VII que, entre otras cosas, dice:

«¡Oh, España! La más hermosa de todas las naciones que se extienden desde Occidente hasta la India. Tierra bendita y feliz, madre de muchos pueblos… De ti reciben la luz el Oriente y el Occidente. Tú, honra y prez de todo el orbe; tú, el país más ilustre del globo… No hay en el mundo región mejor situada. Ni te abrasa el estío ni te hiela el rigor del invierno sino que, circundada por un clima templado, te nutren céfiros blandos. Cuanto hay de fecundo en los ejidos, de precioso en las minas y de provechoso en los animales, tú lo produces… Rica, por lo tanto, en hijos, joyas y púrpuras, fecunda también en gobernantes y en hombres que poseen el don de mandar, te muestras tan fecunda en adornar príncipes como feliz en producirlos. Con razón, ya hace mucho tiempo, te deseó la dorada Roma, cabeza de gentes y, aunque vencedor, aquel empuje romano te desposara primero, luego el muy floreciente pueblo de los godos, tras haber conseguido numerosas victorias, a su vez te tomó y te amó…»

Difícilmente habría podido expresar nadie mejor el sentimiento de orgullo nacional que imbuía a los hispanos en el siglo VII. Procedentes de la fusión de la herencia romana, de la cristiana y de la germánica, consideraban ahora a España una nación especialmente dichosa.

Semejantes afirmaciones resultan aún más dignas de tener en consideración cuando se comprende, primero, que el reino visigodo no fue estable a causa de su raíz germánica que, por ejemplo, insistía en el mantenimiento de una monarquía electiva; y, segundo, que a pesar de ello la cultura española de los siglos VI y VII fue con mucho la más refinada de todo Occidente. Junto a reyes poetas como Sisebuto (612-621) encontramos a figuras de primer orden como el erudito Isidoro, el poeta Merobaudes, los historiadores Paulo Orosio e Idacio, el filósofo Juan de Bíclaro o el teólogo Leandro de Sevilla. Son ejemplos —y no una relación exhaustiva— de una cultura floreciente, pujante y fecunda que se sustentaba en un sistema educativo ya en vigor desde el siglo V y que, a la sazón, carecía de paralelos en el Occidente que antaño había sido romano. Sobre esa nación romanizada e independiente, con unas endebles estructuras políticas inficcionadas entre otros males de sectarismo y antisemitismo[24], pero provista de una cultura en aquellos momentos incomparable, iba a descargar sus terribles golpes la invasión islámica.

Capítulo IV

EL ISLAM ATACA ESPAÑA

La conquista de España[25]

La expansión territorial y política del islam presenta escasos paralelos a lo largo de la historia de la Humanidad. De hecho, al cabo de setenta años, su dominio abarcaba un extenso territorio que iba desde las fronteras de China al Atlántico. Que en su imparable avance conquistador, el islam acabaría llegando a España resultaba fácil de esperar, especialmente desde el momento en que pasó a controlar el norte de África. La conquista de Egipto —un país en el que la llegada del islam significó la aniquilación de los últimos vestigios de la milenaria civilización de los faraones y la sumisión por la fuerza de un cristianismo peculiar, el copto— fue seguida por la toma de Cirenaica en el año 642 y, posteriormente, de Trípoli. Cartago, importante reducto bizantino, soportaría aún durante algunas décadas el empuje musulmán, pero en el 666 daba inicio la conquista definitiva de las tierras de los bereberes. En el 670 los árabes fundaron Cairuán, y poco después, flanqueando las fortalezas bizantinas, llegaban a Tánger. A finales del siglo VII, los bereberes habían sido sometidos por los árabes de Musa ben Nusayr después de encarnizadísimos combates y el islam alcanzaba el Atlántico controlando Marruecos.

El salto al otro lado del estrecho de Gibraltar vino facilitado —que no determinado— por las

luchas intestinas que aquejaban a los hispano-visigodos.[26] Los hijos de Witiza solicitaron la ayuda de Musa convencidos de que podrían utilizar a los musulmanes como mercenarios, y que, después de realizado el servicio requerido, volverían a sus dominios del norte de África. El error no pudo ser de mayor envergadura ni verse seguido de peores consecuencias. Los musulmanes no sólo no tenían la menor intención de retirarse, sino que además aniquilaron la riquísima herencia clásica española para sustituirla por un dominio despótico en el que, como veremos, ni siquiera los conversos al islam se sentirían tratados con justicia.

Envió Musa, pues, un contingente de fuerzas a las órdenes de Tariq, que no sólo pasó a la Península ayudado por godos tránsfugas como el gobernador de Ceuta, sino que además derrotó a los hispanos en Guadalete.[27] Con las tropas musulmanas ya a este lado del Estrecho y un primer ejército godo derrotado, los hijos de Witiza descubrieron que su única alternativa era aceptar a los nuevos amos y conservar parte de su poder, o resistirlos, lo que habría implicado necesariamente olvidar las rencillas políticas que les habían llevado a solicitar su ayuda. Optaron por lo primero. En virtud de un convenio, ratificado por Musa en África y por el califa Walid en Damasco, los parientes de Witiza renunciaron a reinar en España y conservaron una parte del patrimonio regio godo.

Con las espaldas cubiertas, las fuerzas musulmanas se lanzaron hacia la conquista de Toledo, capital del reino. Desbarataron en Écija a un nuevo ejército reagrupado tras la derrota de Guadalete y, tras dejar a dos contingentes de tropas para hostigar las principales fortalezas andaluzas, Tariq atravesó Martos, Jaén, Úbeda,Vilches y Alhambra para cruzar Despeñaperros y vía Consuegra alcanzar Toledo.[28] La resistencia fue mínima y no resulta extraño, porque las fuerzas que se podían oponer a los invasores eran escasas y porque además los proceres de la ciudad —comenzando por el metropolitano Sineredo— habían huido.

El cuantiosísimo botín del que se apoderaron los musulmanes muy posiblemente excitó el ansia de conquista de Tariq porque, aprovechando la calzada romana, desde Alcalá de Henares ascendió por Buitrago y Clunia hasta llegar a Amaya, la ciudad más importante de Cantabria. Una vez allí siguió nuevamente los caminos tendidos por los romanos siglos atrás para alcanzar León y Astorga y regresar a Toledo. Allí Tariq esperó a un nuevo contingente de tropas que, al mando de su jefe Musa ben Nusayr, se disponía a liquidar cualquier foco de resistencia.

A diferencia de lo realizado hasta entonces por Tariq, Musa atacó las ciudades cuya sumisión esperaba obtener y que no habían capitulado a pesar de la conquista de la capital. Si la toma de Medina-Sidonia y Carmona resultó relativamente fácil, no puede decirse lo mismo de Sevilla y, muy especialmente, de Mérida. En ambos casos, el asedio musulmán se prolongó durante varios meses, y no logró del todo ahogar la resistencia. Baste para probarlo el hecho de que, tras la caída de Mérida el 30 de junio del año 713 y antes de marchar sobre Toledo, Musa se vio obligado a enviar a su hijo Abd al-Aziz a Sevilla para que sometiera esta ciudad por segunda vez.

Que la población local no veía con buenos ojos a los invasores se desprende empero no sólo de la resistencia presentada, sino también de que los musulmanes se vieran obligados a encargar la administración de las ciudades conquistadas a los judíos, un sector especialmente maltratado por los visigodos. En alguna ocasión incluso, los árabes se vieron obligados a reconocer la independencia de algún poder local porque su sumisión resultaba, siquiera de momento, impensable. Tal fue el caso del conde Teodomiro, que gobernaba la región murciana desde Orihuela, y con el que Abd al-Aziz concluyó un pacto en virtud del cual el noble hispano se comprometía tan sólo a pagar un tributo, siéndole respetada su independencia.

Mientras Musa subía hacia Toledo, Tariq salió a su encuentro en Almaraz —precisamente «el encuentro»— y allí le informó de los resultados de su labor. Musa estaba especialmente interesado por el cuantioso botín procedente del saqueo de la capital, que Tariq le entregó. A esas alturas, buena parte del sur de la Península estaba bajo dominio de los musulmanes, y mientras invernaban en

Toledo, Musa y Tariq articularon los planes para concluir la conquista de Hispania. Fruto de esas discusiones fue el envío de dos expediciones. La primera, dirigida por Abd al-Aziz, arrancó de Mérida y, tras someter Huelva, Ossonoba y Pax Iulia, concluyó en la toma de Lisboa. La segunda, a las órdenes de Musa y Tariq, se dirigió a Zaragoza, una ciudad cuya importancia estratégica ya había contemplado el emperador Augusto al fundarla. De hecho, una vez que la ciudad cayó en manos de los musulmanes en 714, éstos se aseguraron el dominio del valle medio del Ebro.[29] A partir de ese momento, Tariq y Musa se separaron para finiquitar con la mayor rapidez la conquista de España. Las razones eran obvias. Los mensajeros que Musa había enviado al califa notificándole la invasión acababan de regresar con órdenes de que los dos jefes acudieran a Damasco a rendir cuentas de una empresa que duraba años. Musa logró convencerlos para que esperaran, pero el tiempo apremiaba.

Tariq se internó por la futura Cataluña tomando Barcelona y Tarragona, y recibió la sumisión del conde Casio, que gobernaba en Borja o Tarazona y aceptó convertirse al islam. Mientras, Musa avanzó por Alfaro y Calahorra, tomando León, Astorga y Lugo. En esta última localidad fue alcanzado por un nuevo mensajero del califa, que le ordenó terminantemente marchar a Damasco. Así lo hizo, y no para su fortuna. Condenado a la crucifixión por malversación de fondos —un delito del que era reincidente—, Musa fue indultado a cambio del pago de una elevada suma. Sin embargo, no se le autorizaría a regresar a las tierras que había invadido, y poco después caería asesinado en una mezquita de Damasco.

Más afortunado que Musa fue, sin duda, su hijo Abd al-Aziz. Convertido en valí o gobernador, su misión principal consistía en asegurar el dominio sobre las tierras españolas. De las poblaciones locales, contaba con el concurso de dos sectores que, ciertamente, se vieron beneficiados por los invasores. El primero fueron los judíos, que no sólo mejoraron de situación social, sino que además se convirtieron en hombres de confianza de los musulmanes en la administración. En no pocas ocasiones habían actuado de verdadera quinta columna, rindiendo ciudades al islam, y ahora obtenían su recompensa. El segundo fueron los witizianos. Como ya indicamos, su posibilidad de reinar se esfumó con Tariq, pero al mismo tiempo los invasores fueron generosos en el reconocimiento de sus patrimonios. Así, personajes políticos clave como Ardabasto, Olmundo o Agila se retiraron a sus posesiones, aumentadas no pocas veces con las arrebatadas a sus rivales políticos. Al fin y a la postre, había sido precisamente esa rivalidad intestina la que había permitido que se produjera lo que los cronistas posteriores denominarían la «pérdida de España».

El islam dividido de Al-Andalus

El nuevo territorio fue denominado enseguida por los musulmanes como «Al-Andalus». El origen de esta palabra resulta confuso[30], pero en cualquier caso no era —como se repite de manera errónea vez tras vez— un equivalente de la Andalucía actual. Para Tariq, Musa o cualquiera de los invasores islámicos tan Al-Andalus eran Barcelona, Lugo o León como Sevilla. Tampoco resiste el análisis histórico más elemental la mención de tópicos como el de la sociedad de las tres culturas o las tres religiones conviviendo en tolerancia, o el de una nueva sociedad basada en los elementos supuestamente igualitarios y desprovistos de racismo del islam. A decir verdad, la realidad histórica fue diametralmente opuesta. No podía ser menos ya que, de acuerdo con los principios del islam que hemos examinado en capítulos anteriores, el nuevo sistema político-social se sustentaba en la división entre vencedores musulmanes y el resto de la población, los invadidos, cuyas vidas eran sometidas y cuyos bienes eran en buena medida saqueados. Examinemos, siquiera someramente, estos dos aspectos.

Como ya queda indicado, el orden social se dividía en dos grandes bloques, el de los invasores islámicos y el de los invadidos cristianos y judíos. Pero, a su vez, cada uno de esos sectores sociales se subdividía en grupos de suerte muy distinta. Aquellos vencidos que habían osado resistir a los invasores se vieron sometidos al denominado régimen de *suhl*, que en el peor de los casos se traducía

en la ejecución de los varones y la esclavitud de mujeres y niños, y, en el más benévolo, en la sumisión seguida de la entrega de bienes. Por el contrario, los hispanos que se rindieron sin ofrecer resistencia a los musulmanes entraban en el régimen de *ahd*, lo que les garantizaba una cierta autonomía administrativa, la conservación de algunos bienes y la práctica de la religión propia. Con todo, no podían aspirar a recibir el mismo trato que los musulmanes ni tampoco permitirse la predicación de su fe so pena de muerte. A todo ello además se añadía la carga de una serie de impuestos que no pesaban sobre los musulmanes, como el personal *(shizya)*.

La población sometida no musulmana —que recibió el nombre de mozárabe, de *musta´rib*, «el que se arabiza»— fue durante bastante tiempo mayoritaria, y durante siglos constituyó, junto a los hispanos convertidos al islam, el compendio de la cultura en Al-Andalus, cosa nada extraña si se tiene en cuenta su origen romanizado.

Si diversa —y poco o nada halagüeña— era la situación de los invadidos, no era menos variada la de los invasores. Aunque el islam insiste en su carácter fraterno y suprarracial, la realidad es que, históricamente, los árabes han gozado en su seno de una situación de preferencia sobre los conversos de otras razas, e incluso entre los primeros las diferencias no han sido escasas. Siguiendo este principio, lo que podemos apreciar en las fuentes islámicas es que en la cima de la sociedad musulmana constituida en suelo español estaban los árabes. Orgullosos de que Mahoma hubiera sido paisano suyo, los musulmanes árabes no abandonaron sus enfrentamientos intestinos en la península Ibérica, sino que los mantuvieron de la misma manera encarnizada en que los habían vivido hasta entonces. Los dos grandes grupos rivales eran los yemeníes o kalbíes, originarios del sur de Arabia, y los qaysíes, procedentes del centro y del norte. De ambos grupos, inficcionados de una profunda rivalidad, iban a salir los principales gobernantes y funcionarios no sin subdividirse en nuevos grupos, como el de los baladíes (los del país, es decir, los primeros en llegar) y los procedentes de inmigraciones sucesivas.

A considerable distancia de los árabes, pese a ser musulmanes como ellos, estaban los bereberes. Procedentes de Mauritania (de ahí el apelativo de «mauri» del que deriva nuestro «moros»), fueron, sin duda, la fuerza de choque de Tariq y Musa, y precisamente por ello no debe sorprender que para los cristianos del norte pronto quedaran identificados con una dominación de la que eran instrumentos terribles, pero sólo instrumentos. Tratados despectivamente por los árabes, se vieron incluso obligados a pagar el tributo personal de los no musulmanes.

Por debajo de ellos se encontraban los musulmanes españoles o muladíes —del árabe *muwalladun*, utilizado para referirse a los hijos de los conversos— que no podían aspirar a un trato de igualdad con sus correligionarios invasores, pero que durante los primeros tiempos de la conquista constituyeron con los mozárabes el único, y por ello esencial, sustrato culto de Al-Andalus. El hecho de que además no estuvieran, siquiera inicialmente, enfrentados como los árabes y bereberes proporcionó al poder invasor una estabilidad indispensable.

Si la invasión islámica significó para la aplastante mayoría de los hispanos un descenso en la escala social, lo mismo puede decirse de su situación económica. El botín obtenido por los musulmanes en el asalto a las ciudades fue, desde luego, considerable. Por lo que se refiere a los bienes raíces, pasaron a manos de los invasores los esquilmados en virtud del *suhl*, al que ya nos hemos referido. De éstos hubo que restar un quinto *(jums*) y las tierras yermas que pertenecían por definición al califa de Damasco. El resultado fue que los aproximadamente treinta y cinco mil soldados berberiscos llevados por Tariq y Musa apenas se consideraron pagados en el reparto. Cuando en 716 y 719 tuvieron lugar dos nuevas inmigraciones procedentes del norte de África se produjo tal tensión entre los invasores que el califa Omar II llegó a plantearse la posibilidad de retirarse de Al-Andalus. Si no sucedió así fue porque Omar II acabó optando por entregar en usufructo los *jums* a algunos de los guerreros en virtud de un pacto feudal. Así, los primeros

bereberes se instalaron momentáneamente en las laderas de los sistemas Cantábrico y Central y en las montañas andaluzas, mientras que contingentes procedentes de Siria y Egipto fueron ubicados en el sur de España.

Poco puede extrañar que, partiendo de una fragmentación social que afectaba de manera especial a los musulmanes y que, de hecho, perpetuaba privilegios raciales, las luchas civiles formaran parte del escenario político de Al-Andalus desde sus inicios. Una vez más, las fuentes árabes son bien explícitas al respecto. Tras la caída en desgracia de Musa, lo sucedió como valí o gobernador su hijo Abd al-Aziz.

Poco tiempo ejercería el poder, ya que, siguiendo órdenes del califa Sulaymán, fue asesinado en la iglesia de santa Rufina de Sevilla —convertida en mezquita—, siendo su cabeza enviada a Damasco. Durante las cuatro décadas largas que siguieron (716-758), el gobierno de los distintos valíes dependientes del califa de Damasco iba a ser trágico testigo de los encarnizados enfrentamientos entre los clanes árabes a los que se sumarían los originados entre los bereberes.

Tras seis meses de espera llegó a España el nuevo valí, Al-Hurr, que trasladó la capital de Al-Andalus de Sevilla a Córdoba y que, como tendremos ocasión de ver, sufrió el primer revés frente a la resistencia hispana. En abril de 719, Al-Hurr fue sustituido por As-Samh ben Malik, nombrado directamente por el califa para indagar sobre la verdadera situación de las tropas invasoras. El desgobierno ocasionado por los musulmanes era de tal magnitud y las discordias tan acentuadas que el califa, como ya indicamos, se planteó seriamente el abandono de España, y si finalmente no actuó así fue para sofocar cualquier posible revuelta de los soldados islámicos ya instalados en Al-Andalus.

As-Samh intentó continuar la expansión islámica al otro lado de los Pirineos, pero en el año 721 murió combatiendo frente a Tolosa contra Eudes, duque de Aquitania. Durante las décadas siguientes, los musulmanes acometerían en distintas ocasiones la tarea de invadir las Galias. De hecho, Anbasa (721-26), sucesor de As-Samh, se apoderó de Carcasona y Nimes, atravesó los valles del Ródano y el Garona, e incluso saqueó Autun y Moissac tras realizar correrías por la Borgoña. Se trató, sin duda, del canto del cisne del islam en las Galias. En el 732, la derrota de los musulmanes en Poitiers les convenció de la inutilidad, siquiera de momento, de continuar las expediciones transpirenaicas. A ello contribuyeron decisivamente la resistencia hispana atrincherada en Asturias, a la que nos referiremos en el próximo apartado y, muy especialmente, los propios conflictos interislámicos.

Las dos grandes familias árabes, yemeníes o kalbíes y qaysíes, no dejaron de rivalizar en la lucha por el poder, y cada valí perteneciente a cualquiera de ellas aprovechó para favorecer a sus familiares a la vez que descargaba su ira sobre los rivales. El gobierno del qaysí Al-Haytham ben Ubayd se tradujo, por ejemplo, en matanzas de yemeníes que acabaron provocando la intervención directa del califa de Damasco y la sustitución del valí por Al-Gafiq, el futuro derrotado de Poitiers. A la muerte de éste, el califa creyó solucionar el problema mediante el nombramiento de dos nuevos valles, Abd al-Malik al-Fihrí y Uqba. Vana esperanza en realidad, Al-Andalus tan sólo se hallaba en vísperas de un nuevo rosario de guerras civiles.

El comportamiento despótico y despectivo que el gobernador del norte de África, un qaysí, mostraba hacia los bereberes empujó a éstos a sumarse a los jariyíes, de los que hablamos en un capítulo anterior, en la medida en que esta interpretación del islam insistía en la igualdad de todos los musulmanes y socavaba, por lo tanto, el comportamiento de la aristocracia árabe. Inicialmente, la sublevación bereber tuvo como escenario el norte de África. Uqba se vio obligado a pasar el Estrecho con la intención de reprimirlos, pero a pesar de que llevó a cabo terribles matanzas, no consiguió sofocar la rebelión. No sólo eso. Al saber los bereberes instalados en la Península lo que sucedía, se sumaron a la revuelta, entusiasmados ante la perspectiva de acabar con el dominio de la aristocracia árabe. De manera casi simultánea se alzaron en la cordillera Cantábrica, los montes de Galicia y el Sistema Central y descendieron hacia el sur asesinando a todos los árabes que

encontraban a su paso. Cuando, por último, el ejército de Abd al-Malik fue aplastado en las cercanías de Córdoba por los bereberes, el califa Hisham decidió sofocar aquella guerra civil que podía tener terribles consecuencias para el dominio islámico en España.

En el año 749, junto al río Sebú, en Marruecos, se enfrentaron un ejército de rebeldes bereberes con otro constituido por fuerzas sirias y egipcias enviadas por el califa. La victoria recayó en los sublevados, y muy pronto los clanes árabes de la Península se percataron de que la única forma de sobrevivir exigía olvidar las diferencias entre qaysíes y yemeníes y aprovechar los restos del ejército sirio a las órdenes de Balsh ben Bishr. Semejante alianza sofocó la revuelta y así en Córdoba, Medina-Sidonia y Toledo fueron derrotados los bereberes por Balsh. Sin embargo, la guerra civil entre musulmanes no había terminado. Abd al-Malik exigió inmediatamente la salida de los sirios de Al-Andalus y, en respuesta, Balsh atacó Córdoba, crucificó a Abd al-Malik y lo sustituyó como gobernador desencadenando un verdadero infierno sobre los yemeníes. Durante los años siguientes, los hijos de Abd al-Malik, algunos bereberes resentidos por la derrota sufrida ante Balsh y no pocos muladíes hartos del despotismo árabe se enfrentaron con el nuevo gobernador. Balsh caería muerto en Aqua Potora, al norte de Córdoba, pero su sucesor, Thalaba ben Salama al- Amili, no cejó hasta aplastar a yemeníes y bereberes. Tras, la victoria de Mérida, los bereberes derrotados fueron reducidos a esclavitud y vendidos por precios tan humillantes como el valor de un perro.

En el año 743, llegó a Al-Andalus un nuevo valí llamado Abu- 1-Jattar con la misión de pacificar una tierra ensangrentada por la interminable guerra civil entre musulmanes. Miembro del clan yemení, Abu-l-Jattar pacificó los restos del ejército de Balsh entregándoles tierras, pero no tardó en caer en una política de parcialidad familiar que provocó una nueva rebelión, integrada esta vez por los qaysíes. En el año 747 Abu-l-Jattar fue vencido y ejecutado. Tres años después dio inicio una terrible hambruna —nada extraño si se tiene en cuenta la prolongada situación de enfrentamiento civil— que se extendería a lo largo de un lustro y que, presumiblemente, afectaría de manera especialmente trágica a los invadidos.

No resulta difícil imaginar —a pesar de que para las fuentes árabes el tema carece totalmente de interés— lo que pudo ser la vida para los hispanos durante las primeras décadas de gobierno musulmán. Si la penetración inicial se tradujo en el final de la libertad, la conversión en masas sometidas —cuando no esclavizadas—, la pérdida de los bienes y los familiares y la aniquilación de una cultura emparentada estrechamente con la clásica, los años turbulentos que siguieron difícilmente pudieron traducirse en una forma de vida sosegada y fecunda. Semejante situación aún debió empeorar cuando Al- Andalus dejó de depender de los califas omeyas —a la sazón empeñados en una lucha a muerte contra los abasíes— y los dos últimos valíes no sólo carecían de la legitimación formal de Damasco, sino también de la aceptación material de los distintos grupos musulmanes asentados en la Península, lo que agudizó más, si cabe, el enfrentamiento armado entre ellos. En medio de una situación así, los mozárabes[31], que residían en Al-Andalus, se vieron atrapados entre los más de dos fuegos de las luchas intestinas de los musulmanes. Los muladíes sufrieron no menos que los bereberes la discriminación establecida por la aristocracia árabe, y los cristianos que eludieron el dominio islámico se vieron obligados a un forzado exilio en las tierras del norte, donde no faltaron ni las aceifas —en las que podían convertirse en cautivos— ni el combate armado para preservar la vida y la libertad. A la difícil peripecia de estos últimos dedicaremos el último apartado del presente capítulo.

La resistencia hispana

En contra del mito tantas veces repetido de una entrada casi pacífica de los musulmanes en la península Ibérica y de una rápida conquista de la misma por la colaboración entusiasta de sus habitantes, la Historia establece realidades bien distintas. En primer lugar que, como hemos visto, la resistencia existió, se prolongó a lo largo de varios años y exigió a los invasores no sólo traer

repetidas veces nuevos contingentes militares, sino también pactar con algunos núcleos cristianos irreductibles, como el de Teodomiro en Orihuela. En segundo lugar, que esa resistencia —mayor que la ofrecida, por ejemplo, frente a los pueblos germánicos— tuvo lugar a pesar de la debilidad del reino visigodo y de la existencia de quintas columnas cualificadas, como eran los witizianos y los judíos. En tercer lugar, que cuando, al fin y a la postre, la resistencia fue vencida en el sur y el este de España, continuó existiendo un núcleo de combatientes contra el invasor islámico decidido a mantener su lucha hasta el final.

Que la resistencia tuviera como escenario algún enclave del norte de la Península parece cargado de lógica. En su retirada ante el empuje islámico, los hispanos tan sólo podían dirigirse hacia un norte cada vez más encogido por las acciones militares de los invasores. La concentración de los hispano-godos fue, muy posiblemente, mayor en esta zona que en el resto de España como consecuencia del fenómeno migratorio. Ciertamente, existían en la región guarniciones musulmanas e incluso importantes asentamientos bereberes, como vimos en un apartado anterior, pero ninguna de esas circunstancias impidió que se fraguara un sóido foco de resistencia en torno a un noble hispano-godo llamado Pelayo.[32]

La manera en que Pelayo se vio investido con el caudillaje ha sido objeto de especulación. Mientras que Sánchez Albornoz sostenía que había logrado convencer a los naturales del lugar de la conveniencia de resistir para luego pasar a dirigir la rebelión contra los invasores, Lévi-Provençal apuntaba al hecho de que la jefatura derivaba de un acto electivo de los magnates hispano-godos. Las dos posibilidades no son incompatibles entre sí. En cualquier caso, en torno al año 718 el reducido grupo de resistentes se había liberado de los musulmanes y establecido un minúsculo reino en la zona de Asturias.

La respuesta islámica tardó cuatro años en producirse. La llegada de Anbasa como nuevo valí vino caracterizada entre otras circunstancias por el deseo de sofocar cualquier foco de resistencia que aún pudiera existir. Para acabar con el grupo acaudillado por Pelayo envió una expedición militar e inicialmente los cristianos se vieron obligados a replegarse hacia un desfiladero de los Picos de Europa. Sin embargo, partiendo de una cueva del monte Auseba, Covadonga, emboscaron a los invasores —acompañados de algunos witizanos de relieve— ocasionándoles una dolorosa e innegable derrota. Si los vencedores no tardarían en atribuir el triunfo a la intervención de la Virgen, los vencidos lo minimizarían en sus crónicas sin atreverse a negarlo.[33] Se mire como se mire, lo cierto es que los musulmanes habían sufrido una derrota que algunos de sus cronistas posteriores lamentarían amargamente.

Razones no les faltaban, desde luego. Si unos siglos atrás los godos habían sido aceptados en la consciencia de que su romanización les acercaba a los hispanorromanos y, finalmente, se produjo una fusión de ambos pueblos, ahora Covadonga ponía de manifiesto que la resistencia era la única salida para escapar de la pérdida de la libertad y negarse a la sumisión a un poder despótico que ni siquiera tenía clemencia para con sus propios correligionarios. La sociedad hispana podía haber sido derrotada, pero en las montañas de Asturias estaba dispuesta a perdurar e incluso a recuperar el terreno perdido.

Esta voluntad quedó de manifiesto de manera sólida e inmediata. Poco sabemos de Pelayo después de su victoria sobre los musulmanes en Covadonga. Sin embargo, no puede dudarse de que el reino creado por él optó por una línea de continuidad. Su sucesor no fue, como había resultado común entre los godos, un monarca electivo, sino su hijo Fáfila, cuyo reinado tan sólo duraría dos años (737- 739) al ser muerto por un oso en una cacería. Ni siquiera este luctuoso acontecimiento truncó la reciente línea sucesoria. El nuevo rey sería Alfonso I, casado con Emersinda, la hija de Pelayo.

Alfonso I (739-757) distaba mucho de alentar únicamente un deseo de mera supervivencia. Por el

contrario, deseaba reconquistar lo perdido. Tras recuperar la zona cantábrica —ocupada, como ya vimos, por los bereberes— se extendió por Galicia haciéndose con sus plazas principales (Lugo, Tuy, Oporto, Braga y Viseo) y desde allí pasó a la meseta en un intento de controlar la cuenca del Duero. En muy poco tiempo León, Astorga, Zamora, Salamanca, Ávila, Segovia, Sepúlveda, Simancas, Amaya o Miranda de Ebro eran tan sólo algunas de las localidades retomadas por el activo monarca. En torno al año 754, el poderío musulmán no pasaba de Mérida y Coria en el centro y el oeste, mientras Toledo y Talayera se habían convertido en los puntos más extremos del dominio islámico. Sin duda, el destino de los invasores musulmanes habría resultado aciago si el minúsculo reino asturiano hubiera contado con recursos suficientes. No fue el caso, y algunas de las zonas reconquistadas tuvieron que ser abandonadas. Sin embargo, no deja de ser significativo que ante la esperanza de escapar del yugo islámico millares de mozárabes abandonaran entonces Al-Andalus y emprendieran un camino hacia el norte. A fin de cuentas, con los que allí resistían estaban unidos por la lengua, la religión y el sentimiento nacional de resistencia frente a un invasor despótico y culturalmente muy inferior.

Estas inyecciones demográficas permitieron a Alfonso I repoblar y fortificar el norte de la cordillera Cantábrica ampliando su reino por occidente hacia Galicia y por oriente hasta Santander y las tierras de los vascones. Los valles de Sella, Potes y el Nervión fueron recuperados de esa manera, a la vez que Álava, Bureba y La Rioja. Mientras tanto, la cuenca del Duero se convirtió en una inmensa tierra de nadie que Alfonso I no podía repoblar y que los musulmanes no se atrevían en esos momentos a franquear.[34] Sin embargo, en el mundo islámico se estaba operando en esa época una auténtica revolución cuya repercusión no tardaría en hacerse sentir de manera especialmente peculiar en España.

Capítulo V

EL EMIRATO INDEPENDIENTE Y LA REBELIÓN DE LOS ESPAÑOLES

Abd ar-Rahmán I[35]

A pesar de sus promesas de igualdad religiosa, lo cierto es que el islam distó mucho de establecer entre sus fieles —judíos y cristianos ya sabían que sólo podían aspirar a ser súbditos de segunda clase gravados por un impuesto especial— un clima de convivencia pacífica. El peso despótico de la aristocracia árabe, marcadamente despectiva incluso hacia sus correligionarios, la detención de las conquistas que limitó las posibilidades de botín, y la necesidad de crear ejércitos profesionales que suplieran la carencia de voluntarios suficientes para nuevas guerras se convirtieron en una triple y onerosa carga que aplastaba a los conversos a la predicación de Mahoma. Este descontento creciente, y desde luego justificado, fue prendiendo en distintos puntos del califato hasta que alcanzó Siria, la zona donde estaba enclavada la capital omeya. Finalmente, el 28 de noviembre de 749, Abul Abbas Abd Allah, descendiente de Abbas, familiar a su vez de Mahoma, se proclamó califa en Kufa, alegando que era el «imam oculto», un personaje fantasmagórico en el que no pocos musulmanes habían puesto su esperanza de final de la dinastía omeya.

Abul Abbas, que desde el principio utilizó el sobrenombre de As-Saffa, o sea, el Sanguinario, inició una guerra de exterminio que llegó a su punto de mayor perfidia cuando, tras prometer una amnistía con todas las garantías a los omeyas, procedió a asesinarlos a sangre fría en Abu Frutus. Tan sólo dos omeyas escaparon de aquella terrible matanza, y uno de ellos era un joven de apenas veinte años llamado Abd-ar-Rahmán. Durante cuatro años, el fugitivo, unido a uno de sus libertos llamado

Badr, escapó de los esbirros de Abul Abbas y acabó recalando en el norte de África. No tardó en comprobar Abd ar- Rahmán que sus posibilidades de supervivencia eran mínimas también en aquella zona, y calibró entonces la eventualidad de cruzar el Estrecho y alcanzar Al-Andalus. Si finalmente lo hizo se debió a que los yemeníes, envueltos en una de sus continuas luchas con los qaysíes , le ofrecieron su apoyo. Así, el 14 de agosto de 755 desembarcaba en Almuñécar. Menos de un año después, Abd ar-Rahmán entraba en Córdoba. Sin embargo, su triunfo iría acompañado de la primera rebelión en sus filas. Los yemeníes, que hasta esos momentos habían conseguido un cuantioso botín fruto de distintos saqueos, deseaban expoliar la ciudad, pero Abd ar-Rahmán decidió colocarla bajo su protección. Intentaron entonces los yemeníes darle muerte, pero el joven gobernante respondió mediante una extraordinaria matanza que, siquiera de momento, afianzó el poder en sus manos. Inmediatamente se hizo proclamar emir en la mezquita de la ciudad.

No se fiaba Abd ar-Rahmán de los que le habían ayudado a alcanzar el poder, y pronto quedaría de manifiesto que no le faltaban razones para ello. Amén de los yemeníes, se enfrentaron a él los descontentos bereberes, los agentes de la dinastía abasida e incluso algunos miembros de su propia familia. La respuesta de Abd ar-Rahmán fue establecer una nueva forma de gobierno cuya columna vertebral era un ejército ciegamente adicto y una nueva aristocracia árabe sustentada en miembros de su familia, del grupo de los quraysíes. La necesidad imperiosa de enfrentarse a rebeliones internas —dos sobrinos suyos participaron en sendas conspiraciones encaminadas a destronarlo y pagaron con la vida su fracaso— y la resistencia firme de los cristianos del norte limitaron enormemente la capacidad de Abd ar-Rahmán para atacar las zonas reconquistadas. No sólo Fruela I (757-768) derrotó en Pontuvium una expedición musulmana capitaneada por Omar, hijo del emir, que cayó prisionero, sino que además supo establecer distintas fortalezas en Galicia y el alto valle del Ebro que dificultarían las incursiones islámicas. En Álava y La Rioja los castillos llegaron a abundar tanto que acabaron dando nombre a la zona y verían el origen del nombre de Castilla.

La repoblación de Galicia hasta el Miño, los valles de El Bierzo y las montañas leonesas la llevarían a cabo —¡una vez más!— mozárabes huidos del dominio islámico y cuyas condiciones de vida no habían experimentado desde luego ninguna mejora con el emir. El 30 de septiembre de 788, Abd ar-Rahmán fallecía en Córdoba sin haber logrado extinguir el foco de resistencia que planteaba el reino asturiano. Le sucedió su hijo Hisham, conocido por el apelativo de Al-Rida —«Aquel de quien se está satisfecho»— ya nacido en Al- Andalus. Con él iban a iniciar los musulmanes una nueva forma de guerra contra los resistentes hispanos que tendría importantísimas consecuencias.

Asturias se enfrenta a las aceifas[36]

A finales del siglo VIII la situación de los invasores musulmanes no se presentaba especialmente halagüeña. Ciertamente, Al-Andalus se extendía por la mayor —y más fértil— parte de la península Ibérica y ciertamente también ese dominio era susceptible de producir pingües beneficios. Sin embargo, algunas realidades resultaban trágicamente significativas. En primer lugar, se hallaba la evidente incapacidad de los invasores para articular una estructura política estable. A lo largo de décadas, los distintos grupos islámicos se habían asesinado entre sí mostrando una inquietante tendencia a la lucha cainita y una innegable impotencia para llevar a cabo construcciones sociales que pudieran sustituir a las que habían conocido en siglos anteriores los hispanos. En segundo lugar, como consecuencia y a la vez causa de lo anterior, Al-Andalus carecía de una coherencia que permitiera no sólo mantener un *statu quo* tolerable para los fieles de las distintas religiones que vivían en su territorio, sino incluso para los musulmanes que no pertenecían a alguna de las aristocracias árabes y que eran contemplados por éstas de manera despectiva. Buena prueba de ello fueron no sólo las continuas revueltas de bereberes, sirios y muladíes , sino también los repetidos éxodos de mozárabes hacia el norte en busca de un espacio de libertad fuera del odiado dominio invasor. Finalmente, Al-Andalus había sido incapaz de conjurar la resistencia asturiana a pesar de la

enorme diferencia de recursos a su favor.

Frente a esta situación, Abd ar-Rahmán I había comenzado a pergeñar una respuesta sustancialmente militar que, aunque tuvo escaso éxito frente a la resistencia cristiana, acabó afianzando siquiera en parte su poder interior. Iba a ser labor de su hijo Hisham depurar este instrumento que alcanzaría su máxima expresión en los tiempos finales de un califato aún no constituido. Asentada temporalmente la situación interior, Hisham decidió aplastar la empecinada resistencia norteña. Para ello recurrió a un nuevo tipo de campaña denominado aceifa —de *saifa*, «verano» en árabe— que cumplía una doble finalidad. Por un lado, las aceifas permitían obtener cuantioso botín a los participantes, lo que calmaba las luchas internas con la obtención de un beneficio común; y, por otro, preparaba la aniquilación del enemigo asturiano a través de su ruina económica y su estrangulamiento demográfico. Esta última circunstancia obligaba a atacar el norte a finales de la primavera o inicios del verano, cuando las cosechas, aún en los campos, podían ser fácilmente destruidas.

Pocos años faltaron este tipo de expediciones por las tierras del reino de Asturias —que incluían, como vimos, desde Galicia hasta Álava— e incluso lograron que un derrotado Bermudo I se viera obligado a abdicar en su sobrino Alfonso II (791-842). En el año 793, las tropas del emir sobrepasaron el territorio asturiano para adentrarse en Gerona y Narbona, arrasándolas, una muestra indubitable por la última ubicación de que las ambiciones emirales ya sobrepasaban la península Ibérica y se dirigían como unas décadas atrás hacia el otro lado de los Pirineos. De hecho, hay que coincidir con Sánchez Albornoz en que de no haber existido el reino asturiano, los musulmanes se habrían adentrado por Francia con relativa facilidad. Sin embargo, en 794 los guerreros del emir fueron derrotados en un lugar pantanoso llamado Lutos (quizá el actual Los Lodos) cuando regresaban de saquear Oviedo. La noticia sorprendió, a la vez que irritó profundamente, a Abd ar-Rahmán II, que en 795 envió dos expediciones de castigo para que lavaran la afrenta. La primera logró apoderarse de Astorga y obligó a Alfonso II a retirarse, pero no pudo capturarlo; la segunda fue derrotada por los asturianos. Al año siguiente fallecía Hisham I sin haber podido aniquilar la resistencia norteña. Su hijo Al-Hakam I tendría que enfrentarse ahora con las consecuencias.

La rebelión de los españoles (I): la política represiva de Al-Hakam I

Como si de una ley inexorable se tratase —y efectivamente así se repitió a lo largo de la historia de Al-Andalus— la carencia de botín arrancado a los cristianos del norte no tardó en agudizar las tensiones internas de un gobierno incapaz de integrar a sus súbditos incluso aunque compartieran la misma religión. La abundancia de los saqueos podía opacar gracias a la prosperidad la sensación de discriminación y desprecio sentida por los no árabes, pero cuando el flujo de rapiña se interrumpía, volvía a aparecer el cainismo islámico o simplemente la sensación de ser súbditos de segunda clase a pesar de rezar en las mismas mezquitas. No es difícil imaginar cómo se vería en circunstancias así aún más empeorada la condición de los cristianos mozárabes.

Musulmán meticuloso en la práctica de sus deberes religiosos —sus múltiples esposas se quejaban de que las abandonaba para cumplirlos— Al-Hakam I recibió de buena gana el consejo de su padre en el sentido de utilizar la espada como una aguja con la que coser las partes de sus dominios haciendo gala de un despotismo cruel, descargado especialmente sobre los hispanos, ya fueran de religión islámica o cristiana. Así, sus primeros años los empleó en deshacerse de miembros de su propia familia que amenazaban su poder; también lanzó una expedición contra Al-Qila (la «Tierra de los castillos», o sea, Castilla la Vieja), que regresó con un enorme botín tomado en Calahorra y tierras de Santander; y en el año 816 desencadenó una aceifas contra los navarros que se habían sacudido el yugo musulmán y se habían declarado vasallos de Alfonso II de Asturias. Sin embargo, lo cierto es que la mayor preocupación del emir fueron aquellos españoles que eran conscientes de su enorme importancia en Al-Andalus y a la vez de la escasa consideración que

recibían.

Toledo, Zaragoza y Mérida, las capitales de las tres marcas o provincias fronterizas, fueron escenario de sendas sublevaciones de los muladíes. Zaragoza se rebeló al año de reinado de Al-Hakam, teniendo un papel importante en la sublevación los Banu-Qasi, descendientes de aquel conde Casio que, en los primeros tiempos de la invasión, se había convertido al islam. Al-Hakam aplastó la revuelta desencadenando terribles represalias sobre los muladíes y procedió a fortificar Huesca y a crear la plaza fuerte de Tudela en previsión de nuevas rebeliones.

Muy poco después fue Toledo la que se alzó en armas contra el emir. Celosa de su importancia, esta ciudad se hallaría en un estado de casi perpetua rebeldía a lo largo del siglo VIII, y no resulta sorprendente si se tiene en cuenta que los hispanos —ya fueran muladíes o mozárabes— constituían la aplastante mayoría de la población y no podían dejar de ver a las fuerzas del emir como un ejército ocupante y opresor. Ahora Al-Hakam decidió realizar un escarmiento que desarraigara la planta de la sublevación. Habiendo invitado a los muladíes más importantes de la ciudad a una recepción, a su llegada fueron conducidos uno por uno a través de un angosto pasillo que concluía en un foso. Al llegar a este punto, fueron decapitados y arrojados sus restos a la hondonada. En aquella matanza en masa de civiles —una de las primeras de la historia de España— conocida como la «jornada del foso» perecieron, según los historiadores árabes más moderados, en torno a setecientas personas, cifra realmente muy elevada en sí, y auténticamente escalofriante si la situamos en el contexto de la época. Sin embargo, ni siquiera una violencia tan descarnada zanjó el problema de los muladíes descontentos. Menos de catorce años después, la ciudad del Tajo volvió a alzarse contra el emir.

Una resistencia no menor presentó la ciudad de Mérida. Durante siete años, muladíes y mozárabes a las órdenes de un jefe bereber se entregaron a una rebeldía que sólo concluyó en el año 813, una vez muerto su dirigente. Aún en 817 la ciudad volvería a alzarse siendo sofocada la intentona por Abd ar-Rahmán, el hijo del emir.

Con todo, el episodio más cruento de esta continua cadena de rebeliones, que llegó a incluir a Lisboa y su comarca, fue el denominado «motín del Arrabal», en Córdoba. En realidad, las tensiones en la capital habían existido ya desde el inicio del emirato. En el año 805, por ejemplo, Al-Hakam había ordenado la crucifixión de setenta y cinco personas descontentas con su gobierno a la vez que procedía a fortificar la capital y a reforzar su guardia personal. Al año siguiente fueron los comerciantes, descontentos con el emir, el principal objeto de una nueva campaña de represión. Ninguna de estas acciones terminantes pacificó los ánimos, y en 818 se produjo un estallido en el Arrabal, la zona de la ciudad situada a la izquierda del Guadalquivir. En él residía un buen número de alfaquíes o intérpretes del Corán que no ocultaban su descontento contra el emir, y que hallaron entusiastas transmisores de sus tesis en sus estudiantes —un fenómeno que en el islam se ha perpetuado hasta el día de hoy con los talibanes (¡estudiantes!) de Afganistán, las fuerzas de Al-Qaida y las escuelas palestinas—, y oyentes fáciles de convencer en los muladíes y demás descontentos del dominio árabe. Un día de marzo de 818, un soldado de la guardia del emir asesinó a un artesano del barrio que se había negado a bruñirle la espada. Se dio la circunstancia de que Al-Hakam, que estaba cazando en La Campiña, tuvo que atravesar el Arrabal a su regreso, y fue objeto de los abucheos de la multitud. La respuesta del emir fue tajante. Ordenó que se prendiera a algunos de los manifestantes y que en el acto se crucificara a diez de ellos. Semejante dureza fue la gota que colmó el vaso de una insatisfacción de décadas. Apenas había llegado Al-Hakam a su palacio cuando sus hombres se percataron de que el pueblo amotinado se dirigía a tomar el puente que conducía hasta el lugar donde se hallaba el emir. Lo habrían conseguido con fatales consecuencias para Al-Hakam de no ser porque un cuerpo de caballería los sorprendió por la espalda, provocando su desbandada. Las órdenes cursadas entonces por el emir no pudieron ser más terminantes. Las tropas debían penetrar en el Arrabal y asesinar a todos los que encontraran a su paso. Así lo hicieron durante tres días. A

continuación, se procedió a crucificar a más de trescientos supervivientes y a arrasar el barrio, convirtiendo sus solares en tierras de labrantío. Acto seguido, los infelices habitantes del Arrabal —los rabadíes— fueron desterrados. Tanto era su temor que optaron por abandonar Al-Andalus en número de veinte mil familias y dirigirse al norte de África, donde se establecieron en un barrio de Fez que llevaría el nombre de «Ciudad de los andalusíes». De esta manera, Al-Hakam no sólo pasaba a la historia de España como uno de los primeros realizadores de matanzas masivas de civiles, sino además como uno de los primeros causantes de exilios extrapeninsulares.[37]

La rebelión de los españoles (II): los mozárabes

La política represiva de Al-Hakam II afianzó momentáneamente el poder del emir árabe, pero no podía mantenerse de manera indefinida. Su hijo y sucesor Abd ar-Rahmán II intentaría presentar una imagen de moderación que, no obstante, no pretendería solucionar el problema de fondo: la fuerte conciencia de los españoles de Al- Andalus, ya fueran cristianos o musulmanes, de estar sometidos al gobierno despótico de un musulmán árabe. Las primeras medidas del nuevo emir estuvieron, desde luego, provistas de una notable habilidad. Consciente del poder de los alfaquíes, Abd ar-Rahmán II ordenó derribar el mercado de vinos de Secunda, cerca de Córdoba, que ciertamente contravenía las enseñanzas del Corán. Luego, como concesión demagógica al populacho, procedió a crucificar al responsable de la política fiscal de su padre, un cristiano llamado Rabí. Ni que decir tiene que semejante paso no fue más allá de lo meramente propagandístico y, por ejemplo, cuando los representantes de la provincia de Elvira se quejaron de la presión fiscal a la que se veían sometidos, fueron despedidos literalmente a golpes.

En el curso de los años siguientes, el emirato se configuró más que nunca como un régimen de despotismo islámico cuyos impuestos —que pesaban especialmente sobre cristianos Judíos y musulmanes no árabes— permitieron a la corte desarrollar una vida de extraordinario lujo. Para poder mantener en pie esa situación, el emir mantuvo la política militarista de su antecesor, acentuando incluso más la existencia de cuerpos armados que no se mezclaban con la población y que por su origen extranjero quedaban configurados como entes totalmente aparte. Asimismo se llevó a cabo una hábil labor de construcción de fortalezas —los *ribat*— que darían origen a poblaciones como Calatrava (*Qala'at ar-Ribat).*

Dos pilares esenciales de ese gobierno serían un proceso de aculturación forzosa impuesto sobre los mozárabes e incluso los muladíes y la continuación de una política bélica y agresiva que elimina ra la resistencia norteña y proporcionara abundante botín. Casi cada año tuvieron lugar aceifas contra los cristianos e incluso en alguno llegaron a desencadenarse tres. La mayoría se dirigió contra Álava y, especialmente, Galicia, que eran las regiones del reino asturiano más vulnerables, pero no faltaron tampoco los ataques contra Ausona (Vich), Barcelona, Gerona e incluso Narbona en expediciones llevadas a cabo en los años 828, 840 y 850.

Los resultados de esta política agresiva hacia el exterior y opresora en el interior fueron en buena medida positivos para el emirato, en la medida en que convirtieron a una Córdoba que ya era la mayor potencia política de la Península desde hacía décadas en el poder más importante de un Occidente que había asistido a la desintegración del imperio carolingio. Sin embargo, bajo el oropel de una corte que, en palabras de Dozy, estaba en manos de un alfaquí, Yahya, un músico, Ziryab, una mujer, Tarub, y un eunuco, Nasr, seguía latiendo el descontento de una población hispana que, independiente de su filiación religiosa, no dejaba de contemplar a sus gobernantes como despóticos invasores. Al respecto, los datos históricos resultan irrefutables. Los últimos años de Abd ar-Rahmán II y de sus sucesores Muhammad I (852-886), Al-Mundhir (886-888) y Abd Allah (889-912) estuvieron saturados de revueltas protagonizadas por muladíes y mozárabes.

La situación de los cristianos mozárabes fue, con escasas excepciones, punto menos que desesperada. Prohibida la construcción de nuevas iglesias, la utilización de campanas y el regreso a

su religión, so pena de muerte, en caso de que en un momento de debilidad hubieran abrazado el islam, se vieron además sometidos a un proceso de aculturación violenta. Hasta esta época la aplastante mayoría de los habitantes de Al-Andalus hablaba en romance, y consideraban el árabe la lengua de los invasores, y muy pocos la conocían, incluidos los conversos muladíes. El bilingüismo de las clases altas mozárabes era, por otra parte, romance y latín, pero no árabe. A partir de este momento, las presiones para abandonar el latín y el romance en pro del idioma de los dominadores se hicieron insoportables. Durante la primera mitad del siglo IX no fueron pocos los mozárabes que capitularon pasándose a las filas de los vencedores —aunque no escasearon después los arrepentidos de haber dado ese paso— o que incluso articularon algunas herejías antitrinitarias para defenderse de la acusación de politeístas con que los motejaban los musulmanes. Puede comprenderse que arrastrando semejante vida de parias sometidos a todo tipo de presiones —«los acosaban como a perros rabiosos», ha llegado a decir un historiador[38]— acabara produciéndose una crisis nacida en una minoría desesperada que solamente aspiraba a seguir sobreviviendo y a la que el islam declaradamente estaba privando de su derecho a existir, incluso sometida.

La crisis estalló cuando, en el curso de una conversación, un presbítero cordobés llamado Perfecto declaró que Mahoma era un falso profeta. Arrastrado hasta el cadí, Perfecto fue condenado a muerte, pero se pospuso su ejecución para que coincidiera con una de las fiestas musulmanas.[39] El 18 de abril de 850 fue decapitado, por lo tanto, ante una turba islámica enfervorizada. El cruento acontecimiento no carecía de precedentes y, de hecho, en 822 habían sido ejecutados Adolfo y Juan, dos mozárabes hijos de padre musulmán y madre cristiana. Sin embargo, ahora se produjo toda una reacción en cadena. En mayo de 851, un mercader mozárabe llamado Juan fue golpeado y encarcelado, y en los primeros días de junio fueron a su vez ejecutados Isaac, Sanctio (un soldado del emir), Walabonso (también nacido de un matrimonio mixto en el que la esposa era cristiana), el sacerdote Pedro y los monjes Sabiniano, Wistremundo, Habentio y Jeremías. Se trataba tan sólo del principio. Alvaro de Córdoba, un laico, y Eulogio, un presbítero, se pusieron a la cabeza de una rebelión no violenta en pro de la libertad de conciencia que se manifestaba, a la desesperada, en comparecencias ante las autoridades judiciales de Córdoba para manifestar su firme convicción de que Mahoma no era un profeta de Dios. En menos de dos meses las ejecuciones por este motivo alcanzaron la cifra de once, incluyendo a dos mujeres llamadas Flora y María.

No todos los mozárabes se hallaban, desde luego, dispuestos a arrostrar el martirio en pro de la libertad de conciencia, y los que menos lo estaban eran, comprensiblemente, los que habían logrado encontrar una situación tolerable en Al-Andalus. Entre ellos se encontraba el exceptor Gómez, un recaudador de contribuciones del emirato. Apoyándose en personajes como éstos, el emir logró que se convocara un concilio en Córdoba, el cual condenó la conducta de los mozárabes que habían desafiado al islam y prohibió que volvieran a producirse fenómenos similares en el futuro. Por si acaso no tenía lugar la ansiada sumisión a las directrices conciliares, durante el mes de septiembre del año 852 Abd ar-Rahmán continuó las detenciones y ejecuciones de cristianos. Antes de que acabara el mes, el día 22, el emir fallecía, pero su sucesor, Muhammad, no tenía la menor intención de cambiar el rumbo seguido por Abd ar-Rahmán. Durante las semanas siguientes, todos los cristianos fueron expulsados de la corte, se procedió a gravarlos con nuevos impuestos y además se destruyeron sus iglesias. El propio obispo de Córdoba, Saúl, fue detenido, aunque lograría escapar en junio del año siguiente. Para entonces las ejecuciones de mozárabes se habían reanudado y ya no cesarían hasta el 11 de marzo de 859 con la muerte del sacerdote Eulogio y de Leotcrija. En el caso de ambos, venían de familia de padres musulmanes.

El islam había demostrado —como ya lo había hecho en otras ocasiones— su incapacidad para tolerar a otra religión no ya en régimen de igualdad, sino de mera libertad de expresión. Tampoco estaba dispuesto a permitir por más tiempo la existencia de una cultura paralela que hasta entonces al

menos había sido muy superior. Sin embargo, la violencia despiadada del emirato no sofocó las ansias de libertad de los cristianos sometidos a su poder. Por el contrario, las fuentes del siglo X muestran que seguía existiendo una profunda amargura entre los mozárabes por la ausencia de libertad y el desdén al que se veían sometidos. Siguieron, desde luego, repitiéndose los martirios, aunque, posiblemente, en menor escala que durante el siglo anterior.[40] Por otro lado, se multiplicó el número de exiliados que, a la desesperada, abandonaron Al-Andalus para lanzarse a un inseguro futuro en el norte. Tanto Alfonso III de Asturias como su hijo Ordoño I los acogieron de buena gana en la convicción de que eran compatriotas que, igual que ellos, habían sufrido el despotismo insoportable del invasor musulmán. Aquellos mozárabes prestaron un inmenso servicio al reino asturiano no sólo en la repoblación del sur de la cordillera Cantábrica, sino también en el fortalecimiento de una cultura asentada en la corte y los monasterios, uno de los cuales, por cierto, llegó a contar con un abad llamado, bien significativamente, Abd al- Malik.

Con todo, no fueron los pacíficos mozárabes los hispanos que más problemas plantearon a los gobernantes árabes de Al-Andalus. Semejante tarea correspondería a aquellos que habían abrazado el islam y que, por su condición hispana, se veían injustamente relegados por los invasores venidos del otro lado del Estrecho.

La rebelión de los españoles (III): los muladíes

La rebelión de los muladíes contra el emirato estaba cargada de razones. Correligionarios de las grandes familias árabes, sumisos a las enseñanzas del profeta Mahoma como ellas, encontraban, sin embargo, que su papel en la vida política y social era muy inferior al que les habría correspondido por su número y, sobre todo, por su capacidad. Al cabo de más de un siglo de la invasión de Tariq, resultaba difícil justificar el desprecio y la prepotencia con que algunas familias árabes monopolizaban el poder. De hecho, a pesar de que ocasionalmente los muladíes accedían, como los judíos y los cristianos, a algún cargo de cierta relevancia, semejante concesión del emir iba acompañada de la clara conciencia de su excepcionalidad y, sobre todo, de las protestas de los aristócratas árabes, que no tenían la menor intención de aceptar esa mínima pérdida de puestos. Aunque, como ya hemos tenido ocasión de ver, los conflictos entre los muladíes y los árabes comenzaron ya en los primeros años de la invasión y se prorrogaron durante el emirato en medio de cruentas acciones represivas, alcanzarían su punto álgido durante el gobierno de los tres últimos emires.

La llegada al poder de Muhammad I vino acompañada de la sublevación de las marcas de Toledo y Mérida. En poco tiempo, a esas rebeliones iniciales se sumaron la de Omar ibn Hafsún —la más peligrosa— en la serranía de Ronda y la de los Banu Qasi en el futuro Aragón. El caso de Toledo resulta especialmente interesante no sólo porque tras rebelarse la primera fue la última en verse sometida o porque en el verano de 853 lanzó una campaña hacia el sur derrotando a las tropas del emir cerca de Andújar, sino porque, de manera bien significativa, buscó la alianza con las fuerzas cristianas del norte. Fue vencida esa alianza en las proximidades del arroyo Guazalete, y el emir ordenó que millares de cabezas de los derrotados fueran enviadas como sangriento trofeo a distintas ciudades de Al-Andalus y del norte de África. Sin embargo, Muhammad I no se atrevió a marchar sobre Toledo, y se limitó a aceptar su rendición formal. En el curso de las décadas siguientes, la ciudad volvería a sublevarse contra el poder musulmán en distintas ocasiones, e incluso llegó a rendir tributo a Alfonso III, como tendremos ocasión de ver más adelante, confirmando su tendencia a aceptar monarcas hispanos y a enfrentarse con aquellos que, como los que regían Al-Andalus, consideraba invasores extranjeros. Desde luego, no deja de ser significativo que la ciudad del Tajo no volviera a verse incluida en el territorio de Al-Andalus hasta el año 932, reinando ya Abd ar-Rahmán III.

En el caso de Mérida, la sublevación vino encabezada por Abd ar-Rahmán ibn Marwán, más

conocido por el apelativo de Ibn al- Shilliqí, «el hijo del gallego». Hijo de un muladí de origen gallego que había gobernado Mérida, reunió a los muladíes y a los mozárabes en torno suyo y se declaró independiente del emir de Córdoba. Una vez más quedaba de manifiesto el repudio que, por encima de cuestiones religiosas, sentían los pobladores de Al-Andalus hacia los árabes que los regían. El destino de Ibn Marwán iba a resultar rocambolesco. Perdonado por el emir, se entregó y fue a instalarse en Córdoba. Se mantuvo en la capital hasta que uno de los deudos del emir le insultó y abofeteó despectivamente. A partir de ese momento, escapó de Córdoba en una búsqueda incesante de lugares desde los que resistir a los árabes: el castillo de Alange, Badajoz… Ibn Marwán no dudó —como tantos otros antes y después de él— en buscar la alianza con un rey cristiano, en su caso Alfonso III, para enfrentarse a los dominadores árabes. Quedó así consagrada la independencia de Badajoz hasta que, como tendremos ocasión de ver, Abd ar-Rahmán la tomó en el año 829 tras vencer a uno de los descendientes de Ibn Marwán.

En Zaragoza-Tudela, la sublevación estuvo vinculada a los Banu Qasi. Musa ben Musa, bisnieto del conde Casio y esposo de Assona, la hija de Iñigo Arista, no sólo se enfrentó con el emir, sino que además se autotituló «Tercer rey de España», un título que denota la conciencia de una unidad nacional española deshecha por la invasión islámica pero que Musa —quizá en menor medida que Alfonso III— buscaba reconstruir. El emir de Córdoba no lograría acabar con la independencia de los Banu Qasi a pesar de que alzó contra ellos a una familia rival, la de los tushibíes. Nuevamente, tendría que ser un vigoroso Abd ar-Rahmán el que pusiera fin a aquel reducto de muladíes ansiosos de independencia.

También Huesca fue sede de otra rebelión muladí contra el emir. En este caso se trató de Muhammad al-Tawil («el Alto») que extendió sus dominios por Barbastro,Alquézar, Monzón y Lérida, y derrotó al conde de Barcelona. Con este núcleo de resistencia anticordobesa tendría que enfrentarse también Abd ar-Rahmán III.

Con todo, la rebelión muladí de mayor consecuencia contra el emirato fue la acaudillada por Omar ibn Hafsún. Su familia había abandonado el cristianismo en pro del islam tan sólo dos generaciones antes, cuando su abuelo Shafar se había convertido en la época de Al-Hakam I. Siendo joven, Omar había reñido con un vecino, matándolo, y viéndose por ello obligado a huir. Durante los siguientes años, llevó una vida de fugitivo hasta que se instaló en el norte de África como aprendiz de un sastre. No duró mucho en esa ocupación. En el año 850 regresó a Al-Andalus, donde no tardó en sublevarse contra el emir haciéndose fuerte en la serranía de Ronda.

La rebelión de Omar ibn Hafsún fue inmediatamente secundada por un número extraordinario de partidarios que no podían soportar el dominio despótico del emirato. En 883, Muhammad I envió contra él a Hashim ben Abd al-Aziz, su mejor general, que logró sacarlo de su guarida y le obligó a capitular. Omar fue conducido a Córdoba, donde hábilmente se le ofreció un puesto en la guardia del emir. Como en el caso de Ibn Marwán, el trato humillante al que se vio sometido por los árabes le impulsó a escaparse y a encaminar sus pasos hacia la independencia del gobierno del emirato. No tardó Omar en obtener los primeros éxitos. Auta, Mijas, Comares y Archidona cayeron en sus manos, y no resulta difícil comprender las razones de su éxito si se tiene presente el mensaje que lanzaba a los habitantes de Al-Andalus de que se sacudieran «el yugo de este gobierno que os quita vuestros bienes y os impone pesadas cargas, mientras los árabes os colman de humillaciones y os tratan como esclavos».[41] Por muy insistente que fuera la propaganda del islam, lo que resultaba obvio es que para los cristianos había sido un instrumento de opresión y aniquilación cultural, e incluso a los musulmanes hispanos los había reducido a una situación social de segunda bajo una aristocracia que presumía de ser paisana del profeta Mahoma.

El peligro de que se extendiera la rebelión era tan acusado que el emir Al-Mundhir decidió sofocarlo con la mayor rapidez. Tras el fracaso de una expedición lanzada contra Omar en la

primavera de 888, encabezó él mismo una ofensiva que fue recuperando las localidades perdidas. La represión del emir fue durísima, y cuando el gobernador de Archidona fue crucificado entre un cerdo y un perro, Omar emprendió negociaciones para capitular. Al-Mundhir exigió entonces que Omar fijara su residencia en Córdoba, pero éste, quizá temeroso de ser objeto de una trampa, volvió a escapar y se adentró nuevamente en la sierra. Al-Mundhir lanzó entonces un ataque contra Bobastro, el reducto de Omar, pero murió en el asedio.

Abd Allah, el hermano de Al-Mundhir, se lanzó en 889 sobre Omar pero sólo obtuvo una derrota tras otra. Estepa, Osuna y Erija cayeron en manos de Omar, que en los siguientes años no dejaría, a pesar de algún revés pasajero, de arrebatar un territorio tras otro al emir.

En el año 899, Omar controlaba la mayor parte del sur de Al- Andalus, y la autoridad del emir se había reducido a un pequeño territorio en los alrededores de Córdoba. Las razones del triunfo del muladí no podían resultar más obvias porque, prácticamente, se reducían al hartazgo que la población de Al-Andalus sentía hacia los dominadores árabes por mucho que compartieran la misma religión. Por su parte, Omar se veía cada vez más como un jefe hispano que recuperaba las tierras ocupadas por los invasores casi dos siglos atrás. Fue entonces cuando dio un paso que marcaría trascendentalmente su trayectoria política y que presentaba una innegable coherencia ideológica. Nos referimos, claro está, a su conversión al cristianismo. Aparte de las razones teológicas para esta decisión, en su ánimo debieron de pesar otro tipo de consideraciones, como la de que el islam era la causa real de la desgracia que había recaído sobre sus compatriotas. Sin la invasión árabe, ni se habría producido la fragmentación de España ni tampoco Al-Andalus se habría visto sumido en el inacabable cúmulo de guerras civiles que la desgarraban.

Se trató, sin duda, de una conclusión lógica, pero sus consecuencias políticas le resultaron nefastas. Aunque los mozárabes —que ya lo apoyaban— lo consideraron más que nunca su señor natural, buena parte de los muladíes lo abandonó, anteponiendo su fe islámica a cualquier otro tipo de consideración. Por su parte, Abd Allah se encontró con un argumento que reforzaba inesperadamente su situación. Omar no era a fin de cuentas, desde el punto de vista del islam, más que un apóstata, y precisamente por ello era lícito darle muerte. Lo que hasta ese momento había sido una guerra civil en la que los dominadores no contaban con argumentos de peso para vencer a los dominados, se transformó en una guerra santa en la que cualquiera que combatiera a Omar vería premiada su acción con el Paraíso.

La última década de Omar ibn Hafsún fue un periodo de creciente decadencia en el que las tropas del emir le fueron privando poco a poco de los territorios que había ido arrebatando de su dominio. Como en el caso de las otras sublevaciones muladíes, el golpe de suerte se lo asestaría Abd ar-Rahmán III, el futuro califa de Córdoba. Sin embargo, antes de detenernos en la trayectoria de ese personaje excepcional debemos reparar, siquiera brevemente, en la manera en que la resistencia cristiana se había ido articulando durante todos estos años.

Capítulo VI

ESPAÑA RESISTE AL EMIRATO INDEPENDIENTE

La resistencia oriental: Cataluña, Aragón y Navarra

La existencia, como vimos en un capítulo anterior, de un núcleo de resistencia cristiana frente al islam enclavado en una extensión que iba de Galicia a Álava descendiendo al Duero tuvo, entre otras consecuencias, la de debilitar las posibilidades de que los musulmanes invadieran Francia y asimismo la de permitir que otros núcleos de resistencia cuajaran en la zona nororiental de la Península. Fue

precisamente a lo largo de la cordillera pirenaica donde aparecieron estos fragmentos de una España libre anterior que, contra viento y marea, intentaron mantener su precaria existencia y que, poco a poco, se fueron agrupando en unidades mayores. Navarra nacerá de Pamplona, centro del territorio de los vascones. Aragón surgirá en el valle del río del mismo nombre, con unas dimensiones tan reducidas que tendrá que apoyarse, para seguir existiendo, en los francos tramontanos y luego en el reino pamplonés. Pallars y Rábagorza se mantendrán como entidades sometidas por conquista a los condes de Tolosa . Los territorios de la futura Cataluña —que no recibirá tal nombre hasta el siglo XII— sobrevivirán gracias a la sumisión al reino de los francos.

Contra la tesis antigua que apuntaba a que nunca se vieron estos territorios sometidos al islam, hoy en día sabemos que no fue así, y que la presencia de los invasores musulmanes se extendió por toda la península Ibérica. No es menos cierto que también la resistencia se presentó muy tempranamente. En tierras de Gerona y Barcelona fue la intervención del emperador franco Carlomagno[42] la que permitió la supervivencia frente al islam. Deseoso de construir un Estado tapón —la Marca Hispánica— que defendiera su imperio de la amenaza musulmana, Carlomagno emprendió en el año 777 una expedición encaminada a garantizarle el control de Pamplona, Zaragoza y Barcelona. Sabido es que fracasó, siquiera parcialmente, en su intento cosechando una derrota en Roncesvalles, idealizada falsamente en la *Chanson de Roland.* A pesar de todo, los francos no estaban dispuestos a renunciar totalmente a sus objetivos transpirenaicos. Así, en 785, entraron en una Gerona que se les entregó como mal menor frente a los musulmanes. A inicios del siglo siguiente, bajo el impulso de Luis el Piadoso, hijo de Carlomagno, estaban también bajo su dominio los condados de Urgel, Pallars y la Cerdaña. Pretendía el emperador asegurarse de que aquellas tierras sirvieran como glacis frente a unos musulmanes que se contemplaban, con toda razón, como hostiles. En 801, el mismo Luis se apoderaba de Barcelona. No iba a ser aquel gobierno suave. De hecho, la sumisión de aquellas tierras, que muchísimo tiempo después serían conocidas como Cataluña Vieja, al imperio franco fue creciente. Así, en torno al año 820, Carlomagno se permitió eliminar a las autoridades locales sustituyéndolas por condes francos o por otros notables nombrados por éstos. Las muestras de sumisión al reino de los francos fueron múltiples. En el plano eclesial, la misma metrópoli de Tarragona se vio sometida a Narbona; en el cultural, el tipo de letra utilizado dejó de ser el visigodo, imponiéndose el tipo carolino, e incluso se adoptó como fecha para datar los documentos el año de reinado de los monarcas francos, una costumbre que prevalecería hasta 1180. Sin embargo, a pesar de que estos territorios no disfrutaron de la independencia que desde inicios del siglo VIII había gozado el reino de Asturias, su sumisión a los francos les permitió, si no verse protegidos totalmente, sí al menos sobrevivir frente a los invasores musulmanes y, cuando el poder franco se debilitó, ir logrando una autonomía que acabó convirtiéndose en independencia condal.

Durante estas décadas, Barcelona fue un objetivo repetido de los ataques procedentes de Al-Andalus. En el año 852 fue tomada gracias a la ayuda que los judíos prestaron a los invasores, y en 858 toda la comarca fue arrasada por los musulmanes. Sin embargo, su conde iba a salir fortalecido en medio de aquella época turbulenta. En 870, Vifredo el Velloso, un godo originario de Carcasona, se convirtió en conde de la ciudad y, tras apoyar al rey franco en su lucha contra el duque de la Gotia, logró unir bajo su poder los condados de Barcelona, Gerona, Urgel-Cerdaña y Conflent. A su muerte, sus hijos le sucederían ya sin necesidad de que el rey franco, con un poder cada vez más debilitado, confirmara el nombramiento.

En el caso de Aragón, mientras el sur era conquistado por los invasores, el norte montañoso presentaba una resistencia que, como en el caso de los territorios de la futura Cataluña, se vio favorecida por la ayuda del reino franco de Carlomagno, que concebía Zaragoza como parte de su estrategia de Estado tapón frente a Al-Andalus. Ya vimos cómo fracasó la campaña carolingia en Roncesvalles. Señalemos ahora que en el año 797 Luis el Piadoso intentó infructuosamente tomar

Huesca y que ni siquiera la entrada en Pamplona en 812 permitió a los francos apoderarse de Zaragoza. A partir de ese momento, la presencia franca en Aragón —y con ella la resistencia frente al islam— tuvo que apoyarse en las zonas de montaña. Sobre ellas regía a inicios del siglo IX un conde franco del territorio «frente a Huesca y Zaragoza» cuyo nombre era Aureolo. Sin embargo, a inicios del siglo IX Aragón había escapado de la influencia franca para caer bajo la esfera de Navarra. Entre los siglos VIII y XI, el aislado territorio aragonés pasaría de tan sólo 600 a 4.000 kilómetros cuadrados.

Al este de Aragón, también con un respaldo inicial de los francos, los condados de Sobrarbe y Ribagorza sobrevivían al empuje de los invasores. Como en el caso de Aragón y de la futura Cataluña Vieja, dependieron eclesialmente del reino de los francos y, al fin y a la postre, acabaron, como Aragón, cayendo en la órbita de Navarra. Fue ésta otro foco de resistencia contra los invasores musulmanes situado también en los Pirineos. La zona estaba poblada por los vascones, un pueblo que había sobrevivido no combatiendo a los romanos, sino sometiéndose a ellos y en cuyo seno la ciudad de Pamplona constituía ciertamente un reducto de civilización, precisamente la civilización de la que participaba el resto de la Península. En el año 716 Pamplona fue ocupada por los invasores para sublevarse de manera casi inmediata. Fue aquélla una rebelión sofocada, pero también repetida en los años 735, 755 y 777. En esta última fecha Carlomagno llegó a entrar en la ciudad, aunque sin poder retenerla en los límites de su imperio. A fin de cuentas, y a diferencia de lo sucedido en los territorios de la futura Cataluña Vieja, los vascones eran reacios a la idea de someterse a los francos aun para garantizar la supervivencia frente a los musulmanes. Luis el Piadoso lograría penetrar en Pamplona en el 812 pero, desconfiando de los resultados de su campaña, procedió a llevarse rehenes consigo. Cuando en 824 la ciudad volvió a rebelarse, el ejército franco que acudió a someterla fue objeto de una terrible derrota obtenida por los pamploneses en alianza con los Banu Qasi, muladíes que, como ya vimos, se habían alzado a su vez contra el poder de Al-Andalus. Esa colaboración contra los invasores venidos del otro lado del Estrecho y de más allá de los Pirineos iba a tener una cierta prolongación y, como indicamos, uno de los Banu Qasi, Musa ben Musa, se casaría con Assona, hija del vascón Íñigo Arista. Sin embargo, Pamplona acabaría buscando la alianza con los reyes de Asturias. Uno de sus monarcas, Alfonso III, casaría con una princesa navarra apoyando la política reconquistadora llevada a cabo en Nájera y La Rioja por Sancho Garcés I (905-925) al que ya puede calificarse de verdadero y primer rey de Navarra. Esta nueva monarquía iba a tener un papel considerable a lo largo del siglo X en la lucha contra los ejércitos enviados desde Al-Andalus, pero todavía en esa época el mayor ímpetu reconquistador iba a operarse en la zona noroccidental de la península Ibérica a impulsos de un extraordinario monarca que ambicionaba liberar a toda España de la ocupación islámica. Nos referimos, claro está, a Alfonso III.

La resistencia occidental (I): de Alfonso II el Casto a Ordoño I

Aunque pamploneses, aragoneses y los habitantes de otros condados del Pirineo oriental ofrecieron una feroz resistencia al dominio islámico recurriendo a alianzas entre sí o al apoyo de los francos, lo cierto es que fue el reino de Asturias el que planteó de manera realmente consciente la idea de la continuidad con la monarquía visigoda aniquilada por los invasores y la lógica necesidad de expulsar a éstos para recuperar la libertad y la unidad de España. Si estos aspectos ya estaban presentes en Pelayo y el pequeño grupo de resistentes, aparecen con absoluta nitidez durante el reinado de Alfonso II (791-842)[43] y, sobre todo, de Alfonso III (866-909). No es menos obvio que así lo contemplaron los mozárabes que huían de la intolerancia y la opresión islámicas precisamente hacia las tierras del reino de Asturias considerándolas como propias. Por lo tanto, no es de extrañar que Alfonso II restaurara en su reducida corte de Oviedo el Oficio Palatino de la monarquía visigoda. Cuando además tenga lugar un verdadero renacer cultural y artístico y se produzca el descubrimiento de unos restos que se identificarán con la tumba del apóstol Santiago, el reino de Asturias gozará

incluso de una superioridad espiritual, ya que la sede de Toledo no sólo se hallaba aún en manos de los musulmanes, sino que además se había visto inficcionada por una herejía como la del adopcionismo. Todo ello, por otra parte, sin descuidar el empuje reconquistador. Así, al reverdecer artístico de Ramiro III (842-850) en el curso del cual se originó el arte románico precisamente a este lado de los Pirineos, le siguió un reinado como el de Ordoño I (850-866), entregado predominantemente a la tarea de reconquistar las tierras ocupadas por los invasores musulmanes.

Las acciones de Ordoño I se centraron en el valle alto del Ebro, ya que esas tierras de Álava y La Rioja habían sido acceso privilegiado de los musulmanes para desarrollar sus ataques contra los cristianos del norte. El rey asturiano llegó hasta las cercanías de Logroño, donde los Banu Qasi habían levantado la fortaleza de Albelda. Fue allí donde se libró la batalla de Clavijo, lugar situado muy cerca de la plaza citada, cuya victoria atribuyeron los cristianos a la intervención providencial de un jinete montado en un caballo blanco al que se identificó, seguramente con posterioridad, con Santiago. A continuación, Ordoño I clausuró el desfiladero de Pancorvo con una cadena de fortalezas y ordenó la repoblación de Amaya (860).

No iba a permanecer el emir de Al-Andalus pasivo ante el avance asturiano. En 860, las fuerzas de Muhammad I se apoderaron de Pamplona y en 863 atravesaron el desfiladero de Pancorvo derruyendo las fortalezas alzadas por Ordoño I. Consciente de la posibilidad que tenía de aniquilar la labor reconquistadora del monarca asturiano, en el año 865 un nuevo ejército procedente de Córdoba emprendió el camino hacia el norte. Los asturianos le salieron al encuentro en el desfiladero de La Morcuera, cerca de Pancorvo, pero tras dos días de encarnizado combate se vieron obligados a retirarse. En apariencia, los musulmanes habían logrado sus objetivos estratégicos amenazando nuevamente el corazón del reino enemigo. La situación iba a cambiar radicalmente gracias a la acción de un monarca verdaderamente excepcional, Alfonso III.

La resistencia occidental (II): Alfonso III, *Rex totius Hispaniae*[44]

Aunque escasamente conocido por el gran público, Alfonso III es uno de los grandes reyes de la Historia de España. Su labor de avance en la cuenca del Duero resultó, sin duda, decisiva en la lucha para la reconquista, a la vez que sus pretensiones muestran hasta qué punto resultaba obvia para los cristianos del norte la idea de una España que ya existía en la época de la invasión islámica y que debía ser recuperada y reconstruida.

Se ha apuntado como una razón inmediata de las ofensivas de Alfonso III sobre la cuenca del Duero la necesidad de encontrar asentamiento para los numerosos mozárabes que escapaban de la tiranía islámica de Al-Ándalus y buscaban refugio en el reino de Asturias. Sin embargo, habría más bien que hablar de esta circunstancia como ayuda para la expansión hacia el Duero, antes que como causa de la misma, porque el propósito existía e incluso era imperativo si se deseaba escapar de unos ataques que habían llegado a ser extremadamente peligrosos a lo largo del reinado anterior. El factor humano habría resultado ciertamente escaso de no mediar las inyecciones demográficas provocadas por la insoportable existencia a la que los emires de Córdoba sometían a los mozárabes.

El plan de reconquista ideado por Alfonso III se orientó en tres direcciones muy concretas. Las dos situadas en los extremos de su reino acabarán dando con el tiempo nacimiento a dos nuevos reinos, Portugal y Castilla, mientras que en el centro irían surgiendo grandes municipios como Toro y Zamora que, pespunteando el territorio, abrirán el camino hacia la reconquista del valle del Tajo. El avance más fácil se produjo en el extremo occidental. En 868 se repobló Oporto y diez años después Coímbra, con lo que prácticamente se duplicaba la zona gallega de la que, a la sazón, Portugal no constituía sino una prolongación, de la misma manera que el portugués no es sino un dialecto del gallego.

En la zona central los avances hacia el Duero se habían iniciado con Ordoño I y, cosa previsible, no tardaron en provocar la alarma del emir Muhammad I que, por añadidura, deseaba vengar la

ayuda que Alfonso III estaba prestando, como ya vimos, a los rebeldes muladíes . Su primer ataque en 877 debió de ser un fracaso pero, al año siguiente, fue enviada una nueva expedición que tenía que aplastar, primero, la resistencia de los Banu Qasi para luego, siguiendo el Ebro, entrar en el valle del Duero a través del desfiladero de Pancorvo y enlazar allí con otro contingente de tropas que atravesaría el río por territorios de la actual provincia de Zamora. El plan musulmán estaba muy bien concebido, pero Alfonso III se adelantó, y antes de que pudieran enlazarse ambos ejércitos enemigos, derrotó, primero, a uno de ellos en La Polvorosa, cerca de la confluencia de los ríos Esla y Órbigo, y a continuación se dirigió al encuentro del otro cerca de León, venciéndolo en el valle cercano a Valdemora.

El descalabro sufrido por las fuerzas islámicas fue tan gigantesco que, por primera vez en la historia de España, el emir se vio obligado a pedir condiciones de paz. Se fijó así una tregua de tres años. Sin embargo, de manera traicionera Muhammad I decidió violar el acuerdo y lanzó su marina contra Alfonso III. En 879 la flota musulmana emprendía rumbo hacia las costas gallegas con la intención de asolarlas. No pudo conseguirlo. Una tempestad destrozó la armada en las cercanías de Galicia. Fue entonces cuando Alfonso III desencadenó una contraofensiva que llegó al corazón de sierra Morena atravesando Portugal y Mérida , y que concluyó con una derrota de los musulmanes en el monte Oxífer. A su regreso al norte, le acompañaban numerosos mozárabes que, sedientos de libertad, habían aprovechado la ocasión para escapar de la tiranía que sobre ellos ejercía el islam. A partir de entonces pudo avanzar a buen ritmo la repoblación del valle central del Duero por medio de jalones como Toro (Campi Gothorum), Zamora, Dueñas y Simancas. Sería un proceso en el que, como en tantas ocasiones paralelas, los monasterios desempeñarían un papel de primer orden en la colonización del territorio y la aparición de núcleos urbanos.

Por lo que se refiere al extremo oriental, hay que señalar que la repoblación había empezado en los últimos años del siglo IX. En esa época, un grupo de várdulos abandonó la Peña de Orduña y designó la zona con el nombre de Vardulia. Se trató ciertamente de un paso en la marcha hacia el sur. En el curso de la misma, el hijo de un magnate llamado Lebato organizó diversas explotaciones en torno a Espinosa de los Monteros y en el valle de Mena. No deja de resultar muy revelador que el documento en el que se describe esta actividad recoja por primera vez la designación de «Castilla» para la zona. Este término —«los castillos», en latín— desplazará con bastante lógica al de Vardulia.

En el curso de los años siguientes, Castilla experimentó una indudable expansión en la que ya se encuentran presentes de manera bien significativa buena parte de los rasgos que caracterizarán su andadura posterior. Así, junto con un perfil democrático como es el hecho de su gobierno por condes elegidos por los habitantes de la zona —una circunstancia sin parangón en cualquiera de las entidades políticas de la península Ibérica— contemplamos su papel de tierra de acogida de los refugiados y su convicción de que la libertad se asienta en la repoblación y en la reconquista, en el arado pacífico y fecundo y en la espada defensora.

En torno al año 850 Castilla había comenzado a apoyarse en la línea del río Arlanzón y el conde Rodrigo recibió órdenes de Alfonso III para repoblar Amaya Patricia, la capital de los cántabros. Se produjo entonces un fenómeno que tiene su paralelo más estrecho en la ulterior colonización de los Estados Unidos. A los colonos se les ofreció un conjunto de libertades y ventajas precisamente para que se avinieran a asentarse en tierras donde las incursiones del enemigo estaban a la orden del día. Esta medida permitió repoblar la Bureba protegiéndola con una línea de castillos.

El hijo del conde Rodrigo, Diego Rodríguez Porcelos, procedió a partir de 873 a extenderse hasta las orillas del Arlanzón, y fundó una ciudad llamada a tener trascendental importancia histórica: Burgos. Con ella se pretendía originalmente dominar la calzada romana que llevaba desde Zaragoza a Astorga, dado que era muy utilizada por los musulmanes en sus aceifas. Más allá de Burgos, tan sólo se encontraba Lara como dominio castellano.

Durante las dos décadas siguientes, Castilla, todavía un condado dependiente del reino de Asturias, se extendió hasta el Arlanza. No fue, desde luego, tarea fácil, porque los ataques islámicos no cesaron e incluso en algún momento hubo que abandonar temporalmente Burgos. Sin embargo, en 883 resistió una incursión musulmana y Lara se vio flanqueada por un conjunto de castillos que la aliviaron en su condición de punta de lanza de la Reconquista.

A esas alturas, Alfonso III utilizaba ya el título de *Rex totius Hispaniae*, rey de toda España, consciente de que si *de facto* no lo era dada la situación de invasión islámica que sufría buena parte de la Península, *de iure* o siquiera *de voluntate*, su reino era sucesor de aquella España visigótica independiente y unida. Su obra había permitido empujar a los invasores al otro lado del Duero. Días llegarían en que fueran arrojados al lugar del que habían venido, al otro lado del Estrecho.

Durante sus últimos años Alfonso III dividió en condados varias zonas fronterizas de su reino —Álava, Castilla, Lantarón, Cerezo y Lara—para facilitar una defensa y una repoblación que preveía, no sin razón, largas y ásperas. Estuvieron los últimos días del gran rey —no en vano se le denominó «El Magno»— cargados de amargura. Su reinado se había extendido extraordinariamente, y a su regreso de una expedición contra los musulmanes en 909 fue destronado por sus hijos. Fallecería al año siguiente en Zamora.

La noción patrimonial del reino llevó a los vástagos de Alfonso III a repartírselo, permaneciendo Ordoño en Galicia, Fruela en Oviedo y García en Castilla y demás tierras nuevas. No impidió aquel reparto —que no tardaría en ser anulado por un Ordoño que establecería su capital en León— la continuación del avance hacia el dominio total de la cuenca del Duero. De hecho, los condes que gobernaban las tierras castellanas repoblaron en el año 912 Roa, Osma, Aza, Clunia y San Esteban. El potencial humano lo proporcionaron fugitivos mozárabes y, de manera muy especial, vascones, que dejarían su huella en nombres y topónimos indicando la unión entrañable que durante siglos mantendrían con una Castilla que estaban contribuyendo a articular. En apariencia, la Reconquista había entrado en una fase de asentamiento. Ahora sólo habría que esperar a que la combinación de los avances militares de los núcleos de resistencia norteños y la descomposición interna de Al-Ándalus, creada por el odio hacia los dominadores árabes, lograra que se vieran coronados sus dos objetivos esenciales: la restauración de la unidad nacional de España y la expulsión de los invasores islámicos. Tanta era la convicción de los cristianos al respecto que en pleno reinado de Alfonso III se llegó a aplicar al monarca el cumplimiento de la profecía de Ezequiel sobre Gog y Magog, dando a entender que acabaría expulsando a los musulmanes de España. Los acontecimientos iban a discurrir de manera muy diferente, y durante un siglo los núcleos de resistencia norteños recordarían más el Apocalipsis que los oráculos del profeta judío.

Capítulo VII

LA AMENAZA CALIFAL

Abd ar-Rahmán III y la creación del califato[45]

En el año 912 tuvo lugar la muerte de Abd Allah, el emir de Córdoba. Difícilmente habría podido dejar a su heredero, el joven Abd ar-Rahmán (912-961), un panorama menos prometedor. En el norte, el reino de Asturias continuaba su labor de reconquista dominando y controlando ya la línea del Duero con el concurso de los mozárabes que habían abandonado el cruel dominio de Al-Ándalus. En el sur, en África, los gobernadores de Ifriqiya habían proclamado un califato independiente que podía ser susceptible de atraer las voluntades de legiones de musulmanes justificadamente quejosos. En el interior, por último, los muladíes descontentos continuaban siendo un peligro incesante para el

emir de Córdoba, por más que alguno de los focos de rebeldía, como el de Omar ibn Hafsún, se hubiera debilitado en los últimos tiempos. En el curso de los años siguientes, Abd ar-Rahmán III conseguiría imponerse a todas esas dificultades y proporcionar a Córdoba un esplendor que nunca había tenido antes, que nunca volvería a poseer y que la situaría a la altura de las grandes culturas del momento. Que los medios empleados para conseguirlo fueran despiadados, tal y como había sucedido con sus antecesores, que no perdiera ocasión de intentar aplastar a los que se oponían a sus propósitos, y que no se considerara, a diferencia, por ejemplo, de Alfonso III, un monarca español, sino un califa musulmán, son los otros factores que deben colocarse también en los platillos de la balanza histórica.

Cuando aquel muchacho rechoncho, de ojos azul oscuro y pelo rojizo (que se teñía para tener aspecto de árabe) fue designado por Abd Allah sucesor, nadie se opuso a la medida. A fin de cuentas, el poder real del emir no iba mucho más allá de los arrabales de Córdoba y la herencia resultaba bien poco apetecible. La primera tarea iba a consistir, por lo tanto, en recuperar una coherencia interna cuyo principal enemigo era Omar ibn Hafsún. No fue empresa fácil pero, al cabo de dos años, el emir de Córdoba había logrado ir arrebatando a Omar el apoyo de la mayoría de sus seguidores y, prácticamente, recluirlo en las cercanías de su inexpugnable reducto de Bobastro. Por otra parte, en la feroz lucha entre generaciones suele resultar difícil que emerja vencedora la mayor. En septiembre de 917 falleció Omar ibn Hafsún y sus hijos sólo pudieron prolongar una resistencia ya agónica que concluyó el 19 de enero de 918. Hasta qué punto el caudillo, primero muladí, luego convertido al cristianismo, significó una amenaza real para el poder del emir, puede desprenderse de dos acciones de Abd ar-Rahmán emprendidas nada más saber de la caída de Bobastro. La primera fue la orden de desenterrar los huesos de Omar ibn Hafsún y de su hijo y sucesor Shafar a fin de que fueran expuestos a la burla del populacho de Córdoba y quizá también para que no hubiera duda de su muerte y de lo inútil de la resistencia muladí. La segunda fue el abandono del título de emir y su autoproclamación como califa, un paso este último en el que sin duda influyó también el deseo de evitar que el califato creado en Ifriqiya pudiera aglutinar o ayudar a sus enemigos musulmanes.

Para aquel entonces los focos de resistencia hispano-muladí se habían extinguido o estaban en camino de hacerlo. Sevilla había revertido, tras un conflicto sucesorio, al control del emir de Córdoba, y en 916 se le habían sometido los Algarves y las comarcas de Murcia, Valencia, Tortosa y buena parte de la de Mérida. A inicios de la década de 930, Badajoz, Toledo y la marca superior también se hallaban en su poder. Se cerraba así un proceso de dos décadas que se había iniciado realmente con la decadencia del foco de resistencia en Bobastro y que ponía en manos de Abd ar-Rahmán todo Al-Ándalus.

El resultado inmediato de recuperar la paz interior fue un incremento extraordinario en las rentas del Estado engrosadas muy poco después con el botín de las expediciones emprendidas contra los cristianos del norte, un botín que no pocas veces tenía entre sus partes más pingües la venta de los prisioneros de guerra como esclavos. De esta manera, si Abd ar-Rahmán II había percibido un millón de dinares anuales —cifra que se vería muy mermada durante el gobierno de sus sucesores—Abd ar-Rahmán III logrará ingresar en el tesoro público la cifra de poco menos de cinco millones y medio de dinares, a los que hay que sumar los tres cuartos de millón de su renta personal como califa.

Que esta inmensa riqueza tendría una repercusión en el terreno del arte resulta innegable con sólo contemplar la ampliación de la mezquita de Córdoba llevada a cabo por Abd ar-Rahmán III. Con todo, bien poco parece si se tiene en cuenta la cuantía de los ingresos. Por añadidura, no puede decirse, como a veces se ha pretendido, que se tradujera también en la introducción de innovaciones que mejoraran la vida de los habitantes de Al-Ándalus. En realidad, si hemos de ser justos con los datos históricos, casi todo seguía elevándose sobre lo que había sobrevivido de la herencia hispanorromana que los invasores islámicos habían aniquilado con tanta fruición dos siglos antes.

Los ejemplos que demuestran la veracidad de este aserto son numerosísimos. Así, las aldeas o cortijadas rurales insertas en el seno de una gran propiedad constituían una herencia clara del Bajo imperio romano; la mayor parte de las ciudades eran de origen preislámico;[46] las casas que suelen denominarse árabes o andaluzas seguían un claro modelo romano; el sistema de aparcería estaba copiado de los bizantinos;[47] y la agricultura siguió patrones emanados directamente de los conocimientos romanos, como el uso y trazado de canales y acequias, conservados por otra parte por los visigodos, aunque, eso sí, ahora su empleo fuera divulgado en lengua árabe. Ni siquiera puede decirse que la importación de especies vegetales llevada a cabo por los árabes tuviera una especial importancia. De hecho, alguna que se les atribuye como es el caso del arroz ya era conocida en la época de la dominación romana. Posiblemente, lo que sí fue característico del dominio islámico fue la consolidación de un sistema latifundista de propiedad de la tierra en el que los campos más productivos pertenecían a la aristocracia árabe asentada en el sur, Levante, valle del Ebro y Toledo. Con todo, el principal poseedor de tierras era el califa.

En otros terrenos, los súbditos del califa tampoco superaron los logros económicos que había conocido España bajo el dominio romano o incluso el reino godo. En el terreno de la minería, esto resulta obvio, y así grandes yacimientos explotados con anterioridad, como las minas de cobre de Huelva, quedaron abandonados. En el terreno de la ganadería tampoco puede decirse que se alcanzara el nivel de épocas pretéritas, quizá con la excepción de la cría de palomas.

Importante fue, sin duda, el comercio de la época califal. Sin embargo, cuando se analizan los bienes que se ofrecían a la venta nos encontramos con varios aspectos que revisten especial importancia a la hora de hacernos una idea cabal, y no fruto del anacronismo y la propaganda pro-islámica, de lo que fue en realidad la sociedad del califato. De entrada, aquéllos eran, en buena medida, objetos no de consumo popular, sino de lujo, y por ello destinados a las clases más elevadas. Sin duda su elaboración era primorosa y todavía nos causa admiración justificada, pero no podemos caer en el inmenso error de pensar que ese nivel de bienestar caracterizaba a toda la sociedad cuando estaba limitado a una capa muy minoritaria de la misma.

En segundo lugar, la comercialización de los bienes que no podían ser absorbidos por los estratos más acaudalados y que tenían que ser enviados al exterior no corrió a cargo de los musulmanes. Carentes éstos de un espíritu de empresa, tal tarea quedó encomendada a los judíos y asimismo a los mozárabes. Unos y otros marcharon con esos productos a las zonas cristianas del norte para, en un momento determinado, quedar incluso asentados en ellas como tierras donde la libertad era mucho mejor que en los territorios dominados por el califato.

Finalmente, y éste es un aspecto que conviene destacar, una proporción verdaderamente extraordinaria de la riqueza y del comercio del califato descansaba sobre el tráfico de esclavos. Durante el siglo X, Al-Ándalus se convirtió verdaderamente en el centro del comercio de seres humanos de Occidente. A diferencia del cristianismo, el islam no sólo no condena la esclavitud, sino que la considera lícita moralmente e incluso fuente legítima de ganancias económicas. Esa circunstancia que explica por sí sola la legalidad de la esclavitud en países islámicos hasta el presente siglo XXI, también nos permite comprender el papel de tan inicua institución en Al-Andalus. Por sus tierras pasaban las caravanas de esclavos que no sólo se vendían en el interior, sino que también se destinaban a la exportación. Diferenciados por su color en dos grandes grupos, blancos y negros o sudaneses, los primeros procedían de las aceifas lanzadas por las tropas islámicas contra la España cristiana, de las incursiones de piratas musulmanes realizadas contra las costas de Europa y, en menor medida, de la compra que realizaban de prisioneros eslavos a los germanos. En el seno de tan infamante negocio tenían un apartado especial las transacciones cuya finalidad era el tráfico de las esclavas denominadas «distinguidas». Compradas en la niñez o en la juventud, se las educaba en artes nobles como la música o la danza para después venderlas por cantidades fabulosas al califa o a los

miembros de la aristocracia árabe. Que el flujo de esclavos era extraordinario se desprende claramente de datos que nos proporcionan las fuentes. Recuérdese, por ejemplo, que a la muerte de Abd ar-Rahmán III su palacio de Medina Azahara (Madinat al-Zahra) disponía de los servicios de 3.750 esclavos varones y de 6.300 mujeres de las que la inmensa mayoría también estaba reducida a la esclavitud. No fueron tan astronómicas cifras monopolio del primer califa. De hecho, con sus sucesores se llegó a alcanzar la cantidad de 13.750 esclavos.

Junto con este resumen de las condiciones de la economía califal —una economía al servicio de una corte amante del lujo y del derroche y sustentada en buena medida en las expediciones encaminadas a proporcionar esclavos a los mercados— debe hacerse referencia a la pirámide social. Era ésta muy similar a la que ya describimos al referirnos a los primeros tiempos de la invasión islámica y a la época del emirato, con los mozárabes figurando en la base de la pirámide tan sólo por encima de los esclavos. No deja de ser significativo que tanto éstos como los muladíes, hispanos de distintas religiones a fin de cuentas, siguieran manteniendo el uso del romance y que todavía durante el siglo X, es decir, a dos siglos de la invasión islámica, esa lengua fuera la más hablada en Al-Andalus.[48] Con todo, de estos dos sectores de la sociedad, la peor parte correspondió a los mozárabes, que a lo largo del siglo X no dejaron de protagonizar constantes huidas en busca de la libertad hacia el norte cristiano. De hecho, como tendremos ocasión de ver, su existencia se fue haciendo cada vez más difícil y desesperada, hasta que en 1099 la persecución religiosa decretada por los almorávides los aniquiló prácticamente por completo.

Mejor era la situación de los judíos. De ellos se recordaba que habían actuado de quinta columna durante la invasión islámica de España y además cumplían un papel importante como intermediarios comerciales. No es menos cierto que también se les había asignado tareas inhumanas, como la de proceder en Lucena a la castración de buena parte de los esclavos, en su mayoría cristianos, que les llevaban los mercaderes musulmanes desde el puerto de Pechina.

Hoy sabemos que también su destino estaba marcado y que en un momento dado tendrían, como los mozárabes, que huir hacia el norte cristiano en busca de una tolerancia que los musulmanes les negarían. Sin embargo, a la sazón tal posibilidad distaba mucho de plantearse. De momento, el peso de la belicosa agresividad islámica iba a recaer por una terrible combinación de codicia y cálculo político sobre los cristianos.

La resistencia frente a Abd ar-Rahmán III

La llegada de Abd ar-Rahmán III al poder coincidió con la conclusión de la reconquista de la cuenca del Duero. Aunque, como vimos, los hijos de Alfonso III dividieron entre sí el reino asturiano, no tardó éste en reunificarse. García falleció en Zamora en 914, de regreso de una incursión en la que había vencido a los musulmanes, y aunque Fruela siguió rigiendo Asturias, permitió que su hermano Ordoño se ocupara de la política del reino. Ordoño cambió la capital a León —la antigua ciudad romana creada para asentar la Legio Septima Gemina de la que procede su nombre—, quizá para evitar una excesiva cercanía con Fruela y, sobre todo, para continuar desde un lugar más cercano a la frontera la tarea reconquistadora que con tanto acierto había llevado a cabo su padre.

Inicialmente todo pareció indicar que así sería. En 917 las tropas de Al-Andalus a las órdenes de Ahmad ben Abda atacaron la fortaleza de San Esteban de Gormaz, uno de los enclaves recientemente repoblados. Ordoño II, con la colaboración de Sancho Garcés de Navarra, contraatacó con maestría y causó una derrota a los invasores, que llegaron incluso a perder a Ahmad ben Abda en el combate. Al año siguiente, los reyes de León y Navarra atacaron conjuntamente Náje- ra y Tudela apoderándose de Arnedo y Calahorra. De esa manera no sólo recortaban el frente contra los musulmanes, sino que además Navarra traspasaba la línea del Ebro. Ciertamente, la expansión navarra por La Rioja chocaba con los intereses de los condes castellanos, pero Ordoño II, su soberano, no se opuso, en parte

porque estimaba la alianza con Sancho Garcés que tan buenos resultados estaba dando contra Al-Andalus y, en parte, porque seguramente no veía con buenos ojos el poder que iban acumulando los condes castellanos, a fin de cuentas, vasallos suyos.

Abd ar-Rahmán, que hasta ese momento sólo había cosechado éxitos, sí reaccionó ásperamente ante los triunfos cristianos, y lo hizo de una manera que iba a tener trascendentales consecuencias para los núcleos de resistencia en el norte. Consistió la nueva estrategia en sustituir el régimen de aceifas que tantos resultados —especialmente económicos y de terror— había tenido hasta la fecha por la articulación de un nuevo tipo de ofensiva de gran envergadura en la que los enemigos quedaran casi literalmente anegados por la superioridad del ejército musulmán. Daba así inicio al periodo de las denominadas «campañas», en las que tanto destacaría Abd ar-Rahmán III y, posteriormente, Almanzor.

La primera de estas ofensivas fue la conocida en las fuentes árabes como «campaña de Muez». Concebida inicialmente como una expedición de castigo que disuadiera a los reinos del norte de su política reconquistadora, dio inicio a principios del verano de 920. Partiendo de Córdoba, se dirigió a Toledo y de allí a la antigua calzada romana que llevaba a las altiplanicies de Soria. Tras llegar a Osma, cuyos habitantes habían huido al tener noticias de la cercanía del imponente ejército, siguió el camino que flanqueaba el Duero arrasando todo a su paso. En esa situación se hallaba cuando le llegaron noticias de que el rey navarro había lanzado un ataque, quizá de diversión, contra Tudela. Desanduvo entonces parte de su trayecto y cayó sobre Navarra también a sangre y fuego. Se hallaba Abd ar-Rahmán cerca de Pamplona y Sancho Garcés no tuvo otro remedio que correr a defender su capital. Estaban apoyadas las tropas musulmanas por los Banu Qasi y Ordoño II había acudido en ayuda de los navarros cuando ambos ejércitos chocaron en Valdejunquera, cerca de Muez. La inferioridad cristiana era palpable —de hecho, nunca se habían enfrentado leoneses, castellanos y navarros con un ejército de esa magnitud— y el resultado fue una desastrosa derrota. Mientras algunos de los soldados cristianos caían cautivos de Abd ar-Rahmán III, otros se refugiaron en las fortalezas de Muez y Viguera. La respuesta de Abd ar-Rahmán fue fulminante y cruel. Acudió a asediar ambas plazas, las tomó y a continuación ordenó que se degollara a todos los defensores. Finalmente, arrasó los campos y emprendió el camino de regreso a Córdoba.

El análisis que los supervivientes podían hacer de aquellos luctuosos acontecimientos no se prestaba a muchas variaciones. Abd ar-Rahmán había puesto en funcionamiento una maquinaria militar sin precedentes, cuya finalidad era la muerte o cautividad de los cristianos y la destrucción total de sus ciudades y haciendas. La absoluta convicción de que nada podría apaciguar las ansias de Abd ar-Rahmán aparte de su aniquilación debió de impulsar a los monarcas cristianos a intentar recuperar el territorio perdido. Algo más de dos años después de la derrota de Valdejunquera, Ordoño II y Sancho Garcés volvieron a su labor de reconquista siendo su objetivo esta vez La Rioja. La campaña discurrió bien, ya que recuperaron Nájera —que fue incorporada a Navarra— y Viguera.

La muerte poco después de Ordoño II fue aprovechada por Abd ar-Rahmán para lanzar una nueva ofensiva, la denominada «campaña de Pamplona». Pretendía el musulmán destruir el reino de Navarra e incorporarlo a Al-Andalus, una decisión en la que no sólo pesaban motivos estratégicos sino también personales, ya que si bien había sentido un cierto respeto por Ordoño II, consideraba al rey navarro personaje desdeñable. Así, las tropas musulmanas se encaminaron a Tudela y desde allí a Pamplona arrasando todo lo que encontraban a su paso. Al camino le salió Sancho Garcés reforzado por guerreros leoneses, pero Abd ar-Rahmán lo derrotó a orillas del río Irati. Quedó así indefensa la capital navarra, que los musulmanes saquearon para luego arrasarla sin respetar siquiera la catedral. No se conformó con aquel triunfo Abd ar-Rahmán, sino que continuó su expedición hasta la Roca de Qays, desde donde volvería a descender hasta Tudela.

Si preocupante había sido el encadenamiento de victorias islámicas, no mejor resultaba la

situación interna de los reinos cristianos. En Navarra tuvo lugar el fallecimiento de Sancho Garcés poco después de la derrota del Irati. La corona recayó en su hijo García Sánchez, pero, siendo un niño, se vio sometido a la regencia de su tío Jimeno Garcés y de su madre, la reina Toda. En León, tras la muerte de Ordoño II, se produjo un conflicto sucesorio que sólo concluyó en 931, cuando Alfonso IV abandonó el trono para entrar en un monasterio y su hermano Ramiro II (931-950) fue coronado rey. Fue precisamente esta circunstancia la que permitió remontar la crisis pasajera que habían sufrido los reinos cristianos y plantar cara a Abd ar-Rahmán III.

A lo largo de los años siguientes Ramiro II daría repetidas muestras de ser un monarca excepcional. Hábil diplomático que consideró en su justo valor la alianza con Navarra, aguerrido combatiente y extraordinario gobernante, estaba convencido de que la única manera de contener las ofensivas de Abd ar-Rahmán III consistía en continuar la tarea reconquistadora. Fue así como emprendió una expedición que concluyó con la toma de la fortaleza de Mashrit (Madrid), cuyo dominio intentó asegurarse apoyando una rebelión en Toledo. La imposibilidad de llegar a esta ciudad antes de que las fuerzas islámicas aplastaran la resistencia colocó a Madrid en una situación insostenible e impidió su conservación.

La respuesta de Abd ar-Rahmán no se hizo esperar. Al año siguiente lanzó su ejército contra el Alto Duero con la intención de desbaratar la obra reconquistadora de los últimos años. El conde castellano Fernán González[49] se apercibió del avance enemigo y lo puso en conocimiento del rey leonés. Éste reunió apresuradamente a sus fuerzas y se enfrentó con los musulmanes en Osma. Esta vez fueron las armas cristianas las que se alzaron con el triunfo, posiblemente porque ya disponían de un conocimiento considerable —y obtenido amargamente— de la nueva forma de guerrear de Abd ar-Rahmán III. La respuesta califal a una derrota que se había zanjado con millares de bajas entre muertos y prisioneros consistió en lanzar una nueva expedición contra Osma, en la que contó con la ayuda de los tuchibíes de Zaragoza. Sin embargo, Ramiro II no quiso arriesgarse a un enfrentamiento en campo abierto, y se hizo fuerte tras los muros de la plaza. A la vista de esa táctica, el califa tuvo que conformarse con arrasar toda la comarca sin exceptuar la ciudad de Burgos, que fue completamente destruida. En una manifestación de crueldad absolutamente injustificada, Abd ar-Rahmán llegó hasta el monasterio de san Pedro de Cardeña y procedió a degollar a los doscientos monjes que vivían en él.

Se mirara como se mirase, y a pesar del daño económico que la política de saqueo y tierra quemada significaba, lo cierto es que Ramiro II estaba demostrando una talla extraordinaria en su enfrentamiento con el califato. Cuando logró convencer además al señor de Zaragoza, Abu Yahya, para que se declarara vasallo suyo y abandonara la obediencia jurada al califa, quedaron de manifiesto sus excepcionales dotes diplomáticas.

Zaragoza tenía una importancia estratégica fundamental, ya que permitía a León y Navarra extenderse de tal manera que podían casi enlazar con los condados del este de la península. No tenía pues otra opción el califa que intentar impedir semejante posibilidad. Tras cercar y conquistar Calatayud, Abd ar-Rahmán fue tomando uno tras otro todos los castillos de la zona. Al llegar a las puertas de Zaragoza, Abu Yahya capituló, una acción que el califa aprovechó para, tras perdonarle la vida, emplearlo en una ofensiva dirigida contra Navarra. Concluyó ésta con enorme éxito, hasta el punto de que la reina Toda se declaró vasalla del califa.

Alcanzado a ese punto, creyó el califa que había llegado el momento de asestar un golpe de muerte a la monarquía leonesa, que desde hacía décadas era el corazón de la resistencia contra los ataques del islam. En apariencia la empresa era sobradamente factible, sobre todo si se podía reunir un ejército aún más poderoso que los utilizados en las campañas anteriores. El que ahora levantó Abd ar-Rahmán contaba con cien mil guerreros. A ellos se sumaron además los efectivos islámicos acantonados en la frontera superior.

A la cabeza de tan imponente fuerza militar, el califa cruzó el Sistema Central y se adentró en el territorio leonés en el verano del año 939. En Simancas les esperaba Ramiro II, al que se habían sumado las mesnadas del conde castellano Fernán González e incluso tropas navarras al mando de Toda. Sin duda había comprendido la reina que una derrota leonesa no se traduciría en paz, sino en el estrangulamiento de la resistencia frente al islam y de la labor repobladora en el norte. La batalla, librada en pleno mes de julio, resultó indecisa durante varios días. Lo que pone de manifiesto la feroz resistencia opuesta por los cristianos a fuerzas muy superiores. Sin embargo, Ramiro II no dejó de observar las maniobras enemigas, y cuando advirtió que las tropas califales mostraban cansancio cargó contra ellas con todas sus fuerzas. No pudieron soportar el embate los musulmanes, pero tampoco tuvieron la posibilidad de retirarse ordenadamente, ya que a sus espaldas habían excavado un foso las tropas cristianas. Al contemplar que era imposible salvarlo con sus monturas, cundió el pánico y se desbandaron. La derrota adquirió así unas dimensiones catastróficas hasta el punto de que el propio Abd ar-Rahmán escapó a duras penas y se vio obligado a dejar tras de sí objetos tan preciados como su Corán personal. No sólo eso. Durante varios días, las tropas cristianas persiguieron a las islámicas sin dejar de ocasionarles bajas.

En términos reales, Al-Andalus seguía contando con unos recursos y una fuerza militar muy superiores a la de los reinos cristianos en conjunto. Sin embargo, la derrota de Simancas había producido una honda desmoralización entre los musulmanes. El mismo califa —al que se sigue describiendo no pocas veces como clemente y tolerante cuando los datos históricos apuntan a conclusiones bien distintas— era presa de la cólera más acentuada al llegar a Córdoba. Lejos de reflexionar sobre la parte, la principal, que le correspondía en la derrota, procedió a desahogar su ira con sus soldados y oficiales. Así, las orillas del Guadalquivir se vieron llenas de horcas y cruces en las que frieron ejecutados centenares de guerreros —tan sólo de oficiales de caballería el número superó los trescientos— por el único delito de haber sido derrotados en una empresa nacida de las ansias del califa. A partir de ese momento, Abd ar-Rahmán III, conocido como An-Nasir («el Victorioso»), renunció a participar en las futuras campañas.

A diferencia del califa, Ramiro II, muy superior en edad, ansiaba aprovechar la victoria de Simancas. Todavía en 950 dirigió personalmente una expedición militar contra la comarca de Talavera de la Reina. Sin embargo, falleció al año siguiente y entonces la situación experimentó un vuelco.

En 951 Ordoño III, el hijo de Ramiro II, ascendió al trono leonés. Difícilmente habría podido encontrarse con circunstancias peores. Tanto Toda de Navarra —que opacaba a su hijo el rey García Sánchez— como el conde castellano Fernán González y los aristócratas portugueses y gallegos rechazaron la sucesión en la persona de Ordoño III y defendieron que la corona pasara a su hermano Sancho, un personaje de carácter débil al que una obesidad exagerada valdría el sobrenombre de «Craso». Ordoño III logró imponerse e incluso llevó a cabo una campaña victoriosa contra Lisboa, que sumada a una de Fernán González contra San Esteban de Gormaz convencieron a Abd ar-Rahmán III de la conveniencia de pactar una tregua. Exigió el califa entonces la entrega o desmantelamiento de algunas fortalezas que sustentaban la frontera del Duero, pero la muerte de Ordoño III en Zamora en el verano de 956 interrumpió el proceso.

El sucesor, Sancho I el Craso, se negó a aceptar las condiciones del califa, y era lógico que así lo hiciera, porque habría equivalido a dejar inerme su reino. Sin embargo, su actitud sirvió de justificación al musulmán para enviar una expedición militar contra León. Falto de preparación, Sancho I fue derrotado y Fernán González aprovechó la situación para provocar su alejamiento del trono y la sustitución del rey por Ordoño IV, un pobre giboso de carácter apocado. En cuanto a Sancho I, marchó al lado de su abuela Toda en Navarra. Aquel episodio fue considerado intolerable por la anciana, que situó sus intereses familiares por delante de cualquier otra consideración. Puesta

en contacto con Abd ar-Rahmán III, le ofreció la entrega de diez plazas fuertes en la frontera del Duero a cambio de la ayuda necesaria para que su nieto recuperara el trono de León. Semejante acción constituía una enorme torpeza, en la medida en que no sólo cuarteaba el frente de resistencia contra el califato, sino que además creaba para el futuro unas circunstancias de debilidad militar que sólo podrían ser desastrosas.

Abd ar-Rahmán III captó perfectamente la oportunidad que le ofrecía la iniciativa de Toda, y para dejar más de manifiesto su poder exigió que la mujer, su hijo y su nieto acudieran a Córdoba a negociar personalmente el acuerdo, que se concluyó en los términos discutidos mientras Sancho I era atendido de su obesidad por un médico cordobés.[50]

En la primavera de 959, un ejército califal en cuyas filas se hallaba Sancho I el Craso se dirigió hacia León. Las tropas musulmanas tomaron Zamora y en poco tiempo se apoderaron del control del reino. Para colmo de males, el conde Fernán González fue hecho prisionero por los navarros en Cirueña.

Ciertamente, Toda había logrado sus propósitos, pero la desarticulación de la resistencia cristiana era un hecho y los reinos del norte se habían visto reducidos a pagar tributo al califa. Posiblemente las consecuencias habrían sido de mayor gravedad de no ser porque el 16 de octubre de 961 Abd ar-Rahmán III falleció y, de manera lógica, se produjo una pausa en el enfrentamiento.

Resistencia desesperada frente a los califas

Abd ar-Rahmán III fue sucedido por su hijo Al-Hakam II (961- 976) que estaba aún más imbuido si cabe de los ideales islámicos de guerra santa contra los infieles. Sus primeras medidas fueron encaminadas a mantener la situación de escandalosa inferioridad en la que se hallaban los reyes del norte. Si por un lado exigió del leonés que le entregara las plazas fuertes situadas a orillas del Duero, por otro pretendió que el navarro le cediera a un prisionero tan peligroso como el conde castellano Fernán González. Ni uno ni otro se sometieron a las exigencias del califa. Si el rey de León mantuvo en su poder las plazas, el de Navarra no dudó en poner en libertad a Fernán González. No sólo eso: Sancho I, escarmentado por pasados fracasos, articuló contra los musulmanes una verdadera coalición de todos los poderes cristianos del norte. Junto a los reinos de León y Navarra, formaban en ella Castilla, los condados aragoneses y los condes de Barcelona. Se trataba de un desafío demasiado explícito, y más en unos momentos en que Al-Hakam, que acababa de sufrir la pérdida de Tánger en el norte de África, no pasaba precisamente por el apogeo de su prestigio. Al acabar la primavera de 936, el califa en persona marchaba a la cabeza de una expedición dirigida contra Castilla.

Al-Hakam tomó San Esteban de Gormaz mientras una parte de su ejército se apoderaba de Atienza. A la vez, los tuchibíes de Zaragoza, aliados del califa, penetraron en Navarra tomando Calahorra, mientras otras fuerzas musulmanas llevaban a cabo la devastación de la comarca barcelonesa. Resultaba obvia la superioridad militar del califato, y Sancho I no tuvo otro remedio que solicitar la paz. Es posible que se tratara tan sólo de ganar tiempo para reaccionar contra la ofensiva cordobesa, pero la naturaleza iba a demostrar inexorablemente qué la alianza cristiana tenía los días contados. En 966 fallecía el rey de León, quizá envenenado. Ese mismo año moría también el conde barcelonés Mirón, y el trienio siguiente sería testigo del final de las vidas de García Sánchez de Navarra y de Fernán González, que había conseguido que el condado de Castilla fuera independiente y hereditario, pasando a su hijo García Fernández. Durante los años siguientes del reinado de Al-Hakam, Córdoba recibió una y otra vez las delegaciones de los focos de resistencia norteños que buscaban conseguir la paz o renovar el sometimiento que le habían manifestado, y siempre que se produjo algún conato de resistencia pudo aplastarlo militarmente con relativa facilidad. Que la presión del califato resultaba odiosa e insoportable para los habitantes del norte de España no admite dudas. Tampoco el hecho de que era una situación con la que, a la sazón, no podían enfrentarse con

éxito. El 1 de octubre de 976 se produjo el fallecimiento de Al-Hakam. Los cristianos de la Península no podían saberlo pero estaba a punto de comenzar uno de los periodos más negros de la presencia islámica en España.

Las tribulaciones del fin del mundo: Almanzor[51]

Por espacio de casi tres siglos, los hispanos habían conocido de primera mano el impacto causado por la invasión y permanencia del islam en la península Ibérica. Si para aquellos que habían abrazado la religión predicada por Mahoma había significado no pocas veces desprecios, relegación en la escala social y una cruenta mezcla de sublevación casi continua y represión despiadada, para los que habían permanecido fieles al cristianismo se había traducido en humillaciones todavía mayores, exilios forzosos, deportaciones, reducción a la esclavitud, ruina y muerte. Poco puede extrañar que en medio de semejante encadenamiento de desgracias vinculadas inexorablemente al islam, buscaran el consuelo en una fe que consideraban verdadera y, muy especialmente, en su libro sagrado: la Biblia. En aquellas páginas intentaron, como generaciones de cristianos anteriores y posteriores, hallar la guía para la existencia cotidiana y también una explicación para una realidad que resultaba posiblemente demasiado dura como para que nosotros podamos captarla actualmente de una manera cabal. Los resultados de ese escudriñamiento del libro sagrado condujeron, por ejemplo, a una lectura del profeta Ezequiel que, como tuvimos ocasión de ver, identificaba a Gog y Magog con la invasión islámica y confiaba en que sus iniquidades encontrarían final gracias a la acción de un monarca como Alfonso III. A partir de finales del siglo X, sin embargo, el énfasis se desplazaría hacia el último libro de las Sagradas Escrituras, el Apocalipsis de san Juan, que no sólo anunciaba una catástrofe sin precedentes tras un milenio de reinado de Cristo sobre la tierra, sino también las tribulaciones que debería padecer el Reino de Dios antes del final de los tiempos. El porqué de ese desplazamiento será fácil de comprender con la lectura de las siguientes páginas.

A la muerte de Al-Hakam fue proclamado califa su hijo Hisham II (976-1013?). Niño de poca edad, iba a dejar de manifiesto a lo largo de su reinado una notable incapacidad para gobernar. Sin embargo, esa circunstancia no se traduciría, al menos durante años, en un debilitamiento del poder del califato. La razón para ello no sería otra que un personaje llamado Abu Amir Muhammad ben Amir al-Maafií al que sus éxitos militares le valieron el sobrenombre de «el Victorioso» (al-Mansur) y que pasaría a la historia como Almanzor.

Como la inmensa mayoría de los personajes encumbrados en Al-Andalus, Almanzor no era de origen español. Pertenecía, por el contrario, a una familia árabe del grupo yemení que, participante en la invasión de Tariq, había recibido en recompensa unas tierras en la zona de Algeciras. Con posterioridad, esta familia se había dedicado fundamentalmente a tareas religiosas aunque, como tendremos ocasión de ver, no fue ése el camino seguido por Almanzor.

De enorme ambición, se trasladó a Córdoba en la primera juventud para estudiar derecho coránico y gramática árabe. Redactor de memoriales para analfabetos al pie del alcázar, pasó a colaborar con el cadí supremo, que en 967 lo presentó al jefe de la administración civil de palacio. Llamó entonces la atención de la reina, la vascona Subh, de la que se convirtió en amante, aunque es posible que tal hecho no sucediera antes de la muerte del califa Al-Hakam. A partir de ese momento, el ascenso de Almanzor por las distintas instancias de poder fue fulgurante. Utilizando como peldaños a distintas mujeres del harén califal, desempeñó diversas funciones administrativas para, finalmente, ser enviado al norte de África con alguna de las expediciones califales que pretendían sofocar la belicosidad de los magrebíes. Sobrepasa el objeto de nuestro estudio describir aquellas operaciones. Baste decir que en ellas se recurrió frecuentemente al soborno de las autoridades norteafricanas y que esa tarea exigía una especial habilidad en la que, precisamente, destacó Almanzor de tal manera que a su regreso se le encomendó la inspección de las tropas mercenarias acuarteladas en Córdoba. Precisamente cuando desempeñaba ese cargo se produjo la muerte del

califa Al-Hakam.

El hecho de que el heredero fuera un niño de corta edad hacía prever un periodo de inestabilidad que en nada convenía al califato, máxime cuando los últimos años se habían caracterizado por una sucesión de éxitos contra la resistencia cristiana del norte. Surgió así la idea de nombrar califa a un hermano de Al-Hakam llamado Al-Muhira. La conspiración no tardó en ser conocida por algunos personajes de la corte, especialmente por Shafar al-Mushafí, que en los últimos años del reinado del enfermo Al-Hakam había gobernado prácticamente Al-Andalus. Al-Mushafí deseaba mantener el poder en sus manos, de manera que convocó una reunión de altos cargos en la que expuso la conveniencia de asesinar a Al-Muhira. Almanzor no sólo asistió al citado encuentro, sino que además recibió el encargo de llevar a cabo el crimen, tarea que realizó expeditivamente. Cuando poco después fue coronado Hisham, Almanzor se vio elevado al segundo puesto de la corte precedido únicamente por Shafar al-Mushafí. Como sucedería con otros futuros dictadores musulmanes —piénsese en casos como el egipcio Nasser o el iraquí Saddam Hussein—, la posición subordinada tan sólo fue el último escalón antes de llegar a la cima. Mientras fortalecía con halagos la alianza con la reina madre Subh —nombrada a la sazón «gran princesa»— Almanzor fue tejiendo una tupida red de hombres de confianza y deshaciéndose de aquellos que podían significar un obstáculo para sus planes. La gran ocasión para obtener el poder absoluto le iba a venir dada, sin embargo, por acontecimientos que tenían lugar a mucha distancia de Córdoba.

Confiados en que el nuevo califa no podría responder de manera tan enérgica como los anteriores, los cristianos procedieron a atacar la frontera noroccidental de Al-Andalus. Al producirse esa situación, Almanzor convenció a Subh de que sería la mejor garantía de supervivencia de su hijo y consiguió que le entregaran un ejército con el que marchar a combatir la resistencia norteña. Se trató de una expedición limitada que se inició en febrero de 977 contra la comarca de Béjar, pero sirvió no sólo para derrotar a los cristianos sino también para conseguir un cuantioso botín y congraciar a los mandos militares con Almanzor.

El éxito obtenido convenció al ambicioso musulmán de que había llegado el momento de deshacerse de Shafar al-Mushafí. Para lograrlo, se acercó a Galib, veterano y victorioso general, para el que consiguió el título de «doble visir», y al que no tuvo reparo en entregar más tropas a la vez que le atribuía todos los éxitos militares del califato. Halagado Galib por el comportamiento de Almanzor, anduvo los pasos para que se le nombrara gobernador de la ciudad de Córdoba, destituyendo del cargo a un hijo de Shafar al-Mushafí. Éste se percató entonces del cerco que se estaba cerrando en torno suyo, y para conjurar el peligro solicitó de Galib que le concediera la mano de su hija Asma, con el fin de casarla con uno de los propios hijos de Shafar. La maniobra resultaba tan obvia que Almanzor reaccionó inmediatamente para aniquilarla. En conseguirlo pesaron no poco las consideraciones sobre el origen bereber de Shafar al-Mushafí, ciertamente inferior, según los baremos de la corte, al yemení de Almanzor. Al fin y a la postre, Galib deshizo además el compromiso matrimonial y entregó la mano de su hija Asma a Almanzor. En 978 Shafar al-Mushafí fue detenido junto con sus hijos y sobrinos y todos sus bienes fueron confiscados. Se inició entonces un prolongado proceso que concluyó con el estrangulamiento de Al-Mushafí en la cárcel. De esta manera, Almanzor pasaba a convertirse en el hombre fuerte del califato.

El salto hasta un poder que se dibujaba claramente como dictatorial reavivó en la corte el proyecto encaminado a destituir a Hisham, sustituyéndolo ahora por su primo Abd ar-Rahmán Ubayd Allah. Con el poder armado en sus manos, Almanzor no tuvo dificultad en desarticular el golpe —uno de los implicados, el prefecto de Córdoba, procedió a encarcelar a los implicados y a entregarlos a Almanzor— y llevar a cabo un escarmiento ejemplar consistente en degollar o crucificar a los conspiradores.

Ciertamente, Almanzor había salido bien parado de la conjura, pero era más consciente que

nunca de que debía afianzar su poder si deseaba evitar la repetición de hechos semejantes en el futuro. Sabedor de que los conspiradores habían contado con el apoyo de un cierto sector de los alfaquíes cordobeses, procedió a reprimir a los sectores islámicos no vinculados a su interpretación del Corán, y a continuación llevó a cabo una inteligente operación de propaganda encaminada a aparecer ante ellos como el más piadoso de los musulmanes. Una de las medidas que adoptó para conseguirlo consistió en la quema de buena parte de la biblioteca del califa. Repetía así la conducta del califa que, en los inicios del islam, había arrasado la biblioteca de Alejandría por considerarla prescindible para un buen musulmán y surcaba el mismo camino que ya en el siglo XX recorrerían las dictaduras totalitarias. Ese mismo año, como colofón de su toma del poder, Almanzor inició la construcción de su palacio—Madinat al- Zahra, la ciudad brillante— en el que instaló toda la administración califal. De esa manera era sustraído el aparato del califato de manos que no fueran las suyas. Cuando en 981 concluyeron las obras, Almanzor se vio libre de rendir pleitesía a un califa de ojos azules y cabello rubio que, siquiera externamente, mal casaba con la imagen de los conquistadores árabes. No resulta por ello extraño que al mismo tiempo anunciara que Hisham II iba a vivir aislado en su palacio para poder cumplir mejor con sus deberes espirituales y que sobre él, que adoptó el título de Al-Mansur bil-Lah («el vencedor por la gracia de Allah»), quedaban delegados todos los poderes. Hasta 996 no tomaría Almanzor el título de «Malik Karim» (Rey noble), pero a esas alturas resultaba ya obvio que el verdadero soberano era él y no el desdichado Hisham II, recluido en un alcázar rodeado por un muro y un foso y al que nadie podía visitar sin autorización de Almanzor.

El desarrollo de los acontecimientos provocó de manera lógica el recelo de Galib, que no sólo estaba sorprendido de la audacia de su yerno, sino que además era leal a la dinastía omeya y no podía tolerar el estado al que se había visto reducido el califa. En julio de 981, Galib, apoyado por contingentes castellanos y navarros, se enfrentó con las huestes de Almanzor en Atienza. El general no sólo fue derrotado, sino que perdió la vida en la batalla desapareciendo así el último peligro para la dictadura almanzoriana.

Pasarían ocho años antes de que Almanzor volviera a enfrentarse con una conjura. En esa ocasión, los protagonistas frieron el gobernador de Toledo, miembro de la familia de los omeyas, y uno de los hijos del dictador, llamado Abd Allah. Almanzor desarticuló con facilidad la trama y a continuación ejecutó a los implicados incluyendo a su propio hijo.

El último intento contra su poder se produjo en 996, después de que, como ya señalamos, se auto-otorgara el título de «noble rey». Semejante medida hizo temer a la reina madre Subh que su hijo Hisham friera destronado. Intentó entonces que concluyera la regencia a la que se veía sometido el califa —¡que ya había cumplido los treinta años!— y para financiar el golpe procedió a sacar dinero del alcázar. Una vez más, Almanzor fue informado de todo por su eficaz servicio policial y su reacción no pudo ser más efectiva. Acusó a Subh ante toda la corte de querer apropiarse de caudales que no eran suyos y, acto seguido, desfiló por las calles de Córdoba en compañía de Hisham. Como conclusión, el califa estampó su firma en un documento que confirmaba todos los poderes del dictador.

Si la conquista del poder en el seno del califato había sido fulminante y cruel sin verse detenida por consideraciones de lealtad o de lazos de sangre, todavía fue más despiadada la política exterior de Almanzor, aunque debe decirse en honor a la verdad que con ello no hacía sino seguir las pautas marcadas por los califas Abd ar-Rahmán III y Al-Hakam II. Sin embargo, Almanzor, a pesar de ser un miembro de la minoría dominante de origen árabe, captó con agudeza los peligros que entrañaba la división entre los propios musulmanes y el riesgo que para él implicaba la persistencia de grupos de poder vinculados a las familias árabes. Aunque ésta se mantuvo en la sociedad y en la administración civil, sin embargo, puso sumo cuidado en eliminarla en el seno de la institución sobre la que se apoyaba su poder de manera esencial: el ejército. Durante los años siguientes, éste se convertiría en

un instrumento que le permitiría llevar a cabo medio centenar de campañas victoriosas.

La actitud hacia la guerra de Almanzor enlazaba a la perfección con el sentido de la *yihad* a la que se refiere el islam. Su finalidad no era sólo la defensa de los ataques o la desarticulación preventiva de futuras amenazas, sino el aplastamiento de cualquier Estado, aunque estuviera sometido o fuera pacífico, que no perteneciera al *Dar al- Islam*, el ámbito planetario ya sometido a las enseñanzas de Mahoma. En todo momento debía quedar de manifiesto el poder musulmán para saquear, arrasar o cautivar a los infieles, y cuando se estudia cuidadosamente la manera en que Almanzor fue llevando a cabo sus ofensivas, se descubre cómo obedecían a un plan meticulosamente elaborado para sembrar el terror y, a la vez, aniquilar la menor posibilidad de subsistencia de aquellos que no se sometían a la predicación de Mahoma.

La situación de la España cristiana no resultaba, por otra parte, amenazadora para el califato. Ramiro III de León se enfrentaba con problemas internos que no hacían recomendable la reanudación de la lucha contra Al-Ándalus. Sancho II Abarca, rey sobre Navarra y Aragón, no deseaba tampoco un enfrentamiento y optó por una política de apaciguamiento que llegó al extremo de entregar a su hija Abda a Almanzor para que formara parte de su harén.[52] Borrell, el conde de Barcelona, tenía intención de mantener una política amistosa con el califato. La única excepción a esta tónica la marcaba García Fernández «el de las manos blancas», un hijo de Fernán González que le había sucedido en el condado de Castilla pero que poco podía hacer en solitario para enfrentarse a los imponentes ejércitos califales. Históricamente, la mezcla de debilidad y apaciguamiento frente al islam se ha traducido siempre en feroces ofensivas musulmanas de trágicas, y no pocas veces irreversibles, consecuencias para la civilización occidental. El gobierno de Almanzor sólo iba a ser una manifestación más de la veracidad de tan dramático aserto.

Tuvimos ya ocasión de ver cómo Almanzor aniquiló en 981 un ejército mandado por su suegro Galib en el que figuraban contingentes castellanos y navarros. Aquella victoria había sido seguida por una expedición que arrasó la comarca de Zamora y poco después las fuerzas de Almanzor destrozaron un ejército formado por leoneses, castellanos y navarros en Rueda. Se trataba tan sólo de los prolegómenos de lo que sucedería en los años siguientes.

De forma cargada de simbolismo, la campaña de 985 se dirigió contra Barcelona. Desde hacía al menos cuatro décadas, el conde de Barcelona había seguido una política pacifista en relación con el califato de Córdoba. A cambio de una sumisión formal a su gobierno, que aparece recogida en distintas fuentes, gozaba de una autonomía prácticamente total y, sobre todo, se aprovechaba de las posibilidades comerciales del trato con Al-Ándalus. Dado que el conde Borrell había aprovechado recientemente la debilidad de los monarcas carolingios y la proclamación de los Capetos para sacudirse formalmente la sumisión al reino franco, la situación resultaba, si no perfecta, sí llevadera, y en cualquier caso mucho mejor que la de leoneses, castellanos, aragoneses o navarros. Nada justificaba, por lo tanto, un ataque de Almanzor. Nada, salvo el deseo de dejar de manifiesto la actitud que los infieles podían esperar de un poder islámico.

A la cabeza de su ejército, Almanzor salió de Córdoba y, tomando la ruta de Levante, se dirigió hacia el condado de Barcelona. Alarmado ante un comportamiento que no entendía, el conde Borrell intentó contener el avance musulmán. El resultado fue una desastrosa derrota y la continuación de la expedición almanzoriana en dirección a Barcelona. Llegó ante sus muros el 1 de julio de 985, y seis días después la ciudad era saqueada y arrasada, a la vez que sus habitantes eran muertos o convertidos en esclavos. Durante los seis meses siguientes las tropas musulmanas se entregaron a destruir todo lo que encontraban a su paso en la comarca circundante. El prestigio militar de Almanzor se elevó extraordinariamente en el mundo islámico a uno y otro lado del Estrecho con aquellos actos de barbarie, y debe reconocerse que es muy comprensible que así fuera. Sin embargo, para los otros núcleos cristianos del norte quedó de manifiesto fundamentalmente que la política pacifista del

condado barcelonés había desembocado en las peores consecuencias que hubieran podido imaginarse.

El primero en reaccionar ante la tragedia sufrida por Barcelona fue Bermudo II de León. A pesar de que la situación interna de su reino no era favorable y de que él mismo sufría una dolorosísima afección de gota, aprovechó que el grueso de las tropas musulmanas se hallaban depredando Barcelona para expulsar de su territorio a los destacamentos califales. La respuesta de Almanzor no se hizo esperar. En 987, su ejército arrasaba Coimbra de tal manera que durante siete años nadie pudo volver a habitar la ciudad. En 988, a la cabeza de sus tropas se dirigió contra León y Zamora. Ambas ciudades fueron demolidas y el rey Bermudo se vio obligado a huir a Galicia para salvar la vida. En 989 el objetivo de los ataques de Almanzor fue Castilla. Como ya señalamos, el dictador se enfrentaba con una conjura en la que participaba su hijo, y la expedición cordobesa pretendía no sólo acabar con ella, sino también aniquilar la fuerza de resistencia castellana. Desde Osma hasta Álava, fue arrasado todo el territorio por las fuerzas de Almanzor.

Sin duda los resultados militares no podían ser peores, pero mientras Sancho Abarca viajaba a Córdoba para rendir pleitesía al dictador, Castilla volvió a alzarse en armas. Almanzor logró apoderarse de San Esteban de Gormaz merced a una traición, pero el conde García Fernández distaba mucho de darse por vencido. De hecho, hostigó a los invasores musulmanes hasta las cercanías de Medinaceli. Lamentablemente para Castilla, en uno de los enfrentamientos con las tropas islámicas acontecido entre Alcozar y Langa el conde fue herido y capturado, muriendo pocos días después. Si alguien hubiera pensado entonces que, a pesar del precedente barcelonés, lo más prudente era someterse a Almanzor, no tardaría en desengañarse. Apenas muerto García Fernández, el dictador atacó a los condes de Saldaña, los Beni Gómez, que le habían ayudado no mucho antes a arrasar León y Zamora para, acto seguido, dirigirse contra León. El ataque contra esta capital resultaba menos justificado si cabe porque su rey, Bermudo II, había llegado al extremo, dos años antes, de entregar a su hija, Tarasia o Teresa, para que engrosara el número de las concubinas de Almanzor. La desdichada joven —que no en vano era víctima directa de aquella política de apaciguamiento— demostraría una perspicacia de la que parecían carecer el conde de Barcelona, el rey de Navarra y su padre, el rey de León. Cuando, en el curso del viaje, algunos nobles leoneses le señalaron que sería conveniente que aprovechara su nueva condición para mejorar las relaciones entre Almanzor y León, la muchacha contestó que una nación debía «confiar la guardia de su honor a las lanzas de sus guerreros y no a los encantos de sus mujeres».

Aplastados, e incluso severamente humillados, los amigos y los enemigos del islam en la Península, nada parecía justificar nuevas agresiones musulmanas. La realidad, sin embargo, fue muy distinta. En el verano de 997 Almanzor inició su campaña más formidable, cuya única finalidad, aparte de la obtención habitual de botín, era escupir sobre los sentimientos más profundos de los cristianos no sólo de la Península, sino de todo el orbe. Su meta era el mayor centro de peregrinación de toda Europa, por delante incluso de Roma: el santuario de Santiago en Compostela.[53]

Al frente de su caballería, Almanzor se dirigió por tierra hacia Compostela mientras la infantería era trasladada en barcos desde Alcázar de Sal hasta Oporto. En este enclave se produjo la conjunción de ambos contingentes que, acto seguido, subieron por la costa gallega. El 10 de agosto, tras aniquilar a algunas fuerzas que habían intentado detenerlo, Almanzor llegó ante Santiago de Compostela. Avisados del peligro, sus habitantes la habían dejado desierta, pero esa circunstancia no impidió que la ciudad, incluida la basílica a la que afluían los peregrinos de toda la cristiandad, fuera arrasada completamente. A punto estaba ya la soldadesca musulmana de profanar y destruir el sepulcro de Santiago, cuando encontraron allí a un hombre que pidió hablar con Almanzor. Desconocemos quién era o qué manifestó al dictador, pero lo cierto es que éste dio orden de preservar aquel reducido recinto del diluvio de fuego que había descargado sobre la ciudad. Fue lo

único respetado, por otra parte. Las tropas musulmanas emprendieron a continuación el saqueo y arrasamiento de la zona hasta llegar a La Coruña. Las campanas del templo fueron llevadas a hombros de esclavos cristianos hasta Córdoba, y las puertas de Compostela proporcionarían la madera con que se armarían los techos de la nueva ampliación de la mezquita.

A esas alturas, tan sólo Pamplona se había salvado de las incursiones de Almanzor. Iba a ser por poco tiempo. A pesar de la política de apaciguamiento seguida por su rey, semejante circunstancia debió de ser considerada más que suficiente por el dictador islámico para atacar la capital de Navarra. En 999 Pamplona fue arrasada en el curso de una expedición que extendió los saqueos y las destrucciones también por Sobrarbe y Ribagorza.

Puede comprenderse sobradamente que ante semejantes actos algunos cristianos creyeran que las despiadadas acciones de Almanzor constituían las tribulaciones previas al advenimiento del reino de Cristo en el año 1000 que, por otra parte, tan cerca se encontraba. De ser así, la hora de la liberación de la opresión islámica no podía encontrarse lejos. En ese clima, Sancho García, el conde de Castilla, el único núcleo de resistencia que parecía haber comprendido que la paz y la libertad sólo podrían conseguirse venciendo militarmente a las fuerzas islámicas, logró articular una coalición de la que formaban parte León, Navarra y los condes de Saldaña. La respuesta de Almanzor, como había sido habitual durante décadas, resultó fulminante.

Los dos ejércitos se encontraron en Peña Cervera, Soria, a una cincuentena de kilómetros de Calatañazor. Por primera vez en toda su carrera militar, el dictador musulmán se halló en serias dificultades. Sancho García protagonizó repetidas cargas de caballería contra las dos alas del ejército islámico que estuvieron a punto de provocar su desplome. Ni siquiera parecía que el desastre pudiera ser evitado por la participación directa de los hijos de Almanzor cuando éste recurrió a una ingeniosa estratagema como fue la de ordenar que el campamento se trasladara del llano donde se encontraba a una colina. A la vista de aquellas fuerzas, Sancho García pensó que se trataba de refuerzos y que, por lo tanto, sólo cabía la retirada. El repliegue fue desordenado, y en el curso del mismo los musulmanes se apoderaron de toda la impedimenta enemiga. Durante los días siguientes las tropas califales saquearían buena parte de Castilla y Navarra, arrasarían Burgos y, finalmente, emprenderían el regreso a Córdoba cargados de botín.

Había sido una incursión victoriosa, sin duda, pero Almanzor se había percatado de lo cercana que, por primera vez en su vida, había estado la derrota. En adelante sólo llevaría a cabo una aceifa de importancia muy limitada por La Rioja (1002) en el curso de la cual arrasó el monasterio de san Millán de la Cogolla. De esta expedición regresaría enfermo de una dolencia que no ha podido ser determinada con seguridad. Obligado a continuar el viaje en litera, finalmente tuvo que detenerse en Medinaceli, donde expiró a los pocos días. El llanto que la noticia de su muerte provocó en el mundo islámico resultaba comprensible. Ningún caudillo anterior había sembrado el terror de la *yihad* de manera semejante en las tierras de la península Ibérica. Sin embargo, para los que luchaban desde hacía siglos por liberarse del yugo islámico, las nuevas de la desaparición del dictador que tantas muertes y desgracias había ocasionado fueron recibidas con verdadero júbilo. El castellano autor del *Cronicón Burgense* resumiría en una frase el sentir de aquéllos al indicar que, tras su fallecimiento, Almanzor «fue sepultado en los infiernos».

Capítulo VIII

EL FINAL DEL CALIFATO Y LOS REINOS DE TAIFAS

El fin del califato

La muerte de Almanzor significó el final de las grandes campañas del califato pero, sobre todo, dejó al descubierto la endeblez política de sus hazañas. Ciertamente, a lo largo de varias décadas había vencido, humillado, robado y esclavizado a los cristianos a la vez que ofendía sus sentimientos más profundamente queridos. Sus acciones podían encontrar plena justificación en la idea de la *yihad* dirigida contra los infieles y en la necesidad de dejar de manifiesto la superioridad del islam sobre cualquier otro tipo de creencia. Sin embargo, más allá de la depredación despiadada, no habían producido ningún fruto político importante. A decir verdad, las fronteras de Al-Andalus no habían experimentado variación ni expansión algunas, sobre todo porque si bien Almanzor era un genio de la destrucción, se había mostrado incapaz de construir nada que sustituyera lo arrasado.

Los costes económicos de esa política de agresión islámica a la larga tampoco beneficiaron al califato. Más allá de los millares de esclavos vendidos en los mercados de Al-Andalus y del cuantioso botín que era obtenido en las campañas, el mantenimiento del ejército —un ejército que, por añadidura, comenzó a mostrar limitaciones en los últimos años de Almanzor— resultaba demasiado oneroso. Ni siquiera el plan almanzoriano de integración de los distintos grupos musulmanes en el seno de sus tropas se vio coronado por el éxito. Por el contrario, eslavos y bereberes se consideraron investidos de un nuevo —y en gran medida inesperado— poder que ansiaban ejercer hasta sus últimas consecuencias.

Paradójicamente, incluso el quebrantamiento operado en los núcleos cristianos iba a operar, a medio plazo, en contra del califato. Barcelona comenzó a cuestionar la política pacifista, los reinos cristianos abandonaron la creencia en las bondades del apaciguamiento e incluso la ruina económica de León tuvo como resultado el crecimiento de una Castilla que se convertiría en reino tres décadas después y que, en adelante, sería la punta de lanza principal de la Reconquista.

De momento, sin embargo, todo parecía igual. Almanzor había dispuesto que le sucediera su hijo Abd al-Malik. Era un hombre capaz y experimentado en el arte de la guerra, que en 988 derrotó a una coalición de leoneses, castellanos y navarros en el curso de una incursión contra Castilla y Ribagorza. Sin embargo, se trataba del canto del cisne de las huestes almanzorianas. En 1008 los cristianos vencían a Abd al-Malik que, de regreso a Córdoba, murió en extrañas circunstancias que apuntan a un posible envenenamiento. Con su fallecimiento daba inicio el periodo conocido en las fuentes árabes como la *fitna* (discordia), una época que concluiría con la desintegración del califato.

Las razones para el colapso en buena medida habían estado presentes desde los inicios de la invasión musulmana de España. En primer lugar estaba la incapacidad del islam para aglutinar, más allá de la *yihad* contra los infieles, a diversos grupos que, a pesar de ser correligionarios, procedían de orígenes distintos. Junto a los bereberes, favorecidos por su belicosidad en el ejército de Almanzor, y a los eslavones, que habían desempeñado un papel tradicional de guardia de corps califal, nos encontramos con un partido andalusí en el que se juntaban todos los musulmanes que llevaban asentados más tiempo en Al- Andalus y que contemplaban despectivamente a los otros dos grupos considerados como advenedizos.

Abd ar-Rahmán Sanchuelo, hijo de Almanzor y nuevo hombre fuerte del califato, intentó apoyarse, de manera por otra parte lógica, en un ejército en el que los bereberes disponían del poder. Tras conseguir que el califa le otorgara el cargo de su padre y disponer que en adelante los miembros de la corte cordobesa debían usar el turbante bereber en lugar del bonete árabe, Abd ar-Rahmán Sanchuelo partió a combatir al norte, donde la situación había cambiado radicalmente y tanto en León —Alfonso V— como en Navarra —Sancho III— reinaban nuevos reyes y, por añadidura, el conde de Castilla, Sancho García, había empuñado nuevamente la espada contra el islam.

No había llegado a la frontera de Al-Andalus Abd ar-Rahmán Sanchuelo cuando en Córdoba un golpe de Estado destronó a Hisham II y colocó en su lugar a Muhammad ben Hisham, un descendiente de Abd ar-Rahmán III. El nuevo califa, que pasaría a la Historia como Muhammad II

(1009-1010), no pudo ser más explícito en sus primeras órdenes como gobernante. En primer lugar ordenó arrasar Madinat al-Zahra, el palacio desde el cual Almanzor había regido Al-Andalus. Acto seguido se ocupó de capturar y asesinar a Abd ar- Rahmán Sanchuelo. Con todo, el final de la familia de Almanzor no iba a traer ni la paz ni la estabilidad al califato. Muhammad II había optado durante los primeros días de su reinado por alentar de manera populista los peores instintos de las masas cordobesas. Sin embargo, cuando éstas se apoderaron de las calles provocando incidentes, no dudó en ordenar a sus tropas que procedieran a reprimirlas sin piedad. El resultado fue que no pocos cordobeses, entre los que se contaban oficiales y personajes de rango elevado, decidieron dispersarse por distintas provincias e iniciar una campaña en contra del califa. Temeroso del rumbo que podía tomar la situación, Muhammad II anunció que Hisham II, al que tenía recluido, acababa de fallecer y celebró el entierro público de un infeliz, judío o cristiano, que tenía cierto parecido con el califa. La maniobra no sólo no engañó a nadie, sino que además los bereberes tomaron la decisión de derribar a Muhammad II e imponer un califa de su hechura, un descendiente de Abd ar-Rahmán III llamado Sulayman ben al-Hakam. El resultado fue una guerra civil en la que los condados de Barcelona y Urgel apoyaron a Muhammad II mientras el conde de Castilla, Sancho

García, hacía lo mismo con Sulayman. En medio de una anarquía que nadie parecía capaz de contener y en el curso de la cual Córdoba llegó a ser tomada por las huestes castellanas, Muhammad II regresó al trono sólo para ser asesinado muy poco tiempo después. A lo largo de una vorágine de sangre y destrucción, los califas se sucederían a partir de ese momento para reinar, por lo general, de manera efímera —Abd ar-Rahmán V tan sólo reinó cuarenta y siete días, al cabo de los cuales fue asesinado— y enfrentarse con una muerte violenta.

En 1027, Hisham III se convirtió en el último califa de Córdoba. Su gobierno, empero, era ignorado en la mayor parte del territorio de Al-Andalus. Mientras en Denia y Almería existían taifas controladas por eslavos, en Sevilla era un consejo municipal el que gobernaba. Finalmente, la misma capital del califato siguió ese ejemplo. El 30 de noviembre de 1031 los magnates cordobeses a las órdenes de Abul Hazn Shahwar destronaron al califa —que se refugió en Lérida— y declararon que el califato había concluido. Era la constatación formal de una realidad que, materialmente, tenía ya varios años de existencia.

Los reinos de taifas

La fragmentación sufrida por Al-Andalus tras la desintegración del califato resultó, ciertamente, espectacular. No menos de veintisiete reinos de taifas se formaron a partir de sus ruinas. Las razones para semejante desplome, aparte de la falta de coherencia real del califato, deben buscarse en dos circunstancias que nos dicen mucho sobre la verdadera naturaleza de la dominación árabe en España. La primera es la práctica imposibilidad de mantener en pie el aparato del Estado e incluso la vida económica de la nación sin el recurso a las expediciones de saqueo contra los reinos y condados cristianos. Cesadas éstas durante un tiempo, era imposible sostener por más tiempo no sólo la fastuosa vida de la corte, sino también el ejército, la administración y el funcionamiento de las instituciones indispensables para no caer en el caos y la anarquía. Al-Andalus había sido desde sus inicios una entidad basada en la depredación despiadada y sistemática de sus vecinos y, paralizada ésta, su supervivencia se veía totalmente amenazada.

La segunda circunstancia también había acompañado como una verdadera maldición la presencia del islam en España desde inicios del siglo VIII. Nos referimos a la división social que a los motivos religiosos superponía criterios raciales. Que los musulmanes debían vivir encaramados sobre judíos y cristianos no admitía discusión a la luz de las enseñanzas coránicas. Cuestión aparte era la discriminación que distintos grupos musulmanes recibían en relación a otros, y eso por cuestiones de sangre. Los reinos de taifas se formaron precisamente en torno a esa separación. Los andalusíes se quedaron con el dominio del centro y de los valles del Ebro y del Guadalquivir creando

reinos que iban de los más amplios de Sevilla y Córdoba a los minúsculos de Ronda, Carmona, Morón, Arcos, Niebla o Mértola. Por su parte, en Badajoz y Toledo el poder fue asumido por dos dinastías bereberes. Mientras, en Zaragoza reinaban los tuchibíes —sustituidos más tarde por los Banu Hud de Lérida—y en Albarracín ascendía al poder una dinastía, la de los Banu Rasín, que daría nombre a la ciudad. Los eslavones y los árabes yemeníes de la familia de Almanzor dominaron los reinos de Levante, como Valencia o Tortosa. El que los bereberes pretendieran conservar la ficción del califato en los reinos de la región suroriental de Andalucía —Málaga, Granada— no alteraba en absoluto la realidad. El califato había concluido, Al- Andalus había estallado en decenas de reinos y los reinos cristianos habrían podido liquidar en un plazo relativamente breve la obra reconquistadora. Si no fue así hay que atribuirlo de manera exclusiva a las oleadas de integristas islámicos que cruzarían en los años sucesivos el Estrecho procedentes del norte de África con la intención de reverdecer los laureles mustios del islam asentado en la Península. Antes de referirnos, sin embargo, a estas nuevas invasiones musulmanas, tenemos que hacer referencia a la evolución que, en paralelo, experimentaba la España cristiana.

Sancho III, «rey de España»[54]

El estallido del califato tuvo como paralelo en la España liberada del dominio musulmán una evolución de extraordinaria importancia cuyo protagonista fue Sancho III el Mayor de Navarra.[55] Por primera vez, la primacía en la lucha contra el islam iba a salir del ámbito de la monarquía astur-leonesa para desplazarse hacia oriente. Figura de importancia extraordinaria, Sancho III no fue, como pretende falaz y papanatescamente el nacionalismo vasco contemporáneo, el monarca de un inexistente reino de Euzkadi[56], sino un rey imbuido del sentido de España hasta el punto de auto-titularse, como antes de él había hecho Alfonso III, «rey de España». Que esa era una realidad más querida que tangible no ofrece dudas, pero precisamente esa circunstancia hace más comprensible si cabe la manera en que veían el drama de la pérdida de España ante los invasores musulmanes y la manera en que lo sentían, generación tras generación, las poblaciones del norte. Por su parte, Sancho III, en el Decreto de Restauración de la catedral de Pamplona, hizo referencia a «nuestra patria, España», y a los godos Witiza y Rodrigo los denominó «nuestros predecesores y antepasados». Difícilmente se habría podido expresar con mayor claridad.

Semejante sentimiento de unidad nacional española no se vio alterado además en Sancho III ni por el reconocimiento de las comunidades que la integraban —dividiría así su reino en Castilla, Navarra y Aragón— ni por su proyección, realmente excepcional, hacia el resto del Occidente cristiano. A través de Navarra entrarán en España desde las ideas feudales —incluidas palabras hasta entonces inexistentes como «vasallo»— a la asimilación de las asambleas palatinas con la curia o cort (un germen de las futuras Cortes) o la reforma eclesiástica protagonizada por la orden de Cluny, que el propio rey Sancho se encargará de implantar en monasterios como los de san Salvador, Leire y san Juan de la Peña.[57]

Castilla fue el primer territorio sobre el que se aprestó a ejercer su influencia Sancho III. Cuando Alfonso V, rey de León, intentó aprovechar la minoría de edad del infante castellano García para apoderarse de las tierras comprendidas entre el Cea y el Pisuerga en 1017, el rey de Navarra acudió inmediatamente en su ayuda. La situación estuvo a punto de degenerar en un conflicto entre ambos reinos, pero finalmente las dotes diplomáticas de Sancho III zanjaron la situación mediante el matrimonio de su hermana Urraca con Alfonso de León. Quedaba así vinculado con las casas de León y Castilla. De manera similar iba a actuar en relación al conde de Barcelona, al casar a la princesa Sancha con Berenguer Ramón. Al conseguir de esa manera que La Rioja quedara dentro de los límites de Castilla y que se vieran sometidos a su soberanía feudal los condados de Barcelona y de Gascuña[58], Sancho III alcanzaba una clara hegemonía en el seno de la España cristiana. No es de extrañar por ello que un monje catalán lo definiera en un documento de la época como *«rex*

ibericus». Realmente lo era.

En el curso de los años siguientes, Castilla pasaría a depender de Navarra al ser asesinado el joven infante García cuando iba a contraer matrimonio con Sancha, e incluso León estaría a punto de ser anexionado, tras apoderarse las tropas navarras de Zamora y Astorga en 1003 y, unos meses después, de la misma capital del reino.[59] Dueño de prácticamente toda la España cristiana desde Zamora a Barcelona, Sancho III se proclamó entonces «emperador». Al año siguiente moriría y se le daría sepultura en Oña. Tan sólo unos días después, en el curso de una ofensiva, Bermudo III recuperaba su capital.

La muerte de Sancho III, rey de Navarra y «de España», *«rex ibéricus»* y «emperador», fue seguida por la división de sus posesiones. Sin embargo, en contra de lo que suele afirmarse a veces, tal división respetó las entidades políticas ya existentes e incluso mantuvo la primacía del reino de Navarra en el conjunto. Así, García, el primogénito, fue designado rey de Navarra; Fernando siguió siendo conde de Castilla; Gonzalo, el menor, obtuvo los condados de Sobrarbe y Ribagorza ; y Ramiro, un bastardo, recibió el condado de Aragón ampliado con algunos valles y lugares cercanos.

En el curso de los años siguientes, fueron los hijos los que modificaron el contenido de la herencia de acuerdo con sus ambiciones. Ramiro convirtió el condado aragonés en monarquía aunque conservó la subordinación a Navarra hasta la muerte de su hermano García. Por lo que se refiere al caso de Castilla, merece atención aparte.

La primacía de Castilla: de Fernando I a Sancho

Bermudo III, instalado de nuevo en el trono leonés, decidió recuperar las tierras que había reconocido como parte de Castilla. Para lograrlo atacó a Fernando, pero éste, aliado con el rey de Navarra, le ocasionó en el valle del Tamarón una derrota en el curso de la cual perdió la vida. Al morir Bermudo sin sucesión, la corona leonesa pasó a Fernando por derecho de su esposa Sancha. El 22 de junio de 1038 fue coronado y ungido en la catedral de León. Semejante acto tuvo una enorme trascendencia, porque Castilla no sólo aparece mencionada como reino y como condado, es que además el monarca castellano recibió el título imperial. Así, el antiguo condado, cuya independencia tanto ansió Fernán González, no sólo había pasado a sustituir a León[60] como corazón del impulso de la casa regia, sino que, por añadidura, recibía el reconocimiento de una cierta primacía sobre el resto de los reinos peninsulares. Había concluido, por lo tanto, la etapa de hegemonía navarra en favor de un regreso a una primacía que ya no era leonesa sino castellana.

A ese reconocimiento formal hubo de sumarse, por otra parte, la superposición de una realidad material innegable. Así, Fernando acabó reclamando a su hermano García de Navarra los territorios castellanos que se había anexionado, un paso que no tardó en derivar en el estallido de la guerra. El resultado del conflicto no pudo ser más revelador. En septiembre de 1054 García fue vencido y muerto en la batalla de Atapuerca, y la parte de la Bureba que era objeto de litigio regresó al seno de Castilla.[61]

Sin embargo, la enorme fuerza de Castilla no derivaba tan sólo del reconocimiento de su rey como emperador ni tampoco de su capacidad para mantener sus decisiones apoyadas en la fuerza de la espada. Descansaba asimismo en una habilísima política regia que, mediante un sistema de concesión de libertades, había provocado una fecunda corriente migratoria hacia este reino. No se trataba, como ya tuvimos ocasión de ver en capítulos anteriores, de una política nueva. Sin embargo, Castilla iba a desarrollarla de una manera excepcional. Finalmente, el nuevo reino, más que ninguna otra entidad política de la España cristiana, iba a beneficiarse del sistema de tributos o parias que se vieron obligados a pagar los reinos de taifas.[62]

En 1055 Fernando I reanudó, después de décadas, el empuje reconquistador apoderándose de Viseo y Lamego, que pertenecían a la taifa de Badajoz. El rey moro ofreció inmediatamente convertirse en vasallo de Castilla y pagar tributo, una posibilidad que Fernando I aceptó porque

carecía de gente para repoblar el territorio. No mucho después Zaragoza y Toledo siguieron el mismo camino. De esa manera, tres taifas de enorme importancia quedaban sometidas al protectorado de Castilla.

No tardaría Zaragoza en plantear problemas a Castilla, ya que su ubicación geográfica la colocaba en el terreno natural de expansión del reino de Aragón. Así, en 1063 Ramiro I de Aragón atacó esta taifa y el infante Sancho de Castilla, acompañado por un personaje que se haría célebre, Rodrigo Díaz de Vivar, más conocido posteriormente como el Cid Campeador, tuvo que acudir en defensa de su vasallo. La acción castellana se vio coronada por el éxito y Ramiro I encontró la derrota y la muerte en el sitio de Graus. En adelante las parias de Zaragoza, pero también las de Lérida, Denia y Valencia iban a engrosar los caudales de Castilla. El choque se produciría más adelante con el condado de Barcelona, que iba imponiéndose poco a poco como cabeza de los otros condados cercanos que acabarían componiendo Cataluña.

En 1089, Ramón Berenguer II, apodado «Cabeza de Estopa», recibiría incluso dinero de los reyes moros de Zaragoza y Lérida para que expulsara al Cid de sus tierras. El choque entre ambos ejércitos se produciría en el pinar de Tévar, y concluiría con la derrota de los musulmanes y de su aliado barcelonés, que cayó prisionero. Duraría poco la cautividad de Ramón Berenguer II, pero su libertad vino acompañada de la renuncia a establecer un protectorado barcelonés sobre los reinos moros. En adelante, ese papel lo asumiría el Cid que, vasallo modelo, no lo conservó para sí, pues lo entregó a Castilla con los pingües beneficios que comportaba. Volveremos a encontrarlo en estas páginas, pero puede adelantarse que simplemente por este rasgo merece un lugar escogido en el combate de España contra el islam.

En 1065 murió Fernando I. Dos años antes, en la Curia de León, había dejado establecida la división de su imperio. Castilla, el reino más importante, pasaba a su primogénito Sancho; León, a Alfonso VI; y Galicia a García. Sin embargo, Sancho no iba a conformarse con la situación establecida por su padre. En primer lugar, reclamó de Navarra el castillo de Pazuenzos, situado en los montes de Oca, cerca de la frontera entre ambos reinos. La demanda se realizó judicialmente, y para dirimirla se reunió en 1066 una junta que, siguiendo los usos de la época, decidió someter el asunto al resultado de un duelo. De acuerdo con la costumbre, los reyes no combatieron personalmente, sino que delegaron en caballeros. En el caso de Castilla el nombramiento recayó en el Cid, que había tenido una actuación muy sobresaliente hasta entonces y por ello había sido nombrado alférez del rey. Por Navarra combatiría Jimeno Garcés, un caballero vascón. Fue el Cid el vencedor, recibiendo desde entonces el sobrenombre de Campeador o *«campi doctoris»*, es decir, el que vence en el campo de batalla.

La victoria del Cid estimuló en el rey Sancho el deseo de restaurar la grandeza que Castilla había tenido bajo su padre. Así, reclamó las tierras castellanas que Sancho el Mayor había anexionado a Navarra y cuya devolución Fernando I no había solicitado tras la victoria de Atapuerca. El resultado fue la denominada «guerra de los tres Sanchos», en la que Castilla recuperó los montes de Oca, la Bureba y Pancorvo, mientras Navarra conservaba Álava y Guipúzcoa. La victoria de Sancho de Castilla era considerable, y le alentó para plantear la anulación del reparto hereditario hecho por su padre y exigir la totalidad de los territorios sobre los que había regido. De esa manera, en el curso de los años siguientes Galicia fue repartida entre León y Castilla y, a continuación, ambos reinos se enfrentaron en Golpejera, un lugar cercano a Carrión, para dirimir judicialmente si el territorio leonés conservaría su independencia o pasaría a ser regido por Sancho. La victoria castellana fue innegable y, mientras Alfonso era conducido al castillo de Burgos, Sancho fue ungido y coronado en León. La cautividad de Alfonso no duraría mucho. En el invierno de 1072, su hermana Urraca intercedió por él ante Sancho y éste consintió en dejarle marchar al reino moro de Toledo, donde el rey Al- Mamún le cedió el castillo de Brihuega.

No llegó, sin embargo, el final de las guerras entre los hijos de Fernando I. Urraca era partidaria de la causa leonesista y convirtió la ciudad de Zamora, que regía como reina, en un reducto anticastellano. La respuesta de Sancho fue poner cerco a la ciudad. En el curso del mismo fue asesinado a traición por un caballero llamado Bellido Dolfos, cuya persecución, infructuosa por otra parte, emprendió el Cid. Así, inesperada y cruentamente, concluía la vida del rey Sancho.

Alfonso VI y el Cid[63]

La muerte de Sancho sembró, comprensiblemente, el desánimo en las filas castellanas, pero no desembocó en una crisis institucional sino, paradójicamente, en la coronación de sus metas políticas de reunificación de la herencia fernandina. Urraca envió inmediatamente emisarios a su hermano Alfonso que regresó para ser coronado rey en Zamora. Justo era reconocer que, al no dejar Sancho herederos, el derecho de Alfonso era innegable. Sin embargo, la sucesión no se vio libre de críticas. Desde los claustros de los monasterios a los mercados de Castilla se afirmaba que Alfonso había sido parte en el asesinato de Sancho. Nunca se ha podido establecer si efectivamente fue así pero, en cualquier caso, el Cid, en su calidad de alférez de Sancho, fue el encargado de hacer pasar a Alfonso por el trámite —absolutamente normal— del *juramento expurgatorio*, que implicaba asegurar que nada había tenido que ver con el asesinato. El episodio se celebró en la iglesia de Santa Gadea o Águeda —una parroquia pequeña situada en las afueras de Burgos—, ya que esta santa se relacionaba con la veracidad en los juramentos. La leyenda posterior lo revestiría de aspectos como la cólera del rey y la desconfianza de Rodrigo, que con seguridad no pertenecen a la realidad. Lo cierto fue que el joven caballero se limitó a cumplir con una función aneja a su cargo. Es cierto que Alfonso privó inmediatamente a Rodrigo del puesto de alférez entregándoselo a otro, pero teniendo en cuenta que se trataba de un cargo de confianza personal no resulta extraño que el nuevo rey se lo encomendara a un personaje cercano a él.

No se corresponde a la realidad histórica que Alfonso VI desterrara a Rodrigo por esa causa, como también afirmaría la leyenda.[64] De hecho, durante los siguientes siete años le encomendó repetidas funciones de juez y embajador, y en ese tiempo la figura del espléndido guerrero —ahora obligado a dejar las armas— se fue afianzando en la corte a la vez que emparentaba con la más rancia nobleza asturiana al casar con doña Jimena. Todo esto sucedería a pesar de que Rodrigo se manifestó decididamente en contra de algunos proyectos del rey, como fue el de someter a la iglesia mozárabe al primado de Roma, un paso de enorme trascendencia que encontró la resistencia de buena parte de Castilla que tenía una visión similar a la del joven guerrero.[65]

En el año 1078 se produjo, no obstante, un episodio que cambió radicalmente este estado de cosas. Rodrigo había recibido la misión regia de acudir a Sevilla a percibir los impuestos del rey moro Al- Mutamid, a la sazón el monarca musulmán más importante de la Península. Dado que se trataba de una delicada cuestión diplomática, Rodrigo se permitió enviar cartas al rey de Granada Abdallah y a algunos ricos hombres castellanos a fin de que, en atención al rey Alfonso, no atacaran a Al-Mutamid frustrando el éxito de su cometido. Las misivas eran sensatas, pero parece que aún excitaron más los ánimos de sus destinatarios que, muy posiblemente, deseaban dejar en mala situación a Rodrigo. Así, invadieron el reino de Al-Mutamid y lo asolaron hasta la altura del castillo de Cabra. La respuesta de Rodrigo fue fulminante. Aunque numéricamente se hallaba en una situación de absoluta inferioridad, se dirigió a enfrentarse con los invasores y logró batirlos en una batalla de extraordinaria prolongación y dureza. En el curso de la misma cayeron prisioneros el conde de Nájera, García Ordóñez, y otros prohombres musulmanes y cristianos —a los que Rodrigo dejó en libertad al cabo de unos días—, y el valiente castellano pudo encaminarse a Sevilla, donde Al-Mutamid le recibió entusiasmado y le colmó de regalos para el rey Alfonso. Las crónicas —incluidas las islámicas— se hicieron eco del resonante triunfo de Rodrigo y del clamor favorable que despertó en el pueblo. Ese éxito, sin embargo, a corto plazo le iba a resultar fatal.

En mayo de 1080, Rodrigo se encontraba en Burgos, donde la gente se sentía especialmente contenta por la humillación que había sufrido el conde García Ordóñez. Sin embargo, a Alfonso, que sentía por el noble una estima especial, el episodio le desagradó enormemente. La ocasión fue aprovechada por los enemigos de Rodrigo para insistir en que se había quedado con una parte de los tributos cobrados a Al-Mutamid, pero aun así Alfonso, que debía de ser consciente de la falsedad de las acusaciones, no tomó medidas en contra de su vasallo. El año anterior, Alfonso VI había comenzado una guerra contra el reino moro de Toledo que duraría siete años. Durante la campaña de abril-mayo de 1081, Rodrigo no pudo acompañarle porque se encontraba enfermo. Justo en esa ocasión, los moros atacaron el castillo cristiano de Gormaz, el más importante en la línea del Duero, y Rodrigo respondió armando a sus hombres y realizando una cabalgada por el territorio del reino de Toledo. Esta acción constituyó un éxito extraordinario aunque, una vez más, las condiciones militares fueran muy desfavorables para el Cid. Este segundo triunfo sobrepasó lo que podían soportar los cortesanos que envidiaban a Rodrigo. Le acusaron de haber atacado a moros que mantenían buenas relaciones con el reino y, esta vez, Alfonso VI los escuchó. De acuerdo con el derecho germánico —el que tradicionalmente regía en León y se contraponía al de Castilla—, la relación de vasallaje podía ser rota voluntariamente por cualquiera de las partes, y eso fue lo que hizo el monarca. De manera totalmente injusta, como señalan de forma unánime las fuentes, desterró a Rodrigo de sus territorios. La causa no había sido, empero, un juramento pronunciado siete años antes, sino la acción de unos cortesanos envidiosos de la brillantez de Rodrigo Díaz de Vivar.

En el curso de los años siguientes, el principal objetivo de Alfonso VI fue apoderarse de la taifa de Toledo, un paso que requería impedir que ésta recibiera el apoyo de otras que ya sospechaban que Castilla no se conformaría meramente con percibir tributos, sino que haría todo lo posible por ocupar su territorio. Con tal finalidad, Alfonso VI organizó una expedición contra Sevilla en el curso de la cual llegó a Tarifa. En ese punto concreto, el monarca castellano penetró a caballo en el mar para simbolizar su deseo de recuperar todo el territorio que, siglos atrás, había sido invadido por los musulmanes. Con Sevilla disuadida para no ayudar a Toledo, Zaragoza era la única taifa susceptible de ayudar al rey moro de la ciudad del Tajo. Si no sucedió así se debió, por una paradoja de la Historia, al Cid. El caballero castellano había partido al destierro y precisamente había encontrado refugio en la taifa de Zaragoza. Ciertamente, podría haber aprovechado su nueva situación para vengarse de un monarca que, a fin de cuentas, le había tratado injustamente, pero en lugar de comportarse así logró persuadir al rey moro de Zaragoza para que no se sumara a los musulmanes que combatían a Alfonso VI en la guerra toledana. En mayo de 1085 se produjo finalmente la caída de la ciudad en manos del rey de Castilla. Las condiciones de la capitulación fueron generosas, a diferencia de lo sufrido por Toledo cuando siglos atrás entraron en ella las fuerzas del islam. Los musulmanes pudieron optar entre emigrar pacíficamente o permanecer en la ciudad respetándoseles la totalidad de sus propiedades. En el futuro, Toledo iba a convertirse, bajo el gobierno castellano, en un enclave de tolerancia para los creyentes de las tres religiones, una situación que hacía tabla rasa de lo que había sido la norma en Al-Ándalus durante siglos y que resultaba desconocida hasta la fecha en la historia peninsular. Se trataba por añadidura de una situación que se producía cuando la Península estaba a punto de ser objeto de una nueva invasión islámica de terribles consecuencias.

Capítulo IX

LA LUCHA CONTRA LOS INVASORES NORTEAFRICANOS:

LOS ALMORÁVIDES

Los reinos de taifas piden ayuda a sus correligionarios

La caída del reino de Toledo provocó un verdadero seísmo en el resto de las taifas. Por muy tolerantes que fueran las condiciones de capitulación otorgadas por el rey de Castilla, resultaba obvio que sus intenciones no eran otras que las de recuperar el resto del territorio que, invadido siglos atrás por las fuerzas de Tariq y Musa, permanecía aún sometido a dominio musulmán. La posibilidad de resistir por las armas el empuje castellano resultaba punto menos que implanteable siquiera por la propia estructura económica de las distintas taifas. Entregados sus respectivos reyes a un tipo de vida refinado pero sumamente costoso, desprovistos de la posibilidad de obtener ingresos mediante el recurso habitual del islam que había dominado Al-Ándalus, es decir, mediante la guerra y el saqueo, y obligados además al pago de tributos, sus monarcas sólo tenían dos posibilidades: o bien seguir pagando a la espera de que Castilla, o algún otro reino peninsular, decidiera invadirlos, o solicitar la ayuda de alguna potencia islámica. Optaron por lo segundo.

La decisión sobre quién podría brindar ayuda a las distintas taifas no disfrutaba, sin embargo, de muchas alternativas. Tras el desplome del califato abasida de Bagdad, el mundo islámico era un abigarrado y fragmentado mosaico de poderes. De entre ellos, el dividido Al-Ándalus, que seguía ostentando una considerable superioridad cultural, sólo podía recurrir a los asentados al otro lado del Estrecho.

Se daría así un paso de dramáticas consecuencias que se repetiría en diversas ocasiones en el curso de la historia española posterior: los musulmanes de la península llamaban en su ayuda a los del norte de África.

A la sazón, la zona estaba controlada por una secta de integristas islámicos que han pasado a la Historia con la denominación de almorávides.[66] Su origen se hallaba en una peregrinación que en 1083 había realizado un bereber llamado Yahya ben Ibrahim a La Meca. En la ciudad sagrada del islam había descubierto Yahya que la religión practicada en su tribu era demasiado laxa. A su regreso se hizo acompañar por un alfaquí llamado Abd Allah ben Yasin para que enseñara correctamente el islam a las gentes de su tribu. Contra lo que hubiera deseado Yahya, el alfaquí no fue bien acogido, razón por la cual decidió, en compañía de algunos secuaces, retirarse a un *ribat* o monasterio fortificado que se encontraba a las orillas del Níger. Estas «gentes del *ribat*» («*al-murabbitun*», de donde viene «almorávides») practicaban un islam muy fiel a las esencias originales y, por lo tanto, impregnado del espíritu de la *yihad.* A semejanza también del islam predicado por Mahoma, en muy poco tiempo los almorávides entraron en guerra con sus vecinos y lograron extender su dominio sobre las zonas circundantes, llegando hasta el Atlántico.

A la muerte de Yahya ben Ibrahim, se erigió en jefe de la comunidad Yusuf ben Tashufín. Éste decidió orientar las nuevas conquistas hacia el Mediterráneo, y en 1070 fundó Marrakech, que se convertiría en la capital de su imperio. Década y media después, los reyes moros de Badajoz y Granada, amedrentados tras la caída de Toledo, aceptaron el punto de vista de Al-Mutamid, su homólogo de Sevilla, que afirmaba que era «preferible ser pastores de camellos con los almorávides que guardar cerdos con los cristianos», y llamaron en su ayuda a Yusuf ben Tashufín. Así, durante el verano de 1086, los almorávides atravesaron el Estrecho y penetraron en la Península.

La resistencia frente a la invasión almorávide: el regreso del Cid

En 1086 las tropas almorávides se medían por primera vez con las fuerzas de Alfonso VI en un lugar situado entre la fortaleza de Azagala, próxima a Badajoz, y el río Zapatón. Los castellanos no tuvieron dificultad en derrotar la vanguardia dirigida por Al-Mutamid de Sevilla, pero entonces entraron en acción los almorávides. Combatían siguiendo las instrucciones transmitidas por centenares de tambores de piel de hipopótamo del Níger, y además, rehuyendo el combate individual, maniobraban de manera compacta. Alfonso VI tuvo que escapar herido del campo de batalla, y la

derrota resultó tan absoluta que al día siguiente el llamado a la oración lo realizaron los almuédanos subiendo sobre el montón de cabezas cristianas apiladas por orden de Yusuf.

Seguramente, la situación podía haber llegado a la categoría de catástrofe de no ser porque Yusuf se vio obligado a pasar de nuevo el Estrecho para atender asuntos que exigían su presencia en el norte de África. Aprovechando ese respiro, Alfonso VI decidió entonces articular una línea de contención apoyada en Toledo, Aledo y Valencia. Para poder sostener el sistema se vio obligado a llamar del destierro al Cid. La medida no pudo ser más adecuada, porque de manera fulgurante el caballero castellano logró dominar el valle del Ebro y la región valenciana, persuadiendo incluso a los régulos moros para que se enfrentaran a los almorávides.

Lamentablemente, un desgraciado incidente iba a comprometer el sistema defensivo castellano. Nada más regresar Yusuf de África fue convencido por el rey moro de Sevilla para que se lanzara a la toma de Aledo, a la sazón defendido por García Jiménez. Al tener noticia de lo sucedido, Alfonso VI abandonó Toledo para acudir en ayuda de los sitiados y ordenó al Cid que enlazara con él en Villena. Un error de cálculo impidió al Cid realizar la conjunción y, a pesar de que los almorávides se habían retirado sin conseguir sus objetivos, Alfonso VI desterró al caballero castellano privándole incluso de sus heredades.

Al tener noticias de la desgracia que había caído sobre el Cid, Berenguer Ramón II, conde de Barcelona, emprendió la tarea de levantar contra el caballero castellano a los reyes de taifas de la zona. La empresa, encaminada a aniquilar por completo al Cid, fracasó, en 1089, como ya vimos. El caballero castellano se enfrentó con el barcelonés y, además de vencerlo, lo hizo prisionero en Tévar al igual que a cinco mil guerreros. Por otro lado, la evolución del panorama militar iba a hacer indispensable una vez más su colaboración.

Una de las primeras medidas llevadas a cabo por Yusuf fue colocar a los escasos mozárabes que aún vivían en los reinos islámicos ante la dramática tesitura de convertirse al islam o morir. Lo que vino a continuación fue un verdadero genocidio en el que los mozárabes fueron exterminados como animales o deportados al norte de África mientras sus lugares eran ocupados por bereberes recién llegados. Poco después, repitiendo un fenómeno típico del islam, los propios musulmanes de las taifas se convertían en víctimas de los almorávides.

En el año 1090, los alfaquíes granadinos, con el apoyo de los juristas malikíes y del pueblo llano, declararon ilegales los impuestos que pagaban a los reyes cristianos. Aquella proclamación fue sólo el preámbulo de la invasión de Al-Ándalus por los almorávides. Los supuestos aliados se quitaban la careta y actuaban ahora como despiadados invasores. Ese mismo año cayó Granada, al siguiente, Sevilla, y en 1092, al perder el castillo de Aledo, Alfonso VI se vio obligado una vez más a llamar a su servicio al Cid.

El nuevo sistema de defensa ideado por el monarca castellano exigía la ocupación de todo el territorio situado al norte de Valencia y Lisboa mediante una colaboración de todos los gobernantes españoles, con independencia de sus creencias religiosas. El ataque sobre Valencia, en el que Alfonso VI se vio solo, dejaría de manifiesto que el proyecto no resultaba factible. Sin embargo, ni él ni Rodrigo Díaz de Vivar estaban dispuestos a darse por vencidos. Mientras Alfonso VI atacaba el extremo occidental y entraba en Lisboa, Santarem y Cintra, el Cid conquistaba Valencia en 1094.

La respuesta de los almorávides no se hizo esperar, y un ejército mandado por un sobrino de Yusuf se dirigió a Valencia con la intención de recuperarla. Acampó en los llanos de Cuarte y su poderío era tan considerable que el Cid consideró prudente solicitar refuerzos a Alfonso VI y al rey de Aragón. Sin embargo, antes de que llegaran, se vio obligado a entablar batalla. Lo que sucedió durante las horas siguientes fue una verdadera exhibición del talento militar del caballero castellano, que logró dividir a las fuerzas musulmanas y ocasionarles una clamorosa derrota. Por primera vez en décadas eran vencidos los almorávides en campo abierto. Que el artífice de ese triunfo de las

armas cristianas, al que ni siquiera las mayores injusticias personales habían maleado o hundido, se convirtiera en un héroe paradigmático no puede sino resultarnos comprensible. El Cid no venía sino a simbolizar toda la grandeza de la resistencia española frente al islam: valor, fe, lealtad, talento y generosidad.

Mientras tanto el pequeño reino de Aragón lograba una victoria de enorme trascendencia al conquistar en 1096 la ciudad de Huesca. Con esa victoria, Pedro I de Aragón lograba romper la limitación territorial a la que se había visto sometido por Castilla, y además privaba a ésta del protectorado sobre las taifas de la zona. En otra época y en otras circunstancias, aquel episodio podía haber derivado en un enfrentamiento entre Castilla y Aragón. No sucedió así. Yusuf acababa de desembarcar por cuarta vez en España y el Cid solicitó la ayuda de Pedro I, con el que estaba unido por una entrañable amistad.

El Cid y Pedro I, al que acompañaba su hermano Alfonso, el futuro Batallador, acudieron en socorro del castillo de Peña Cadiella, cercado por los almorávides. Lograron ponerlos en fuga y poco después les asestaron una terrible derrota en Bairén, cerca del mar, desde donde eran abastecidos por una flota. Por desgracia para las armas cristianas, no todos sus paladines tenían la competencia del Campeador. En el ataque almorávide a Consuegra, los cristianos volvieron a ser derrotados muriendo Diego, el único hijo varón del Cid. Poco después, el castellano Alvar Fáñez era a su vez vencido cerca de Cuenca.

En el verano de 1099, el Cid, que había completado la posesión de Valencia con la conquista de otras plazas como la de Murviedro, entregó su alma a Dios. Con él desaparecía el verdadero valladar de la lucha hispana contra los invasores norteafricanos. Serían precisas varias décadas para que su labor quedara concluida.

La resistencia frente al islam durante el siglo XII

Los acontecimientos sucedidos tras la muerte del Cid parecieron confirmar la impresión de que su desaparición implicaba también el final de las posibilidades de defensa de la España cristiana. Jimena, la esposa del Campeador, no pudo conservar Valencia, que en 1102 caía en poder de los almorávides. En el curso de la primera década del siglo XII los invasores islámicos conquistaron el valle del Ebro. Así, a la caída de Albarracín, siguió en 1110 la de Zaragoza y, acto seguido, tras bordear las fronteras aragonesas firmemente defendidas por Pedro I, se adentraron en la futura Cataluña apoderándose de Balaguer y devastando el interior.

No le fueron mejor las cosas durante esta época a Alfonso VI. En 1108 sufrió una grave derrota en Uclés. En ella pereció su único hijo, de diez años de edad, asesinado por los musulmanes y, a continuación, se perdieron las plazas de Uclés, Ocaña, Cuenca y Huete. Al año siguiente fallecía el monarca dejando tras de sí un reino amenazado por las fuerzas almorávides que ya se habían adentrado por Tala- vera, Madrid, Alcalá y Guadalajara. La situación se veía además agravada por la falta de sucesión masculina y la ambición de los yernos borgoñones de Alfonso, que ansiaban repartirse el reino.

Angustiado ante la idea de que su reino fuera descuartizado por los ataques musulmanes y las ambiciones borgoñonas, Alfonso VI había concebido la idea de convertir a Alfonso de Aragón en la cabeza rectora de los reinos cristianos. Efectivamente, al producirse su muerte en 1109, su sucesora e hija, la reina Urraca buscó —y logró— contraer matrimonio con Alfonso I el Batallador, rey de Aragón (1104- 1134).[67] Dado que el hijo que naciera de ambos reyes debía heredar conjuntamente la Corona de Castilla y León y la de Aragón, que comprendía Navarra, parecía obvio que la reunificación de España se convertía en una esperanza plausible a corto plazo. De hecho, de haber salido bien el proyecto de Alfonso VI, seguido por Urraca, la obra de los Reyes Católicos se habría visto adelantada en cuatro siglos.[68] Sin embargo, los acontecimientos discurrirían de manera muy distinta por más que Alfonso I el Batallador comenzara a utilizar el título de emperador que,

previamente, había usado Alfonso VI.

Que Alfonso I el Batallador fue un magnífico oponente de los almorávides no admite discusión. En 1188, un concilio reunido en Tolosa predicó la cruzada contra los musulmanes que asolaban España, y Alfonso I canalizó este esfuerzo para atacar la Zaragoza almorávide. Al asedio de la ciudad del Ebro acudieron algunos caballeros franceses que contaban con experiencia de la Primera Cruzada, que había recuperado los Santos Lugares, y que aportaron junto con la experiencia militar una notable panoplia de armas pesadas especialmente diseñadas para los sitios. Aquel mismo año fue reconquistada Zaragoza y, al quedar abierto el valle del Ebro, Tudela, Tarazona, Daroca y Calatayud fueron cayendo en manos del Batallador. Precisamente durante el asedio de esta ciudad, el emperador almorávide, Alí ben Yusuf, envió a uno de sus ejércitos para socorrerla. Alfonso I le salió al encuentro enfrentándose ambos en Cutanda, cerca de Calamocha. El desastre sufrido por los almorávides fue total, permitiendo en adelante al Batallador amenazar los llanos de Teruel. Habría deseado el rey aragonés marchar entonces sobre Lérida, pero cuando Ramón Berenguer III le manifestó sus ambiciones al respecto, renunció el Batallador y continuó su labor reconquistadora por el este de Mequinenza, apoderándose de Gandesa y Valderrobles. Luego penetró por la serranía de Cuenca y, tras apoderarse de Molina de Aragón, sitió Valencia.

Con todo, posiblemente la hazaña más espectacular del Batallador fue su intento de tomar Granada como manera de asestar el último golpe a los almorávides. La cabalgada del rey aragonés —auténtico episodio épico digno de los Nibelungos— no logró cumplir con su objetivo pero, en cambio, otorgó la libertad a millares de mozárabes que eran cruelmente perseguidos por los almorávides y a los que el rey llevó consigo de regreso al norte. Serían precisamente estos cristianos liberados los que repoblarían los territorios reconquistados por el Batallador.

La vida del Batallador tuvo una triste conclusión. Al caer Mequinenza nuevamente en manos de los musulmanes, el rey aragonés la sometió a sitio recuperándola mediante una extraordinaria operación anfibia. Continuó entonces Alfonso I río abajo, remontó el Segre y el Cinca, y, ya por tierra, se encaminó hacia Fraga. Se hallaba sitiando la plaza cuando hasta ella llegó un ejército de socorro enviado por Tashufín ben Alí. Atrapado entre dos fuegos, el Batallador sufrió una terrible derrota que le obligó, herido, a retirarse. Moriría en el camino hacia Huesca.

Si Alfonso I, como su propio sobrenombre indica, había sido un extraordinario guerrero y había logrado no aniquilar pero sí contener y debilitar la agresión almorávide, no puede decirse lo mismo de sus dotes políticas. De hecho, a su fallecimiento, no sólo había fracasado el proyecto de reunificación trazado por Alfonso VI de Castilla, sino que además el reino de Aragón se veía enfrentado a un peliagudo problema sucesorio. Fuerza es examinar ambas cuestiones, aunque sea de manera somera, por la forma en que influyeron en el desarrollo ulterior de la lucha contra el islam.

Debe señalarse en primer lugar que si el proyecto de reunificación fracasó, hay que achacarlo sin ningún género de dudas al rey aragonés. Todavía se discute en la actualidad si era homosexual o si sufría de impotencia, pero lo cierto es que su matrimonio no tuvo hijos y, por añadidura, acabó anulado. Tal anulación tuvo efectos inmediatos. Alfonso I el Batallador perdió el título de emperador que correspondía en justicia al rey de Castilla y esta corona pasó a Alfonso VII, hijo habido por doña Urraca en un matrimonio anterior. De esa manera quedó frustrada cualquier posibilidad de reunificación.

Para complicar aún más la situación, Alfonso I el Batallador no contrajo nuevo matrimonio —lo que ha contribuido a abonar la tesis de la homosexualidad o la impotencia—, y a su muerte dispuso que los territorios de la Corona de Aragón frieran repartidos entre distintas órdenes militares. Semejante disposición implicaba la atomización de Aragón y, por supuesto, el malogramiento de siglos de combate contra los invasores musulmanes. De entrada hubo zonas en el Bajo Aragón que se despoblaron ante el temor de que los almorávides las asolaran y esclavizaran a sus habitantes. Urgía,

por lo tanto, hallar una solución al problema creado por el testamento del Batallador.

Los candidatos a la Corona de Aragón eran varios. En primer lugar, estaba el hermano de Alfonso, Ramiro, que contaba con el inconveniente de ser sacerdote y estar, por tanto, imposibilitado para contraer matrimonio y tener herederos. En segundo lugar se encontraba Alfonso VII de Castilla, que era tataranieto de Sancho el Mayor. Finalizaban la lista dos descendientes por línea bastarda: García Ramírez, nieto bastardo del rey García de Nájera, y Pedro Taresa o de Atares. Finalmente, los aragoneses proclamaron rey a Ramiro II el Monje (1134-1137), y los navarros a García Ramírez el Restaurador (1134- 1150). De esa manera, dos reinos que habían estado unidos desde su inicio quedaron separados.

El hecho de que Alfonso VII se proclamara en 1135 emperador y de que a su coronación en calidad de tal asistieran como súbditos el rey navarro García Ramírez, el musulmán Zafadola, Alfonso Jordán, conde de Toulouse, Ramón Berenguer IV, conde de Barcelona, y otros señores de España y Francia, dejaba de manifiesto una vez más la supremacía de Castilla pero, a la vez, apenas podía ocultar la manera en que la reunificación había quedado frustrada. A pesar de todo, el reinado de Ramiro II de Aragón se tradujo en un nuevo paso de integración peninsular. Casado con Inés de Poitou, Ramiro II tuvo una hija llamada Petronila, que en 1150 contrajo matrimonio con el conde de Barcelona, Ramón Berenguer IV. De esa manera, el condado de Barcelona pasó a integrarse en la Corona de Aragón y el hijo de ambos, Alfonso II (1162-1196), se tituló rey de Aragón y conde de Barcelona.

La unión de Cataluña a Aragón permitiría la ocupación del valle del Ebro con la toma de Tortosa y Lérida, aunque la minoría de edad de Alfonso II de Aragón (1162-1196) fue muy difícil. Durante su reinado tendría lugar la conquista de Albarracín por parte del navarro Pedro Ruiz de Azagra —que en los documentos se reconoce únicamente vasallo de santa María—, así como la de Caspe y la repoblación de Teruel.

En León, a la muerte de Alfonso VII, se ciñó la corona Fernando II, al que sucedió su hijo Alfonso IX. Ambos reinados —no exentos de luchas contra Castilla y los moros— fueron relativamente poco importantes, si bien al primer monarca se debe la creación de la orden militar de Santiago y al segundo, la de Alcántara. Alfonso IX fundó también la Universidad de Salamanca, una de las más antiguas de España, después de la de Palencia.

Por lo que se refiere a Navarra, ya hemos señalado cómo, a la muerte de Alfonso I el Batallador, se separó de Aragón, siendo su rey García Ramírez el Restaurador (1134-1150). Tuvo que enfrentarse este rey a las ambiciones de Castilla y Aragón, pero con su hijo Sancho VI el Sabio (1150-1194) se llegó a una tregua que concluyó al acceder al trono Sancho VII el Fuerte (1194-1234).

En paralelo, no del todo casual, con la decadencia cultural provocada por las invasiones norteafricanas en la zona musulmana de España, los reinos cristianos conocieron un florecimiento que casi puede ser calificado de espectacular y que rebasó con mucho las fronteras naturales de la península Ibérica. Judíos como el oscense Pedro Alfonso —que llegó a ser médico del rey inglés Enrique I—, el barcelonés Abraham Bar Hiyya o el tudelense Abraham ibn Ezra rivalizaron con cristianos como Juan Hispalense en la transmisión del saber clásico e hispano a Europa occidental. El papel fundamental de esta labor fue desempeñado por la Escuela de Traductores de Toledo (la traducción de obras matemáticas realizada en la península Ibérica constituiría la base de la ciencia europea posterior), pero no se trató del único aporte.

Un papel esencial en ese desarrollo cultural estuvo relacionado con la labor de la Iglesia hispana. Como ya indicamos en su momento, con Alfonso VI ésta había abandonado su rito secular—el mozárabe— y aceptado el latino, así como la primacía romana, un paso que resultó muy tardío en relación con otros países del Occidente cristiano y que sólo la diócesis de Milán dio con posterioridad. Esta imbricación con el catolicismo latino tuvo enormes consecuencias, como fueron

la reforma eclesial, la creación de órdenes religiosas como la de la Merced (1218) y, muy especialmente, la aparición de órdenes militares como las de Calatrava (1164), Santiago (1175) y Alcántara (1213). Estas órdenes, a semejanza de los Templarios y Hospitalarios en Tierra Santa, ayudaron considerablemente en la tarea de reconquistar y repoblar los territorios sometidos al poderío musulmán.

Los aportes artísticos de esta época —en contraste con la pobreza cultural islámica— resultaron también extraordinarios. De la lucha contra el invasor musulmán —y no del influjo francés como ocasionalmente se ha pretendido— surgieron los cantares de gesta. Los más conocidos, aunque nos hayan llegado fragmentariamente, son los de Bernardo del Carpio, Fernán González, Fernando el Magno y los infantes de Lara. Mención aparte por su inmensa importancia merece el *Poema* o *Cantar de Mío Cid*. Influidas por los poetas provenzales que acudían a las Cortes de Castilla y Aragón surgieron las muestras iniciales de la lírica.

Asimismo debe hacerse referencia a la aparición de las primeras manifestaciones de la historiografía. En León y Castilla fueron brillantes ejemplos el *Chronicon Regum Legionensium* o *Crónica de los reyes de León*, debida a don Pelayo, obispo de Oviedo (1101-1129); la *Crónica najerense* (1160), de autor desconocido; o la *Chronica Aldephonsi Imperatoris*, también anónima. En Aragón destaca un *Chronicon* anónimo que llega hasta la muerte de Ramiro II en 1137. En Navarra son dignas de mención las *Crónicas navarras* situadas al final del *Fuero general de Navarra* y redactadas antes de 1162, aunque reelaboradas en torno a 1209; y el *Liber Regum o Chronicon Villarense*, redactado entre 1194 y 1211 posiblemente por un monje de Fitero.

El siglo XII fue además el de mayor esplendor y madurez del arte románico, un estilo que, como ya indicamos en su momento, había nacido en España precisamente en momentos de áspera y desesperada lucha contra los invasores islámicos. A lo largo de décadas se construyeron claustros como los de san Pedro el Viejo en Huesca, santo Domingo de Silos en Burgos, san Martín de Segovia o san Cugat del Vallés en Barcelona. Por lo que se refiere a la escultura y la pintura, los talleres de León, Jaca y Santiago de Compostela compitieron en la elaboración de obras extraordinarias como los de la basílica de san Isidoro de León (1101) y de las catedrales de Jaca y Santiago (1075 a 1124).

En torno a 1130 llegaron a España los monjes cistercienses, que trajeron consigo un nuevo estilo artístico precursor del gótico. Parte de la catedral vieja de Salamanca, la catedral de Zamora y la colegiata de Toro pertenecen a ese románico cisterciense de notable belleza. Finalmente, en el último tercio del siglo XII ya aparece en España el gótico primitivo, iniciándose en 1192 en la catedral de Ávila.

Esa España pujante cultural y artísticamente era la que estaba acabando poco a poco con la despiadada invasión norteafricana. Sería finalmente Alfonso VII el que aniquilaría la amenaza almorávide, una circunstancia que parece encerrar un cierto guiño histórico, ya que había sido su abuelo Alfonso VI el que había sufrido su llegada y el que había muerto con la angustia de no haber podido desarticular la invasión. Así, en 1139, Alfonso VII tomó Oreja, un triunfo al que siguieron la reconquista de Coria y Albalat (1143), Mora (1144) y, sobre todo, Almería (1147). Con esta última victoria el belicoso imperio almorávide se desmoronó sin dejar apenas rastro. El aún no reconquistado Al-Andalus se iba a fragmentar nuevamente en unos segundos reinos de taifas y, en apariencia, la Reconquista podría ser reanudada con relativa facilidad: Se trataba de una impresión errónea. Apenas vencida una invasión islámica que había realizado incursiones en los reinos cristianos a sangre y fuego, que había aplastado a los musulmanes considerados tibios y que había llevado a cabo un verdadero genocidio con los mozárabes, sobre el horizonte se dibujaba una nueva amenaza.

Capítulo X

LA LUCHA CONTRA LOS INVASORES NORTEAFRICANOS:

LOS ALMOHADES[69]

Los almohades[70]

La desaparición del poderío almorávide debió mucho al empuje cristiano del norte y con toda seguridad no se habría producido sin él. Con todo, no fue ése el único factor de su colapso. Como en todas las unidades políticas creadas por los musulmanes desde la invasión del siglo VIII, los factores internos también tuvieron mucho que ver en el final de un movimiento que un día fue terrible en el campo de batalla y que se desvaneció sin dejar huella casi con la misma rapidez con que había surgido.

El éxito inicial de los almorávides había derivado de una conjunción importante de factores, como eran su inmenso empuje guerrero, su apego al islam, que lo legitimaba ante las autoridades religiosas y las masas populares del fragmentado Al-Andalus, y su política de reislamización que se había traducido no sólo en la terrible persecución desencadenada contra los mozárabes, sino también en la quema de libros, por ejemplo, los de Al-Gazali (m. 1111), posiblemente el teólogo más relevante que surgiría en el seno del islam. Apoyados en esas circunstancias, los almorávides no crearon un poder político ni más estable ni más próspero que los que había conocido Al-Andalus bajo el califato o bajo los reinos de taifas. Eran grandes guerreros, sí, pero su inmensa capacidad para devastar y destruir no iba acompañada de una pareja capacidad para construir y edificar. Cuando los cristianos lograron no sólo contenerlos sino también derrotarlos y obligarlos a retroceder, el poder almorávide quedó colgado del vacío.

En este sentido, las victorias de Alfonso VII de Castilla les asestaron un golpe devastador. En 1145 eran las propias taifas las que se sublevaban contra los invasores norteafricanos en el Algarbe, Niebla, Santarem, Jerez de la Frontera, Cádiz, Badajoz y otros lugares.[71] En apenas unos años, el poderío de los almorávides había desaparecido para dar paso a una segunda versión de los antiguos reinos de taifas que habían seguido al colapso del califato. Si estos nuevos jirones políticos de Al-Andalus hubieran podido subsistir mucho tiempo frente al empuje reconquistador de los reinos del norte es algo sobre lo que sólo podemos especular. En aquel momento, una nueva secta musulmana, los almohades, dominaba el Magreb y ya miraba con ambición al otro lado del Estrecho. En breve lo cruzaría, invadiendo la Península y repitiendo un fenómeno como el de los almorávides.

Los almohades habían surgido en torno a la persona de Muhammad ibn Tumart. Nacido alrededor de 1084 en el seno de la tribu Hargah, en un pueblo de la región de Sus, en los montes del Anti Adas en el sur de Marruecos, Muhammad había vivido una época en Córdoba, donde había conocido a los almorávides, y con posterioridad había viajado por el norte de África y Oriente conociendo ciudades como Alejandría y Bagdad entre otras. Regresó de aquel viaje imbuido de un profundo celo religioso que le llevó a predicar por distintas ciudades africanas. Tras ser expulsado de Marrakech, se instaló en Sus, donde reunió a un grupo de discípulos a los que instó a recorrer la tierra acabando con todo lo censurable. En 1121 se proclamó *Al-Mahdi al-Masum* («Infalible Mahdí») —una referencia a un mítico personaje que debía encarnar la victoria del islam— y afirmó que su genealogía se remontaba hasta el propio Mahoma. Al año siguiente se enfrentaba por primera vez con los almorávides. A su muerte en 1130 no había conseguido acabar con su dominio en el norte de África, pero sí levantar un ejército de decenas de miles de guerreros dispuestos a utilizar la *yihad* hasta lograr el triunfo total. Quince años después, los almohades lograban una clamorosa victoria en Tremecén, que fue seguida por la toma de Fez (1146), Agamat, Ceuta, Tánger y, por último,

Marrakech (1147). Ese mismo año, como tuvimos ocasión de ver, Alfonso VII de Castilla se había apoderado de Almería, liquidando prácticamente las posibilidades de supervivencia del dominio almorávide en España. A esas alturas ya había agentes almohades promoviendo la subversión en distintos puntos de Al-Ándalus.[72] Desaparecido el imperio de los almorávides y surgidas unas nuevas taifas, las tierras situadas al otro lado del Estrecho resultaban un botín demasiado tentador. Antes de que acabara el año los almohades se habían apoderado de Sevilla. La toma de la ciudad del Guadalquivir fue tan sólo el principio. En 1149 cayó ante sus armas Córdoba, y a ésta siguieron Granada y otras ciudades del sur peninsular. Finalmente, en 1157 Almería fue arrebatada a los castellanos, y a esa ciudad le siguieron Baeza, Jaén, Úbeda entre otras.

A pesar de todo, el dominio almohade —otra oleada de advenedizos norteafricanos a los ojos de muchos musulmanes de Al- Ándalus— distaba mucho de ser estable. En 1158, por ejemplo, los cristianos ayudaron a Ibn Mardanish y a su suegro Ibn Hamushk a tomar Jaén. Cuando en 1160 estos mismos musulmanes de Al-Ándalus se apoderaron de Carmona, los almohades decidieron que era preciso un mayor esfuerzo militar para someterlos. En 1161, Abd al-Mumin (1130-1163), a la sazón caudillo de los almohades, desembarcó en Gibraltar con un ejército de bereberes y dos años después se produjo la llegada de un nuevo contingente militar de más de doscientos mil guerreros. Con todo, Abd al-Mumin era ya hombre anciano y no pudo emprender la tarea de someter Al-Ándalus. Semejante cometido quedaría encomendado a su hijo y sucesor Yusuf I (1163-1184).

La política de Yusuf I fue extraordinariamente agresiva, pero chocó con unos reinos que bajo ningún concepto estaban dispuestos a sufrir nuevamente las décadas terribles que habían caracterizado la presencia de los almorávides. En 1178 el reino de Portugal atacaba Beja y amenazaba la costa africana, incluida Ceuta. En 1182 fue Alfonso VIII de Castilla[73] el que realizó una expedición contra Al-Ándalus en el curso de la cual acampó cerca de Córdoba y después marchó sobre Sevilla y Algeciras. Al año siguiente, Fernando II de León se unió a Castilla en una alianza defensiva contra los almohades.

La respuesta de Yusuf consistió en reunir un ejército en el norte de África que cruzó el Estrecho en 1184. Tras dominar Sevilla, se encaminó hacia Santarem, en el Algarve. Defendida por un ejército de leoneses y portugueses, la plaza resistió el asedio y, finalmente, al morir el propio Yusuf, los almohades se vieron obligados a levantar el sitio.

La muerte de Yusuf fue ocultada durante un tiempo para evitar reacciones de pánico y facilitar que la sucesión recayera en su hijo Yaqub (1184-1199) que, tras ser jurado en Sevilla como heredero, marchó a Rabat, donde fue proclamado príncipe de los creyentes.[74] Yaqub tuvo que hacer frente durante los primeros años de su reinado a una serie de problemas internos, pero en 1191 tuvo las manos libres para dedicar todas sus energías a dominar Al-Andalus y preparar una gran ofensiva que aplastara los reinos del norte.

El volumen de las fuerzas almohades desembarcadas en Tarifa fue tan considerable que el rey de León se apresuró a enviar emisarios a Yaqub solicitando una tregua. Se trataba de un regreso a la táctica del apaciguamiento, que tan pésimos resultados había dado siempre frente al islam. En esta ocasión Yaqub accedió a las peticiones leonesas, aprovechándolas para dirigirse contra Portugal. Se trataba sólo del principio. En 1195 se enfrentó con Alfonso VIII de Castilla en Alarcos. El desastre sufrido por las armas cristianas fue de una extraordinaria envergadura. Como un verdadero río de fuego y sangre, los almohades avanzaron hacia el norte y en sus manos fueron cayendo las ciudades de Guadalajara y Salamanca entre otras. En 1196, Toledo, la ciudad reconquistada por Alfonso VI, era sitiada. Una crisis interna obligó entonces a Yaqub a regresar a Sevilla. A esas alturas resultaba obvio que los almohades podían dominar todo Al-Ándalus. No fue así porque en 1198 Yaqub tuvo que regresar a Marrakech a sofocar una revuelta y al año siguiente murió.

Imposible resultaba negar la naturaleza medularmente islámica del gobierno almohade. No sólo

significó la continuación de una política de desarraigo de la lengua romance entre la población —una tarea llevada a cabo de manera pertinaz por el califato y los almorávides con anterioridad—, sino que se multiplicaron las muestras de intolerancia religiosa. No sólo los cristianos, sino también los judíos se vieron obligados a escoger entre la conversión forzosa al islam o, por otro lado, la muerte o el exilio. De manera similar, la imposición violenta de las normas de prohibición del alcohol, de vestimentas específicas o de quema de libros —todas ellas medidas de rancia raigambre islámica— estuvieron a la orden del día. De esa manera, si los almorávides habían significado un terrible freno para la cultura en Al-Ándalus, los almohades resultaron una verdadera catástrofe. Convencidos de que cualquiera que no practicaba el islam adecuadamente era, en realidad, un apóstata, y dado que la apostasía es penada con la muerte en la ley islámica, los almohades declararon la guerra santa a todos los que no se sometían a su cosmovisión, incluidos los otros musulmanes. La consecuencia inmediata fue la aniquilación de las ciencias y de las letras y una enorme limitación de la producción artística. Baste decir que dos personajes de extraordinaria importancia cultural, como fueron el filósofo musulmán Averroes (1126-1198) o el médico y filósofo judío Maimónides padecieron la represión de sus obras y, eventualmente, el exilio.[75] Sin embargo, lo peor se hallaba aún situado en el futuro.

Las Navas de Tolosa (1212)

Paul Fregosi, el historiador francés afincado en Estados Unidos, ha señalado en un reciente libro[76] que las Navas de Tolosa es una de las batallas más decisivas de la Historia, situándose a la altura de encuentros bélicos como Waterloo, el Marne o Stalingrado. La afirmación dista mucho de ser exagerada. La llegada de los almohades a España con la intención de apoyar a los reinos de taifas frente a la presión de los monarcas cristianos del norte de la península Ibérica pudo cambiar totalmente la historia de Occidente. De hecho, cuando el caudillo almohade Yaqub I derrotó a las tropas de Alfonso VIII de Castilla en Alarcos quedó de manifiesto que una victoria musulmana dé parecidas características podía llevar las banderas del islam hasta allende los Pirineos. No resulta por ello extraño que la paz de diez años suscrita por ambos contendientes fuera contemplada como una mera tregua destinada, fundamentalmente, a reunir fuerzas para un nuevo enfrentamiento.

En 1212, Muhammad (1199-1213), apodado An-Nasir, cruzó el Estrecho al mando de nuevas fuerzas almohades cuya meta era no sólo conquistar el resto de la España liberada del yugo islámico, sino remontar la Península y llegar hasta Roma, en cuyo río darían de beber a sus caballos. Alfonso VIII reaccionó inmediatamente solicitando la ayuda del resto de la cristiandad, cuyo futuro se veía comprometido por aquella nueva invasión norteafricana. La respuesta distó mucho de ser universal. Pedro II de Aragón y Sancho VIII el Fuerte de Navarra acudieron al requerimiento —este último con un número muy reducido de caballeros—, pero Alfonso IX de León se negó a sumarse al combate. La participación extra-peninsular se limitó a algunos caballeros francos y alemanes.

Así, cuando el 20 de junio de 1212 Alfonso VIII abandonó Toledo, su ejército era varias veces inferior al formado por los almohades y los musulmanes de Al-Ándalus. Además, tras la toma dé Calatrava, los caballeros francos y alemanes se retiraron en su mayoría, dado que Alfonso VIII no estaba dispuesto a permitirles ni que cometieran vesanías con sus súbditos judíos ni tampoco que mataran a los musulmanes que habían capitulado. Para colmo de males, los almohades se adelantaron al avance cristiano y lograron ocupar posiciones muy ventajosas en las Navas de Tolosa, un lugar que no podía ser asaltado por los cristianos sin pasar por un desfiladero en el que las bajas que les habría causado el enemigo podrían haber resultado decisivas. De esa desesperada situación salieron las fuerzas cristianas cuando un personaje enigmático que se identificó como un pastor comunicó a Alfonso VIII un paso secreto para llegar al lugar donde estaban acantonados los musulmanes. Nunca se ha sabido a ciencia cierta quién era el misterioso sujeto. Posteriormente se identificaría con un ángel enviado por Dios en ayuda de los ejércitos cristianos o con san Isidro Labrador, futuro patrón de Madrid. Algunas fuentes señalan que el personaje era verdaderamente un pastor llamado Martín.

[77]

A pesar de haber alcanzado una posición desde la que atacar con más facilidad a los almohades, la situación del ejército de Alfonso VIII distaba mucho de ser fácil. Su vanguardia, al mando de Diego López de Haro, el señor de Vizcaya, atravesó con relativa facilidad las dos primeras filas de combatientes enemigos, pero no logró franquear las posiciones de almohades atados entre sí y, mientras recibía una lluvia de flechas procedente de arqueros turcos, estuvo a punto de ser cercada por la caballería desplegada a sus lados. No sucedió así porque Alfonso VIII, que seguía al mando de la retaguardia, lanzó una carga desesperada contra los almohades. Entre los atacantes se hallaban las fuerzas aragonesas y navarras, y fueron estas últimas las que lograron romper el cerco de hierro que los guerreros almohades habían levantado en torno a la tienda de An-Nasir. Se ha hablado mucho de que los defensores de aquel enclave eran esclavos negros. La noticia es falsa. Eran aguerridos combatientes del norte de África, pero Sancho el Fuerte consiguió romper las cadenas que los unían —por eso mismo, el escudo de Navarra las lleva— y abrirse paso hasta el corazón del ejército enemigo. Todavía Medina del Campo puede jactarse de haber sido origen de algunos de los que rompieron las cadenas. Algo similar lograron otros caballeros que, posteriormente, también incluirían en sus escudos las citadas cadenas.

El ejército cristiano podría haber perdido aún la batalla si se hubiera entregado al saqueo del botín. Sin embargo, supo resistir la tentación y continuó la persecución de las fuerzas enemigas. El resultado fue una victoria extraordinaria que conjuró para siempre la amenaza almohade en España. De los trescientos mil guerreros de An-Nasir apenas sobrevivieron algunos miles. El mismo caudillo almohade logró escapar a duras penas con vida.

El hijo y sucesor de An-Nasir, Yusuf II (1213-1223), reinaría durante una década en la que el imperio almohade se desplomó totalmente tanto en el Magreb como en Al-Andalus. A este lado del Estrecho, volverían a surgir —¡por tercera vez!— unos reinos de taifas cuya desaparición iba a ser tan sólo cuestión de tiempo.

Capítulo XI

EL ASALTO AL VALLE DEL GUADALQUIVIR

Después de las Navas de Tolosa

La victoria de las Navas de Tolosa colocó en un primerísimo plano a Alfonso VIII de Castilla, mientras que el rey de León —que se había quedado en Babia, finca de recreo de la monarquía leonesa— se veía relegado a uno secundario. Su temor había sido que el avance de Castilla y de Portugal acabara cerrando el paso de su reino hacia el sur, y esa circunstancia le había llevado no sólo a no participar en la trascendental batalla, sino incluso en 1211 a atacar distintas posesiones portuguesas y castellanas. Tras las Navas de Tolosa, la posición del rey de León era muy delicada ciertamente, pero la grandeza de espíritu de Alfonso VIII limó asperezas y, sobre todo, preparó el camino para una reunificación de los dos reinos. No se limitó a eso la habilidad negociadora del monarca castellano. En noviembre de 1212, los reyes de Castilla, León y Portugal se reunieron en Coimbra y firmaron un tratado en el que se fijaban las zonas de reconquista que correspondían a cada uno.

En realidad, después de la victoria en las Navas de Tolosa, todo llevaba a pensar que los reinos cristianos habrían podido concluir la Reconquista en breve. Si no fue así se debió a la suma de varias circunstancias. De entrada, se encontraron los desastres naturales. Una disentería ocasionada por el número de cadáveres que quedó descomponiéndose al sol del verano tras la batalla, se vio seguida

por la sequía, la escasez y el hambre que se produjeron en 1213. Para colmo de males, el 5 de octubre de 1214 moría Alfonso VIII de Castilla. Sus restos fueron enterrados en el monasterio de las Huelgas de Burgos, cuya fundación le era debida, así como el establecimiento de los estudios generales de Palencia, la primera universidad de España, precursora de la de Salamanca fundada en 1215.

Desaparecida la gran amenaza almohade de unos meses antes, la atención de los reinos cristianos se desplazó hacia otros centros de interés. De esa manera, la Reconquista iba a necesitar casi dos siglos más para su conclusión.

A partir de ese momento, la suerte de los distintos reinos peninsulares iba a resultar muy diferente. En el caso de Aragón, en 1213 Pedro II el Católico murió en la batalla de Muret cuando combatía al lado de los herejes albigenses. La razón por la que un monarca apodado el Católico y coronado por el mismo papa había decidido ayudar a los herejes se halla exclusivamente en su deseo de crear un imperio aragonés asentado a ambos lados de los Pirineos. La derrota de Muret frustraría totalmente tal posibilidad y, en adelante, su expansión continuaría, pero orientada hacia el Mediterráneo.

Navarra se enfrentó con un problema sucesorio, ya que Sancho VII el Fuerte no tenía hijos. En sus últimos años acarició la idea de volver a unir Navarra con Aragón y pactó con Jaime de Aragón un mutuo prohijamiento. Sin embargo, cuando se produjo su fallecimiento, el trono navarro fue ocupado, por razones no del todo aclaradas, por su sobrino, el francés Teobaldo de Champaña.

Por lo que se refiere a Castilla, el vencedor de las Navas fue sucedido por su hijo de once años, Enrique, bajo la tutela de su hermana mayor doña Berenguela. En apariencia ni la Corona de Aragón por su desplazamiento hacia una política de expansión mediterránea ni la de Castilla enzarzada en un conflicto de regencia estaban en condiciones de continuar la Reconquista. La situación, sin embargo, experimentaría un cambio radical en pocos años.

La reconquista del Guadalquivir: Fernando III el Santo[78]

La minoría de edad del heredero castellano fue la causa directa de un enfrentamiento por la regencia entre Alvar Núñez, de la familia de los Lara, y Berenguela. Para ésta no se trataba tan sólo de proteger al niño Enrique, sino también de asegurarse de que su hijo Fernando, habido de un matrimonio con el rey de León (legítimo aunque posteriormente se hubiera producido la separación de los cónyuges), conservara sus derechos a la corona de su padre. Fue ciertamente Berenguela una mujer excepcional, como excepcional fue su vástago al que la Historia llegaría a conocer como Fernando III el Santo.

Había nacido Fernando en 1199 en un lugar de Zamora donde posteriormente se alzaría el monasterio de Valparaíso. Tenía un hermano mayor también llamado Fernando —que fallecería en 1214—, por lo que su crecimiento en Castilla fue el de un joven con los padres separados y con mínimas posibilidades de reinar tanto en Castilla, donde Enrique I era el sucesor de Alfonso VIII, como en León, donde Alfonso IX no experimentaba ningún apego hacia él y se sentía más inclinado a dejar el trono a una hija. Como en tantas ocasiones en que la Historia depara la aparición de un personaje excepcional, se dio la circunstancia de que todos los obstáculos fueron desapareciendo. Así Fernando no sólo se ciñó la corona paterna, sino que además procedió a la reunificación de ambos reinos. Había firmado Berenguela una tregua con los almohades en 1215, y en 1221 la renovaría Fernando III, que necesitaba la paz externa para terminar de ordenar los asuntos del reino.

En 1217, Enrique I murió de un golpe recibido en la cabeza mientras jugaba con unos muchachos de su edad en el patio del palacio episcopal de Palencia. Avisado por su madre, Fernando se reunió con ella y juntos marcharon hacia Valladolid. Allí Berenguela recibió el reino que le pertenecía por herencia e inmediatamente renunció a él en favor de su hijo. Con dieciocho años, el 1 de julio de 1217, Fernando fue coronado rey de Castilla.

A esas alturas se había renovado la lucha contra los almohades. Tras la derrota de las Navas de

Tolosa, An-Nasir había regresado rápidamente a África, donde moriría en diciembre de 1213 dejando un imperio almohade ya tocado de muerte. Su sucesor, Yusuf II, murió joven, con lo que el poder pasó al visir Otmán ben Yamí y a los jeques. Se produjo entonces un fenómeno que ya hemos contemplado repetidamente en Al-Ándalus y que aquejó al islam prácticamente desde el momento en que salió de Arabia a la muerte de Mahoma. A pesar de sus promesas de igualdad, las poblaciones correligionarias sometidas ansiaban, tras quizá un primer momento de entusiasmo, sacudirse el yugo colocado sobre sus hombros. En el caso de los almohades, la sublevación de mayor importancia se produjo al otro lado del Estrecho, entre las cabilas de Banu Marín. En 1216 sus fuerzas derrotaron a las almohades en las cercanías de Fez. A los graves problemas en el norte de África pronto se sumarían los surgidos en la Península.

En 1224 se produjo el fallecimiento de Yusuf II, y con este hecho sobrevino también el final de las treguas acordadas con Castilla. A la sazón Fernando III había conseguido la pacificación de su reino y estaba más que dispuesto a pasar a la ofensiva contra los almohades. La reaparición de unos nuevos reinos de taifas como consecuencia de su debilitamiento en Al-Ándalus iba a ayudar considerablemente a sus propósitos.

Uno de los sublevados contra los invasores norteafricanos era Abd Allah al-Bayasí que, ayudado por Fernando III, se apoderó de Jaén, Priego, Loja, Granada y, posteriormente, Córdoba, Valencia, Niebla y Murcia. De esa manera, el imperio almohade recibía un terrible golpe en Al-Ándalus sin que la posición de los musulmanes en el territorio se viera tampoco beneficiada. De hecho, las ciudades tomadas por Abd Allah al-Bayasí no tardaron en convertirse en nuevos reinos cuando éste murió en 1226.

Durante el verano de 1227, Alfonso IX de León logró reconquistar Cáceres. Así, Extremadura dejaba de ser inexpugnable y quedaba abierta la marcha de los ejércitos cristianos hasta el sur. El avance no podía producirse en peor momento para los almohades. El 4 de octubre de 1227 fue asesinado en Marrakech su caudillo Al-Adil y el imperio almohade se vio presa de la anarquía. Apenas dos años después sus últimos reductos en España desaparecían en medio de distintas sublevaciones protagonizadas por los musulmanes de Al-Ándalus. Acababa así otro imperio islámico que sólo había podido mantenerse en pie por la fuerza de la espada.

El final del imperio almohade en 1229 fue aprovechado inmediatamente por Sancho II, rey de Portugal, y por Alfonso IX de León. Si el primero se apoderó de Elvas —que había estado fugazmente en sus manos en 1226—, el rey leonés se hizo con Montánchez y Mérida con la intención de debilitar las defensas de Sevilla. El intento islámico de contener el avance leonés se vio frustrado en 1230 por la derrota de Alanga. A continuación, Alfonso IX prosiguió su avance por la cuenca del Guadiana tomando Baldala, que en adelante se llamaría Talavera la Real. En la Pascua de Pentecostés, el rey leonés entraba en Badajoz. Sin embargo, no podría disfrutar mucho de sus éxitos recientes, ya que el 24 de septiembre de ese mismo año fallecía.

A su muerte, Alfonso IX habría preferido hacer bascular su reino hacia la unión con Portugal que a la reunificación con Castilla. Así, en su testamento, violando el derecho sucesorio, había dejado dispuesto que el trono leonés pasara a sus hijas Sancha y Dulce, nacidas de la unión con Teresa de Portugal. Una vez más la extraordinaria habilidad de Berenguela iba a salvar la situación en beneficio de Fernando III. Entrevistada con Teresa de Portugal, logró que Sancha y Dulce renunciaran a las concesiones del testamento de su padre a cambio de cuantiosas compensaciones económicas. El acuerdo de ambas madres firmado en Valença fue complementado en 1231 por el de Sabugal, suscrito por Fernando III y Sancho II de Portugal. Ambos monarcas deseaban ciertamente vivir en paz, especialmente porque la Reconquista no se había visto concluida.

En diciembre de 1232, Fernando III, asegurado su dominio sobre León, concentró sus tropas en Toledo. Antes de que concluyera el año estaba en sus manos Trujillo. Los años siguientes

constituyeron una secuencia ininterrumpida de victorias. En 1233, las tropas castellanas reconquistaron Montiel y Baza; en 1235, Medellín, Alange, Magacela y Santa Cruz. La estrategia castellana no podía ser más acertada militarmente: encerrar Sevilla en medio de dos ofensivas paralelas que surcaban Extremadura y la cuenca del Guadalquivir. Entonces, en enero de 1236, tuvo lugar un acontecimiento de radical importancia.

Se hallaban reunidas las Cortes de Burgos cuando llegaron inesperadas noticias de que las fuerzas castellanas se habían apoderado por sorpresa del arrabal cordobés conocido como La Ajarquía. El 7 de febrero, el propio Fernando III se hallaba en el campo de batalla, y el 29 de junio la ciudad que en otro tiempo había sido capital del califato era reconquistada. Resulta difícil magnificar el enorme impacto moral que causó en el islam la pérdida de Córdoba. Su antiguo esplendor —esplendor con los matices que hemos expuesto en capítulos anteriores— iba a ser añorado hasta la actualidad por los musulmanes. También para los cristianos encerraba un simbolismo obvio. De Córdoba habían partido las expediciones que los habían esclavizado y saqueado durante generaciones. También se habían originado allí las terribles campañas de Almanzor, tan sólo comprensibles desde la óptica de la *yihad.* Ahora Fernando III consideró llegado el momento de realizar un acto de innegable justicia histórica y así ordenó la devolución de las campanas compostelanas robadas por Almanzor en el año 998. Igual que en el pasado viajarían a hombros de cautivos, pero esta vez rumbo a sus legítimos propietarios.

El siguiente objetivo de Fernando III era Sevilla. Sin duda, se trataba a la sazón de la ciudad más importante de Al-Ándalus —el crecimiento de Granada estaba aún situado en el futuro— y había sido por añadidura capital de los almorávides. Como en el caso de Córdoba, el asalto sobre la capital vino precedido por una serie de operaciones preliminares en el curso de las cuales los leoneses, con el apoyo de las órdenes militares, tomaron Santaella, Hornachuelos, Mirabel y Zafira, mientras los castellanos se apoderaban de Aguilar, Cabra, Osuna, Cazalla y Morón. Así estaban las cosas cuando Murcia, a pesar de ser una ciudad musulmana, solicitó ser anexionada por Castilla para verse libre de los ataques de que era objeto por parte de Granada. El episodio tiene una considerable importancia y pone de manifiesto una realidad innegable: la de que determinadas entidades políticas cuya vida independiente resultaba inviable ante las agresiones de un poderoso vecino preferían ser anexionadas por Castilla, sabedoras de que respetaría sus fueros. Tal fue el caso, aunque no podemos tratarlo aquí por exceder del objeto de nuestro estudio, de las provincias vascongadas amenazadas por Navarra, que también solicitaron integrarse en Castilla.

Fernando III estaba dispuesto a acceder a la petición de Murcia que, por añadidura, era ya un protectorado castellano. Entonces, en 1242, se produjo la sublevación de Diego López de Haro y el propio monarca cayó enfermo, debiendo permanecer en Burgos. Recayó entonces la responsabilidad de dirigir la empresa en el infante Alfonso. Como era de esperar, no se produjo lucha alguna salvo en Lorca, Cartagena y Murcia, donde se ofreció alguna resistencia.

Tras anexionarse Murcia, los castellanos entraron en Moguente y Euquera. Estaban a punto de dirigirse a Játiva cuando el rey de Aragón —de cuya labor reconquistadora hablaremos en el capítulo siguiente— se adentró en las tierras reservadas a Castilla y ocupó algunas plazas como Villena y Sax. La acción constituía una verdadera agresión y habría podido derivar en una guerra entre ambos reyes. Si no fue así se debió a la mediación de Diego López de Haro y de Violante de Aragón. Se firmó así el 25 de mayo de 1244 el tratado de Almizra, en el que se fijaban los límites futuros de la Reconquista. La frontera se estableció en una línea que discurría entre Altea y Villajoyosa. Aunque el acuerdo dejaba a Castilla encomendada la tarea de la futura reconquista, no puede decirse que perjudicara a la Corona de Aragón, ya que la liberaba del enfrentamiento con el islam para permitirla lanzarse en mayor medida aún a la proyección mediterránea que había adoptado desde hacia tiempo.

Con Murcia en manos de Castilla y los portugueses en Ayamonte (1238), sólo quedaba para

concluir la Reconquista la toma de los reinos de Granada y Sevilla. El propósito de Fernando III era continuar en dirección a Granada y, efectivamente, tras tomar Arjona, Caztalla, Begijar y Carchena, inició el asedio de Jaén en 1246. Se produjo entonces un acontecimiento de enorme trascendencia que, con seguridad, implicó el retraso de la Reconquista. Viendo que el final de su reino se cernía sobre el horizonte, Abu Abd Allah Muhammad ben Nasr al-Ahmar, antiguo señor de Arjona y a la sazón rey de Granada, se presentó en el campamento castellano y comunicó su voluntad de someterse como vasallo a Fernando III. El rey cristiano aceptó el ofrecimiento, que vino acompañado de la entrega de Jaén, del compromiso de pagar un tributo y de la obligación de asistir a las Cortes castellanas cuando las hubiera y de prestar ayuda militar. De esta manera, gracias a la generosidad castellana, se consagró la existencia de un estado musulmán que iba de Tarifa a las cercanías de Almería y desde la proximidad de Jaén a las costas del Mediterráneo.

Dado que en 1264 el rey moro de Murcia dejó de ser vasallo de Castilla y su territorio fue anexionado, habría que preguntarse por qué no sucedió lo mismo con Granada. Las razones son, diversas. Por un lado estuvo el comportamiento, siquiera en apariencia, de buen vasallo, que demostraría en los años siguientes Muhammad, y por otro, posiblemente, el deseo de que siguiera existiendo un núcleo islámico al que pudieran marcharse los musulmanes, si así lo deseaban, de los reinos que iban siendo reconquistados por Castilla.

Menos habilidad desde luego que el régulo granadino tuvo su homólogo sevillano. Convencido, como buena parte de sus antecesores islámicos, de la necesidad de estrechar lazos con sus correligionarios del norte de África frente al empuje cristiano, el rey de Sevilla se reconoció vasallo de Túnez. Se dibujaba así la posibilidad de una nueva invasión norteafricana que, como todas las anteriores desde el siglo VIII, sembrara sangre y fuego sobre la Península. La respuesta de Fernando III ante esta amenaza fue terminante. En 1246 sus fuerzas operaban en el Aljarafe sevillano, haciéndose con el control de Alcalá de Guadaira, Lora y Alcalá del Rio. Al mismo tiempo, una flota castellana a las órdenes de Ramón Bonifaz atacaba y destruía las naves islámicas que acudían en socorro de la ciudad del Guadalquivir y, acto seguido, remontó el río en dirección a la capital.

En 1247, Fernando III se hallaba en Tablada, mientras el maestre de Santiago cortaba el camino de Niebla, el único por el que podía recibir refuerzos Sevilla. El 2 de mayo Ramón Bonifaz aniquilaba en un combate épico el puente de barcos que unía la capital con Triana y los sitiados se vieron obligados a entablar negociaciones para la capitulación. Fernando III estaba dispuesto a respetar sus vidas y haciendas, pero exigía a cambio que no se llevaran a cabo destrucciones en la ciudad. El 23 de noviembre, finalmente, la ciudad capitulaba, y el 22 de diciembre Fernando III entraba en Sevilla. Tres años después, con el control de las dos orillas del Guadalquivir hasta su desembocadura, Castilla podía dar por concluido este capítulo de la Reconquista.

Durante las décadas siguientes Castilla procedió a la repoblación de las tierras reconquistadas. Reviste este capítulo especial importancia por las repercusiones políticas que llegan hasta el momento actual. Sabida es la insistencia de algunos políticos andaluces por hacer remontar sus antepasados hasta alguna familia musulmana. Semejante eventualidad es más que altamente improbable, prácticamente imposible. Tanto Córdoba como Sevilla se vieron vaciadas de sus habitantes musulmanes, que prefirieron optar por no vivir bajo el gobierno de un rey cristiano, y fueron repobladas por gentes venidas del norte. Ciertamente, si alguien pudiera trazar con seguridad su genealogía hasta algún antepasado cordobés o sevillano de la segunda mitad del siglo XIII, se encontraría con seguridad con un castellano, un leonés o incluso un vizcaíno, pero no con un andalusí. Persistieron todavía en la campiña núcleos islámicos pero, como tendremos ocasión de ver en el capítulo siguiente, también desaparecerían a partir de la sublevación musulmana de 1263. Sin embargo, antes de abordar ese tema debemos referirnos al otro empuje reconquistador que, con escenario en el Levante y las Baleares, transcurrió en paralelo con el descrito.

La reconquista de Levante y las Baleares: Jaime I el Conquistador[79]

Aunque el impulso reconquistador de mayor relevancia en la primera fase del siglo XIII sería el castellano que, prácticamente, liquidó la existencia de entidades políticas islámicas en Al-Andalus, al mismo tiempo se desarrolló otro protagonizado por la Corona de Aragón, cuya enorme importancia no debería quedar opacada por las comparaciones.

Su protagonista fue el rey Jaime I, al que de manera totalmente justificada la Historia otorgaría el sobrenombre de «Conquistador». Aunque es tema del que no podemos ocuparnos aquí por exceder del objeto de nuestro estudio, debe recordarse que los primeros años de este rey fueron difíciles, fundamentalmente por la resistencia que a su gobierno opusieron los nobles aragoneses. Esa circunstancia peculiar explica que, a pesar de realizar su primer enfrentamiento con los musulmanes en 1222 con ocasión del asedio de Castejón, no pudiera embarcarse en empresa reconquistadora de mayor envergadura hasta tres años más tarde. Fue la campaña, empeñada en torno a Peñíscola, fallida, pero no llevó al joven monarca a desistir de sus propósitos. En 1227, pacificado Aragón, marchó Jaime I a Cataluña, una parte de la Corona de Aragón a la que iba a convertir en objeto de sus preferencias. Al año siguiente, las Cortes de Barcelona decidían armar una expedición contra las Baleares para castigar el hecho de que dos naves catalanas, en su viaje de Ceuta a Bugía, hubieran sido asaltadas por los piratas musulmanes de Mallorca.

La empresa, que dio inicio en 1229 con la concentración de una flota en Salou, tuvo como protagonista a Cataluña, quedando relegado Aragón a un papel secundario. El 9 de septiembre desembarcaban los contingentes de Jaime I en la isla. Tras eliminar la resistencia inicial, el ejército se dividió en dos columnas. Palma se vio cercada el 14 de septiembre, y al cabo de un mes de asedio, Abu Yahya, el rey mallorquín, inició negociaciones con Jaime I. Sus pretensiones eran similares a las que aceptó Fernando III de Castilla en Sevilla, pero el monarca aragonés se negó a concederlas y se reanudaron los combates el 2 de octubre. Finalmente, el 31 de diciembre Palma fue tomada al asalto. El primer día del año siguiente, Jaime I concedió a los catalanes el comercio de la isla. La resistencia musulmana se prolongaría todavía casi un año, pero se trataba ya de una empresa desesperada.

En 1231 Menorca se rindió sin combatir, y cuatro años después Ibiza era conquistada. Concluía así un capítulo de la Reconquista.

En 1232, el mismo año en que Fernando III se preparaba para la reanudación de la Reconquista en el sur, Jaime I reunía las Cortes en Monzón a fin de reunir los medios necesarios para emprender la conquista de Valencia. Al año siguiente las armas aragonesas reconquistaban Burriana, la codiciada Peñíscola, Chisvert y Cervera. En 1234 el dominio de la Corona de Aragón se ampliaba a Castellón de la Plana y su área de influencia hasta Albalate. La campaña tuvo que detenerse entonces a raíz de unos problemas con los que se enfrentaba Jaime I en Occitania, pero en 1236, precisamente cuando Fernando III reconquistaba Córdoba, se reanudaba la ofensiva aragonesa partiendo del Puig de Cebolla, conocido posteriormente como Puig de Santa María.

La caída de Córdoba colocó a Ibn Saad, el rey moro de Valencia, en una situación verdaderamente desesperada. En un intento de salvar su trono, llegó a ofrecer a Jaime I todo el territorio de su reino hasta el Guadalquivir, pero el monarca aragonés rechazó el acuerdo y a continuación reanudó las hostilidades apoderándose de Almenara, Nubes, Uxo, Paterna y Betera. En 1238 Valencia se encontraba sitiada por tierra y mar de tal manera que la flota de socorro enviada por el rey musulmán de Túnez fue vencida y se vio obligada a buscar refugio en Denia. El 28 de septiembre la ciudad capitulaba finalmente y sus habitantes —unos cincuenta mil— la abandonaron en dirección a Denia y Cullera, aún bajo control islámico. El 9 de octubre, Jaime I entraba en la ciudad.

Valencia fue incorporada a la Corona de Aragón y, dada la mayoría de tropas aragonesas utilizadas para reconquistarla, existía la esperanza de que sería repoblada con aragoneses y sujeta al fuero de Aragón. Sin embargo, Jaime I tenía intenciones muy diferentes. En 1240 otorgó a la ciudad

un fuero especial y se apresuró a llevar a cabo a la repoblación con gente no aragonesa que, con enorme sorpresa, se encontró con que los antiguos habitantes hablaban una lengua romance origen del actual valenciano. Hizo intentos entonces Jaime I por entrar en tierras reservadas a Castilla, un comportamiento que habría podido desencadenar una guerra pero que, al fin y a la postre, se zanjó en 1244 con el tratado de Almizra, al que ya nos hemos referido en el apartado anterior. Aún le estaba reservado un extraordinario papel en el Mediterráneo occidental a la Corona de Aragón —un paso en el que basculó enormemente la mayor importancia que Jaime I quiso dar a Cataluña sobre el reino de Aragón—, pero su papel en el ciclo reconquistador había terminado. La conclusión de la presencia islámica en España sería ya tarea exclusiva de las armas castellanas.

Capítulo XII

LA LUCHA CONTRA LOS INVASORES NORTEAFRICANOS:

LA BATALLA DEL ESTRECHO

La Reconquista durante el reinado de Alfonso X el Sabio[80]

Cuando en 1252 tuvo lugar el fallecimiento de Fernando III el Santo, Castilla era una de las potencias principales de Occidente y su hijo Alfonso X el Sabio estaba colocado en el camino para convertirse, según testimonio de un contemporáneo, en «el más distinguido de todos los reyes que viven». Aspirante a la corona del sacro imperio romano germánico (para ceñir la cual fue elegido, aunque finalmente semejante proyecto se frustrara), legislador capaz e incluso brillante, historiador, amante de las artes y las letras y verdadero monarca de las tres religiones —algo que no fue ninguno de los regidores de Al-Ándalus—, Alfonso X es uno de los personajes más extraordinarios de la historia española. Como en el caso de otros monarcas reconquistadores que le habían precedido —Alfonso III, Santiago el Mayor, Alfonso VI...—, Alfonso X era también consciente de estar llevando a cabo una tarea que no sólo afectaba al ámbito de su reino, sino a toda una nación cuya unidad había desaparecido al haber sido invadida en el pasado por los musulmanes. En un texto repetido en distintas ocasiones —y que contiene ecos de las descripciones realizadas por el hispano-godo Isidoro de Sevilla— señalaría el rey sabio de manera incomparable su visión peculiar de la nación española:

«Esta España tal es como el paraíso de Dios. Es bien ahondada de mieses, e deleitosa de frutas, viciosa de pescados, sabrosa de leche e de todas las cosas que de ella se hacen; e llena de venados e de caza, cubierta de ganados, lozana de caballos, provechosa de mulos e de muías; e segura e abastada de castillos; alegre por buenos vinos, holgada de abundamiento de pan, rica de metales. E España, sobre todas las cosas, es ingeniosa, y aun temida y muy esforzada en lid; ligera en afán, leal al Señor, afirmada en el estudio, palaciana en palabra, complida de todo bien; e non ha tierra en el mundo quel semeje en bondad nin se iguale ninguna a ella en fortaleza, e pocas ha en el mundo tan grandes como ella. E sobre todas España es abundada en grandeza; más que todos preciada por lealtad. ¡Oh, España, non ha ninguno que pueda contar tu bien!»

Excede con mucho los límites del presente estudio abordar, siquiera mínimamente, la figura del rey sabio. Sí debemos dejar constancia de su papel, reducido si se compara con el de su padre, en la Reconquista.

A las fuerzas castellanas de Alfonso X correspondería el honor de tomar el pequeño reino de Niebla, en cuyo asedio se utilizaría por primera vez la pólvora para lanzar piedras contra los muros de la ciudad. En 1262 toda la zona se hallaba en poder de Castilla, incluida Cádiz que, tomada por Fernando III, se había perdido.

Ese mismo año se produciría un episodio que carece de paralelos en la historia de los mozárabes sometidos al islam y que, sin embargo, se repetiría una y otra vez con poblaciones musulmanas. Nos referimos a la sublevación islámica que asoló parte del campo andaluz durante años. El alentador de la misma fue Muhammad I, régulo de Granada, y su instrumento principal un grupo armado que se había auto-titulado con el nombre de «Voluntarios de la fe». Siguiendo una tradición cuyas raíces podían retrotraerse al mismo profeta Mahoma, los Voluntarios de la fe llevaban a cabo lo que hoy en día se denominarían atentados terroristas, con una finalidad desestabilizadora que pudiera derivar en la conquista del poder por los musulmanes. Fracasó una de sus operaciones en Sevilla porque Alfonso X había sido puesto bajo aviso. Sin embargo, tuvieron éxito en algunas otras ciudades de la región, lo que llevó a Muhammad I a concebir esperanzas sobre una posible recuperación del dominio sobre Andalucía.

Si finalmente los Voluntarios de la fe no pudieron llevar a cabo sus propósitos se debió a uno de los males endémicos que habían aquejado Al-Ándalus desde el siglo VIII. Los muladíes de la región de Málaga los consideraban —¡como tantas veces!— dominadores tiránicos, y se alzaron contra ellos. La reacción cristiana tampoco se hizo esperar. Mientras Jaime I recuperaba Murcia de los Voluntarios de la fe —devolviéndola a Castilla tal y como se había pactado—, los castellanos contraatacaron expulsándolos de las plazas que habían ocupado. Así terminó el trágico episodio de los Voluntarios de la fe que, entre otras consecuencias, tuvo la de despoblar de musulmanes el campo andaluz, siendo repoblado por gentes venidas del norte. Habría podido también tener la de la liquidación del reino granadino que, a fin de cuentas, había estado respaldando la revuelta. No fue así. En Alcalá de Benzaide, Alfonso X se entrevistó con el régulo musulmán y aceptó respetar la existencia de su reino a cambio de un tributo de un cuarto de millón de maravedíes anuales.

Como sucedería dos siglos después con los Reyes Católicos, la buena fe de Alfonso X no tardaría en sufrir la decepción derivada del comportamiento artero de Granada. En 1273 subió al trono Muhammad II. Aunque renovó las promesas de lealtad de su antecesor, en realidad sólo deseaba ver a Alfonso X lejos de Andalucía para dirigir contra ella sus ataques. Como en distintos casos anteriores, el granadino contaba con el apoyo de los musulmanes del otro lado del Estrecho, en este caso, de una nueva dinastía de monarcas norteafricanos, los benimerines, que muy pronto invadirían España.

La invasión de los benimerines

Sustitutos de los almohades en el control del Magreb occidental, los benimerines —que derivaban su nombre de los Banu Marín— iban a convertirse en la última oleada de invasores norteafricanos que, impulsados por el islam, tendrían éxito a la hora de cruzar el Estrecho y asentarse en la Península. Tras aceptar la oferta del rey granadino consistente en el establecimiento de dos plazas en España a cambio de ayuda militar contra los cristianos, el rey de Marruecos, Abu Yusuf Yaqub, desembarcó en Andalucía y ocupó Tarifa y Algeciras. Acto seguido, los dos monarcas musulmanes desencadenaron una *yihad* que llevó a los benimerines a atacar Sevilla mientras las tropas de Granada hacían lo mismo con Jaén.

La implicación de los marroquíes en este episodio de la Reconquista iba a tener enormes consecuencias, y no sólo para la Península. En realidad lo que se ventilaba era si el Mediterráneo iba a ser un lago musulmán controlado desde ambos lados del estrecho de Gibraltar o si, por el contrario, Castilla tendría libertad —*y* con ella Aragón y las ciudades italianas— para la navegación.

Las noticias de la invasión norteafricana, que se produjo en el verano de 1275, sorprendieron al rey Alfonso en Francia, donde se hallaba inmerso en negociaciones con el papa. La reacción castellana fue fulminante, y mientras su flota obligaba a reembarcarse al rey benimerín por temor a quedar bloqueado en España, las tropas terrestres recuperaron el control de las zonas atacadas. Sin embargo, no faltaban los motivos para lamentarse. Por un lado, los invasores conservaban las plazas

de Tarifa y Algeciras y, por otro, entre las bajas de la guerra se hallaba don Fernando de la Cerda, heredero de la Corona de Castilla. Se iba a iniciar así un complicado proceso sucesorio en el que no podemos detenernos ahora. Baste decir que en 1284, sucedía Sancho IV[81] a Alfonso X, un monarca cuyos últimos años de reinado habían estado repletos de amarguras.

En 1285, Muhammad II concluía con los benimerines el denominado acuerdo de Marbella, en virtud del cual los benimerines conservaban en territorio de Granada las bases de Tarifa, Ronda, Algeciras y Estepona, a cambio de prestar su ayuda en caso de conflicto armado. El pacto favorecía prácticamente por igual a los granadinos, que conservaban un respaldo militar islámico frente a cualquier ataque cristiano, y a los benimerines, que se veían prácticamente dueños del control del Estrecho. No puede sorprender que Sancho IV deseara conjurar semejante amenaza aunque, de momento, no pudiera actuar directamente contra ella.

Hubo de esperar hasta 1291, año en que suscribió con el monarca aragonés el tratado de Monteagudo, en virtud del cual las dos coronas delimitaban las áreas de acción contra la amenaza islámica. Mientras Castilla operaría a occidente del río Muluya, Aragón lo haría a oriente.

El año siguiente fue testigo de los primeros frutos del pacto. Con el respaldo de fuerzas aragonesas, los castellanos reconquistaron Tarifa. Se trataba de un golpe dirigido directamente contra la presencia norteafricana en España y, de manera lógica, provocó la alarma de Muhammad II y la reacción de los benimerines. Éstos intentaron recuperarla a cualquier precio, llegando incluso a amenazar con la muerte de su hijo al defensor de la plaza, Alonso Pérez de Guzmán. De todos es sabido que el niño fue asesinado por los musulmanes a pesar de lo cual su padre —que pasaría a la Historia con el sobrenombre de Guzmán el Bueno— no capituló.

El peligro al que se encontraba sometida la plaza de Tarifa hizo planear a Sancho IV, la toma de Algeciras. Sin embargo, la muerte lo sorprendió antes de que pudiera llevar a cabo sus propósitos. Esta circunstancia proporcionó un claro respiro al rey de Granada. Consciente de que el nuevo rey de Castilla, Fernando IV, era un menor que mal podría enfrentarse a sus maniobras, Muhammad II ofreció a Jaime II[82] de Aragón colaboración para que arrebatase a Castilla el reino de Murcia a cambio de que le dejara manos libres en Andalucía. De esa manera, Granada habría podido recuperar Tarifa y seguir controlando, en alianza con los benimerines de Marruecos, el Estrecho. Semejantes propósitos quedaron formalizados en una serie de acuerdos diplomáticos suscritos por Aragón y Granada, pero al fin y a la postre no llegaron a buen puerto. La razón fundamental del fracaso de la alianza entre Aragón y el islam fue, principalmente, la labor de Guzmán el Bueno guardando, una vez más, el Estrecho. En los primeros años del siglo XIV Aragón se veía obligado a renunciar a la mayoría de los logros obtenidos en Murcia y el rey de Granada, una vez más, se reconoció vasallo de Castilla.

Sin embargo, el monarca granadino no estaba dispuesto a mantener la paz con sus vecinos cristianos. Desencadenó así una serie de aceifas en el sur de Valencia y en la frontera con Castilla que, lógicamente, provocaron una reacción. En virtud de los pactos de Santa María de Huerta (Soria) y de Alcalá de Henares, Fernando IV de Castilla y Jaime II de Aragón acordaron acabar con el reino granadino. Los resultados de las operaciones fueron escasos, sin embargo. Al fracasar Jaime II ante Almería, los logros castellanos se vieron trágicamente minimizados. Ciertamente, Guzmán el Bueno logró tomar Gibraltar y además se recuperaron plazas como Quesada y Bedmar, amén de obtenerse el compromiso nazarí de pagar once mil doblas de tributo anual. Con todo, los grandes beneficiados de la guerra fueron, paradójicamente, los benimerines.

Tras afirmar sus posiciones en Ronda y Algeciras, los norteafricanos respaldaron un golpe de estado en Granada que derribó a Muhammad III y entronizó en su lugar a Ismail I. Fernando IV habría podido reaccionar ante aquella amenaza, pero en 1312 tuvo lugar su muerte, seguida por una turbulenta etapa que giró en torno a la minoría de edad de su sucesor, Alfonso XI. Durante los años

sucesivos, no sólo la costa no dejó de padecer las incursiones piratas que los benimerines lanzaban desde su base en Ceuta, sino que además entre 1323 y 1325 sufrió una serie de ataques que a punto estuvieron de colapsar la frontera de Castilla con Granada. En semejantes circunstancias, Castilla tampoco pudo contar con la ayuda de Aragón, que o estuvo demasiado comprometido en otras empresas con Jaime II o prefirió pactar con los musulmanes durante el reinado de Alfonso IV. Para que la situación experimentara un cambio habría que esperar a la mayoría de edad de Alfonso XI de Castilla.

Alfonso XI y el final de la batalla del Estrecho

La mayoría de edad de Alfonso XI coincidió con un cambio radical en el panorama granadino. Ismail I fue asesinado y sustituido por un niño que sería coronado con el nombre de Muhammad IV. El cambio provocó una exacerbación del sentimiento pro-benimerín en una parte considerable de la población granadina, de tal manera que Algeciras, Marbella y Ronda quedaron convertidas en verdaderas bases norteafricanas desde las que se esperaba el mejor momento para embarcarse en una política de agresión. La respuesta no se hizo esperar, y en 1328 se concluyeron entre Castilla y Aragón los acuerdos de Aragón y Tarazona que, al menos para Alfonso XI, eran el primer paso para una vasta ofensiva que conjurara el más que tangible peligro benimerín.

Durante los dos años siguientes, las fuerzas de Castilla llevaron a cabo una consecución de campañas marcadas por el éxito en el curso de las cuales se hicieron con el control de Olvera, Pruna, Alhaquín, Ayamonte, Teba, Hardales, Cañete y Cuevas. Los fracasos eran demasiados y Muhammad IV se vio obligado a solicitar una tregua. Que se trataba posiblemente de una añagaza para contener el avance castellano parece fácil intuirlo del hecho de que, de manera inmediata, Muhammad IV viajó a África para entrar en negociaciones con Abul- Hasan Alí, sultán de los benimerines. El resultado inmediato del pacto fue que en 1333 los musulmanes volvieron a apoderarse de la plaza de Gibraltar.

El hecho de que, como era obvio desde hacía décadas, estuviera en juego el dominio del Estrecho, explica que pronto los beligerantes no se redujeran a Castilla, Granada y los benimerines. Así, los genoveses no dudaron en prestar sus servicios a los musulmanes mientras que los portugueses ayudaban a evitar que se desplomara la frontera con Granada. Los marinos catalanes, por su parte, prestaban su apoyo en la defensa de Tarifa.

La derrota sufrida en 1340 por el almirante castellano Jofre Tenorio significó el estímulo que faltaba a los benimerines para cruzar el Estrecho e intentar batir de una vez por todas a las armas castellanas. El encuentro decisivo tuvo lugar a orillas del río Salado el 30 de octubre. Una vez más Castilla tuvo que soportar el peso más oneroso del combate al enfrentar su máquina militar con la de los benimerines. A su lado se hallaba un contingente portugués que, sabedor de las consecuencias que podía tener un reverdecer de Al-Ándalus, ayudó a combatir contra las unidades enviadas por el rey de Granada. El resultado fue una victoria que el autor de la *Crónica de Alfonso Onceno* compararía con la de las Navas.

En el curso de los años siguientes, el monarca castellano supo sacar el máximo rendimiento a la victoria del Salado. En su poder fueron cayendo Alcalá de Benzayde, Priego, Rute, Benamejí y Matrera. Cuando en 1343 se produjo otra derrota islámica a orillas del río Palmones, todo parecía indicar que los días de la presencia musulmana en la península tocaban a su fin. En 1344 los benimerines perdían la plaza de Algeciras tras un asedio en el que habían participado al lado de Castilla los mismos genoveses que ahora eran conscientes de que la suerte había vuelto la espalda a los seguidores de Mahoma. Sería la peste, que impidió la recuperación de Gibraltar y causó al mismo tiempo la muerte de Alfonso XI, la que abortaría, como siglo y medio antes en las Navas de Tolosa, tal posibilidad.

En 1350 la batalla del Estrecho podía darse por concluida. El único baluarte con el que contaba el islam en la Península era el reino de Granada. Desaparecido el imperio de los benimerines, su

situación difícilmente podía ser halagüeña y, sin embargo, aún seguiría existiendo siglo y medio. La razón fundamental para esa pervivencia —cruelmente destemplada por interminables luchas internas — fue, principalmente, el estado de desorden interior que padecería Castilla a partir de la muerte de Alfonso XI. Cuando esa situación, entremezclada de conflictos dinásticos y cruzada por episodios de la guerra de los Cien Años, concluya, la suerte de Granada como último vestigio de la invasión islámica estará definitivamente echada.

Capítulo XIII

LA GUERRA DE GRANADA Y EL FINAL DE LA RECONQUISTA[83]

El inicio de la guerra (1481-1482)

Un par de décadas antes del final del siglo XV los musulmanes controlaban todavía una parte de España, la conocida como reino nazarí. Ciertamente, su fuerza difícilmente podía ya medirse con la de las coronas peninsulares de Castilla y Aragón pero, a pesar de esa circunstancia, no parece que los moros de Granada perdieran la oportunidad de asolar territorio cristiano cuando se presentaba la ocasión propicia. El reino granadino habría podido desaparecer con relativa facilidad a mediados del siglo XIV, consumándose así la Reconquista. Si no fue así se debió fundamentalmente a los problemas intestinos de Castilla. La guerra civil entre Pedro el Cruel y su hermano Enrique de Trastámara o el reinado de Enrique IV el Impotente, por ejemplo, implicaron una detención en ese proceso que se extendió a lo largo de varias décadas. Ni siquiera la muerte del citado monarca implicó un cambio en aquel estado de cosas, ya que nada más producirse estalló una guerra civil para determinar quién se ceñiría la corona castellana. La situación experimentaría un cambio ciertamente radical con el final de la guerra civil y el reconocimiento de Isabel, la futura Reina Católica, como reina de Castilla, un reconocimiento que, dado su matrimonio con Fernando de Aragón, implicaba la reunificación de la integridad nacional aniquilada en el siglo VIII por la invasión islámica. Sin embargo, la ruptura de hostilidades iba a deberse a los musulmanes y no a Castilla.

En 1476 gobernaba en Granada el emir Muley Hacén, que sentía una innegable aversión contra los cristianos y además era de talante muy belicoso. Cuando nació Juan, el hijo de los Reyes Católicos, y éstos se encontraban en Sevilla, llegaron sus embajadores con la intención de negociar la prórroga de la tregua que mantenía el reino, nazarí con Castilla. A ello estaban dispuestos los Reyes Católicos a condición de que el reino moro continuara pagando el tributo al que se había comprometido. En otras palabras, su deseo era mantener el *statu quo* y no embarcarse en campañas militares. La respuesta de los reyes posiblemente provocó en Muley Hacén la sensación de que Castilla era un reino extraordinariamente debilitado por los años previos de guerra y por la prolongación del conflicto con Portugal, de tal manera que respondió a su ofrecimiento señalando que los reyes de Granada que solían dar parias ya estaban muertos y que las casas donde entonces se labraba la moneda que se pagaba en parias ahora estaban dedicadas a labrar hierros de lanza para impedir que se pagasen.[84] Isabel captó entonces la posibilidad de que Alfonso de Portugal se aliara con Muley Hacén y decidió aceptar la prórroga de la tregua sin pago de parias. Ciertamente no fue una decisión fácil, y se cuenta que Fernando exclamó encolerizado que ya se encargaría en el futuro de arrancar los granos de Granada uno a uno.

Como en tantas otras ocasiones que hemos podido ver en los capítulos anteriores, la política de paz sólo tuvo un efecto sobre los musulmanes: el de convencerlos de la debilidad del adversario y, por lo tanto, de lo fácil que resultaría convertirlo en víctima de una agresión con tal de que las circunstancias fueran las apropiadas. Así lo creyó efectivamente Muley Hacén, y en el día segundo

después de Navidad del año 1481, sin haber concluido el tiempo de las treguas, los moros atacaron Zahara en medio de una noche oscura y tempestuosa. Como era su costumbre, se llevaron a todos los moradores de la ciudad para convertirlos en esclavos y por añadidura dejaron una guarnición en la plaza para asegurarse de no perderla en el futuro.

Recibieron la noticia Femando e Isabel estando en Medina del Campo. Lo que ahora tenían que soportar no era una mera pérdida económica, sino un ataque territorial directo. Si no respondían cualquiera podía comprender que la pérdida de Zahara sería el primer eslabón de una cadena de ataques. Se imponía, por lo tanto, una respuesta militar. Mientras se cursaban órdenes a los adelantados y alcaides fronterizos de Andalucía y Murcia para que estuvieran preparados contra cualquier incursión, Isabel y Fernando comenzaron a discurrir sobre la mejor manera de responder a la agresión. Sin decidir aún cuál sería el mejor punto sobre el que descargar un ataque, desde Sevilla se despacharon adalides y escaladores que pudieran espiar el territorio enemigo. Fue así como un leonés, natural de Carrión y llamado Juan Ortega, descubrió que podía tomarse el alcázar de Alhama. Informó al respecto al marqués de Cádiz y al adelantado mayor de Andalucía y se comenzó a preparar la expedición.

Tras fabricar las escalas precisas y reunir un ejército, con el mayor sigilo la tropa castellana atravesó pasos y montañas hasta situarse inadvertidamente al cabo de tres días de marcha a media legua de Alhama. Aún no había amanecido el 27 de febrero cuando los escaladores conducidos por Juan Ortega llegaron hasta la muralla y, apoyando las escalas en ella, la subieron, cogiendo desprevenidos a los centinelas moros. Los atacantes eran sólo una treintena, pero bastaron para apoderarse de ella. Los restantes moros presentaron entonces una fuerte resistencia, pero nada pudieron contra las tropas del marqués de Cádiz. Fue un gran éxito la toma de Alhama, que era una villa próspera y rica, pero lo más difícil quedaba por venir, ya que se hallaba tan sólo a ocho leguas de la ciudad de Granada y era de esperar que los moros hicieran todo lo posible por recuperarla. Totalmente conquistada estaba Amama el 28 de febrero y el 5 de marzo Muley Hacén ya la estaba atacando con más de cincuenta mil peones y tres mil jinetes.

El rey moro intentó emular la gesta de los castellanos y tomar con escalas la plaza, pero lo único que consiguió fue perder a más de dos mil de sus hombres. Entonces, herido en su orgullo, ordenó que se detuviera el ataque y mandó cortar el suministro de agua a Alhama a fin de rendir por sed al marqués de Cádiz. Mal lo pasaron entonces los castellanos, que tuvieron que arriesgar no pocas veces la vida para conseguir procurarse algo de agua. Sin embargo, ni siquiera de esa manera logró Muley Hacén rendirlos, y cuando le llegaron noticias de que se acercaban refuerzos para socorrer Alhama se vio obligado a levantar el campo y a retirarse a Granada. Mandaba las huestes de refuerzo el marqués de Medina-Sidonia, un aristócrata que tiempo atrás había estado enemistado con el marqués de Cádiz, habiendo tenido que reconciliarlos la reina Isabel. Su actuación dejaba de manifiesto que, efectivamente, los oficios de la reina habían tenido éxito.

La actividad de los reyes fue en aquellos momentos ciertamente excepcional. Mientras Fernando marchaba en ayuda de los ocupantes, Isabel, que andaba por el séptimo mes de uno de sus embarazos, se quedó en Madrid organizando refuerzos. La tarea le ocupó unos días, al cabo de los cuales montó a caballo y cruzó el puerto de Guadarrama, que en esa época del año se presentaba extremadamente frío y peligroso para llevar a cabo otras tareas relacionadas con la guerra. Finalmente, llegó la reina exhausta a Toledo, donde se detuvo para celebrar la Pascua de Resurrección, y al cabo de tres días volvió a subirse a la silla de montar y ya no se detuvo hasta alcanzar Córdoba, donde la esperaba Fernando. Había deseado el rey ser quien llevara los refuerzos a Alhama, pero yendo de camino y estando en la Rambla supo que el duque de Medina-Sidonia se le había adelantado y dispuso regresar a Córdoba.

Por aquellos días Muley Hacén volvió a atacar Alhama pensando que, retirado Medina-Sidonia,

podría hacerse con la plaza. Utilizó buena y abundante artillería e incluso algunos de sus hombres lograron entrar en la villa, pero cuando supo el moro que Fernando iba a acudir con refuerzos procedió nuevamente a retirarse. Esta vez el asedio de Alhama tan sólo había durado cinco días.

Del asedio de Loja a la derrota de Cañete (1482-1483)

Mientras se encontraban en Córdoba, los reyes se reunieron con los grandes para estudiar el camino que debía seguirse en el futuro. No resulta sorprendente que todos se mostraran partidarios de hacer la guerra al rey moro de Granada que tan traicionero se había mostrado quebrantando la tregua que en condiciones tan perjudiciales había aceptado Castilla. Sin embargo, si en este punto todos coincidían de acuerdo, no sucedía lo mismo en lo relativo a la manera en que debía llevarse a cabo la campaña. Algunos consideraban que de inmediato se debía atacar Málaga, porque era una ciudad de enorme importancia cuya pérdida causaría enorme dificultad al rey moro. Otros —y no pocos— se pronunciaron con ardor en pro de abandonar Alhama, alegando que era imposible mantenerla porque la plaza más próxima era Antequera, que se hallaba muy lejos, mientras que Muley Hacén podía atacarla a placer dada su cercanía con Granada.

Muy posiblemente de aquella reunión habría partido la decisión de abandonar Alhama de no haberse opuesto Isabel con notable firmeza. En su resolución pesó la idea —ciertamente correcta— de que en una guerra como la que se libraba contra Muley Hacén era de enorme importancia la moral, y ésta quedaría menguada si al poco de obtener frutos de victoria se devolvían sin lucha. El punto de vista de la reina fue apoyado inmediatamente por Fernando, y así se tomó la decisión de no abandonar Alhama, en la que entró el rey el 14 de mayo llevando mantenimientos procedentes de Castilla.

En paralelo, Isabel, desde Córdoba, se ocupaba, ya a punto de salir de cuentas, de hacer repartimientos en las ciudades y villas de Andalucía y Extremadura, en los Maestrazgos, en Toledo y hasta en las tierras de Castilla la Vieja para que enviaran socorros con los que sustentar el asedio que Fernando iba a iniciar en Loja. Las circunstancias personales de la reina, como en tantas otras ocasiones, no eran las mejores. El 29 de junio daba a luz a una niña que se llamaría María y treinta y cinco horas después trajo al mundo a una segunda hembra que nació muerta. En apenas unas horas, Isabel se estaba ocupando de nuevo de los asuntos de la guerra.

Fernando, que se hallaba en Córdoba, pudo recibir las nuevas del nacimiento de María, pero apenas dos días después tuvo que ponerse en camino para atacar Loja. El marqués de Cádiz había aconsejado al monarca que no se empeñara en iniciar aquel cerco porque aún no disponía de fuerzas y bastimentos suficientes, pero Fernando, testarudo, se empeñó en llevar a cabo sus propósitos. El resultado fue deplorable. En el curso del asedio —que duró apenas cinco días— se perdió entre otros a Rodrigo Girón, maestre de Calatrava, y al fin y a la postre el rey tuvo que levantar el real y regresar a Córdoba, donde se reunió con Isabel. El resto del verano lo pasó Fernando realizando incursiones en tierras del reino nazarí talando las vegas. Como en otras ocasiones anteriores, los moros contaban con recibir refuerzos de África, pero la decisión de la reina de disponer una escuadra que vigilara el estrecho de Gibraltar conjuró semejante eventualidad.

Los éxitos de las armas castellanas y la imposibilidad de recibir ayuda procedente del norte de África colocaron a Muley Hacén en una delicada situación. Si el rey moro hubiera regresado vencedor y cargado de despojos a Granada, seguramente habría sido aclamado. Sin embargo, volvió derrotado, y esa circunstancia bastó para que se alzaran abiertamente los que contra él estaban por una razón u otra. Muley Hacén se opuso con todas sus fuerzas a la revuelta, pero fue expulsado del trono, donde le sustituyó su hijo Boabdil, apodado «el Chiquito».[85] Sin embargo, Muley Hacén no estaba dispuesto a darse por vencido, y tras huir de Granada, se refugió en Málaga, un enclave que conservó junto a otras ciudades, como Baza. Así, de esta manera inesperada, el reino moro de Granada se convirtió en un cuerpo dividido en dos.

Parecía la campaña de aquel año concluida y Fernando e Isabel regresaron a Madrid con la intención de ocuparse de otros asuntos importantes que no podían quedar subordinados a la guerra contra los moros. Así, por ejemplo, en Pinto reunieron a los procuradores de las ciudades y villas principales, y a los oficiales, tesoreros y letrados que tenían algún cargo en la gobernación de las Hermandades, para asegurar que la persecución del delito no decayera. Luego Isabel se encaminó a Bilbao y de allí pasó a Guernica, donde juró los fueros vascongados y el pueblo a su vez la juró por reina.

A la sazón el mayor problema de los reyes era allegar fondos con los que afrontar las necesidades del reino y los gastos de la guerra con los moros. Podrían haber recurrido a la subida de impuestos, pero a ello se opuso Isabel por considerar que de tal medida sólo habían de derivar males, y prefirió pedir dinero prestado en los reinos vecinos. La respuesta fue positiva, e incluso el papa decidió acudir en ayuda de los reyes y su nuncio predicó la bula de cruzada para que todos los prelados y maestres y el estado eclesiástico de los reinos de Castilla y Aragón proporcionaran una suma de florines en subsidio. Sin embargo, aunque todo esto fue importante, de nada sirvió para contener los ataques de Muley Hacén.

A inicios de año, el expulsado rey moro saqueó Cañete llevándose esclavos a sus habitantes, y hacia el mes de marzo atacó la zona de Málaga, perdiéndose en una batalla mil ochocientos castellanos entre muertos y prisioneros. La derrota fue ciertamente considerable pero, por una curiosa paradoja de la Historia, iba a marcar el inicio de un proceso que concluiría no con el triunfo nazarí, sino con el final victorioso de casi ocho siglos de Reconquista.

El reino de Granada se divide (1483-1487)

Supieron Fernando e Isabel del desastre de Cañete cuando se hallaban en Astorga, pues en aquella época estaban dedicados a examinar los asuntos de Galicia. Apresuraron su conclusión, y mientras Fernando marchaba apresuradamente hacia Andalucía para ponerse a la cabeza de un ejército, se quedó Isabel encargada de organizar la tropa realizando acopio de hombres, vituallas y pertrechos. Finalmente no fueron necesarios, porque antes de que se cumpliera el mes de la derrota y llegaran los refuerzos, los soldados de Castilla vencieron a los moros en Lucena.

En el resultado del combate tuvo un enorme peso el estado de división por el que atravesaba el reino nazarí. Al ver Boabdil que su padre, Muley Hacén, a pesar de haber sido expulsado del trono de Granada era capaz de obtener un triunfo como el de Cañete, decidió emularlo. A ello le impulsaron consejeros que deseaban que confirmara su recientemente ganada posición y que además contaban con que Isabel y Fernando no podrían darle cumplida respuesta después del desastre que habían padecido en Málaga. Se reunió así un ejército de cerca de diez mil peones y casi mil jinetes que, pasando por Loja, entró en territorio castellano para saquear los campos de Aguilar y de Lucena. Las fuerzas de la Corona de Castilla en la región eran escasas, pero no estaban dispuestas en absoluto a renunciar a sus vidas y haciendas en provecho del moro, y decidieron resistirlo encarnizadamente. Así, a pesar de ser pocos, se situaron en los cerros cercanos al lugar por donde pasaba Boabdil con sus tropas y desde lo alto hicieron resonar sus trompetas. Al escuchar semejante ruido, los moros se desconcertaron y debieron pensar que las fuerzas enemigas eran superiores, de manera que emprendieron la huida. Lo que lograron, sin embargo, no fue asegurar su supervivencia, sino convertirse en presa más fácil. De los jinetes moros prácticamente todos fueron muertos o hechos prisioneros, y de los peones sufrieron el mismo destino no menos de siete mil, aunque muchos de ellos perecieron al intentar en el curso de la retirada cruzar el río Guadaxenil, que venía muy crecido.

La victoria fue tan considerable y el número de prisioneros tan elevado que al principio no repararon los vencedores en que habían capturado al mismo Boabdil. Sin embargo, los suyos le hacían tantas reverencias y le daban tantas muestras de respeto que, muy en contra de su voluntad, acabó siendo descubierto. Supieron los Reyes Católicos lo sucedido mientras se encontraban en

Madrid a finales de abril, y al punto Fernando partió hacia Córdoba con la intención de constatar aquel gran triunfo obtenido en Lucena. En la segunda semana de mayo llegó a la ciudad y allí se encontró con un Boabdil sumido en la pena no sólo por haber sido capturado, sino también porque su padre había aprovechado su derrota para encaramarse otra vez al perdido trono de Granada.

Fernando, que siempre supo destacar en el arte de tratar a los reyes, antes de realizar un nuevo ataque contra los moros ordenó que trasladaran a Boabdil a Córdoba y que se le dispensara una custodia decente. En su honor dispuso que se limpiaran las calles de la ciudad y permitió que contara con quien le tradujera lo que sucedía a las palabras propias de su lengua. Incluso, demostrando que su talante era muy distinto del que tenía Muley Hacén, concedió una tregua de dos meses a los pueblos que seguían reconociendo a Boabdil como su señor. Sólo cuando se hubo asegurado de que Boabdil era tratado de acuerdo con su condición, entró Fernando nuevamente en el territorio de Granada realizando en apenas unas semanas un conjunto de hazañas que resultaría prolijo relatar detalladamente. Personalmente logró que Alhama fuera abastecida, ganó la plaza de Tajara y taló la campiña. Con todo, posiblemente su aportación más importante a la campaña en aquellos momentos estuvo más en el terreno de la diplomacia que en el de las armas. Así, no se negó a recibir a los partidarios de Boabdil y tampoco hizo oídos sordos a sus deseos de ver libre a su monarca. Comprendiendo que con aquel moro de nuevo en libertad seguiría el reino de Granada dividido, aceptó Fernando liberarlo a cambio de que se reconociera vasallo y volviera a pagar los tributos que siempre habían entregado los moros a Castilla. Por supuesto, los reyes acordaron respetar —como siempre había sido propio de los acuerdos con castellanos— la religión de Boabdil, que podría seguir practicando con total y absoluta libertad. Finalmente, Boabdil se comprometió a entregar como garantía de lo pactado a su primogénito y a otros doce mancebos, hijos de moros principales, en calidad de rehenes, y a liberar a sesenta cautivos cristianos cada año durante un lustro entero. A cambio, Fernando pactó proporcionar ayuda a Boabdil siempre que, en calidad de vasallo, le pidiera auxilio.

El cumplimiento de lo pactado por parte de Castilla fue escrupuloso. El 31 de agosto recibió Fernando en Córdoba los rehenes acordados y dos días después Boabdil fue puesto en libertad. Hasta la frontera del reino moro lo escoltaron caballeros de Castilla, y allí le recibieron algunos de sus partidarios, que le ayudaron a entrar en Granada de noche. A partir de la mañana siguiente, las calles granadinas se convirtieron en el escenario de la lucha encarnizada entre los partidarios de Boabdil y Muley Hacén. En verdadero baño de sangre habría podido convertirse la ocasión de no ser porque mediaron algunos jeques granadinos que consiguieron convencerlos para que Boabdil aceptara salir de la ciudad y reinar en Almería mientras Muley Hacén seguía en el trono de Granada, Se trataba —poco podía dudarse— de una tregua pasajera que en absoluto conjuraba el cruento espectro de la guerra civil.

Para los Reyes Católicos, por el contrario, el panorama difícilmente podía resultar más halagüeño. De los dos reyes granadinos uno era vasallo y, tarde o temprano, esa circunstancia facilitaría la intervención en los asuntos de Granada. En el mes de mayo, Fernando e Isabel salieron hacia Andalucía adelantando el tiempo de la visita que a esta parte de sus reinos realizaban anualmente. Iba Isabel por delante y al llegar a Toledo se ocupó de que una buena parte de sus hombres se dedicara a talar la vega de Granada y de Málaga. Luego pasó a Andalucía por el lugar de las Navas, donde casi trescientos años antes los españoles de casi todos los reinos se habían enfrentado con los invasores que venían del norte de África salvando a Europa del yugo islámico. Durante los días siguientes, Isabel fue objeto de entusiasmadas recepciones dispensadas por las poblaciones de los lugares que atravesaba. En Úbeda, en Baeza, en Córdoba salieron a aclamarla por las calles precisamente porque sus habitantes sabían a esas alturas mejor que los de Castilla la Vieja el peligro que representaba la cercanía del moro. Ahora, por primera vez en muchos años, no se sentían

solos y desprotegidos frente a las partidas de Granada.

Isabel llegó a Córdoba a mitad de mayo y el último día del mes se reunió con ella Fernando. Poco más de una semana estuvieron juntos, e incluso entonces se ocuparon de los asuntos del reino. Cuando finalmente marchó Fernando a continuar hostigando al enemigo y se sometía a cerco a Setenil, concibió Isabel un propósito que hasta entonces no se había llevado a cabo y que debía servir para menguar y paliar el dolor de los que sufrían los combates. Fue así como estableció el primer servicio de hospitales de campaña de la historia occidental. Originalmente, éste consistió en una agrupación de seis tiendas de campaña a las que eran llevados los que habían recibido heridas o padecían enfermedades para que se les alojara y atendiera de la mejor manera posible. De este modo se salvaron docenas de vidas de muchos que en otro momento habrían muerto en el campo de batalla y se estableció un precedente que sólo sería igualado a finales del siglo XIX por la Cruz Roja, fundada por el protestante Henri Dunant.

A diferencia de lo que podían pensar los súbditos de cualquiera de los régulos granadinos, en Castilla reinaba entre el pueblo una convicción de que la guerra se estaba librando por su propio beneficio y no por las ambiciones personales de los monarcas. Durante siglos, la frontera había sido el lugar más castigado por las incursiones islámicas, y ahora parecía que ese martirio podía llegar finalmente a su conclusión. Las reacciones que esa sensación provocó en las masas fueron innegables. Así, cuando en noviembre se reunieron en Orgaz las representaciones de las Hermandades, llegaron a decir que además del repartimiento que ordinariamente pagaban para el sueldo de la gente de armas que continuaba en la guerra, les placía servir con doce cuentos de maravedíes para pagar el sostenimiento de las bestias y los suministros destinados a Alhama, Alora y Setenil; y también otro medio cuento de maravedíes para reponer las acémilas muertas y por añadidura todo lo que se gastara en artillería. Si, al fin y a la postre, sus deseos no se vieron cumplidos, se debió a la decisión personal de la reina Isabel, que no lo consintió sobre la base de que los que permanecían en ciudades y campos también eran parte de aquella lucha. Dado que ellos, y no otros, labraban la tierra de labor y proporcionaban los bastimentos para continuar la guerra contra el moro, parecía injusto dejarles sin provisiones para sí y sus familias. Finalmente, la reina aceptó los doce cuentos y renunció a todo lo demás.

Llegados a ese punto, la razón para continuar las hostilidades la dieron una vez más los moros de Granada. Se había asentado Boabdil , a la sazón vasallo de Castilla, en la ciudad de Almería para reinar allí y, en apariencia al menos, todo hacía pensar que dispondría de su nuevo reino a su placer. Sin embargo, una noche, a semejanza de lo que él había intentado hacer con su padre en Granada, un hermano de Muley Hacén entró en la ciudad con gente armada y le obligó a huir. La hazaña no tenía, sin embargo, tintes legitimistas, sino abiertamente usurpadores. El protagonista del episodio era tío de Boabdil y hermano de Muley Hacén. Conocido con el sobrenombre de «Zagal», se había hecho primero con los dominios de su sobrino y luego conseguiría lo mismo con los de su hermano, que era ya un pobre ciego incapaz de gobernar el reino e incluso de moverse porque la gota lo atenazaba.

Como era de esperar, se refugió Boabdil en el territorio de Castilla, solicitando de los reyes que lo acogieran como a vasallo digno, cosa que en cumplimiento de lo pactado hicieron. Así, en la primavera de 1485 se instalaron Fernando e Isabel en Córdoba para disponer la campaña. No tardó la ciudad en quedar ocupada por un enorme número de bueyes que habían sido enviados desde Ávila y Segovia, por incontables piezas de artillería, por ingenios destinados a la guerra, que no por novedosos presentaban menos peligros para el adversario, y por las tiendas de lo que la gente llamaba el hospital de la reina, que amén de por ropas de cama y medicinas, iban acompañadas por físicos y cirujanos.

Se inició aquella campaña de una manera mejor de lo que se habría podido pensar. Se tomaron Benaquer, Coín y Cártama en apenas unos días, y entonces Isabel, cuando supo de aquellas victorias

tan rápidas, envió a decir al rey que lo mejor que podía hacerse era continuar aquellas conquistas en otras partes del reino moro, puesto que aún quedaba bastante tiempo del verano. Persuadido por las razones de la reina, Fernando convocó al consejo de los grandes y les convenció para dirigirse contra Ronda.

La operación contra Ronda no se presentaba fácil porque la localidad se hallaba situada sobre una roca cortada por un tajo profundo, y la parte de la población que no se defendía en ese tajo se hallaba guarnecida por torres y castillos. Sin embargo, Fernando decidió tomar en sus manos la dirección de la campaña y daría muestras en ella de notable pericia militar. Primero realizó una finta en dirección contraria al camino de Ronda, lo que llevó a creer a los moros que tomaría el de Loja, por lo que se desplazaron en esa dirección. Aprovechó esa maniobra de diversión Fernando para dar un gran rodeo y caer entonces sobre su verdadero objetivo. Cuatro días necesitó para deshacer las almenas de algunas torres y derruir una parte del muro que protegía el arrabal, pero el día 12 de mayo entraron en él las tropas castellanas y así pudieron situar las baterías en el lugar idóneo para bombardear la alcazaba de Ronda. El resultado de este éxito no se hizo esperar. Tres días después, la fiesta de la Pascua del Espíritu Santo, la ciudad capituló concediendo Fernando a los habitantes que lo desearon permiso para marchar al lugar donde quisieran. De manera ciertamente caballerosa, les facilitó además caballerías para que pudieran trasladar a sus esposas e hijos, así como el ajuar y los enseres de la casa.

La reconquista de Ronda no sólo fue una importante victoria militar, sino que estuvo además cargada de un enorme simbolismo moral. Se hallaba la reina Isabel en Córdoba cuando ante ella llegaron cuatrocientos diecisiete cautivos que habían padecido las angustias y los sufrimientos de las prisiones moras de Ronda. Aunque habían arrostrado lo indecible en su cautiverio, cuando aún no les habían quitado las cadenas, habían suplicado a Fernando la merced de presentarse ante la reina. Así se lo concedió el rey, facilitándoles además cabalgaduras y provisiones para llegar hasta Córdoba. Los cautivos recientemente liberados atribuyeron en un acto indescriptiblemente emotivo su libertad a Isabel, que los acompañó en una gran procesión por las calles de la ciudad hasta la iglesia mayor. Todos ellos regresarían después a sus tierras, con limosnas, caballerías y víveres para superar el camino. Sin embargo, para que el testimonio de su libertad no pudiera olvidarse, la reina dispuso que sus cadenas fueran colgadas en el exterior del monasterio de san Juan de los Reyes, que fundó y edificó en Toledo.

Ciertamente, no sólo aquellos cautivos experimentaron el efecto beneficioso de la toma de Ronda. Se había considerado siempre tan imposible que pudiera producirse hecho semejante que en la comarca capitularon sin combatir Casarabonela, en la parte de Alora, y Marbella, en la costa, así como muchos poblados del valle de Cártama, de Algarabal y de sierra Bermeja hasta llegar a una cifra superior a los setenta. Muchos desearon entonces acabar con la campaña, dado el número tan grande de éxitos que se había ido sumando, pero a ello se opuso la reina Isabel alegando que aún se podía emplear el último mes del verano y no era de justicia desaprovecharlo.

A instancias de Isabel, Fernando dirigió el grueso de las fuerzas hacia el norte del reino moro para tomar los castillos de Cambil y el Arrabal. En paralelo, la reina se desplazó hasta Jaén para irle abriendo camino. Así, la campaña de aquel año de 1485 concluyó con la toma de la villa de Zalea y —dato importante porque revela la sempiterna relación entre los musulmanes españoles y sus correligionarios del norte de África— una incursión que unos caballeros jerezanos realizaron contra las costas de Marruecos de las que partían ayudas para los moros granadinos.

Cuando se produjo la llegada del otoño, Fernando e Isabel regresaron a Castilla con la intención de procurar algo de reposo a la reina. Se hallaba ésta encinta de nuevo y habría sido deseable que pasara los meses últimos del embarazo con tranquilidad. Así efectivamente sucedió, y en el mes de diciembre, ocho días antes de Nochebuena, hallándose la reina en Alcalá de Henares, dio a luz a una

hija que recibiría el nombre de Catalina, la cual, pasado el tiempo, se convertiría en esposa, a la sazón repudiada, de Enrique VIII de Inglaterra.

El inicio de 1486 vino acompañado de nuevas muestras de belicosidad de los moros que, una vez más, proporcionaron a Isabel y Fernando motivo más que sobrado para reanudar las hostilidades. En esta ocasión concreta, Boabdil, violando el juramento de vasallaje que había formulado a los reyes, se alió con su tío el Zagal y decidió atacar a los que eran sus señores legales. Visto el episodio desde nuestra mentalidad resulta ciertamente reprobable, y más teniendo en cuenta la manera meticulosa en que los Reyes Católicos habían cumplido con su parte de lo pactado; considerado desde la mentalidad de la época, constituía una acción repugnante, merecedora incluso de la muerte.

Intentó Boabdil recuperar primero Loja pero, tras una ardua batalla que duró ocho horas, tuvo que retirarse del campo de batalla derrotado y herido. Destacaría en aquel combate un joven llamado a llenar páginas de gloria de la historia militar, cuyo nombre era Gonzalo de Córdoba y que acabaría siendo conocido como el «Gran Capitán».[86] Cuando Boabdil se vio obligado a someterse a la clemencia de los reyes, fue este mismo don Gonzalo el que intervino en los tratos. Ni Fernando ni Isabel deseaban aplicar el castigo merecido a Boabdil y, por el contrario, como había sido costumbre secular en los reyes de Castilla, optaron por la generosidad. Así, devolvieron a Boabdil la libertad plena y a cambio éste renunció a su título de rey de Granada y aceptó el de duque de Guadix con el señorío de la plaza si es que llegaba a tomarla en el plazo de seis meses.

Debe señalarse como un hecho anecdótico que demuestra hasta qué punto se vivía en Europa la lucha contra los moros como un acontecimiento que afectaba a todo Occidente que a aquella campaña de Loja acudieron algunos caballeros extranjeros. Entre ellos destacó un inglés conocido como el barón de Escales. Combatió con denuedo y en la lucha perdió una buena parte de la dentadura. La reina Isabel quiso conocerle, y al encontrarse con él intentó consolarle por una pérdida que en aquellos tiempos podía considerarse irreparable. La respuesta del valeroso inglés consistió en sonreír diciendo: «Dios que hizo toda esta fábrica ha querido abrir aquí una ventana para ver mejor lo que pasa dentro».

Loja fue tomada el 29 de mayo y a inicios de junio sucedió lo mismo con Illora. Tras esta localidad cayó Modín, donde se estableció Isabel mientras Fernando acudía a talar la vega de Granada. Ciertamente no fue escasa la actividad de la reina, ya que ante ella capitularían Montefrío, Colomera, Zague, Salar, Zagadix y Barrios. Así terminó aquella campaña —que se había ganado realmente en Loja— con modificaciones notables en la frontera, que había quedado avanzada y segura por la costa y por toda la parte occidental. Fernando e Isabel regresaron entonces a Castilla aunque, muy posiblemente, eran conscientes de que se trataba tan sólo de una leve pausa antes de continuar la guerra contra los moros.

La reconquista de Málaga (1487)

Con la llegada de la primavera del año 1487 dio inicio la nueva campaña contra los moros, esta vez por la parte de Málaga. Marcharon Fernando e Isabel hacia Andalucía y en Córdoba se encontraban el sábado anterior al Domingo de Ramos, cuando se produjo un terremoto. No fueron pocos los que interpretaron el seísmo —un fenómeno relativamente frecuente en esa parte de España— como señal de mal agüero que indicaba lo desafortunada que sería una campaña emprendida en ese momento. Sin embargo, los reyes no estaban dispuestos a dejarse impresionar por supersticiones de ese tipo. Fernando salió de Córdoba y junto al río de las Yeguas fue esperando a las diferentes tropas que se aprestaban para la lucha contra los moros. A mediados de abril, el rey se hallaba iniciando el cerco de Vélez Málaga. Antes de que concluyera el mes la población se había rendido y con ella una treintena de enclaves más. Entonces Fernando se encaminó directamente contra Málaga.

Cuando los moros se percataron del objetivo perseguido por Fernando, salieron a estorbarlo por la parte de Gibralfaro, donde contaban con una gran fortaleza. No resultó fácil aquella parte de la

batalla para las tropas de Castilla, porque los moros se fortificaron en un penedo, pero los soldados mandados por Fernando combatieron con enorme denuedo y lograron desalojarlos. Entonces los moros pidieron abrir las negociaciones encaminadas a pactar la rendición. Fernando estaba dispuesto a discutir los términos de la capitulación y a ser generoso con ellos, pero no tardó en quedar de manifiesto que lo único que perseguían los musulmanes no era la paz, sino ganar tiempo para mejorar sus defensas. La respuesta del rey ante semejante doblez fue reanudar un combate en el que los moros se predecían vencedores, ya que contaban con multitud de torres bien artilladas.

Por aquel entonces comenzó a correr el rumor de que Isabel no creía en la victoria, puesto que no había acudido a acompañar a Fernando en el asedio de Málaga. Apenas tuvieron noticia los reyes del bulo, decidieron que Isabel debía dirigirse a Málaga con la mayor brevedad, y así lo hizo acompañada por su hija Isabel, doña Teresa Enríquez, la marquesa de Moya y algunas otras señoras. La simple llegada de la reina al campamento tuvo un efecto inmediato levantando la moral de los sitiadores y debilitando la de los moros. De hecho, la reina quiso apreciar por sí misma la situación, y así se dirigió a las posiciones cercanas a Gibralfaro para examinar la manera en que se comportaba la artillería. A partir de ese momento, el cerco se estrechó con la intención de concluir de una vez con aquella parte esencial de la campaña. A pesar de todo, Fernando hizo saber a Hamet el Zegrí, caudillo de la plaza, que aún estaba a tiempo de elegir entre una capitulación en las mismas condiciones generosas ofrecidas a Vélez o, por el contrario, la destrucción de la ciudad y el sometimiento de sus habitantes.

Los habitantes de Málaga ansiaban acabar cuanto antes con aquel enfrentamiento y eran, de hecho, partidarios de una rendición pactada, pero el Zegrí no tenía la menor intención de capitular, por lo que prohibió incluso hablar del tema y llegó a degollar a algunas personas que le aconsejaron llegar a un acuerdo con los Reyes Católicos. La consecuencia directa de la altiva testarudez del moro fueron tres meses más de derramamiento de sangre y de penurias sin cuento sufridas especialmente por los malagueños.

Durante el asedio se iba a producir un episodio de fanatismo religioso no exento de precedentes en la historia de la presencia del islam en España. En una aldea cercana a Guadix un moro llamado Ibrahim Algerbi comenzó a decir que Allah le enviaba un ángel que le entregaba revelaciones. El contenido de las mismas era ciertamente diverso, pero de las proclamadas entre el vulgo no tardaron en destacar las referentes a una supuesta liberación de Málaga. Así, insistiendo en los mensajes recibidos de Allah, Ibrahim logró que le siguieran unos cuatrocientos moros con los que se dirigió a Málaga. Intentaron entrar en la ciudad por las estancias más cercanas al mar, por la parte de Gibralfaro , y unos doscientos lo consiguieron, pero otros tantos perdieron la vida o la libertad en el empeño. Entre los que lograron abrirse camino hasta Málaga no se hallaba Ibrahim, pero tampoco cayó en el combate. Sin cruzar ni una sola vez la espada, se hincó de rodillas y alzó los brazos al cielo como si estuviera orando. Fue en esa posición como lo encontraron los soldados de Castilla que lo condujeron ante el marqués de Cádiz. Durante el interrogatorio llevado a cabo por este capitán, el tal Ibrahim le dijo que Allah le había revelado el momento exacto en el que concluiría el asedio de Málaga. Cuando el marqués de Cádiz intentó que se lo comunicara, el moro le hizo saber que semejante mensaje, que procedía de Allah, sólo podía comunicárselo al rey y a la reina, y eso en secreto.

Convencido de que no conseguiría arrancar ninguna información al prisionero, lo condujo el marqués al lugar donde se encontraban los reyes. Isabel tuvo un extraño presentimiento en contra de recibir al tal Ibrahim, de manera que aprovechó que el rey se hallaba descansando en aquellos momentos para ordenar que lo custodiaran fuera de la tienda mientras ella esperaba a que su marido despertase y así pudiera comunicarle su malestar.

El calor era extremo a esas horas del día, y no quisieron los guardianes que custodiaban al moro

exponerle a sus rigores. Decidieron, por lo tanto, llevarlo a una tienda situada cerca de la del rey, donde se encontraban doña Beatriz de Bobadilla, marquesa de Moya, y otra dueña llamada doña Felipa, que era esposa de don Álvaro de Portugal. Apenas el moro Ibrahim entró en la tienda, confundió a don Álvaro y a la marquesa con los reyes e inmediatamente se abalanzó sobre ellos con la intención de matarlos. A don Álvaro logró darle una gran cuchillada en la cabeza, que a punto estuvo de ocasionarle la muerte, y luego lanzó otra similar contra doña Beatriz. Sin embargo, quizá por la turbación, no llegó a acertarla, y antes de que pudiera repetir su intento criminal, un tesorero de la reina Isabel que se hallaba presente y que se llamaba Ruy López de Toledo se abalanzó sobre el moro abrazándolo de tal manera que no pudo moverse. Ibrahim era un hombre muy fuerte, pero no logró quitarse de encima a don Ruy, y de esa manera se vio impedido de llevar adelante sus propósitos. No resulta difícil entender que el resultado —fallido— del atentado fuera interpretado en el campo cristiano como una muestra de la acción protectora de la Providencia frente a la maldad hipócrita del islam. Para colmo, no tardaría en producirse la reconquista de Málaga.

A mediados de agosto, los habitantes de la ciudad se hallaban tan agobiados por el asedio que ofrecieron rendirse en las condiciones que meses atrás les había ofrecido Fernando. La lucha había resultado tan dura que no pocos de los capitanes a las órdenes del rey eran partidarios de realizar un escarmiento ejemplar y pasar a cuchillo a los habitantes de Málaga. A semejante acto se opuso la reina con resolución porque no estaba dispuesta a que una victoria quedara mancillada con el derramamiento de sangre. Finalmente, el asedio concluyó a mediados de agosto en condiciones de notable generosidad. Durante el mismo, que se había iniciado a finales de mayo, apenas había existido día en que no se produjeran escaramuzas. No extraña por ello que el balance final de los combates fuera la muerte de unos tres mil cristianos y unos cinco mil moros.

Conquista de Baza y sumisión del Zagal (1487-1489)

Isabel y Fernando regresaron a Córdoba, donde la población los recibió entusiasmada, y desde allí se dirigieron a tierras de Aragón. Los meses últimos de 1487 y los primeros del año siguiente los emplearon en pasar por Zaragoza, Valencia y Orihuela. Así concluyó la primavera, se acercó el verano y Fernando e Isabel se dirigieron a Murcia para disponer la campaña de aquel año.

Hasta aquel entonces los progresos de los Reyes Católicos se habían llevado a cabo fundamentalmente por el lado occidental del reino moro de Granada. Ahora los monarcas tenían la intención de avanzar sobre la frontera oriental, en dirección a Baza. En abril se hallaban, por lo tanto, en Córdoba, y al mes siguiente en Jaén. En esta ciudad quedó la reina organizando los abastecimientos mientras Fernando y las tropas se dirigían hacia Baza.

Las fuerzas cristianas ocuparon las huertas de la villa de Zújar y a continuación establecieron los reales en la huerta de Baza. A esas alturas los moros no podían hacerse muchas ilusiones sobre cuál iba a ser el resultado final de una guerra que, en realidad, se presentaba como el último episodio de un enfrentamiento multisecular. Semejante conciencia les llevó a presentar un encarnizamiento cada vez mayor en su defensa. Así, aprovecharon las arboledas, los tapiales y las acequias de la huerta para combatir con más eficacia. Tres veces se tomaron aquellos lugares y tres veces se perdieron, y en cada embate cayeron hombres que se desorientaban fatalmente en medio de aquel terreno destinado al recreo de sus dueños y no a los combates.

Las pérdidas de los sitiadores resultaron tan numerosas que en el curso de un consejo de guerra no fueron pocos los que aconsejaron al rey Fernando que se levantara aquel asedio. Desde su punto de vista era imposible que la ciudad cayera antes del invierno y, llegado éste, el frío, la lluvia y la nieve tan sólo podían favorecer a los sitiados. Los argumentos no eran baladíes, y de hecho el rey Fernando era partidario de levantar el sitio. Sin embargo, no se le ocurrió tomar semejante decisión sin consultar a la reina. Gracias al hecho de que se habían dispuesto una serie de paradas escalonadas entre Baza y Jaén, en diez horas la reina estuvo al corriente de lo que sucedía.

La respuesta dé Isabel, contenida en una misiva, fue una muestra ejemplar de delicadeza y perspicacia políticas. En ella señalaba que la decisión sobre el sitio debía tomarla su esposo junto con su consejo, pero que si acordaban continuarlo, ella, con la ayuda de Dios, daría orden para que fuesen proveídos de gentes, dineros y provisiones y de todas las otras cosas que fuesen necesarias. Semejante comunicación manifestaba sin duda el respeto debido al marido y, a la vez, indicaba su opinión favorable a continuar el asedio. Inmediatamente Fernando ordenó reanudar el cerco.

Cuando llegó el mes de septiembre, los moros no daban señal alguna de desfallecer, posiblemente porque creían que una vez que cayeran las primeras lluvias Fernando no tendría otro remedio que retirarse. Sin embargo, no tenía ese propósito el rey ni tampoco la reina. Afincada en Jaén, Isabel se dedicaba a adoptar una serie de medidas encaminadas a asegurar la toma de Baza. Así, reclutó más soldados que pudieran cubrir las bajas, alquiló a sus expensas catorce mil acémilas y compró todo el trigo y la cebada que pudo encontrar en Andalucía, las tierras de los Maestrazgos y el priorato de san Juan. El gasto llegó a ser tan elevado que las rentas del tesoro y los productos de la cruzada quedaron agotados y se llegó a pensar que no quedaba otra salida que acabar con el asedio o recurrir a una subida de impuestos. La reina Isabel optó por una alternativa que no pasaba por ninguna de esas posibilidades. Comenzó por empeñar sus joyas en Valencia y Barcelona y luego levantó no un nuevo impuesto, sino un empréstito que se repartió entre ciudades, villas, prelados, caballeros, mercaderes y personas pudientes.

No era la escasez de fondos el único problema con el que debían enfrentarse los reyes. Además se echaba encima el invierno y había que idear una manera de combatir sus rigores con la suficiente eficacia como para no aflojar el asedio. Para conseguirlo levantaron las tropas en muy pocos días más de mil casas de tapiales y madera con las que soportar las inclemencias del tiempo que se avecinaba. Se trató de la fundación de una ciudad improvisada que recordaba los mayores logros de la ingeniería militar conocida hasta entonces, y cuya conclusión estuvo acompañada por la llegada de un temporal terrible que incluso dañó los caminos hasta el punto de amenazar con un corte de suministros. No podía permitirse que éstos quedaran interrumpidos, y por ello tomó la reina la decisión de enviar más recuas y de levantar puentes en los lugares anegados por el agua.

A pesar de todo, con la llegada del invierno se agudizó el cansancio de las tropas, y más cuando, aprovechando una embajada para parlamentar, Cid Hiaya, jefe de la resistencia mora de Baza, enseñó a los enviados de los reyes multitud de sacos que supuestamente se encontraban llenos de grano, dando así a entender que tenían provisiones más que suficientes para resistir el sitio. Se tratara o no de un ardid, no fueron pocos los que se dejaron llevar por el desánimo, e incluso el rey Fernando volvió a pensar nuevamente en la posibilidad de abandonar el asedio. Fue el temor a que el rey pudiera dar tal paso el que llevó a Isabel a partir hacia el campamento a la mayor velocidad posible. En él entró el 7 de noviembre e inmediatamente se puso a visitar las posiciones del ejército.

Se trataba de una tarea no exenta de peligros y, a fin de salvaguardar a la reina, el marqués de Cádiz pidió a Cid Hiaya que no se entablara combate alguno mientras ella estuviera en el campamento. Accedió el moro, e incluso cuando Isabel estaba inspeccionando las trincheras, salió Cid Hiaya al frente de su caballería para presentarle honores. El acto de Cid Hiaya resultó de una habilidad notable porque, de paso que rendía homenaje a la ilustre visitante, pretendía dejar claramente de manifiesto que contaba con una caballería más que suficiente para impedir el triunfo de los sitiadores. Isabel agradeció la cortesía, pero no se dejó engañar por aquel alarde y su resolución no tardó en comunicarse a la tropa. Desde aquel 7 de noviembre se mostraron aún más aguerridos los soldados cristianos, y a los pocos días Cid Hiaya entabló negociaciones para capitular. A esas alturas estaba el jefe de los moros bien dispuesto a la rendición, porque ahora no le cabía duda alguna de que la victoria no entraba dentro de sus posibilidades. Con todo, solicitó de los Reyes Católicos un plazo de tiempo suficiente para pedir autorización para capitular no sólo de los ancianos y principales de

Baza, sino también del rey Zagal, su señor. Le concedieron los Reyes Católicos quince días, y el moro envió una carta a su rey instándole a enviarle refuerzos ya que, de lo contrario, no tendría otro remedió que entregar la plaza. Sin duda habría deseado el Zagal ayudarlo, pero no contaba con las fuerzas necesarias para ello. En una carta de respuesta, el soberano moro le manifestó su pesar y, al mismo tiempo, le autorizó la capitulación.

Cid Hiaya recibió buen trato, como había sido regla general, de los Reyes Católicos, y esa circunstancia, unida a la constatación de su constancia en la lucha contra el reino nazarí, le llevó a la conclusión de que era absurda toda resistencia futura, y que lo mejor que podían hacer los moros era aceptar unas condiciones innegablemente benévolas. Convertido ya en súbdito de los Reyes Católicos, Cid Hiaya se dirigió pues a Guadix y aconsejó al rey Zagal que se rindiera. Poco puede dudarse de que semejante sugerencia debió apenar mucho al Zagal, que se había caracterizado siempre por una inquina especial contra los cristianos y una acentuada belicosidad. Sin embargo, las circunstancias resultaban bien claras. Había sido tan grande la derrota de Baza y la de otras poblaciones que se rindieron sin resistencia que aceptó el consejo de Cid Hiaya y le encargó que comunicara a los Reyes Católicos que estaba dispuesto a ponerse a su merced y a entregarles Almería y Guadix.

El día de Nochebuena, llegaron la reina y su hija Isabel hasta Almería, donde la jornada anterior se había alzado ya el estandarte real. Celebraron la Navidad en la ciudad y cuatro días después se dirigieron a Guadix, que también les fue entregada por el rey moro. La conducta de los Reyes Católicos con el vencido fue, una vez más, muy generosa, ya que a pesar de sus terribles antecedentes lo recibieron como vasallo de la Corona de Castilla y le entregaron el señorío de Fandarax, villa fuerte de trescientos vecinos que contaba con lugares y alquerías en su entorno. Sin embargo, el Zagal no iba a permanecer mucho tiempo en tierra reconquistada. A los pocos días de recibir las mercedes regias, cruzó el mar y se estableció entre sus correligionarios del norte de África, posiblemente porque no podía soportar la idea de no ser ya rey donde lo había sido antes.

El 2 de enero de 1490 regresó Isabel con su marido a Jaén y ambos dieron por terminada la campaña, licenciando inmediatamente a la mayor parte de las tropas. Había sido aquel asedio el más duro y difícil de la guerra de Granada, pero poco podía dudarse de que ésta se hallaba cercana a su fin y no resultaba imposible pensar que su conclusión pudiera alcanzarse mediante un pacto con Boabdil que evitara un nuevo recurso a las armas.

La reconquista de Granada (1490-1492)

El de 1490 resultó un año agridulce para los Reyes Católicos en el terreno personal. En abril del mismo casaron a la princesa Isabel, la preferida de la reina, con el príncipe don Alonso, heredero de Portugal. En julio, cabalgaba don Alonso con don Juan de Meneses cuando tuvo la mala fortuna de que, habiendo tropezado su corcel, dio con sus huesos en tierra. Tan duro fue el golpe que el desdichado príncipe falleció a los pocos instantes. Apenas celebrado el funeral, la princesa Isabel regresó a Castilla en litera cerrada, convertida en prematura viuda.

Más tranquilo fue el año en lo que a la guerra de Granada se refería. En abril requirió Fernando a Boabdil para que se entregara, y el rey moro le respondió que antes estaba dispuesto a luchar hasta la muerte. No se trataba de ninguna exageración. En julio, mientras el rey Fernando se encontraba en Córdoba, atacó Boabdil la fortaleza de Alhendín, ocupó otras dos más y sitió la villa de Salobreña. Todos estos acontecimientos eran motivo suficiente de preocupación, pero el mayor de todos fue saber que se estaba fraguando un hecho que contaba con precedentes y que se repetiría vez tras vez en los siglos venideros. Nos referimos a la creación de una quinta columna islámica siempre dispuesta a ayudar a sus correligionarios y a ser desleal con los reyes de España. Así, Boabdil había llegado a un acuerdo con los moros de Guadix para que éstos se alzaran en armas contra los Reyes Católicos. El descubrimiento de la conjura apenó enormemente a Fernando e Isabel, dado que se habían

comportado generosamente con aquellos moros. Con todo, tampoco fueron rigurosos con ellos en esta ocasión. Descubierta y sofocada su conjura, se les obligó por ello a abandonar las ciudades en que moraban, proveyéndoles de seguro para pasar a África si así lo deseaban o de permiso para establecerse en poblaciones no cercadas en las cuales tuvieran muy difícil el poder sublevarse en el futuro. La lucha con el último reducto de los invasores musulmanes en España quedaba aplazada, empero, para la primavera del siguiente año.

El día 11 de abril, Isabel dejó la ciudad de Sevilla con destino a Granada. Hizo un alto con sus hijos en Alcalá la Real y Fernando se dirigió hacia Loja, donde iban a concentrarse las tropas dispuestas para el último asalto. El 26 se asentaban los reales de los Reyes Católicos a la vista de la ciudad. En repetidas ocasiones la reina recorrió a caballo los campamentos para revistarlos, y en alguna de ellas los moros decidieron hacer uso de su artillería para impedirlo, aunque sin lograrlo.

Quizá el momento en que sufrió mayor peligro la vida de Isabel fue durante una noche de julio, cuando en la tienda en la que descansaba —cedida por el marqués de Cádiz— se declaró un incendio. Salió corriendo la reina hacia la tienda donde dormía su marido, pero en breve llegaron allí también las llamas. Pensó Fernando que se trataba de un atentado de los moros, e inmediatamente se armó con una espada y una rodela dispuesto a morir defendiendo a la reina y a los infantes. El marqués de Cádiz se adelantó finalmente con parte de la caballería y toda la noche se mantuvo alerta por si los moros atacaban, pero al final se descubrió que no se había tratado de un atentado. Simplemente, una de las doncellas de la reina había prendido con un cabo de vela la tela de la tienda y así había empezado el incendio.

No iba a resultar tarea fácil la de rendir una ciudad como la de Granada, defendida por numerosas torres y baluartes artillados. Por supuesto, cabía recurrir al asedio y esperar la rendición por hambre, aunque semejante empresa podía dilatarse considerablemente. Así, sin apenas variaciones, pasó el tiempo desde agosto a noviembre y llegó diciembre y con él la solicitud de Boabdil de iniciar conversaciones encaminadas a la rendición. Por parte de los Reyes Católicos intervino don Gonzalo de Córdoba, que se había destacado notoriamente en la guerra, y por parte de Boabdil, el alcaide de la ciudad. Poco podía exigir ya el rey moro, pero con todo los asediadores estaban dispuestos a ser generosos si de esa manera se acortaba aquella fase final de la contienda.

Finalmente, el día de Navidad de 1491 quedaron concertados los términos de la capitulación, aunque no se firmaron hasta tres días después. Como en casos anteriores, fueron extraordinariamente generosos para los vencidos como hoy en día prácticamente reconocen todos los historiadores. Granada se entregaba a los Reyes Católicos y con ella su artillería y los cautivos que había en su interior sin pago de rescate. Sin embargo, se permitió que quedaran en manos de los moros sus armas, caballerías y heredades; se les otorgó licencia absoluta para fijar su residencia donde desearan, concediéndoles pasaje y barcos en caso de que quisieran hacerlo en África; se redujeron sus impuestos por el plazo de dos años, no debiendo ser posteriormente superiores a los que pagaran a sus reyes; y se les garantizó respeto por su religión, sus usos y sus leyes. La carta con las condiciones acordadas la recibieron Fernando e Isabel el día primero de 1492 y dispusieron que la ceremonia de entrega tuviera lugar al día siguiente.

Estaban en aquella época de luto los reyes por la muerte de su yerno Alonso de Portugal, pero para entrar en Granada lo abandonaron vistiéndose con sus mejores galas. De esa guisa llegaron hasta las cercanías de Granada, donde salió a recibirlos el rey Boabdil y un grupo de caballeros. Boabdil quiso apearse para besarles las manos, pero Fernando no le consintió que descendiera del caballo ni le quiso dar la mano. Entonces Boabdil le besó el brazo y Fernando lo abrazó a su vez. Besó entonces el rey moro unas llaves grandes que llevaba en la mano y se las entregó a Fernando tras decirle que eran las de la Alhambra y ciudad. Entonces el rey se las dio a la reina y le dijo que proveyera el alcaide, puesto que Granada era ciudad suya. Ciertamente, Granada era de Castilla, a ella

quedaba incorporada y de ella principalmente habían sido los medios, hombres y recursos empleados en llevar a cabo la guerra pero, a pesar de todo, aquellas palabras eran una señal de cortesía que merecía una no menor de la reina. Así, Isabel inclinó la cabeza en señal de acatamiento y, volviéndose hacia el príncipe, le dijo: «Tomad estas llaves de vuestra ciudad y Alhambra, y poned en nombre de vuestro padre el alcaide capitán que ha de tener Granada.» Entonces el príncipe besó la mano de la reina, llamó al con de de Tendilla, don Iñigo López de Mendoza, se apeó del caballo e hincando rodilla en tierra dijo: «Conde, el rey y la reina, señores que presentes están, quieren os hacer la merced de la tenencia de Granada y su Alhambra.»

Apenas tardaron el conde de Tendilla y algunos otros grandes y caballeros en entrar en la Alhambra y colocar en la torre más alta el pendón de la Santa Cruz, el de Santiago y el estandarte real. Así concluyeron casi ocho siglos de invasión que los musulmanes habían impuesto sobre la tierra española. No resulta por ello extraño que cuando los presentes vieron las banderas tremolando en lo alto de la torre, sin que nadie dijera nada, sin que se musitara una orden, se hincaran todos de rodillas y dieran gracias a Dios por haber permitido que llegara aquel momento y por haberles concedido la gracia de contemplarlo.

Desde el mes de enero al de junio permanecieron en Granada los reyes para asegurarse de que los moros no intentaban traicioneramente volverse atrás de las condiciones pactadas con Boabdil. Alborotos hubo ciertamente algunos pero, al menos de momento, los vencidos debieron convencerse de que no tenían posibilidades de éxito y permaneció tranquila la situación. Nombrado quedó Boabdil señor del valle de Purchena, que en buena parte estaba poblado por moros. Allí viviría algún tiempo dedicado a la caza con galgos, a la que era extraordinariamente aficionado, pero, al fin, hizo como su tío el Zagal y marchó a África, la tierra desde la que habían llegado sus antepasados casi ochocientos años antes. Fue en ese momento cuando, asegurados mandos y servicios, los Reyes Católicos decidieron salir de Granada y se encaminaron a Córdoba, donde ya se encontraban en la Pascua del Espíritu Santo, que ese año se celebró en los primeros días de junio.

La Reconquista ciertamente había concluido, pero la lucha contra el islam —como supieron captar a la perfección los Reyes Católicos— no podía darse por terminada. Los seguidores de Mahoma ni podían ni querían renunciar a la tierra que habían ocupado durante tanto tiempo. España, como tantas veces en los siglos anteriores, volvería a verse situada en la primera línea de fuego de la ofensiva islámica contra Occidente.

Segunda Parte

EL ENEMIGO AMENAZANTE

Capítulo I

EL SALTO DEL ESTRECHO

Después de Granada

Los ocho siglos de lucha casi ininterrumpida con los invasores islámicos habían forjado a sangre y fuego en los españoles una mentalidad de defensa y de combate sin duda no deseada pero sí indispensable. Por supuesto, tras semejante experiencia, no creían en absoluto en un mito dorado de convivencia idílica entre las tres religiones, por la sencilla razón de que la realidad secular al

respecto no podía haber sido más distinta. Por un lado, eran conscientes de que el islam los había desgajado del mundo europeo nutrido de cristianismo y romanidad para sumirlos en un aislamiento que tardarían en remontar siglos. Por otro, su relación con los diversos gobiernos islámicos había sido o bien la de poblaciones sometidas a tratos vejatorios que tuvieron que escoger no pocas veces entre abrazar el islam, vivir miserablemente o escapar hacia el norte, o bien la de combatientes contra las continuas aceifas que tenían como amargas secuelas cotidianas la muerte, la esclavitud o la pérdida de sus bienes y familiares. Ni siquiera podía decirse que las instituciones islámicas hubieran podido arrancar su admiración. En un porcentaje elevadísimo del periodo que los musulmanes gobernaron Al-Ándalus demostraron una endeblez política que arrancaba, fundamentalmente, de su incapacidad para integrar a los diversos grupos islámicos —judíos y cristianos por definición no debían ser integrados— y para articular formas políticas que pudieran subsistir sin la agresión continua o sin el recurso a los correligionarios del otro lado del Estrecho. En los escasos momentos en que el mundo musulmán asentado en España había sido más sólido (Abd, ar-Rahmán III, Almanzor…) las principales víctimas de ese vigor habían sido, sin ningún género de dudas, los cristianos, y en algunos momentos especialmente amargos también los judíos.

El único aspecto que consideraban positivamente los españoles que habían vencido finalmente en aquella pugna de siglos era el artístico. Como ha reconocido un eminente arabista[87] si hasta nosotros han llegado monumentos como la mezquita de Córdoba o la Alhambra de Granada ha sido precisamente porque los vencedores fueron los cristianos y no alguno de los movimientos islámicos posteriores. De hecho, nada se ha conservado del esplendor del Damasco o la Bagdad califales, precisamente porque los vencedores en las guerras fueron otros musulmanes que antepusieron al amor a la cultura el deseo de borrar cualquier vestigio del correligionario vencido.

La lección quedaba, por lo tanto, bien aprendida. El islam era un enemigo y además un enemigo despiadado ante el que bajar la guardia habría sido una verdadera irresponsabilidad. Vez tras vez, cuando la victoria de la nación española parecía al alcance de la mano, se había recuperado Al-Ándalus gracias a las inyecciones bélicas recibidas de otros musulmanes situados al otro lado del Estrecho. Urgía por ello tomar las medidas que evitaran que semejante eventualidad trágica volviera a producirse.

De ese análisis realista derivado de amargas experiencias históricas iban a nacer, primero, la necesidad de contener al islam en su propio territorio para impedir ulteriores agresiones y, segundo, de manera no pensada, la proyección de España a una política de seguridad que dará los primeros pasos hacia la creación de un imperio, ya antes de que la empresa americana se traduzca en algo tangible y, por supuesto, de que Carlos I se convierta en el emperador Carlos V. No se tratará, por lo tanto, de acciones marcadas por lo que hoy denominaríamos imperialismo, sino más bien por el deseo de asegurarse un futuro pacífico y exento de agresiones procedentes de aquellos que durante casi ocho siglos no habían dejado de descargar sus golpes contra los españoles.

Sin embargo, antes de llegar a ese punto restaba otro aspecto de enorme trascendencia. Nos referimos a los musulmanes que seguían viviendo en territorio español. Que las condiciones otorgadas a los musulmanes granadinos fueron extraordinariamente generosas no puede negarse salvo desde el sectarismo más absoluto.[88]

Desde luego, no tenían parangón en ninguna conducta que los musulmanes hubieran seguido con los cristianos en España. Tampoco existe paralelo entre el trato reservado por las distintas invasiones islámicas al patrimonio artístico hispano y el que los vencedores concedieron ahora al islámico. Sin embargo, por muy generosos que fueran los vencedores y muy dispuestos que estuvieran a respetar lo existente, la realidad tampoco dejaba lugar a dudas. La seguridad nacional frente al islam no quedaba, en absoluto, garantizada por la desaparición del reino moro de Granada. De hecho, los piratas berberiscos no dejaban de llevar a cabo incursiones contra las costas españolas, y para

semejantes cometidos recibían con frecuencia la colaboración de los musulmanes granadinos. Por si fuera poco, como antaño habían hecho sus correligionarios en Al-Ándalus, los musulmanes solicitaban la ayuda de otras potencias islámicas para revertir la situación existente. En ese sentido, los contactos de los moriscos con el soldán de Egipto no podían ser más reveladores.

La respuesta ante este enemigo amenazante iba a discurrir a través de distintas acciones. La primera fue el establecimiento de una red de defensa costera formada por la combinación de puestos de vigilancia con la acción de una escuadra que en adelante tendría que actuar de manera permanente. La segunda fue el intento de asimilar a una minoría excepcionalmente bien tratada pero no por ello desprovista de hostilidad. La tercera consistiría en conjurar el peligro militar mediante acciones en el norte de África.

El problema de asimilar a medio millón de moriscos —un cinco por ciento aproximadamente de la población total de España— no era ciertamente baladí. Por supuesto, una posibilidad habría sido la de expulsarlos de España, como había sucedido con los judíos en 1492, un error gravísimo que había consistido en suprimir el régimen de tolerancia vigente y en aplicar las normas que llevaban rigiendo su status al norte de los Pirineos desde hacía siglos. Sin embargo, los musulmanes frieron más afortunados. De hecho, se les reconoció una libertad religiosa que los judíos nunca habían tenido y que ni siquiera disfrutaban los cristianos, sometidos ya a las acciones de la Inquisición. Se trataba, por lo tanto, de una situación de privilegio que no podía perdurar por su propia naturaleza, y más por su peligrosidad. Por si fuera poco, la tarea tenía que ser acometida sin modificación de las condiciones acordadas en la capitulación.

En algunos casos, sin duda, la integración se produjo gustosa y rápidamente. Tal fue el caso de la famosa Soraya y sus dos hijos. Nacida Isabel de Solís e hija del alcaide de Martos, Jaén, había sido capturada en una incursión de los moros de Granada y convertida en esclava. Llevada ante Muley Hacén, éste la había convertido en su favorita y cambiado su nombre por el de Soraya. Tras la reconquista de Granada, Soraya fue a vivir a Córdoba, donde no sólo regresó a su prístina religión, sino que además sus hijos Sad y Nasr fueron bautizados con los nombres de Fernando y Juan de Granada, respectivamente. Perfectamente integrados como su madre, Fernando llegó a ser gobernador de Galicia en tiempos de Carlos I.

En otras ocasiones, tuvo lugar un abandono voluntario del suelo español en condiciones que casi podrían calificarse de envidiables. Tal fue el caso de Boabdil. Aunque una popular serie de televisión lo presentó hace unos años como un personaje transportado miserablemente al otro lado del Estrecho, lo cierto es que Boabdil abandonó su palacio de Laujar de Andarax para trasladarse al reino de Fez junto a su familia y a un séquito de un millar de personas. Contaba además en su haber una fuerte suma que los Reyes Católicos le habían entregado. Moriría en 1527, en el curso de una de las luchas intestinas que han inficionado durante siglos la existencia de los musulmanes norteafricanos.

Con todo, la mayoría de los musulmanes ni se integró con la facilidad de Soraya y sus hijos ni optó por un dorado exilio como Boabdil. De hecho, especialmente a partir de 1495, año en que concluía su exención de impuestos, fueron muy numerosos los que desearon emigrar. Sin embargo, este paso —que, visto con perspectiva, habría ahorrado infinidad de dramas posteriores— se vio dificultado por el hecho de que comenzaran a aplicárseles medidas relativas a la salida de capitales similares a las descargadas sobre los judíos expulsados en 1492. El resultado fueron no escasas conversiones interesadas que, como no tardaría en quedar de manifiesto, tuvieron un efecto posterior muy negativo.

En un intento de asimilarlos, se optó por la predicación del catolicismo, que llevó a cabo fray Hernando de Talavera, el primer arzobispo de Granada. Talavera era un hombre de una considerable altura moral y de una no menor prudencia, y optó por un acercamiento que hoy denominaríamos

intercultural. Se ocupó de rodearse de sacerdotes que hablaran árabe, defendió firmemente los derechos de los musulmanes evitando que nadie pudiera maltratarlos o deshonrarlos y, especialmente, se comportó con ellos de una manera fraternal. Denominado por los musulmanes «el alfaquí santo», Talavera fue obteniendo éxitos y, posiblemente, en el curso de una o dos generaciones habría podido consumarse un proceso de asimilación que evitara problemas posteriores. No fue así. En 1499, los reyes regresaron a Granada y lo que se encontraron fue una ciudad musulmana regida por algunos cristianos prácticamente atrincherados en la Alhambra. El peligro en términos políticos y militares era innegable, y el resultado fue encomendar el cambio de la situación a fray Francisco Jiménez de Cisneros.[89]

Nacido en 1436 en una familia de hidalgos avecindada en Torrelaguna, cerca de Madrid, Cisneros había recibido en la pila bautismal el nombre de Gonzalo. Tras estudiar en Cuéllar y Salamanca, marchó a Roma donde, aparentemente, le esperaba una brillante carrera eclesiástica. Sin embargo, al producirse la muerte de su padre, se vio obligado a regresar a España, donde buscó acomodo en el complicado entramado de cargos eclesiales de la época. Fue así como entró en conflicto con el arzobispo Carrillo, que ordenó su encarcelamiento. Permanecería en prisión varios años, y de ella sería sacado por el arzobispo para entregarle el cargo objeto del litigio, pero las cosas iban a discurrir de manera muy distinta.

En 1484, Cisneros, ya en libertad, experimentó una profunda conversión religiosa y, tras abandonar todo, solicitó ser admitido como novicio en el convento de san Juan de los Reyes de Toledo, que dependía de los franciscanos observantes. Al año siguiente, al hacer su profesión religiosa, cambió su nombre por el de fray Francisco Jiménez de Cisneros. Durante siete años Cisneros se entregó a la oración y al estudio de la Biblia en el marco de la durísima existencia de los observantes franciscanos. En 1495, al tener lugar la muerte del cardenal toledano Mendoza, los Reyes Católicos, siguiendo su consejo, eligieron a Cisneros para sustituirle. No deseaba el fraile hacerse cargo de la sede toledana pero, finalmente, tuvo que someterse, aunque manteniendo a la par un régimen de vida extremadamente austero. Emprendió entonces una reforma de la vida conventual que causó la ira de buena parte de los frailes afectados, pero que llamó muy positivamente la atención de Isabel la Católica. En 1499, convencidos de que los métodos utilizados por Talavera eran demasiado blandos y de que por los intereses de la nación no podían permitirse esperar durante años, los reyes ordenaron que Cisneros compareciera ante ellos en Granada. Así lo hizo en el otoño, dando inicio a una campaña de conversiones en la que el papel de un más que desanimado Talavera, a la sazón arzobispo, no quedaba en absoluto claro.

En 1500 los musulmanes se sublevaron en el Albaicín tras dar muerte a dos agentes de la autoridad. Talavera se ofreció de mediador e incluso llegó a pasar las barricadas levantadas por los amotinados. Fue inútil. Los moros no estaban dispuestos a avenirse a razones y, por otra parte, la autoridad estaba obligada a castigar a los asesinos. En un rapto de generosidad —que resultó de pésimas consecuencias— se acabó ofreciendo a los rebeldes el perdón a cambio del bautismo. Se pensaba, seguramente con la mejor intención, que así se unía la clemencia del perdón con la integración social. El error no pudo ser peor. Tras los bautismos de los moros del Albaicín, de nada sirvió que la reina Isabel jurara ante los emisarios musulmanes que no consentiría las conversiones forzadas. En las Alpujarras estalló la rebelión y los moros comenzaron a descender de sus poblados de Sierra Nevada sobre los cristianos que habitaban los valles en un verdadero aluvión de hierro y sangre. Se cumplía así, trágicamente, la pesadilla que habían temido los cristianos a lo largo de siglos: la llegada de musulmanes que buscaban tan sólo matar, saquear, violar y arrasar.

El rey Fernando tomó enseguida las riendas de la lucha contra la sublevación. Tras reprender a Cisneros por lo sucedido —algo discutible siquiera en parte— adoptó medidas encaminadas a proteger a los antiguos musulmanes ya integrados y comenzó las operaciones militares. Éstas fueron

precedidas por un nuevo anuncio de perdón que, repitiendo un error previo, se condicionaba a la recepción del bautismo.

La lucha fue verdaderamente encarnizada, pero el bautismo proporcionó a los moros una vía de escape de las consecuencias legales de la sublevación. Así, rebeldes que se habían alzado contra la autoridad regia e incluso habían cometido tropelías y delitos de sangre fueron perdonados y se procedió a devolverles sus bienes. No resulta sorprendente que a finales del verano hubiera concluido la sublevación en las Alpujarras y que a inicios de 1501 otro tanto sucediera en la zona de Almería. Tampoco puede extrañar que con semejantes perspectivas, en la serranía de Ronda y en sierra Bermeja volviera a estallar la rebelión armada. Si triunfaba se restauraría el poder islámico y, si fracasaba, el bautismo proporcionaría una escapatoria de la justicia hasta que llegara el momento de la futura rebelión.

Fue precisamente en el curso de los combates contra los rebeldes de Ronda cuando se llegó a la conclusión de que la única salida para una vida futura en paz era deportar a los que no se integraran. Sin embargo, durante un tiempo semejante pensamiento no pasó de ser un proyecto, porque las guerrillas moras de los denominados gandules[90] ofrecieron una feroz resistencia que se tradujo en el casi exterminio del primer ejército enviado contra ellos.

En mayo de 1501 concluyó la campaña, ofreciéndose a los moros que lo desearan la posibilidad de pasar a África mediante el pago de cuatro mil quinientos maravedíes por cabeza. Aunque algunos funcionarios de la Corona insistieron en que debía asaltarse con la flota a los que se marcharan y prender a los rebeldes, los reyes no consintieron en ello. Sin embargo, decenas de miles de moros no estaban dispuestos ni a dejarse bautizar ni a pasar a África. Pensaban que aquella era su tierra —en lo que no les faltaba razón— y estaban dispuestos a permanecer en ella para devolverla al islam a la primera oportunidad, propósito que, obviamente, constituía una seria amenaza para España.

El 11 de febrero de 1502 se hizo público un edicto de expulsión que daba a los musulmanes de Castilla y León un plazo de dos meses para ser bautizados o abandonar los citados reinos. Los que optaron por el bautismo no debieron de ser escasos, porque un siglo después bordeaban la cifra de doscientos mil. Que sus conversiones al catolicismo no fueron sinceras en buen número de casos ofrece poca duda. Que aquella medida —quizá impulsada por la creencia en el poder regenerador del sacramento— podía llevar a buen puerto el proceso de integración era ingenuo y que plantearía graves problemas en el futuro, admite poca discusión. Que, a pesar de todo, la Inquisición decidió no intervenir en la vida de los pseudoconversos de origen musulmán para evitar conflictos, también resulta innegable. De manera que no deja de resultar reveladora, durante los siglos siguientes la Inquisición sometería a una acentuada vigilancia a los posibles judaizantes —no digamos ya a los sospechosos de protestantismo—, pero evitaría entrar en las vidas de los moriscos. Sólo su persistente mantenimiento de unos lazos con el islam que sobrepasaban cualquier lealtad a la nación acabarían determinando al cabo de los siglos, como tendremos ocasión de ver, medidas más radicales contra ellos.

Al otro lado del Estrecho

El intento de integración de los musulmanes en la realidad española no era, sin embargo, más que una de las facetas de la defensa contra un fenómeno beligerante y agresivo que había dejado sentir su presencia durante siglos. De no menor importancia era el control de las rutas africanas que impidiera nuevas invasiones islámicas en conexión con una quinta columna peninsular.

Como tuvimos ocasión de ver en un capítulo anterior, semejante necesidad estratégica ya quedó claramente de manifiesto durante la denominada batalla del Estrecho, librada contra los benimerines que colaboraban con los musulmanes afincados en Al-Ándalus. A medida que avanzaba la Reconquista, la necesidad se hizo más perentoria, y fueron articulándose medidas con esa finalidad toda vez que, por añadidura, los turcos estaban llevando a cabo una serie de campañas en Europa

oriental y el Mediterráneo que constituían una verdadera amenaza.

En virtud de los tratados de Trujillo (27 de septiembre de 1479) y de Toledo (6 de marzo de 1480), Castilla y Portugal, dos de los reinos más directamente amenazados por los musulmanes del norte de África, acordaron la delimitación de sus áreas de acción en el continente que se extendía al sur de sus aguas. Mientras que Portugal, que dominaba Ceuta desde 1415, se iba a ir extendiendo ya en las postrimerías del siglo XV por Alcázar Seguer (1458), Arcila y Tánger (1471), Castilla hubo de esperar hasta 1490, e incluso entonces lo hizo a instancias del papa Sixto IV, hondamente preocupado por la expansión turca y la caída de Otranto en manos del islam.

En 1490, en plena guerra de Granada, tropas castellanas se apoderaron de Azamán, Alhucemas y Fadala, y en 1494 Fernando el Católico comenzó conversaciones diplomáticas encaminadas a obtener la plaza de Orán. A ese acuerdo se llegó el 22 de noviembre de 1494, y fue suscrito por Fernando de Zafra, secretario de los Reyes Católicos, y Mahomad Belhaji Ruhama.[91] El acuerdo no llegó a cumplirse por razones que no han sido del todo determinadas, pero por ello no se interrumpió la política norteafricana de Castilla. En 1497, Juan de Estupiñán se apoderaba de Melilla, a la sazón una base de piratas musulmanes que hostigaba continuamente las costas y las embarcaciones españolas, y en septiembre de ese mismo año, otra expedición española se hacía con el control de la isla de los Gelves, que se perdería en 1500.

Al año siguiente del desembarco en Melilla se produjo un aumento de la inquietud occidental frente al islam, dado que los turcos comenzaron a hostigar a los venecianos en un intento no sólo de expulsarlos de sus plazas en Grecia, sino de invadir la misma Venecia. Sería precisamente la intervención de una armada española al mando del Gran Capitán la que obligaría a los turcos a retirarse y a suspender su campaña contra Nápoles de Romania. Las armas castellanas —las más experimentadas en todo Occidente en la lucha contra el islam— se dirigieron entonces hacia Cefalonia para liberarla de los turcos. El ataque, iniciado el 2 de noviembre de 1500, concluyó el día de Nochebuena del mismo año con un triunfo castellano tan rotundo que en 1502 el sultán Bayaceto entró en tratos con Venecia para firmar la paz. Una vez más la expansión islámica era frenada por el esfuerzo hispánico.

Durante los dos años siguientes, tanto la guerra en Italia —que concluyó con la anexión de Nápoles a España— como el fallecimiento de la reina Isabel el 26 de noviembre de 1504, detuvieron momentáneamente la lucha contra el islam. Se trataba —todos lo sabían— de una mera pausa. Isabel había indicado de manera clarividente en su testamento cómo seguía existiendo un peligro islámico al otro lado del Estrecho que, porque deseaba volver a dominar España, tenía que ser sofocado. El 3 de septiembre de 1505 zarpaba de Almería una flota española rumbo a Mazalquivir. La empresa resultaba obligada porque el enclave musulmán, situado frente a Cartagena, servía de base de continuas operaciones hostiles en las que no pocas veces eran capturados españoles a los que se convertía en esclavos. El 11 de aquel mismo mes, las fuerzas españolas, entre las que se hallaba presente Cisneros[92], tomaban la plaza iniciándose así una serie de campañas victoriosas contra el islam africano que tuvieron, entre otros frutos, la toma del peñón de Vélez de la Gomera en 1508 y la de Orán en 1509. Al año siguiente de la expedición oranesa, España alcanzó la máxima expansión en África. Tomadas Bugía y Trípoli, se sometieron también Argel, Túnez, Mostaganem y Tremecén. Tan sólo el fracaso en la nueva expedición contra la isla de los Gelves empañó esta cadena de éxitos.

Durante los años siguientes España iba a ser la primera potencia en el Mediterráneo occidental, e incluso llegaría a acariciar la idea —que hoy puede parecer descabellada pero que, a la sazón, era harto verosímil— de continuar la reconquista de los imperios que habían pertenecido a Occidente en el norte de África hasta llegar a Oriente Medio y allí liberar los Santos Lugares. La idea era apoyada por el papa, que soñaba con una gran coalición libertadora en la que se incluyeran, además de España, Venecia, la Austria de Maximiliano y la propia Santa Sede. De haber seguido ese camino, tan

sólo se habría revertido el proceso seguido en sus invasiones por el islam siglos atrás y, al igual que estaba sucediendo con España, el Mediterráneo, romano y cristiano, habría sido devuelto a su primigenio tronco occidental. Sabido es que no fue así y resulta difícil discutir que para desgracia de unos y de otros, porque si a unos pueblos los sometió a la amenaza constante del islam, a otros los mantuvo en un atraso cultural, político y social que persiste hasta el día de hoy.

El 23 de enero de 1516, fallecía Fernando el Católico y en curiosa y trágica coincidencia histórica aparecieron en el escenario mediterráneo los hermanos Barbarroja. Comenzaba un nuevo episodio en la lucha de Occidente frente al islam en el que España iba a desempeñar, una vez más, un papel de primer orden.

Capítulo II

BERBERISCOS Y TURCOS

La amenaza turca[93]

La política europea del siglo XVI es absolutamente incomprensible —y por ello resulta tan grave que suela pasarse por alto— sin una referencia explícita a la amenaza islámica. De hecho, el enemigo vencido en España tras siglos de brega significaba ahora un desafío que dejaba su estela de guerra y destrucción prácticamente desde mediados del siglo anterior. Esa amenaza se concretaba en las acciones de los piratas berberiscos asentados en el norte de África y, por supuesto, en la quinta columna morisca existente en España pero, sobre todo, halló su expresión en la expansión militar del imperio otomano. Su avance resultó, de hecho, tan despiadadamente extraordinario que sólo puede asemejarse al de las primeras conquistas islámicas, y lleva a comprender el temor occidental a sus consecuencias.

Así, en 1453, tras una prolongada lucha, el imperio otomano se había apoderado de Constantinopla poniendo punto final al imperio romano de Oriente.[94] Seis años después, los turcos conquistaron Bulgaria y Serbia, salvo Belgrado. En 1461 cayó ante el ejército turco Trebisonda, el último reino cristiano de Oriente. En 1463 sufrieron el mismo destino aciago Bosnia y Croacia, y en 1470, la isla de Eubea. Además, entre 1460 y 1479 los turcos no dejaron de avanzar por territorio griego ocupando Atenas, Morea y Cefalonia. En 1480, se permitieron incluso desembarcar en Otranto, en Italia, asesinando a toda su población. Esta campaña, como ya vimos en el capítulo anterior, provocó una reacción en la que los Reyes Católicos desempeñaron un papel esencial y que los detuvo durante una década. Sin embargo, en 1517, el año siguiente a la muerte de Fernando el Católico, los turcos prosiguieron su avance al apoderarse del sultanato de Egipto. En 1518, pasaban a controlar el Magreb gracias a su alianza con los berberiscos, y en 1521, tomaban Belgrado. En 1522, una traición les permitió arrebatar Rodas a los caballeros hospitalarios. Se trató de una gran victoria antes de desbordar el ámbito mediterráneo y saltar sobre Europa central con la rapidez del rayo.

En 1526, derrotaron y mataron al rey Luis de Hungría en Mohacs, y en 1529 sitiaron Viena, una ciudad que se les resistió únicamente gracias a la ayuda de Carlos I de España. Las siguientes décadas estuvieron jalonadas de triunfos continuados de los turcos. Hungría, Moldavia, Rumania, Albania, las Lípari e incluso las Alpujarras granadinas —como tendremos ocasión de ver— fueron testigos de las hazañas de los turcos y sus aliados.

Dado que sus avances iban jalonados por las deportaciones en calidad de esclavos de las poblaciones autóctonas, por las ejecuciones en masa de enclaves enteros, por continuas incursiones en que especialmente los niños eran secuestrados para engrosar los harenes o los ejércitos, y por una política eventual de conversiones forzadas al islam, no puede extrañar que sus contemporáneos los

contemplaran con verdadero terror y que incluso no fueran pocos los cristianos —tanto católicos como protestantes— que los consideraran como una de las plagas previas a la segunda venida de Cristo.

Por si esto fuera poco, a la agresión turca iban a sumarse otros dos factores que tendrían una enorme importancia. El primero fue la alianza entre los turcos y los berberiscos, a la que nos referiremos más adelante y a la que soñaban sumarse los moriscos de España. El segundo fue la política francesa que, siguiendo una línea de islamofilia que persiste hasta la actualidad, vio en los turcos una manera de facilitar su lucha contra España sin atender a otro tipo de consideraciones. Así, Francisco I de Francia, a pesar de su condición de rey católico, no dudó en aliarse con los turcos en un claro intento de dañar los intereses de España. Esta circunstancia facilitó que el pirata Barbarroja realizara sus correrías por el Mediterráneo e incluso se apoderara del reino de Túnez, a la sazón aliado de España. Semejante cúmulo de circunstancias acabaría obligando a Carlos I a enfrentarse directamente con la amenaza islámica.

La respuesta española (I): la campaña de Túnez[95]

Los intentos de enfrentarse con la amenaza islámica no se vieron detenidos en 1516 únicamente por la muerte de Fernando el Católico. Ese mismo año, Diego de Vera fracasó en su proyecto de apoderarse de Argel —un enclave esencial en la lucha contra los piratas—, y parecido final tuvo un nuevo intento llevado a cabo veinte meses después. En 1524 las fuerzas españolas se vieron obligadas además a desalojar la pesquería de Santa Cruz de Mar Pequeña, situada frente a Canarias, que había formado parte de Castilla desde 1476.

Las derrotas se fueron sucediendo en los años siguientes en paralelo con el avance turco en Europa al que nos hemos referido en el párrafo anterior. En 1526 —año verdaderamente trágico en la historia de Europa— el marqués de Mondéjar, capitán general de Granada, fue rechazado ante el peñón de Vélez de la Gomera. Andaban a la sazón los moriscos excitados con la sucesión de victorias islámicas y soñaban, no sin motivo por otra parte, con una incursión de mayor calado que restaurara un reino musulmán en la Península. De hecho, se sublevaron en Segorbe refugiándose en la sierra de Espadán. La rebelión, semejante a otras anteriores y preludio de la peor que llegarían a protagonizar, tenía que ser reprimida, y la labor la encomendó el emperador a cuatro mil soldados alemanes. Fue una campaña en la que la lucha casi palmo a palmo por el terreno revistió unas características durísimas y en la que tanto los musulmanes como los soldados extranjeros descollaron por su bravura y su crueldad.

A esas alturas, Carlos I, que estaba profundamente desengañado de los efectos de la política clemente llevada a cabo por los Reyes Católicos, decidió proceder a la expulsión de los moriscos de España como forma de acabar con una peligrosísima quinta columna. Si la medida, al fin y a la postre, no se llevó a cabo se debió a la oposición de una nobleza que estimaba más sus intereses económicos particulares que los nacionales. La victoria a medias —cierta en lo militar pero incompleta en cuanto al futuro orden público se refería— quedó amargada tres años después con la pérdida del castillo-fortaleza situado frente a Argel.

En 1531 los turcos volvieron a la carga y el emperador llegó a una tregua con los protestantes alemanes el 3 de agosto, a fin de enfrentarse con un ataque dirigido contra el corazón de Europa. Al mando de un ejército de trescientos mil hombres —realmente una cifra impresionante para la época — Solimán el Magnífico atravesó Belgrado en dirección al centro del continente. Esperándole se hallaba un ejército imperial a las órdenes del marqués del Vasto y formado por tropas españolas, germanas e italianas. En paralelo al avance por tierra, los turcos preparaban una ofensiva en el Mediterráneo.

Los hermanos Barbarroja, Horuc y Haradín[96], habían establecido contacto con los moriscos de Granada y comenzaban a asestar golpes en el norte de África. El primero se proclamaría rey de

Argelia y ocuparía Tremecén a la vez que desencadenaba continuos ataques contra posiciones españolas. Su final se produjo al enfrentarse con tropas españolas mandadas por el marqués de Gomares, gobernador de Orán. Por lo que se refiere al segundo, el que verdaderamente merecía el apelativo de Barbarroja, constituiría un puñal apuntado de manera continua contra la seguridad española y occidental en el Mediterráneo. No sólo prosiguió los contactos con los moriscos, sino que además fue nombrado jefe de la flota de Solimán II y se apoderó de Túnez. Que Barbarroja era un pirata que tenía que ser derrotado con urgencia porque sus actividades excedían con mucho la delincuencia para adentrarse en el terreno de la alta —y bien agresiva— política islámica no ofrecía duda, y en ello decidió emplearse Carlos V.

A finales de octubre de 1532, el emperador salió de Viena, otro de los objetivos fundamentales de los turcos, con tropas españolas. Esta circunstancia iba a ocasionar serios problemas a la defensa de Europa central, no sólo por la pérdida de los recursos militares españoles, sino también porque las fuerzas italianas anunciaron que deseaban marchar junto a las españolas y que no permanecerían en Austria. Tras amotinarse para conseguirlo, hubo que licenciarlas. Con todo, el episodio no dejó de ser menor en medio de las aclamaciones populares de las que fue objeto Carlos V en su camino hacia el sur. Ferrara, Mantua, Bolonia —donde conferenció con el papa aunque sin articular un acuerdo práctico— y Génova lo recibieron con verdadero entusiasmo en la convicción de que era el único dispuesto a enfrentarse a la amenaza que significaba el islam para su libertad, sus haciendas y sus vidas. En abril de 1533, Carlos V se hallaba en Barcelona, donde comenzaba la reunión de un ejército que pudiera oponerse a Solimán el Magnífico.

Sin embargo, la alianza internacional encabezada por el emperador tenía —¡como tantas veces!— a Francia como enemiga. De manera vergonzosa, Francisco I entró en tratos con Solimán el Magnífico a cambio de obtener ventajas comerciales en Asia. Intentó el rey francés justificar su actitud, pero lo cierto es que tan sólo se trataba de un claro abandono de la defensa del Occidente cristiano en pro de objetivos mezquinamente nacionales.

El 30 de mayo de 1535 embarcó Carlos V rumbo a Cagliari, si bien no pudo realizarse la conjunción con las tropas italianas hasta el mes de julio. Lo que quedó constituido entonces fue una verdadera fuerza internacional de cincuenta y dos mil hombres a las órdenes de España. Carlos V dirigía la empresa; el duque de Alba, las fuerzas de reserva; y don Alvaro de Bazán, la escuadra española encuadrada en el seno de la flota mandada por Andrea Doria (pero con integrantes holandeses, italianos, portugueses, borgoñones y flamencos). El objetivo era Túnez.

Tras una travesía sin complicaciones, las tropas desembarcaron junto a la antigua ciudad de Cartago el día 17 de junio. Se produjeron desde el principio ataques esporádicos, pero el avance continuó imparable en el curso de los días siguientes. Así, en medio de un calor agobiante, las fuerzas mandadas por el emperador llegaron hasta los objetivos de La Goleta y Túnez. Ante la disyuntiva de optar por una de las dos posiciones, Carlos V se decidió por La Goleta, ya que se encontraba menos fortificada y era de esperar que cuando se produjera su caída Túnez no podría mantener la resistencia por mucho tiempo.

No fue fácil el establecimiento del cerco, ya que Barbarroja realizó peligrosas salidas en el curso de las cuales no sólo causó numerosas bajas, sino que incluso llegó a apoderarse de una bandera. Con todo, el 14 de julio se inició el asalto y a última hora del día La Goleta se hallaba en manos españolas. En el interior de la fortaleza se encontró una prueba más de la perfidia de Francisco I, pues buena parte de las trescientas piezas artilleras capturadas llevaban grabada la flor de lis de Francia.

Llegada a ese punto la campaña, Barbarroja intentó obligar a los españoles a una batalla en campo abierto, y con tal finalidad se estableció junto a los únicos pozos de agua de la zona, en las cercanías de las ruinas del antiguo acueducto de Cartago. Disponía así no sólo de la ventaja numérica

—recibía una potente ayuda de los turcos aparte de contar con sus propias fuerzas—, sino también climática y logística.

El 21, de marcha hacia Túnez, el ejército español, aplastado por el sol y la sed, fue atacado por Barbarroja. Las bajas fueron numerosas, pero la formación se mantuvo y acabó trabando combate con el propio pirata. Finalmente, al mediodía, los cañones españoles estaban ya disparando sobre Túnez. A esas alturas se iniciaba la retirada musulmana y en medio del desorden los prisioneros que había en el alcázar lograron escaparse y apoderarse de armas que les permitieran colaborar con los atacantes.

La toma de Túnez tuvo como paralelo la huida de Barbarroja, al que los barcos de Andrea Doria no consiguieron atrapar. Se trataba de una victoria de enorme importancia, hasta el punto de que en aquellos momentos Carlos V concibió por primera vez la idea de abdicar, como si un evento tal ya hubiera bastado para justificar su labor como gobernante. Desde 1538 a 1540 pudo parecer incluso que la amenaza turca estaba conjurada. Sin embargo, los derroteros de la Historia iban a discurrir por otro rumbo.

La respuesta española (II): Argel[97]

El final de la década de 1530 vino marcado por los preparativos musulmanes para continuar su asalto sobre Europa. Mientras Solimán el Magnífico se acercaba a Budapest, las naves de Barbarroja asolaban Sicilia. Fue precisamente en medio de esos acontecimientos cuando Francisco I decidió estrechar aún más sus lazos con los turcos e incluso tendió la mano al propio Barbarroja.

Semejantes actos de hostilidad, que sólo favorecían las agresiones islámicas y, sobre todo, las repetidas peticiones de ayuda de los habitantes del Mediterráneo, decidieron a Carlos V a actuar nuevamente. A su juicio, los ataques musulmanes podían quedar neutralizados si España mantenía el control del norte de África. Resultaba por lo tanto imperativo hacerse con plazas como las de Túnez y La Goleta, pero también con la de Argel. Si este enclave caía efectivamente en manos de España no sólo quedaría conjurada la amenaza islámica en el Mediterráneo, sino que Solimán el Magnífico se vería obligado a replantear la totalidad de su estrategia europea deteniendo incluso su avance por el centro del continente. Así, desde Ratisbona, donde se hallaba, ordenó el emperador que se iniciaran los preparativos para la nueva expedición. En paralelo y a fin de evitar el reforzamiento de las defensas de Argel, se hizo correr la voz de que la empresa iba dirigida a mejorar las posiciones de La Goleta frente a un ataque islámico que, por cierto, se hallaba en preparación.

Se eligió como fecha de la operación el mes de septiembre de 1541, lo que provocó las críticas, sin resultado, de Andrea Doria, que temía enfrentarse con los temporales típicos de la época. La fuerza expedicionaria, formada por veinte mil infantes españoles, italianos y alemanes, y contingentes simbólicos aportados por la Orden de Malta y Portugal, se concentró en Mallorca en un ejemplo de organización derivada, en no escasa medida, de lo aprendido con anteriores errores. El emperador tardaría en reunirse con las tropas, ya que le retrasaron las negociaciones con los protestantes alemanes, pero finalmente embarcó con las fuerzas en Italia, saliendo del puerto de La Spezia el 27 de septiembre.

A diferencia de lo sucedido durante la campaña de Túnez, el desembarco resultó ahora desastroso. Nada más llegar a las costas de Argel el 20 de octubre, un terrible temporal estuvo a punto de causar el naufragio de la flota e impidió hasta el 23 que una parte de las tropas tomara tierra. Con ellas iban escasos víveres y sólo algunas piezas ligeras. Un día más se necesitó para que desembarcaran los oficiales y algunos gastadores, mientras el resto de los soldados tenía que permanecer embarcado.

Con tan escasas fuerzas, el emperador acampó a unas 7 millas de Argel y envió un mensajero a su gobernador —un eunuco renegado llamado Hassán Agá— para que entregara la plaza. La negativa se realizó en los términos más groseros, ya que Hassán Agá calificó a Carlos V de «perro cristiano…

Un perro, entre los perros de tus hermanos»[98]. En respuesta, el emperador decidió avanzar sobre Argel al mando de tres cuerpos: en vanguardia, los españoles; en el centro, los alemanes, y en retaguardia, los italianos y los caballeros de Malta. Sólo consiguió progresar 3 millas el día 24. Al día siguiente, tras un feroz combate contra los moros, los expedicionarios tomaron unas alturas en las que procedieron a emplazar la artillería mientras la infantería se desplegaba.

El 26 de octubre de 1541 se desató un nuevo temporal sobre las tropas españolas, cansadas, faltas de sueño e instaladas en un campamento semi-improvisado. El desconcierto que cundió entre las tropas imperiales fue aprovechado por Hassán Agá para lanzar un ataque que aún las desordenó más, aunque lograron repelerlo con éxito. Sin embargo, eso no había sido lo peor. El temporal tuvo un efecto desastroso sobre la flota. Las naves chocaron entre sí, algunas encallaron en la costa, se produjeron naufragios y la práctica totalidad de los soldados que consiguieron llegar a tierra fueron degollados por los moros. Por si fuera poco, la mayor parte de la carga, incluyendo la artillería, los víveres y un millar de caballos, se había perdido. La expedición había sufrido un verdadero desastre y Andrea Doria juzgó pertinente enviar un mensaje al emperador rogándole que se retirase. Hernán Cortés, regresado de sus hazañas en México y partícipe en la expedición, era partidario de continuar la ofensiva comprometiéndose incluso a tomar Argel si se le proporcionaban los efectivos suficientes, pero el resto de los mandos militares llegó a la conclusión de que la única salida sensata era emprender la retirada.

El repliegue resultó excepcionalmente duro debido al hostigamiento de los moros, al barro, a la lluvia y al número considerable de heridos a los que se transportaba incluso en las condiciones más precarias para evitar que cayeran en manos de un enemigo que los habría asesinado o reducido a la esclavitud. Al cruzar el río Harach, la formación italiana se deshizo, pero fue salvada por la intervención de los arcabuceros españoles, los mismos que, en compañía de los piqueros alemanes, protegieron a las tropas mientras se llevaba a cabo el reembarque.

Después de Argel

La derrota de Argel fue un golpe durísimo para la estrategia del emperador, que comprendió que su hijo, el futuro Felipe II, tendría que vérselas con una situación especialmente espinosa en el Mediterráneo. De momento, desde luego, tuvo como consecuencia inmediata la desestabilización de todo el norte de África, repitiéndose trágicamente la lección aprendida por los españoles durante la Reconquista: la debilidad de los no musulmanes actúa siempre como acicate para nuevos ataques islámicos. Así, Pedro de Toledo, el virrey de Nápoles, tuvo que armar una escuadra para recuperar las poblaciones de Susa y Monastir, enclavadas en la costa de Túnez, que se habían pasado a los piratas. El virrey logró su objetivo e incluso poco después los españoles derrotaron a un ejército de veinte mil moros pero, al fin y a la postre, los turcos recuperaron las plazas.

En 1542, Tremecén[99] se alzó contra los españoles y el gobernador de Orán se vio obligado a dar inicio a una ofensiva contra la plaza. Concluyó ésta con una victoria española y, dentro de una secular tradición castellana, con el reconocimiento de un monarca musulmán, en este caso Muley Abú Abd-Allah, al que sólo se exigió que se declarara vasallo del emperador. Poco tiempo duró esta situación, ya que el rey de Tremecén fue destronado por su hermano con el apoyo turco y la superioridad material impidió que una nueva expedición española se viera coronada por el éxito.

En 1545, Barbarroja fallecía de muerte natural en Constantinopla, donde el sultán turco le había cubierto de riquezas y honores. Durante los últimos años había sido incluso aliado abierto de Francia en la guerra contra España, colaborando en la defensa de Niza. Por supuesto, no había dejado de intentar nuevos desembarcos en la Península y de estrechar su alianza con los moriscos. Su puesto fue ocupado por Dragut[100], un pirata de origen griego que había sido secuestrado en su infancia por los musulmanes y convertido al islam. Dragut no tardó en emular a Barbarroja y, apoyado por los turcos, se apoderó de las plazas de Mehedia, Susa y Monastir, lo que provocó la lógica reacción

española. En 1549, Susa y Monastir fueron recuperadas por las fuerzas imperiales y, en 1550, España envió una expedición a Mehedia.

Fue la campaña de Mehedia especialmente dura, ya que los musulmanes se apoderaban de los cadáveres españoles y los mutilaban cruelmente para luego mostrar las partes arrancadas como trofeos de guerra. Semejante comportamiento provocó que los españoles, deseosos de evitar aquellos ultrajes, defendieran los cuerpos de sus compañeros caídos igual que si estuvieran vivos. Ante la bravura de los expedicionarios, Dragut se vio obligado finalmente a retirarse y la población acabó pasando a manos españolas.

En 1551, Dragut se colocó al servicio directo del sultán de Turquía, convencido de que semejante circunstancia le proporcionaría los recursos necesarios para continuar sus tropelías en la cuenca del Mediterráneo. No se equivocaba. Durante los años siguientes saqueó las costas italianas y tomó Trípoli, que había sido cedida por el emperador a los caballeros de Malta.

La toma de Trípoli por los musulmanes tuvo terribles consecuencias para la seguridad en el Mediterráneo. Monastir y Susa fueron ocupadas por los turcos y, finalmente, Bugía se vio de nuevo sometida al islam. Se trataba en cada caso de jalones en el camino hacia nuevos ataques sobre España. En esa línea incluso Orán —que fue defendida y mantenida por los tercios españoles frente a un ejército de cuarenta mil soldados musulmanes— y las Baleares sufrieron diversas incursiones de los piratas berberiscos que en los años anteriores habían intentado tomar Vinaroz y Villajoyosa en la costa levantina. La literatura ha hablado profusamente del efecto de la piratería inglesa u holandesa sobre el imperio español. La realidad es que la amenaza mayor y más continua no vino durante estas décadas —y las del reinado de Felipe II— del norte sino del sur islámico.[101]

En 1556, Carlos V decidió abdicar y retirarse al monasterio de Yuste a fin de prepararse para el tránsito a la otra vida. Estaba cansado de guerras y, al parecer, aún no se había recuperado de la derrota sufrida en Argel. Al cabo de décadas de esfuerzos, no podía negarse que la situación del Mediterráneo era peor que cuando se había sentado en el trono español. El islam, gracias a la fuerza combinada de turcos y berberiscos, era un enemigo más amenazante que nunca. Sobre su hijo, el rey Felipe II, recaía ahora la responsabilidad de enfrentarse con él, y los primeros combates tendría que librarlos, como sus bisabuelos y millones de españoles que le habían precedido a lo largo de los siglos, en el suelo peninsular.

Capítulo III

LA GUERRA DE LAS ALPUJARRAS

La quinta columna morisca

A mediados del siglo XVI, el enemigo vencido en España en 1492 se encontraba en una situación de pujanza como enemigo amenazante. Como tuvimos ocasión de ver en el capítulo anterior, el islam no sólo había invadido buena parte de Europa oriental y central, sino que además, valiéndose de su recuperado predominio en el norte de África, realizaba incesantes incursiones sobre las costas de Italia y España. En medio de ese contexto resulta comprensible que muchos musulmanes no sólo ansiaran volver a invadir la península Ibérica, sino que además consideraran semejante empeño como una empresa posible.

En esos planes de regreso al solar del que habían sido expulsados —una eventualidad que Isabel la Católica había contemplado con su habitual lucidez— los moriscos constituían una pieza clave. A más de medio siglo de la rendición del reino de Granada, este sector de la población no sólo no se había integrado, sino que continuaba constituyendo un cuerpo aparte que soñaba en colaborar con sus

correligionarios del otro lado del mar y, de hecho, no perdía ocasión para hacerlo. De manera bien reveladora, mientras que los judíos conversos habían terminado asimilándose e incluso iban a dar a España algunos de sus talentos más preclaros, los moriscos persistían en sus puntos de vista. Dos factores pudieron influir poderosamente en este diferente comportamiento de los citados segmentos de la sociedad. El primero era, sin duda, la identificación con España. En el caso de los judíos, esa identificación llevaba operándose desde hacía siglos y de manera muy especial desde que habían sido objeto de terribles persecuciones por parte de los musulmanes. En los reinos del norte, especialmente en Castilla, habían encontrado una protección firme contra la intolerancia islámica, y por ello no es de extrañar que los miembros de sus comunidades acogieran, por ejemplo, la noticia de la reconquista de Granada con bailes en las calles. El segundo motivo era de corte espiritual. Mientras que para muchos judíos el cristianismo se presentaba como una desviación espiritual en torno a un falso mesías, para otros —y ése es un fenómeno que ha permanecido ininterrumpido desde el siglo I — el cristianismo era la consumación de la fe de Abraham, Isaac y Jacob. Jesús era el mesías esperado y precisamente por ello la conversión podía ser concebida como un ascenso espiritual en un camino transitado ya desde sus inicios.

En el caso de los moriscos, ninguna de esas realidades estaba presente. Por un lado, España no evocaba una realidad amable, sino la derrota del islam después de casi ocho siglos de lucha continuada. Para ellos no era una realidad protectora, sino un enemigo vencedor al que, comprensiblemente, se miraba con rencor. Por otro, el islam no podía contemplar nunca el cristianismo como un avance, sino siempre como un proceso, imperfecto y corrupto, de la fe pura predicada por Mahoma. A diferencia de lo sucedido con algunos judíos, nada había en su interior que apelara a dar el paso de la conversión como consumación de un camino empezado. Por el contrario, existía la convicción de que se abandonaba una fe superior por otra llena de defectos en la que los hombres veían limitado absurdamente el número de sus esposas, las mujeres tenían un lugar inmerecido o se profesaba un concepto de la divinidad intolerable.

En uno y otro colectivo hubo, sin ningún género de dudas, conversiones motivadas por el interés o por la debilidad. Sin embargo, al cabo de las décadas los judíos conversos eran una realidad integrada en la que sólo muy ocasionalmente se localizaban judaizantes, mientras que los musulmanes constituían una verdadera quinta columna dispuesta a ayudar a sus correligionarios a volver a invadir España y recuperarla para el islam. Fue así como dio inicio la guerra más cruenta que se libraría en territorio español desde el final de la Reconquista hasta la invasión francesa de 1808.

La rebelión de Abén Humeya[102]

El levantamiento armado de los moriscos, conocido también como guerra de las Alpujarras, tuvo precisamente su origen en la esperanza de una nueva invasión islámica de la península. Si la sucesión de incursiones de piratas musulmanes había mantenido esa ilusión durante décadas, la noticia de que los reyes de Argel y Fez habían llegado a varios puertos de Granada con armadas se convirtió en la chispa que encendió el polvorín de la revuelta. Pensaban, sin duda, que había llegado el momento del desquite de la derrota sufrida en 1492, y la venganza se tradujo en los actos más crueles contra los que no eran musulmanes. Así, cuando un capitán llamado Herrera pasó con cuarenta caballos desde Granada hasta Cadiar, los moriscos de la población lo asesinaron junto con sus hombres y, a continuación, prendieron a los cristianos viejos para someterlos a las más horribles torturas. A las castraciones seguidas por el tormento que las moriscas ocasionaban a los mutilados hasta hacerlos morir, se sumó una peculiar saña contra el clero. Así, al cura de Mairena lo llenaron de pólvora y luego lo prendieron fuego, mientras el vicario era enterrado hasta la cintura para después ser acribillado a saetazos.

En apenas unas jornadas, los monfíes de la sierra (delincuentes huidos de la justicia), los

gandules (a los que ya nos referimos en un capítulo anterior) y los piratas berberiscos lograron formar una fuerza de choque capaz de enfrentarse con las tropas del rey. A inicios del otoño de 1568, de manera totalmente clandestina, Hernando de Valor, supuesto descendiente de los califas, se convirtió en «rey de los moros» con el nombre de Abén Humeya. La ceremonia, celebrada en Churriana, fue seguida por la aceptación de todos los moriscos de la Alpujarra, que inmediatamente se dirigieron a Granada con la intención de tomarla.

Aquella primera incursión de los moriscos sublevados concluyó en un sonoro fracaso, ya que los granadinos optaron por permanecer en sus casas y el jefe de zona, fortificado en la Alhambra, adoptó las medidas necesarias para evitar el estallido de la revuelta. Ésta, sin embargo, acababa de empezar.

Lo que vino a continuación fue una verdadera orgía de islamismo vencedor. Mientras se sucedían las profanaciones de los lugares de culto católico y las torturas ocasionadas a los cristianos, los sublevados se pusieron a la tarea de abrir nuevas mezquitas. A pesar de todo, las circunstancias se imponían. De momento, las autoridades se hallaban a la defensiva, pero no podía esperarse que se mantuvieran en aquella actitud por mucho tiempo. Teniendo esto en mente, Abén Humeya ordenó el repliegue hacia la zona más escarpada de las Alpujarras , en cuyo interior estableció una serie de puntos de defensa.

Su objetivo era llevar a cabo una guerra de guerrillas —en la que debía tener un papel esencial el empleo de ponzoña en las armas blancas, de tal manera que los heridos del bando contrario encontraran la muerte— a la espera de que llegaran los refuerzos procedentes de los musulmanes del norte de África. Para acelerar esto, partió hacia Berbería el hermano de Abén Humeya.

La guerra de las Alpujarras (I): el mandato del marqués de Mondéjar

La situación difícilmente podía resultar más peligrosa, dado que el hecho de que hubiera que sofocar los enclaves alpujarreños de la rebelión dificultaba enormemente el llevar a cabo en paralelo un control de la costa que impidiera el desembarco de ejércitos procedentes de Marruecos. Si tal eventualidad se producía, era de esperar que los moriscos aún indecisos se sumaran a la lucha, con lo que el conflicto podía adquirir una envergadura realmente extraordinaria en un momento en que el Mediterráneo ya era controlado en buena medida por las naves islámicas.

Con la finalidad de yugular la revuelta, Felipe II puso al marqués de Mondéjar, Iñigo López de Mendoza, al frente de las tropas. Sin embargo, éstas no eran muy numerosas, y Mondéjar se vio obligado a solicitar la ayuda de algunas ciudades andaluzas. Con la intención de ganar tiempo, el 3 de enero de 1569 Mondéjar inició la campaña liberando a los cristianos de Dúrcal y llegando a Tablete. Desde allí continuó hasta las Alpujarras y comenzó a recuperar una serie de enclaves (Porquería, Bubión, Paterna...) que se hallaban en manos de los moriscos. Fue un avance relativamente rápido traducido en distintos encontronazos —siempre victoriosos— con los moros. Sin embargo, Mondéjar no logró capturar a Abén Humeya y pronto quedó de manifiesto que los moriscos atrincherados en las Alpujarras y en la serranía de Ronda iban a plantear una resistencia difícil de desarticular.

Con un jefe inaprensible y una serie de grupos con los que resultaba extremadamente difícil dejar de combatir y, a la vez, establecer un contacto que permitiera su liquidación definitiva, la guerra de las Alpujarras entró en una dinámica cuyo final resultaba difícil prever. El hecho de que, a la vez, se mencionara el perdón de los sublevados —que éstos no habían solicitado en ningún momento—, sólo sirvió para provocar en los rebeldes la sensación de que estaban ganando una guerra cargada de sentimiento religioso.

La guerra de las Alpujarras (II): llega don Juan de Austria

No tardaron en llegar las quejas contra el marqués de Mondéjar por la manera en que se prolongaba la guerra con toda su retahíla de males. Posteriormente intentaría el noble exculparse

acusando a Felipe II de no haber puesto a su disposición los medios necesarios y, sobre todo, de haberse inmiscuido en el curso de las operaciones. Habría que decir que si los ataques contra Mondéjar resultaban en buena medida injustos y no captaban el tipo de guerra que se estaba librando, no lo fueron menos los que el noble lanzó contra el rey. Éste optó, primero, por dividir las fuerzas entre Mondéjar y el marqués de los Vélez y, finalmente, con gran acierto, encomendó las operaciones a su hermano, don Juan de Austria.[103] Hijo bastardo de Carlos V, don Juan iba a convertirse en un adversario formidable para la expansión islámica durante los años siguientes, y precisamente por ello en un campeón de la cristiandad admirado y querido internacionalmente. Cervantes dejaría constancia de cómo en Argel era temido por los piratas a la vez que soñado por los cautivos, que esperaban que una expedición a su mando les devolviera la libertad perdida a manos del islam.

Don Juan de Austria llegó a Granada el 8 de abril de 1569, coincidiendo el entusiasmo que le acompañó con graves noticias relativas a un desembarco turco en la costa para ayudar a los moriscos. Ante semejante eventualidad, don Juan pasó la noche examinando los puestos de vigilancia, pero, finalmente, la operación enemiga no tuvo lugar.

En paralelo, don Luis de Requesens y el marqués de los Vélez proseguían las operaciones. El primero llegó a la zona con dos mil quinientos veteranos del ejército de Italia, con los que se abrió paso hacia Granada en un avance durísimo que le costó numerosas bajas. El segundo, por su parte, se dirigió hacia Baza con la intención de combatir directamente contra Abén Humeya, que contaba a la sazón con cinco mil escopeteros dispuestos a luchar hasta lograr la victoria o la muerte. El choque se saldó con la retirada de los moros, pero la alegría quedó totalmente disipada al saberse que acababan de llegarle a Abén Humeya numerosos refuerzos procedentes del norte de África.

Las tropas que acababa de recibir el rey moro le permitieron no sólo obligar a replegarse al marqués de los Vélez, sino también avanzar hasta los mismos campos de Granada, donde procedió a arrasar distintas poblaciones. En aquellos momentos, Abén Humeya contaba con una base principal en Andarax que le permitía continuar realizando incursiones. Fue precisamente en esa fase de la guerra cuando volvió a producirse un fenómeno que había sido endémico en Al-Ándalus. A pesar de su religión común y del deseo que los unía de derrotar al enemigo, las distintas facciones musulmanas —en este caso turcos, moriscos y berberiscos— comenzaron a luchar entre sí y Abén Humeya cayó en la refriega.

La desaparición de Abén Humeya tan sólo sirvió para acentuar aún más la dependencia que los moriscos tenían de sus correligionarios norteafricanos. El sobrino de Humeya, Audalla, solicitó del soberano de Argel que le permitiera ocupar el trono vacante, y a continuación se entregó a una serie de operaciones que le permitieron apoderarse de algunos enclaves y desgastar a las fuerzas del rey

A inicios de 1570 —duraba ya la sublevación más de un año— las tropas españolas lograron asentarse en Órjiva y desde este lugar hostigar a Audalla y tomar Adra. En ese momento, don Juan de Austria decidió tomar la plaza de Galera, en la que Felipe II había manifestado un enorme interés. Fue aquél un asedio áspero, en el que don Juan llegó a empuñar el azadón al lado de sus hombres y donde perdió a Luis Quijano, su preceptor. Sin embargo, la ocasión resultó propicia y marcó un nuevo rumbo a la guerra.

Tras la caída de Galera en manos españolas, don Juan de Austria marchó hacia la Alpujarra y comenzaron a llegarle ofrecimientos de rendición procedentes de los moriscos. La resistencia islámica comenzaba a doblegarse, Baza era tomada y Audalla caía asesinado. A partir de ese momento la guerra podía darse por concluida y, de hecho, mientras don Juan de Austria recorría la cuenca del Almanzora las poblaciones se fueron rindiendo una tras otra.

El regreso de don Juan de Austria a Granada, donde le esperaba el rey, fue acogido con verdadero entusiasmo por la población. Ésta más que nadie era consciente del peligro que habían corrido y de cómo el mismo, durante meses, había presentado la apariencia de resultar invencible.

Aún restaban algunos núcleos rebeldes, como la zona de Ronda, pero ya resultaba obvio que el envite islámico había cosechado una tremenda derrota a pesar de la intervención extranjera. Finalmente, el duque de Arcos, actuando a las órdenes de don Juan de Austria, nombrado gobernador del reino de Granada, concertó el cese de las hostilidades con los últimos reductos moriscos.

La guerra había sido realmente devastadora, había contado con una proyección trágicamente internacional y, finalmente, había alcanzado unas dimensiones que no se recordaban desde las campañas contra el reino de Granada concluidas en 1492. La victoria obtenida por las armas españolas salvaba, siquiera de momento, a la Península de una nueva invasión musulmana, pero el peligro islámico se cernía sobre el Mediterráneo con más fuerza que nunca. A él tendría que enfrentarse España por enésima vez.

Capítulo IV

LEPANTO, LA GRAN CONFRONTACIÓN

España sola frente a la amenaza turca

Tras la victoria en la guerra de las Alpujarras, la integridad nacional había quedado a salvo, pero la navegación continuó siendo extremadamente peligrosa para España y el resto de las naciones occidentales en unas aguas infectadas por la acción de los piratas islámicos. La travesía del Atlántico era así más fácil que el simple paso al norte de África[104], y los viajes a Italia implicaban asumir el riesgo de ataques y esclavitud. Si, por un lado, la gente de la que podía esperarse un rescate se hacinaba en las fortalezas de los piratas de Marruecos, Argel, Túnez y Tripolitania, los cautivos de escaso rango corrían el riesgo de ser asesinados en el acto.

Ni siquiera los que no se embarcaban se hallaban a salvo de los piratas musulmanes. En Italia llegaron a apoderarse de poblaciones enteras para venderlas como esclavos[105], y era práctica habitual que los niños menores de siete años fueran convertidos a la fuerza al islam.[106] Se trataba de una práctica similar a la que habían sufrido los cristianos hispanos durante la Reconquista o los miembros de otras naciones europeas frente a los turcos.

La década de 1560 estuvo marcada además por continuos intentos españoles de frenar los ataques islámicos. Así, en 1560 se produjo el envío de una expedición contra los Gelves, que fracasó. Tres años después, Mazalquivir y Orán fueron objeto de un terrible ataque musulmán, aunque las plazas lograron resistir la ofensiva. En 1564 España recuperaba el peñón de Vélez de la Gomera, tantas veces perdido y retomado, y al año siguiente lograba que los turcos levantaran el asedio de Malta. Eran adelantos, pero la situación seguía quedando indecisa y, de hecho, en 1569 el pirata Uluch Alí dio inicio a una expedición que le permitió al año siguiente apoderarse de Túnez. A esas alturas resultaba obvio que los turcos tenían la intención de avanzar hacia Chipre y, una vez tomado este reducto, continuar su marcha hacia Occidente. Así fue efectivamente: en 1570 las tropas otomanas tomaron Chipre y, al año siguiente, devastaron todo el Adriático desde Corfú a Venecia. Poco podía dudarse de que el Mediterráneo corría un serio riesgo de convertirse en un lago otomano.

El resultado inmediato de tan alarmante situación fue un llamamiento realizado por el papa para salvar a la cristiandad de una amenaza más que cierta. Sin embargo, y de manera un tanto sorprendente, ninguna potencia de primer orden, con la excepción de España, respondió afirmativamente. Cuando el 25 de mayo de 1571 se proclamó en la basílica de san Pedro de Roma la Santa Liga de la cruzada, a ella se habían sumado únicamente España, Venecia y la Santa Sede. Tan sólo España era una potencia en el sentido verdadero del término, y arriesgaba considerables medios en la empresa. Aunque el acuerdo suscrito por las tres partes establecía que España sólo contribuiría

con el cincuenta por ciento de los medios, la realidad iba a ser muy distinta. En la batalla de Lepanto[107], que se combatiría como consecuencia de esta alianza, lucharon 28.000 infantes, y de ellos 21.000 —es decir, las tres cuartas partes— eran españoles. La Santa Sede sólo contribuyó con 2.000, y Venecia con escasos 5.000. También desproporcionada, aunque no tanto, fue la participación naval. De las 315 embarcaciones de la Santa Liga, 164 eran españolas.

Las razones del aislamiento español en esta empresa son diversas y las hemos analizado ya en otro lugar.[108] En primer lugar hay que señalar que las potencias protestantes tenían, en general, razones religiosas y políticas para no participar en aquel combate contra el islam, ya que no sólo la lucha se desarrollaba en un escenario lejano geográficamente de Suecia o Inglaterra, sino que además no sentían ningún interés por favorecer al papa o a España. Sin embargo, las potencias católicas —teóricamente interesadas en una victoria sobre los turcos— se abstuvieron igualmente. En el caso de la parte católica del imperio alemán, los motivos eran muy semejantes a los de las potencias protestantes. Sin duda, el emperador Fernando era, en teoría al menos, muy favorable a cualquier esfuerzo de contención de los turcos, pero momentáneamente parecía que la amenaza estaba situada en el Mediterráneo, y además necesitaba sus fuerzas para evitar una expansión mayor del protestantismo.

El caso de la monarquía gala resulta, sin embargo, distinto, porque a diferencia de Alemania u Holanda, Francia era una potencia católica y su situación de potencia en el Mediterráneo se veía afectada directamente por las acciones de los turcos y de sus aliados, los piratas berberiscos. La razón de la abstención francesa la encontramos en una islamofilia que se mantendría durante siglos. Desde la perspectiva francesa, los turcos eran vistos no como enemigos, sino como aliados en la lucha contra España, una lucha que, desde finales del siglo XV, había tenido como finalidad invadir la nación sub-pirenaica y anexionarla. Ya se había producido un intento de este tipo cuando Luis XI de Francia se alió con Alfonso de Portugal para invadir la España regida por Isabel de Castilla y Juan de Aragón, el padre del futuro Fernando el Católico. Volvió a darse un nuevo intento durante el reinado de Francisco I de Francia cuando, según datos consignados por el escritor francés Du Bellay, el monarca galo intervino en el conflicto navarro para «entrar en España, con la esperanza de conquistar las Españas». A mediados del siglo XVI, los franceses y los turcos se permitieron incluso saquear conjuntamente algún enclave mediterráneo. Comenzaba así una alianza que proseguiría durante el episodio de Lepanto, pero que se traduciría además en una curiosa censura acerca de los turcos en la sociedad francesa, que no debía saber quiénes eran sus aliados frente a una España mucho menos terrible. Así, cuando en 1646 un franciscano recoleto llamado Eugene Roger publicó en Francia un libro titulado *Terra Sancta* donde se mencionaba la verdad sobre los turcos, se produjo la inmediata retirada de circulación de la obra. Los sucesivos reyes franceses estaban tan interesados en justificar aquella alianza contra natura que ocultaron a su pueblo cómo eran los turcos, a pesar de que éstos no pocas veces actuaban contra súbditos franceses. Cuando Moliere, en 1669, quiso documentarse sobre el imperio otomano para *El burgués gentilhombre*., se le remitió al caballero d'Arvieux, un amigo de los turcos, y lo mismo sucedió cuando Racine estaba escribiendo *Bayaceto.* Se podía hablar con partidarios y paniaguados de los otomanos pero, bajo ningún concepto, consultar —menos aún publicar— obras verdaderas sobre los turcos. Durante aquel siglo fueron varias las obras que se publicaron en Italia y España describiendo la verdadera catadura moral de turcos y argelinos pero, salvo el *Quijote*, que podía ser tachado de ficción, ninguna obtuvo permiso para ser publicada en Francia. Tan sólo a finales del siglo XVII, Luis XIV ordenaría una pequeña expedición contra Argel, pero incluso entonces se haría creer a la opinión pública que los argelinos y los turcos nada tenían que ver entre sí... a pesar de ser aliados desde hacía siglos.

España iba a tener, por lo tanto, que abordar el enfrentamiento de Lepanto en una soledad casi absoluta, pero el resultado no fue, ciertamente, el que esperaban sus enemigos, tanto musulmanes

como católicos.

Lepanto (I): los preparativos

La intervención de España en el conflicto estaba relacionada sin ningún género de dudas con los intereses nacionales en una época especialmente delicada. No en vano hacía ya bastante tiempo que el rey Felipe II había dicho a los procuradores de las Cortes que «andan tan señores de la mar los dichos turcos y moros corsarios, que no pasa nadie de Levante a Poniente ni de Poniente a Levante, que no caiga en sus manos». El 15 de enero de 1568, finalmente, Felipe II había nombrado a don Juan de Austria capitán general de la mar —un mes antes de cumplir los veintiún años— para que se encargara de la lucha contra el turco. Durante el verano de aquel año había recorrido la costa española de Cartagena a Barcelona pasando por Málaga, Gibraltar y el Puerto de Santa María para informarse del estado de la flota. Había sido un viaje de casi cuatro meses en el que incluso había tocado plazas norteafricanas como las de Orán y Mazalquivir. Luego había venido lo peor, la recluta del ejército de la denominada Santa Liga de lucha contra el turco.

El papa y el rey Felipe habían sido los artífices de aquella peculiar institución pero, con todo, habían esperado contar para sus propósitos con el apoyo de los príncipes católicos. Habían sido las circunstancias las que se habían encargado de desengañarlos inmediatamente. El rey de Francia, como ya indicamos, había preferido pactar con los turcos a espaldas de España y la Santa Sede para asegurarse un lugar de fuerza en el mar. El monarca de Portugal había optado por mantenerse alejado de una lucha de la que no pensaba que pudiera obtener beneficio alguno. Por lo que se refería a los estados italianos, tan sólo el Papado y Venecia se habían mostrado dispuestos a aliarse con España, pero a nadie se le escapaba lo mudables de ánimo que eran los venecianos. Hoy podían ser aliados y mañana realizar negocios a costa de los esclavos que capturaran los piratas moros en alta mar.

La diplomacia había sido una tarea relativamente fácil comparada con la de levantar aquel ejército. El levantamiento de las Alpujarras había tenido un coste extraordinario para España. Uno de cada cuatro de los soldados españoles había muerto o resultado herido, es decir, se sufrieron cinco mil bajas de un total de veinte mil hombres. Semejantes pérdidas obligaron a España a levantar cuatro tercios nuevos para compensar los huecos dejados por la muerte en los tercios viejos. Según las instrucciones recibidas del rey, los mozos debían ser de veinte años o más pero no viejos; útiles; desprovistos de enfermedades contagiosas como la lepra, la peste, el mal de san Lázaro o el de san Antón; ni sacerdote ni clérigo salvo que fueran capellanes. Además había que tener especial cuidado en que no sacaran mujeres de los lugares por donde anduvieren ni las tuvieran por mancebas. Así, por escrito, todo parecía sencillo, pero la práctica resultó bien distinta, entre otras cosas porque no resultaba fácil saber si un hombre tenía menos de veinte años o más de cuarenta. Al principio, sus subordinados intentaron ser rigurosos con ese requisito, pero a medida que fue pasando el tiempo y no se alcanzaba el número de soldados necesarios la vigilancia se relajó. De hecho, tan difícil había resultado que los reclutadores habían recurrido a todo tipo de tretas para lograr alistamientos. Cuando llegaban a un pueblo de España y convocaban a los aldeanos a toque de tambor, les hablaban de los encantos y atractivos de Italia, y ocultaban los peligros de la guerra o la tardanza en cobrar las soldadas. Con todo, ni aun así completaron el número fijado.

A don Juan de Austria semejantes engaños le habían ocasionado una más que justificada cólera y los había reprimido enérgicamente cuando había tenido noticia de ellos. Posiblemente también su reacción brotaba no sólo de la repugnancia ante los abusos, sino también de la certeza de que los que habían sido reclutados de esa manera no tardarían en desertar o en huir en el combate una vez que se enfrentaran con la verdadera realidad de la vida militar. En su informe de octubre de 1568 había tenido que señalar al rey con harta pesadumbre cómo los soldados bisoños habían huido casi todos y cómo habría sido mejor realizar la recluta sobre todo entre gente acostumbrada a la vida marítima, ya que su pobreza les convertía en soldados duros y resistentes.

Cuando el 20 de julio de 1571 zarpó finalmente la flota de Barcelona, don Juan distaba mucho de sentirse satisfecho. Ni contaba con tropas suficientes, ni éstas habían recibido las pagas que les correspondían. Para colmo de males, tan sólo once días antes los turcos se habían apoderado de Famagusta, el último bastión cristiano que aún resistía su avance en la isla de Chipre. Como solía ser habitual, a la victoria islámica habían seguido los peores escarnios y crueldades sobre los prisioneros cristianos.

Tan sólo se disipó en parte aquel pesar sumado a la preocupación cuando el 9 de agosto la flota llegó a Nápoles. El recibimiento que los habitantes de la hermosa ciudad italiana brindaron a los españoles sólo podría ser calificado de espectacular. La gente los vitoreaba por las calles mientras les ofrecía sus casas, les arrojaba flores y les convidaba a compartir su comida y su vino. Los napolitanos, a fin de cuentas, se limitaban a expresar su alegría y su convicción de que los tercios iban a liberarlos de una vez por todas de la amenaza turca. De la misma manera se debió de sentir el papa que, al día siguiente, bendijo en Roma el estandarte, oro y azul con un crucifijo en medio, de la Santa Liga, y se lo envió a don Juan de Austria a Nápoles a través del conde de Priego, su mayordomo mayor.

Con todo, a pesar de su juventud, don Juan de Austria era un hombre sensato al que más que aquella recepción llena de calidez y colorido, incluso más que el estandarte bendecido, le había agradado saber que en Nápoles eran muchos los voluntarios que se habían sumado a sus fuerzas. A la sazón, éstas se hallaban constituidas por el tercio de don Lope de Figueroa, con 14 compañías y 1.886 soldados; el tercio de Nápoles, al mando del maestre de campo don Pedro de Padilla, con 12 compañías y 1.756 soldados; el tercio de don Miguel de Moncada, con 7 compañías y 1.162; el tercio de Italia, al mando del maestre de campo don Diego Enríquez, con 1.298 soldados; y otras unidades hasta llegar a unos 80.000 hombres. De ellos, unos 28.000 eran soldados, mientras que el resto —más de 50.000— pertenecían a la clase de marinería y a los remeros que habían de mover las galeras por el mar. Baste para calcular el valor de la contribución española el señalar que de los 28.000 soldados, eran españoles 21.000, es decir, tres de cada cuatro combatientes.

Se repetía —y es importante señalarlo— lo que había sucedido en Covadonga, en las Navas de Tolosa, a las mismas puertas de Viena, en las Alpujarras tan sólo unos años antes. Una vez más, como durante los ocho siglos anteriores, iba a ser España, prácticamente sola, la que tendría que impedir con su sudor, con su sangre y con su oro que Europa entera se viera sometida al dominio del islam.

Lepanto (II): el desplazamiento de los ejércitos

Sin embargo, no sólo la flota de España y sus aliados se disponía al enfrentamiento. Los turcos eran conscientes de que se avecinaba un choque y habían movilizado una escuadra aún más poderosa que la española. Los barcos habían zarpado de los lugares más diversos del imperio otomano. Su jefe, Alí Bajá, era sabedor de que en la armada enemiga también había embarcaciones venecianas y papales, pero en sus encuentros con los mandos otomanos tan sólo hacía mención de los españoles. Eran los únicos que le inquietaban y los únicos que parecían contar para él.

En un intento de asegurarse las espaldas, los turcos intentaron primero tomar un enclave denominado con el extraño nombre de Cattaro, pero Alí Bajá no tardó en llegar a la conclusión de que continuar el asedio era tan sólo una pérdida de tiempo y que lo mejor que podían hacer sus fuerzas era continuar avanzando por el mar hasta toparse con el enemigo, un enemigo que, con toda seguridad, no contaría con un número semejante de naves. Sin embargo, a pesar de que ésa era la intención decidida de Alí Bajá, no pudo resistir la tentación de acercarse hasta Corfú y bombardearlo. Semejante acto no tenía otra utilidad que la de sembrar el terror y, de esa manera, erosionar la moral del adversario. Al fin y a la postre, la empresa no resultó tan bien como había deseado Alí Bajá. Los defensores de Corfú hundieron tres galeras turcas y el almirante otomano se vio obligado a retrasar para el futuro la venganza.

Tampoco para la flota aliada se desarrollaban las operaciones como habían esperado. En realidad, desde que el 24 de agosto había llegado la flota a Mesina no podía decirse que nada hubiera acontecido de la manera planeada. En primer lugar se había presentado el problema de los venecianos. De ellos no se fiaba casi nadie y no era extraño si se tiene en cuenta que corrían rumores de que mantenían contactos secretos con los turcos por si se daba la circunstancia de que la batalla resultara desfavorable a los aliados. A esas alturas no eran pocos los españoles que se preguntaban si no habría sido mejor emprender aquella campaña a solas. En semejante estado de ánimo, nada indicado para mantener la moral, llegó la orden de guardar ayuno.

Durante tres días, las tropas españolas se sometieron a un ayuno penitencial a fin de prepararse espiritualmente para el combate, dando el propio don Juan de Austria ejemplo de devoción. Inmediatamente después, los franciscanos enviados por don Felipe II, los capuchinos remitidos por el papa y los jesuitas que se habían presentado voluntarios recorrieron las embarcaciones repartiendo reliquias y preparando a los soldados y marineros para comulgar y recibir la absolución general. Cuando, finalmente, el 16 de septiembre la escuadra zarpó de Mesina en dirección a Corfú, la totalidad de los soldados no había ingerido alimento durante tres días.

Fue, sin duda, una feliz circunstancia que la navegación no resultara difícil esa jornada, pero el día 17 había amanecido con una marejada espantosa que llevó a vomitar a los soldados no los alimentos que no habían consumido, sino madejas de bilis. Luchando así con un mar picado y embravecido, llegaron el 19 al cabo de las Columnas. Allí se vieron obligados a permanecer encerrados durante tres días, ya que un fuerte noreste les impidió totalmente la continuación de la travesía.

Cuando llegaron a Fano el día 24 por la noche, el tiempo continuaba siendo deplorable. Tan mal se presentaba el estado de la mar que se dieron órdenes de situar una guardia permanente en las naves por miedo a que el violento temporal las lanzara a embestirse entre sí o las encallara, siendo imposible después que pudieran zarpar. Durante el 25 habría deseado don Juan de Austria llegar a Corfú, pero una vez más la tempestad malogró los propósitos del jefe de la escuadra. En medio de un cansancio extenuante, de una lluvia pertinaz e incesante y de insoportables mareos y vómitos, la flota logró arribar esa noche a Santa María de Casó poli. Se trató, no obstante, de un breve respiro.

Al fin y a la postre, la escuadra alcanzó Corfú el 26, pero el leve reposo no tardó en verse alterado por las malas noticias que, referentes al consejo de guerra que había celebrado don Juan de Austria con los venecianos, se filtraron entre la tropa. Los venecianos anunciaban que abandonaban porque la tempestad había debilitado sus fuerzas y algunos de sus hombres habían caído enfermos. La cuestión que se planteaba de manera inmediata era si, tras su deserción, los españoles podrían continuar totalmente solos. Desde luego, el mal tiempo también les había afectado y no faltaban los enfermos en sus filas.

Finalmente, los venecianos decidieron seguir en la empresa, y el 30 de septiembre la escuadra pudo atracar en Gomeniza después de contar con informaciones en el sentido de que los turcos se hallaban cerca de Lepanto. El tiempo a la sazón seguía siendo infernal, y un joven llamado Miguel de Cervantes, destinado a obtener gloria inmortal en el terreno de las letras, cayó enfermo de unas fiebres que lo inmovilizaron en el lecho. El 1 de octubre la flota mandada por don Juan de Austria intentó de nuevo hacerse a la mar, pero el vendaval que le esperaba a la salida de puerto resultó tan violento que se vio obligada a atracar nuevamente.

Cuando el día 3 la escuadra consiguió por fin zarpar, difícilmente podría haberse encontrado en peores condiciones. A esas alturas los españoles ya llegaban abiertamente a las manos con los venecianos, de los que cada vez desconfiaban más; los remeros estaban tan exhaustos de combatir contra el mar que era común verlos desplomarse dormidos del banco en que iban sentados y, por si fuera poco, se había levantado un fortísimo viento del sureste que impedía que las galeras bogasen en

un mar cuyas olas espantosamente picadas causaban pavor. Fue en ese preciso* momento cuando se avistó la flota turca en el golfo de Lepanto.

Lepanto (III): la batalla

La visión de los barcos otomanos provocó un renovado ánimo entre los españoles. Por ejemplo, el enfermo Cervantes, que se hallaba a bordo de la galera *Marquesa*, solicitó del capitán Francesco Sancto Pietro que le permitiera combatir a pesar de que la fiebre lo devoraba. Su caso, aunque el más conocido, no fue el único.

Ante la flota mandada por don Juan de Austria se hallaba el golfo de Lepanto, con sus dos extremos casi cerrados entre Morea y la península griega. A la derecha, tan sólo se podía ver el agua, pero a la izquierda se hallaba la orilla de Etolia y por detrás las islas de Cefalonia y Santa Maura. El despliegue que realizó la escuadra obedecía a un tipo de formación cuatripartita. A la derecha se situaron las naves de Andrea Doria; a la izquierda, Barbarigo alargándose hacia las islas Curzolari en el intento de cubrir con sus naves una legua y media; y en el centro, don Juan de Austria. Finalmente, en retaguardia, al mando de la escuadra de reserva, se hallaba don Álvaro de Bazán, el marqués de Santa Cruz.

En esos momentos, don Juan adoptó una decisión arriesgada y audaz, la de cortar los espolones de las naves, que estaría llamada a tener unos efectos decisivos sobre el combate. Esta parte de las embarcaciones tenía una enorme eficacia para destruir mediante la embestida los cascos de las naves enemigas. Desprenderse de ellos parecía a primera vista un grave error. Sin embargo, al ordenar que se cortaran los espolones, don Juan de Austria pretendía que la artillería emplazada en las embarcaciones pudiera bajar su ángulo de tiro y apuntar directamente sobre las cubiertas de las naves enemigas, lo que se traduciría en una tremenda mortandad en las fuerzas contrarias.

De manera acelerada se repartió munición y alimentos a los combatientes con el telón de fondo de tambores, pífanos y clarines. A esos sonidos se sumaron las salmodias de los sacerdotes que pronunciaban las últimas recomendaciones espirituales y los gritos de alegría procedentes de los galeotes españoles, que desempeñaban semejante tarea en castigo por algún delito y a los que se había desprovisto de las cadenas con la promesa de que si combatían bien sus faltas serían total y completamente perdonadas. Fue ese momento de fervoroso entusiasmo el aprovechado por Cervantes para abandonar nuevamente la cámara en la que yacía postrado y solicitar ser incorporado al combate una vez más. A ello se opuso el capitán de la nave y un arcabucero llamado Mateo de Santisteban, pero Cervantes insistió en su propósito hasta que Sancto Pietro accedió, permitiéndole escoger doce hombres con los que defender el esquife de la nave.

Poco tiempo pasó antes de que la nave *Sultana*, al mando de Alí Bajá, al igual que las otras galeras de sus tres escuadras, comenzara a lanzar andanadas de artillería contra las naves cristianas. En paralelo, los galeotes fueron objeto de nuevos latigazos a fin de estimularles a remar con más brío. Fue en esos primeros instantes cuando los turcos contemplaron por primera vez las galeazas, un tipo de nave que realizaba su singladura erizada de unos enormes cañones que no dejaban de disparar. Precisamente un proyectil procedente de una de estas embarcaciones surcó el aire y fue a estrellarse contra un fanal de la nave de Alí Bajá. No se trataba únicamente de que el barco almirante ya hubiera sido alcanzado sino de que además, a escasa distancia, dos galeras turcas estaban inmovilizadas mientras las llamas devoraban su casco y otra estaba hundiéndose.

En apariencia el combate no podía haber comenzado mejor para los españoles. Sin embargo, Alí Bajá no tenía la menor intención de desanimarse ante aquella situación. Algunas de las galeras turcas se separaron un poco de la escuadra y bogaron en dirección a las costas de Etolia para evitar el fuego. Sin embargo, no estaban huyendo. Entre las playas y la izquierda de los aliados existía un espacio que podía permitir la infiltración de las naves turcas. Si lo conseguían, habrían rebasado el flanco enemigo y podrían dar inicio a una maniobra envolvente.

En paralelo, el ala izquierda turca, al mando del Uchalí, también había comenzado a flanquear a las fuerzas aliadas. Si la maniobra concluía con éxito, la escuadra turca podría cercar a la enemiga para, a continuación, aniquilarla sin piedad.

La *Marquesa*, donde navegaba Cervantes, era precisamente una de las galeras del ala izquierda que debía evitar la maniobra envolvente ideada por el astuto Sirocco. Se hallaba situada en el centro de la formación mandada por Barbarigo haciendo el número treinta y cuatro de las cincuenta y dos naves que la componían según se comenzaba a contar desde la derecha.

Si el combate que se estaba librando frente al golfo de Lepanto hubiera obedecido a las reglas convencionales del arte de la guerra en el mar, las naves se habrían disparado a distancia intentando causar daños en la arboladura ajena; luego, acercándose impulsadas por el esfuerzo de los galeotes, habrían pugnado por clavarse los espolones de proa y sólo en el último momento se habría procedido al abordaje. Sin embargo, lo que aquella mañana del 7 de octubre de 1571 comenzó a suceder en Lepanto distaba mucho de parecerse a una batalla marítima de carácter habitual. A decir verdad, se trataba de un gigantesco combate librado de acuerdo con las convenciones de la guerra terrestre pero sin suelo firme sobre el que combatir. De ahí que, salvo algunas maniobras iniciales, tanto los soldados que peleaban bajo pabellón turco como los que lo hacían bajo el de la Santa Liga sólo buscaran saltar sobre las naves enemigas a la busca del enfrentamiento cuerpo a cuerpo que aniquilara definitivamente al adversario.

El impacto que desde el principio causó el fuego aliado sobre los musulmanes fue realmente pavoroso. Sin embargo, no detuvo sus ataques. Como si se tratara de un solo hombre, los otomanos se lanzaban al suelo apenas escuchada la orden de los capitanes enemigos de abrir fuego, y de esa manera lograban hurtarse a los impactos de los proyectiles y reducir enormemente sus bajas. A continuación, mientras los soldados españoles volvían a cargar sus armas, ganaban algunos metros en la tarea del abordaje. Cuando éste era consumado —como sucedió en el caso de la *Marquesa*— la artillería española no podía ya seguir descargando su fuego sobre los turcos, ya que de haberlo hecho habría corrido el riesgo de hundir la propia nave. A partir de ese momento, la suerte del combate pasó a depender de los infantes que defendían los barcos.

En un arranque de valor que pretendía decidir el combate por la vía más rápida, don Juan de Austria dio orden de encaminar su buque insignia, la galera *Real*, contra el turco, la *Sultana* de Alí Bajá. Pensaba —y no estaba ausente de ello un sentimiento caballeresco quizá un tanto anacrónico a la sazón— que ese enfrentamiento singular podía poner fin a una batalla que se estaba mostrando excepcionalmente cruenta.

Alí Bajá —que no contaba con menos de cuatrocientos jenízaros a bordo de su nave—había previsto tal posibilidad y, prudentemente, se había hecho rodear de una flotilla de socorro. Así, a su lado bogaba la galera de Pertev Bajá y tras él las de Caracush y Mahamut Haider Bey con dos galeotas y diez galeras de socorro. De esta manera, si los españoles lograban —y no parecía empresa fácil— abordar la *Sultana*, se verían inmediatamente sobrepasados por millares de turcos que ayudarían a los cuatrocientos jenízaros de Alí Bajá.

De entrada, el enorme espolón de la *Sultana* chocó contra el casco de la *Real* penetrando hasta el cuarto banco de remeros y creando una inextricable confusión con los aparejos y las jarcias. El espectáculo de aquel amasijo de maderas, metales y carne resultó tan sobrecogedor que los turcos no pudieron evitar creerse a las puertas de la victoria. No les faltaban razones para sentirse así. La nave española no tenía ya posibilidad de retirarse y a partir de ahora sobre ella iba a descargarse el ataque de siete embarcaciones turcas.

Sin embargo, los españoles distaban mucho de darse por vencidos. Durante unos instantes, don Juan de Austria permitió que los jenízaros se aproximaran a la cubierta de la galera *Sultana* con la intención de abordar la española y entonces, resuelto, dio la orden de fuego a los artilleros. Tras la

segunda descarga no quedaba un solo turco ni en la popa ni en la crujía de la *Sultana*, ya que los hombres de Alí Bajá habían sido barridos por la escopetería y las piezas de los españoles. Por si fuera poco, don Juan de Austria había ordenado colocar a los costados de la nave redes que dificultaban enormemente el paso de los turcos a la cubierta de la galera española. Se trataba de un artificio por añadidura que no había sido previsto por Alí Bajá.

Fue entonces cuando don Juan de Austria dio orden de echar los garfios. Con aquella maniobra, la *Sultana* quedó atada a la galera española de tal manera que sus destinos se veían irremisiblemente ligados, no quedando para los combatientes más salida que la victoria o la muerte.

Don Juan de Austria había situado a sus mejores arcabuceros en el castillo de popa, y desde aquella posición elevada disparaban a sus adversarios ocasionándoles unos estragos incalculables. De no haber sido por los refuerzos, en apariencia inagotables, que recibían de las siete galeras cercanas, la galera *Sultana* habría sido tomada por los españoles con relativa rapidez. De hecho, por dos veces lograron los hombres de don Juan de Austria penetrar en la galera de Alí Bajá y llegar hasta el palo mayor, pero en ambas ocasiones se vieron obligados a retroceder abrumados por el número de sus oponentes.

Rechazados los españoles por segunda vez, los turcos comenzaron a avanzar sobre la *Real* de la manera ya descrita, para conjurar en buena medida el peligro que para ellos representaba la escopetería española: cada vez que veían que sobre ellos iba a caer un diluvio de proyectiles, se arrojaban rápidamente al suelo y dejaban que pasaran los proyectiles sobre ellos. Luego, con la mayor celeridad posible, volvían a ponerse en pie y ganaban algunos palmos de terreno en aquella galera que ya se encontraba rodeada por todas partes y sometida a una afluencia interminable de enemigos. Fue en aquellos instantes cuando Alí Bajá se hizo traer un arco y comenzó a disparar sobre los españoles.

Al cabo de hora y media de combate desde los momentos en que la *Real* y la *Sultana* quedaron trabadas, dio la impresión de que la suerte iba a inclinarse en favor de los turcos, que iban ocupando irremisiblemente la cubierta de la nave de don Juan de Austria. Los españoles, sin embargo, no estaban dispuestos a rendirse. A bordo de la *Marquesa*, por ejemplo, un herido Cervantes capitaneaba, al frente de siete u ocho soldados, una carga contra los asaltantes musulmanes. Fue la suya una acometida tan a la desesperada, tan carente de posibilidades de éxito, tan absurda en suma, que los turcos se vieron paralizados y privados de capacidad de reacción. Lo que sucedió a continuación pudieron contemplarlo con absoluta claridad Mateo Santisteban, Gabriel de Castañeda y todos los demás hombres que aún seguían a las órdenes de Cervantes. Primero fue el impacto de un arcabuzazo que atinó en el pecho del futuro autor del *Quijote* parándolo en seco sobre la cubierta de la *Marquesa*. El alcalaíno trastabilló entonces, pero volviendo ligeramente la cabeza hacia sus compañeros les gritó para que siguieran avanzando. Entonces un nuevo tiro de arcabuz volvió a alcanzarle en el pecho, catapultándolo esta vez contra el suelo.

Mientras tanto, a bordo de la *Real* la situación estaba volviéndose tan desesperada que don Juan de Austria, que llevaba ya tiempo combatiendo con su espada en los lugares donde el peligro era mayor, procedió a articular una nueva forma de defensa. Ordenó así combinar el fuego que procedía de un destacamento de arcabuceros situado en el fogón con el de otro que defendía el esquife. De esa manera, cuando los turcos se alzaron de cubierta convencidos de que contaban con un breve espacio de tiempo para proseguir su avance, se vieron acribillados por los arcabuceros. En ese mismo momento, don Juan de Austria ordenó un nuevo ataque. Las fuentes coinciden en señalar que, galvanizados por el ánimo de su jefe, los soldados españoles inmediatamente formaron un grupo de abordaje que se lanzó al asalto de la *Sultana*. Convencidos seguramente de que aquella era su última oportunidad de ganar la batalla y salir con vida del empeño, los hombres de la *Real* barrieron de su cubierta a los turcos y en apretado tropel saltaron sobre la nave enemiga.

También Alí Bajá debió de percatarse de lo decisivo del momento porque, con la mayor presteza, soltó el arco con el que había estado disparando hasta esos momentos, desenvainó el alfanje y se dispuso a encabezar las fuerzas que deberían contener, primero, y repeler y aplastar, después, a los soldados de don Juan de Austria. Éste, situado al frente de sus hombres, buscaba a Alí Bajá con la intención de medirse personalmente con él y concluir de una vez por todas la batalla. La misma intención tenía al parecer Alí Bajá.

Fue entonces cuando se produjo un episodio de esos que no son tan escasos en la historia de las guerras y que, de manera comprensible, suelen ser interpretados como providenciales. Un disparo alcanzó a Alí Bajá y, apenas caído, alguien llegó hasta su cadáver, lo decapitó y alzó la cabeza para que pudiera ser contemplada por todos. El vítor entusiasta de los españoles al contemplar el final del jefe de sus adversarios fue seguido entonces por un nuevo empuje que, literalmente, arrojó a los turcos de la cubierta de la *Sultana* hasta unas olas que hacía horas que habían dejado de ser azules para teñirse con la tonalidad roja de la sangre. La batalla acababa de quedar decidida.

Lepanto (IV): los resultados

La batalla de Lepanto, que tuvo lugar el lugar el 7 de octubre de 1571, fue el último gran combate naval de la Historia. Ni siquiera durante las guerras mundiales del siglo XX participaron en una batalla marítima tantas naves y un número tan elevado de combatientes. Al concluir, el desastre sufrido por los turcos era total. De las 330 naves que utilizaron en Lepanto no más de 40 se salvaron; unas 130 fueron hundidas por la flota de don Juan de Austria y el resto resultaron capturadas. Los turcos sufrieron por añadidura 40.000 bajas, de las que 30.000 fueron muertos y el resto prisioneros. Por su parte, la Santa Liga perdió tan sólo 15 bajeles, sufriendo unos 8.000 muertos de los que la cuarta parte fueron españoles. El botín capturado por los vencedores —en el cual se hallaban incluidos más de 400 cañones— fue muy cuantioso, pero nada les ocasionó mayor alegría que poder liberar a unos 15.000 cautivos cristianos que remaban en las naves turcas.

La victoria de Lepanto resultó de una importancia extraordinaria, pero no llegó a ser completa. Por un lado, Venecia tardó poco en separarse de la Santa Liga y pactar con los turcos. Por otro, tampoco España logró rematar sus objetivos de seguridad. Al poco tiempo de la batalla, Felipe II ordenó a don Juan de Austria que recuperara Túnez, a la sazón en manos de Uluch Alí. El hermano del rey no sólo cumplió extraordinariamente con su cometido, sino que además ocupó Bizerta y en 1573 se hallaba de regreso en Nápoles. Se trató de una victoria brillante pero breve. Nada más ser derrotado, Uluch Alí acudió a Selim II de Turquía y obtuvo de él un impresionante ejército que abandonó Constantinopla rumbo a las costas del norte de África. El 13 de septiembre de 1574 tanto Túnez como La Goleta se hallaban de nuevo en manos islámicas. Semejante derrota no quedó compensada por el hecho de que el 28 de agosto de 1578 pasara Ceuta a manos españolas al ser entronizado Felipe II rey de Portugal. Con todo, la ciudad, durante los cuatro siglos siguientes, mantendría esa condición facilitando la defensa de un Estrecho que aún padecía las incursiones musulmanas.

El enemigo vencido seguía siendo un amenazante adversario, pero su propia decadencia y algunas medidas decisivas tomadas durante los siglos siguientes conjurarían por un tiempo esa amenaza, como tendremos ocasión de ver en el próximo capítulo.

Capítulo V

HACIA EL FINAL DE LA AMENAZA ISLÁMICA

(siglos XVII-XVIII)

La expulsión de los moriscos

Al final del reinado de Felipe II la situación de España frente al islam había mejorado sensiblemente aunque no pudiera decirse ni mucho menos que los problemas causados por las incesantes agresiones musulmanas hubieran cesado. El propio Cervantes, a su regreso de Lepanto, sería apresado por una nave pirata que lo condujo a Argel donde pasó cautivo varios años. Su destino no fue, en ese sentido, nada excepcional, sino uno más entre el océano de víctimas inocentes ocasionado por las actividades navales islámicas en el Mediterráneo. A pesar de todo, el imperio turco se vio en buena medida imposibilitado para seguir sus avances hacia occidente y eso a pesar de los pactos que fue suscribiendo en distintos momentos con Francia.

Dos problemas relacionados con el islam subsistían fundamentalmente en el horizonte español. Uno era el interior, relacionado con una población morisca que seguía actuando como verdadera quinta columna de sus correligionarios que infestaban las aguas del Mediterráneo; y el otro, coordinado no pocas veces con el primero, el exterior, consistente en los continuos ataques sufridos por las costas, las naves y los enclaves españoles. El primero de esos problemas se solventó, tras una larga dilación que se había extendido a lo largo de siglos, ya en el siglo XVII bajo el reinado de Felipe III; el segundo, debería esperar a la llegada de los Borbones y exigiría la recuperación de alguno de los puntos de defensa que antaño habían estado en poder de España. Como tendremos ocasión de ver, la desaparición del problema interno y la garantía de la seguridad exterior proporcionarían décadas de paz y tranquilidad a España.

Cuando se produjo la subida de Felipe III al trono el problema morisco era, si cabe, mayor que en épocas anteriores. No sólo no se había producido la integración de este colectivo en la sociedad española, sino que mantenía sus características, continuaba sirviendo de quinta columna a sus correligionarios del otro lado del Estrecho y, para agravar más la situación, había crecido demográficamente más que el resto de la población. Su distribución interna era, sin embargo, bien diversa. Mientras que algunos prácticamente se confundían con la población cristiana, habiéndose asimilado, los más mantenían en secreto sus costumbres e incluso constituían células sociales aparte que sobrevivían gracias a la tolerancia de los nobles a los que servían.

El hecho de que continuamente se prorrogara el plazo para que se integraran en la sociedad y el que se otorgaran permisos especiales —sin paralelo, por otra parte— para absolverlos de las herejías e incluso de la apostasía, muestra que la voluntad generalizada era la de lograr su asentamiento definitivo en medio de la sociedad. Sin embargo, los moriscos soñaban con desligarse de España y no sólo trabaron relaciones con sus correligionarios del norte de África, sino también con cualquier potencia (Holanda, Francia...) que estuviera dispuesta a ayudarles en el curso de una sublevación. Dado que además se produjeron desórdenes en lugares de Valencia, Aragón, Murcia y Andalucía, la tesis favorable a su expulsión fue ganando terreno.

A pesar de todo, el interés del monarca era el de no llevar a cabo ningún acto que pudiera ser contrario a la moral, por lo que se celebraron varias juntas de teólogos y gobernantes para analizar una cuestión que constituía ciertamente un grave asunto de Estado. En estas reuniones destacaría Juan de Ribera, patriarca de Antioquía, arzobispo de Valencia y santo canonizado por la iglesia católica en 1960, que abogaba por una política de expulsión. Serían sus razonamientos los que acabarían convenciendo a Felipe III de la necesidad de llevarla a cabo y, por paradojas de la Historia, el propio Ribera, en calidad de capitán general del reino de Valencia, sería uno de los encargados de ejecutarla.

Hasta qué punto la decisión se entrelazaba con intereses de política internacional puede verse en el hecho de que, tomada en 1602, sin embargo, se retrasó hasta el momento en que se firmó la tregua del largo conflicto que España venía sosteniendo con Holanda. Se deseaba evitar una posible alianza entre los holandeses y los moriscos y, efectivamente, se logró ese objetivo. Ratificada la tregua, se

procedió a ejecutar los bandos de expulsión.

En 1610 se decretó la expulsión de los moriscos de Castilla, Andalucía y Aragón; en 1611, la de los de Cataluña; y en 1614, la de los murcianos. La proporción en que esta medida afectó a las distintas regiones españolas fue diversa. En el caso de Cataluña, el número de expulsados debió de superar en poco a los 5.000; por el contrario, del reino de Valencia salieron cerca de 120.000, lo que equivalía casi a la tercera parte de la población. Abandonarían, por su parte, Aragón, unos 60.000; Andalucía, 30.000; y Murcia, 14.000.

La expulsión fue ciertamente una decisión popular en la medida en que liberaba de temor a millares de españoles, especialmente en las zonas más afectadas por las incursiones de los piratas musulmanes. De hecho, como ha reconocido recientemente un notable arabista[109], se trató de una decisión inevitable. A pesar de todo, no fue fácil de llevar a efecto, en parte por intereses económicos de un sector de la nobleza, y en parte por la compasión que era fácil sentir al contemplar a los afectados por la expulsión. En ese sentido no deja de ser significativo que cuando Cervantes trata en la segunda parte del *Quijote* el tema de la expulsión de los moriscos lo haga en términos muy matizados.[110] Ciertamente, la misma estaba más que justificada políticamente, y no tenía otra salida España que acometerla. Sin embargo, al mismo tiempo el genial escritor no puede dejar de sentir conmiseración por aquella gente que se había negado a integrarse en la sociedad española y a la que tampoco darían la bienvenida sus despiadados correligionarios. El islam les había impedido ser españoles y ahora tampoco los acogería sino que, en no pocas ocasiones, los convertiría en presa fácil de su codicia.

Sería la marina regia la que sacaría de territorio nacional a los moriscos, pero la empresa no resultó fácil ni rápida. Por un lado, no fueron pocos los que se acogieron a las excepciones incluidas en las leyes de expulsión, como era el hecho de tener algún progenitor que fuera cristiano. Por otro lado, hubo numerosos nobles que idearon formas de protección para sus moriscos. O bien intentaron librarlos de la expulsión recurriendo a tecnicismos legales, o bien, como en el caso de los duques de Maqueda y Gandía, les ayudaron a abandonar el territorio nacional en las mejores condiciones adquiriéndoles sus efectos a un precio justo, escoltándolos hasta los puertos de embarque e incluso fletando naves que los condujeran hasta Berbería. Quedaba zanjada así una cuestión que había ensombrecido la vida nacional durante siglos.

La lucha contra los corsarios

En qué medida la expulsión de los moriscos influyó en la evolución posterior del enfrentamiento con el islam fuera de España es una cuestión difícil de calibrar. Sí puede señalarse, no obstante, que durante los años inmediatamente posteriores las armas españolas lograron en diversas ocasiones derrotar a las fuerzas islámicas en el Mediterráneo, incluso en escandalosa inferioridad de condiciones. Así, por citar sólo algunos ejemplos, en 1610 don Pedro de Leiva y el marqués de San Germán se apoderaron de la ría de Larache. En 1612, el marqués de Santa Cruz realizó una incursión victoriosa contra La Goleta, en la que logró hundir varios navios turcos. En 1614, don Diego Pimentel fue enviado a Sicilia al mando de una flota para evitar una incursión de la marina turca. La invasión musulmana no llegó a producirse y Pimentel logró capturar dos bajeles turcos liberando a cuatrocientos españoles que servían en ellos como remeros. Dos años después, el duque de Osuna, a la sazón virrey de Nápoles, ordenó a don Francisco de Rivera que llevara a cabo una exploración de los puertos de África para prevenir acciones hostiles. Rivera contaba con tan sólo cinco barcos y con ellos tuvo que enfrentarse a cerca de sesenta naves turcas. A pesar de todo, logró hundir varios navios enemigos y, pasando por Candía, regresar a Italia, donde pudo dar cuenta del estado de los puertos. Este mismo Rivera, un marino excepcional cuyo olvido resulta imperdonable, volvió a encontrarse en el verano con una escuadra turca en las cercanías de Cefalonia. Del 14 al 16 de julio se entabló una batalla naval en la que Rivera dio muestras de una pericia extraordinaria, logrando que las fuerzas

superiores del enemigo no lograran abordar sus naves y, a la vez, causándoles numerosas pérdidas. Cuando acabó la batalla, los turcos habían sufrido tres mil bajas y la pérdida de treinta y una naves, entre las que se hallaba la galera capitana. Por el contrario, Rivera, que sufrió setenta muertos y un centenar de heridos, regresó a Nápoles con sus naves intactas. Estas victorias garantizarían un cese de las hostilidades por un tiempo, pero confirmarían un principio establecido una y otra vez a lo largo de los siglos: el de que no es posible mantener una situación de paz con un vecino musulmán salvo desde una posición de mayor fuerza. Cuando esa situación varía, el ataque islámico no tarda en llegar. Así, al subir Felipe IV al trono, la armada del océano se reducía única y exclusivamente a siete barcos, tal y como se desprende de un documento debido al puño y letra del propio monarca.[111] Por lo que hacía referencia a las galeras, carecían de aprovisionamiento y no abandonaban por ello el puerto. Finalmente, una junta encargada de analizar el tema llegó a la conclusión de que debían armarse setenta y ocho buques, de los que dieciocho estarían destinados a la vigilancia del Estrecho. Si se tiene en cuenta que España contaba con un imperio trasatlántico y que se hallaba en una situación de guerra fría con potencias marítimas como Holanda, puede comprenderse hasta qué punto la defensa frente al islam resultaba imperiosa y la proporción, ciertamente importante, de la flota que se destinaba a ese fin.

El esfuerzo fue considerable para una nación que ya se hallaba inmersa en el gigantesco avispero que constituyó la guerra de los Treinta Años (1618-1648), pero los frutos no se hicieron esperar. De 1622 a 1626, la marina española logró distintas victorias contra los musulmanes. Serían los últimos actos militares de importancia realizados por los Austrias. A finales de siglo, la dinastía se agotaría físicamente y daría inicio una guerra civil que acabaría sentado en el trono español a un miembro de la casa de Borbón. Tanto él como sus sucesores deberían también enfrentarse con el enemigo amenazante.

Capítulo VI

LOS PRIMEROS BORBONES Y LA LUCHA CONTRA EL ISLAM

Ceuta y Orán[112]

A la muerte de Felipe III, el monarca que había decretado la expulsión de los moriscos, le sucedió su hijo Felipe IV. Su reinado marca el final de la hegemonía española, al verse ligado el destino de la nación a la suerte corrida por los Habsburgo en la guerra de los Treinta Años (1618-1648). El conflicto, que en el caso de España se prolongaría hasta 1659, cuando quedó zanjado con la paz de los Pirineos, concluyó con el ascenso de Francia a primera potencia continental precisamente en unos momentos en los que España se enfrentaba con serias dificultades dinásticas. El sucesor de Felipe IV, un enfermo llamado Carlos al que la Historia motejó con el sobrenombre de «el Hechizado», murió sin herederos, con lo que España se convirtió en objeto de las apetencias de los Borbones franceses y los Habsburgos centroeuropeos, emparentados con la dinastía española que estaba a punto de extinguirse. Carlos II se decidió por designar heredero a Felipe de Anjou, el candidato francés. Sin embargo, su decisión no fue respetada, en la medida en que una alianza franco-española resultaba temible para Inglaterra, Holanda y el imperio germánico. El resultado fue una guerra, la de Sucesión, que se libró en Europa y las colonias teniendo como uno de los escenarios privilegiados la propia España. Cuando concluyó en 1714, Felipe de Borbón, ya Felipe V, se había asentado en el trono, pero España había perdido sus posesiones europeas, Menorca y Gibraltar, amén de verse obligada a realizar algunas otras concesiones.

Como no resulta difícil de sospechar, la decadencia sufrida por España a finales del siglo XVII y

la posterior guerra de Sucesión fue aprovechada por los moros. En 1708 se apoderaron de la plaza de Orán, que desde hacía tres siglos estaba en manos españolas, gracias a la traición del conde de Santa Cruz, jefe de la flota del Mediterráneo, que se pasó al archiduque Carlos y colaboró con las fuerzas holandesas, alemanas e inglesas. Como en el caso de Gibraltar[113], en justicia la plaza tendría que haber sido devuelta a España al término de la contienda, pero permaneció en manos de los usurpadores. Por lo que se refiere a Ceuta, ciertamente no cayó en su poder a pesar de los continuos ataques, pero cuando en 1720 Felipe V pudo finalmente dar la orden de socorrerla, la plaza llevaba soportando un asedio que se había extendido a lo largo de veintiséis años. A esas alturas, las bajas españolas se sumaban por millares y el bloqueo se había convertido en un verdadero sitio.[114]

La expedición, al mando del marqués de Lede, contaba con dieciséis mil hombres procedentes en su mayoría de los territorios perdidos en Italia, y en octubre de 1720 se encontraba en territorio norteafricano. Las operaciones comenzaron con una descongestión del asedio a partir del momento en que Lede logró obligar a los moros a replegarse hacia Tetuán, consiguiendo apoderarse incluso de treinta y tres cañones.

El tiempo empleado por los moros para preparar su contraofensiva lo dedicaron los españoles a asegurar los bastimentos de la plaza y durante el mes de diciembre rechazaron por dos veces (días 9 y 21) los ataques musulmanes.

Es difícil saber si aquellas acciones coronadas por el éxito podrían haberse prolongado, ya que Inglaterra protestó por la manera en que se desarrollaban en las cercanías de Gibraltar, y Felipe V consideró más prudente suspenderlas. Las defensas de Ceuta eran mejores, y en 1721 se repatrió a buena parte de los efectivos.

La derrota después de casi tres décadas de asedio resultó muy amarga para los moros, que pensaron en devolver el golpe en territorio peninsular. Con esa finalidad, en 1721 armaron una escuadra que, como tantas antaño, debía llegar a las playas españolas. Sin embargo, un fuerte temporal, con viento de Levante, destrozó la escuadra, impidiendo que llegara al destino planeado.

Que la presión ejercida sobre Ceuta se había aflojado era innegable, pero que esta plaza no era garantía suficiente de seguridad tampoco admitía mucha discusión. Así, en 1732, Felipe V cursó las órdenes para que se iniciara una campaña militar cuyo objetivo primordial era recuperar Orán, perdida un cuarto de siglo antes. La expedición se llevó a cabo con tanto secreto que impidió cualquier gestión diplomática extranjera que pudiera obstaculizarla, como había sucedido antaño con el caso de Ceuta. El 29 de junio, la flota, que llevaba a bordo veintiséis mil cuatrocientos hombres más una compañía de escopeteros de Tarifa y otra de voluntarios del reino de Murcia, llegó a las costas de Argelia en una zona llamada «Las Aguadas». Al día siguiente se dio inicio el desembarco.

A diferencia de la expedición, el desembarco no contó con la ventaja de la sorpresa. El primer ministro, duque de Riperdá, había desertado del bando español y se había trasladado a Mauritania, donde ofreció sus servicios al sultán. Éste lo nombró pachá y jefe del ejército imperial, y en el ejercicio de este cargo, informó a su señor de la expedición española. Así, cuando se produjo el desembarco, las fuerzas españolas se encontraron con un ejército moro esperándolas.

Siguiendo una táctica que sería utilizada hasta las guerras del siglo XX, los moros —cuyo número no era inferior a los veinte mil— se retiraron de la playa para provocar la persecución de los españoles y entonces, una vez separado un destacamento, lo atacaron desde diversos puntos. Semejante comportamiento no obedecía, desde luego, a las reglas de la guerra tal y como se libraba en Europa. En condiciones ideales, frente a sus filas los españoles se habrían encontrado otras similares, pero pertenecientes a otro ejército que se habría aprestado a combatir de la misma manera. Sin embargo, semejante etiqueta militar no era seguida por los moros. Buenos conocedores del terreno, se pegaban a sus posiciones situadas detrás de las rocas y disparaban sin cesar. Es posible que las fuerzas españolas lo hubieran pasado mal de no ser porque el jefe de la vanguardia, conde de

Marcillac, rodeó el flanco derecho del contrario e impidió que se retirara a Mazalquivir. A continuación, las tropas de Felipe V se encaminaron hacia esta plaza.

Precisamente en esa fase de la expedición, cuando las fuerzas españolas se dirigían hacia Mazalquivir, el cónsul francés en Orán había comunicado al mando español que el bey Hacen había emprendido la huida acompañado de los suyos y de sus riquezas y que, por lo tanto, la plaza estaba desguarnecida. En otro momento, aquella información habría sido aceptada como una muestra de buena voluntad de un funcionario de la monarquía borbónica francesa hacia las fuerzas de un rey Borbón nieto de Luis XIV. Sin embargo, a esas alturas era sabido de sobra que no resultaba sensato fiarse de un aliado que había ocasionado terribles trastornos a España y que a punto había estado de imponerle el desmembramiento de la nación. Resulta, por lo tanto, lógico que don José Carrillo de Albornoz, conde de Montemar y general al mando de la expedición, ordenara que se procediera a confirmar la noticia antes de desplazar el grueso de sus tropas hacia la ciudad. Desde luego, cabía la posibilidad —incluso creyendo en la buena fe del embajador francés— de que todo se redujera a una celada para causar el mayor número de bajas a los españoles. Con la finalidad de poder aclarar ese extremo, se pidió la comparecencia de soldados voluntarios que estuvieran dispuestos a llegar hasta Mazalquivir, aun a riesgo de sus vidas, a fin de confirmar lo señalado.

Alcanzar la ciudad resultó harto sencillo ya que, efectivamente, daba la sensación de que no había fuerzas moras al acecho. Incluso había parecido adecuado penetrar en la ciudad de manera abierta. Sin embargo, al final había prevalecido la prudencia y se había tomado la decisión de entrar en el enclave aprovechando sus muros. Los soldados españoles encontraron entonces una ligera resistencia procedente de algunos moros que habían quedado ocultos para vigilar sus movimientos, pero hacia las siete de la tarde del 1 de julio de 1732, el conde de Montemar podía entrar a tomar posesión de aquella ciudad. La había encontrado casi desierta y con los fuertes desguarnecidos. El botín de guerra —inesperadamente cuantioso— incluía ciento treinta y ocho cañones, siete morteros, una galeota grande y cinco bergantines. Al día siguiente, la guarnición turca que debía haber defendido hasta la muerte el castillo de Mazalquivir capituló. Treinta y ocho muertos y ciento cincuenta heridos era el tributo pagado por las fuerzas españolas por aquella victoria.

Sin embargo, la fácil toma de Mazalquivir tuvo una consecuencia muy negativa sobre el mando español, al provocar en él un imprudente optimismo. Fue así como en el curso de una salida, atrapados en una emboscada, perecieron el mariscal de campo, marqués de San Blas, el brigadier Wander-Crusen, una veintena de jefes y oficiales y un centenar de soldados además de algunos prisioneros. Aquel revés no implicó ninguna merma real de la victoria española, pero pudo haberse evitado con facilidad. Mientras en Orán quedaba una guarnición al mando del teniente general Alvaro Navia Osorio Vigil, vizconde del Puerto y marqués de Santa Cruz de Marcenado, el 1 de agosto comenzó la repatriación a España del ejército mandado por el conde de Montemar. Dado que resultaba más que posible que Orán fuera nuevamente atacada por los moros capitaneados por Riperdá, se consideró conveniente trasladar a la Península a los enfermos y heridos.

A inicios de agosto, efectivamente, los moros atacaron sin éxito los fuertes españoles, lo que acabó llevando a Riperdá a iniciar una ofensiva contra Ceuta que concluyó en un nuevo fracaso. En aquellos momentos no podía saberse, pero el imperio de la Sublime Puerta, que había sido derrotado nuevamente por las armas españolas, comenzaba con aquella derrota su retirada definitiva en el Mediterráneo occidental. Aún habría que esperar siglo y medio para que también se viera libre de su dominio el oriental.

La paz inestable

La campaña de Orán, un episodio poco conocido ciertamente, marcó el inicio del declive otomano y proporcionó a España un bastión desde el que poder defenderse mejor de los ataques musulmanes. Sin embargo, no logró conjurarlos de manera completa. De hecho, las posiciones

españolas en el norte de África volvieron a ser objeto de ataques islámicos. Dado su coste y que de ellas no se obtenía beneficio alguno, sino que eran más bien una causa de considerables gastos, durante los primeros años del reinado de Carlos III se consideró la posibilidad de abandonar las posesiones norteafricanas con la excepción de Ceuta y Orán. Incluso se cedió, en un rasgo de apaciguamiento, Guader, en las inmediaciones del río Non.

El 25 de septiembre de 1766, España, a ruegos del sultán de Marruecos, suscribió un tratado de paz y comercio que pretendía zanjar cualquier posible litigio y que vino acompañado por la designación de un embajador en Marruecos.[115] Se reconocía así el derecho de España a pescar pacíficamente en la zona de Canarias y la posesión de Ceuta y Melilla.

No respetaron los moros lo pactado con España, y el 19 de septiembre de 1774 Carlos III recibió una carta del rey de Marruecos notificándole que los argelinos y los marroquíes habían decidido abarse para expulsar de sus costas a los cristianos. En un ejercicio de duplicidad que caracterizaría en los siglos siguientes la actitud de Marruecos hacia España —y que tan difícil resulta de comprender para una mentalidad occidental— la misiva afirmaba que los musulmanes estaban dispuestos a atacar las plazas costeras porque «no eran del rey de España sino de Allah», aunque no por ello debía entender Carlos III que la paz quedaba rota ni tampoco que debían interrumpirse las transacciones comerciales. No hace falta insistir en que la unión de ambas circunstancias —ser víctima de una agresión islámica y al mismo tiempo mantener el estado de paz— resultaba imposible.

Así, ante Melilla apareció un ejército moro de trece mil efectivos que exigió el abandono de la plaza por parte de los españoles. La respuesta del gobernador, don Juan Sherlock, fue, como cabía esperar, negativa, con lo que dieron inicio las hostilidades. Para reducir bajas propias, los moros recurrieron a utilizar lo que ahora denominaríamos escudos humanos, en este caso, mil judíos. Sin embargo, a pesar de todo, el ataque islámico fracasó.

La delicada situación a la que se había visto sometida la plaza llevó entonces a Carlos III a concebir la idea de apoderarse de Argel, donde se refugiaban los piratas después de sus tropelías, como una manera de asegurar la comunicación con el norte de África y de evitar futuros ataques. Como en el caso de la expedición para recuperar Orán, resultaba imperioso mantener en el máximo secreto el inicio de las operaciones y, efectivamente, se logró de tal manera que antes de que la escuadra zarpara el 23 de junio no se sabía en España el lugar de destino.

Antes de que acabara el mes, las fuerzas de desembarco llegaron a Argel pero, para sorpresa suya, las playas se encontraban ocupadas por numerosas fuerzas moras. La razón se encontraba en la comunicación a los mandos del objetivo de la escuadra antes de que zarpara y la manera en que esta noticia, desconocida en la Península, se había filtrado al norte de África. Por si fuera poco, a las dificultades de desembarcar en una zona infectada de tropas enemigas se sumó una borrasca. Tan sólo el 8 de julio pudieron llegar a tierra las primeras tropas, pero no pudieron progresar desde las playas, sometidas a un fiero fuego enemigo. Como los intentos de romper el cerco resultaron imposibles, el jefe de la expedición se vio obligado a reembarcar a sus efectivos y ordenar el regreso a Alicante.

La derrota de Argel provocó en España una reacción de indignación contra el jefe de la expedición, don Alejandro O'Reilly. Es dudoso, sin embargo, que pudiera imputársele la responsabilidad del fracaso en la medida en que, perdido el factor sorpresa, la superioridad numérica de los moros y su control de las playas mermaban enormemente las posibilidades de éxito.

Durante los años siguientes España intentó zanjar el contencioso con Marruecos aprovechando los fracasos militares del país islámico. Así, en 1777 volvieron a reanudarse las conversaciones diplomáticas, llegando al año siguiente a Madrid un embajador marroquí. El 30 de mayo de 1780, se suscribía en Aranjuez un nuevo tratado que concedía a España ventajas comerciales frente a Inglaterra y, de hecho, aislaba a esta potencia en el Mediterráneo lo que, a la sazón, resultaba de

enorme importancia, porque se proyectaba un nuevo ataque contra Gibraltar. Las relaciones fueron buenas durante algunos años, hasta el punto de que en 1786 España actuó como mediador ante Estados Unidos, país al que había ayudado a obtener la independencia, para que firmara la paz con Marruecos. Incluso logró Carlos III que el reino norteafricano aceptara mantener relaciones pacíficas con el reino de las Dos Sicilias y con la Orden de Malta, con lo que, en apariencia al menos, se abría camino la posibilidad de acabar con las agresiones de Marruecos.[116]

La política basada en la diplomacia obtuvo también otro interesante logro cuando en 1783 España comenzó a negociar la paz con la regencia de Argel. El 10 de septiembre del año siguiente se suscribía un tratado que acordaba la libertad de comercio, la paz perpetua y algo realmente importante más allá de las declaraciones: la supresión de la piratería. Lamentablemente, no se trataba sino de una pausa antes de un nuevo ataque. Como en situaciones anteriores y posteriores, los moros sólo esperaban a que España estuviera implicada en un esfuerzo bélico para descargar nuevos golpes. Cuando la situación se presentó —en concreto, por los preparativos de otra guerra contra Inglaterra —, se produjeron sendos ataques musulmanes contra Orán y Ceuta.

En el primero de los casos, los atacantes se vieron favorecidos además por el desorden ocasionado por un terremoto acontecido en la noche del 8 al 9 de octubre de 1790. A pesar de lo desfavorable de las circunstancias, los soldados españoles no sólo repelieron los ataques, sino que a continuación, y a pesar de lo mermado de sus fuerzas, lanzaron un contraataque que puso en fuga a los atacantes. De la misma manera, fueron rechazados nuevos ataques que se produjeron los días 21 y 25 del mismo mes, hasta que el 29 se retiraron. Tuvo lugar entonces un episodio que sólo puede inscribirse en la galería de los gravísimos errores cometidos por la diplomacia española en su trato con las potencias del norte de África. Floridablanca, que se había destacado en su habilidad negociadora, decidió en una muestra de apaciguamiento esperanzado entregar Oran y Mazalquivir a Argel. A fines de febrero de 1792 se completó la evacuación de ambos enclaves y, como no debería sorprender a nadie, aquella cesión no fue interpretada como un deseo de paz, sino sólo como una muestra de debilidad. Así, lo que vino a continuación no fue la paz con el vecino islámico, sino un ascenso en sus pretensiones y, finalmente, la agresión. La víctima, al año siguiente, fue Ceuta.

En este caso el ataque era esperado, ya que en Tánger y Tetuán se había observado la concentración de tropas moras provistas de abundante artillería. Como en otros episodios del enfrentamiento entre España y el islam, los atacantes insistieron en que no había razones para temer una ruptura de hostilidades, y Muley Alí, familiar del sultán y jefe de las tropas moras, se comunicó directamente con el gobernador de la plaza para asegurarle que no debía esperar un ataque. No le creyó el español y, de esa manera, actuó correctamente, porque a los pocos días las fuerzas moras atacaban la plaza. Tras un intenso tiroteo, los moros pasaron a hacer uso de un nutrido fuego de artillería e incluso comenzaron los preparativos para llevar a cabo un desembarco. Durante los días 3 y 4 de noviembre, Ceuta se vio sometida a terribles bombardeos, pero las bajas sufridas y el inicio de conversaciones políticas con el gobierno español llevaron a Muley Alía retirarse.

El error de Floridablanca difícilmente pudo ser más grave y, en realidad, aniquiló toda la política diplomática anterior. No sólo renunció España a dos plazas que eran suyas y que servían para garantizar la paz y la seguridad del Mediterráneo frente a futuras agresiones islámicas, sino que además logró el efecto contrario al deseado, es decir, convencer a sus adversarios de que, convenientemente presionada, España se acabaría retirando de las partes de su territorio enclavadas en el continente africano. Se trataría, como veremos, de una convicción reafirmada en los siglos siguientes, en los que el enemigo vencido en 1492 y que no había dejado de amenazar a Occidente hasta el siglo XVIII, pasó a convertirse en un enemigo reivindicativo.

Tercera Parte

EL ENEMIGO REIVINDICATIVO

Capítulo I

LA DEFENSA DE LAS PLAZAS ESPAÑOLAS

La guerra de 1859-1860

El cuestionamiento de la españolidad de Ceuta y Melilla es un conflicto que emergerá y se sumergirá en paralelo con el poder del sultán de Marruecos durante más de tres siglos. A decir verdad, ambas plazas ya habían entrado a formar parte de reinos hispánicos antes que determinadas porciones de la península Ibérica fueran reconquistadas del dominio islámico. Sin embargo, semejantes consideraciones carecerían de valor para los musulmanes. Eran, a su juicio, un territorio de Allah —como tuvimos ocasión de ver en la carta dirigida a Carlos III en un capítulo anterior— y, por lo tanto, no podían ser regidas por un gobernante que no fuera musulmán. Esa diferencia sólo podría acabar cuando el no musulmán capitulara, y hasta bien entrado el siglo XX el argumento reivindicativo no sería tanto político como religioso. No se estaría, por lo tanto, reivindicando un proceso de independencia frente a un supuesto invasor cuanto la hiperlegitimidad del islam frente a cualquier otra creencia. Que el islam, vencido pero amenazante, comenzara a mostrarse reivindicativo de terrenos que habían escapado a su control e incluso, con el paso del tiempo, de tierras que nunca habían estado bajo su poder, era secundario ya que, por definición, todo el orbe está destinado con el paso del tiempo a convertirse en Dar al-Islam, en territorio sometido al islam. Partiendo de esa interpretación —bien difícil de aceptar desde la perspectiva del Occidente civilizado— España estaba predestinada a continuar siendo objetivo militar de las agresiones islámicas y, efectivamente, así fue.

El primer choque de importancia se produjo en agosto de 1859, cuando los cabileños de Anjera atacaron a las tropas españolas acantonadas en Ceuta que habían iniciado la construcción de un reducto en las afueras de la ciudad. El episodio se concretó en el asesinato de varios españoles, la destrucción de una parte de lo construido y distintos ultrajes al escudo de España. El gobernador de Ceuta exigió del caíd de Anjera que se llevara a cabo el castigo de los delincuentes, amén del pago por los daños materiales ocasionados. Además, el cónsul español en Tánger recibió orden de solicitar una indemnización del sultán.

La respuesta marroquí fue la usual en estos casos, es decir, sumergirse en un pantano de dilaciones que acabaran llevando a la otra parte al abandono de sus exigencias. Cuando además se produjo el fallecimiento del sultán Abderrahmán la dilación pasó a convertirse en un aplazamiento *sine die*. Sin embargo, en esta ocasión la irritación española era considerable, y lejos de amilanarse por el comportamiento de los marroquíes, el gobierno declaró la guerra a Marruecos en octubre de 1859.

El estallido de las hostilidades difícilmente podía ser inmediato, y Mulay Mohamed, el nuevo sultán, habría podido paralizar el conflicto mediante el pago a los españoles de una indemnización más que justificada. Sin embargo, optó por proclamar la guerra santa contra los infieles y enviar un ejército a las órdenes de su hermano para que atacara Ceuta.

La reacción española por segunda vez distó del amilanamiento. A la reina Isabel II se le recordaron los términos del testamento de su tocaya y antecesora Isabel la Católica en relación con el

norte de África, y la prensa apoyó con entusiasmo un conflicto que traía recuerdos de anteriores victorias sobre el agresor musulmán.

Al mando del general Leopoldo O'Donnell se concentró un ejército en Ceuta que el 1 de enero de 1860 se encaminó hacia Tetuán. En la vanguardia servía otro militar que, al igual que O'Donnell, era de formación liberal y que también tendría un importante papel en la historia posterior. Se trataba de Juan Prim. Tras obtener una serie de victorias sobre los marroquíes, las fuerzas españolas aseguraron Tetuán en la primera semana de febrero y se dirigieron a Tánger. En paralelo, la armada española procedía a bombardear Tánger, Asilah y Larache. A continuación, Prim siguió ejerciendo una notable presión a través de las colinas que circundan el Fondaq de Ain Jedida entre Tánger y Tetuán. A finales de marzo, Marruecos solicitó la paz.

Las victorias obtenidas por las fuerzas españolas habían provocado la inquietud de los británicos, que optaron por prestar al sultán de manera secreta la indemnización que reclamaba España.[117] Una potencia que hubiera tenido un programa de expansión colonial entre sus intenciones habría aprovechado el momento para extender su influencia sobre los territorios ocupados durante las semanas anteriores o, al menos, para ampliar su dominio en torno a Ceuta e imponer condiciones ventajosas al sultán. Sin embargo, España no tenía ninguna apetencia territorial en Marruecos. Mantuvo sus tropas en Tetuán hasta que cobró la indemnización reclamada y, acto seguido, las reembarcó rumbo a la Península.

La guerra de 1893[118]

Durante casi tres décadas no se produjo ningún incidente armado de importancia entre los habitantes españoles de las plazas del norte de África y los súbditos del sultán de Marruecos. Tal situación, nacida, sin duda, del recuerdo de la derrota sufrida frente a las armas españolas, concluyó en 1893, precisamente cuando España decidió aplicar algunos de los aspectos relativos al cumplimiento del tratado de 1860. Este había concedido a España una zona más amplia de ocupación en torno a Melilla. En 1891 el gobierno español envió una comisión que se ocuparía de trazar los límites a la vez que debía realizar la planificación de una línea de fortines y blocaos que sirvieran para proteger a las plazas de Ceuta y Melilla de posibles ataques. Uno de estos fortines debía alzarse en Sidi Auriach, un enclave cercano a Melilla y a la tumba de un santón musulmán. Los cabileños solicitaron del general Margallo, comandante de la plaza, que detuviera su trabajo. Margallo respondió que informaría de la situación al gobierno español para que tomara una decisión al respecto, pero los marroquíes no estaban dispuestos a esperar una respuesta oficial. Por el contrario, arrasaron las obras y atacaron a los que las realizaban. El 2 de octubre los obreros españoles se vieron obligados a abandonar Sidi Auriach.

La reacción de España consistió en presentar una protesta oficial ante el sultán por los ataques sufridos. Sin embargo, el sultán se limitó a decir que le resultaba imposible controlar todo lo que sucedía en su territorio. Ante semejante dejación de autoridad, el gobierno español optó por enviar refuerzos militares y crear una comisión técnica encargada de estudiar el problema. El 27 de octubre se reanudaron las obras bajo protección militar, pero nuevamente se produjo un ataque marroquí. Margallo decidió entonces retirarse hacia Melilla, si bien optó a la vez por estacionar a parte de sus soldados en el puesto de Cabrerizas Altas. Durante la noche el enclave fue cercado por los moros y el mismo Margallo murió a consecuencia de un balazo recibido mientras observaba la situación.

Cuando las noticias de lo sucedido llegaron a la Península se produjo una oleada de cólera que recorrió todas las clases sociales. El ministro de la guerra, López Domínguez, llegó a la conclusión de que necesitaba reclutar más tropas y decidió llamar a filas a la primera reserva. Con la finalidad de evitar que los reclutamientos se limitaran a unas cuantas ciudades grandes —con las reacciones que esto podría ocasionar—, el ministro de la Guerra llamó a grupos pequeños de soldados en distintas regiones. En apariencia, tal medida redujo el impacto negativo en la opinión pública, pero el coste

militar fue extraordinario, ya que se retrasó extraordinariamente la formación de las unidades, que no llegaron a Melilla hasta dos e incluso tres meses después de lo esperado.

López Domínguez —que había dado muestras evidentes de estar más preparado para la maniobra política que para ocuparse de asuntos militares— deseaba ser colocado al mando de las tropas españolas, pero acabó prevaleciendo el sentido común y el nombramiento recayó en el general Martínez Campos. La elección fue acertada y, ciertamente, Martínez Campos tenía, gracias a sus años de servicio en Cuba, una experiencia notable no sólo en operaciones militares, sino también en llegar a acuerdos pacíficos. Los veintidós mil soldados españoles destacados en Melilla apenas tuvieron que combatir. De hecho, tras algunas escaramuzas que demostraron su capacidad de presión, se produjo un repliegue de la agresión mora. A finales de noviembre pudieron continuarse las obras en el fortín y al mes siguiente las cabilas solicitaron una tregua.

El gobierno era totalmente contrario a la suspensión de hostilidades, en parte porque sospechaban de la falta de honradez en las intenciones de los moros y, en parte, porque creían tener al alcance de la mano un triunfo militar aplastante que conjurara el peligro islámico por mucho tiempo.[119] Sin embargo, Martínez Campos sostenía una opinión distinta de lo que debía hacerse. Aceptó la solicitud de tregua, se encaminó a Marrakech y allí firmó un tratado con el sultán el 5 de marzo de 1894, en el que se establecía el pago a España de una indemnización de 20 millones de pesetas. El sultán se comprometió además a someter a los cabileños —algo que encajaba mal con su actitud previa al desembarco de las tropas españolas— castigando a los responsables, y a permitir que España acantonara tropas en el interior del territorio adyacente que pertenecía a Marruecos.

Los logros de Martínez Campos fueron considerados insuficientes por muchos que ansiaban que los moros recibieran una lección, y esa circunstancia explica la fría recepción de que fue objeto el general a su regreso a España. Semejante división de opiniones fue aprovechada por Marruecos a lo largo de 1894 con el resultado de que las concesiones iniciales se vieron reducidas. Cuando el 31 de enero de 1895 un militar en la reserva llamado Miguel Fuentes golpeó en el hombro al representante del sultán en Madrid al grito de «Yo soy Margallo», la situación de España aún se debilitó más, por mucho que la jerarquía militar se manifestara públicamente distanciada de Fuentes.

Finalmente, la guerra contra Marruecos iba a concluir con un episodio dramático que puso de manifiesto hasta qué punto el ejército español necesitaba una reforma que nadie parecía dispuesto a acometer. El enviado del sultán fue llevado hasta Marruecos a bordo del navío español *Reina Regente*. En el viaje de retorno, el *Reina Regente* fue sorprendido por una tempestad cerca de Gibraltar y se hundió con toda la tripulación. El episodio resultaba aún más lamentable porque el *Reina Regente* era de los pocos barcos modernos que habían entrado a formar parte de la flota española en los últimos años.

El siglo XIX terminó, pues, con una defensa victoriosa de las posesiones españolas en las fronteras de Marruecos, pero dejaba ya de manifiesto los riesgos que podrían producirse en el futuro (nuevos ataques de Marruecos cada vez que se percibiera debilidad por parte española), la vía para enfrentarse con ellos (una mayor eficacia militar) y la escasa voluntad política de adoptar decisiones en esa dirección. El siglo siguiente sería testigo de la dramática combinación de estos tres aspectos y de los lamentables resultados que implicó para España.

Capítulo II

LA GUERRA DEL RIF (I): DE LOS ANTECEDENTES AL DESASTRE DE ANNUAL

Marruecos en los primeros años del siglo XX

Al comenzar el siglo XX, Marruecos se hallaba sometido a un sistema de gobierno plenamente comprensible desde una mentalidad islámica pero, sin duda, chocante para una occidental. En teoría el país se hallaba regido por un sultán que gozaba de la facultad de designar a su sucesor; en la práctica eran los ulemas de Fez y Marrakech los que refrendaban o vetaban semejante nombramiento. A pesar de ello, incluso este refrendo islámico distaba mucho de garantizar una transmisión del poder que pudiera calificarse de pacífica. Aunque el sultán siempre era elegido entre los jerifes —es decir, los miembros de familias cuyo linaje teóricamente se remontaba en línea directa hasta Mahoma —, lo cierto es que no pocas veces la elección solía ser el pistoletazo de salida para una guerra civil, ya que los pretendientes al trono por lo común eran varios. Cuando finalmente se asentaba la autoridad del nuevo sultán sobre la base del derramamiento de sangre, su jefatura espiritual era reconocida por los marroquíes, pero la política quedaba limitada a aquellas áreas donde podía imponerse el control real de sus tropas.

Al iniciarse el siglo XX, el sultán ejercía su dominio sobre dos zonas irregulares que constituían el denominado Blad el-Majzen. La primera estaba limitada por Tánger, al norte, Fez, al este, y Rabat, al sur; la segunda por Rabat, al norte, Marrakech, al este, y Mogador, al sur. No deja de ser significativo que, en bloque, ambas áreas apenas cubrieran el 20 por ciento de la superficie del país y que sus habitantes fueran beréberes ya muy arabizados. El resto, poblado por musulmanes escasamente arabizados, constituía el territorio disidente o Blad as- Siba. Partiendo de un precedente histórico semejante puede comprenderse la endeblez de las reivindicaciones del monarca de Marruecos no sólo para con territorios que nunca formaron parte de su dominio, sino incluso para con otros que décadas después se vería atribuidos tan sólo por la decisión favorable de las potencias europeas.

En 1900, el sultán de Marruecos era un joven de veinte años llamado Abd el-Aziz. Al parecer era un muchacho despierto, pero Ba Ahmed, su antiguo regente, se había ocupado de apartarle de las tareas del reinado mediante el socorrido recurso de proporcionarle diversos juguetes mecánicos —entre ellos un tren de oro para recorrer sus palacios de Fez— que lo mantuvieran entretenido. Una forma de vida tan extravagante no dejaba de ser costosa, y para mantenerla, y de paso perpetuar su poder, Ba Ahmed inició una política de expansión real del gobierno marroquí. El resultado inmediato fue que en 1902 estalló en el noroeste la sublevación de Bu Hamara. Con una rapidez fulminante, los alzados pasaron a controlar todo el territorio situado entre la frontera de Argelia y Fez, a excepción del Rif.

La nueva situación implicaba serios problemas para Abd el-Aziz. No sólo resultaba obvio que su reinado quedaba en precario por la acción de unas tribus levantiscas, sino que además las potencias europeas se convencieron —con toda razón, por otra parte— de que Marruecos no era sino un conglomerado inestable, y por ello peligroso, de cabilas.[120] Por razones de seguridad internacional se imponía una intervención en la zona. Cuestión aparte era quién iba a llevarla a cabo.

En 1902, Delcassé, el ministro de asuntos exteriores francés, visitó Madrid con la intención de unir a España a un futuro reparto de Marruecos. De acuerdo con este ofrecimiento, España recibiría el territorio situado al norte del río Sebú, incluyendo Agadir, Fez y Taza. España rechazó el acuerdo porque no tenía apetencias territoriales y porque, por añadidura, tampoco deseaba iniciar un conflicto con el Reino Unido.

Francia ansiaba mantener a los británicos al margen de Marruecos, y en 1903 inició tratos con Italia, que cristalizaron en un tratado en virtud del cual Francia garantizaba la prioridad italiana en Libia y a cambio obtenía que se le dejaran las manos libres en Marruecos. A pesar de todo, subsistía un problema para su política expansionista que había puesto de manifiesto claramente España, y era que la potencia colonial que había mantenido unas relaciones más estrechas —y benévolas— con Marruecos en los últimos tiempos había sido precisamente el Reino Unido.

Como solía ser habitual en su trato con este tipo de gobiernos, los británicos habían aportado ayuda técnica —como la de los ingenieros que elaboraron el proyecto del ferrocarril Mequinez-Fez — e intentado abrir las puertas al comercio y a la predicación del Evangelio. Los resultados no podía decirse que hubieran sido óptimos. Si el proyecto de ferrocarril transcurrió acompañado por furiosas reacciones de un populacho al que los jefes religiosos habían convencido de que se iba a enajenar el sagrado territorio del islam a los infieles, la evangelización tropezó con dramas como el del asesinato de un misionero llamado Cooper en Fez.

A pesar de las dificultades, el Reino Unido habría insistido en su plan de penetración en Marruecos de no ser por el delicado panorama internacional en el que se veía inmerso. Por un lado, la guerra de los Bóers —que concluiría con una victoria británica— había puesto en entredicho su potencia militar, ya que un reducido grupo de colonos surafricanos había mantenido en jaque durante un tiempo considerable al ejército más poderoso del orbe. Por otro, Alemania estaba comenzando a configurarse como una potencia militar de primer orden que se distanciaba del orden bismarckiano, un orden que, no debe olvidarse, a pesar de su violencia inicial, había mantenido a Europa en paz durante más de tres décadas. Frente al peligro germánico, el Reino Unido necesitaba el apoyo francés, y decidió aprovechar la situación con que contaba a la sazón en Marruecos para garantizar esa baza. En abril de 1904, ambas potencias suscribieron un tratado en virtud del cual Londres no sólo lograba un acercamiento a Francia, sino también libertad de acción en Egipto. A cambio, Francia asumía sin interferencias la responsabilidad de la seguridad en Marruecos.

El tratado hacía una referencia expresa al respeto por las posesiones españolas en el norte de África[121] y en un texto adicional secreto se concedía a Francia la potestad absoluta para ocuparse de esa cuestión. En octubre de aquel mismo año, España concluyó a su vez un tratado con Francia. Esta vez la potencia vecina se mostró menos generosa, dado que nada tenía que temer de una intervención británica. Según los términos del tratado —que sería mantenido en secreto hasta 1911— España sólo recibiría una pequeña porción del reino de Marruecos que se extendía desde el Mediterráneo hasta unos 40 kilómetros al norte del río Werga, por encima de Fez, y entre el río Muluya , al este, y el Atlántico, al oeste. Se trataba de una zona muy reducida, especialmente si se comparaba con la que se adjudicaba la otra potencia signataria del tratado, y además únicamente podía ser ocupada previo permiso de Francia.

El tratado con España representaba un éxito enorme para Francia, ya que no sólo conseguía adjudicarse un importante territorio en el norte de África que era limítrofe con Argelia, sino que además lograba una alianza con el Reino Unido precisamente en la época en que Alemania aparecía como una potencia militar pujante. Fue precisamente esta nación la que estuvo a punto de amargar a Francia las mieles del triunfo. A finales de marzo de 1905, el káiser realizó una visita sorpresa a Tánger en el curso de la cual pronunció un discurso afirmando su disposición a proteger la soberanía marroquí y recordando los intereses comerciales de Alemania en la zona. La visita provocó la caída de Delcassé en Francia y, por añadidura, tuvo como resultado directo la convocatoria de una conferencia internacional para tratar el tema de Marruecos.

La conferencia, convocada por el sultán Abd el-Aziz a instancias del káiser, se celebró en Algeciras en 1906. A ella asistieron Francia, España, Reino Unido, Italia, Alemania, Austria-Hungría, Bélgica, Países Bajos, Luxemburgo, Dinamarca, Portugal, Rusia, Estados Unidos y, por supuesto, Marruecos. Contra lo esperado por el kaiser, el resultado fue un debilitamiento de la posición alemana, fundamentalmente a causa del acercamiento entre Francia y el Reino Unido que venía forjándose, como hemos visto, desde hacía algún tiempo.[122] Entre los resultados prácticos de la conferencia se incluyó la formación de una policía especial destinada a mantener el inestable orden de Marruecos y que sería entrenada por oficiales franceses y españoles.

La conferencia de Algeciras difícilmente establecía o legitimaba una intervención de Francia en

Marruecos, pero tal era el objetivo de la citada potencia, que sólo contemplaba como obstáculo para sus propósitos a Abd el-Aziz. En 1906, tras el asesinato de un erudito francés llevado a cabo por un fanático musulmán, las tropas francesas ocuparon Marrakech y al año siguiente desembarcaron en Casablanca, esta vez para proteger a la colonia europea de una sublevación popular. Si Francia esperaba reducir a la docilidad a Marruecos mediante estas medidas, no tardaría en descubrir lo equivocado de su suposición. En enero de 1908 los ulemas, reunidos en la mezquita de Mulay Idris de Fez, decidieron designar un sucesor para Abd el-Aziz que se encargara de declarar la guerra santa a los franceses y liberara de extranjeros el interior del país. El elegido fue su hermano Hafiz, que en noviembre obtuvo la abdicación de Abd el-Aziz, impotente para reprimir a las cabilas alzadas contra él y a los seguidores de los ulemas.

La tesitura en que se hallaba Hafiz no era fácil, en la medida en que sabía que tenía que garantizar los derechos de los europeos a la vez que sobre él pesaba la tarea de expulsar a los extranjeros de Marruecos. Quizá por eso no resulta extraño que se entregara al consumo de drogas y que en marzo de 1911 solicitara la ayuda de Francia para poder mantener en pie su reino. Un año después suscribía el denominado tratado de Fez, en virtud del cual se concedía a Francia el protectorado perpetuo sobre Marruecos. Ciertamente, Francia se comprometía a respetar el islam y el prestigio del sultán, cuyo poder garantizaría al igual que el de sus herederos. Con todo, nadie podía negar que la independencia del reino había concluido.

La reacción popular fue fulminante, y en Fez las masas marroquíes se dedicaron a asesinar a cualquier extranjero que tuviera la desgracia de encontrarse en esos momentos en la ciudad. Las fuerzas francesas restablecieron el orden, pero hasta el año 1934 no llegaron a consumar la pacificación completa de Marruecos, y eso sólo tras someter una tras otra a las diferentes cabilas.[123] Por lo que se refiere a Hafiz, tampoco pudo conservar el trono tras la firma del tratado. El 17 de julio de 1912 abdicó en favor de su hermano menor Yusuf.

Nace el protectorado español[124]

En noviembre de ese mismo año, Francia firmaba con España un acuerdo relativo a Marruecos.[125] El texto —que emanaba directamente del tratado de Fez— otorgaba a España un protectorado en Marruecos, aunque las relaciones del mismo con el extranjero debían pasar por el residente general francés afincado en Rabat. Por otro lado, el territorio reconocido a España era menor que el pactado en 1904. Amenazado con el alzamiento de mayores barreras aduaneras, el gobierno español acabó conformándose con lo que Antonio Azpeitua calificaría como «el hueso del Yebala y la espina del Rif»[126]. No eran sólo esos los aspectos discutibles del acuerdo. Como sucedería repetidamente en la historia colonial, los límites no se trazaron teniendo en cuenta a los diferentes grupos indígenas —en este caso las cabilas —, sino de manera absolutamente arbitraria. Así, el Marruecos español iba a establecerse desde el bajo río Muluya en el este hasta el río Lucus, a 35° de latitud oeste, dividiendo el territorio de cabilas como los Beni Bu Yahi. Esta circunstancia se veía agravada por las especiales características de la población.

Los 19.900 kilómetros cuadrados del protectorado español en Marruecos eran en su mayor parte territorios abruptos y de cultivo extremadamente difícil, que contrastaban con los 400.000 kilómetros cuadrados del protectorado francés. En aquella zona, prácticamente sin cartografía, habitaban unos 760.000 indígenas[127] de origen beréber. Ni racial, ni lingüística, ni siquiera culturalmente podía considerárseles plenamente arabizados.[128] En los cinco territorios del protectorado español (el Yebala, el Lucus, el Gomara, el Rif y el Kert) la mayor concentración de beréberes se daba entre los Beni Urriaguel, Beni Ammart y Gueznaya, en el Rif central. De hecho, su mayor conexión con los árabes estaba en su fe islámica.

Desconocedores de una estructura política mínimamente avanzada, los habitantes del

protectorado contaban con una organización tribal en la que cada cabila o tribu recibía el nombre de un antepasado varón o de un supuesto lugar de origen. A partir de la cabila, se iba descendiendo en una serie de capas de carácter familiar —clan, subclan, linaje...— hasta alcanzar la familia formada por los padres y los hijos solteros. Teóricamente, el sultán nombraba caídes para gobernar estas cabilas, pero la realidad histórica era que normalmente el Rif se mantenía fuera del territorio controlado por el sultán y tales nombramientos no tenían ningún efecto.

La inexistencia de una estructura social más avanzada, la dureza de las condiciones económicas y la educación reducida prácticamente al Corán y limitada a los hombres habían convertido a los rifeños en un pueblo extraordinariamente duro. A estos factores además se unían la existencia de un universo exclusivamente masculino en el que las mujeres eran consideradas, de acuerdo con la enseñanza islámica, inferiores; en el que la poligamia, de conformidad con el Corán, era legal; y en el que se producía la identificación de la dureza despiadada con la excelencia.[129] De este último hecho derivaba, por ejemplo, que no se considerara hombre al rifeño que, antes de contraer matrimonio, no hubiera matado a alguien; que la traición, el engaño y la crueldad fueran corrientes; o que se celebrara el primer homicidio cometido por un joven.[130] Las muertes, por regla general, se producían entre los propios rifeños ferozmente divididos por enemistades tribales.

Dentro de esa forma de vida caracterizada por el islam, el derramamiento de sangre y la cabila existían dos instituciones de enorme importancia. La primera era el *lif* o alianza entre distintos segmentos familiares con la finalidad de poder enfrentarse a las agresiones violentas fie los demás grupos, y el *urf* o código consuetudinario del Rif. Basado en una aplicación rudimentaria y estricta de la ley del talión, el *urf* excluía la cárcel pero no los castigos físicos. De hecho, en el Yebala el robo podía ser castigado con la ceguera ocasionada mediante un hierro candente o la mutilación de la mano derecha.[131] Entre los Beni Urriaguel, por el contrario, la sangre podía ser vengada o pagada mediante una compensación económica. Con todo, la norma no era similar en todas las cabilas. Un ejemplo de ello lo constituye el tratamiento dispensado a la homosexualidad. Mientras que los rifeños la castigaban con la muerte —por ejemplo, rociando con gasolina a los homosexuales y prendiéndoles fuego[132]—, otros cabileños se proveían de efebos en mercados destinados a esa finalidad.[133]

Considerados todos estos aspectos, cabe preguntarse por las razones que llevaron a España a iniciar el protectorado en Marruecos. La referencia a la codicia —bien socorrida desde las críticas de la izquierda— no se corresponde, desde luego, con la realidad histórica. A diferencia de otras potencias coloniales, España no iba a obtener nada de Marruecos, y esa seguridad explica, por ejemplo, la impopularidad que la presencia en el norte del sultanato tuvo desde el principio entre buena parte de la población. No se discutía la empresa imperial en calidad de tal —eso quedaba para minorías insignificantes, como los anarquistas y los aún más reducidos socialistas—, sino la ausencia de beneficios que habría de reportar.[134]

La razón de la empresa en Marruecos estuvo más relacionada con la amargura de la derrota sufrida en la guerra de Cuba y Filipinas pero, sobre todo, con la necesidad de garantizar la seguridad de Ceuta y Melilla frente a la agresividad marroquí y el expansionismo francés. Para entender este último aspecto debemos detenernos en un episodio relacionado con un personaje de cierta relevancia conocido como El Roghí.

La rebelión de El Roghí[135]

A inicios del siglo XIX, un antiguo funcionario de Taza llamado Jilali ben Dris se vio obligado a huir a Argelia acusado de haber falsificado firmas relevantes en su condición de escribiente en la corte del sultán. Ben Dris se dedicó en Argelia al estudio del islam y, finalmente, regresó a Marruecos, donde no tardó en reunir en torno suyo a una muchedumbre de seguidores. Fue entonces cuando se proclamó El Roghí, es decir, pretendiente al trono de Marruecos. Su derecho derivaba,

según él, de ser el hijo desaparecido del anterior sultán, Mulay Hassán I. Semejante afirmación resultaba un dislate en la medida en que el tal hijo vivía a la sazón en un dorado retiro, pero tal circunstancia no impidió que reuniera bajo sus órdenes a las cabilas de Giata, Tsul, Branes, Meknasa y Howara del noreste, y derrotara a las fuerzas del sultán en diciembre de 1902 en Ain Mediuna.

Jilali Ben Dris, también conocido como Bu Hamara, extendió entonces su dominio desde Fez a Melilla y se proclamó sultán en Taza. El Roghí contaba con el respaldo francés —una circunstancia bien notable si se tiene en cuenta lo pactado por Francia en relación con el apoyo al sultán—, y por ello no resulta extraño que concediera a una sociedad francesa el arriendo por noventa y nueve años de un puesto comercial en La Restinga, una pequeña franja peninsular situada al sur de Melilla. Semejante medida, tomada sin consultar a España, causó una lógica preocupación en las autoridades hispanas, y cuando en el verano de 1907 el sultán desembarcó una harka en La Restinga para combatir a El Roghí y pidió ayuda a la guarnición de Melilla, la obtuvo.

El sultán no logró vencer a El Roghí —de hecho, sus fuerzas no fueron totalmente aplastadas porque se les permitió refugiarse en Melilla—, pero el rebelde llegó a la conclusión de que le convenía mantener las mejores relaciones posibles con España. En julio de 1907, El Roghí otorgaba a la Compañía Española de Minas del Rif un arriendo de noventa y nueve años sobre las minas de hierro del monte Uixan, así como el derecho de construir un ferrocarril que uniera las minas con Melilla. En agosto, El Roghí llevó a cabo una concesión similar, si bien de las minas del monte Afra, y en esta ocasión a favor de la Compañía Franco-Española del Norte de África. Semejantes acciones bienquistaron al rebelde con las potencias europeas, pero provocaron un importante descenso de su prestigio en el Rif. Finalmente, los Beni Urriaguel —que por primera vez en su historia se unieron como una tribu sin fisuras— solicitaron la ayuda de los Beni Ammart y se alzaron contra El Roghí.

El choque tuvo lugar durante el otoño de 1908 en el río Nekor, con un resultado desastroso para las fuerzas de El Roghí. En el curso de los meses siguientes, nuevas cabilas se unieron a la rebelión y para el verano de 1909 El Roghí no era sino un fugitivo que tan sólo buscaba conservar la vida. Fue capturado finalmente por los Beni Mes- tara y en agosto de 1909 entregado a Mulay Hafiz, el nuevo sultán, en Fez. Durante unos días el cautivo conservó la vida porque el sultán ansiaba despojarle de su fortuna, pero muy pronto se cansó de esta conducta. Tras pasearlo por las calles encerrado en una jaula, lo torturó cruelmente para, a continuación, lanzarlo a un foso donde un león lo hirió sin llegar a matarlo. Finalmente, tras ser apuñalado por un esclavo, El Roghí fue quemado vivo. En apariencia, la calma iba a regresar al Rif; en realidad, acababa de alejarse para no retornar en muchos años.

Raysuli

La derrota de un personaje antaño tan poderoso como El Roghí llevó a los rifeños a reflexionar sobre las enormes potencialidades que existían en caso de unirse contra sus adversarios. Si habían derrotado a alguien que había humillado a las fuerzas del sultán, ¿acaso no podrían también expulsar a los infieles? Así, antes de la captura de El Roghí, en julio de 1909, procedieron a atacar a los obreros que construían un puente para la Compañía Española de Minas, cerca de monte Uixan. Siete de los trabajadores fueron asesinados y el resto se vio obligado a huir para escapar de la muerte. Como había sucedido en casos anteriores, las autoridades de Melilla pidieron refuerzos a la Península. Quizá hubiera sido lógico esperar, también como en ocasiones previas, que una oleada de cólera conmoviera a la opinión pública española. Lo que sucedió fue algo muy distinto. En Barcelona, un sector de la población se manifestó en contra de la marcha de las fuerzas de reemplazo y, convenientemente impulsada por la acción de agitadores, desbordó el orden público y se entregó a la quema de iglesias y conventos, así como a la comisión de todo tipo de desmanes.[136] En el curso de lo que sería denominado la Semana Trágica murieron ciento treinta y seis personas, resultando finalmente imprescindible recurrir al ejército para acabar con los disturbios. La responsabilidad de aquellos hechos se achacaría a Francisco Ferrer Guardia, un anarquista partidario del terrorismo, que

unos años antes había sido el cerebro de un atentado contra Alfonso XIII y su esposa en el que murieron varias personas.

En aquel entonces, a pesar de las pruebas en su contra, sin excluir la confesión de alguno de sus cómplices, Ferrer logró escaparse por presiones de la masonería.[137] Ahora, sin embargo, fue juzgado y fusilado en medio de una campaña internacional que pedía, una vez más, su puesta en libertad.

La Semana Trágica puso de manifiesto uno de los problemas que, al fin y a la postre, iba a liquidar la monarquía parlamentaria vigente. Nos referimos a la existencia de grupos llevados por el pensamiento utópico que, a pesar de ser muy minoritarios en aquella época, tenían claramente desarrollado un plan de aniquilación del sistema como paso imprescindible para implantar su particular utopía. Si en el caso del anarquismo España llevaba padeciendo desde hacía años un trágico rosario de cruentos atentados terroristas, el enfoque político de otras fuerzas como el PSOE no era más sensato. Las tácticas seguidas por los socialistas fueron diversas. En primer lugar, y siguiendo las consignas del Congreso Internacional Socialista de Stuttgart, el Partido Socialista incluyó en su programa el abandono de las posiciones españolas en Marruecos. Desde luego, no deja de ser reveladora la insistencia del fundador del partido, Pablo Iglesias, en el «respeto a la independencia del imperio mogrebino», a la vez que atacaba cualquier acción del muy capitidisminuido imperio español. Puesto a defender a uno o a otro, el socialista optaba por el extranjero, en la medida en que el colapso del español podía abrir nuevas perspectivas de revolución en una época en la que los obreros españoles abandonaban la UGT a pasos agigantados. En segundo lugar, Iglesias se opuso frontalmente a la ley que preparaba el gobierno contra el terrorismo. En defensa de su posición adujo que semejantes leyes no eran operativas y que, en realidad, eran «fábricas de terroristas». Sin embargo, no se quedó ahí. Señaló además que si la ley era aprobada, el Partido Socialista estaría dispuesto a abrazar también el terrorismo.[138] La táctica de Iglesias consistía en oponerse y amenazar, y si esta actitud no bastaba a sus propósitos, adoptaría medidas revolucionarias que desbordaran el sistema por la violencia. Finalmente, la batalla contra el gobierno no se iba a dar en las instituciones, especialmente en el Parlamento, sino en la calle.

El resultado de esa política que buscaba fundamentalmente destruir pero que no tenía nada que construir a cambio salvo utopías incompatibles entre sí fue deplorable. Si en julio se produjo en Barcelona la denominada Semana Trágica, surgida de una multitud caldeada peligrosamente por la demagogia, en octubre, tuvo lugar la renuncia de Maura a las labores de gobierno y el final de su programa regenerador.

Como consecuencia final de aquel acoso y derribo, los liberales buscaron en Canalejas un remedio a una situación ciertamente difícil, mientras republicanos y socialistas creaban una conjunción encaminada a perpetuar en el futuro aquella capacidad de maniobra extrainstitucional y, en el fondo, antiparlamentaria y anticonstitucional que tan bien había funcionado a la hora de aniquilar el propósito reformador de Maura. La conjunción quedó establecida el 7 de noviembre de 1909 en el frontón de Jai-Alai, y entre los que hablaron en el acto estuvo naturalmente Iglesias. En la más pura línea de Guesde —que ya veía bien en Francia el establecimiento de una alianza con los republicanos— Iglesias indicó que aquella conjunción en absoluto representaba una renuncia a los objetivos del Partido Socialista, sino una vía para alcanzarlos con más facilidad: «Nosotros mantenemos en toda su pureza los ideales del Partido Socialista, o sea, la igualdad social; nosotros aspiramos a que el poder político sea conquistado por el proletariado; nosotros opinamos que la Iglesia es un soporte del régimen burgués y que otro soporte es el ejército, y nosotros no sacrificaremos ni ahora ni nunca nada, absolutamente nada de nuestro programa.» Unos meses después, el 12 de julio de 1910, Iglesias expresaría con toda sinceridad lo que esperaba de aquella conjunción: «... estamos en esta conjunción; y en ella seguiremos hasta cumplir la misión que nos

hemos propuesto, y que ya he dicho que es, y no lo repito porque os desagrade, sino porque es la verdad, la de derribar al régimen»[139]. La meridiana afirmación que acabamos de leer la haría Iglesias en el recinto del Congreso, a donde había llegado precisamente gracias a la existencia de la conjunción.

Lo que esto significaba no era baladí. Mientras la nación se veía obligada a un esfuerzo bélico esencial para defender sus posiciones en África y evitar verse sofocada por las grandes potencias, la oposición de izquierdas no sólo no iba a actuar siguiendo una política de Estado, sino que aprovecharía la coyuntura para intentar derribar la monarquía parlamentaria. Lo que vendría después sería la implantación de una utopía —en el caso del PSOE, la dictadura del proletariado— que, entre otras metas, tendría la de aniquilar a la Iglesia católica y al ejército. No puede resultar extraño que algunos sectores de la vida nacional, no sólo militares, consideraran que semejante posición política era un delito de lesa patria, ya que implicaba atacar a los combatientes por la espalda con la única intención de liquidar con más facilidad el sistema constitucional.

Lo cierto, desde luego, es que si la situación pedía algo no era el repliegue frente a los ataques islámicos, sino la defensa enérgica contra ellos. De hecho, el ininterrumpido diluvio de peticiones de la población de las áreas de Tetuán y de Alcazarquivir para que el ejército español la protegiera de los ataques de Raysuli, sumado a la entrada de tropas francesas en el territorio, tuvo como consecuencia que infantes de marina desembarcaran en Larache. Con todo, a pesar de las agresiones previas y del peligro de una extensión del dominio francés más allá de lo pactado internacionalmente, España intentó solventar la situación por la vía diplomática. En agosto de 1911 el teniente coronel Silvestre y su plana mayor se entrevistaron con Raysuli. Los españoles tuvieron que contemplar horrorizados como Raysuli mantenía recluidos en mazmorras rebosantes de suciedad y excrementos a los presos encadenados. Sin embargo, Silvestre señaló que no estaba dispuesto a tolerar maltratos de ese tipo, aunque no consideraron prudente desencadenar una guerra en la zona. En marzo de 1912, Francia estableció su protectorado en Marruecos y España se vio obligada a considerar la posibilidad de actuar de la misma manera.

El protectorado español (1912-1921)

Al final, no por deseo sino por necesidad, se produjo la creación del protectorado español en Marruecos. Silvestre, ascendido a coronel, recomendó entonces a sus superiores el nombramiento de Raysuli como primer jalifa de la zona española. Sin embargo, las cosas no. iban a resultar tan fáciles. A inicios de 1913, el general Felipe Alfau, primer alto comisario del Marruecos español, se vio obligado a responder a las peticiones de ayuda de los habitantes de Tetuán, víctimas de los ataques de Raysuli. El 19 de febrero el ejército español entraba en la plaza tras una serie de escaramuzas que conjuraron el peligro y que además propiciaron el tendido de una carretera —antes de 1921 España construiría poco menos de 500 kilómetros de carreteras en el protectorado— y de líneas telegráficas y telefónicas.

De momento el problema quedaba solventado, pero persistía el de establecer una política futura para el protectorado. Mientras que Alfau, el alto comisario, era partidario de una penetración pacífica que propiciara el captarse las voluntades de los cabileños, Silvestre abogaba por una guerra que eliminara el peligro armado que significaba el Raysuli. Ciertamente no resultaba fácil tomar una decisión, porque Raysuli estaba tan convencido de su propia superioridad que ni siquiera las lisonjas de Alfonso XIII le habrían impresionado.[140] Por otro lado, la manera de actuar del dirigente moro chocaba con lo que los españoles consideraban mínimas reglas de la civilización. Así, en marzo de 1913, Raysuli procedió a secuestrar a algunos vecinos del poblado de Jaldien y a continuación exigió un cuarto de millón de pesetas a cambio de devolverles la libertad. La respuesta de Silvestre fue marchar sobre Asilah, la capital de Raysuli, y no sólo impedir el pago del rescate, sino también obligarle a liberar a los desdichados. Que la conducta de Silvestre era moralmente intachable ofrece

pocas dudas, sobre todo si España, en su calidad de potencia protectora, pretendía llevar los beneficios de la civilización a aquellas gentes. Sin embargo, el gobierno no deseaba el estallido de un conflicto armado y optó por relevar a Silvestre de su cargo. La respuesta de Raysuli fue desaparecer, no sin anunciar antes que combatiría a los españoles.

El vacío de poder dejado por Raysuli fue cubierto mediante la designación de un nuevo jalifa que contaba además con el respaldo del sultán. Se trataba de su nieto Mulay el-Mehdí, que había combatido contra España en 1860, y desde abril de 1913 comenzó a ejercer sus funciones en Tetuán. Los españoles confiaban en que el nuevo jalifa no sería tan corrupto como Raysuli, a algunas de cuyas prácticas ya nos hemos referido, y además garantizaría una convivencia pacífica. No fue así.

A lo largo del verano de 1913, tanto Asilah como Alcazarquivir, al igual que cualquier campamento español, fueron objeto de ataques desencadenados por los moros. El descontento que esta situación creó acabó teniendo como consecuencia en agosto el relevo del general Alfau por el general José Marina y Vega, comandante general de Melilla. Por su parte, Silvestre fue devuelto a la situación activa en África, ascendido a general. Semejantes medidas implicaban que España no estaba dispuesta a dejarse agredir, pero no se trató de la asunción de una respuesta meramente militar. En paralelo se procedió a la construcción de caminos, escuelas y graneros[141] y se intentó, una vez más, llegar a un acuerdo con Raysuli.

No resultó una tarea fácil y más teniendo en cuenta que el estallido de la Primera Guerra Mundial —en la que España permaneció neutral— introducía nuevas variables en la zona como fue, por ejemplo, la recepción de dinero alemán por parte del cabecilla moro. A pesar de todo, a finales de septiembre de 1915 el nuevo alto comisario, Francisco Gómez Jordana, y Raysuli llegaron a un acuerdo secreto que concedía a este último cierta autoridad política a cambio de ayuda en el mantenimiento del orden en la zona. Pronto quedaría de manifiesto por enésima vez que Raysuli no era de fiar. Utilizando gas tóxico —uno de los pavorosos adelantos bélicos nacidos de la Gran Guerra librada en Europa— el moro atacó a una columna española en Wad-Ras, cerca de Tánger. Mientras los españoles se ahogaban por el efecto de la nueva arma, los moros, provistos de caretas antigás, procedieron a apuñalarlos sin sufrir una sola baja.[142]

La matanza provocó un aluvión de protestas contra Gómez Jordana en la prensa. Tanto en los medios como en las instancias oficiales se consideraba preferible atribuir al militar la culpa de lo sucedido que reconocer que los males derivaban de la duplicidad del Raysuli en el que, a la vista estaba, no se podía confiar. Tras solicitar infructuosamente que se le permitiera actuar contra el cabecilla moro, Gómez Jordana murió en su despacho mientras redactaba un parte para sus superiores. Le sustituyó en agosto de 1919 el general Dámaso Berenguer, un militar con un brillante expediente y amplia experiencia en el trato con los moros.

A finales de diciembre de 1918 las tres comandancias de Marruecos fueron refundidas en las de Ceuta y Melilla, nombrándose para ocupar la primera al general Manuel Fernández Silvestre. El punto de vista mantenido por Berenguer y Silvestre sobre el gobierno del protectorado era dispar lo que, ciertamente, complicaba la situación. Mientras que Berenguer abogaba por un avance paulatino siguiendo el ejemplo establecido por el general Hubert Lyautey en el Marruecos francés, Silvestre era partidario de una acción militar que concluyera de una vez por todas con la ocupación del territorio del protectorado. La diferencia de opiniones seguramente no habría tenido mayor relevancia de no ser porque en 1918 concluyó la Primera Guerra Mundial y Francia, libre de compromisos bélicos en Europa, comenzó a exigir, por encima de tratados previamente suscritos, el dominio sobre todo Marruecos. Ante semejante tesitura, a España sólo se le ofrecían dos posibilidades: o bien se retiraba de Marruecos y cedía su lugar a Francia, poniendo en peligro la situación de dos ciudades españolas como eran Ceuta y Melilla, o bien, amparándose en los convenios internacionales, concluía la ocupación del territorio asignado a su protectorado. Optó —y

resulta más que comprensible— por la segunda posibilidad.

En 1919 las tropas españolas restablecieron la paz en Anjera, Wad- Ras y Hauz cortando las rutas de abastecimiento de Raysuli, de Tánger a Harrub, y a inicios de 1920 ocuparon, a las órdenes de Berenguer, los altos de las Gorgues, al sur de Tetuán. Aquel año de 1920 iba a revestir también una enorme importancia porque se procedió a la creación de la Legión, denominada también el Tercio en recuerdo de las invencibles unidades españolas de los siglos XVI y XVII. Su fundador y primer comandante, el teniente coronel Millán Astray[143], era un militar con una experiencia notable y un valor verdaderamente temerario que le haría perder diversas partes de su cuerpo en acciones de combate. Basada en una combinación de principios extraídos de la tradición militar española y del código japonés del Bushido, la Legión se convertiría con toda justicia en una legendaria unidad de elite. Entre sus jefes más distinguidos, la unidad recientemente creada iba a contar con un joven comandante también de valentía extraordinaria llamado Francisco Franco Bahamonde, cuya carrera militar iba a despegar en África de manera fulgurante.[144]

Los planes de Berenguer para aquel año de 1920 culminaban con la ocupación de Xauen, un enclave situado a unos 74 kilómetros al sur de Tetuán. De este objetivo debían desprenderse de manera lógica la penetración en el corazón de Marruecos y el aislamiento militar de Raysuli . Xauen contaba con una historia extraordinaria, incluyendo episodios de una especial crueldad contra los no musulmanes. Allí, por ejemplo, había sido asesinado en 1892 el misionero estadounidense William Summers, y existía una calle, el camino de los quemados, donde se había abrasado a unos prisioneros cristianos hasta provocarles la muerte.

El 19 de septiembre de 1920, Berenguer abandonó Tetuán con destino a Xauen. A finales de septiembre las fuerzas españolas entraban en Zoco al-Arbá, un enclave situado a mitad de camino, y a inicios de octubre alcanzaban Dar Koba. El 15 del mismo mes, la bandera española ondeaba sobre Xauen tras una conquista en la que no se disparó un solo tiro ni se derramó una gota de sangre. El día 21 se produjo un violento contraataque de los moros, que causó la muerte de ciento veinte soldados y once oficiales españoles, sin lograr desalojarlos del lugar. Sin embargo, en un gesto de buena voluntad, un médico español operó a veinte cabileños de cataratas.[145] Una vez más se intentaba dejar de manifiesto que España deseaba ejercer un protectorado que extendiera las conquistas de la civilización a tierras desprovistas no sólo de adelantos, sino también de las normas de convivencia que caracterizaban a las naciones occidentales. Pasaba así por alto que la sanidad, las comunicaciones o la educación carecían de valor especial para una cultura asentada sustancialmente en la creencia de una superioridad propia derivada del islam.

Por lo que se refiere a la comandancia de Melilla, su objetivo era un avance hacia la bahía de Alhucemas, en territorio de los Beni Urriaguel . Silvestre había avanzado considerablemente durante el verano de 1920 y, tras apoderarse de Dar Drius,Tafersit, Azur, Azib de Midar, Isen Lassen y Buhafora, había llegado casi a duplicar el territorio efectivamente ocupado por España desde 1909. En enero de 1921, Silvestre ocupaba Annual, una aldea situada en una cañada de Beni Ulishek, y la convertía en su principal base de operaciones.

A esas alturas, los logros de Silvestre parecían verdaderamente espectaculares, y más si se tiene en cuenta la pobreza de medios con que actuaba, la falta de coherencia de los distintos gobiernos y la política, contraria, demagógica y pertinaz, de las fuerzas opuestas a la monarquía liberal que habían convertido el protectorado de Marruecos en uno de los caballos de batalla que les permitiría, supuestamente, derribar el régimen. Durante la primavera de 1921 Silvestre continuó avanzando —causando la inquietud de Berenguer por considerarlo escasamente prudente— y, para el mes de mayo, se planteaba invadir el territorio de las tribus de los Temsaman, Beni Tuzin y Beni Urriaguel — con lo que, prácticamente, podría darse por concluida la ocupación del territorio. Precisamente entonces se produjo un desastre que marcaría a sangre y fuego la historia de España. Pero antes de

abordar su historia debemos detenernos en el personaje que lo hizo posible.

Abd el Krim

Históricamente, Marruecos ha carecido de coherencia nacional y territorial hasta la segunda parte del siglo XX, y desde entonces incluso con importantes matices. El carácter tribal de su sociedad que anteponía la lealtad a la cabila o a la familia por encima de cualquier consideración nacional explica esta circunstancia. A ella deben añadirse las diferencias culturales, sociales y lingüísticas entre las distintas zonas territoriales, hasta el punto de que casi puede afirmarse que el único vínculo común es la aceptación del islam como única religión.

Estas circunstancias explican que la única rebelión dotada de una organización central y que se extendió a la práctica totalidad del territorio fuera la capitaneada por los hermanos Mohamed y Mhamed ben Abd el Krim.[146] Hijos de un alfaquí de una mezquita de la comunidad de Axdir, cerca de la bahía de Alhucemas, no eran árabes ni jerifes, sino bereberes puros. Con todo, su enseñanza giró desde la más tierna infancia en torno al estudio exclusivo del Corán.

A finales del siglo XIX, el padre, que deseaba un porvenir para sus hijos, los envió a las escuelas españolas de Melilla. Allí recibieron una educación muy superior a la de sus correligionarios, pero que no les desvió de la impronta islámica inicial. Una vez que se graduó en Melilla, Abd el Krim fue a estudiar a una escuela musulmana en Fez, donde junto con el Corán se adiestró en el manejo de las armas y la equitación, según sus propias declaraciones. De allí saldría para ejercer el cargo de juez musulmán mientras su hermano era becado por el gobierno español para estudiar en Madrid la carrera de ingeniero de minas.

Durante los años siguientes, Abd el Krim no dejó de ir escalando peldaños en la sociedad gracias al respaldo explícito de las autoridades españolas. Así, fue director del suplemento árabe del periódico español *El Telegrama del Rif*, secretario en la Oficina de Asuntos Indígenas, asesor de la misma oficina y cadí en jefe de la zona de Melilla. A lo largo de esa época, que duró algo más de una década, de 1906 a 1917, no parece haber sentido ninguna animadversión hacia los españoles que tantos privilegios le habían ido concediendo. La situación cambió a raíz de sus contactos con un nacionalista llamado Dris ben Said —que le convenció de la necesidad de combatir a los infieles—, y a partir de la política española de impedir a los rifeños colaborar con Alemania. Este paso estaba totalmente justificado no sólo por las protestas de Francia, sino también porque hacía peligrar la política de neutralidad de España. Sin embargo, irritó a Abd el Krim, que era consciente del negocio que hacían algunos de sus correligionarios con Alemania y que no se retrajo de expresar sus opiniones totalmente contrarias a España y Francia. Finalmente, en agosto de 1917, las autoridades españolas lo encarcelaron en Rostrogordo, al norte de Melilla. Durante su reclusión, Abd el Krim intentó fugarse y, al llevar a cabo un intento de evasión, se fracturó la pierna izquierda, de lo que derivó una cojera que arrastraría toda su vida.

A pesar de todo, las autoridades del protectorado español no deseaban ser rigurosas con un joven hacia el que habían manifestado durante años un profundo aprecio. Puesto en libertad al término de la Primera Guerra Mundial —cuando la causa de la neutralidad española no podía ser perjudicada—Abd el Krim fue reintegrado a su trabajo de *El Telegrama del Rif*. No permanecería mucho tiempo en ese puesto. En enero de 1919 solicitó veinte días de vacaciones pero no regresó.[147]

En la primavera de ese año, Abd el Krim se había reunido ya con su hermano, al que había urgido para que abandonara su carrera en Madrid, que se desarrollaba muy bien. Junto con su padre, planeaban el levantamiento en armas contra España. La muerte del padre de la familia, envenenado por un moro que le había insistido en su amistad, no detuvo los propósitos de los hermanos. Por el contrario, al cabo de un año Abd el Krim había articulado una poderosísima arma de guerra que iba a lanzar directamente contra las fuerzas españolas. Muy pronto haría sentir su eficacia de manera

especialmente trágica.

Annual[148]

En mayo de 1921 habría podido considerarse, mediante el expediente de examinar un mapa militar, que España controlaba la totalidad de su protectorado en Marruecos. No sólo eso. La ocupación había sido relativamente rápida y casi incruenta. Algunos territorios, como la bahía de Alhucemas, escapaban a su control, pero en apariencia todo indicaba que por poco tiempo. Sin embargo, los errores cometidos por Silvestre no eran de escasa envergadura. No sólo no había desarmado a las tribus rifeñas considerándolas pacíficas y sometidas, sino que además, precisamente por confiar en los rifeños, sus líneas de abastecimientos y la disposición de los blocaos se habían llevado a cabo de manera deficiente y descuidada. Sin embargo, no toda la responsabilidad, a pesar de ser considerable, recaía en Silvestre. La tropa estaba mal pagada, mal alimentada, mal atendida sanitariamente y mal equipada, y la culpa correspondía a los políticos, que, por razones diversas, no estaban dispuestos a aumentar los gastos militares a pesar de la necesidad de adoptar esa medida por razones de seguridad y de fidelidad a los compromisos internacionales suscritos por España. Finalmente, los propios rifeños no eran dignos de confianza y se regían por una escala de valores en la que la mentira, el desprecio por la palabra dada y el engaño se consideraban legítimos, especialmente si se dirigían contra los infieles. Así, cuando a finales de mayo de 1921 una delegación de los Temsamam compareció ante el cuartel general de Silvestre solicitándole que cruzara el río Amerkan y estableciera una posición en la colina de Abarran, en pleno territorio temsamamí, los moros no estaban intentando establecer buenas relaciones, sino conducir a los españoles a una celada fatal.

El 1 de junio, un destacamento español llegó a Abarran, fiado en las palabras de los temsamamíes. Ese mismo día, los miembros de la policía nativa dirigieron sus armas contra los españoles y, en unión de otros cabileños, mataron a ciento setenta y nueve de los doscientos cincuenta que formaban el destacamento. Por si fuera poco, antes de concluir el día, los moros asaltaron Sidi Dris, una base costera española, causando un centenar de bajas antes de retirarse.

Las noticias de los dos ataques provocaron la alarma de Berenguer, que salió de Ceuta para reunirse con Silvestre. El 5 de junio, ambos mandos se entrevistaron, pero Silvestre insistió en que se trataba de episodios aislados que en nada debían afectar el ritmo de las operaciones. Berenguer era de opinión muy distinta, y dictó órdenes tajantes en el sentido de que no se prosiguiera el avance en el Rif hasta que el Yebala fuera sometido. Si el general Silvestre hubiera obedecido las órdenes aún se podría haber conjurado el desastre. Sin embargo, desoyéndolas, inició la construcción de una base de apoyo en las colinas de Igueriben, unos 5 kilómetros al sur de Annual, aquel mismo 5 de junio.

Por su parte, Abd el Krim no había permanecido pasivo durante estos días. Tras afirmar ante sus correligionarios que «España [...] sólo quiere ocupar nuestras tierras para arrebatarnos nuestras propiedades, nuestras mujeres y hacernos abandonar nuestra religión»[149], lanzó un llamamiento a la guerra santa. A decir verdad, España no tenía la menor intención de privar a los rifeños ni de sus tierras, ni de sus esposas ni de su religión. Sin embargo, Abd el Krim, que sabía que ésa era la práctica habitual entre los musulmanes desde hacía siglos, posiblemente llegó a la conclusión de que los españoles se comportarían de manera parecida y lo mismo sucedió con los que lo escuchaban. A éstos no se dirigió como miembros de una nación, sino como musulmanes, una circunstancia que, al fin y a la postre, los mantenía unidos por encima de cualquier otra consideración.

El 17 de julio de 1921, Abd el Krim, al mando de los Beni Urriaguel , y con el apoyo de los Temsamam, Ammart, Beni Tuzin, Gueznaya, Targuist y Ketama, lanzó un ataque sorpresa sobre la totalidad de las líneas españolas. Berenguer tardaría dos días en saber lo que estaba sucediendo, y aun entonces fue en forma de lacónicos telegramas de Silvestre en solicitud de ayuda. Igueriben no tardó en quedar sitiada, y a pesar de que era obvio que no podría resistir, el oficial al mando, el

comandante Benítez, se negó a capitular ante los moros. Sin suministros ni agua, Benítez y sus hombres combatieron heroicamente llegando a beber vinagre, colonia, tinta y, al final, la propia orina endulzada con azúcar. Igueriben cayó finalmente y todos sus hombres fueron pasados a cuchillo por los musulmanes.

A partir del día 21, el mismo Annual fue objeto del ataque de Abd el Krim. La caída de Igueriben, después de que una columna enviada en su socorro tuviera que retirarse tras perder ciento cincuenta y dos hombres en dos horas, y la preocupante ausencia de municiones, decidió a Silvestre a optar por el repliegue. El 22, a las cinco menos cinco de la mañana, anunció por telegrama su intención de marchar hacia Ben Tieb y, acto seguido, ordenó la retirada general. Ésta no tardó en convertirse en una desbandada bajo el fuego de los moros, que diezmaron a los españoles. Silvestre, el coronel Morales y el resto de la plana mayor perecieron y Abd el Krim se complacería en lucir la cabeza del general durante todo el camino hasta Tetuán.

La noticia del desastre sufrido por las fuerzas españolas en Annual corrió como un reguero de pólvora y, de manera inmediata, las cabilas se sumaron a la guerra santa contra los infieles. Se produjo así una espantosa retirada en la que los escasos supervivientes intentaban llegar a Melilla mientras los moros pasaban a cuchillo y torturaban a los heridos, a los enfermos y a la población civil atrapada en aquella pesadilla. No había cuartel para los infieles, y así los ocupantes de las posiciones de Buy Meyan, Izumar, Yebel Uddia, Ulad Aisa, Dar Hacs Busian y Terbibin fueron asesinados. En Dar Quebdana, el comandante pactó la rendición con los musulmanes, pero en cuanto se vio reducido a cautividad, tanto él como sus hombres fueron descuartizados entre gritos de júbilo de los moros. No fue mejor el destino que esperaba a las fuerzas acantonadas en Timyast, Sidi Abadía, Kandusi, Buhafora, Azur, Isfahen o Yart el Bax. Ni siquiera las fuerzas marroquíes al servicio de España dejaron de participar en aquella carnicería de infieles.

El general Navarro, segundo de Silvestre, que se había trasladado a Dar Drius, intentó contener el desastre, pero no tardó en comprender que la única posibilidad de supervivencia estaba en retirarse hacia Melilla. El 23 de julio había logrado replegarse hasta Batel, y cuatro días después se hallaba en Tistutin. Aún tardaría dos jornadas más en alcanzar Monte Arruit. Pocos lograron imitarle. Entre ellos se hallaban los defensores de Afrau, rescatados por unidades navales el 26 de julio, y el destacamento de Zoco el-Metala de Metalsa, que logró enlazar con las fuerzas francesas de Hassi Ouenzga tras perder dos terceras partes de sus efectivos.

El 2 de agosto caía Nador, un enclave situado a unos pocos kilómetros al sur de Melilla. De esa manera quedó sentenciado el destino de Zeluán y Monte Arruit. El día 3, los moros se apoderaban de Zeluán y asesinaban a más de quinientas personas. Previamente al asesinato en masa, los mandos, capitán Carrasco y teniente Fernández, fueron atados, disparados y quemados vivos entre los aullidos de alegría de los musulmanes. El general Navarro habría podido salvarse evacuando Monte Arruit, pero no estaba dispuesto a condenar a los heridos a una horrible muerte y decidió resistir. Finalmente, el puesto fue tomado el 9 de agosto, después de que Navarro concertara una rendición formal, pero una vez más las fuerzas islámicas no cumplieron su palabra y, tras el alto el fuego, irrumpieron en Monte Arruit perpetrando una espantosa matanza y entregándose después a una verdadera orgía de pillaje y devastación.

Aunque la resistencia española había resultado excepcionalmente encarnizada, no era menos cierto que la única unidad que había logrado retirarse en orden sin dejar de combatir habían sido los Cazadores de Alcántara, al mando del teniente coronel Fernando Primo de Rivera, primo del futuro dictador, Miguel Primo de Rivera. A esas alturas, los musulmanes estaban a escasos kilómetros de Melilla.

La situación de la ciudad española era realmente desesperada. Su defensa se limitaba a mil ochocientos soldados pobremente equipados y entrenados, y además las alturas del Gurugú, que

dominaban Melilla, ya habían caído en manos de los musulmanes. Para colmo, el aluvión de refugiados que había llegado a la ciudad y que había sido testigo de las atrocidades cometidas por los moros no era el mejor aliciente para la moral. De hecho, la Legión, mandada por Millán Astray y Franco, se convirtió en el único baluarte efectivo para defender la ciudad, y a esas alturas estaba más que decidida a perder hasta el último de sus hombres antes de aceptar la derrota.

A mediados de agosto, las fuerzas de Abd el Krim se hallaban en los arrabales de la ciudad, pero entonces, de manera inesperada, no atacaron Melilla. Las razones de esa decisión nunca han quedado aclaradas, pero es muy posible que Abd el Krim temiera que la suma de la valerosa voluntad de resistencia de los españoles con la ausencia del elemento sorpresa pudiera resultarle desastrosa. Decidió, por lo tanto, reagrupar a sus fuerzas en el interior y antes de finales de agosto había abandonado las inmediaciones de la ciudad española.

La derrota de Annual había sido ciertamente terrible, aunque no puede ser calificada como el mayor desastre colonial de la historia europea como, con inexactitud, se afirma en ocasiones.[150] El número de muertos, según el informe de las Cortes, fue de 13.192. A esas dolorosas pérdidas humanas se sumaban las de material militar —20.000 fusiles, 400 ametralladoras, 129 cañones...— y, muy especialmente, la aniquilación de toda la obra civilizadora de España en Marruecos. Escuelas, hospitales, dispensarios, líneas férreas, cultivos agrícolas establecidos con el sudor, la sangre y el dinero españoles a lo largo de doce años habían sido reducidos a cenizas en veinte días por las fuerzas musulmanas. Se trataba de un innegable y elocuente testimonio de lo que podría esperarse de aquella guerra santa del islam contra España.

Capítulo III

LA GUERRA DEL RIF (II): DE ANNUAL AL FINAL DE LA REPÚBLICA DEL RIF

El contraataque

A pesar de la derrota sufrida, tras la caída de Monte Arruit las tropas españolas comenzaron a planear el futuro contraataque. El 13 de agosto, Nador era reconquistado por fuerzas mandadas por Sanjurjo y Cavalcanti. A continuación se siguió progresando hacia Zeluán bajo el ataque incesante de los francotiradores islámicos. En octubre se recuperó Zeluán —con lo que se llegaba a la línea española de 1909— y, al mes siguiente, los españoles alcanzaban Monte Arruit. El espectáculo que se les fue ofreciendo a lo largo de aquellos meses puede ser calificado sin exageración de verdaderamente dantesco. Los moros habían abandonado insepultos los cadáveres de millares de españoles —tan sólo en Monte Arruit dos mil seiscientos— cuyos restos aparecían castrados, con la lengua y los ojos arrancados, con las manos atadas con los intestinos, decapitados o incluso violados con las estacas de las alambradas. Lo que contemplaban eran no muestras aisladas de barbarie, sino una manera brutal de llevar a cabo la guerra que era reputada santa por los musulmanes y que, por librarse contra infieles, legitimaba para ellos las más horribles atrocidades.

Lamentablemente, los problemas para los españoles no se limitaban ni a la recuperación de aquel territorio cubierto de cadáveres de compañeros ni a la lucha contra Abd el Krim. En Yebala, Raysuli, que había estado a punto de ser atrapado, aprovechó el desastre de Annual para lanzar nuevos ataques contra los españoles. Los días 27 y 28 de agosto se produjo un ataque musulmán contra Akba el-Kola en Beni Issef, en el curso del cual murieron doscientos españoles. La columna de socorro, que llegó tarde, encontraría los cadáveres horriblemente mutilados.

Berenguer, que había presentado su dimisión tras Annual, fue confirmado en su puesto por el gobierno español, que le seguía considerando un personaje competente. La decisión fue acertada y,

antes de finalizar el año, las tropas españolas derrotaban a Raysuli.

En oriente, los hermanos Abd el Krim continuaban manteniendo el hostigamiento de las fuerzas españolas, pero en diciembre de 1921 se recuperaron Tistutin y Batel, en la llanura de Garet, y a mediados de enero de 1922 se llegó a Dar Drius. Durante la primavera de 1922, los combates fueron esporádicos, aunque incluyeron el hundimiento del *Juan de Juanes* en la bahía de Alhucemas por acción de la artillería rifeña.

A inicios de mayo de 1922, Raysuli escapó por muy poco de ser capturado por los españoles y se ocultó en Buhaxen. Raysuli consideraba que Abd el Krim era un personaje fatuo y prepotente, que se arrogaba una importancia que no tenía. Precisamente por ello descartó de momento la posibilidad de aliarse con él e incluso comenzó a barajar la posibilidad de alcanzar algún tipo de entendimiento con los españoles. Las negociaciones las llevaría a cabo no Berenguer, cuya dimisión, presentada por cuarta vez, fue finalmente aceptada, sino su sustituto el general Ricardo Burguete. En septiembre de 1922, las partes llegaron a un acuerdo en virtud del cual Raysuli volvió a aprovecharse de la buena fe de los españoles. Éstos le permitieron retener su poder en Yebala, restauraron su palacio en Tazrut y le entregaron una elevada suma de dinero. Fiados de la palabra del moro —lo que a esas alturas constituía una ingenuidad imperdonable— no se procedió ni a desarmar a los musulmanes ni a fortificar las colinas de Beni Aros.

Pacificado, siquiera de momento, el Yebala, Burguete intentó también llegar a una solución pacífica con Abd el Krim. A tal efecto pidió incluso la intervención del antiguo sultán Mulay Hafiz que, a la sazón, vivía en Málaga. Sin embargo, Abd el Krim no tenía ningún interés en interrumpir la guerra santa contra España. Las operaciones debieron pues proseguir y, a finales de octubre, las tropas de Burguete se hallaban cerca de Tizi Azza, a mitad de camino entre Annual, al norte, y Dar Drius, al sur. El propósito de Burguete era utilizar Tizi Azza como base desde la que lanzar una ofensiva que le permitiera acabar con la sublevación del Rif.

El 1 de noviembre de 1922 se produjo un choque en Tizi Azza en el curso del cual el avance español se vio detenido. Dado lo encarnizado de la resistencia mora, las buenas posiciones que ocupaba el adversario y las dos mil bajas sufridas en el combate, Burguete consideró más prudente posponer cualquier intento de avance hasta después de pasado el invierno. En diciembre, los musulmanes volvieron a atacar a los españoles, pero esta vez, a pesar de lo sangriento del combate, fueron ellos los derrotados. Si las operaciones militares —a las que se sumaron el desembarco de unidades del Tercio en Wad Lau y la acción de algunas unidades navales enviadas para interceptar los envíos de armas que pudiera recibir Abd el Krim— iban desarrollándose a un ritmo no desfavorable, no puede decirse lo mismo del aspecto político de la guerra. Por supuesto, socialistas, anarquistas y republicanos consideraron el conflicto no como un asunto de Estado, sino como una plataforma favorable para erosionar la monarquía parlamentaria hasta lograr su caída. En paralelo, el gobierno siguió manteniendo congelados los salarios ya de por si magros de la tropa —una medida que acabó provocando la dimisión airada y comprensible de Millán Astray— para evitar las acusaciones de militarismo de una oposición que, en realidad, quería arrastrar al régimen hasta su naufragio y, sobre todo, permitió que Abd el Krim lo chantajeara con el tema del rescate de los prisioneros de guerra.

El descubrimiento del destino sufrido por millares de soldados españoles capturados por los moros había provocado el lógico temor a que los prisioneros fueran objeto de las peores crueldades. Para lograr su libertad, en diciembre de 1921 se formó un comité de rescate cuya finalidad era impulsar al gobierno para que adoptara acciones inmediatas. Presionado por una oposición anti-sistema que culpaba de lo sucedido no a la agresión de Abd el Krim, sino a la monarquía, y enfrentado con el cabecilla moro que captaba a la perfección lo útil que le podía resultar la falta de un frente común en España y que por ello elevó el coste del rescate de 3 a 4 millones de pesetas, finalmente el gobierno, presidido por García Prieto, aceptó a finales de 1922 pasar por la

humillación de recuperar a los cautivos a cualquier precio. De esa manera, trescientos veintiséis prisioneros de los quinientos setenta capturados en Annual recuperaron la libertad. En ellos se podían ver las huellas de las cadenas con que los habían retenido los moros, así como las de la mala alimentación, el frío y la enfermedad.

A esas alturas, inicios de 1923, el Yebala estaba pacificado, pero los hermanos Abd el Krim —cuya lucha estaba recibiendo el apoyo expreso de la dictadura comunista implantada en Rusia algo más de un lustro antes, así como de buena parte de las izquierdas europeas— seguían controlando el Rif y no sólo se sentían seguros de que lograrían una victoria total en su guerra santa contra los infieles, sino que alentaban a sus seguidores con promesas de recuperar Al-Andalus. En España, la división era patente. A diferencia de las reacciones que se produjeron, por ejemplo, en el Reino Unido durante la guerra contra el Mahdí del Sudán o contra los bóers de Sudáfrica, en que todos los partidos y segmentos sociales apoyaron el conflicto, la ciudadanía se encontraba dividida. Los partidarios de aniquilar el sistema parlamentario, republicanos y socialistas fundamentalmente, abogaban por una retirada de África e incluso cantaban las loas de Abd el Krim (¡el responsable de la muerte y la tortura de millares de compatriotas!); los militares se dividían entre los que consideraban que no podía quedar sin respuesta aquella agresión y los que pensaban que era más prudente retirarse, dado que los políticos no estaban dispuestos a adoptar las medidas indispensables para una victoria militar, y la población civil se revolvía entre la cólera que le provocaban las atrocidades perpetradas por los moros y la desazón derivada de la perspectiva de la continuación de la guerra.

El 1 de febrero de 1923, Abd el Krim se proclamó emir del Rif, y en las primeras semanas de junio lanzó una nueva ofensiva contra Tizi Azza. La batalla resultó verdaderamente encarnizada, pero se saldó con una victoria española. Buena parte del mérito de ese desenlace se debió al teniente coronel Valenzuela, que había sustituido a Millán Astray al frente de la Legión. Valenzuela murió a causa de sendos balazos en la cabeza y el corazón, y fue sustituido al mando del Tercio por Francisco Franco, al que se ascendió a teniente coronel.

De manera prácticamente inmediata a la batalla, Abd el Krim envió emisarios a Melilla para acordar un alto el fuego. Su confianza no descansaba tanto en la victoria militar —de hecho, había sido derrotado— cuanto en la debilidad interna de la política de sus enemigos. Dado que había segmentos si no importantes sí ruidosos de la sociedad española que abogaban por una retirada, Abd el Krim había llegado a la conclusión de que podía aprovechar esa circunstancia en beneficio propio. La respuesta española, cursada el 15 de julio de 1923 por Diego Saavedra, secretario general para el Marruecos español, precisó que no podía haber «ninguna negociación ni discusión que tome en consideración la independencia del Estado Rifeño ni haga mención al tratado de 1912»[151] pero aceptaba «conceder un grado de independencia —económica y administrativa— a las tribus rifeñas, así como confirmar la posición y el rango que Mohamed Abd el Krim ostenta en el presente momento», así como los de sus colaboradores.

La respuesta de Mohamed Azerkan, ministro de Asuntos Exteriores de la denominada República del Rif, consistió en una misiva en la que culpaba «de la sangre que se ha vertido [y] del dinero que se ha malgastado» a un supuesto partido colonial español —algo bien discutible no sólo por la inexistencia del tal, sino también por la manera en que se había producido la agresión islámica— e insistía en que la paz pasaba por el reconocimiento de la independencia del ente creado por Abd el Krim. Semejante construcción en la que bastante cínicamente se invocaba el derecho de gentes después de haber procedido al asesinato de poblaciones civiles y de prisioneros de guerra previamente torturados, tenía paralelos considerables con la propaganda de la izquierda antisistema en España, en una especie de antecedente desazonador de lo que sería el tercermundismo durante la guerra fría.

El 22 de agosto de 1923, como corroboración cruenta de sus tesis, Abd el Krim lanzó un ataque

en Tifarauin contra un convoy que se dirigía hacia Tizi Azza. Los moros superaban los nueve mil efectivos, pero fueron derrotados por los españoles dejando tras de sí en la retirada más de seiscientas bajas. Se trataba, sin duda, de una victoria, pero no cambiaba en lo más mínimo una situación bélica inmovilizada a la que se sumaban en territorio español problemas verdaderamente angustiosos como los numerosos asesinatos protagonizados por el terrorismo anarquista, la inquietud ante las conclusiones a las que habría llegado la comisión encargada de dilucidar las responsabilidades de Annual (el famoso «Informe Picasso») o la labor de zapa de las fuerzas antisistema. Entonces se produjo un pronunciamiento dirigido por el general Miguel Primo de Rivera y la situación experimentó un cambio radical.

La dictadura de Primo de Rivera (I): la retirada de Xauen

El 12 de septiembre de 1923 el general Primo de Rivera, primo de uno de los héroes de Annual, hizo público un manifiesto en el que prometía acabar con la tiranía de los políticos profesionales que en los últimos veinticinco años habían acarreado tantas desgracias a España. La referencia cronológica difícilmente habría podido estar mejor escogida para impresionar a los ciudadanos, porque retrotraía el inicio de los males a 1898, el año de la derrota militar en Cuba y Filipinas y del final del imperio español de ultramar. Tres días después Alfonso XIII invitó al general a hacerse cargo del gobierno. Acto seguido, Primo de Rivera suspendió la constitución y se colocó a la cabeza de un directorio militar, dando inicio al periodo conocido como la Dictadura.

A diferencia de otros dictadores, Primo de Rivera gozó de un inmenso respaldo popular en los primeros tiempos de su gobierno. Por supuesto, contaba con el apoyo de la mayor parte del ejército, de la Iglesia católica y de las finanzas, pero ni con mucho se reducía a esos segmentos su base social. Así, los catalanistas le aclamaron porque esperaban que acabara —como efectivamente acabó— con el terrorismo anarquista que infestaba las calles de Barcelona; los intelectuales lo saludaron con entusiasmo a la espera de que llevaría a cabo un programa de regeneración similar a alguno de los múltiples que ellos venían elaborando desde finales del siglo XIX; el pueblo llano esperó con fe que aquel hombre de comportamiento hondamente populista solventara los problemas que, en apariencia, no habían solucionado los políticos profesionales; e incluso las fuerzas anti-sistema consideraron que la dictadura sería un mal pasajero y un bien a medio plazo, porque erosionaría la monarquía parlamentaria hasta llevarla a su hundimiento. Un ejemplo de esa actitud fue la del PSOE, que llegó a aceptar desempeñar cargos en la administración de Primo de Rivera no porque creyera en el pacto social que, siguiendo el ejemplo de Bismarck en Alemania, les ofrecía el dictador, sino porque podía utilizar su cercanía al poder para desgastar a sus rivales anarquistas y, a la vez, posicionarse de manera envidiable a la hora de recoger los despojos de la monarquía. Al fin y a la postre, muchos de los que la acogieron con alegría acabaron desilusionándose —no pocas veces injustamente— de los actos de la dictadura, y los más beneficiados resultaron los enemigos de la monarquía parlamentaria, pero esa cuestión excede con mucho de los límites del presente estudio.

En relación con el problema de Marruecos, una de las primeras medidas adoptadas por Primo de Rivera fue deponer al alto comisario Silvela y sustituirlo por el general Aizpuru. Veterano de las campañas africanas, el nuevo alto comisario tendría entre sus primeras tareas la de asegurarse la pasividad de Raysuli en el conflicto. Esta vez, a diferencia de errores cometidos en el pasado, el jefe moro no logró arrancar nada a los españoles, a la vez que tampoco se atrevía a lanzarse a cometer nuevas agresiones.

El 1 de noviembre, se creó un ejército africano de reserva que, acuartelado en Almería y Alicante, podía partir inmediatamente para Marruecos a fin de cubrir cualquier eventualidad bélica. Poco después se estableció la Oficina Marroquí, que permitía racionalizar la administración. Sin embargo, la batalla de la opinión pública internacional la estaba ganando Abd el Krim. Las brutalidades que sistemáticamente había realizado no se le podían ocultar a nadie, pero buena parte de

la prensa había decidido retratarlo como un héroe de la libertad que combatía contra un imperio reaccionario. Por si fuera poco, el cabecilla musulmán se había convertido en la intersección de intereses ocultos que, por supuesto, nada tenían que ver con causas nobles. Mientras Moscú alababa su comportamiento como una manera de atraerse a otros posibles rebeldes que hicieran peligrar la estabilidad de las potencias occidentales, los comunistas franceses colaboraban con Abd el Krim e incluso llegaron a instarle a que también atacara la zona francesa —insistiendo en que de ello no se derivarían consecuencias negativas—[152]esperando que una situación así debilitara al gobierno de París. Finalmente, tanto Alemania como el Reino Unido apoyaron en mayor o menor medida al cabecilla islámico a la espera, la primera, de lograr concesiones mineras como las que había disfrutado a principios de siglo, y la segunda, de poder establecer un Banco del Rif. Como en tantas ocasiones posteriores en conflictos librados entre potencias occidentales y movimientos rebeldes, se enmascararían bajo la propaganda supuestamente progresista intereses que, bajo ningún concepto, podían salir a la luz pública, y para mejor lograrlo se convertiría mediáticamente a un fanático sanguinario en un supuesto ejemplo del progreso de los pueblos. Así, cuando a las diez de la mañana del 22 de agosto de 1923, un grupo de cabileños atacó a tiros a la muchedumbre de una de las calles principales de Tetuán y causó ocho muertos, no se produjo ninguna condena. Abd el Krim, al parecer, se hallaba hiperlegitimado no sólo para violar brutalmente las leyes de guerra, sino también para cometer atentados terroristas contra civiles inocentes.

Concluyó el año 1923 y durante los primeros meses de 1924 las fuerzas españolas no pudieron realizar operaciones de envergadura a causa del mal tiempo. Sin embargo, no reinó por ello la tranquilidad. Abd el Krim estaba más que convencido de que realizaba la «voluntad de Allah», y rechazaba cualquier posibilidad de interrumpir las hostilidades sin haber obtenido antes la victoria. Así, durante un mes, los rifeños estuvieron lanzando ataques contra M'ter, en la costa de Beni Busra, en el Gomara e incluso causaron gran número de muertos al bombardear el *Cataluña.* A inicios de marzo, los moros desencadenaron feroces ataques simultáneos sobre el frente de Melilla contra las posiciones de Midar, Afrau y Tizi Azza. En el último caso se llegó a una encarnizada lucha cuerpo a cuerpo en la que los españoles se vieron obligados a recurrir a las bayonetas y a los cuchillos para defenderse. Sin embargo, las líneas del frente no experimentaron variación.

Precisamente durante este mismo mes de marzo tuvo lugar uno de los episodios más curiosos, aunque marginal, del conflicto. En Rusia había terminado la más cruenta guerra civil de la primera mitad del siglo XX —muy superior en número de muertos, encarcelados y exiliados a la española de 1936-1939[153]—, pero en Crimea se había refugiado el último ejército oficial que resistía a la dictadura comunista implantada tras el golpe bolchevique de octubre de 1917. A su mando se hallaba el barón Wrangel[154] que, en los años inmediatamente anteriores, había dado muestras de un extraordinario valor y de una notable capacidad militar contra las fuerzas, muy superiores numéricamente, del Ejército Rojo. Sin posibilidad de escapar de la presión que las tropas de Lenin ejercían sobre él, Wrangel ofreció a Primo de Rivera trasladar a sus hombres al norte de África para colaborar con los españoles en la lucha contra Abd el Krim. Las razones para tan peculiar oferta no han quedado nunca esclarecidas del todo, pero, muy posiblemente, pesó en el ánimo de Wrangel —que habría podido ofrecer sus servicios a otras potencias coloniales de mayor envergadura— el hecho de que la dictadura comunista contra la que había combatido estuviera apoyando a los rebeldes musulmanes. Utilizando un tipo de razonamiento que sería muy común, especialmente a partir de la guerra fría, Wrangel habría pensado que si uno de los dos bandos era apoyado por los bolcheviques, con toda seguridad era el más inicuo. La oferta de Wrangel fue rechazada por Primo de Rivera pero, con todo, algunos rusos blancos lograrían llegar al protectorado español, donde se encuadrarían en la Legión e incluso años después combatirían en la guerra civil española.

Durante los meses siguientes, Abd el Krim continuó atacando, por occidente, a lo largo del Wad

Lau, al norte de Xauen, y en junio logró que las tribus de los Beni Hosmar, los Beni Said y los Beni Asan se le unieran. España se iba a ver así sometida a una nueva presión.

El 24 de julio, Primo de Rivera viajó al protectorado. Su intención oficial era inspeccionar las posiciones españolas, pero la realidad era que deseaba contrastar una reciente decisión con los mandos del ejército. El dictador había llegado a la conclusión de que lo mejor era retirar a las tropas españolas e intentar mantener el control del protectorado en oriente a través de Abd el Krim y, en occidente, de Raysuli. En teoría, el proyecto de Primo de Rivera era noble y pretendía ahorrar sangre española, pero en la práctica resultaba imposible. Abd el Krim no aspiraba a una mera autonomía, sino a la independencia total ligada a la expulsión de los españoles de todo el norte del continente. El pacto ideado por el dictador quedaba totalmente fuera de los propósitos del cabecilla moro, que además interpretaría semejante propuesta no como una muestra de buena voluntad de España, sino como una innegable señal de su debilidad si es que no de su cobardía. Así se lo hicieron entender a Primo de Rivera los militares que servían en el norte de África, a los que no guiaba —como se ha escrito maliciosamente tantas veces— el ánimo de medro personal, sino el conocimiento, obtenido amargamente, del enemigo contra el que combatían.

Primo de Rivera se sentía, no obstante, incómodo con aquella decisión, y en una entrevista concedida al corresponsal estadounidense Webb Miller se manifestó «personalmente partidario de una completa retirada de África y de permitir a Abd el Krim la posesión de sus dominios», añadiendo que la retirada total era imposible «porque los británicos no nos lo permitirían»[155]. De una manera ciertamente poco prudente pero preñada de realidad, acababa de exponer el dictador el problema de la situación española en Marruecos. Lo que mantenía a España combatiendo en aquel territorio no eran ambiciones imperialistas como las de Francia, sino las presiones del Reino Unido que, como seguía indicando en el curso de la entrevista, no estaba dispuesta a perder el control del Estrecho y para ello necesitaba a una potencia débil —lo que excluía a Francia— al otro lado. Primo de Rivera se mostraría incluso favorable a canjear Ceuta y Melilla por Gibraltar y, sin duda, se habría tratado de una solución no del todo mala, pero Gran Bretaña, de manera bastante comprensible, prefería que friera España la potencia que se desgastara combatiendo a los rebeldes musulmanes.

Finalmente, Primo de Rivera dispuso un repliegue hasta una línea —que sería denominada Estella y Primo de Rivera— que iba desde el mar en río Martín, cerca de Tetuán, hasta la zona fronteriza francesa, pasando por Fondaq Ain Jedida y el este de Alcazarquivir. Se iban a reproducir así unas posiciones muy similares a las de 1918.

Durante los meses de julio y agosto de 1924 los españoles tuvieron que soportar repetidos ataques moros sobre distintos enclaves como Coba Darsa, Shentafa, Solano, Teffer y Buharash. El mal tiempo impidió los contraataques, pero lo cierto es que las guarniciones resistieron bien, y en el caso de las dos últimas localidades citadas repelieron ataques durante cuarenta y un día seguidos.

Finalmente, en septiembre de 1924 se dio inicio a la retirada anunciada por Primo de Rivera, comenzando por occidente. No iba a ser un repliegue fácil. Cuando, durante la noche del 15 de noviembre, las fuerzas españolas iniciaron la salida de Xauen, se enfrentaron a un feroz ataque islámico que aprovechaba las tormentas y el cenagal en que se había convertido el terreno. El resultado fueron combates encarnizados por cada palmo de terreno y unas pérdidas considerables. Mientras en Dar Koba los españoles eran diezmados, en Sheruta un millar de soldados, entre los que se encontraba el general Serrano, murieron combatiendo a los moros de Abd el Krim. Como era habitual en el comportamiento de los musulmanes, se hicieron escasos prisioneros y la mayor parte de los españoles capturados fueron pasados a cuchillo. No resulta extraño que a lo largo de aquellos meses de terrible retirada planeara el temor a un nuevo desastre como el de Annual. Lo cierto, sin embargo, es que el repliegue concluyó evitando una derrota similar a la sufrida unos años antes y que la opinión pública y una parte de la prensa española la aplaudió como una muestra notable de pericia

militar.

Cuando llegó la primavera, Primo de Rivera, que había realizado reformas de envergadura entre las tropas españolas, contaba con una línea de defensa sólida y había dado inicio a un bloqueo naval que impidiera el abastecimiento de Abd el Krim. Las medidas habían logrado convencer a los mandos españoles e incluso se apreciaba un cambio de orientación en algunos sectores de la opinión pública internacional. Los medios —que hoy denominaríamos «progresistas» siguiendo el lenguaje acuñado por la Komintern— podían cantar las loas del cabecilla moro como un personaje cargado de romanticismo, pero la realidad era muy distinta y comenzaron a aparecer reportajes en la prensa[156] en los que Abd el Krim era descrito verazmente como un ser de monstruosa crueldad y no menor ingratitud hacia los beneficios que, desde su infancia, había recibido de los españoles. En realidad, Abd el Krim, como antaño los almohades o los almorávides, había articulado un régimen despótico vertebrado sobre las enseñanzas del Corán y en el que la guerra santa contra los considerados infieles constituía un ingrediente esencial e indispensable. Como en la aplastante mayoría de las formaciones políticas pergeñadas por los musulmanes desde el siglo VII, Abd el Krim no había pretendido integrar sin diferencias a los distintos sectores sociales, sino que había constituido una aristocracia dominante —en este caso basada en los Beni Urriaguel— sobre el resto de la población. Los jefes moros que habían intentado oponerse habían sido cruelmente exterminados siguiendo también una muy trillada trayectoria histórica. Los que no murieron en inmundas prisiones, fueron envenenados, se les castró a la vista de sus esposas, se les quemó vivos rociándolos con gasolina o se les abrasaron los ojos con hierros al rojo[157] y, por supuesto, sus familias fueron objeto de terribles represalias. Abd el Krim no se limitaba, por otra parte, a perpetrar lo que podríamos denominar «crímenes por razón de Estado» con una frecuencia prácticamente diaria. También solía dar muerte a otras personas en un acceso de cólera, como sucedió con un mecánico suizo que no conseguía arreglar un avión con el que pensaba bombardear Melilla[158]. Que este personaje, imbuido del espíritu de la guerra santa islámica, fuera convertido en bandera de las fuerzas antisistema dentro de España y de la Komintern, los partidos comunistas y distintos sectores de la opinión pública en el extranjero obliga, por supuesto, a la reflexión.

Desde luego, los valedores de Abd el Krim no eran desinteresados en sus intenciones. Junto con la ayuda de Jacques Doriot y el Partido Comunista francés, disponía del asesoramiento de Sharif Mulay Hasanov y de Namber Mahmudov, delegados de la Komintern[159], así como la financiación de colaboradores alemanes que ambicionaban las riquezas minerales del Rif.[160] Por lo que se refiere al interior de España, tanto los republicanos como el PCE o el PSOE —que no tenía el menor reparo en aceptar los beneficios que le ofrecía la dictadura de Primo de Rivera— confiaban en que la victoria del dirigente musulmán erosionara lo suficiente la monarquía como para permitirles su derrocamiento y la toma del poder. El que ese triunfo implicara la pérdida de Ceuta y Melilla —como Abd el Krim señaló repetidamente— no tenía para ellos ninguna importancia.

Sobre ese trasfondo, no resulta extraño que Abd el Krim se dirigiera a distintos políticos indicando cuáles eran sus propósitos y reivindicaciones territoriales así como la base sobre la que esperaba obtener la victoria: «La punta de nuestra espada y la voluntad de Allah.»[161] Sin embargo, cuando el triunfo del musulmán parecía más al alcance de la mano que nunca, se produjo un cambio radical.

La dictadura de Primo de Rivera (II): el desembarco de Alhucemas

La retirada de las fuerzas españolas, por muy necesaria que pudiera considerarse, tuvo un efecto inmediato sobre los moros. Convencidos de la debilidad enemiga, nuevos jefes musulmanes se sumaron a la rebelión. Los ataques se produjeron ahora sobre las líneas de comunicación que enlazaban Ceuta, Tetuán y Tánger, e incluso la localidad de Alcazarseguer fue saqueada. Hasta abril de 1925 no lograrían las fuerzas españolas al mando de Franco y del general Saro pacificar la zona.

En enero de 1925 Abd el Krim atacó Tazrut y capturó a Raysuli . Moriría, hundido moralmente, en abril de ese mismo año en calidad de mísero cautivo de su correligionario y dejando al antiguo empleado de los españoles convertido en único déspota de los moros. Posiblemente la sensación de victoria impulsó entonces a Abd el Krim a dar un paso que le resultaría fatal. Hasta esos momentos el cabecilla musulmán se había guardado con notable habilidad de enfrentarse con Francia, insistiendo en que sus reivindicaciones iban dirigidas únicamente contra el protectorado español. Ahora, sin embargo, se consideró lo suficientemente fuerte como para reivindicar el territorio situado al norte del río Werga —que formaba parte del protectorado francés— como parte de la República del Rif.

La exigencia de Abd el Krim se produjo en un momento en que el gobierno francés sentía una especial inquietud por la retirada española, que desprotegía peligrosamente sus fronteras. La reacción inmediata fue, por lo tanto, hacer caso omiso de las reivindicaciones del dirigente moro y comenzar a fortificar la línea del río Werga.

La respuesta de Abd el Krim fue, una vez más, un ejemplo de duplicidad. Mientras proclamaba a los cuatro vientos que su único enemigo era España, el 13 de abril de 1925 lanzó un ataque contra las posiciones francesas del río Werga. Los moros aniquilaron a las fuerzas coloniales galas, asesinaron a los prisioneros y a las poblaciones civiles, arrasaron las poblaciones que hallaron a su paso y llegaron en pocas jornadas a 30 kilómetros de Fez. La situación era acentuadamente peligrosa no sólo por la derrota sufrida por los franceses, sino porque el objetivo hacia el que avanzaban los musulmanes era una ciudad sagrada, símbolo de la ortodoxia islámica. Si Abd el Krim, como se rumoreaba, la alcanzaba antes de la festividad musulmana de Aid al-Kebir (la «fiesta grande») y sustituía al sultán en la realización del sacrificio ritual del primer carnero, no sólo lograría un éxito de extraordinaria trascendencia, sino que podría incendiar todo el norte de África en una guerra santa contra los occidentales. Ante semejante perspectiva no resulta extraño que las autoridades francesas se ocuparan, casi a la desesperada, de que el sultán estuviera en Fez y manifestara su amistad hacia Francia a la vez que reanudaban los lazos de amistad con los jefes moros de la zona.

Durante la primavera, las tropas francesas lograron contener la ofensiva islámica, pero comprendieron a la perfección que sin la ayuda de España no lograrían vencer a Abd el Krim —algo que en 1913 ya había mantenido Lyautey, la máxima autoridad del protectorado galo—, por lo que comenzaron a dar pasos en esa dirección. En el mes de mayo, Briand, ministro francés de Asuntos Exteriores, se entrevistó en París con Quiñónez de León, el embajador español, para proponerle una ofensiva hispano-francesa contra Abd el Krim. La petición gala satisfizo a Primo de Rivera y, en el curso del mes siguiente, tuvo lugar una entrevista en Madrid entre Louis Malvy y Gómez Jordana para abordar el tema.

Durante el verano de 1925, Abd el Krim recibió una propuesta de paz hispano-francesa. En la misma se le ofrecía una amnistía total, el canje de prisioneros, la autonomía del Rif y del Yebala y, por supuesto, el mantenimiento de los protectorados español y francés. La respuesta del cabecilla moro fue indicar que la independencia era innegociable a la vez que intentaba lograr el apoyo británico. No lo consiguió, pero aun así consideró que podía continuar la lucha hasta arrancar a España y a Francia lo que deseaba. De hecho, a la sazón las tropas francesas no habían logrado causar ninguna derrota a los moros y habían perdido cuarenta y tres de sus sesenta y seis posiciones. Por otro lado, los muertos y prisioneros se contaban por millares y las pérdidas materiales eran muy cuantiosas. El espíritu patrio impidió la publicación en Francia de la magnitud de la derrota, pero en cifras absolutas no parece que fuera menor que el famoso desastre de Annual. De hecho, un informe recomendó que se mandaran tropas de raza blanca a sofocar la rebelión islámica, y el gobierno francés optó por el envío de un ejército de cien mil hombres al protectorado.

El 10 de agosto, las tropas españolas y francesas entraron en contacto en Arbawa. La ofensiva logró expulsar en el curso del mes siguiente a los moros del protectorado francés, pero era obvio

que sólo con la derrota total de Abd el Krim volverían la paz y la seguridad. El peso de esa tarea iba a recaer de manera casi exclusiva sobre España.

La forma en que, desde hacía años, las autoridades españolas habían pensado en reducir la resistencia en el Rif pasaba por un desembarco en la bahía de Alhucemas seguido por un avance sobre las montañas de los Beni Urriaguel. Cuando se expuso en el curso de la conferencia de Madrid el plan a los franceses, éstos manifestaron su oposición fundamentalmente porque no creían que el ejército español contara con la capacidad para llevarlo a cabo. A pesar de todo, Primo de Rivera estaba decidido y procedió a planificarlo de manera meticulosa. Cuando los franceses examinaron el plan optaron por aceptarlo, aunque dejando de manifiesto que no intervendrían en él.

Durante el verano de 1925 las fuerzas españolas se sometieron a un entrenamiento en técnicas de desembarco y de asalto a trincheras en distintas playas de Ceuta y Melilla. El 20 de agosto, el general Sanjurjo sobrevoló la parte occidental de la bahía para examinar las posiciones fortificadas de los moros. El 1 de septiembre, en un intento de agotar la vía pacífica, Primo de Rivera comunicó a los jefes musulmanes que tenían tres días para rendirse, ya que el Rif iba a ser atacado.

Ninguno de los cabecillas aceptó la propuesta española, y Abd el Krim quedó totalmente alertado del futuro desembarco. Convencido de que se produciría en las arenas bajas donde el río Guis desemboca en la bahía de Alhucemas, ordenó reforzar las fortificaciones desde Cala Quemada hasta Axdir y procedió a avanzar sobre Tetuán en una operación de distracción. En el curso de ese ataque los moros debían tomar el fuerte español de Cudia Tahar, en las montañas del Gorgues. El 3 de septiembre, la posición española quedó aislada de Tetuán y a partir del día 6 se vio sometida a un intenso bombardeo de artillería.

Durante la madrugada del 7 de septiembre partieron las fuerzas españolas que debían desembarcar en Alhucemas. Se hallaba ya de camino la flotilla hacia la bahía cuando Primo de Rivera tuvo noticias de la situación que sufría Cudia Tahar. Inmediatamente cursó órdenes para que algunas fuerzas de la Legión regresaran a Tetuán y una columna partiera en socorro del fuerte sitiado. La lucha seguida por estos efectivos fue encarnizada y prácticamente tuvieron que ganar cada metro de terreno con terribles ataques a la bayoneta. El día 12, Cudia Tahar fue liberada. Su guarnición inicial de doscientos hombres se reducía a treinta y cuatro, de los que veintidós estaban heridos. Su comportamiento había sido excepcional y, posteriormente, cuando llegaron a Tetuán, Primo de Rivera obsequió a cada uno de ellos con un puro y veinticinco duros de su peculio.

El asedio de Cudia Tahar fue, comparativamente, una operación menor paralela a la gran operación de Alhucemas. Durante el día 7 no pudo llevarse a cabo ningún desembarco debido a unas fuertes corrientes en dirección este-oeste y tan sólo se produjeron bombardeos navales sobre Sidi Dris y Wad Lau en un intento, infructuoso por otra parte, de engañar a Abd el Krim. Finalmente, el 8 se inició el asalto, que partió de sesenta y tres barcos de la Compañía Transmediterránea española convertidos en transportes de tropas, apoyados por treinta y seis buques de la armada. En previsión de episodios como los sufridos en el pasado por las tropas españolas, los soldados llevaban máscara antigás. A la seis de la mañana, la flota y la aviación comenzaron a bombardear las dunas de Alhucemas, mientras el desembarco se realizaba no en la bahía, sino al noroeste, en dos franjas costeras conocidas como Ixdain y Cebadilla. Abd el Krim había sido finalmente burlado por la habilidad militar de las fuerzas españolas.

A las 11.40 de la mañana, la Legión, al mando del coronel Franco, se dirigió a la playa en botes de desembarco. Las embarcaciones no tardaron en encallar y entonces Franco y sus hombres se lanzaron al mar, cuyas aguas les llegaban hasta el cuello, y prosiguieron su avance hacia tierra. Nada más llegar a la orilla, un obús sepultó a Franco bajo un montón de tierra y escombros, pero los legionarios lo desenterraron ileso. No es de extrañar que la suerte, ya en aquellas fechas, se considerara indisoluble y misteriosamente ligada a su persona. En menos de dos horas, los

legionarios habían escalado los acantilados y lograban irrumpir en la playa. Al anochecer se habían apoderado de las alturas del Moro Nuevo. Las pérdidas fueron reducidas a pesar del fuego enemigo y al concluir la jornada podía considerarse un éxito el desembarco de más de ocho mil hombres y tres baterías.

Durante las noches del 11 y el 12 los moros lanzaron fieros contraataques, pero las posiciones españolas los resistieron mientras seguían desembarcándose fuerzas. Ciertamente, el terreno, escarpado, pedregoso e infectado de grutas, favorecía a los hombres de Abd el Krim, pero las tropas españolas no dejaron de avanzar combatiendo literalmente palmo a palmo.

El 23 de septiembre, el general Goded, jefe del estado mayor de Sanjurjo, logró llegar a Cala Quemada y tomó el mismo día Monte Malmusi tras una lucha durísima. Una semana después, los españoles rebasaron las rocas y desfiladeros que llevaban a Bujibar y Monte Palomas y el 2 de octubre entraban en Axdir, la capital de Abd el Krim. Al día siguiente podía darse por concluida la batalla coronada por un éxito extraordinario de las armas españolas. Durante semanas, el avance no había superado una media de 400 metros diarios y había exigido enormes sacrificios, pero poco podía discutirse que Abd el Krim había recibido un castigo extraordinario.

La alegría popular que se desató en España a causa de la victoria de Alhucemas fue enorme aunque, de manera comprensible, no se extendió a las fuerzas políticas anti-sistema que ansiaban el final de la monarquía parlamentaria y habían confiado en que un desastre en África les allanara el camino. Mientras Primo de Rivera era condecorado, los generales Sanjurjo, Saro y Fernández Pérez fueron ascendidos. Sin embargo, aparte del propio dictador, el personaje del momento fue Franco —al que el mariscal Lyautey había definido como «el único hombre que España tiene en África»— que fue ascendido a general de brigada y se convirtió a sus treinta años en el general más joven de Europa y de la Historia con excepción de Napoleón Bonaparte. Quizá esta circunstancia explique, al menos en parte, el silencio prácticamente total que se produjo en España durante los años noventa en el aniversario del desembarco de Alhucemas. Mientras el de la derrota de Annual provocó la aparición de varias obras de distinto valor y su recuerdo en los medios de comunicación, la victoria de Alhucemas —una de las más importantes de la Historia contemporánea de España— pasó inadvertida.

La dictadura de Primo de Rivera (III): el final de Abd el Krim

Los males de Abd el Krim no concluyeron con la derrota en Alhucemas. El 10 de septiembre los franceses lanzaron una ofensiva a lo largo de la línea del Werga con el propósito de alcanzar el Rif. El 8 de octubre las fuerzas españolas enlazaron con las francesas en Zoco el-Telata, en Metalsa, y una semana después el general Sanjurjo y el mariscal Pétain se entrevistaban en Zoco el-Sebt de Ain Amar, en Beni Bu Yahi, un enclave situado más al sureste. Tan sólo unos días antes, el mariscal Lyautey había sido relevado de su cargo. Como sucedería años después con Primo de Rivera, su meritoria labor sería olvidada en medio de la mayor ingratitud.

El 25 de noviembre, Primo de Rivera se entrevistó en Alcazarquivir con Steeg, el residente general francés, y el general Naulin, comandante en jefe de las tropas galas. Se trató de un preámbulo para el encuentro de Madrid, en febrero de 1926, entre el mariscal Pétain y el dictador en que se decidieron las operaciones futuras.

El 4 de marzo de 1926 los españoles iniciaron un nuevo ataque contra los moros que, al cabo de tres días, logró la sumisión de los Beni Said. En términos militares, Abd el Krim podía dar por terminada la guerra, pero entonces la izquierda francesa y española se movilizaron pidiendo un fin de las hostilidades y un tratamiento clemente para el cabecilla moro. En los dos casos no da la impresión de que se tuviera en cuenta el enorme dolor que la guerra santa iniciada por el dirigente musulmán había causado a millares de familias de las respectivas naciones y, en el caso francés, contrastaba, por ejemplo, con la dureza con que se había tratado a Alemania al final de la Primera

Guerra Mundial. Cuando en la primavera de 1926 Abd el Krim solicitó la celebración de conversaciones de paz y un alto de las hostilidades, los gobiernos español y francés tuvieron que aceptar las presiones, expresadas en el mismo sentido, de una parte de la opinión pública.

La conferencia iba a tener lugar en Uxda, cerca de la frontera con Argelia, a inicios de abril de 1926, pero una serie de inconvenientes produjeron un retraso en la apertura de conversaciones hasta el día 27 del citado mes. A esas alturas, el mayor interés de Abd el Krim consistía en evitar que se conocieran los maltratos de que eran objeto los prisioneros españoles y franceses. Desde luego, los testimonios contemporáneos en el sentido de que eran víctimas de torturas, de tratamientos indignos como el de darles a comer pan con excrementos, de robos e incluso de asesinatos son abrumadores y no admiten discusión.[162] El 1 de mayo de 1926, España y Francia publicaron una declaración conjunta en la que señalaban sus posiciones. Pretendían un mantenimiento del *statu quo* que pasaba por el reconocimiento de la soberanía del sultán y el mantenimiento de ambos protectorados. Por añadidura, exigían que Abd el Krim pusiera en libertad a todos los prisioneros en el plazo de una semana.

El día 8 de mayo, dio inicio la última batalla de relevancia de la rebelión en el Rif. Duró tres días y tuvo como escenario Ait Hishim (la «colina de los Santos»), un enclave situado en las proximidades de Ain Zoren, al sureste de Axdir. Se trató de un choque entre las tropas españolas y Abd el Krim en el curso del cual quedó prácticamente aniquilado el poder militar de los moros. Todavía el 29 del mismo mes tuvo lugar un nuevo combate en la ribera izquierda del río Guis, en el mercado de Thisar, donde nuevamente los musulmanes fueron vencidos. A esas alturas, Abd el Krim y su estado mayor habían emprendido la huida con la intención de no caer en manos de los españoles y entregarse a los franceses. Estos aceptaron la rendición del cabecilla moro, que prometió liberar a todos los prisioneros el 26 de mayo y entregarse al día siguiente.

Menos de la mitad de los prisioneros de los moros habían sobrevivido al horrible cautiverio. La totalidad de los españoles que no podían caminar habían sido pasados por las armas, pero la mayoría había perecido a consecuencia de los malos tratos y del hambre. Las autoridades francesas, en violación flagrante del artículo primero del tratado de 13 de julio de 1925, se negaron a entregar a Abd el Krim al gobierno español para que lo juzgara por crímenes de guerra de los que, sin ningún género de dudas, era culpable. Sin duda se trataba de una acción censurable pero, a pesar de todo, Primo de Rivera decidió comportarse con generosidad con los rebeldes y cursó órdenes, que fueron obedecidas disciplinadamente, para que no se llevaran a cabo saqueos ni represalias.

En octubre de 1926, cincuenta y cinco de las sesenta y seis tribus del protectorado español se habían sometido y otras siete estaban a punto de hacerlo. A inicios del año siguiente podía darse por concluida la rebelión, aunque hasta el 10 de julio no se proclamó de manera oficial. Durante la primera semana de octubre, los reyes de España realizaron un viaje por el protectorado acompañados por Primo de Rivera y otros personajes de especial relevancia en el conflicto, como Berenguer, Burguete o Franco.

La guerra contra Abd el Krim había incluido una serie de elementos de enorme relevancia para una reflexión ulterior. En primer lugar, había dejado de manifiesto que el conflicto no se había producido entre naciones, sino entre culturas, una de ellas, la islámica, que no podía soportar la cercanía de otra. Esa circunstancia precisamente explicaba el carácter de guerra santa que Abd el Krim había dado a la rebelión y también la manera en que había tratado, cruel y despiadadamente, con desprecio absoluto de las convenciones internacionales, a los prisioneros y a las poblaciones civiles. Sin embargo, Abd el Krim no había estado solo en su empeño. A pesar de la barbarie intrínseca de su régimen islámico, había gozado del apoyo de un sector de las finanzas internacionales que ansiaba hacer negocios con el déspota moro, del respaldo de la Komintern, de la defensa proporcionada por las izquierdas europeas y los medios de comunicación considerados

progresistas, e incluso de una parte de la población española agrupada en torno a las fuerzas políticas que ambicionaban el final de la monarquía parlamentaria. A todos estos sectores, las torturas sufridas por inocentes, la destrucción de infraestructuras creadas por España, el sacrificio de las tropas o el maltrato de los prisioneros y civiles no les había importado lo más mínimo o los habían considerado como una cuestión menor. Ahora, al fin y a la postre, Abd el Krim —que había utilizado la duplicidad, el engaño y la dilación negociadora para hacer triunfar sus propósitos— había sido finalmente vencido y disfrutaba de un exilio dorado a costa de Francia, al que pudo llevarse un cuarto de millón de dólares saqueado de las arcas de la República del Rif. Finalmente, la firmeza, el espíritu de sacrificio, la perseverancia en la defensa de los intereses nacionales y el esfuerzo bélico lo habían derrotado. El 21 de noviembre de 1927, un real decreto estableció la creación de una Medalla de la Paz marroquí. No se trataba de palabrería ni de retórica. Vencido Abd el Krim, durante tres décadas, la paz —y con ella la entrega de los beneficios de la civilización occidental— serían una realidad innegable en el protectorado. Escuelas y hospitales, carreteras y ferrocarriles se alzarían como testimonio de la labor de las autoridades españolas. El coste ciertamente había sido elevado, pero nadie podía discutir que la victoria también había resultado absoluta.

Capítulo IV

EL PROTECTORADO ENTRE LA PAZ Y LA INDEPENDENCIA

La II República

Las fuerzas que se habían esforzado desde finales del siglo XIX por acabar con la monarquía parlamentaria y que para conseguirlo llegaron incluso a seguir una peculiar política en relación con los conflictos en África acabaron obteniendo el éxito en abril de 1931. No fue tarea fácil. Con anterioridad tuvo que producirse el final de la dictadura de Primo de Rivera —que fue tratado con no menos ingratitud que lo había sido el mariscal Lyautey por los franceses—, el restablecimiento del sistema parlamentario y el fracaso de un golpe de Estado republicano en 1930.[163] Finalmente, en abril de 1931, el rey fue convencido para abandonar España y se proclamó la República. El proceso no dejó de tener su peculiaridad, ya que el final de la monarquía no vino determinado por un referéndum o la elección de unas Cortes constituyentes, sino por la celebración de unas elecciones municipales en las que las listas monárquicas obtuvieron cinco veces más votos que las republicanas. Que tras una victoria electoral tan clamorosa se produzca la llegada al poder de las fuerzas que han sido derrotadas choca tanto con el mero sentido común que no es de extrañar el escepticismo con el que el nuevo régimen fue acogido por muchos que se preguntaban cómo funcionaría una república sin republicanos. Este tema, sin embargo, excede del objeto de nuestro estudio.

La proclamación de la II República fue seguida por la estancia en el poder de todas las fuerzas —republicanos, socialistas y nacionalistas— que habían combatido a la monarquía parlamentaria a lo largo de décadas, con la excepción del minúsculo Partido Comunista y de los anarquistas que, por definición, no deseaban participar en ningún gobierno y que no tardarían en alzarse contra el republicano. El hecho de que estas diferentes agrupaciones políticas hubieran enarbolado como bandera a lo largo de varias décadas la necesidad de abandonar el protectorado español en el norte de África habría hecho esperar que, efectivamente, se llevara a cabo un proceso de descolonización opuesto a las actuaciones de la monarquía parlamentaria. Sin embargo, lo que sucedió fue todo lo contrario. Así, Manuel Azaña, antiguo monárquico pasado al bando republicano en la época final del reinado de Alfonso XIII y, a la sazón, presidente del gobierno, dejó claramente de manifiesto que la República tenía la intención de «honrar los compromisos» contraídos en 1912 en relación con el

protectorado. En ese empeño —que se desdecía de toda una trayectoria anterior— era apoyado por el PSOE y las fuerzas republicanas y nacionalistas.

La II República iba pues a mantener el protectorado, convencidos al parecer los republicanos de que era la única manera sensata de actuar. Sin embargo, su gestión no sería mejor que durante la monarquía parlamentaria. Se puso menos empeño presupuestario, por ejemplo, en cuidar aquellos aspectos que legitimaban moralmente la existencia del protectorado como podía ser, fundamentalmente, hacer partícipes a los moros de los avances de la cultura occidental. Por añadidura, lo que habría podido significar un fenómeno de desarrollo económico impulsado por la iniciativa empresarial se vio yugulado por un régimen que, en términos económicos, demostró un voluntarismo exacerbado y una ineficacia deplorable.[164]

De no haber mediado la obra pacificadora llevada a cabo por la dictadura de Primo de Rivera, la II República habría tenido que enfrentarse además con un fenómeno como el de la Nahda o renacimiento islámico, del que cabe establecer acentuados paralelismos con lo que en la actualidad es el integrismo musulmán. Su aparición se daba en zonas de población predominante o exclusivamente musulmana, pero no entre la población más humilde como, tantas veces, se piensa de manera errónea desde Occidente. Por el contrario, ese deseo de regreso más firme al Corán y de rivalidad con Occidente nació entonces —como ahora— entre los segmentos más educados de la sociedad que, paradójicamente y a diferencia de sus paisanos, se habían nutrido de los beneficios de la cultura occidental.

Desde 1931 hasta el verano de 1936, el nacionalismo islámico en el protectorado se centró, primero, en Bennuna, y luego en Abdeljalek Torres. Gestado en Rabat y Fez, con dos ramas del Kutlah o Liga de Patriotas, en Tánger y Tetuán, sus pretensiones eran claramente independentistas. Su incidencia en la vida española fue ínfima y no podía ser de otra manera teniendo en cuenta la clamorosa derrota sufrida por Abd el Krim. A pesar de todo existió. Por ejemplo, durante el levantamiento anarquista de 1931 que tuvo como foco más trágico la localidad de Casas Viejas, Azaña llegó a plantearse la posibilidad de traer a la Península contingentes moros para aplastar la revuelta. Sólo el final relativamente rápido de la misma evitó tal eventualidad.

No sucedería lo mismo en octubre de 1934 cuando, resentidos por la derrota electoral del año anterior, el PSOE, Esquerra y otros elementos del republicanismo histórico decidieron alzarse en armas contra un gobierno legítimo surgido de las urnas.[165] El alzamiento armado socialista-nacionalista fracasó en apenas unas horas en el conjunto del territorio nacional sin excluir Barcelona, de donde algunos dirigentes nacionalistas catalanes tuvieron que huir aprovechando las alcantarillas. Sin embargo, en Asturias un comité revolucionario formado por el PSOE, el PCE y los anarquistas se apresuró a anunciar la creación del «Ejército Rojo»[166] y a declarar su voluntad de combatir hasta lograr implantar la dictadura del proletariado.[167] Durante los días siguientes, Asturias fue escenario de una revolución en el curso de la cual se desencadenó la persecución religiosa —algunos de cuyos mártires serían canonizados en la última década del siglo XX— y el exterminio de los considerados «enemigos del pueblo» en medio de una oleada de saqueos y destrucciones. Para sofocar la sublevación, el gobierno de la República se vio obligado a traer de Marruecos tropas en las que se hallaban encuadrados moros y que acabarían con la sangrienta revuelta.

En los últimos meses de la II República previos al estallido de una guerra civil cuyo primer conato había sido el alzamiento armado de octubre de 1934[168], ciertamente fueron muy pocos los que consideraron que España debía abandonar el protectorado y prácticamente siempre estuvieron encuadrados en las filas del Partido Comunista, que en esta cuestión, como en otras, era un fiel portavoz de las consignas de la Komintern.

En julio de 1936 tuvo lugar el alzamiento contra el gobierno del Frente Popular y ambos bandos intentaron atraer hacia su lado a las fuerzas moras. Lo consiguieron los alzados fundamentalmente

por dos razones. La primera, que los moros conocían y admiraban a los jefes militares que los habían derrotado apenas una década atrás y los consideraron más capaces de obtener la victoria, y la segunda, que los aviones del Frente Popular, dando inicio a los bombardeos aéreos de poblaciones civiles durante la guerra, no sólo dejaron caer sus bombas sobre Melilla y Tetuán, sino que además en el curso de esta acción quedó destruida una mezquita. De esta manera, mientras que un bando quedó asociado al valor y al respeto de la religión islámica, el otro fue identificado inmediatamente con la impiedad. En adelante, sólo de manera excepcional algunos moros combatirían en las filas del Frente Popular.

La Segunda Guerra Mundial

Mientras se llevaban a cabo los preparativos para el golpe de julio de 1936, se preguntó a Franco por el cargo que deseaba con posterioridad al triunfo. Su respuesta fue tajante: «Alto comisario en el protectorado.» En ella se traducía toda una trayectoria militar y personal vinculada a la presencia de España en África. Décadas después, los judíos sometidos antes de la victoria española al gobierno de los moros recordarían cómo Franco les había permitido coger agua de los arroyos sin tener que pedir permiso ni pagar un canon a los musulmanes[169] y éstos, a su vez, manifestarían su gratitud por la manera en que el nuevo régimen se portó con ellos. Mientras que en la Península era impensable la libertad religiosa y los protestantes y los judíos tendrían que esperar décadas antes de poder celebrar sus cultos con un asomo de tolerancia, el gobierno español subvencionaba en el protectorado las peregrinaciones anuales a La Meca y garantizaba una plena libertad religiosa al islam. Mientras que en la Península regía una férrea censura sobre los medios de comunicación que sólo comenzó a aflojarse en parte a partir de los años sesenta, en el protectorado existía una relativa libertad de prensa que beneficiaba fundamentalmente a los musulmanes. Mientras que en la Península traspasar las fronteras nacionales constituía un sueño que durante años estuvo fuera del alcance de los españoles, en el protectorado se financiaban los viajes a Egipto de los estudiantes musulmanes. Sería una política de extraordinaria generosidad —y más si se compara con la situación en el resto del territorio nacional— cuyos resultados deberán juzgar, como tantas cosas, la Historia y el paso del tiempo.

Al estallar la Segunda Guerra Mundial se mantuvo con pocas variaciones la política de fría convivencia entre los protectorados español y francés. En febrero de 1940, por ejemplo, se celebró una entrevista entre el general Asensio, alto comisario español, y el general Noquees, residente general francés, para llegar a un acuerdo comercial que permitiera importar más alimentos de la zona francesa a la española.

El 10 de junio de 1940, Italia —en lo que se llamó la «puñalada por la espalda»— entró en guerra contra Francia aprovechando que esta nación ya había sido derrotada en el campo de batalla por el III Reich alemán. España pasó entonces de su situación de neutralidad a la de «no beligerancia», seguramente no tanto porque ambicionara ampliar sus posesiones en África cuanto porque, al igual que Francia, temía las ambiciones territoriales de Italia en el Mediterráneo y no deseaba convertirse en víctima de las mismas. Así, el 14 de junio de 1940, con el visto bueno del Reino Unido y Francia, una fuerza de cuatro mil soldados españoles entró en Tánger en nombre del sultán y con la intención de evitar que desde allí se alentara cualquier sublevación en el protectorado español. Inicialmente se pretendía preservar el estatuto internacional de la ciudad pero, tras la caída de Francia, el 1 de diciembre de 1940 la zona de Tánger fue incorporada al protectorado dependiente de España.

A pesar de todo, Franco no deseaba que la ocupación de Tánger fuera considerada como un acto de agresión contra los Aliados. El 13 de febrero de 1941 se entrevistaba con Pétain en Montpellier a la vez que Serrano Suñer lo hacía con el almirante Darían y, en paralelo, se llegaba a un *modus vivendi* con el Reino Unido accediendo España a no fortificar la zona y a respetar los derechos de los

ciudadanos británicos que habitaban en la misma.

No se ha abordado con suficiente extensión la enorme sintonía que los musulmanes del protectorado mantenían con los nazis y la manera en que esta circunstancia pudo pesar en el ánimo de Franco —junto con otros factores— para mantener una postura de neutralidad amistosa durante la Segunda Guerra Mundial. Lo cierto era que los movimientos islámicos contemplaban con enorme simpatía a Hitler, que no sólo estaba derrotando militarmente a potencias coloniales sino que tenía tropas musulmanas en el seno del ejército del III Reich.[170]

De hecho, durante el conflicto dirigentes árabes como el Muftí de Jerusalén no sólo llegarían a ser condecorados por el Führer sino que incluso colaborarían gustosos con él en el exterminio de los judíos. En el caso del protectorado, Torres era el más cercano a los nazis, pero no el único, y es muy posible que esta circunstancia pesara en el ánimo de Franco a la hora de mantenerse neutral.

Con el cambio de signo de la guerra, también los musulmanes optaron por un cambio de bando. En enero de 1944 el Istiqlal, un partido en el que se habían unido los diferentes grupos islámicos, presentó a las autoridades francesas y al mando aliado una propuesta de unificación de ambos protectorados bajo el sultán, así como la de participar en la conferencia de paz.

También en esos primeros meses de 1944 se dieron los primeros pasos para restablecer el antiguo estatuto de Tánger. No se llegó realmente a una discusión del tema hasta agosto de 1945 en la Conferencia de París. En ella había deseado estar presente la URSS, recibiendo para ello el apoyo del gobierno de la República Española en el exilio, que soñaba con la posibilidad de que Franco fuera derrocado. Ni la una ni el otro lograron lo que deseaban. Mientras que la URSS fue mantenida fuera de una cuestión que, en puridad, no le concernía, Franco se mantendría en el poder todavía tres décadas. En París, finalmente, se restableció el Estatuto de 1923 con algunas modificaciones.

Hacia la independencia de Marruecos

En apariencia, todo iba a seguir igual en los protectorados español y francés. En la práctica, había dado inicio un camino, el de la descolonización, que sería acogido con entusiasmo por la URSS en la medida en que facilitaba la debilitación del bloque occidental y la infiltración en las naciones que iban a nacer en la posguerra. En el caso de Marruecos, el principal agente político fue el Istiqlal, que ciertamente no logró sentarse en la conferencia de paz ni tampoco entrar en la ONU, pero que había decidido mantener sus objetivos independentistas basados en una autoridad religioso-política como la del sultán. Cuando Eric Lebonne, el residente general del protectorado francés, permitió que el sultán visitara Tánger en abril de 1947 y se produjo un estallido de fervor islámico-nacionalista, quedó de manifiesto que la situación iba a experimentar serias complicaciones.

En mayo de 1947 fue nombrado nuevo residente general el mariscal Juin[171], uno de los héroes de la Segunda Guerra Mundial. Juin no tardó en descubrir que los musulmanes no estaban dispuestos a aceptar ningún género de colaboración y que sólo se conformarían con la expulsión de los europeos. De hecho, el sultán respaldó abiertamente al Istiqlal en medio de una espiral de violencia terrorista en la que se combinaba el nacionalismo con las apelaciones a la guerra santa. Para conjurar ese peligro, Juin logró en 1951 que los jefes de las tribus beréberes marcharan sobre Rabat y obligaran al sultán a desautorizar al Istiqlal. Se trató de un éxito de corto alcance. Ese mismo año, el Istiqlal logró que la Liga Árabe planteara en el seno de la ONU la cuestión marroquí. El grupo de presión islámica se había puesto en funcionamiento para arrojar del norte de África a Francia y España.

El 28 de agosto de 1951, el general Guillaume fue nombrado nuevo residente general. Cuando en noviembre de 1952 el sultán pronunció un discurso en el que exigía la independencia inmediata, Guillaume reaccionó deportándolo junto con su familia, primero a Córcega y después a Madagascar.

La posición de España a la sazón se centraba en evitar que la ola independentista alcanzara su protectorado. Para lograrlo, no tuvo inconveniente en prestar cobertura a los nacionalistas

marroquíes en su enfrentamiento con Francia. Tal postura, con visos de ser razonable, constituyó un craso error, ya que pasaba por alto que jamás los musulmanes harían diferencia entre una potencia y otra ni renunciarían a devolver aquellos territorios al Dar al-Islam. Sin percatarse de ello, se estaba cayendo en la misma equivocación que Francia había cometido durante los primeros tiempos de la rebelión de Abd el Krim pensando que se limitaría a atacar a España. Así, en agosto de 1954, el general Valiño puso en funcionamiento la denominada «Operación Marruecos», que permitía a los nacionalistas marroquíes refugiarse en la zona española.

A la sazón, el tema marroquí ya había saltado de manera definitiva a la agenda de la ONU, donde contaba con el apoyo de las dictaduras comunistas, buena parte de los países asiáticos y, por supuesto, de los islámicos. Se producía así una alianza entre dictaduras contraria a los intereses de naciones occidentales que iba a perdurar durante décadas y que dejaría de manifiesto uno de los puntos más difíciles de defender de la estructura de la ONU: la igualdad de voto existente entre regímenes dictatoriales y democráticos. Francia no pudo soportar aquel embate, especialmente desde el momento en que la izquierda nacional comenzó a abogar en favor de los nacionalistas marroquíes y Estados Unidos dejó de manifiesto que no iba a defender la permanencia en la zona de las fuerzas galas. En un ejercicio de retórica que no podía ocultar la amarga realidad, Edgar Faure lanzó la consigna de «independencia en la interdependencia», es decir, Francia anunciaba su retirada del protectorado aunque ansiaba seguir manteniendo relaciones cordiales con el régimen que se estableciera después de su salida. El 18 de noviembre de 1955, el sultán Mohamed V regresaba a Marruecos.

Resultaba obvio con semejante configuración del panorama internacional que España no podría prolongar su permanencia en el protectorado. Todavía el 30 de noviembre de 1955, Franco declaró que los marroquíes serían incapaces de mantener por sí mismos la paz y la seguridad en el territorio. Sin embargo, el proceso de independencia era irreversible. El 13 de diciembre se aceptaba, desde luego, tal posibilidad, y cuando el 2 de marzo de 1956 Francia reconoció la independencia de su protectorado, España no tuvo otra salida que actuar de manera similar aunque, bien significativamente, lograra retrasar tal paso hasta el 7 de abril y obtuviera el más que legítimo reconocimiento de la españolidad de Ceuta, Melilla y los peñones de Alhucemas y Vélez de la Gomera.

Dos días después se recibía en Washington una carta de Franco en la que se informaba de lo sucedido. Era obvio que Estados Unidos había tenido un papel relevante en la salida a la crisis. Sin embargo, si alguien pensó que aquello sería el final del contencioso con Marruecos, apenas tardaría unos meses en salir de su error. En realidad, el nuevo país nacía con un acentuado fondo reivindicativo que hundía sus raíces en su supuesta legitimidad islámica. El objeto privilegiado de sus agresiones durante las próximas décadas sería precisamente España.

Capítulo V

LA AGRESIÓN MARROQUÍ (I): LA GUERRA DE IFNI

Antes de la guerra

El primer contacto de España con el territorio de Ifni es muy antiguo. En 1476, Diego García de Herrera desembarcó en el puerto de Guader—seguramente el actual Agadir— y levantó rápidamente la fortaleza de Santa Cruz, que los canarios llamarían de la Mar Pequeña. Durante el siglo XX, el papel de España en Ifni quedó modificado en el proyecto de tratado de 1902, el convenio de 1904 y el de 1912. En cada uno de los casos, la presencia de España en la costa occidental de África se vio

reducida pero no eliminada. El último texto presentaba la zona como un enclave en la región del Anti Atlas con una extensión de 1.750 kilómetros cuadrados formados por una franja de litoral de 70 kilómetros de largo por 25 de ancho. El territorio de Ifni —ciertamente muy pobre— presenta el inconveniente de que tiene un relieve muy escarpado, hasta el punto de que la costa es prácticamente un acantilado y el mero desembarco de suministros dependía totalmente del estado del mar.

El territorio, a pesar del reconocimiento internacional de la soberanía española sobre el mismo, no se ocupó hasta 1934 gracias a una expedición capitaneada por el general Capaz. Ultimo en la galería de grandes exploradores españoles, Capaz sería asesinado por fuerzas del Frente Popular al producirse el asalto a la cárcel Modelo de Madrid.[172]

Sin embargo, nada de eso parecía previsible en aquel año de 1934, en que su exploración fue seguida por la creación del Gobierno Especial del Territorio. De esa manera, en África occidental había tres regiones españolas independientes administrativamente: Ifni, Cabo Juby y Rio de Oro. El 29 de agosto de 1934, un decreto suprimió el cargo de gobernador en las tres regiones sustituyéndolo por un Gobierno General encomendado al alto comisario de España en Marruecos.

La situación administrativa no experimentaría más cambios hasta que el 20 de julio de 1946 un decreto de Presidencia del Gobierno unificó el mando en el llamado Gobierno de los Territorios del África Occidental Española, si bien la región de Tarfaya —de acuerdo con el tratado de 1912— se reconoció como zona de protectorado y quedó sometida al alto comisario. En adelante, éste ejercería su autoridad a través del gobernador del AOE (África Oriental Española).

Esta organización experimentó un cambio comprensible en 1955. Al reconocerse la independencia de Marruecos,Tarfaya (o Cabo Juby) fue incorporada al nuevo país, ya que formaba parte del protectorado. No podía resultar más obvio que Marruecos no tenía ningún derecho al territorio de Ifni —y, de paso, tampoco al del Sáhara— e incluso entonces se retrasó la entrega de Tarfaya hasta 1958, cuando se consideró que Marruecos podía hacerse cargo del territorio. La AOE quedaba así reducida a Ifni, sede del gobierno con un delegado gubernativo, y al Sáhara, con un subgobernador que residía en El Aaiún.

La agresión marroquí

En apariencia, la concesión de la independencia a Marruecos debería haber eliminado cualquier género de fricción entre la nueva nación y España. La realidad iba a ser, sin embargo, muy diferente. Con una curiosa mezcla de sentimiento de superioridad islámico, de imperialismo expansionista y de nacionalismo tercermundista, Marruecos iba a desarrollar desde su acceso a la independencia una política de agresiones continuadas contra los territorios donde se alzaba el pabellón español. Aunque las acciones fueron prácticamente simultáneas, en este capítulo trataremos del ataque a Ifni y en el siguiente nos referiremos al Sáhara.

En los años cincuenta, Marruecos había creado el Ejército de Liberación Nacional (ELN) que no fue molestado por las autoridades españolas en la ingenua creencia de que los marroquíes sólo combatirían contra Francia. Sabido es que el ELN presionó, primero, sobre Francia para después, cuando ésta capituló, recoger la zona del protectorado español como si de fruta madura se tratase. Así, en 1956, España entregaba su protectorado a las recientemente creadas autoridades marroquíes. Apenas unos días después, fuerzas del ELN comenzaban a realizar incursiones armadas en Ifni. Oficialmente, Marruecos insistiría en que eran bandas de incontrolados —una entidad que históricamente no ha solido existir nunca—, pero en realidad se trataba de efectivos marroquíes bajo el control del príncipe heredero, futuro Hassán II. Bajo su atuendo de guerrilleros, los efectivos llevaban el uniforme marroquí con sus distintivos, y no pocos de los oficiales, a los que se reconoció con facilidad, habían sido formados en la Academia Militar de Zaragoza.

Estos ataques iban a conocer una escalada durante el año 1957, hasta el punto de que para finales del mismo se planeó un programa de invasión generalizada del territorio. La noche del 23 de

noviembre de 1957, un grupo de guerrilleros marroquíes, en colaboración con nativos de Ifni, tenía órdenes de asesinar en sus casas a los españoles y tomar todos los fortines. Al parecer, fue la indiscreción de la cuñada de un policía nativo —que avisó a su capitán— la que evitó la matanza. No, desde luego, el ataque. Los marroquíes penetraron hacia el interior a la vez que rebasaban y cercaban los puestos españoles. Ciertamente, no consiguieron tomar Sidi Ifni, pero durante diez días los españoles se vieron sometidos a un terrible cerco. De él se salvaron gracias a la llegada de fuerzas de paracaidistas y de la Legión procedentes de Canarias y la Península. La escasez de medios del ejército era tan acentuada que hubo que recurrir a aviones de Iberia en los que se pintó a toda prisa la cruz de San Andrés.

Los combates, en ocasiones de una considerable dureza, emplearon también a soldados de reemplazo en una guerra extraña en la que el mando español procuró evitar el derramamiento de sangre, el equipo era atrasado —T-6 y Junkers alemanes de la guerra civil— y el aliado estadounidense impuso el veto al uso del material militar de la ayuda. Abundaron ciertamente los episodios de heroísmo. Fue el caso del teniente de paracaidistas Ortiz de Zárate, al que se envió con cuarenta hombres y un médico a liberar el puesto de Tzelata, a la sazón rodeado por centenares de moros. Ortiz de Zárate fue cercado junto con sus hombres al poco de abandonar Sidi Ifni, cayendo todos en combate. No menos heroico fue el comportamiento de la compañía de paracaidistas lanzada sobre la guarnición de Tiluin, que cumplió con éxito su misión a pesar del error de los pilotos y de otras unidades.

En Navidades, Carmen Sevilla y el humorista Gila aparecían por Sidi Ifni en un intento, a lo Marilyn Monroe y Bob Hope, de levantar la moral de las tropas y de la población asediada. Seguramente era lo único en que se parecía el dispositivo de combate español, valiente pero desprovisto de medios, al del ejército de Estados Unidos en Corea.

Al cabo de unos meses de lucha despiadada, las guarniciones rescatadas fueron replegadas hacia Sidi Ifni, ciudad en torno a la cual se estableció una débil línea de defensa que, sin embargo, los marroquíes no pudieron perforar. La capital no caería, pero Marruecos había ocupado un territorio que no tenía la menor intención de desalojar. Todavía décadas después los españoles que estuvieron en aquella guerra, que concluyó el 30 de junio de 1958, recordarían con amargura cómo no les habían dejado defenderse.[173] A decir verdad, Franco —que confiaba en la palabra del sultán con una ingenuidad sorprendente— no tenía alternativa. La situación económica del país —que requería un duro plan de estabilización— no era la más adecuada para embarcarse en una guerra con Marruecos. Quizá por esta circunstancia algún estudioso ha considerado que la guerra de Ifni fue victoriosa.[174] Difícilmente puede conceptuarse como tal un conflicto en el que, a pesar de la heroicidad de los combatientes, se pierde el 80 por ciento del territorio en litigio.

En un intento de ponerse a resguardo de las presiones internacionales, el gobierno español convirtió mediante decreto de 10 de enero de 1958 en provincias españolas a Guinea, Ifni y el Sáhara. Poco duraría Ifni en manos españolas. En 1969 las Cortes aprobaron su entrega —desprovista de base legal alguna— al reino de Marruecos, y el 31 de jubo se arrió la bandera. Como compensación, que pretendía endulzar la amargura de la retirada, España había ultimado en septiembre de 1968 un acuerdo de pesca con Marruecos que se firmó en Fez el 30 de abril y entró en vigor el 13 de mayo. El texto del tratado reconocía a España el derecho a seguir pescando en aguas de Ifni como lo había hecho hasta entonces. Poco tardaron los marroquíes en incumplir lo pactado. De hecho, apenas se vieron dueños del territorio tras la completa retirada española, suspendieron su aplicación prohibiendo pescar a los españoles.[175]

En resumidas cuentas, la victoria de Marruecos había sido poco costosa y además se había conseguido a pesar de la ausencia de derecho alguno que pudiera legitimarla. En poco tiempo, la ocupación parcial de Ifni se convirtió en total, e incluso las compensaciones acordadas a España

fueron incumplidas por Hassán II. La lección aprendida por los marroquíes sería —una vez más— que España podía ser doblegada con razón o sin ella. Se repetía así un patrón de conducta ya sufrido por los españoles durante siglos en su enfrentamiento con el islam. Apenas pasaría un lustro antes de que España fuera objeto de una nueva agresión marroquí.

Capítulo VI

LA AGRESIÓN MARROQUÍ (II): LA INVASIÓN DEL SÁHARA

«Los más nobles entre los cristianos»[176]

La presencia española en el Sahara puede remontarse al siglo XV. En virtud de los tratados de Alcaçova y Tordesillas, suscritos con Portugal, España se vio autorizada para establecer un puerto en la costa del Sáhara que tendría la denominación de Santa Cruz de Mar Pequeña. El puesto sería destruido por los saharauis en 1527, pero durante los siglos sucesivos España mantendría sus derechos sobre la zona. De hecho, el 28 de mayo de 1767 España y Marruecos firmarían un tratado en el que este último reino reconocería que sus dominios no llegaban hasta el Sáhara y que la costa de Santa Cruz de Mar Pequeña no era de su jurisdicción. El mencionado texto legal no podía resultar más elocuente, ya que el propio sultán de Marruecos afirmaba taxativamente en él que carecía de derecho alguno sobre el Sáhara.

Durante el siglo XIX se intensificaron los contactos entre España y el Sáhara. De hecho, los saharauis utilizaron como moneda de cambio la española de la época de Isabel II —el «sabil», como la denominarían— y contemplaron cómo los barcos pesqueros españoles faenaban en sus costas. En 1881 el gobierno español estableció una plataforma frente a la península de Rio de Oro, que adquirió a los Uad Delim ante notario. Dos años después se creó la Sociedad Española de Africanistas, y en 1884, el capitán Bonelli realizó una expedición en el curso de la cual se establecieron las factorías deVilla Cisneros (Rio de Oro), Medina Gatell (Cabo Blanco) y Puerto Badía (Bahía de Cintra) y se firmaron convenios con las distintas tribus. Ese mismo año, España estableció un protectorado entre la Bahía del Oeste y Cabo Bojador, al que Marruecos no opuso ninguna objeción por la sencilla razón de que aquel no era territorio perteneciente a su reino.

En enero de 1885, llegaron al Sáhara los primeros militares que, a las órdenes de Bonelli, llevaron a cabo varias expediciones hacia el interior para trabar lazos de amistad con las distintas tribus. Al año siguiente, la Sociedad Española de Geografía Comercial envió la expedición de Alvarez Pérez. Fruto de la misma fue un pacto con varias tribus suscrito ante notario en virtud del cual se establecía un protectorado entre Uad Chbeika y Cabo Bojador. Poco después, durante el mes de mayo del mismo año, llegó al Rio de Oro otra expedición, la de Cervera, Quiroga y Rizzo, que cruzó el Tiris y penetró en el Sáhara. También en este caso se concluyó un acuerdo con los habitantes estableciendo que «todos los territorios comprendidos entre la costa de las posesiones españolas del Atlántico, desde Cabo Bojador a Cabo Blanco y el límite occidental del Adrak, pertenecen a España». Por parte de los saharauis firmó el emir de Adrar, que todavía en 1892 era desconocido por los marroquíes por la sencilla razón de que no tenían ninguna relación con aquel territorio, aunque sí era un personaje conocido —y temido— por Francia.

No deja de ser significativo que los saharauis vieran con muy buenos ojos la llegada de los españoles, a los que concibieron como defensores de su libertad frente a otras potencias. De hecho, si España lo hubiera deseado habría tenido la posibilidad de ocupar mucho más territorio del que consagraban aquellos primeros tratados. También revelador resulta que ese territorio se viera mermado no por voluntad de sus habitantes —jamás relacionados con Marruecos— sino por las

presiones francesas que mediante diversos tratados frieron cercenando las posesiones españolas. El último acuerdo suscrito en 1956, y en vigor desde el año siguiente, culminaría precisamente ese proceso de disminución de la presencia española en el Sáhara. Curiosamente, Francia fue añadiendo a su protectorado marroquí algunas de las porciones desgajadas del Sáhara, y de esa manera contribuyó a incrementar enormemente el territorio de este reino. Sin embargo, se trataba de zonas —y esto conviene no olvidarlo— que siempre fueron independientes de Marruecos y que incluso bajo gobierno francés no se identificaron con este reino.

Por lo que se refiere a la ocupación llevada a cabo por España, a pesar de los recortes impuestos por Francia, fue lenta. En 1920 se ocupó la Agüera, pero hasta los años treinta no se avanzó hacia el interior. La razón no fue otra que las peticiones reiteradas de los saharauis a España para que acudiera a ayudarlos en la lucha que libraban contra Francia. Así, en 1934 —el mismo año de la ocupación de Ifni, como ya vimos— las fuerzas españolas se adentraron en el Sáhara y fundaron el puesto de Aargub, ocupando además Daora y Smara. El último sultán azul se entregó a la sazón a España y se estableció en Cabo Juby, entonces Villa Bens, y posteriormente en Tarfaya. El sultán azul sentía un enorme aprecio por los hombres procedentes de España heredado de su padre, el legendario Cheij Ma al Ainin, quien había instado a los saharauis a que si tenían que entregarse a algún gobierno extranjero lo hicieran a los españoles, ya que eran «los más nobles entre los cristianos». Esta apreciación —consolidada por la práctica cotidiana, especialmente en comparación con el comportamiento de Francia— explica que España pudiera gobernar pacíficamente el territorio hasta 1956, el año de independencia de Marruecos. A partir de ese momento, el imperialismo marroquí lanzaría su política de agresividad sobre el Sáhara.

La invasión marroquí

En 1956, Marruecos obtuvo la independencia e inició de manera casi simultánea una política que pretendía la construcción de un imperio islámico. En los textos de los teóricos del imperialismo islámico marroquí se reivindicaba que el límite norte de ese imperio debía ser Toledo, ya que hasta allí habían llegado en su día los almorávides, y al sur, Senegal y Timbuctú. Sin embargo, de momento, las agresiones marroquíes iban a limitarse a los territorios ubicados en el continente africano. En 1957 el ELN, creado por Marruecos, comenzó a penetrar en territorio saharaui supuestamente para combatir a las fuerzas francesas. Semejante eventualidad fue acogida favorablemente por el gobierno español, que tenía un dilatado memorial de agravios contra Francia sin percatarse de que los musulmanes que en esos momentos predicaban la guerra santa contra el vecino galo no tardarían en volver las armas contra España. Efectivamente, así fue.

En paralelo a lo que se conocería como la guerra de Ifni, las fuerzas marroquíes, convenientemente disfrazadas de guerrilleros incontrolados, lanzaron una ofensiva contra los puestos militares del territorio. No hubo más remedio entonces que evacuarlos concentrando la defensa en El Aaiún, Villa Cisneros y Güera. El repliegue se realizó en condiciones durísimas e incluso llegó a ser aniquilada casi por completo una bandera de la Legión en la zona de Echera, a unos 40 kilómetros de El Aaiún, en febrero de 1958.

Sólo entonces las autoridades españolas entraron en conversaciones con las francesas para acabar con las acciones del ELN. Fruto de esas conversaciones serían las operaciones llevadas a cabo durante la segunda quincena de febrero de 1958. Mientras la aviación francesa machacaba literalmente cualquier movimiento en el desierto sin ningún género de escrúpulos respecto a los objetivos, las tropas españolas intentaban cerrar por el norte toda posibilidad de retirada del enemigo hacia Marruecos, mientras embolsaba a los combatientes en Saguía al Hamra. En paralelo, fuerzas terrestres francesas bloqueaban la posibilidad de retirada marroquí hacia Mauritania o Argelia.

Las operaciones iban a durar un par de semanas y se desarrollaron con tanto éxito que en la capital marroquí no sabrían nada de lo sucedido hasta tres días después de su conclusión. Aún

tardarían más en enterarse de que el ELN había sido aniquilado por la acción conjunta hispano-francesa en la que había colaborado activamente El Jatri, dirigente de la tribu de Boihat. El Jatri sería capturado por los españoles y poco faltaría para que muriera por equivocación. Sin embargo, se había manifestado desde un principio contrario a la «liberación marroquí», de la que sabía que no era más que un intento de anexionarse un territorio al que no tenía ningún derecho, y había sido partidario de la colaboración con los europeos frente al imperialismo islámico de Rabat. Sería precisamente El Jatri el encargado de escribir un nuevo capítulo de la presencia española en el Sáhara.

Del alzamiento de El Jatri a la muerte de Basir

La guerra de 1959 precipitó a no pocos saharauis hacia los países cercanos en un intento de escapar de una posible prolongación de las operaciones. Como ya había sucedido con el protectorado de Marruecos, España tenía voluntad de permanecer en el Sáhara, y más después de que se descubrieran los yacimientos de fosfatos de BuCraa. Sin embargo, desde el momento en que Francia concedió la independencia a Mauritania tal posibilidad se convirtió en quimérica. La respuesta de España —sometida a una campaña internacional despiadada que orquestó Marruecos— fue reconocer en 1960 que el Sáhara se encontraba dentro de los territorios no autónomos, un movimiento previo a la independencia futura. Al igual que en tantas ocasiones anteriores y posteriores, el paso de España no fue interpretado por Marruecos como un gesto amistoso, sino como una muestra de debilidad, y provocó inmediatamente nuevas reacciones hostiles. Marruecos a esas alturas no sólo ansiaba hacerse con el Sáhara, sino que veía con verdadera contrariedad la explotación de unos yacimientos de fosfatos, los más importantes del mundo, que competían con los propios.

A partir de 1965, las Naciones Unidas exigieron cada año la celebración de un referéndum de autodeterminación en el Sáhara. Se trataba de una puesta en escena impulsada por Marruecos y por Mauritania y secundada por las demás dictaduras tercermundistas, amén de las comunistas. Este respaldo internacional iba a ser el telón de fondo de un alzamiento militar saharaui en 1967.

Como forma de enjugar el paro entre una población que carecía de recursos de subsistencia propios, las autoridades españolas en el Sahara habían dado inicio a la construcción de una red de pistas en el desierto. El Jatri ideó aprovecharse de semejante coyuntura provocando una huelga general que paralizara el territorio y sobre la que se superpondría una sublevación militar bajo su dirección. Las razones de la rebelión estuvieron más vinculadas, al parecer, con una enemistad personal de El Jatri con un español que con sentimientos nacionalistas. En cualquier caso, la huelga fracasó y con ella el levantamiento armado.

Esta circunstancia impulsó un nuevo cambio en la política de la administración española. Así, en virtud de un decreto de 11 de mayo de 1967, se creó la Yemaa o Asamblea General del Sáhara. Aunque se ha repetido en más de una ocasión que la Yemaa reproducía fundamentalmente el esquema de las Cortes orgánicas españolas, lo cierto es que su representatividad era mayor, e incluso a partir de entonces se determinó la elección democrática de los jefes de cada tribu.

El 18 de diciembre de 1969 nació el Movimiento de Vanguardia para la Liberación del Sáhara. La afiliación en el mismo se realizaba mediante un juramento en el nombre de Allah y sobre el Corán. Su secretario general era un joven llamado Basir Mohammed Uld Hach Brahim Uld Lebser. Lo que se encerraba en las acciones de este personaje dista mucho de ser obvio, siquiera porque la documentación completa sobre él no es accesible en la actualidad. Perteneciente a la tribu de los Erguibat, que se pretende emparentada con Mahoma, para algunos Basir no fue sino una correa de transmisión de Marruecos para enrarecer la situación en el Sáhara y forzar el abandono de España. Otros, por el contrario, han insistido en que fue exactamente lo contrario, un saharaui que temía que España entregara el territorio a Marruecos y que llegó a la conclusión de que sólo un proceso de independencia podría evitar semejante atropello. El hecho de que intentara en diversas ocasiones

negociar con las autoridades españolas no contribuye desde luego a esclarecer el enigma, que tendría un final trágico.

El 17 de junio de 1970 estaba convocada una manifestación de apoyo a las autoridades españolas en El Aaiún a la que Basir decidió enfrentarse mediante otra paralela. Su última carta, que se conserva en el archivo del Frente Polisario, en los campamentos de refugiados de Tinduf, diría:

«En el nombre de Alá, Clemente y Misericordioso.

»A nuestros queridos y respetados hermanos, nuestros saludos afectuosos y cálidos. Estamos bien. Las autoridades han rechazado recibir el memorándum y encontrarse con los miembros de la organización. Nosotros hemos decidido no participar en sus manifestaciones sino de la siguiente manera. Nos reuniremos aparte, en las jaimas, y quien quiera hablar de parte de la administración no tiene más que venir a vernos. Sabed que el asunto es peligroso, muy peligroso. Las cosas son muy complejas y la situación, explosiva. Todo irá bien, se arreglará pacíficamente. Os recomiendo perseverancia y firmeza. Perseverad, no reneguéis.»[177]

A esas alturas, sin embargo, las autoridades españolas estaban convencidas de que Basir, de origen marroquí y sin permiso de residencia en el territorio del Sáhara, era un agente al servicio del sultán, como lo habían sido los guerrilleros del ELN una década antes. Cuando el 17 de junio a la manifestación oficial se superpuso otra de carácter independentista , no cupieron más dudas. La contramanifestación fue reprimida con dureza, produciéndose un número de muertos situado entre cuatro y diez y una veintena de heridos y, junto con otros cabecillas, Basir fue detenido e interrogado. El 29 de julio se le expulsó a Marruecos y desapareció totalmente. Su destino final nunca ha quedado esclarecido de manera irrefutable. Por supuesto, se ha especulado con la posibilidad de que lo asesinaran efectivos españoles. Sin embargo, tal eventualidad se contradice con datos documentales tan importantes como el hecho de que el 15 de septiembre de 1970, el delegado provincial de orden público lo creyera en activo y dictara una orden de detención contra él.[178] Precisamente por ello, pensar que con su muerte se perdió una oportunidad dorada de pactar una salida negociada del Sáhara no supera el terreno de la especulación. La realidad de Basir —agente de Marruecos o independentista, quizá incluso ambas cosas— sólo la conocía él y con él yace en algún lugar del norte de África.

De la fundación del Frente Polisario al Estatuto

La represión de la manifestación del 17 de junio de 1970 fue ampliamente utilizada por los medios de comunicación marroquíes para insistir en la necesidad de que se produjera el abandono del Sáhara por España. Sin embargo, como no tardaría en quedar de manifiesto, lo que Marruecos deseaba era apoderarse de un Sáhara sin tropas españolas que lo defendieran, y no impulsar la independencia de una nueva nación. El 9 de marzo de 1972, un informe del gobierno general de la provincia[179] señalaba cómo se habían creado en Marruecos diversas patrullas con formación guerrillera para infiltrarse en el Sáhara como si se tratara de jóvenes nacionalistas. Se trataba, una vez más, de la táctica utilizada en Ifni y el Sáhara en el pasado.

Precisamente porque Marruecos deseaba provocar un proceso similar al que tanto éxito le había deparado en Ifni no puede extrañar que cuando entre el 25 y el 27 de mayo de 1972 algunas decenas de estudiantes salieron a la calle con pancartas pidiendo la liberación del Sáhara, la policía marroquí reaccionara con su habitual contundencia, deteniéndolos y sometiéndolos a torturas.

Entre los torturados se hallaba un estudiante de derecho de la Universidad de Rabat, llamado El Uali, que llegó a la conclusión de que Marruecos nunca apoyaría la existencia de un Sáhara independiente. De la unión de este joven con otros, en su mayoría estudiantes, iba a surgir el 29 de abril de 1973 el Frente Polisario. El congreso fundacional se celebró clandestinamente en la localidad mauritana de Zuerat, a lo largo de cuarenta y ocho horas de discusión que no se interrumpieron por temor a que la policía apareciera y procediera a detenerlos. El grupo que acababa de nacer estaba

empapado de tercermundismo panarabista e islámico con referencias a la participación en la «revolución árabe» y en el «movimiento de liberación nacional y democrático mundial». A las nueve y media de la noche del 20 de mayo de 1973, el Polisario llevó a cabo su primera acción armada contra un puesto español situado en Janguet Quesat. Poco podían sospecharlo aquellos independentistas, pero su ataque no iba a acelerar el proceso de autodeterminación, sino las acciones de Marruecos para apoderarse del Sáhara. Entre 1973 y 1975, el Polisario ciertamente continuó atacando a las fuerzas españolas en el Sáhara. Logró causar una decena, de muertos, así como paralizar la producción de fosfatos, pero de esa manera sólo proporcionó argumentos a los que favorecían la entrega del territorio a Marruecos.

Durante 1974, el gobierno español quemó su último cartucho para retirarse honrosamente del Sáhara. Así, se elaboró un Estatuto para el territorio que a inicios de julio fue aprobado por unanimidad por la Yemaa. Este instrumento jurídico, unido a la aparición de una serie de instituciones y las previsiones de un plazo para la celebración de un referéndum de autodeterminación como paso previo a la independencia fue, en puridad, lo más cerca que los saharauis estarían nunca de esta última. La posibilidad se vería cruentamente truncada por una nueva agresión marroquí.

La ofensiva marroquí (I): del FLU a los atentados terroristas

Los primeros años del reinado de Hassán II[180] no fueron ciertamente fáciles. De hecho, se vieron salpicados por un rosario de conspiraciones encaminadas a destronarlo. El 10 de julio de 1971, con ocasión de su cuarenta y dos cumpleaños, su palacio fue asaltado por mil cuatrocientos cadetes de la academia militar de Ahermumu. Hasán II se salvó ocultándose en los lavabos, pero murieron un centenar de invitados, entre los que se hallaban varios ministros. La represión posterior, dirigida por el general Ufkir, fue verdaderamente feroz pero no aseguró la estabilidad del trono. El 16 de agosto de 1972, mientras volaba de regreso a Rabat tras unas vacaciones, el avión regio fue ametrallado por seis F-5 del ejército marroquí que habían despegado de la base estadounidense de Kenitra. Nuevamente Hassán II logró escapar de la muerte y desencadenó una nueva oleada represiva que, en esta ocasión, se llevó por delante al general Ufkir como uno de los implicados. La familia de Ufkir sería sometida a partir de entonces a un régimen de encarcelamiento verdaderamente pavoroso[181] como forma de escarmiento público.

A esas alturas, Hassán II sabía sobradamente que su situación política era inestable y, sobre todo, que ni el ejército ni Estados Unidos eran baluartes totalmente seguros de su régimen. Mientras enviaba a la elite de sus fuerzas armadas a combatir al lado de Siria y Egipto contra Israel en la guerra del Yom Kippur de 1973, el monarca estrechó aún más los lazos de amistad con Francia y planeó un nuevo ataque contra España que asentara su permanencia en el poder. En paralelo, dictó una serie de medidas totalmente lesivas para los intereses españoles a las que nos referiremos en un capítulo posterior.

A inicios de 1974, Siria, Egipto e Israel llegaron a un alto el fuego que permitió la repatriación de las tropas marroquíes. Inmediatamente, Hassán II procedió a situar unidades militares en la zona de Tarfaya, fronteriza con el Sáhara. En paralelo, enarboló ante el pueblo el lema de la unidad nacional —más que dudosa si se tiene en cuenta que el Sáhara nunca había pertenecido a Marruecos — y pactó con la oposición, incluida la izquierda, la formación de un gobierno de coalición en la primavera de 1974, así como elecciones y un nuevo parlamento para octubre de 1975. Con las fuerzas armadas, la calle y los partidos a sus pies, Hassán II podía iniciar una nueva agresión contra España.

Durante 1974 las fuerzas marroquíes desplazadas en Tarfaya —a las que la población civil llegaría a temer por su descarnada brutalidad— no obstaculizaron las operaciones del Polisario en la convicción de que sólo podían dañar a España, e incluso intentaron comprar a sus guerrilleros. La estrategia del soborno, sin embargo, dio escaso resultado y Marruecos optó por recurrir a una vieja táctica, la creación de un nuevo ejército, supuestamente de liberación, pero en realidad, dependiente

de Rabat. En el caso del Sáhara, los precedentes eran, sin duda, numerosos. Al ELN de finales de los años cincuenta le había seguido en junio de 1972 el Rabat al-Morehob o Movimiento de Resistencia de los Hombres Azules, que nunca pasó de tener un miembro, antiguo policía marroquí por más señas. Ahora la misión recayó en el coronel Ahmed Dlimi, un sádico que había eliminado a Ben Barka en París enviando su cadáver troceado en un barril de ácido a Marruecos, que se había deshecho de Ufkir y que disfrutaba torturando personalmente a miembros de la oposición. Dlimi podía anunciar a finales de febrero de 1975 la formación del Frente de Liberación y Unidad del Sáhara (FLU). A esas alturas, distintos agentes marroquíes llevaban meses realizando atentados terroristas en el Sáhara español.

La historia del terrorismo marroquí en el Sáhara no es menos sucia y repugnante que la de todos los terrorismos. Entrenados minuciosamente por oficiales marroquíes, los terroristas causaron la muerte de civiles, incluyendo a niños, atentaron contra periodistas enemigos de la anexión del Sáhara por Marruecos y recibieron recompensas y honores del gobernador marroquí de Tantán y del propio coronel Dlimi.[182] En paralelo, y mientras la censura franquista imponía un silencio absoluto sobre lo que acontecía en el Sáhara, los marroquíes aterrorizaban a las familias saharauis de Tarfaya para doblegar a los parientes que vivían en el territorio español.

El 15 de abril de 1975, el ejército marroquí llegó incluso a cruzar la frontera con la intención de atacar el acuartelamiento español de Mahbes. El ataque fracasaría —al igual que otro con similar objetivo el 7 de junio— porque los saharauis encuadrados en el ejército marroquí no estaban convencidos de la necesidad de atacar a sus compatriotas en beneficio de Hassán II.

A estos elementos, el rey de Marruecos sumaría otros dos que tendrían una enorme importancia. El primero fue una ofensiva diplomática que junto al apoyo de las dictaduras del Tercer Mundo buscaba la colaboración o, al menos, la aquiescencia de Estados Unidos; el segundo, la enorme debilidad de un régimen, el franquista, que ya agonizaba. Finalmente, todos los factores acabarían cristalizando en lo que se conoció como la Marcha Verde.

La ofensiva marroquí (II): la Marcha Verde

En 1974, mientras el Sáhara era escenario de ataques terroristas marroquíes, la situación del régimen de Franco era todo menos envidiable. Asesinado Carrero Blanco por ETA a finales de 1973, con Franco enfermo y con un panorama sucesorio cuando menos nebuloso, no eran pocos los que consideraban que lo mejor era abandonar el Sáhara a su suerte. En términos objetivos, las razones de la permanencia de España eran fundamentalmente morales, en el sentido de que garantizaba la transmisión de la soberanía a la población autóctona porque, económicamente, la todavía provincia resultaba ruinosa. En 1974 los presupuestos para el territorio eran de 2.374.837 pesetas sin incluir los gastos militares ni los de las empresas paraestatales que constituían el grueso del dinero que se llevaba el Sáhara. El gasto por habitante casi cuadruplicaba al de España y sin producir a cambio beneficio alguno. No puede extrañar, por lo tanto, que más allá de juicios morales inevitables; tan sólo Franco, que había aprendido de amargas experiencias anteriores, hubiera expresado su voluntad de ir a una guerra contra Marruecos si era necesario[183] y que el resto de la administración pensara más bien en cómo salir cuanto antes del territorio. Que había otras alternativas —por ejemplo, la solicitud a la ONU de que enviara a los cascos azules para la celebración de un referéndum de autodeterminación— no puede discutirse, pero en aquellos momentos Marruecos había logrado ya crear un grupo de presión en España que era favorable a sus tesis y en el que estaban incluidos poderosos altos cargos.

Por otro lado, la situación internacional no podía ser más contraria a España. Las dictaduras islámicas, aliadas naturales de un Marruecos que invocaba constantemente a Allah y el Corán; el bloque comunista, partidario de debilitar cualquier eslabón de la defensa occidental; las naciones del Tercer Mundo, anti-occidentales por definición; y Francia, ansiosa de realizar pingües negocios con

Hassán II, se manifestaban favorables al expansionismo marroquí aunque lo disfrazaran con referencias a las resoluciones de la ONU. Quedaban Estados Unidos y la OTAN, pero a esta organización no pertenecía España y los primeros tenían dudas, más que fundadas a la sazón, no sólo sobre la evolución política de España en los meses siguientes, sino también sobre la coloración política del Polisario, demasiado identificado con dictaduras islámico-socialistas como las de Argelia o Siria.

El 8 de julio, Hassán II pronunciaba un discurso en el que instaba a España a entregar el Sáhara ya que, de lo contrario, procedería a la «movilización general [...] para la recuperación de los territorios usurpados». Al día siguiente, el mismo en el que Franco era hospitalizado a causa de una tromboflebitis, el embajador marroquí en España entregaba una carta destinada al general y redactada en términos claramente agresivos. El 18 de julio, el príncipe presidió la recepción celebrada en los jardines de La Granja. Para la ocasión había preparado el escritor Antonio Gala un espectáculo de luz y sonido titulado *Anónimo de La Granja*.[184] Al día siguiente se produjo el traspaso de poderes al príncipe Juan Carlos dada la gravedad del estado médico de Franco. Sin embargo, esta vez el general sobrevivió, y el 26 no sólo recibió visitas de ministros, sino que respondió al sultán de Marruecos invocando la doctrina de la ONU sobre la descolonización. A Franco no se le ocultaba que sus días estaban contados pero, tal y como confesó a sus colaboradores, decidió volver a asumir la jefatura del Estado porque no deseaba que el príncipe se enfrentara solo con el problema del Sáhara.[185]

Resultaba obvio a esas alturas que Hassán II —que había proclamado el año 1974 como el de «la liberación del Sáhara»— no deseaba bajo ningún concepto que la ONU, tal y como pretendía España, se ocupara del asunto. Para compensar el apoyo que algunas de las dictaduras árabes estaban brindando al Polisario, Hassán II aceptó el que le ofrecía la OLP.[186] El terrorista palestino Yasir Arafat no tardaría en anunciar ante la Liga Árabe que ponía sus fuerzas y su experiencia militar al servicio del sultán de Marruecos. Sin embargo, no parece que nada de aquello impresionara a Franco. El 17 de agosto llegaba al Pazo de Meirás para iniciar su convalecencia y, cinco días más tarde, el gobierno español anunciaba que, de acuerdo con la resolución de la ONU del 14 de diciembre, tenía intención de celebrar un referéndum para la independencia del Sáhara en el primer semestre de 1975. Se trataba ciertamente de un notable obstáculo para el imperialismo de Marruecos, y más cuando Hassán II era consciente de que un referéndum, celebrado sobre la base de un censo elaborado por España en aquellos meses, concluiría con una clamorosa derrota marroquí.

El adversario más tenaz de las tesis marroquíes era, sin duda alguna, Franco. En marzo de 1975, en el curso de una audiencia privada, afirmaba: «Los marroquíes han sido nuestros enemigos tradicionales, y seguirán siéndolo. Debemos entendernos con Argelia.» El 12 de junio se entrevistó en El Pardo con Kurt Waldheim, el secretario general de la ONU. Físicamente, Franco era una sombra de sí mismo, pero siguió insistiendo en la necesidad de celebrar un referéndum. Waldheim diría después que «a pesar de la enfermedad», lo había visto «alerta e informado».

La contra-actividad de Marruecos no era, desde luego, escasa. Mientras Ceuta y Melilla se convertían en dos plazas sitiadas que se veían obligadas a importar sus víveres de la Península[187] y algunos políticos, como Laureano López Rodó, barruntaban la entrega del Sáhara a Marrueco[188], Hassán II llevaba a cabo una nueva ofensiva diplomática. El 3 de enero de 1975 reclamó la inclusión de Ceuta y Melilla entre los territorios no autónomos —y susceptibles por lo tanto de un referéndum de autodeterminación—, y el 28 de abril anunció que si seguían adelante los proyectos españoles de referéndum para la independencia, marcharía al frente de su pueblo sobre El Aaiún. Sin embargo, dijera lo que dijera el sultán, la misión enviada por la ONU al Sáhara comprobó que la inmensa mayoría de la población era partidaria de la independencia y contraria a la anexión por Marruecos, una circunstancia a la que se sumaron las declaraciones del gobierno español en el sentido de que deseaba llevar a cabo la transmisión de poderes a una comisión de las Naciones Unidas que se hiciera

cargo provisionalmente del territorio.

Una vez más, Hassán II dio muestras de una tenacidad impresionante. El 17 de septiembre, en una de sus espectaculares puestas en escena, anunció en el curso de una rueda de prensa su propósito de acudir al Tribunal Internacional de Justicia de La Haya. Según declaró, si el Sáhara era considerado *terra nullius* aceptaría la celebración del referéndum, pero si se reconocían los derechos de Marruecos solicitaría de la ONU que recomendara la celebración de conversaciones entre Madrid y Rabat para la transferencia de soberanía.

El 8 de octubre, a las 12 de la noche, el general José Ramón Gavilán, segundo jefe de la Casa Militar del jefe del Estado, se entrevistaba en Rabat con Hassán II. Se trató de un encuentro secreto en el que el militar español llevaba una carta de Franco y tenía como misión averiguar las intenciones del sultán. Hassán II insistió en que no habría guerra, pero también señaló que no estaba dispuesto a consentir la independencia del Sáhara y que no iba a reclamar Ceuta y Melilla mientras España no recuperara Gibraltar.[189] Cuatro días después Franco presidía los actos de la Hispanidad. No resultaba difícil descubrir que su salud era precaria. De hecho, le fallaba el corazón.

El 15 de octubre, Hassán II se entrevistaba en Rabat con Henry Kissinger, el secretario de estado estadounidense. El monarca se presentó como una garantía de estabilidad en una zona en la que también se hallaban la Argelia socialista y la indefinida Mauritania. Al parecer, Kissinger aceptó servir de mediador entre Marruecos y España en el deseo de evitar una desestabilización en este último país. Hassán II había logrado aprovechar al máximo la coyuntura internacional y pasó a reivindicar como territorios marroquíes Ceuta, Melilla, los peñones de Alhucemas y Vélez de la Gomera y las islas Chafarinas. Sin embargo, en apenas unas horas, las pretensiones marroquíes iban a ser objeto de un fuerte revés.

El 16 de octubre de 1975, el Tribunal Internacional de La Haya hizo público un dictamen en que establecía que no existía «ningún lazo de soberanía territorial entre el territorio del Sáhara Occidental y el reino de Marruecos o el complejo mauritano». Precisamente por ello, consideraba que debía celebrarse el referéndum propugnado por España. La resolución, verdaderamente impecable, iba directamente en contra de las ambiciones de Hassán II. Sin embargo, el rey de Marruecos no pensaba darse por vencido. Apenas unas horas después de conocerse la decisión del tribunal, anunció que trescientos cincuenta mil civiles marroquíes[190], protegidos por el ejército, iban a dirigirse contra la frontera norte del Sáhara. Al cabo de unos días, el mismo rey la encabezaría. Para fundamentar la marcha, que definió como pacífica, se refirió expresamente al derecho islámico.

Aplicaba así una norma de conducta que tenía una historia de más de un milenio a sus espaldas, la de que fueran cuales fueran las normas del derecho internacional, el derecho islámico legitima su quebrantamiento.

El 17 de octubre se celebró en El Pardo un consejo de ministros al que asistió Franco conectado a unos monitores situados en la habitación contigua. Fue precisamente al informar el ministró Carro sobre el Sáhara cuando las constantes del general se alteraron gravemente y, presa de un fuerte dolor en el pecho, se vio obligado a abandonar la reunión.[191] Lo que se produjo entonces fue un durísimo enfrentamiento entre los partidarios de ceder ante Marruecos y los que defendían que había que contener la agresión marroquí recurriendo si era preciso al ejército. Finalmente, se impusieron los primeros.

Arias Navarro llamó inmediatamente a José Solís para que viajara a Marruecos y solicitara la detención de la Marcha Verde —una claudicación más ante Hassán II, ya que Solís era hombre de las simpatías del rey de Marruecos, a diferencia de Pedro Cortina, el ministro de Asuntos Exteriores— e incluso administraba negocios de la casa real marroquí en España.[192] Por si fuera poco, Arias ordenó la salida de las tropas españolas de Marruecos para el 10 de noviembre de 1975.

La visita de Solís fue aprovechada por Hassán II con su habitual astucia. No sólo difundió las imágenes de la llegada del español a Marruecos, sino que además insistió en que no podía parar la Marcha Verde y en que España debía retirarse poco a poco para facilitar la entrada en el Sáhara de elementos marroquíes. La evolución de la salud de Franco difícilmente habría podido resultarle más favorable. El 21 de octubre retornó la flebitis con peligro de embolia pulmonar y el gobierno aceptó la publicación de un parte médico en que se hablaba de «insuficiencia cardíaca». El 22, Franco logró todavía levantarse y vestirse, pero se trató de una pausa transitoria en medio del final. El 23 era obvio que Franco ya no podría seguir desempeñando sus funciones. Cinco días después, Franco, plenamente lúcido pero con un cuerpo casi agonizante, entregó a su hija Carmen su testamento para que se lo hiciera llegar a Arias «cuando yo falte».

El 30 de octubre, mientras Juan Carlos volvía a asumir la jefatura del Estado en funciones, soldados marroquíes invadieron el norte del Sáhara. A las fuerzas españolas se les dio orden de no contenerlos y de limitarse a minar los alrededores de El Aaiún. Resultaba tan obvio lo que iba a suceder que buen número de los mandos militares era partidario de machacar a los invasores y avanzar después hasta Rabat. Habían realizado una precisa planificación militar que les daba por ganadores en la guerra contra Marruecos. Sin embargo, el gobierno español, que temía una guerra santa proclamada no sólo por Hassán II, sino también por el dictador libio Gadaffi, ordenó el mantenimiento de la disciplina. Así fue efectivamente porque el general Gómez de Salazar se hallaba al mando. Con todo, los militares españoles procuraron pasar información al Polisario en vista de la guerra que se avecinaba. El 2 de noviembre, cumpleaños de doña Sofía, Juan Carlos aterrizó en El Aaiún para explicar a los mandos la posición del gobierno. Esa misma jornada, el jefe de la Yemaa partía hacia Marruecos para rendir pleitesía a Hassán II en Agadir. En España, Franco era sometido a una intervención quirúrgica que, como era de esperar, no salvó su situación. Sería nuevamente operado los días 7, 14 y 18, lo que prolongó una agonía terrible. Así, su extinción como ser humano resultó, por una paradoja de la Historia, paralela a la del dominio español en el Sáhara, un dominio que no estaba en condiciones de conservar.

El 3 de noviembre, los trescientos cincuenta mil participantes de la Marcha Verde se encontraban en Tarfaya. Durante casi dos semanas habían sido llevados en tren hasta Marrakech, desde donde habían partido hacia Tarfaya en siete mil ochocientos trece camiones. Hassán II podría jurar que le era imposible contener a la turba, pero la realidad es que ésta no habría podido dar un paso sin sus órdenes expresas y su apoyo logístico. De hecho, ese mismo día, el primer ministro marroquí, Ahmed Osman, aseguraría al príncipe, a Arias, a Cortina y a Solís, que la Marcha Verde penetraría tan sólo 10 kilómetros hasta la cercanía de la zona minada. Una vez allí, los marroquíes se detendrían por espacio de cuarenta y ocho horas y luego se retirarían. Acto seguido, se celebrarían conversaciones y España realizaría la transferencia de dominio.

El 6 de noviembre, la Marcha Verde —cuyos miembros enarbolaban banderas marroquíes, retratos de Hassán II y ejemplares del Corán— invadió el Sahara. Entre los civiles circulaban columnas militares armadas con blindados y autoametralladoras. Como ya vimos, el rey marroquí había pactado con Madrid que sus súbditos se internarían tan sólo 10 kilómetros en el territorio y luego se replegarían. Hassán II, como era de esperar, no hizo honor a la palabra dada. Por el contrario, ordenó que la Marcha siguiera, advirtiendo de que podían producirse choques bélicos. Al día siguiente, por si quedaba duda alguna de su verdadero talante, otros cien mil marroquíes cruzaban la frontera hacia el este.

El 7 de noviembre, Marruecos dio un nuevo giro de tuerca a la situación. Esa misma mañana los médicos comunicaron a Arias que Franco se encontraba muy grave y que resultaba imperioso operarle a la mayor brevedad. Apenas había recibido la noticia, Arias mantuvo una audiencia con el embajador marroquí en Madrid, Abdelatif Filali, que le comunicó que era voluntad de Hassán II que

si los españoles deseaban seguir las conversaciones sobre el Sáhara se desplazaran a Marruecos. Al día siguiente, partió efectivamente a Rabat Antonio Carro, ministro de la Presidencia. Los encuentros que mantendría durante los días siguientes con varios ministros marroquíes y con el propio monarca se desarrollaron en un clima hostil en el que llegó a temer que las verdaderas intenciones de sus interlocutores fueran ir a la guerra. Hassán II, en una muestra de despotismo islámico, dejó bien claro que sin la entrega del Sáhara no disolvería la Marcha Verde. Había calculado que con treinta mil muertos la opinión internacional se inclinaría hacia sus posiciones y estaba dispuesto a alcanzar esa cifra. Finalmente, el gobierno español cedió.

Como era de esperar, el secretario general de la ONU, Kurt Waldheim , quedó espantado ante la posibilidad de una invasión del territorio por Marruecos, una vez que España se hubiera retirado. Precisamente por ello propuso que las Naciones Unidas se hicieran cargo del territorio para conducirlo hasta la autodeterminación. Para llevar a cabo esa misión tan sólo pedía de España que le dejara un contingenté de diez mil legionarios que serían colocados bajo pabellón de la ONU. Sin embargo, el gobierno de Arias Navarro ya había decidido capitular ante las presiones de Hassán II.

Entre el 12 y el 14 de noviembre —el día en que Franco volvió a sufrir otra crisis aguda— se negociaron los denominados Acuerdos de Madrid. Sustancialmente, en ellos España se comprometía a ceder el Sáhara y además vendía a Marruecos el 65 por ciento de las acciones de la compañía que explotaba los fosfatos de Fos Bucrá por 5.850 millones de pesetas, que se pagarían en cuatro plazos anuales sin interés. Por su parte, Marruecos se comprometía a reconocer a favor de España «los derechos de pesca en las aguas del Sáhara a favor de ochocientos barcos españoles por una duración de veinte años», y concedía derechos en su costa atlántica al norte del paralelo 27° 40’ a seiscientos barcos españoles y a otros doscientos en su costa mediterránea. Una vez más, como había sucedido en Ifni y en acuerdos anteriores, Marruecos no cumpliría su parte de los compromisos.[193] España había sido estafada una vez más. También lo fueron Kurt Waldheim y Jaime de Piniés, el representante de España ante la ONU que, hasta el último momento, hizo todo lo que estuvo en sus manos para que se respetara la legalidad internacional. No lo fueron menos los militares españoles que había en el Sáhara —que de buena gana habrían propinado una lección a los invasores marroquíes— y, especialmente, el pueblo saharaui.

A finales de octubre de 1975, las tropas españolas recibieron órdenes de retirarse de los puestos del interior del Sáhara para dejar camino a las fuerzas de Marruecos en el norte y de Mauritania en el sur. La entrada del ejército marroquí en el Sáhara revistió auténtico carácter de genocidio. El coronel Dlimi había anunciado que le bastarían tres meses para acabar con la resistencia saharaui y estaba dispuesto a utilizar todos los medios para cumplir su promesa.

Mientras se enfrentaban con los mal armados saharauis del Polisario , las fuerzas de Hassán II machacaron literalmente a cerca de cuarenta mil civiles —en su mayoría ancianos, mujeres y niños— con napalm y fósforo blanco. A ello se sumaron los saqueos, las violaciones de las saharauis ante sus familiares, las torturas… Si semejante conducta hubiera sido realizada por un país occidental los teletipos y las pantallas de televisión se habrían visto saturadas con las atrocidades de los invasores. Sin embargo, esta vez el agresor era islámico y tercermundista, contaba con poderosos grupos de presión en países occidentales y con el respaldo de otras dictaduras no menos atroces. Las noticias sobre sus violaciones sistemáticas y reiteradas de los derechos humanos se vieron pues sometidas a sordina.

Lo que vendría con Marruecos lo ha dejado expresado con notable claridad el historiador mauritano Ahmed Baba Miské: «Ante la brutalidad de la ocupación y la represión marroquíes iban pronto a echar de menos la administración y el ejército de Franco. Lo que era una excepción y una forma de intimidación con estos, se convirtió con aquélla en práctica corriente de un método de gobierno, exacciones, pillaje y ejecuciones sumarias.»[194]

Posiblemente, las únicas manifestaciones de decencia en medio de tanta conducta vergonzosa se dieron en aquellos días entre los miembros de las fuerzas armadas españolas en el Sáhara. Reiteradamente se negaron a dar la mano a los oficiales marroquíes que ocupaban los puestos que abandonaban, rehusaron brindar con ellos a la salud de Hassán II, removieron cielo y tierra para evitar que se torturara a los saharauis, les proporcionaron medios para resistir a los agresores y en algunos casos incluso llegaron a desertar para unirse a la lucha contra los invasores. De hecho, faltó poco para que el cuartel general del ejército marroquí en el Sáhara fuera volado por soldados españoles.

A las 11 de la mañana del 28 de febrero de 1976 se arrió la última bandera española en el Sáhara. Tan sólo unas horas antes, los saharauis habían proclamado la República Árabe Saharaui Democrática (RASD). Esa misma noche, los últimos españoles subieron a un avión que les llevaría de El Aaiún a Las Palmas. En el fuselaje del avión habían pintado con grandes letras «¡Viva el Frente Polisario!» A veintisiete años de distancia en los que los saharauis no han dejado de luchar encarnizadamente contra el invasor marroquí, España es la única potencia que mantiene la necesidad de celebrar un cada vez más hipotético referéndum de autodeterminación. Durante todo este tiempo, también ha sido, como el Sáhara, objeto de incontables agresiones de un enemigo islámico reivindicativo.

Capítulo VII

LA AGRESIÓN MARROQUÍ (III): DE CANARIAS A PEREJIL PASANDO POR CEUTA Y MELILLA

La estrategia de la «tensión controlada»

Los episodios descritos en los capítulos anteriores muestran sobradamente hasta qué punta desde el acceso a la independencia Marruecos se ha mostrado no sólo como una nación enemiga de España, sino además peligrosa e insistentemente reivindicativa. El proceso de independencia no significó el final de los posibles contenciosos entre España y esta nación islámica sino, por el contrario, el inicio de una cadena de agresiones que han venido incluyendo no sólo territorios teóricamente relacionados con Marruecos, sino también otros sobre los que nunca ejerció soberanía alguna. En otras palabras, bajo una supuesta reivindicación anticolonial se ha ocultado lo que es simplemente un proyecto imperialista cuya principal víctima es España. Si en las páginas anteriores hemos tenido ocasión de ver cómo esa agresividad ha obtenido éxitos continuos en Ifni y el Sáhara, en las siguientes nos detendremos en el desarrollo de esa política de agresión durante las tres últimas décadas en relación con aspectos como Ceuta, Melilla, las Canarias o la pesca.

El año de 1972 fue un verdadero hito en la historia de las relaciones contemporáneas entre España y Marruecos. En ese año, Hassán II promulgó tres decretos que afectaron de la manera más directa los intereses españoles. Los dos primeros fueron referidos a la marroquinización de tierras y actividades profesionales, comerciales e industriales, y el tercero fue la denuncia unilateral el 31 de marzo de 1972 del tratado por el que, a cambio del abandono de Ifni, España obtenía algunas concesiones pesqueras. Por si semejante paso —sin justificación alguna— no resultara suficiente, el 2 de marzo de 1973 Marruecos promulgó el *dahir* en virtud del cual ampliaba las aguas jurisdiccionales marroquíes de doce a setenta millas.[195]

Los dos primeros actos —que recordaban desagradablemente las medidas nazis de arianización dirigidas contra los judíos— constituían una burla hacia derechos humanos fundamentales como los de propiedad, trabajo o igualdad ante la ley. Con todo, debe reconocerse que implicaban un regreso

coherente a las condiciones de discriminación de los no musulmanes propia de la cultura islámica desde Mahoma. Quedaba así de manifiesto —y no pueden negarse los numerosos precedentes de este comportamiento— que Marruecos no estaba dispuesto a regirse de acuerdo con los principios del derecho internacional, sino en armonía con una ley, la islámica, que le situaba en una posición desde la que era legítimo atacar y privar de sus derechos a un adversario no islámico. Esa circunstancia se veía además acentuada en el reino de Marruecos por el hecho de que la dinastía reinante mantiene pretensiones de parentesco con Mahoma.

No menos grave que el proceso de marroquinización fue la ampliación de las aguas jurisdiccionales. Difícilmente habría podido ser más lesivo para España que Marruecos se atribuyera sin título alguno la posesión de unas aguas en las que comenzó a apresar y a despojar a los pesqueros españoles que llevaban faenando en ellas desde hacía siglos. En teoría, España podría haber aceptado una confrontación militar que forzara a Marruecos a plegarse al derecho internacional. En la práctica, semejante posibilidad estaba fuera de consideración y, de hecho, explica la escalada de agresiones marroquíes contra los intereses —no sólo pesqueros— de España que en 1975 tuvieron una culminación, que no una conclusión, con la Marcha Verde sobre el Sáhara.

De hecho, el último año del gobierno de Franco no fue sólo el de la invasión del Sahara por Hassán II. En febrero de aquel mismo año Marruecos planteó ante el Comité de Descolonización de la ONU la situación de Ceuta y Melilla, islas Chafarinas, Vélez de la Gomera y Alhucemas insistiendo en que se trataba de colonias dominadas ilegítimamente por España, que no sólo debían ser descolonizadas sino también entregadas a la monarquía marroquí.

Durante los años setenta y ochenta la marina marroquí no dejó de detener pesqueros españoles a los que, como mínimo, se privaba de la carga y se sometía a cuantiosas multas, siendo también habitual que se encarcelara a los tripulantes. En abril de 1983, de nuevo de manera absolutamente arbitraria, Marruecos extendió la «zona de seguridad» a 222 millas en las costas del Sáhara. En enero de 1987, Hassán II propuso la creación de una «célula de reflexión hispano-marroquí sobre el futuro de Ceuta y Melilla». Como suele ser habitual en las mentalidades dictatoriales, la reflexión sólo podía ir en una dirección, la propia. La denominada célula de reflexión no implicaba, por lo tanto, la posibilidad de que Marruecos reconociera la innegable españolidad de ambas ciudades sino, por el contrario, el estudio de la manera en que España debía retirarse de ellas para entregárselas al sultán marroquí.

Ni siquiera la integración de España en la CEE la colocó a salvo de las apetencias marroquíes. Prueba de ello es que el tratado pesquero firmado el 1 de mayo de 1992 entre la CEE y Marruecos no puso fin ni a las tensiones relacionadas con la pesca —¡en zonas que Marruecos controlaba bien discutiblemente!— ni a las reivindicaciones sobre Ceuta y Melilla. Los años noventa fueron al respecto testigos de una cadena de presiones marroquíes sobre los intereses españoles sin tener en cuenta la legalidad internacional o los acuerdos firmados y atendiendo únicamente a la situación de debilidad del adversario.

Así, durante los meses de marzo y abril de 1994, Hassán II se refirió repetidas veces a Ceuta y Melilla como territorios que debían ser recuperados. En julio del mismo año, las relaciones entre España y Marruecos entraban en una situación de especial crisis tras visitar Rabat Javier Solana, el ministro socialista de Asuntos Exteriores. Solana había recordado en esa ocasión —bastante lógicamente— que existía un mandato constitucional para aprobar estatutos de autonomía en Ceuta y Melilla, y la respuesta marroquí consistió en interrumpir las relaciones diplomáticas. Se trataba tan sólo del inicio. Cuando en septiembre se aprobaron los estatutos de autonomía de las dos ciudades españolas, Marruecos desencadenó una ofensiva diplomática cuyo punto culminante fue la solicitud presentada ante la Asamblea General de la ONU para que España realizara la «devolución» al reino alauita de ambas ciudades. Como era de esperar, Marruecos contaba con el apoyo del mundo

islámico y de no pocas de las dictaduras de otro signo.

Marruecos no consiguió su objetivo, obviamente, pero semejante resultado no lo redujo a la pasividad. En abril de 1995 Hassán II rompió el acuerdo pesquero suscrito con la CEE un año antes de que llegara a la fecha de expiración. Una vez más, el derecho internacional carecía de valor para Marruecos si con ello lograba ocasionar un daño al adversario al que deseaba doblegar. De momento, España —la nación más perjudicada por el atropello unilateral de Marruecos— se vio enfrentada con unas indeseables consecuencias socioeconómicas. Para cualquier entendedor el mensaje no podía resultar más obvio.

Desde abril de 1995 hasta el 13 de noviembre del mismo año, las acciones diplomáticas encaminadas a solucionar un problema creado única y exclusivamente por la ambición expansionista de Hassán II fueron incansables y numerosísimas. En la última fecha citada se renovó el acuerdo hasta 1999, si bien Marruecos advirtió de que sería el último. Si, efectivamente, era o no ésa la intención de Hassán II, en 1995 resulta difícil de saber. Sin embargo, no puede caber duda de que cuando llegó el plazo del final Marruecos ya estaba decidido a no utilizarlo sino como instrumento de presión. El 30 de noviembre de 1999 venció el acuerdo. Durante más de un año se mantuvieron conversaciones para su renovación. Concluyeron —y no debería sorprender— en un rotundo fracaso. Así, en apenas unos años, Marruecos no sólo se había apoderado de unas aguas pesqueras a las que no tenía derecho alguno sino que además había logrado expulsar de ellas a las naciones que faenaban históricamente en las mismas —especialmente España— sin ningún tipo de compensaciones.

A la muerte de Hassán II, un sultán extraordinariamente despiadado que no sólo sometía a su pueblo a una feroz represión sino que estaba perpetrando desde hacía décadas un verdadero genocidio en el Sáhara, Marruecos podía sentirse plenamente satisfecho. Ciertamente, la situación económica y social no era buena —y era difícil esperar otra cosa teniendo en cuenta las coordenadas vitales del país que eran netamente islámicas—, pero desde hacía casi medio siglo no había dejado de asestar un golpe tras otro a España. De manera indubitable la había privado de Ifni, el Sáhara y las aguas pesqueras. El hijo de Hassán II no tardaría en mostrarse digno heredero de su padre.

Mohammed VI, el sultán de las esperanzas defraudadas

Suele ser habitual en buena parte de los medios de comunicación que cada vez que se produce la muerte de un dictador, coronado o no, la toma del poder por su sucesor sea saludada con esperanzas de cambios democráticos. Suele ser también habitual que semejantes declaraciones —cargadas de buenas intenciones— se vean desmentidas en breve tiempo por una realidad ingrata. No sucedería otra cosa con Mohamed VI de Marruecos. Su advenimiento al trono fue recibido con simpatía —incluso con entusiasmo— por buena parte de los medios de comunicación y políticos en España. De su juventud se esperaba el paso de una monarquía teocrática a otra de corte constitucional y, de manera muy especial, el final de una política agresiva frente a España. Los que así se manifestaban pasaban por alto que, por definición, una monarquía que se declara emparentada con Mahoma no puede abandonar los principios despóticos del gobierno islámico para sustituirlos por otros democráticos, y esto simplemente porque si así obrara estaría traicionando su propia esencia. El paso del tiempo ha demostrado efectivamente que Marruecos no ha iniciado una transición hacia formas democráticas. También ha dejado de manifiesto que la agresividad hacia España no se ha detenido. Por el contrario, ha incluido nuevas y peligrosas manifestaciones.

Así, cuando el 20 de septiembre de 2000 el nuevo sultán visitó España, ninguno de los grandes problemas pendientes procedentes de Marruecos —pesca, tráfico de drogas e inmigración ilegal— quedó solucionado. Por el contrario, quedaron de manifiesto con más claridad si cabía situaciones que podían beneficiar a Marruecos —en especial a su clase política— pero que sólo perjudicaban a España. No podía ser de otra manera si se tiene en cuenta el hecho de que dos grandes negocios marroquíes —las mafias de la inmigración ilegal y el tráfico de drogas— tienen como destino

principal el territorio español. Que con este telón de fondo 2001 resultara un año especialmente tenso era, por lo tanto, de esperar.

El 25 de abril del citado año, la UE se vio obligada a desestimar las condiciones exigidas por Marruecos para renovar el acuerdo de pesca. El resultado —que perjudicaba a España particularmente— no podía sorprender a cualquiera que conociera la estrategia de «tensión calculada» seguida por la monarquía alauita en sus relaciones con España. Sin embargo, en esta ocasión la reacción del gobierno español, presidido por José María Aznar, fue contundente, exigiendo de la UE que adoptara medidas contrarias a Marruecos.

El 25 de julio, tras seis meses de negociaciones, España y Marruecos firmaron un convenio que pretendía regular la corriente migratoria que el segundo país canalizaba hacia el primero. A esas alturas, España tenía que hacer frente a la entrada de centenares de miles de inmigrantes marroquíes que, a pesar de su ilegalidad, podían beneficiarse de la sanidad y la educación gratuitas gracias a una legislación notablemente generosa como la española.

Con toda seguridad, el gobierno español aspiraba mediante este acuerdo si no a detener sí, al menos, a mermar el número de inmigrantes ilegales que, procedentes de las costas de Marruecos, llegaban hasta España. No tardaría en comprobar que, siguiendo un secular patrón de conducta, para Marruecos una cosa es lo acordado internacionalmente y otra —no pocas veces muy distinta— lo que está dispuesto a hacer. El 22 de agosto, antes de que se cumpliera un mes de la firma del acuerdo, España ofrecía ayuda técnica y legal a las autoridades marroquíes para frenar la afluencia de pateras. Por supuesto, el rey de Marruecos se manifestó ofendido por el ofrecimiento español —que, en puridad, debería haber aceptado— y durante el mes de septiembre se produjo un intercambio de acusaciones entre el sultán y el ministerio español de Asuntos Exteriores. Para España, resultaba obvio que no sólo las autoridades marroquíes no estaban cumpliendo con su deber intentando controlar a las mafias de la inmigración ilegal y del tráfico de drogas, sino que en repetidas ocasiones actuaban en connivencia con ellas formando parte sustancial y esencial de su organigrama. La respuesta marroquí, una vez más, fue negar lo evidente y adoptar una posición de dignidad injustamente herida.

Las discrepancias no eran escasas a la sazón, y durante el mes de octubre Marruecos optó por aumentar la «tensión calculada». Entre los días 19 y 22 doscientos municipios andaluces celebraron distintos referendos en favor de la independencia del Sáhara. Los mencionados actos carecían de valor legal e institucional y, muy posiblemente, tan sólo querían poner de manifiesto, de manera un tanto ingenua por otra parte, la repulsa ciudadana hacia la ocupación marroquí del Sáhara. No cabe tampoco descartar que en ellos se mostrara también el rechazo de algunas poblaciones andaluzas hacia los inmigrantes marroquíes, cuya presencia, con todos los problemas aparejados, sufren con mayor cercanía que otros enclaves españoles.

Que la ocupación del Sáhara por Marruecos es una de las peores y más cruentas arbitrariedades que ha contemplado la política internacional en el último cuarto de siglo no presenta duda alguna. Tampoco puede discutirse que el sultán no estaba dispuesto a tolerar ninguna censura al respecto, y menos de una nación a la que su padre había humillado en varias ocasiones y que ahora se permitía quejarse de la manera en que Marruecos apoyaba incluso mediante miembros de sus instituciones la inmigración ilegal y el tráfico de drogas. El día 27, el embajador marroquí en Madrid, Abdesalam Al Baraka, fue llamado a consultas por «ciertas actitudes y posiciones españolas que conciernen a Marruecos». Cuatro días después, Marruecos anunciaba la cancelación de la Cumbre al más alto nivel (RAN) que, supuestamente, debía celebrar con España en diciembre.

Como en otras ocasiones anteriores, las acciones de Marruecos —injustificadas desde la perspectiva del derecho internacional pero totalmente comprensibles desde la de una monarquía islámica de derecho divino— fueron acompañadas de una ofensiva diplomática dirigida contra

España. Así, el 12 de noviembre, el ministro marroquí de Asuntos Exteriores, Mohamed Benaisa, reivindicó ante la ONU los «derechos de soberanía marroquíes» sobre Ceuta y Melilla.

La escalada de agresividad por parte de Marruecos —una nación que planteaba a España gravísimos problemas relacionados con el tráfico de inmigrantes ilegales y de alijos de droga por el Estrecho— era obvia, pero el gobierno español optó por una política marcada más por el signo de la distensión que de la firmeza. De esa manera, el día 14, Josep Piqué, ministro español de Asuntos Exteriores, se entrevistó en Nueva York con su colega marroquí durante la reunión de la Asamblea General de la ONU, y dos días después España autorizó la ayuda al desarrollo destinada a Marruecos sin condicionarla al final de una crisis diplomática provocada por este país.

Por espacio de unos días pudo parecer que semejante política de generosidad de España iba a obtener sus frutos y que en breve se reanudarían las relaciones diplomáticas. El deseo de participar en ese esperado triunfo pesó, muy posiblemente, en el ánimo de José Luis Rodríguez Zapatero, el secretario general del PSOE, para viajar a Marruecos en esas fechas. Sin embargo, su viaje, llevado a cabo el 18 de diciembre, tan sólo puso de manifiesto la acostumbrada colección de errores cometidos por los políticos españoles en sus tratos con la monarquía alauita. Rodríguez Zapatero fue visto, no sin razón, por Marruecos como una prueba de que la oposición creía más en una política de partido que, presumiblemente, pudiera favorecerla que en una política de Estado. Sin embargo, a pesar de todo, Rodríguez Zapatero no obtuvo beneficio alguno. Su viaje —que fue desautorizado por el gobierno español y en el curso del cual los marroquíes le obligaron, de manera humillante, a posar ante un mapa en el que Ceuta, Melilla y las Canarias aparecían como territorios pertenecientes a Marruecos— no obtuvo, finalmente, ningún resultado.

En ese sentido no pudo resultar más oportuno el hecho de que el gobierno español decidiera combinar en sus actos la firmeza en los principios que consideraba justos con los intentos para zanjar la crisis abierta por Marruecos. Así, mientras por un lado se autorizaba a Repsol a realizar prospecciones petroleras frente a las costas de Canarias el 21 de diciembre —un hecho que provocó el 27 la exigencia de Marruecos de que se cancelara la autorización—, el 25 de febrero Piqué dejaba de manifiesto en Washington que España no se iba a doblegar ante las ambiciones marroquíes sobre el Sáhara al abogar por una resolución del conflicto de acuerdo con el informe del secretario general de la ONU, Kofi Annan.

Por espacio de unas semanas, nuevamente pudo pensarse que la crisis estaba a punto de llegar a su fin, y quizá habría sido así de haberse plegado el gobierno español a las exigencias marroquíes sobre el Sáhara. Sin embargo, el gabinete presidido por Aznar no estaba dispuesto a traicionar una posición sustentada en la legalidad y en los principios más elementales de la convivencia internacional. A finales de abril, cualquier observador imparcial y avezado era consciente de que Marruecos no estaba consiguiendo lo que deseaba y de que podía, por lo tanto, forzar la estrategia de la tensión calculada. Efectivamente, así fue.

El 29 de abril, el diario *El Mundo* informaba de que Mohamed Benaisa, ministro marroquí de Asuntos Exteriores, calificaba de «chantaje» la posición de España favorable a la celebración de un referéndum en el Sáhara Occidental. El 1 de junio, las autoridades marroquíes expulsaban de El Aaiún a una delegación española de apoyo al Polisario, alegando que «su objetivo era molestar», y el 16 Yusufi insistía en que para mejorar las relaciones bilaterales entre Marruecos y España resultaba imperativo que ésta cambiara su posición ante el tema del Sáhara. Por más que desde instancias marroquíes se afirmara lo contrario, no daba la impresión de que el «chantaje» procediera de España. Sin embargo, el gobierno de Aznar no estaba dispuesto a ceder, y a mediados del mes siguiente Marruecos volvió a aumentar la presión sobre España recurriendo, esta vez, a una agresión armada.

Perejil, más que un islote

El día 11 de julio, un grupo de gendarmes marroquíes invadía el islote de Perejil, situado en

aguas del Estrecho. Marruecos intentó justificar lo que no era sino la invasión de un territorio perteneciente a España alegando que pretendía con ello «combatir la emigración ilegal y el terrorismo en el Estrecho». Resultaba, desde luego, poco verosímil que las autoridades marroquíes hubieran cambiado su actitud laxa ante la emigración y, sobre todo, que ese cambio exigiera la invasión de un territorio español. No es por ello extraño que la comunidad internacional lo viera como lo que realmente era: una agresión contra España como manera de presionarla en los foros internacionales en cuestiones como la situación del Sáhara.

El desafío al que se enfrentaba el gobierno de Aznar no era de escasa importancia. Frente a lo que manifestaban algunos miembros de la oposición y distintos medios de comunicación, Perejil era mucho más que un islote. Se trataba, en realidad, de una decisiva prueba de fuerza. Si España, aun guiada de las mejores intenciones, cedía, el sultán de Marruecos lo interpretaría como un signo no de buena voluntad, sino de debilidad, y era más que previsible que, siguiendo una tradición de siglos, a continuación prosiguiera la agresión en dirección a Ceuta, Melilla y las Canarias. Resultaba pues imperativo responder con firme contundencia a la invasión. La cuestión era cómo hacerlo exactamente. ¿Debía procederse ya a desembarcar tropas en el islote y recuperarlo o, por el contrario, era más recomendable dar una serie de pasos previos que conjuraran o facilitaran tal posibilidad? Aznar optó por seguir esta segunda línea.

El día 13, mientras Marruecos se comprometía ante Romano Prodi, presidente de la Comisión europea, a «mantener la solución bajo control», el gobierno español enviaba tres navios a las costas de Ceuta y Melilla para «dar confianza a sus residentes». Al día siguiente, la actuación española recibía el respaldo de la UE, cuya presidencia expresaba su plena solidaridad con España y urgía a Marruecos a «retirar sus fuerzas». La respuesta del gobierno del sultán fue manifestar que no pensaba retirar sus tropas de Perejil porque se trataba de un ejercicio de soberanía sobre el territorio nacional.

Lo que sucedería en los días siguientes se oculta aún bajo la bruma de la documentación no desclasificada y pertenece, por lo tanto, más a la crónica que a la Historia. Algunos de los hechos resultan, sin embargo, indubitables. El 15, la OTAN declaró que la acción de Marruecos no era amistosa y que debía restaurar el *statu quo*. En paralelo, Aznar había obtenido garantías del presidente Bush en el sentido de que no respaldaría a Marruecos en el contencioso y, por el contrario, apoyaría diplomáticamente la recuperación del islote por España. El aliado estadounidense resultaba de especial relevancia en esos momentos, porque Mohamed VI estaba dispuesto a arrastrar a su país a una escalada bélica que fue impedida, en última instancia, por la presencia de submarinos estadounidenses en el Estrecho. El día 17 el gobierno español llamó a consultas «de forma inmediata y con carácter indefinido» a Arias Salgado, embajador en Rabat. Unas horas después, tropas españolas desembarcaban en Perejil y, sin derramamiento de sangre, recuperaban la isla y hacían prisioneros a los invasores marroquíes.

A pesar de las airadas protestas de Benaisa el día 18, exigiendo que España retirara sus tropas «de todas las costas marroquíes», resultaba obvio que Marruecos había recibido una sonora derrota —la primera en casi medio siglo— en su confrontación con el gobierno español. El 20, España y Marruecos —con una rapidez verdaderamente inusitada— alcanzaban un acuerdo para volver al *statu quo* y dos días después, en el curso de una visita de Ana Palacio, ministra española de Asuntos Exteriores, a Rabat, se procedía a la confirmación del mismo.

El día 30, en su discurso de la fiesta del trono, Mohamed VI intentaría cubrir la derrota sufrida con referencias al supuesto «derecho legítimo» de Marruecos para reclamar de España que pusiera «fin a la ocupación de Ceuta, Melilla y las islas vecinas». Así mismo recordó la propuesta de crear una «célula de reflexión», llevada a cabo años atrás por su padre, Hassán II. El mensaje resultaba obvio. Marruecos no había tenido más remedio que retroceder en la crisis de Perejil pero mantenía

intactas todas sus reivindicaciones en relación con España.

No menos claras resultaban las conclusiones que podían extraerse del episodio. Con Mohamed VI, Marruecos iba a seguir una política interior e internacional semejante a la llevada a cabo por Hassán II, una circunstancia que no debía sorprender a nadie si se tiene en cuenta que es una monarquía islámica de derecho divino cuya cabeza se proclama emparentada con el profeta Mahoma. De acuerdo con esa perspectiva política, cualquier signo de apaciguamiento por parte de España sería interpretado siempre como una señal de debilidad y cualquier acto que no encajara con los deseos de Marruecos sería objeto de las más encendidas protestas. Por otro lado, no cabía esperar de Marruecos que ciñera sus acciones a las normas del derecho internacional, sino tan sólo al hecho de que el panorama mundial resultara más o menos favorable a sus ambiciones. Frente a semejante situación, la única salida para España era adoptar una política de firmeza que aceptara incluso la posibilidad de una confrontación armada para salvaguardar la integridad territorial. Esa política de firmeza, por otra parte, era implanteable sin el respaldo de la UE y de la OTAN pero, sobre todo, de Estados Unidos. De hecho, la mayor o menor cercanía entre España y Estados Unidos había determinado las conclusiones —tan distintas, ciertamente— a crisis como las del Sáhara Occidental o Perejil.

Precisamente, por todo lo que giraba en torno a la crisis, Perejil no era un mero islote, sino que implicaba mucho más. Fundamentalmente, saber si España estaba o no dispuesta —de una vez— a defenderse de las continuas agresiones procedentes de Marruecos. Por primera vez en casi cinco décadas parecía que la respuesta era indubitablemente afirmativa. Al darla, José María Aznar había demostrado que podía ser un político de altura a la hora de frenar a Marruecos en una crisis. En breve tiempo tendría ocasión de enfrentarse con un reto de mucha más envergadura en él plano internacional, cuyo protagonista sería también una nación islámica.

Capítulo VIII

LA GUERRA CONTRA IRAQ (I): LA GUERRA DEL GOLFO

El irresistible ascenso de Saddam Hussein[196]

Durante varias décadas, la antigua Mesopotamia, región que limita con el Próximo Oriente y con las reservas petrolíferas de Arabia Saudí, ha sido objeto de convulsiones que han podido dar al traste no sólo con el más que inestable equilibrio del área, sino con la seguridad y la paz de todo el orbe. Factor importantísimo —si bien no único— en el desarrollo trágico de esa situación fue el dictador iraquí Saddam Hussein, responsable de no menos de cuatro guerras en la zona y partícipe en numerosas operaciones violentas.

El camino que llevó Saddam Hussein desde ser un joven huérfano nacido en 1937 en la aldea de Al-Uja («el Giro») situada a las afueras de Tikrit, hasta convertirse en dictador casi omnipotente de Iraq fue largo y dilatado. Desde luego, no existían razones objetivas que permitieran esperar semejante éxito. Iraq fue uno de tantos estados artificiales creados por los vencedores de la Primera Guerra Mundial en un intento de premiar a los árabes por su revuelta contra el imperio turco. Carecía, por lo tanto, de una identidad nacional, y es dudoso que a día de hoy la haya alcanzado o que ésta supere otro tipo de vinculaciones religiosas o tribales. El 23 de agosto de 1922, Iraq se convirtió en una monarquía por voluntad expresa de los británicos. Su primer monarca, Faisal, fue débil, y cuando falleció en 1933 fue sucedido por su hijo Gazim, un homosexual populista que obstaculizaba la continuidad de la dinastía y que, a pesar de caldear los ánimos con afirmaciones religioso-nacionalistas, se mostró incapaz de evitar la influencia extranjera.

En 1941, siguiendo un comportamiento muy común en el mundo islámico, como ya hemos tenido ocasión de ver, el primer ministro iraquí, Rashid Alí, decidió aliarse con Hitler para expulsar a los británicos de Iraq, pero el Führer no respondió a sus demandas de ayuda con suficiente rapidez y la revuelta fue aplastada. A pesar de todo, la idealización de los nazis caló en algunos sectores de la población entre los que se encontraba un tío de Saddam, Jairallah, que se ocupó del muchacho una vez que su padre desapareció de su vida por razones que no son fáciles de discernir y que, según algunos, apuntarían a la ilegitimidad del futuro dictador. Jairallah tuvo un considerable peso en el destino de Saddam Hussein, ya que no sólo le inoculó su peculiar visión política, sino que además le presentó a Ahmad Hassan al-Bakr, un oficial del partido Baaz que tendría una enorme influencia en la política iraquí.

A mediados de los años cincuenta, Estados Unidos comenzó a preocuparse por la situación en el Oriente Próximo fundamentalmente a raíz de la política llevada a cabo por el egipcio Nasser, teñida de un nacionalismo árabe profundamente anti-occidental. Así, en 1955 se concluyó el Pacto de Bagdad entre Estados Unidos, Reino Unido, Turquía, Irán, Iraq y Pakistán, cuya finalidad era asegurar la tranquilidad en la zona y evitar una mayor influencia soviética. Nasser respondió al acuerdo pactando con la URSS y nacionalizando al año siguiente el canal de Suez, un paso que desencadenaría la guerra. A la sazón, Nasser era un referente para el mundo árabe —de manera sorprendente e incomprensible a estas alturas así lo sigue considerando en la actualidad algún arabista español—, y su influencia, en general nefasta, se manifestó, por ejemplo, en el golpe de 14 de julio de 1958 en Iraq.

Considerado con toda razón como uno de los episodios más sangrientos de la considerablemente cruenta historia de Oriente Próximo, el golpe comenzó con el derrocamiento del monarca y el asesinato de toda la familia real —sólo la esposa del regente se salvó, y eso porque la dieron por muerta— y continuó con una purga de dimensiones difíciles de calcular. De esa manera desapareció la monarquía y llegó al poder el general Abdul Karim Qassem, dirigente de un grupo denominado de los «Oficiales Libres». Qassem había contado con la ayuda del partido nacional-socialista Baaz pero, por supuesto, no estaba dispuesto a verse fiscalizado por él. Llegado el momento, no tuvo ningún problema en tomar algunas medidas en contra suya, y esta circunstancia llevó a un joven llamado Saddam Hussein, miembro del Baaz pero sin papel alguno en el golpe, a exiliarse en 1959. Los tres años y medio siguientes los pasó Saddam Hussein primero en Damasco y luego en El Cairo. Posiblemente allí habría permanecido indefinidamente de no ser por la evolución seguida por el general Qassem. En 1959, Iraq abandonó el Pacto de Bagdad —lo que preocupó enormemente a Estados Unidos— y comenzó a depender de manera creciente de la ayuda soviética. Sin embargo, lo que acabó provocando la intervención estadounidense fue el plan de Qassem para invadir Kuwait. En febrero de 1963 Qassem fue derribado mediante un golpe planeado por la CIA.

Saddam Hussein, que no había tenido nada que ver en este golpe, se apresuró a regresar a Bagdad, donde volvió a relacionarse con Bakr. No pudo hacer mejor elección porque, a la sazón, el nuevo presidente, Abdul Salam Arif, lo había recomendado como primer ministro por su papel en el derrocamiento de Qassem. El partido Baaz había garantizado a la CIA que habría juicios justos y que no se producirían excesos. En realidad, sucedió todo lo contrario. Los casos de detenidos, torturados y asesinados pronto se sumaron por millares, y en ello intervino de manera directa Saddam Hussein. Ciertamente, sobre el organigrama del nuevo poder su papel era insignificante, pero ya se estaba situando dentro del partido en una posición relacionada con los servicios de inteligencia aunque, de momento, no pasara de ocuparse de tareas como la tortura o la visita a campos de concentración. En noviembre de 1963, Arif decidió deshacerse de los ministros del Baaz, reemplazándolos por oficiales de confianza. Semejante medida apartó a Bakr, el mentor de Saddam Hussein, del poder, pero su peso en el partido Baaz se acrecentó al ocupar los vacíos dejados por la represión.

A esas alturas, Saddam Hussein —que había estudiado con verdadera fruición la vida y la obra de Stalin mientras estaba en El Cairo y que seguía admirando a Hitler— se dedicó a colaborar con Bakr en la reestructuración del partido. El Baaz dedicó buena parte del año 1964 a barajar planes para asesinar al general Arif. No tuvieron éxito y además, entre otras consecuencias, se produjo el encarcelamiento de varios de los conspiradores, entre los que se hallaban Saddam Hussein y su tío. Saddam fue bien tratado en la cárcel entre 1964 y 1966, hasta el punto de que llegó a sospecharse que era un delator al servicio del gobierno. Finalmente, el 23 de julio de 1966 logró huir con dos baazíes. No estuvo mucho tiempo en la clandestinidad. En 1967, durante la guerra de los Seis Días, Iraq representó un patético papel frente a las fuerzas israelíes, circunstancia que fue aprovechada por el Baaz para agitar a las masas.

El 17 de julio de 1968, el partido Baaz dio un golpe de estado que derribó a Arif. El episodio resultó incruento porque Arif aceptó retirarse del poder a cambio de que se le asegurara su integridad física. Lo que vino a continuación era fácil de prever. Siguiendo fielmente el manual leninista, el partido Baaz se convirtió en el Estado a la vez que iba eliminado a las restantes fuerzas políticas. Por lo que se refiere a Saddam Hussein, su papel resultó muy limitado, hasta el punto de que fue el único de los conspiradores que no recibió un cargo gubernamental. A esas alturas, sin embargo, tenía más que decidido su ascenso por la escalera del poder, y no deja de ser significativo que su primer peldaño fuera la articulación de macrojuicios que recordaban, seguramente no por casualidad, los que tuvieron como escenario Moscú en los años treinta o Cuba a finales de los cincuenta.

La primera de las ejecuciones tuvo lugar el 27 de enero de 1969 en el centro de Bagdad. De entre los ahorcados por espías —un cargo más que dudoso y que recuerda nuevamente a las víctimas de Stalin o Castro— nueve eran judíos. Las muertes, que tuvieron lugar en un día declarado fiesta nacional y con una afluencia masiva preparada por el partido en el poder, estuvieron envueltas en soflamas contra Israel y Estados Unidos, incluida una alocución de Radio Bagdad señalando que aquel era «un primer paso en la liberación de Palestina». Se trataba únicamente de la primera de una dilatada lista de ejecuciones públicas. Durante los meses siguientes, Saddam Hussein demostró una habilidad fuera de lo común en las tareas de represión. Fueran comunistas —miembros de un partido especialmente peligroso en periodo de revuelta—, posibles golpistas o kurdos, Saddam se mostró cruelmente despiadado.

A lo largo de los años venideros, Saddam iba a entrar en contacto con unos valedores internacionales que, en buena medida, decidirían su conquista del poder absoluto. El primero fue la URSS. En enero de 1970, Saddam visitó Moscú en busca de ayuda para combatir a los kurdos. Los soviéticos estuvieron de acuerdo en dejar de apoyar a los kurdos con la condición de que se acabara la represión contra los comunistas y además se concediera la autonomía al Kurdistán. Saddam aceptó, pero con escasa voluntad de cumplir lo pactado. No obstante, había captado hasta que punto la URSS podría resultarle útil, y en febrero de 1972, regresó a Moscú. Esta vez firmó un tratado en el que se incluía, como pago por el apoyo soviético, la concesión a la URSS del uso de las bases aéreas iraquíes. La relación —como tendremos ocasión de ver— se mantendría durante los años venideros.

El segundo gran valedor fue Francia. La razón para el acercamiento derivó del deseo iraquí de nacionalizar el petróleo. Dado que éste se hallaba bajo el control de compañías estadounidenses, británicas y francesas, era de esperar una reacción de las tres potencias. Sin embargo, Valéry Giscard d'Estaing, a la sazón ministro de comercio francés y gran valedor de Marruecos en episodios como la anexión del Sáhara , aseguró a Iraq que Francia no participaría en un boicot mientras los intereses galos no se vieran afectados. El 1 de junio de 1972 el Baaz nacionalizó el crudo iraquí, y antes de que concluyera el mes Saddam Hussein viajó a París pactando con el presidente Pompidou que Francia aceptaría el paso dado por Iraq a cambio de participar en la futura industria petrolífera iraquí y de

comprar el crudo a un precio más bajo.

Tanto la ayuda soviética como la francesa permitieron a Iraq duplicar la capacidad de su ejército entre 1970 y 1975, y contribuyeron enormemente a fortalecer la posición de Saddam. No resulta extraño, por lo tanto, que cuando Londres y Washington anunciaron su propósito de pedir cuentas a Francia, Saddam Hussein afirmara públicamente que «cualquier intento de dañar los intereses franceses se considerará un acto de hostilidad contra Iraq».

Este crecimiento de su poder debido a la baza internacional vino acompañado por un vuelco de la situación interior cuando, en 1973, Nadhim Kazzar, el especialista en tortura del régimen, orquestó un golpe contra Bakr. Saddam Hussein logró desarticularlo y, por primera vez, se abrieron para él las puertas de las grandes prebendas. A partir de entonces Saddam iniciaría una hábil política de relaciones públicas en la que representarían un papel muy importante su esposa e hijos, que aparecían como prototipo de familia modelo.

La caída de Kazzar convirtió a Saddam prácticamente en el segundo hombre del país, sólo antecedido por el presidente Bakr. Embarcados ambos en una política que pretendía establecer una «economía socialista», Saddam siguió reforzando su peso en la seguridad del Estado mediante un acuerdo suscrito con Yuri Andrópov, a la sazón jefe de operaciones del KGB. En paralelo, acometió la firma de contratos con la URSS y Francia, seguidos muy de lejos por Brasil (ferrocarriles), Bélgica (fábricas de fosfatos), Yugoslavia, Bulgaria, la RDA y Japón. Durante los años setenta, el prestigio de Saddam subió como la espuma, en parte por sus relaciones internacionales y, en parte, porque la política económica estaba en sus manos. En enero de 1977 se permitió incluso dar el primer paso para debilitar a Bakr al conseguir que se eligieran diez nuevos miembros para el Mando Regional del Baaz —entre ellos Tarik Aziz—, lo que le permitió contar con catorce partidarios de un total de veintiún componentes. Al concluir el año 1977, la posición de Saddam era casi inexpugnable. A partir de ese momento, Saddam desarrolló una política armamentística que dejó pequeño el crecimiento militar del lustro anterior.

El principal proveedor de armas fue la URSS —tanques T-52, bombarderos Tu-22, helicópteros Mi-24, aviones de transporte Il- 76, etc.—, pero también Francia firmó jugosos contratos para suministrar Mirage F-1 y helicópteros Gazelle. De hecho, si a inicios de los setenta Moscú suministraba a Saddam el 95 por ciento del armamento, a finales de esa década su cuota de venta había disminuido hasta el 73 por ciento. Durante los años setenta, Saddam comenzó a desarrollar también diversos programas de armamento no convencional. En 1974 se dieron los primeros intentos de comprar armas químicas y biológicas junto con la creación del Comité de Planificación Estratégica. En noviembre de ese año, concretamente el Institut

A lo largo de los años venideros, Saddam iba a entrar en contacto con unos valedores internacionales que, en buena medida, decidirían su conquista del poder absoluto. El primero fue la URSS. En enero de 1970 Saddam visitó Moscú en busca de ayuda para combatir a los kurdos. Los soviéticos estuvieron de acuerdo en dejar de apoyar a los kurdos con la condición de que se acabara la represión contra los comunistas y además se concediera la autonomía al Kurdistán. Saddam aceptó, pero con escasa voluntad de cumplir lo pactado. No obstante, había captado hasta que punto la URSS podría resultarle útil, y en febrero de 1972 regresó a Moscú. Esta vez firmó un tratado en el que se incluía, como pago por el apoyo soviético, la concesión a la URSS del uso de las bases aéreas iraquíes. La relación —como tendremos ocasión de ver— se mantendría durante los años venideros.

El segundo gran valedor fue Francia. La razón para el acercamiento derivó del deseo iraquí de nacionalizar el petróleo. Dado que éste se hallaba bajo el control de compañías estadounidenses, británicas y francesas, era de esperar una reacción de las tres potencias. Sin embargo, Valéry Giscard d'Estaing, a la sazón ministro de comercio francés y gran valedor de Marruecos en episodios como la anexión del Sáhara , aseguró a Iraq que Francia no participaría en un boicot mientras los intereses

galos no se vieran afectados. El 1 de junio de 1972 el Baaz nacionalizó el crudo iraquí, y antes de que concluyera el mes Saddam Hussein viajó a París pactando con el presidente Pompidou que Francia aceptaría el paso dado por Iraq a cambio de participar en la futura industria petrolífera iraquí y de comprar el crudo a un precio más bajo.

Tanto la ayuda soviética como la francesa permitieron a Iraq duplicar la capacidad de su ejército entre 1970 y 1975, y contribuyeron enormemente a fortalecer la posición de Saddam. No resulta extraño, por lo tanto, que cuando Londres y Washington anunciaron su propósito de pedir cuentas a Francia, Saddam Hussein afirmara públicamente que «cualquier intento de dañar los intereses franceses se considerará un acto de hostilidad contra Iraq».

Este crecimiento de su poder debido a la baza internacional vino acompañado por un vuelco de la situación interior cuando, en 1973, Nadhim Kazzar, el especialista en tortura del régimen, orquestó un golpe contra Bakr. Saddam Hussein logró desarticularlo y, por primera vez, se abrieron para él las puertas de las grandes prebendas. A partir de entonces Saddam iniciaría una hábil política de relaciones públicas en la que representarían un papel muy importante su esposa e hijos, que aparecían como prototipo de familia modelo.

La caída de Kazzar convirtió a Saddam prácticamente en el segundo hombre del país, sólo antecedido por el presidente Bakr. Embarcados ambos en una política que pretendía establecer una «economía socialista», Saddam siguió reforzando su peso en la seguridad del Estado mediante un acuerdo suscrito con Yuri Andrópov, a la sazón jefe de operaciones del KGB. En paralelo, acometió la firma de contratos con la URSS y Francia, seguidos muy de lejos por Brasil (ferrocarriles), Bélgica (fábricas de fosfatos), Yugoslavia, Bulgaria, la RDA y Japón. Durante los años setenta, el prestigio de Saddam subió como la espuma, en parte por sus relaciones internacionales y, en parte, porque la política económica estaba en sus manos. En enero de 1977 se permitió incluso dar el primer paso para debilitar a Bakr al conseguir que se eligieran diez nuevos miembros para el Mando Regional del Baaz —entre ellos Tarik Aziz—, lo que le permitió contar con catorce partidarios de un total de veintiún componentes. Al concluir el año 1977, la posición de Saddam era casi inexpugnable. A partir de ese momento, Saddam desarrolló una política armamentística que dejó pequeño el crecimiento militar del lustro anterior.

El principal proveedor de armas fue la URSS —tanques T-52, bombarderos Tu-22, helicópteros Mi-24, aviones de transporte II- 76, etc.—, pero también Francia firmó jugosos contratos para suministrar Mirage F-1 y helicópteros Gazelle. De hecho, si a inicios de los setenta Moscú suministraba a Saddam el 95 por ciento del armamento, a finales de esa década su cuota de venta había disminuido hasta el 73 por ciento. Durante los años setenta, Saddam comenzó a desarrollar también diversos programas de armamento no convencional. En 1974 se dieron los primeros intentos de comprar armas químicas y biológicas junto con la creación del Comité de Planificación Estratégica. En noviembre de ese año, concretamente el Institut Merieux llegó a un acuerdo para instalar el primer laboratorio bacteriológico de Iraq.

En 1975 Saddam decidió adquirir gas venenoso. Guiado por una curiosa semejanza histórica, acudió en esta ocasión a Alemania Oriental en busca de gases tabún y sarín. El contacto vino facilitado por terroristas palestinos, y en el curso de una entrevista con Karl Heinz Lohs, el director del instituto de productos químicos venenosos de Leipzig, en la RDA, uno de los iraquíes expresó con total claridad lo que su gobierno tenía en mente: «Ustedes, los alemanes, tienen mucha experiencia en matar judíos con gas. Esto es algo que nos interesa por la misma razón. ¿Cómo se puede utilizar su experiencia para destruir a Israel?»

Por supuesto, Saddam Hussein no tuvo siempre suerte a la hora de tratar con compañías extranjeras. Por ejemplo, mediante intermediarios franceses, Iraq entró en contacto con la Pfaulder Company de Rochester, Nueva York, para montar una fábrica de pesticidas en Bagdad. Sin embargo,

la compañía sospechó lo peor y no se llegó a un acuerdo. Algo similar sucedió con la Babcock and Wilcox y la ICI, ambas británicas. De hecho, la ICI llegó a poner el asunto en conocimiento de los servicios de inteligencia de su país.

Mención especial merece, desde luego, el apartado de las armas nucleares. En 1975, Saddam —a la sazón todavía segundo hombre de Iraq— había establecido el objetivo de contar con armas nucleares en una década. El inicio del programa se debió a la ayuda soviética, que permitió a los iraquíes contar con un reactor de agua ligera IRT 200 y con la formación de un centenar de físicos nucleares iraquíes. Sin embargo, la URSS no tenía especial interés en convertir a Iraq en una potencia, y se negó a seguir apoyando el programa nuclear de Saddam. Entonces vino en su ayuda su aliado preferente: Francia.

A esas alturas de su avance hacia el poder, Saddam Hussein había trabado una enorme amistad con Jacques Chirac, el primer ministro francés. Su entendimiento venía desde 1975, cuando Iraq había comprado los Mirage F-1 a Francia. En el curso de aquella visita, Chirac, muy astutamente, había llevado a Saddam a visitar Provenza, y de manera difícilmente casual le acercó a la central de investigación nuclear de Cadarache, situada al norte de Marsella. El Comisariado de Energía Atómica (CEA) acababa de instalar un reactor experimental de reproducción rápida que tenía el sonoro nombre de Rapsodie. El artefacto tenía un enorme interés, porque permitía transformar el uranio en plutonio susceptible de utilizarse para armamento nuclear. Saddam quedó encantado con la visita y los franceses se ofrecieron a venderle un reactor experimental (Osiris) y un modelo a escala (Isis). Los dos podían producir plutonio destinado a la fabricación de armamento nuclear. La oferta era tentadora, y Saddam estuvo dispuesto a aceptarla si además Francia se comprometía a hacerle entrega, en el momento de la puesta en marcha, del combustible para que el reactor pudiera funcionar durante un año. Chirac aceptó a cambio de que Iraq realizara nuevas concesiones petrolíferas, importara automóviles galos y siguiera comprando armas francesas. De esa manera, el futuro presidente francés contribuía de manera decisiva a convertir un punto especialmente caliente del globo en un volcán a punto de entrar en erupción.

El reactor fue bautizado inicialmente con el nombre de OsIraq pero, a petición del primer ministro galo, se le cambió el nombre, ya que en Francia lo denominaban burlonamente O'Chirac. Los ahora llamados Tammuz I y Tammuz II debían aportar a Saddam la posibilidad de construir varias bombas atómicas como las que destruyeron Hiroshima.

Chirac —«Monsieur Iraq», como le denominaba la comunidad financiera gala— iba a convertirse en aquellos tiempos en el factótum de una serie de acuerdos con Bagdad que incluían, además de las armas, plantas petroquímicas y de desalinización, un aeropuerto e incluso el metro de la capital. El texto del tratado de cooperación nuclear con Francia no se hizo público hasta ocho meses después de su firma en noviembre de 1975. En una de sus cláusulas se estipulaba que ningún judío —lo fuera racial o religiosamente— podía participar en el programa. Se trataba, sin duda, de una violación de la ley francesa, pero no parece que la cuestión inquietara especialmente a Chirac. Como es fácil suponer, cuando la comunidad internacional conoció la noticia llovieron las críticas —lamentablemente sólo las críticas— sobre Francia. En previsión de posibles problemas, en 1979 Saddam concluyó un tratado de cooperación nuclear por diez años con Brasil y negoció la compra de cuatro laboratorios nucleares con Italia. El programa de armamento nuclear de Saddam fracasó gracias a la intervención de Israel, pero no resulta difícil imaginar las consecuencias trágicas que se habrían derivado de su éxito y más cuando, por ejemplo, durante el verano de 1978 la mano de Saddam estuvo detrás de atentados terroristas que se cometían prácticamente cada semana.

En el curso de la década siguiente, Saddam Hussein se convirtió además en un generoso financiador de grupos terroristas. En primer lugar, por supuesto, estaban los palestinos. A la vez que invitaba a Arafat a formar parte del gobierno iraquí como ministro para Asuntos Palestinos, Saddam

financiaba a Abu Nidal y a Wadi Haddad. A continuación iban el PKK kurdo, los Hermanos musulmanes de Siria e incluso el ayatollah Jomeini, todavía en el exilio. Este último personaje iba a tener un papel especial y paradójico en la vida de Saddam Hussein. En 1978, a petición del sha, Saddam expulsó a Jomeini del sur de Iraq, donde había vivido varios años como exiliado. Lo hizo en el peor momento, porque en febrero de 1979 el ayatollah entraba triunfante en Irán ya no como desterrado agradecido, sino como enemigo resentido. Saddam Hussein decidió dar entonces un paso decisivo. Presionó al número uno del régimen, Ahmad Assan Al-Bakr, para que abandonara el poder. Bakr cedió y en la víspera de la celebración anual de la revolución del 17 de julio designó a un Saddam Hussein de cuarenta y dos años como su sucesor y nuevo presidente de Iraq. El largo camino hacia el poder había concluido. En él no habían intervenido ni la CIA, ni los Estados Unidos —que no reanudarían relaciones diplomáticas con Iraq hasta 1984— ni el Reino Unido. Había sido durante los primeros años una consecuencia de la peculiar política iraquí, del apoyo de Bakr y de la astucia de Saddam Hussein, pero luego había contado con dos valedores que no iban a abandonarlo en los siguientes años: la URSS y Francia, una Francia en la que contaba con el apoyo valiosísimo de Jacques Chirac.

La invasión de Kuwait

La consagración de Saddam Hussein como número uno de la dictadura iraquí vino acompañada de una serie de conflictos bélicos de los que fue el motor. Aparte de sus intentos de aniquilar a Israel, no por fallidos menos reales, y de sus episodios de aniquilamiento de segmentos de la población incómodos, como fue el caso de los kurdos, Saddam Hussein desencadenó una espantosa guerra contra el Irán del imam Jomeini —un episodio en el que no podemos detenernos porque excede del objeto del presente estudio—, y en 1990 procedió a invadir Kuwait, una agresión que, dicho sea de paso, ya había sido pensada por gobiernos que le habían precedido.

La invasión iraquí de Kuwait se inició el 2 de agosto de 1990 y tardó en consumarse apenas doce horas. Constituía el resultado lógico del enfrentamiento de una nación prácticamente desarmada como era Kuwait contra el cuarto ejército del mundo y el primero de Oriente Próximo, muy por encima del israelí en efectivos, como era el iraquí. La situación resultaba delicada en la medida en que no sólo se violaba la legalidad internacional —no más, desde luego, de lo que lo estaba haciendo desde década y media atrás Marruecos en el Sáhara— sino que, por añadidura, Iraq se convertía en una potencia absolutamente hegemónica en Oriente Próximo y en el mercado internacional del petróleo.

Tras una sucesión ininterrumpida de presiones diplomáticas, el Consejo de Seguridad de la ONU aprobó una resolución que consideraba legítimo el uso de la fuerza contra Iraq si no desalojaba Kuwait antes del 15 de enero de 1991. Dos días después de concluido el plazo, se inició con el bombardeo de Bagdad la denominada operación «Tormenta del Desierto». En ella intervendrían cerca de tres cuartos de millón de soldados por parte aliada, al mando del general estadounidense Norman Schwarzkopf.

La primera fase de la guerra, de treinta y ocho días de duración, se desarrolló en el aire y sirvió para que la aviación aliada —fundamentalmente la de Estados Unidos— aplastara las defensas iraquíes. De manera absolutamente convencional, los bombardeos perseguían allanar la acción futura de las unidades terrestres o quebrantar incluso antes la voluntad de resistencia del dictador de Iraq. Antes de que acabara la guerra se habían arrojado sobre Iraq más de cien mil toneladas de bombas. De hecho, Saddam Hussein apenas pudo hacer otra cosa que lanzar misiles Scud contra Israel —que no era parte beligerante en el conflicto—, Arabia Saudí y algún otro país de la zona. La fase terrestre de la guerra se inició el 24 de febrero y tan sólo duró cien horas, al cabo de las cuales Saddam Hussein se vio obligado a retirarse de Kuwait. A esas alturas, el involucramiento de España en la guerra llevaba siendo una realidad desde hacía varias semanas.

España en guerra: los preparativos

Que España, gobernada a la sazón por un gabinete socialista presidido por Felipe González, tendría que participar en la guerra del Golfo era algo fácil de comprender en 1990 para cualquier observador imparcial. El 3 de agosto, el gobierno español emitió un primer comunicado condenando la invasión llevada a cabo por los iraquíes el día anterior, y el 4 asumió la decisión comunitaria de embargar las importaciones de petróleo de Iraq, una medida que resultaba ciertamente onerosa para la economía española, ya que representaba la décima parte del consumo nacional.

El 8 de agosto, el gabinete de crisis formado por el presidente González, el vicepresidente Alfonso Guerra y los ministros de Defensa, Exteriores, Interior e Industria confirmaron las medidas adoptadas hasta ese momento y tomaron la decisión de autorizar a Estados Unidos el uso de las bases de utilización conjunta de acuerdo con lo previsto en el Convenio de Defensa y Cooperación suscrito por el gobierno socialista en 1988. La decisión estaba cargada de lógica y dejaba traslucir la seguridad de que el conflicto no sólo no iba a solventarse por vía pacífica, sino militar, con el concurso de España. El 21 de agosto, sin convocar al Parlamento ni reunir al Consejo de Ministros, los ministros Serra y Fernández Ordóñez anunciarían en París la decisión de España de enviar la fragata *Santa María* al Estrecho de Omán y las corbetas *Descubierta* y *Cazadora* al mar Rojo como participación española en el embargo contra Iraq. Ese mismo día las encuestas mostraban la indignación de un sector importante de la población española que no sólo no deseaba la intervención en la crisis sino que además consideraba que España carecía de preparación al respecto. Ni las encuestas ni las manifestaciones contrarias a la guerra contra Iraq impidieron, por supuesto, que las naves españolas —entre cuyas tripulaciones había doscientos mozos de reemplazo obligatorio— zarparan el 26 de agosto de Rota y Cartagena.

El 1 de septiembre, Felipe González realizó en TVE un llamamiento a «la moderación eficaz de precios, rentas y salarios» como forma de compensar los efectos de la crisis del Golfo. En realidad, era la política económica del gabinete socialista la que no funcionaba, provocando un aumento del número de parados y del déficit público desde hacía años, pero la futura guerra se presentaba ahora como una manera de cubrir públicamente esa realidad e incluso de justificar algunas medidas que contribuyeran a paliarla.

El 11 de septiembre —dos días después de que el ministro de Defensa, Narcís Serra, visitara a la flota española que navegaba por el mar Rojo— Felipe González compareció ante el Congreso de los Diputados para explicar la posición del gobierno en la crisis del Golfo. Había tardado en hacerlo casi seis semanas y, lógicamente, esta actitud, que muchos consideraron desdeñosa ante el legislativo, generó críticas. Sin embargo, prevaleció un criterio de política de Estado y toda la oposición apoyó al gobierno en su política frente a Iraq. La excepción fueron las formaciones nacionalistas de izquierdas HB y EE y la coalición IU, que intentaba capitalizar el descontento popular y desgastar al gobierno desde la izquierda. Tres días después, cuando todos los partidos, a propuesta del CDS, apoyaron una proposición no de ley según la cual el Congreso debería ser consultado sobre cualquier nueva acción en el Golfo, nuevamente fue IU —y alguna formación del grupo mixto— la que se mostró contraria. A esas alturas pocas dudas podía haber de que IU no buscaba tanto conseguir transparencia y control legislativo de las acciones del gobierno cuanto colocarlo en una mala posición ante el sector de la opinión pública contrario a la guerra.

El 17 de septiembre, las tropas iraquíes procedieron a cercar la embajada española en Kuwait, privándola de cualquier posibilidad de comunicación radiofónica con Madrid. Diez días después, la respuesta, un tanto tardía, del gobierno presidido por González, consistió en expulsar a dos diplomáticos iraquíes y denegar la acreditación de otros dos, limitando los movimientos de los restantes. A la sazón, los diplomáticos españoles se habían visto obligados a abandonar la sede de la embajada en Kuwait mientras seguía siendo de candente actualidad el hecho de que quince españoles

permanecieran como rehenes en Iraq.

El 30 de septiembre —en medio de un clima de creciente oposición callejera a la guerra alentado fundamentalmente por IU y HB—, Felipe González se entrevistó con el presidente estadounidense George Bush en Nueva York. Bush manifestó su satisfacción por la manera en que el gobierno socialista estaba colaborando con Estados Unidos. Ciertamente, no podía actuar en momento más oportuno, porque la batalla por la propaganda estaba haciendo pasar al gabinete del PSOE uno de sus tragos más amargos. Mientras las manifestaciones callejeras insistían en detener la guerra y los bombardeos, la abogada Cristina Almeida y Gustavo Villapalos salían hacia Bagdad con la intención de obtener la liberación de los rehenes españoles. Si por un lado el gobierno recurría a las imágenes del príncipe Felipe viajando a la zona del conflicto (5 de octubre) y mantenía el respaldo del PP y de CiU para su política, por otro IU no perdía ocasión de desarrollar un discurso en el que presentaba a Felipe González como un lacayo del imperialismo yanqui. Era una situación espinosa que no se vio favorecida para el ejecutivo por circunstancias como la de que el 27 de noviembre la corbeta española *Diana* tuviera que abrir fuego contra un carguero iraquí o el 5 de diciembre se produjera la muerte del cabo Ignacio Romero Romero a bordo de la fragata *Numancia*, el mismo navio en que la cantante Marta Sánchez ofrecería el día de Nochebuena un recital a los soldados españoles.

El 19 de diciembre, en un evidente ejercicio de coherencia, Fernández Ordóñez anunció en el Congreso que España no iba a retirar los tres buques enviados a la zona para hacer cumplir el embargo. Al día siguiente, una manifestación convocada por IU, las Juventudes socialistas, las Juventudes del CDS, CC.OO., UGT y diversas organizaciones desfiló por Madrid exigiendo, bajo el lema de la paz, la desvinculación de España de su participación en el conflicto. El 8 de enero, tras haber anunciado Fernández Ordóñez, ante la Comisión de Exteriores del Congreso, que España mantendría su compromiso en la crisis del Golfo, IU, CDS, PNV y PA exigieron la retirada de los tres buques españoles que operaban en el Golfo. El gobierno socialista pudo capear el temporal —que cada vez era más serio en la calle y en los medios de comunicación— gracias a la lealtad a la política de Estado manifestada por el PP y CiU. En ambos casos se instó al gobierno a que mantuviera una actuación que podía ser impopular, pero que era la obligada por los intereses nacionales y los compromisos contraídos internacionalmente.

En el curso de las siguientes semanas, la ofensiva desencadenada fundamentalmente por IU contra el ejecutivo presidido por Felipe González no cejó. El 16 de enero —el mismo día que la OID instó la retirada de los casi cien periodistas españoles que se encontraban en la zona del conflicto— la Coordinadora de Padres de Soldados Enviados al Golfo denunció ante el Congreso el «trato despreciativo» que recibían sus hijos por parte del Ministerio de Defensa. En paralelo, la Asociación de Información para la Defensa de Soldados presentó una denuncia ante el Tribunal Supremo contra Felipe González y tres ministros acusándolos de detención ilegal y prevaricación por enviar soldados españoles al Golfo. Se trataba, sin duda alguna, de un disparate jurídico, pero a efectos propagandísticos no dejaba de tener eco, como sucedió también con el anuncio realizado el 27 del mismo mes por IU en el sentido de que mantendría el apoyo jurídico y la ayuda a los desertores del ejército, a pesar de que el fiscal general del Estado había anunciado que se perseguiría legalmente a los que fomentaran esas conductas.

En medio de esa situación puede entenderse la escasez de comparecencias de González ante el legislativo. Hasta el 18 de enero no volvió a comparecer —la segunda vez— ante el Parlamento español para informar del papel que España estaba desempeñando en el conflicto. El día antes, el Ministerio de Defensa en coordinación con el del Interior había puesto en funcionamiento un plan de seguridad para prevenir atentados terroristas llevados a cabo por grupos árabes. No era una medida absurda. De hecho ya había dado inicio la operación Tormenta del Desierto.

Tormenta del Desierto

El 17 de enero de 1991, a las 00.40 hora española, los aviones aliados comenzaban a bombardear Bagdad.[197] En el curso de la jornada realizarían más de un millar de misiones y lanzarían un centenar de misiles de crucero desde sus navíos. Comenzaba así la primera guerra por ordenador de la Historia y también la primera desde hacía décadas en que España formaba parte de una fuerza aliada que se enfrentaba con un país islámico.

Era necesidad perentoria de Saddam Hussein ocultar a su población lo que estaba sucediendo y, muy especialmente, envolver a otras naciones musulmanas en un conflicto que libraba contra Occidente, erigido una vez más en garante de la legalidad internacional. Así, el 18 de enero, Iraq lanzó siete misiles contra Israel, y el 19, mientras volvía a bombardear las ciudades israelíes de Tel Aviv y Haifa, expulsó de Bagdad a la prensa extranjera formada por una treintena de corresponsales. Ciertamente, Saddam consiguió de esa manera evitar que la población supiera la verdad de lo que estaba sucediendo en la capital y, sobre todo, que en el extranjero se tuviera conocimiento del estado de opinión del pueblo iraquí. Menos afortunado fue en su intento de hermanar a las naciones islámicas en una guerra santa contra Occidente e Israel. Desde el inicio del conflicto tan sólo dos dirigentes islámicos se manifestaron al lado de Saddam Hussein. Uno fue Yasir Arafat, que había contado con el respaldo iraquí durante décadas y cuyos seguidores aplaudieron entusiasmados los ataques sobre ciudades israelíes; el otro fue el rey Hussein de Jordania, sin duda menos entusiasta que el dirigente palestino, pero que tampoco se podía permitir desairar a un vecino como Saddam Hussein. Evitar esa posibilidad llevaría a que Estados Unidos, por primera vez en la Historia, interviniera militarmente al lado de Israel enviando a su territorio misiles antimisil Patriot, que serían manejados por técnicos estadounidenses.

El 20 de enero, Estados Unidos abrió otro frente en Turquía desde donde bombardear Iraq. Apenas cuarenta y ocho horas después, los iraquíes comenzaron a volar las instalaciones de los campos petrolíferos de Al-Wafra, situados al sur de Kuwait, en las cercanías de la frontera con Arabia Saudí. Se trataba de una clara advertencia de que antes de ceder estaban dispuestos a arrastrar al mundo a una crisis energética provocada por la escasez de crudo. El 25, Iraq ya estaba bombeando «millones de litros de crudo» desde los pozos de Kuwait al Golfo. La intención era impedir el desembarco aliado a costa de un considerable desastre ecológico. Al día siguiente, la inmensa mancha de crudo —100 kilómetros de largo por 32 de ancho, el equivalente a diez millones de barriles— fue encendida por Saddam Hussein.

De manera casi inmediata, los iraquíes y sus aliados palestinos procedieron a realizar agresiones contra los países cercanos. El 29 de enero, más de cuatro mil soldados iraquíes invadieron el territorio saudí apoyados por ochenta carros y vehículos blindados, mientras que las milicias palestinas lanzaban treinta y tres proyectiles soviéticos Katyusha contra objetivos israelíes. Resultaba obvio que los palestinos, pertenecientes a una de las tres principales ramas de la OLP, intentaban abrir un segundo frente militar favorable al dictador iraquí. Durante los días siguientes, las agresiones palestinas continuarían hasta provocar una respuesta israelí el 5 de febrero contra las posiciones del terrorismo de la OLP en el sur del Líbano. Una semana después, Israel era objeto del decimocuarto ataque aéreo procedente de Iraq. A esas alturas, la aviación aliada ya había realizado más de cincuenta y siete mil salidas sobre objetivos iraquíes.

En España, el gobierno de Felipe González seguía teniendo problemas internos que superaban ampliamente los propiamente derivados de la intervención en la guerra. Al temor a atentados terroristas árabes se sumaba una presión creciente en la calle que, en el caso de IU, sobrepasaba el terreno de la legalidad al ofrecer, como ya indicamos, amparo a los desertores. El 6 de febrero, Felipe González se veía obligado a justificar en una entrevista concedida a *La Vanguardia* su negativa a dar información sobre lo que las fuerzas españolas hacían en el Golfo por razones de seguridad —

una excusa ciertamente sólida teniendo en cuenta la actitud de colectivos como IU—, y señaló que «apoyar la deserción es una irresponsabilidad». Al día siguiente, González señalaría en una entrevista concedida a TVE que España «prestaría todo el apoyo logístico que pueda» a los aliados.

Tan sólo cinco días después UGT y CC.OO. convocaron un paro cívico de cinco minutos para protestar contra la guerra. Era una acción relativamente modesta si se tiene en cuenta el rechazo que la política seguida por el gobierno de Felipe González provocaba en amplios sectores de la población y que le llevó, por ejemplo, a destituir a Juan Manuel Velasco, director general del Libro y de Bibliotecas, y a Jaime Brihuega, director general de Bellas Artes, por haber sumado su firma a un manifiesto en contra de la posición gubernamental en el conflicto del Golfo.

No cabe duda de que Felipe González y su gobierno lo habrían pasado aún peor de no haber mediado la responsable lealtad parlamentaria que hacia un tema de Estado siguieron el PP y CiU. La oferta de Saddam Hussein de 15 de febrero en el sentido de que estaba dispuesto a negociar la salida de Kuwait a cambio de que Israel se retirara del Golán, Palestina y el Líbano, de que se reconstruyera Iraq y de que se celebrara una consulta popular en Kuwait fue acogida como una mera maniobra dilatoria por la comunidad internacional, pero en España IU la aprovechó para presentar una moción en el Congreso exigiendo al gobierno que revocara la autorización para utilizar las bases a los aviones de Estados Unidos. Sometida a votación el 19 de febrero, el pleno del Congreso rechazó por mayoría de 236 votos la moción de IU siendo los únicos votos a favor los de IU, EE y EA. Sin embargo, IU siguió capitalizando el sentimiento antiestadounidense y pro-palestino de una parte considerable de la opinión pública española cargando las culpas de todo lo sucedido sobre el supuesto imperialismo de Bush y evitando referirse a hechos palmarios como los ataques terroristas palestinos ocasionados contra Israel o la represión y el desastre ecológico desencadenados por Saddam Hussein en Kuwait. Dentro de una retórica propia de la guerra fría —¡precisamente en unos momentos en que ésta se hallaba a punto de concluir con la victoria de Occidente!— el comunista Julio Anguita, IU y HB veían de manera positiva todo lo que fuera susceptible de convertirse en una derrota de Estados Unidos, y de forma negativa lo que pudiera atribuírsele como triunfo.

Nunca estuvo más necesitado Felipe González del apoyo de la oposición —que obtuvo con las excepciones señaladas— que en aquellas fechas, ya que el 22 de febrero George Bush rechazó la propuesta de Saddam Hussein de aceptar el plan de paz propuesto por el dirigente soviético Mijaíl Gorbachov y lanzó un ultimátum al dictador iraquí para que iniciara el abandono de Kuwait a partir de las 18.00 horas, hora española, del sábado 23, debiendo completarlo en una semana. El 23 Saddam Hussein notificó que aceptaba una nueva contrapropuesta soviética, pero no el ultimátum de Bush. La respuesta del presidente estadounidense fue autorizar entonces la ofensiva terrestre.

El 24 de febrero, a las 2.00 hora española, se inició en cuatro frentes la ofensiva terrestre aliada. Mientras Saddam Hussein continuaba lanzando misiles sobre territorio saudí e israelí, fuerzas estadounidenses, británicas y francesas entraban en Iraq y Kuwait desde Arabia Saudí. El 25, efectivos de la 101 División Aerotransportada eran lanzados a unos 150 kilómetros en el interior de Iraq. Los medios de comunicación iraquíes comenzaron a difundir noticias sobre las fabulosas pérdidas que estaban causando a las tropas invasoras, pero la realidad era que a las 23.35, hora española, Saddam Hussein ordenó la retirada de sus fuerzas del territorio kuwaití. Convencido de que el dictador tan sólo pretendía ganar tiempo, Bush manifestó que las hostilidades proseguirían mientras la retirada no fuera una realidad.

Él 27, los aliados entraban en la capital de Kuwait y procedían a restaurar al gobierno legítimo. A esas alturas, los iraquíes habían perdido 3.008 tanques, 1.856 vehículos blindados y 2.140 piezas de artillería. De las 40 divisiones enviadas por Saddam Hussein al frente sur, 29 estaban fuera de combate. El número de muertos se situaba entre 35.000 y 45.000 civiles y 75.000 y 110.000 militares. No cabe duda de que la derrota había sido clamorosa y puede entenderse que Saddam Hussein

aceptara el 28 de febrero el final de las hostilidades y se declarara dispuesto a cumplir con las doce resoluciones de la ONU dictadas hasta ese momento en relación con el conflicto.

Sólo una vez que concluyó la guerra se produjo un cambio en la política informativa del gobierno socialista en España. Así, el 5 de marzo, en una sesión plenaria del Congreso, Felipe González dio, por primera vez en ocho meses, detalles sobre el apoyo logístico que España prestaba a las fuerzas aliadas. Una vez más —y a pesar de lo señalado por IU, HB y algunos medios de comunicación— la actitud seguida por el gobierno español estaba más que justificada por razones de seguridad. No sorprende por ello que el apoyo de la oposición a la política seguida por el gobierno volviera a ser total con la excepción de IU y algunos miembros del grupo mixto. Se pudo saber entonces que España había desempeñado un papel esencial al realizarse en su espacio aéreo el 35 por ciento del total del tráfico por avión relacionado con la guerra y más del 70 por ciento en el caso del tráfico de carga. La ayuda había beneficiado especialmente a Estados Unidos, con más de 20.000 vuelos de ida y vuelta en utilización de las bases, realizando el transporte de 205.000 toneladas de material y de más de 105.000 efectivos. Los B-52 por sí solos habían llevado a cabo a esas alturas 294 misiones desde suelo español atravesando el territorio nacional.

El 22 de abril, como colofón, ya menos arriesgado, de la política seguida en los meses anteriores; el gabinete presidido por Felipe González tomó la decisión de enviar un contingente de tropas —que incluía soldados de reemplazo— a Iraq. El 10 de junio, dieciocho marineros españoles participaron junto a las tropas vencedoras en el desfile celebrado en Nueva York en honor de los soldados que habían servido en la guerra del Golfo.

Lecciones para después de una guerra

De la intervención en la guerra del Golfo se desprendió para España un conjunto de lecciones de extrema importancia. En primer lugar, se confirmaba en la dictadura de Saddam Hussein el carácter esencialmente expansivo de los regímenes islámicos. El poderío militar en este caso había llevado a una invasión de Kuwait después de fracasar en la guerra desencadenada contra Irán. Frente a ese expansionismo islámico que no dudaba en recurrir no sólo a armas de destrucción masiva sino también a la colaboración privilegiada con grupos terroristas como la OLP, y que utilizaba de manera sistemática la mentira y la falsedad para evitar el funcionamiento de los mecanismos de seguridad internacionales, lo cierto es que Occidente encontraba su máximo valedor en Estados Unidos que, en la práctica, había sido el vencedor de Saddam Hussein, aunque en el conflicto hubieran participado otros contingentes militares, el pabellón hubiera sido ocasionalmente el de las Naciones Unidas y el apoyo logístico hubiera tenido un carácter internacional.

En términos de la situación española, todo lo anterior había implicado un sacrificio económico —tres mil quinientos millones de pesetas según declaraciones del ministro de Defensa, Julián García Vargas— un desgaste para el gobierno ante un sector de la opinión pública, un riesgo de ataques terroristas islámicos, una colaboración con la máquina de guerra de Estados Unidos que, por ejemplo, tuvo que sobrevolar el territorio nacional con sus aviones y, sobre todo, un enfrentamiento con posiciones de izquierdas que, enraizadas en posturas propias de la guerra fría, favorecían cualquier acción contraria a la adoptada por Estados Unidos y además la aprovechaban de manera demagógica para intentar erosionar al gobierno.

Frente a esas posiciones, protagonizadas por la IU del comunista Julio Anguita, UGT, CC.OO. y, en menor medida, por HB o EE, el resto de la oposición —fundamentalmente el PP y CiU— mantuvieron una actitud de responsabilidad que renunció a desgastar electoralmente al gobierno socialista en favor de una política de Estado. En apariencia al menos, tanto el PSOE como el PP y CiU habían demostrado una notable madurez en el tratamiento de la guerra del Golfo, madurez que implicó para el gobierno socialista adoptar decisiones impopulares como aceptar los muertos —afortunadamente escasos— en el conflicto, permitir el paso por territorio nacional de la aviación

estadounidense, destituir a los cargos designados por el gobierno que se opusieron a la participación en la guerra o no dar información al Parlamento sobre las tareas realizadas por las fuerzas españolas. En todos los casos, el gobierno presidido por Felipe González[198] actuó de manera discutible pero, a la vez, plenamente comprensible en el curso de una guerra.

Sin embargo, por desgracia, lo que había parecido una clara muestra de sensatez y responsabilidad políticas se vería alterada unos años más tarde y precisamente contra el mismo enemigo derrotado en la guerra del Golfo. Lo más grave es que el olvido de las lecciones del conflicto se produciría precisamente tras acontecimientos que demostraban hasta qué punto el islam continuaba siendo una amenaza para Occidente.

Capítulo IX

LA AMENAZA DEL TERRORISMO ISLÁMICO: ANTES Y DESPUÉS DEL 11 DE SEPTIEMBRE

Ben Laden: el nacimiento de un dirigente musulmán

A inicios de 2001, el autor de estas líneas fue invitado por Jordi González, a la sazón director de uno de los programas en catalán emitidos en Radio Nacional de España, para tratar de manera monográfica la figura de Osama ben Laden. En el curso de la intervención señalé que el personaje en cuestión era mucho más peligroso de lo que podía imaginar una opinión pública para la que, mayoritariamente, era un absoluto desconocido y que, por desgracia, no se podía descartar que en cualquier momento llevara a cabo un atentado terrorista de envergadura contra Occidente.

Desgraciadamente, no me equivoqué en mis apreciaciones. El 11 de septiembre de 2001, mientras me hallaba remontando el Nilo, Osama ben Laden llevó a cabo unos atentados contra las Torres Gemelas de Nueva York y el Pentágono que, ciertamente, cambiaron la Historia. Curiosamente, en su segundo comunicado, Ben Laden señalaba que el Islam iba a recuperar los territorios perdidos no sólo en Palestina, sino también en Al-Ándalus. La vieja reivindicación islámica sobre España volvía a resonar en medio del horrible clamor originado por los millares de víctimas ocasionadas por el terrorismo islámico en Nueva York.

Los atentados del 11 de septiembre desataron una oleada de especulaciones acerca de la posible identidad de su autor. Una vez identificado éste con Osama ben Laden, comenzaron a circular rumores acerca de una de esas trágicas paradojas en las que resulta pródiga la Historia. En este caso, consistiría en afirmar que Ben Laden habría sido entrenado por la CIA durante la invasión de Afganistán y, de manera involuntaria, Estados Unidos se habría labrado su propia desgracia. En otras palabras, según algunos difusores del pensamiento «políticamente correcto» Estados Unidos tenía lo que se merecía, un juicio en el que habría estado de acuerdo el propio Ben Laden. La realidad, sin embargo, era muy distinta y, a la vez, muy reveladora. Ben Laden era fundamentalmente, un tibio hijo del islam que un día había llegado a la conclusión de que debía combatir hasta la muerte por el triunfo de las doctrinas del profeta Mahoma. La ocasión para poner en práctica sus creencias no llegó plenamente hasta 1979 con la guerra de Afganistán y se desarrolló durante la década de los ochenta.

Durante la segunda semana de diciembre de ese año se desplegaron en Kabul, Afganistán, las primeras unidades soviéticas aerotransportadas. El día 20 tuvo lugar la llegada de más tropas paracaidistas procedentes de la URSS, pero el golpe de estado pro soviético no se produjo hasta el día de Navidad. El presidente Hafizullah Amin, pro marxista, fue muerto a tiros en su propio despacho por agentes soviéticos. Amin había derrocado previamente al también marxista Nur Mohammed Taraki y había sido ahora derribado por Babrak Karmal, un personaje que había contado

con el respaldo soviético para su toma del poder. Apenas consumados los primeros pasos, Karmal solicitó inmediatamente ayuda soviética, lo que en apariencia legitimó la entrada en territorio afgano de un contingente de ochenta y cinco mil soldados de la URSS. El mando invasor contaba con apuntalar a Karmal mediante la permanencia de un contingente de entre ocho y diez mil soldados en Kabul, pero no pensaba en una campaña larga. A fin de cuentas, en términos geoestratégicos no se habían producido cambios, ya que Afganistán era aliado de la URSS desde hacía casi una década y, posiblemente, lo único que deseaban los soviéticos era evitar trastornos políticos en el seno de un país amigo. Sin embargo, la medida causó en aquellos momentos una comprensible preocupación en el presidente estadounidense Carter, que decidió enfrentarse a la situación reduciendo los envíos de trigo a la URSS, boicoteando los Juegos Olímpicos de 1980 que se celebrarían en Moscú y retirándose de las conversaciones SALT II. Al mismo tiempo, realizó acercamientos a los gobiernos de Egipto y China para que prestaran ayuda a los rebeldes afganos.

Egipto, efectivamente, proporcionó bases para transportar armas a Afganistán. En cuanto a China, vendió algunas armas soviéticas a Estados Unidos y envió algunos equipos de entrenamiento a Afganistán para ayudar a los rebeldes. Mientras la fuerza expedicionaria soviética crecía hasta alcanzar los ciento cuarenta mil hombres, Estados Unidos comenzó a pensar en la articulación de acciones encubiertas, un proyecto que se convirtió en realidad al llegar Ronald Reagan a la presidencia. Si la administración Carter entregó a los afganos material por unos 30 millones de dólares, Reagan ordenó unos incrementos que establecieron el presupuesto de ayuda del año 1987 en 630 millones. Por añadidura, Estados Unidos se hizo cargo de los gastos ocasionados por los refugiados en Pakistán hasta una cuantía de un millón de dólares al día.

El hecho de que Afganistán se convirtiera en la guerra encubierta más cara de la historia de Estados Unidos no fue del gusto de la CIA, y contó con una participación muy magra de la agencia. No le faltaban razones, ya que los fondos proporcionados por Estados Unidos eran administrados a través de un conjunto de generales pakistaníes no exentos de sospecha. La mayor parte de la ayuda se concretó así en el envío de armas no especialmente sofisticadas —250 ametralladoras hasta la primavera de 1984, por ejemplo— e incluso obsoletas, como los 7.500 rifles Lee-Enfield entregados a los rebeldes. Por añadidura, no pocas armas se perdieron por el camino. Así, en enero de 1985, la CIA empleó 50 millones de dólares en comprar 40 cañones antiaéreos suizos marca Oerlikon. En 1987, sólo 11 de estos cañones habían llegado a los rebeldes. El envío de asesores de Estados Unidos a Afganistán tampoco parece que estuviera conectado con la CIA, e incluso las tareas de entrenamiento se realizaron fuera de Afganistán, a diferencia de lo que hicieron los agentes chinos. Por ejemplo, Andrew Eiva, un oficial de los boinas verdes, entrenó afganos que combatían contra la URSS, pero en Pakistán y Alemania Occidental.

Se trató, sin embargo, de casos excepcionales, y en absoluto cabe afirmar que la resistencia afgana era meramente una pantalla de la intervención estadounidense. En términos generales, la mayoría de las fuerzas afganas eran totalmente nativas, no contaban con muchos medios y carecían de presencia extranjera en sus filas. La resistencia generalizada, el sistema de guerrillas, la accidentada geografía y la imposibilidad de controlar las zonas rurales resultaron decisivas en la derrota soviética, aunque también influyeran la incompetencia militar de los invasores y, en menor lugar, el armamento aportado por distintas potencias.

Resulta más que dudoso que la CIA entrenara a Ben Laden para combatir en Afganistán no sólo porque no está demostrado que desarrollara ese tipo de acciones en el área, sino porque incluso los asesores estadounidenses que intervinieron en ese tipo de tareas fueron escasos y operaron por regla general fuera del país. Existe además otro factor no despreciable a la hora de rechazar esa hipótesis, y es que en esas fechas, Ben Laden ya había adoptado una orientación claramente antiestadounidense y mantenía conexiones con operaciones terroristas contra objetivos occidentales, como fue el ataque

del 23 de octubre de 1983 contra acantonamientos de marines estadounidenses y militares franceses en Beirut, que se tradujo en la muerte de 58 de éstos y 241 de aquéllos, o el atentado contra la embajada estadounidense de la misma ciudad el 20 de septiembre de 1984.

Por lo tanto, a la cuestión de si Ben Laden recibió entrenamiento de la CIA habría que responder negativamente no sólo porque ésta limitó su intervención en Afganistán a proporcionar armas de manera indirecta a los rebeldes, sino también porque Ben Laden ya estaba en aquellas fechas claramente comprometido en la lucha contra Occidente. Por añadidura, Ben Laden había concebido ya una nueva forma de guerra de la que los atentados del 11 de septiembre —como los cometidos anteriormente por él contra objetivos occidentales— no eran sino meras manifestaciones. Se trataba de las denominadas guerras de cuarta generación.

La estrategia del terrorismo islámico: las guerras de cuarta generación

Suele ser habitual entre ciertos sectores de los medios de comunicación occidentales el realizar una interpretación de los movimientos terroristas —especialmente si desarrollan sus actividades en el Tercer Mundo— que repite, en algunos casos inconscientemente, el esquema propagandístico de la Komintern y de la URSS desde inicios del siglo XX hasta los años noventa. De acuerdo con este esquema —que quizá ha calado tan hondo debido a su aparente simplicidad—los movimientos terroristas se articulan en torno a pueblos desesperados a los que no queda más remedio que recurrir a una terrible violencia para hacerse escuchar. Según esta visión, la miseria, la pobreza y la opresión son la causa verdadera del terrorismo. La realidad, por difícil que pueda parecer tras décadas de propaganda repetida machaconamente, es muy distinta. A decir verdad, si el terrorismo naciera de la combinación de pobreza y opresión, el África subsahariana sería el mayor foco de actividad terrorista del globo, cuando la realidad no puede ser más diferente.

El terrorismo ha nacido históricamente —no es un fenómeno nuevo, como ya vimos al tratar la aparición del islam— de la combinación de varios factores como son el sentimiento de hiperlegitimidad que deriva de un pensamiento totalitario, la consideración de la violencia como un instrumento indispensable para la consecución de unos fines y la exculpación moral —cuando no glorificación ética— que nace de la suma de los dos factores ya señalados. Estas circunstancias explican que el terrorismo haya estado vinculado fundamentalmente a lo largo de la Historia a tres formas de pensamiento que pretenden no sólo ser la verdadera explicación del mundo —en eso pueden coincidir con otras que no han derivado hacia el terrorismo—, sino que además consideran que la violencia es un método privilegiado para obtener su expansión. Esas tres formas de pensamiento han sido el nacionalismo, el socialismo y el islam y, de hecho, no existe un solo grupo terrorista en la actualidad en el que no aparezca uno de estos factores, no resultando tampoco extraño que se combinen los tres. Si ETA se proclama nacionalista y socialista, o si las FARC son socialistas, buena parte de los grupos terroristas islámicos —como los palestinos— se definen además como nacionalistas y socialistas.

Históricamente, también el terrorismo ha distado mucho de ser un fenómeno que pudiera mantenerse sin poderosas ayudas internacionales. Si hasta 1990 la URSS —y satélites suyos como Libia, Siria, Argelia o Cuba— fue un factor esencial para comprender la supervivencia de los diversos grupos, a partir de entonces el terrorismo se ha sostenido gracias a su implicación en actividades ilegales como el tráfico de drogas y el blanqueo de dinero, por medio del apoyo de partidos políticos institucionales o —y éste es el caso del terrorismo islámico— debido al respaldo de naciones que le proporcionaban dinero, armas, refugio y apoyo logístico. En otras palabras, el terrorismo no es fruto de la miseria y de la opresión, sino de una mentalidad totalitaria convencida de la legitimidad de la violencia, una violencia encaminada a aterrorizar al contrario, al que no se combate de manera ni legal ni convencional, hasta obligarle a capitular sofocado en sangre.

En el caso del terrorismo islámico —como en el caso del integrismo islámico— los historiales

de los distintos grupos terroristas confirman de manera pavorosa esta hipótesis. Por regla general, los dirigentes pertenecen a las elites nacionales y no a los estratos populares; su forma de vida es acomodada materialmente; suele ser habitual —aunque cada vez menor por razones cronológicas— la vinculación pasada con distintos servicios del bloque comunista y con países que han acogido a terroristas; y su mensaje —que apela al pueblo— es ejecutado, sobre todo, por gente de clases medias o altas que ambicionan cambiar el sistema para adaptarlo a su propia y cruenta utopía. De hecho, ni Ben Laden ni los terroristas de Al-Qaida conocidos hasta la fecha proceden de la miseria, sino de segmentos bien acomodados.

Esta circunstancia —la de su pertenencia a las elites y no a las masas a las que, supuestamente, representan y piensan redimir— explica el planteamiento estratégico global de Al-Qaida en particular y del terrorismo islámico en general, un planteamiento que persigue expulsar a Occidente, cuya escala de valores es indeseable, de la cercanía de los países musulmanes, y apoderarse de una serie de lugares que se consideran territorio de una legítima expansión islámica. Entre esos territorios se hallan, por supuesto, Gaza y Cisjordania, pero también el continente africano, secciones importantes del sureste asiático como Filipinas e Indonesia y, por supuesto, Al-Andalus, un Al- Andalus cuyo límite norte fijan algunos ideólogos islámicos en Córdoba, Granada o incluso Toledo.

En ese enfrentamiento —nada nuevo pero sí más virulento— el terrorismo islámico no se limita a asesinar a inocentes, a enviar a fanáticos a inmolarse causando la muerte de docenas de víctimas o a entrenar para matar y suicidarse a niños. Por el contrario, ha desarrollado una geo-estrategia de lucha larga y prolongada que se centra en la aceptación de la forma de combate conocida como guerras de cuarta generación. Así, *Al-Ansar*, el órgano oficial de Al-Qaida, publicaría un artículo de Abu Ubeid al-Qurashi, lugarteniente de Ben Laden, en el que, además de reiterar su orgullo por haber perpetrado los atentados terroristas del 11 de septiembre, señalaría las razones estratégicas para esperar una victoria de Al-Qaida en la guerra contra Occidente.[199] El triunfo depende de la puesta en marcha de un nuevo tipo de conflicto armado, el denominado «guerra de cuarta generación».

Considerado por *Al-Quds Al-Arabí* como uno de los personajes más cercanos a Osama ben Laden, Abu Ubeid al-Qurashi es, sin ningún género de dudas, uno de los cerebros más brillantes de la organización terrorista islámica Al-Qaida. Desmintiendo el arquetipo que identifica el integrismo islámico con un conjunto de fanáticos ignorantes y desarrapados, el artículo de Al-Qurashi demuestra que nos hallamos ante un hombre que ha leído y asimilado las teorías estratégicas de personajes de tanta talla militar como William S. Lind, Thomas X. Hammes o Vincent J. Goulding Jr., y que entre sus materiales de meditación no sólo utiliza el Corán, sino también la *Marine Corps Gazette*, *Survival* o *Parameters*. Creyente convencido en la teoría de las guerras de cuarta generación o cuarta fase, Al-Qurashi sostiene en su artículo que, a pesar de la enorme diferencia de medios existente entre la maquinaria de guerra occidental y la islámica, Al-Qaida puede obtener la victoria.

Las razones para semejante aserto no parecen endebles. En primer lugar, se halla la enorme dispersión de las fuerzas terroristas. Mientras que los ejércitos occidentales son visibles y necesitan complicadas operaciones logísticas para desplazarse, los terroristas islámicos pueden atacar en cualquier parte del globo ocultándose y replegándose. No pueden así ser aniquilados en una guerra convencional, ni pueden ser aplastados en una batalla decisiva. Es cierto que Estados Unidos, Israel y otros países occidentales podrían utilizar una fuerza convencional extraordinaria e incluso recurrir al armamento nuclear pero, en la práctica, tal opción resulta imposible. Ni la opinión pública nacional ni la internacional lo permitirían. Por lo tanto, en el enfrentamiento con el terrorismo sus fuerzas se ven mermadas precisamente frente a un adversario que exige el máximo despliegue.

En segundo lugar, y éste es un factor de inmensa importancia, el terrorismo islámico combate en condiciones muy superiores en el terreno de los medios de comunicación, precisamente en el seno de una sociedad, como la occidental, cada vez más mediatizada. Mientras que en las zonas controladas

por Al-Qaida o grupos similares resulta imposible por definición contrastar las opiniones emitidas por los órganos de propaganda con la realidad, en Occidente los gobiernos no sólo están fiscalizados por los órganos legales competentes, sino también por la opinión pública formada e influida por los medios. Como señala muy acertadamente Al-Qurashi, la labor de esos medios equivale a regalar «varias divisiones» a los terroristas, ya que en ellos abundan las opiniones y las líneas editoriales que, por sistema, se van a mostrar cercanas a los terroristas retratándolos como luchadores por la libertad, patriotas u oprimidos, a la vez que representan a los gobiernos propios, al de Estados Unidos o al de Israel, como imperialistas sin escrúpulos. Por supuesto, esto implica una especial habilidad por parte de los grupos terroristas a la hora de relatar sus acciones. Si de cara a Occidente pueden presentarse como víctimas, de cara a sus potenciales seguidores aparecen como poderosos vencedores. Tal sería, por citar un ejemplo reciente, el caso de los palestinos en la batalla de Yenín librada contra Israel. Mientras ante la opinión pública mundial se presentaban como víctimas de un «genocidio», ante la suya propia se describían como hábiles guerreros que habían sabido arrastrar a las tropas israelíes a una trampa en Yenín en la que serían exterminadas. En Occidente casi nadie conoció la versión utilizada para uso interno por los palestinos, y en muchos casos se aceptó por diversas razones la descarada mentira propagandística.

Esta actitud —que causa una satisfacción cercana al regodeo en Al-Qurashi— debilita enormemente la capacidad de resistencia de Occidente, erosionada desde el interior y, en términos prácticos, la coloca en una cifra baja de víctimas a partir de la cual optará por aceptar la derrota. Por el contrario, ese planteamiento es inaceptable para el terrorismo islámico que cuenta, en potencia, con centenares de miles de asesinos suicidas a los que piensa utilizar llegado el momento.

En resumen, Occidente es más poderoso militarmente y, en teoría, podría ganar la guerra si ésta se desarrollara como otras que se han sucedido a lo largo de los siglos. Sin embargo, con unos medios de comunicación que, consciente o inconscientemente, son antioccidentales y simpatizan con los terroristas convirtiéndolos en patriotas y luchadores por la libertad a pesar de que la realidad es muy distinta; con una opinión pública que no consentiría la utilización de todo el armamento convencional y mucho menos del nuclear; con un tope de víctimas, realmente no elevado, a partir del cual un gobierno se vería obligado a retirarse si no desea perder unas elecciones; y, finalmente, con un número de adversarios suicidas incalculable, Occidente está condenado a perder la guerra. Tarde o temprano se irá retirando de las distintas regiones del globo y el islam obtendrá la victoria.

Desde el 11 de septiembre de 2001, el terrorismo islámico —de Al-Qaida y de otros grupos— no ha dejado de golpear objetivos occidentales en territorios que considera, muy discutiblemente, propios, y el hecho de que Occidente haya obtenido la victoria en dos guerras convencionales brillantemente resueltas —Afganistán e Iraq— no puede servir para opacar esa realidad. Un estudio pormenorizado de los atentados obliga a llegar a varias conclusiones. La primera es que los objetivos no son mayoritariamente militares, sino ideológicos. Se ha atacado iglesias cristianas (una protestante en Islamabad el 17 de marzo de 2002; otra en Daska, Pakistán, el 25 de diciembre de 2002); a misioneros cristianos (trabajando en una escuela en Murree, Pakistán, el 5 de agosto de 2002; atendiendo un hospital bautista en Yibla, Yemen, el 30 de diciembre de 2002; predicando el Evangelio en El Líbano y Trípoli, el 7 de mayo de 2003); sinagogas (en Yerba, Túnez, el 11 de abril de 2002); negocios occidentales (trabajadores franceses de la DCN en Karachi, Pakistán, el 8 de mayo de 2002; trabajadores occidentales en un yacimiento petrolífero de Mareb, Yemen, el 18 de marzo de 2003, etc.); a turistas occidentales (asesinato de doscientas dos personas en Kuta, Bali, el 12 de octubre de 2002; cuarenta y cinco muertos —entre ellos cuatro españoles— en Casablanca, Marruecos, el 16 de mayo de 2002); y sedes diplomáticas y de organismos internacionales (muerte de diecisiete personas —entre ellas el capitán de navío español Manuel Martín Oar— en la sede de la ONU en Iraq el 18 de agosto de 2003, etc.). Si los objetivos resultan claros y cuentan con precedentes

numerosísimos en la historia del islam —los infieles, los cristianos, los judíos, los que hacen negocios, los empleados de organismos internacionales y sedes diplomáticas— no lo son menos los lugares donde se han cometido los atentados. En general se trata de zonas en las que los terroristas esperan desestabilizar a gobiernos islámicos más moderados (Yerba, Túnez, 11 de abril de 2002; Ammán, Jordania, 28 de octubre de 2002; Casablanca, Marruecos, 16 de mayo de 2003), o bien territorios en los que ansian la expansión (Yakarta, Indonesia, el 6 de noviembre de 2001, el 23 de septiembre de 2002, el 24 de abril de 2003, el 27 de abril de 2003 y el 5 de agosto de 2003; Calcuta, India, 22 de enero de 2002; Zamboanga, Filipinas, 2 de octubre de 2002; Kuta, Bali, 12 de octubre de 2002; Mali, 18 de agosto de 2003), o incluso en regiones totalmente islamizadas en las que resulta intolerable la simple presencia de un infiel (Karachi, Pakistán, 23 de enero de 2002, 8 de mayo de 2002 y 14 de junio de 2002; Murree, Pakistán, 5 de agosto de 2002; Daska, Pakistán, 25 de diciembre de 2002; Yemen, 6 de octubre de 2002 y 18 de marzo de 2003). El número de víctimas en este breve periodo ha ascendido a centenares —en su mayoría occidentales y civiles— y ha sido frecuente la utilización de terroristas suicidas para llevar a cabo los asesinatos. En todos y cada uno de los casos se confirmó el aserto de que en cualquier lugar donde el islam es frontera existe un conflicto armado.

En el espacio de tiempo que siguió a la guerra del Golfo, quedó pues claramente de manifiesto el peligro que implicaba el terrorismo islámico. Se produjo la caída del Muro de Berlín y, por lo tanto, la desautorización de los análisis e interpretaciones realizados por el bloque comunista durante la guerra fría, y Occidente se ha visto enfrentado con más claridad que nunca a una guerra de cuarta generación desencadenada por grupos islámicos. Sin embargo, cuando en el año 2002 tuvo que hacer frente a una amenaza de especial envergadura procedente del islam demostró, de manera inquietante, que no sólo no parecía haber aprendido las lecciones, sino que además las predicciones de Al-Qurashi, el lugarteniente de Ben Laden, tenían buenas razones para considerarse posibles. España no sería una excepción —más bien todo lo contrario— a ese inquietante panorama general.

Capítulo X

LA GUERRA CONTRA IRAQ (II): EL DERROCAMIENTO DE SADDAM HUSSEIN

De cómo Occidente no aprendió la lección

La operación Tormenta del Desierto concluyó con una victoria indiscutible de los aliados encabezados por Estados Unidos en el plano militar. Fue, sin embargo, una victoria mutilada en el terreno político. La decisión de George Bush de no derrocar a Saddam Hussein —en parte porque carecía de mandato internacional para ello, y en parte porque temía crear un vacío de poder en la zona que aprovechara la dictadura islámica de Irán— hizo bueno el aserto del general Patton en el sentido de que los políticos no acaban del todo las guerras y, por ello, acaba produciéndose el estallido de un nuevo conflicto armado que exige la intervención de los militares.

Como ha sido tradicional históricamente en mentalidades educadas en el islam, Saddam Hussein no interpretó su permanencia en el poder como un acto de clemencia del adversario o una oportunidad para asumir un comportamiento político acorde con la legalidad internacional, sino como una muestra de debilidad que debía aprovechar para continuar haciendo su voluntad. Tras aceptar formalmente el pago de reparaciones de guerra y la eliminación de todas las «armas de destrucción masiva de Iraq» —químicas, biológicas y nucleares— comprobada por expertos de la ONU, el dictador iraquí, en apenas unas semanas, exterminó a sus adversarios tras desencadenar un vigoroso movimiento represivo en el interior que incluyó, por ejemplo, el bombardeo de poblaciones civiles kurdas. Saddam Hussein se había afianzado nuevamente en el poder y no tardaría

en aprovecharlo.

En 1995, el Consejo de Seguridad de la ONU aprobó el programa «Petróleo por Alimentos» para aliviar la crisis humanitaria que había provocado la política de sanciones decretada contra Saddam Hussein. La medida —comprensible en términos humanitarios— permitió al dictador realizar pingües negocios petrolíferos que no beneficiaron a su pueblo, con excepción de sectores especialmente adictos, y proceder a rearmarse de manera clandestina. En el otoño de 1997, Saddam Hussein se sentía tan seguro en el plano internacional que se negó a facilitar el acceso a la UNSCOM —la comisión de la ONU encargada de encontrar las armas de destrucción masiva— a lo que denominó «lugares presidenciales». Según Richard Butler, a la sazón presidente de la UNSCOM, precisamente desde esos enclaves «se dirigía y ejecutaba el programa de estas armas y se almacenaban los componentes físicos». Por supuesto, la ONU reaccionó contra ese desafío y tanto la resolución 1.115 de 21 de junio de 1997 —que amenazaba a Iraq con nuevas sanciones si no facilitaba el acceso «inmediato, incondicional y sin restricciones» a los expertos de la ONU— como la 1.134 de 23 de octubre de 1997 —que expresaba la «firme intención» de imponer nuevas sanciones en seis meses si continuaba impidiendo las inspecciones— son prueba de ello. Sin embargo, las resoluciones del Consejo de Seguridad no impulsaron a Saddam Hussein a cambiar de comportamiento. Por el contrario, su empecinada resistencia en no permitir el acceso a esos lugares y el número considerable de los mismos llevó a un estancamiento de la situación. A finales de 1998, la UNSCOM, convencida de que no podía realizar su trabajo, se retiró de Iraq.

Sólo entonces pareció reaccionar la comunidad internacional ante lo que había sido una burla absoluta de Saddam Hussein a las condiciones del alto el fuego impuestas tras la operación Tormenta del Desierto. En diciembre de 1998, al producirse la retirada de la comisión de la ONU, Estados Unidos y el Reino Unido procedieron a bombardear masivamente objetivos en Iraq sin conseguir, por otra parte, que el dictador aceptara destruir las armas o permitiera el acceso a los lugares presidenciales.

Durante 1999, la ONU intentó retomar la situación recurriendo una política de entendimiento con Iraq. Así, la resolución 1.242, de 21 de mayo de 1999, reanudó el programa Petróleo por Alimentos, aunque Francia, Rusia y China expresaron su voluntad de haber sido más generosos con el dictador iraquí. El programa volvería a ser prorrogado mediante la resolución 1.281, de 10 de diciembre de 1999, y siete días después, en virtud de la resolución 1.284, el Consejo de Seguridad se comprometió a suspender las sanciones impuestas a Iraq si se reanudaba el programa de desarme. Esta última resolución fue aprobada por mayoría, pero Rusia, Francia, China y Malasia optaron por la abstención. Ese mismo día, 17 de diciembre de 1999, el Consejo de Seguridad de la ONU aprobó la creación de una nueva comisión que recibió el nombre de Comisión de las Naciones unidas para la Verificación, Inspección y Vigilancia (UNMOVIC). Su misión —que compartía con la Agencia Internacional de Energía Atómica (AIEA)— era el desarme total de Iraq, recayendo la dirección en el sueco Hans Blix.

Como sucediera ya antes de la guerra del Golfo, Iraq se había negado a obedecer la legalidad internacional si, previamente, no se aceptaban sus condiciones, que ahora incluían el levantamiento de las sanciones impuestas desde 1990 y el final de las zonas de exclusión aérea impuestas por Estados Unidos y el Reino Unido. La actitud condescendiente de la ONU y, en menor medida, de los aliados, permitió al dictador eludir el cumplimiento de las condiciones que habían posibilitado casi una década antes las condiciones del alto el fuego. Tanto en 1997 como en 1999, la comunidad internacional estaba plenamente legitimada para desencadenar un nuevo ataque contra Saddam Hussein por estas razones. No lo hizo, y una vez más el dictador iraquí llegó a la conclusión, no sin motivos, de que podía quebrantar el orden jurídico internacional —un orden que, desde la perspectiva islámica, tenía escaso valor— sin riesgo alguno. Occidente no parecía haber aprendido la

lección de la guerra anterior, y Saddam Hussein estaba más que dispuesto a aprovechar esa circunstancia.

Occidente recupera la iniciativa

La política injustificablemente miope de Occidente —fuera de Occidente la mayoría de los regímenes, y muy especialmente los islámicos, comparte actitudes y comportamientos con la dictadura de Iraq— fue objeto de un durísimo golpe con ocasión de los atentados del 11 de septiembre. Ciertamente, una buena parte de la opinión y de los medios occidentales intentó encontrar explicaciones, que poco distaban de la legitimación, a los atentados, así como cargar la responsabilidad más en la política de la nación atacada que en los objetivos del agresor terrorista. Sin embargo, los Estados Unidos —que por primera vez desde 1812 eran atacados en su territorio continental— no cayeron en tan grave error. El presidente George W. Bush, hijo del vencedor de Saddam Hussein, captó con una claridad que, lamentablemente, no habían tenido algunos de sus antecesores, que la única actitud posible para frenar el terrorismo era la firmeza, y que la guerra que se iniciaba contra él sería larga y dura.

En enero de 2002 Bush incluyó a Iraq dentro de los sistemas políticos que formaban el denominado «Eje del Mal», al que debería combatirse para garantizar no sólo la seguridad de Estados Unidos, sino la de todo el mundo. Tras una guerra rápida y victoriosa en Afganistán —donde las fuerzas abadas capitaneadas por Estados Unidos acabaron con el régimen de los talibán que había brindado apoyo a Ben Laden— Bush dirigió su atención hacia Iraq. La estrategia política de la Casa Blanca no pretendía, de hecho, más que hacer realidad las condiciones del alto el fuego concluido tras la guerra del Golfo y el más de medio centenar de resoluciones aprobadas desde 1990 por el Consejo de Seguridad contra Saddam Hussein.

Sin embargo, a pesar de lo justificado de la posición de Bush, que se sustentaba en instrumentos jurídicos internacionales respaldados por la ONU, chocó con una resistencia considerable en el plano internacional por parte de la aplastante mayoría de los regímenes dictatoriales y de algunos mandatarios occidentales que, de manera bien significativa, se enfrentaban con importantes problemas internos. A pesar de todo, el desprecio manifestado durante más de una década por el régimen de Bagdad hacia la legalidad internacional era tan obvio y descarnado que, finalmente, el 8 de noviembre de 2002 fue aprobada por unanimidad en el seno del consejo de seguridad la resolución 1.441.

La aprobación de la resolución 1.441 fue saludada en multitud de medios diplomáticos y de comunicación como una clara autorización de acciones militares contra la dictadura iraquí, y era lógico que así fuera, porque señalaba que el régimen de Bagdad debía dejar inspeccionar todo su armamento en el plazo de treinta días o atenerse a «graves consecuencias», graves consecuencias que fueron identificadas, con toda lógica, con una intervención militar. Sin embargo, a esas alturas Saddam Hussein había aprendido una lección de extraordinaria importancia que desde hacía años aprovechaban tanto los grupos terroristas palestinos como Al-Qaida. Nos referimos, claro está, al papel de los medios de comunicación en la formación de la opinión pública en Occidente y a la manera en que éstos podían ser utilizados, por citar palabras de Al-Qurashi, como si fueran «muchas divisiones nuestras». A diferencia de lo sucedido durante la guerra del Golfo, Saddam Hussein no expulsó a los periodistas occidentales ni lanzó severas proclamas contra Occidente. Más bien, siguiendo ejemplos como el de Arafat, dirigió encendidos mensajes en los que prometía la victoria a sus súbditos a la vez que se presentaba ante la opinión pública como una víctima de sórdidos manejos imperialistas. Al mismo tiempo —y de nuevo el paralelo con Arafat salta a la vista— se dedicaba a burlar el orden internacional. Así, Saddam Hussein accedió al regreso de los inspectores, pero no se puede decir que les facilitara el trabajo. El 27 de noviembre reanudaron sus tareas y, concluido el plazo, pidieron más tiempo.

Al amparo de la resolución 1.441, los aliados podrían haber desencadenado entonces un ataque, ya que había expirado el plazo y era obvio que Saddam Hussein estaba burlando, por enésima vez, lo dispuesto por el Consejo de Seguridad de la ONU. Sin embargo, para acallar las críticas internacionales ante una nueva guerra, Estados Unidos comenzó a barajar, por sugerencia del británico Blair y del español Aznar, la posibilidad de que se aprobara una nueva resolución que estableciera la fecha para una intervención militar en caso de que el dictador iraquí mantuviera su posición. El proyecto tenía cierta lógica, pero constituyó un grave error político, ya que tan sólo sirvió para que las diferencias en el Consejo de Seguridad quedaran aún más de manifiesto, y para que Saddam Hussein concibiera fundadas esperanzas de arrastrar a la opinión pública internacional en su favor y para que la resolución 1.441 —hasta entonces considerada por todos suficiente para iniciar una intervención armada— se viera vacía de contenido. En puridad, para evitar estos contratiempos, habría tenido más lógica que Estados Unidos y el resto de los aliados hubieran optado por un comportamiento similar al seguido durante la crisis de Kosovo, es decir, el desencadenamiento de acciones militares sin solicitar nuevas resoluciones del Consejo de Seguridad. Tal conducta, de manera bien reveladora, no ocasionó en el caso de Kosovo protesta alguna, salvo en grupos marginales, quizá porque el problema se hallaba dentro de Europa y no en un lugar lejano de Oriente y, quizá también, porque Milosevic no demostró en ningún momento una capacidad para utilizar los medios de comunicación extranjeros similar a la de Saddam Hussein durante este nuevo conflicto.

Con todo, Estados Unidos y sus aliados —que en esos momentos constituían la aplastante mayoría de las naciones de la Unión Europea— deseaban hallar una salida negociada, y en la cumbre de las Azores, celebrada a mediados de marzo de 2003, formularon un ultimátum instando a Saddam Hussein a exiliarse voluntariamente en el plazo de cuarenta y ocho horas. La cumbre de las Azores, en la que al lado de Bush se hallaban de manera especialmente destacada el británico Blair y el español Aznar, fue una última oportunidad para no ir a la guerra pero, como resultaba previsible, no la evitó. El dictador iraquí contaba con que la estrategia típica de las guerras de cuarta generación —una combinación de prensa favorable, de opinión pública apaciguadora o aislacionista, de dilación, de victimismo y de la lógica repugnancia ante la guerra sentida por las poblaciones occidentales— le permitiría salir vencedor del enfrentamiento. Razones no le faltaban, desde luego, para sentirse confiado.

España entra nuevamente en guerra

A todo lo anterior se sumó, por si fuera poco, la situación interna de los distintos países. Por ejemplo, para los dirigentes políticos de Francia, Alemania y Rusia —enfrentadas con serios aunque distintos problemas económicos— el oponerse a la política de Estados Unidos significó una magnífica oportunidad de desviar la atención de la opinión pública en direcciones opuestas a las dificultades nacionales que no lograban resolver. El antiamericanismo y la defensa de un dictador se convirtieron así en una excelente cortina de humo para tapar las terribles deficiencias en las respectivas administraciones. En el caso de Alemania y Francia se perseguía, por añadidura, mantener una hegemonía en el seno de la UE que podía verse muy erosionada por la formación de afianzas como la hispano-británica o la basculación de los países mediterráneos y del este de Europa hacia las posiciones hispano-británico-estadounidenses. La situación presentaba además agravantes cualificados en el caso francés porque a la sazón Francia seguía haciendo —como, por otra parte, sucedía desde décadas atrás— pingües negocios con la dictadura de Saddam Hussein y, a la vez, llevaba a cabo operaciones militares en África mucho más cruentas e injustificadas legalmente de lo que pudiera resultar la nueva guerra.

En el caso de España, la situación interna también había experimentado notables variaciones desde la primera guerra del Golfo. No sólo se había producido la caída del Muro de Berlín afectando

a la izquierda como, por otra parte, había sucedido en el resto del mundo, sino que además el centro-derecha había derrotado electoralmente por dos veces consecutivas —la segunda por mayoría absoluta— al Partido Socialista y, dados sus innegables éxitos en materia económica y social, era previsible que volviera a producirse un tercer triunfo electoral. Sobre ese panorama de fondo, el PSOE optaría —a diferencia del PP y CiU en la primera guerra— por adoptar una táctica similar a la de IU con la intención de desgastar a un gobierno que, de otra manera, parecía imbatible. Así, el nuevo secretario general socialista, José Luis Rodríguez Zapatero, señalaría en el Congreso de los Diputados que el PSOE no apoyaría un ataque contra Iraq ni aunque fuera autorizado por el Consejo de Seguridad[200], y se entregaría a una lucha política que tuvo como escenario fundamental no las instituciones democráticas sino, fundamentalmente, la calle. De esta manera rompería la sensata política de Estado que había prevalecido en el primer enfrentamiento con Saddam Hussein, se volvería contra la alianza internacional con Estados Unidos, optaría por una posición escandalosamente minoritaria entre los gobiernos de la UE, asumiría la dialéctica de IU, residuo de la guerra fría, y perdería de vista la perspectiva internacional sumido en una estrategia de regate corto encaminada exclusivamente a derrotar políticamente al PP. Así, por una curiosa pirueta de la Historia, Aznar asumiría el papel que había ya representado Felipe González una década antes —aunque sin el apoyo de la oposición y en una situación mucho más difícil— y Rodríguez Zapatero se convertiría en un remedo apagado de lo que había sido el comunista Julio Anguita.

La posición asumida por José María Aznar resultaba más espinosa, como ya hemos indicado, que la de Felipe González, pero aun así el presidente del gobierno estuvo dispuesto desde el principio a asumir unos costes personales y políticos muy superiores a los que tuvo que afrontar el dirigente socialista. De entrada, Aznar no se escudó —como en su día había hecho González— tras sus diferentes ministros, sino que capitaneó directa y frontalmente la situación. Mientras que en la primera guerra del Golfo, el rostro de Fernández Ordóñez —y en mayor medida el de Narcís Serra— quedó vinculado a las noticias e informaciones, en el de la segunda fue fundamentalmente el de Aznar. Por añadidura, y también en acentuado contraste con González, que tardó meses en hacerlo, desde el principio Aznar informó al Congreso de la situación. Así, el 18 de marzo, el día del ultimátum formulado a Saddam Hussein para que se exiliara, el gabinete de crisis acordó el envío de una flota de tres barcos y novecientos militares en misión humanitaria, y esa misma tarde Aznar dio cuenta al Congreso de lo decidido.

La acción de Aznar se inscribía además en una visión de la política internacional que podía calificarse de totalmente realista y sensata. Ya el 18 de diciembre de 2002, en el curso de una reunión celebrada en la Casa Blanca, Aznar y Bush coincidieron en señalar que el terrorismo era «la principal amenaza» del mundo actual, un gesto que reafirmaba toda la política aznariana de aislamiento de ETA en el plano internacional y que estrechaba los lazos de colaboración con Estados Unidos en ese aspecto. Tras esa reunión, Aznar señalaría con todo que el régimen de Saddam Hussein aún poseía margen para evitar la guerra.

El 30 de enero, Aznar —junto a los jefes de gobierno del Reino Unido, Italia, Portugal, Hungría, Dinamarca y Polonia, así como el presidente checo— apoyó en una carta publicada en varios diarios europeos y estadounidenses la postura de Bush sobre Iraq. No resulta extraño, por tanto, que cuando ese mismo día Aznar y Blair, de visita en Madrid, señalaron a Bagdad que aún existía una «última oportunidad» para desarmarse y evitar la guerra se sintieran respaldados por la mayoría de la UE, a pesar de las significativa oposición de Francia y Alemania. De hecho, cuando el 17 de febrero el Consejo Europeo publicó un texto en el que señalaba que correspondía «al régimen de Iraq poner fin a la crisis cumpliendo con las demandas del Consejo de Seguridad», Aznar expresó su satisfacción por lo que denominó un «paso firme» de la UE.

Durante el resto del mes de febrero, Aznar seguiría manteniendo conversaciones con distintos

mandatarios. El 21 y 22 se entrevistó con Bush en su rancho de Texas para discutir la posibilidad de presentar el proyecto para una nueva resolución ante el Consejo de Seguridad; el 26 lo hizo con Chirac en París; el 27, con el papa Juan Pablo II y Berlusconi; y el 27 y 28, con Tony Blair. De todos los mandatarios mencionados, tan sólo Chirac se opuso frontalmente a las tesis preconizadas por Aznar.

En el curso de marzo, los acontecimientos experimentarían una aceleración. El 16 tuvo lugar la cumbre de las Azores entre Bush, Blair y Aznar a la que ya nos hemos referido; el 17, España, Reino Unido y Estados Unidos anunciaron su decisión de no presentar un proyecto de nueva resolución ante el Consejo de Seguridad, y el 20, a las 5.35, hora local, daba inicio la operación «Libertad para Iraq» con el lanzamiento sobre Bagdad de cuarenta misiles de crucero Tomahawk y la intervención de aviones F-117 que buscaban objetivos precisos. Ese mismo día, los barcos españoles zarparon de Rota.

Las posibilidades de Saddam Hussein de resistir a las fuerzas aliadas eran limitadas. Sin embargo, el dictador iraquí basó todas sus posibilidades de triunfo en el peso de la opinión pública occidental. Así, mientras anunciaba continuas victorias que no existían, mantuvo a los corresponsales extranjeros en Bagdad controlando el contenido de sus informaciones en la medida de lo posible y suministrándoles imágenes de bajas civiles que pudieran conmover a las poblaciones occidentales. Si la guerra se alargaba lo suficiente como para que aumentara el número de muertos aliados, para que determinados medios contribuyeran a sembrar el horror en Occidente ante los resultados de los bombardeos aliados y para que algunos gobiernos amigos presentaran alternativas al conflicto, tenía posibilidades de mantenerse en el poder, al igual que había sucedido más de una década atrás.

En ese contexto, y teniendo en cuenta la mutación experimentada por el PSOE y los nacionalistas, que en los noventa habían apoyado la guerra del Golfo, poco extraña que la principal batalla que tuviera que librar el gabinete presidido por José María Aznar fuera la interna. A pesar de que compareció ante el Congreso en más ocasiones —incluyendo a petición propia el 5 de marzo— y en menos tiempo que Felipe González durante la primera guerra; a pesar de que comprometió ante el Congreso el 2 de abril una ayuda humanitaria para Iraq por 50 millones de euros; y a pesar de que el ministro de Defensa Federico Trillo también informaría sobre el sobrevuelo de los B-52 «no por poblaciones urbanas» —algo que había sucedido durante la primera guerra con considerable profusión—, el gobierno se vio sometido a la peor campaña de acoso y derribo de la reciente historia española.

El 26 de marzo se habían producido más de ciento setenta y dos ataques contra sedes y dirigentes del PP protagonizados por gente que pertenecía a grupos de la oposición y que incluso pudieron ser identificados;[201] los diputados y ministros del PP fueron calificados de «asesinos» en páginas de internet como noalaguerra.org y carteles de propaganda; las manifestaciones impulsadas por el PSOE, IU, los partidos nacionalistas, CC.OO. y UGT, y otros colectivos se multiplicaron exigiendo la dimisión del gobierno que, supuestamente, no representaba la voluntad popular; la UGT convocó el 7 de marzo una huelga general para el 10 de abril; el coordinador general de IU-EB, Javier Madrazo, acusó de «terrorista» a Aznar; cuatrocientas quince personas se adhirieron a la querella interpuesta en el Tribunal Supremo por la Asociación Libre de Abogados y la Plataforma de la Cultura contra Aznar por su apoyo al ataque contra la dictadura iraquí y, sobre todo, se desenterraron los más rancios lemas aislacionistas y antiamericanos. «Parece que somos treinta años más jóvenes», llegó a afirmar complacido un conocido comunicador y periodista que se manifestó opuesto a la política seguida por el gabinete presidido por Aznar. Se equivocaba. Nadie había rejuvenecido treinta años por oponerse a la política del gobierno. Tan sólo repetía, de manera que puede calificarse de patética, las consignas que quizá treinta años atrás podían aparentar tener un sentido, pero que ahora, tres décadas más tarde, concluida la guerra fría y con el terrorismo islámico en toda su pujanza, tan sólo

demostraban que no habían comprendido siquiera mínimamente los cambios que se habían operado en el mundo.

Puede afirmarse sin temor a exagerar que durante los escasos días que duró la guerra —mientras numerosos analistas insistían, no sin delectación, en que sería larga y se saldaría con un fracaso aliado— el gobierno tuvo frente a sí a la práctica totalidad de las fuerzas políticas, desde la extrema derecha a la extrema izquierda. Ambos extremos aparecían ahora identificados, como sucedía también en Francia, por una panoplia de fobias que se definían por el antiamericanismo, el antiliberalismo, el antiisraelitismo y el anticapitalismo. Que así se manifestara el Frente Nacional de Jean Marie LePen en Francia o la IU de Llamazares en España era comprensible, pero que a esos grupos se pudiera sumar el PSOE de Rodríguez Zapatero —perteneciente a la misma Internacional que los laboristas de Blair— era incomprensible desde la perspectiva de cualquier política de Estado responsable y realista.

El hecho de que una parte de los actores —que protagonizaron el 2 de febrero un espectáculo contra el gobierno con ocasión de la gala de entrega de los Goya, sin precedentes ni en la primera guerra del Golfo ni en la lucha contra ETA—, la mayoría de los medios de comunicación, los sindicatos y un sector significativo de los docentes apoyara con manifestaciones y huelgas el enfrentamiento de la oposición con Aznar, dio la sensación a muchos de que el gobierno del PP podía tener los días contados. Tal impresión fue acariciada como una certeza por la oposición, cuando el 7 de abril el periodista Julio Anguita Parrado, hijo del comunista Julio Anguita, pereció víctima de un misil iraquí y, sobre todo cuando, al día siguiente, el cámara de Telecinco, José Couso, murió en Bagdad víctima de un proyectil lanzado desde un carro de combate estadounidense.

Sin embargo, los hechos iban a desarrollarse de una manera muy diferente. El 9 de abril, al día siguiente de la muerte de Couso, los marines entraban en Bagdad, con lo que el conflicto quedaba sentenciado militarmente, y el 14 caía Tikrit, el último bastión en poder del régimen dictatorial de Saddam Hussein. La guerra había terminado. Los aliados habían vencido y con ellos, aunque muchos lo dudaran entonces, José María Aznar y su gobierno.

Los resultados de la guerra

Desde el punto de vista militar, la segunda guerra del Golfo fue un prodigio estratégico y táctico. Las operaciones se desarrollaron de manera brillante y rápida —a pesar de lo que durante el conflicto afirmaron muchos de los editorialistas y columnistas—, permitiendo que no se produjera un problema de refugiados como el que había acompañado a la primera guerra, y que el número de bajas tanto civiles como militares fuera extraordinariamente inferior. No sólo eso. En un intento de no proporcionar armas propagandísticas a un adversario sobrado de ellas y de no conmover más de lo indispensable a la opinión pública, los aliados renunciaron a realizar bombardeos previos al desencadenamiento de la ofensiva terrestre, como había sucedido durante la primera guerra. Sin duda, esa decisión significó la muerte de más soldados aliados, que habrían visto más allanado su camino con la acción previa de la aviación pero, en términos meramente humanitarios, sólo puede calificarse de intachable. Que, por lo tanto, el gobierno francés o el PSOE utilizaran los bombardeos como argumento contra la guerra sólo puede ser calificado de desmemoriado, cuando no de cínico, ya que Francia colaboró y el PSOE gobernaba España durante el primer conflicto, un conflicto en que la ofensiva terrestre fue precedida por oleadas de bombardeos que se extendieron desde el 17 de enero al 23 de febrero de 1991.

Por lo que se refiere a sus objetivos, la segunda guerra del Golfo también fue un éxito. Significó el final de un régimen dictatorial y agresor que había asesinado a poblaciones civiles enteras —enterrando después los cadáveres en inmensas fosas comunes—, que había practicado sistemáticamente la tortura, que había conculcado los derechos humanos más elementales y que constituía una verdadera amenaza no sólo para los países de la zona (repetidamente agredidos), sino

para la paz y la estabilidad mundial. Un dictador como Saddam Hussein, cercano a las mayores fuentes petrolíferas del planeta, habría podido poner en jaque al mundo entero causando especialmente un daño terrible a Europa y a los países más atrasados. Que semejante régimen fuera sustituido por un periodo de transición encaminado a establecer un sistema democrático sólo podía ser interpretado en clave positiva, salvo para aquellos que consideran, siguiendo la dialéctica de la guerra fría, que sólo deben celebrarse las derrotas de Occidente y, en especial, las de Estados Unidos e Israel. Enormes amenazas para la seguridad y la paz mundiales desaparecieron con el régimen de Saddam Hussein. Siquiera porque Iraq ha dejado de ser una potencia que da amparo y apoyo a grupos terroristas[202] o que almacena armas de destrucción masiva.[203]

En el curso de los meses siguientes, el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas no sólo apoyó en diversas resoluciones el esfuerzo de guerra aliado y la ocupación de Iraq, sino que incluso llegó a aceptar por unanimidad una resolución sobre el futuro de Iraq presentada por Estados Unidos, Reino Unido y España.[204] De esa manera quedaban desautorizados aquellos que habían insistido en que la guerra se había llevado a cabo de manera ilegal y que pretendía desarticular a las Naciones Unidas.

Igualmente quedó en entredicho el argumento de que Iraq no había poseído nunca armas de destrucción masiva y que semejante afirmación sólo había sido un pretexto para iniciar el conflicto. De hecho, la guerra se había iniciado por los obstáculos repetidos que Saddam Hussein había interpuesto contra la labor realizada por los inspectores de la ONU que, ciertamente, habrían carecido de sentido si las armas no hubieran existido. Por añadidura, el 2 de octubre de 2003, David Kay prestaba declaración sobre el Informe acerca del progreso de las actividades del Grupo de Inspección en Iraq (ISG, *Iraq Survey Group)* ante la Comisión Permanente de Inteligencia y otras comisiones parlamentarias de defensa y espionaje.

En ella indicaba que en los tres primeros meses de trabajo en Iraq tras la guerra habían hallado, entre otras armas de destrucción masiva, las siguientes:

«— Una red clandestina de laboratorios y de «casas seguras» del servicio de inteligencia iraquí que sirvió para guardar el equipo durante las supervisiones de la ONU y fueron muy útiles para continuar las investigaciones encubiertas de los programas de armamento biológico.

— Un laboratorio en una prisión, usado posiblemente para probar agentes biológicos en seres humanos, que los funcionarios iraquíes que preparaban las inspecciones de la ONU ordenaron explícitamente no declarar a los inspectores.

— Trazas de organismos biológicos encubiertos en el hogar de un científico, uno de los cuales se puede utilizar para producir armamento biológico.

— Nuevas investigaciones sobre agentes biológicos, como la brucelosis y la fiebre hemorrágica del Congo y trabajos para continuar en la investigación sobre el ricino (un veneno) y la aflatoxina, que tampoco fueron declarados a la ONU.

— Documentos y equipos, ocultos en los hogares de los científicos, que habrían sido útiles para reiniciar el enriquecimiento de uranio por centrifugación y la separación electromagnética de isótopos (para fabricar armas nucleares).

— Una línea de misiles no declarada completamente en una instalación para producirlos sin declarar y la admisión de que habían probado uno de estos misiles, con un alcance de 500 kilómetros, 350 kilómetros más allá del límite permitido.

— La capacidad secreta para continuar fabricando un propulsor de combustible útil solamente para los misiles prohibidos SCUD. Esta capacidad se mantuvo por lo menos hasta finales de 2001 y los científicos iraquíes que atendían a los inspectores de la ONU tenían la obligación de ocultárselo.

— Planes y trabajo de diseño avanzado para unos nuevos misiles de largo alcance con capacidad para llegar, por lo menos, a 1.000 kilómetros de distancia —más allá del límite de 150 kilómetros

que impuso la ONU—. Estos misiles habrían permitido que Iraq amenazara a otros países en Oriente Próximo, pues su alcance les hubiera permitido llegar a Ankara, El Cairo y Abu Dhabi.

— Intentos clandestinos entre finales de 1999 y 2002 para obtener tecnología proveniente de Corea del Norte relativa a la fabricación de misiles balísticos con un alcance de 1.300 kilómetros —probablemente el modelo No-Dong—, y a los misiles de superficie anti-buques con un alcance de 300 kilómetros, así como otros equipos militares prohibidos.»

La declaración oficial señala asimismo que «todos los laboratorios del servicio de inteligencia iraquí (IIS) visitados por los investigadores se han esterilizado claramente, incluyendo la retirada de muchos equipos, destrozando y quemando documentos e incluso retirando las placas de identificación de las puertas de los despachos».

Respecto a la «guerra biológica», era obvio que Saddam Hussein contaba con una «red clandestina de laboratorios y de instalaciones ocultas dentro del aparato del servicio de seguridad», y que «desde 1996 se estaba usando a seres humanos para probar sustancias químicas y biológicas».

Sin duda, los descubrimientos hasta la fecha de armas de destrucción masiva eran relevantes, pero a estas alturas todo parece indicar que no se ha pasado del inicio de la tarea. Como señala el mismo Kay, «hay aproximadamente 130 puntos iraquíes de los que se sabe que fueron almacenes de munición, muchos de los cuales exceden las 50 millas cuadradas de tamaño y albergan unas 600.000 toneladas de carcasas de artillería, cohetes, bombas de aviación, etc. De estos 130 silos de armamento, aproximadamente 120 todavía no han sido examinados».

El resto de la declaración —reproducida en parte en el Apéndice documental— hace referencia igualmente al desarrollo armamentístico propio y al programa de armamento nuclear auspiciado por Saddam Hussein. En ese sentido —y aunque los resultados se redujeran en el futuro, lo que resulta bastante improbable, a los hallazgos mencionados— no cabe duda de que la dictadura iraquí constituía un peligro enorme para la paz mundial y que ese peligro se sustentaba, considerable aunque no únicamente, en la posesión, almacenamiento y fabricación de armas de destrucción masiva.

Al fin y a la postre, la postura adoptada por Aznar —que repitió en multitud de intervenciones ante el parlamento y los medios de comunicación— se había sustentado en numerosas y sólidas razones. Éstas eran, expresamente, el respeto a la legalidad internacional burlada una y otra vez por el dictador iraquí, la lealtad a la alianza con Estados Unidos, la lucha internacional contra el terrorismo y el deseo de evitar el aislamiento internacional de España. A ello se sumaba —aunque seguramente no era pertinente señalarlo en público— el estrechamiento de lazos con Estados Unidos frente a un agresivo Marruecos que no dejaba de reivindicar Ceuta, Melilla y las Canarias, y que había protagonizado el vergonzoso incidente de Perejil, así como la necesidad perentoria de evitar que la UE fuera controlada exclusivamente por Francia y Alemania, precisamente las dos naciones que en la actualidad están haciendo peligrar irresponsablemente los criterios de convergencia y con ellos la supervivencia de una Europa unida. En todos y cada uno de esos aspectos, la postura mantenida por Aznar estaba más que justificada por los precedentes históricos y la situación contemporánea, y considerados ambos aspectos, no podía haber sido distinta.

De la guerra España emergería con una posición internacional más relevante que antes del conflicto y con logros innegables. Durante el mes de abril, España, que nunca había tenido tanto prestigio ante las naciones árabes, se convirtió a petición de Bush en mediador ante el régimen sirio y en sede de la oposición iraquí en el exilio que emitiría sus conclusiones en la denominada «Declaración de Madrid». El 7 de mayo, en esperada contrapartida por la colaboración española, Aznar se entrevistó en Washington con Bush, quien destacó la inclusión de Batasuna en su lista de grupos terroristas. Se trataba de un nuevo jalón en la estrategia de Aznar contra ETA, que en 2003 lograría un espectacular descenso de casi un 50 por ciento en las actividades de la banda terrorista.

A los éxitos internacionales no tardaron en sumarse los nacionales. La oposición, y en especial el PSOE, había jugado la baza de una guerra que se alargaría desgastando al gobierno de Aznar hasta las elecciones municipales y autonómicas de mayo de 2003. En teoría, el PP debía sufrir entonces una clamorosa derrota que podría acelerar el final de la legislatura y devolver al PSOE la ocupación de La Moncloa. Confiados en la sabiduría de esta táctica, ni el PSOE ni IU se ocuparon de otros temas salvo el de la guerra, susceptible, al parecer, de conducirles a la victoria electoral. Sin embargo, las elecciones municipales y autonómicas de mayo de 2003 se saldaron con una victoria del PP en términos generales, salvo en aquellas zonas donde ya gobernaba el PSOE. De esa manera, quedó de manifiesto que el PSOE e IU habían jugado una carta errónea, ya que la de la oposición a la guerra había proporcionado magros resultados y las referentes a otros problemas nacionales habían quedado sin utilizarse. En no mejor situación quedaban los artistas, periodistas, intelectuales y organizaciones que se habían manifestado contra la guerra. Su influencia social había demostrado ser, en realidad, muy inferior a la esperada y creída por ellos. Aznar ciertamente podía no haber sido comprendido por buena parte de la población española —que, no obstante, había considerado mayoritariamente durante el conflicto que Saddam Hussein era un peligro para la paz—[205]e incluso contestado por otra pero, al fin y a la postre, su triunfo tanto en el plano internacional como en el nacional era innegable para amargura de unos detractores vencidos y, sobre todo, desorientados porque la realidad no se había comportado de la manera que habían preconizado durante meses. El gran interrogante que ahora se planteaba era el de si sabrían aprender de sus errores.

Capítulo XI

PELIGROS DEL PRESENTE, PELIGROS DEL PORVENIR

El islam: problemas internacionales

Históricamente, la cercanía del islam se ha traducido para España en un constante encadenamiento de dramas históricos. En el siglo VIII, significó la aniquilación prácticamente total de una cultura hispano-germano-romana que, a la sazón, era la más importante de Europa occidental. Durante los siglos IX y X implicó una política no pocas veces genocida contra los cristianos que habitaban en tierras dominadas por el islam y continuos ataques contra los núcleos que pretendían mantener su identidad en el norte de la Península, ataques en los que la constante fue una lucha desesperada de los cristianos por conservar su libertad y su vida. Jamás existió una convivencia plácida y envidiable de tres culturas por la sencilla razón de que en los lugares en que se imponía el islam judíos y cristianos eran o esclavizados o convertidos en dhimmíes sobre los que en cualquier momento podía caer —y no fueron pocas las veces— la ira de una religión que no sólo se consideraba superior, sino que además se sentía llamada desde las predicaciones de su profeta a someter el mundo por completo a su ley. Tampoco supo el islam —¿podía acaso?— crear instituciones políticas estables o integrar a los diferentes musulmanes en un conjunto armonioso. Desde el principio, los árabes fueron aborrecidos por los muladíes y los beréberes, y la represión y las sublevaciones se convirtieron en episodios no por extraordinariamente sangrientos menos frecuentes. Cuando, finalmente, el califato estalló en una constelación de reinos de taifas musulmanes, en ellos prevaleció también por encima de cualquier otra consideración el elemento racial.

Desde el siglo XI hasta finales del XV, el islam fue un enemigo en franca retirada en España pero que, no obstante, no dejó de llamar en su ayuda a los correligionarios del norte de África para recuperar lo que consideraba territorio propio —Al-Andalus— a pesar de ser una tierra invadida penosamente reconquistada. El final de la Reconquista en 1492 fue, ciertamente, la conclusión de la

lucha sobre el territorio invadido por el islam casi ocho siglos antes, pero en absoluto implicó el término del enfrentamiento con las ansias imperialistas islámicas. Incapaz de renunciar a ningún territorio ocupado con anterioridad, el enemigo vencido en 1492 se convirtió ahora en una amenaza acechante que, apoyada en la quinta columna morisca, acosó violentamente a España durante los siglos siguientes.

A diferencia de Finlandia, Suiza o los países escandinavos, por citar algunos ejemplos, España no pudo escapar de su situación, nada privilegiada, de frontera con el islam. Por el contrario, buena parte de los esfuerzos bélicos de los siglos XVI y XVII fueron encaminados a defenderse de un agresor continuo e incansable al que victorias como las de Lepanto sólo frenaron en parte. Si durante el siglo XVIII y los primeros años del siglo XIX esos ataques se redujeron en parte se debió tan sólo a la debilidad de los pueblos islámicos cercanos. Se trató entonces de un paréntesis no pacífico pero sí menos salpicado de agresiones musulmanas contra España.

Durante el siglo XIX y, especialmente, el XX, el enemigo vencido y acechante se transformó en un enemigo agresivamente reivindicativo . España —que no tuvo más remedio que aceptar un protectorado en Marruecos, en parte para poder seguir defendiendo Ceuta y Melilla, y en parte por ineludibles presiones internacionales— se vio arrastrada a una durísima guerra contra Abd el Krim que sólo concluyó con la derrota del cabecilla musulmán. Fue esa indiscutible victoria militar la que, nuevamente, proporcionó un periodo de paz de varias décadas, quebrado esta vez a consecuencia de la política de descolonización. Ésta tuvo lugar de manera pacífica en lo que se refiere al protectorado, pero no evitó las ulteriores agresiones de Marruecos contra España. En menos de medio siglo, Marruecos desencadenó una guerra en Ifni; realizó actos terroristas contra elementos militares y civiles; ocupó el Sáhara mediante la Marcha Verde; dictó medidas que, violando el derecho internacional, perjudicaban los intereses españoles; reivindicó una y otra vez Ceuta, Melilla y otros territorios españoles en África, e incluso llevó a cabo la invasión armada de la isla de Perejil. En todos y cada uno de los casos, a la defensa española del derecho internacional, Marruecos opuso una perspectiva que se asentaba sustancialmente en su calidad de monarquía islámica de derecho divino y que contaba con el apoyo de los regímenes islámicos, así como de otras dictaduras. En todos y cada uno de los casos, también quedó de manifiesto que cualquier comportamiento español relacionado con la contemporización o el apaciguamiento fue siempre interpretado como una muestra de debilidad y seguido por un aumento de las presiones. A ese respecto, Marruecos continúa siendo hasta el día de la fecha nuestro problema principal en el plano internacional en relación con el mundo islámico. En el futuro, presumiblemente, Marruecos seguirá exigiendo la entrega de Ceuta, Melilla y las Canarias, a la vez que continúa relacionado con el tráfico de droga y de inmigrantes ilegales en el Estrecho, dos males estos últimos padecidos de manera muy especial por España.

El segundo gran problema internacional de corte islámico con el que se enfrenta España es el del terrorismo. Tras una larga lucha contra ETA, resulta obvio para cualquiera que España es una de las naciones que ha sufrido semejante plaga durante más tiempo. Esa circunstancia posiblemente ha influido en considerar que el principal problema terrorista para España está relacionado con el nacionalismo vasco y que nada tiene que ver con otros terrorismos. Semejante visión pasa por alto que, primero, el terrorismo es una creación de la URSS en la época de la guerra fría cuya finalidad esencial era desestabilizar las defensas de Occidente; segundo, que tras la caída del Telón de Acero, los grupos terroristas tuvieron que o desaparecer o reconvertirse para seguir existiendo; y, tercero, que la vinculación histórica entre ellos —cobertura de países satélites y colaboradores de la URSS como Libia, Siria, la Cuba de Castro o la Nicaragua sandinista— estableció vínculos que, en mayor o menor medida, existen todavía en la actualidad. En los distintos grupos terroristas —ya sean vascos, palestinos o colombianos— se da una cosmovisión similar que, por definición, es antioccidental y que pretende, a veces con éxito, atraer el apoyo de un sector de la opinión pública internacional

utilizando una propaganda que los define como «luchadores por la libertad», «combatientes antiimperialistas» o «patriotas». El que su ideología sea claramente totalitaria y que además se cebe incluso con sus paisanos no dispuestos a someterse a sus fines ya descalifica lo suficiente semejantes pretensiones.

En virtud de esa hilazón entre los distintos grupos y de los compromisos internacionales asumidos (OTAN, UE, etc.) resulta utópico pensar que España iba a verse libre de los ataques de un terrorismo como el islámico. En ese sentido, las medidas adoptadas por el gobierno presidido por Felipe González durante la primera guerra del Golfo para enfrentarse con posibles ataques terroristas demuestran hasta qué punto mucho antes del 11 de septiembre y de la derrota de Saddam Hussein en 2003, España era objetivo de bandas terroristas que iban más allá de ETA.

Precisamente por todo lo anterior, resulta imperativo que la ciudadanía y las instituciones españolas comprendan que no hay distintos terrorismos, que cualquiera puede golpear en un momento u otro, que no pueden ser legitimados, siquiera indirectamente, denominando a los terroristas «patriotas» o «luchadores por la libertad», y que la única salida frente a ellos es la firmeza y la persecución de una meta que no puede ser otra que el final de las organizaciones terroristas. Sólo cuando éstas hayan desaparecido, podrá Occidente respirar tranquilo, y para ello resulta indispensable que los futuros gobiernos españoles y las instituciones, que los medios de comunicación y los ciudadanos, capten lo que significa estar librando una guerra de cuarta generación contra el terrorismo islámico.

El islam: problemas internos

Lamentablemente, los desafíos que presenta el islam para la convivencia libre, pacífica y democrática en España no se limitan únicamente a problemas de carácter internacional. En realidad, podría decirse que buena parte de los retos de mayor calado viene referida a situaciones internas.

La primera de esas situaciones gira en torno al cúmulo de desafíos derivados de la inmigración. Más allá de las consignas de lo políticamente correcto, en un extremo, o de la xenofobia, en el otro, lo cierto es que la inmigración plantea enormes problemas que deben ser resueltos de manera urgente y adecuada. La forma en que los inmigrantes afectan a cuestiones como la educación, la sanidad, el aumento de la delincuencia o el mercado de trabajo va, por supuesto, más allá del tema del islam. Así, en la actualidad, el hecho de que un inmigrante ilegal pero empadronado pueda recibir, junto a su familia, asistencia médica o educación gratuita a cargo de los contribuyentes no es una circunstancia que se vea modificada por el hecho de que proceda de Marruecos, Ecuador o Rumania. Por ello, nos ceñiremos tan sólo a aquellas cuestiones en que la presencia de inmigrantes musulmanes puede tener una incidencia especial en la vida de España. Estas son, desde nuestro punto de vista, principalmente tres.

La primera es el problema de la integridad territorial española y, más en concreto, la seguridad en Ceuta, Melilla y las Canarias. La afluencia de inmigrantes marroquíes a las dos primeras ciudades, aparte de la incidencia en la calidad de los servicios públicos destinados a los españoles pero que también cubren a los inmigrantes legales o no, puede plantearnos a muy corto plazo un problema de especial dificultad. Ante una nueva Marcha Verde —esta vez dirigida hacia Ceuta y Melilla— las autoridades españolas apenas tendrían posibilidad de reaccionar frente a una población islámica en más del 50 por ciento y vinculada por lazos de lealtad al sultán de Marruecos, supuesto pariente del profeta Mahoma. En apenas unos años, una inmigración incontenida —e impulsada en buena medida por la acción de las autoridades marroquíes— habría situado en manos del sultán la posibilidad de apoderarse de dos ciudades españolas. Dado ese paso, buena parte de los musulmanes procedentes de Marruecos no podrían ser expulsados por contar ya con la ciudadanía española, y las soluciones armadas quedarían descartadas siquiera por el temor a un sector de la clase política, de los medios de comunicación y de la opinión pública que abogarían por ceder una parte del territorio nacional a

cambio de mantener la paz.

El segundo problema derivado de la inmigración islámica se encuentra relacionado con la especial visión de la mujer que aparece en los textos sagrados del islam. De acuerdo con éstos —como ya vimos en la primera parte— la mujer no es sólo un ser cuyo testimonio vale la mitad que el del hombre o cuya participación en la herencia también ha de ser la mitad que la del varón. Asimismo es lícito golpearla, impedir que prosiga su educación e incluso mutilarla sexualmente. Algunas de estas circunstancias ya están viviéndose en España en la actualidad. No se trata sólo del hecho de que las niñas hayan de ir a clase con velo por orden paterna —un problema casi menor comparado con otros—, sino de los casos que ya se han dado de mutilación sexual de niñas, o de textos como el del imam de Fuengirola en los que se establece no sólo la licitud de golpear a las esposas, sino también la manera en que deben administrársele los tratos violentos para que no dejen señal y así eludir la lógica y obligada acción de una justicia que no es islámica. A esto hay que añadir los casos —cada día más frecuentes— de varones musulmanes que se niegan a atender a sus profesoras en el colegio o el instituto porque son mujeres, o las niñas que son privadas del derecho a la educación simplemente porque sus padres profesan la fe de Mahoma y así lo han decidido. Al respecto, no deja de ser significativo que los inmigrantes musulmanes sean el único colectivo extranjero asentado en España cuyos hijos ocupan un número inferior de plazas escolares del que podrían. La razón no es otra que el hecho de que evitan —a diferencia de hispanoamericanos, asiáticos o europeos— que una parte de sus hijas vaya a clase. Tampoco han faltado los casos de niñas repatriadas forzosamente a su país de origen simplemente porque a lo no pertinente, desde un punto de vista islámico, de sus estudios, se sumaba el deseo de casarlas a una edad temprana, por encima de cuál pudiera ser su voluntad.

Internamente, la llegada ininterrumpida —y presumiblemente creciente— de inmigrantes musulmanes implica el aumento demográfico de un punto de vista acerca de la mujer que es previo al medievo, pero al que, con ser contrario a la Constitución, nada va a impedir mantenerse en pie de manera especialmente agresiva.

Precisamente, ese factor demográfico —no es ningún secreto que los inmigrantes, sean o no musulmanes, crecen mucho más que la población española— es el tercer desafío derivado de la inmigración islámica. Si atendemos a los precedentes que ya se han dado en otros países europeos como Francia, Reino Unido o Alemania, podemos esperar que el número cada vez mayor de musulmanes no se integre en la sociedad española aceptando su escala de valores, sino que, por el contrario, derive hacia la constitución de un grupo de presión islámico en el seno de un cuerpo social de convicciones democráticas. De la existencia de ese grupo de presión —especialmente poderoso si tenemos en cuenta que el número de inmigrantes musulmanes en España ya se acerca al millón de personas— no sólo se derivaría una fuerza electoral que sería objeto de la atención de algunos partidos políticos, sino también consecuencias de especial gravedad.

En primer lugar, ese grupo de presión —como ha sucedido siempre históricamente— simpatizaría más con la política de naciones islámicas que con la nacional. En ese sentido, presumiblemente su apoyo iría hacia Marruecos en cuestiones como la de la españolidad de Ceuta, Melilla o las Canarias, o hacia las distintas dictaduras islámicas en lugar de hacia el cumplimiento de los compromisos derivados de nuestras alianzas con otros países occidentales. La quiebra de la política de Estado que puede derivar de estas circunstancias resultaría de una extraordinaria gravedad, especialmente si tenemos en cuenta episodios como los vividos durante la última guerra del Golfo, en que el sector de la oposición que se suponía más sensato perdió totalmente el sentido de Estado y decidió hacer una política no derivada de las instituciones, sino de la presión en la calle.

No obstante, la creación de un grupo de presión islámico no limitaría su peligro potencial a lo ya mencionado. De él derivaría asimismo toda una política encaminada a conseguir que la *sharia* o ley islámica fuera aceptada como norma aplicable en España. Al respecto, los precedentes de algunos

regímenes parlamentarios en los que ha hecho presencia un grupo de presión islámico son una lección que nadie puede olvidar. Un ejemplo de ello —desgraciadamente no el último— lo tenemos en Nigeria. Nación surgida con la descolonización, Nigeria posee un régimen parlamentario y una ordenación territorial de carácter federal. En el curso de las últimas décadas, sin embargo, el crecimiento de la población islámica se ha traducido en una terrible erosión de las instituciones democráticas. En aquellos estados federados donde el islam se ha convertido en la religión mayoritaria, la *sharia* se ha convertido en la ley de aplicación, y la vida de los no-musulmanes se ha transformado en un verdadero infierno.[206] De semejante situación sólo tenemos algún atisbo cuando nos llegan las noticias de tribunales islámicos que condenan a muerte a las fornicadoras, pero la dramática verdad es que los ataques contra las vidas y propiedades de los considerados infieles son una realidad mucho más terrible y cotidiana, aunque rara vez llamen la atención de nuestros medios de comunicación. Lamentablemente, esa realidad —impensable en Nigeria hace tan sólo unas décadas — puede ser también la de algunos países occidentales, incluido España, en unos años.

En la actualidad tanto en el Reino Unido como en Francia se ventilan pleitos que buscan la aceptación legal de la poligamia con todas sus consecuencias políticas, legales y sociales. ¿Acaso es realista pensar que una España en la que haya dos o tres millones de musulmanes, aunque su origen sea extranjero, podrá librarse de enfrentarse con un desafío semejante? ¿Acaso es realista pensar que todos los partidos de todas las comunidades autónomas resistirán la tentación de integrar la legislación islámica en su ámbito territorial si les favorece electoralmente? ¿Acaso es realista, por último, pensar que si semejantes valores acaban obteniendo carta de naturaleza en el seno de nuestra sociedad podrá sobrevivir un sistema que cree en la igualdad de todos con independencia de su sexo o de la religión que practican?

A diferencia de los inmigrantes que proceden de otras culturas, a veces emparentadas con la nuestra como la hispanoamericana, a veces profundamente distintas como la china, los que parten de sociedades islámicas plantean problemas reales, específicos y con todos los visos de agravarse en el futuro. Esos problemas incluyen cuestiones de tanta trascendencia como el mantenimiento futuro de la integridad del territorio nacional o la preservación de los valores democráticos en cuestiones tan esenciales para la democracia como la igualdad de todos los ciudadanos ante la ley. Precisamente por ello exigen la articulación de medidas que conjuren ese peligro.

Propuestas para el futuro

Históricamente, España ha sido un país cruelmente golpeado por la cercanía del islam. Esa circunstancia estuvo a punto de hacerla desaparecer hace siglos como nación y, especialmente, como nación integrada en el marco de una cultura occidental marcada por la fusión de las herencias clásica, germánica y cristiana. La victoria frente a las sucesivas invasiones islámicas tuvo como consecuencia su refundación nacional, pero no la paz con un enemigo decidido a someterla recuperándola como parte integrante del Dar al-Islam. En las últimas décadas, España no ha dejado de sufrir agresiones procedentes del islam, y en los últimos años éste se ha convertido en un desafío que, potencialmente, puede lesionar su integridad territorial y sus instituciones y valores democráticos, utilizando ahora un recurso inexistente desde el siglo XVII: una quinta columna ubicada en el propio territorio nacional.

Tales retos exigen soluciones que, a nuestro juicio, podrían resumirse fundamentalmente en tres aspectos: la firmeza en el plano internacional, la limitación de la inmigración atendiendo a un sistema de cuotas y la insistencia en el principio de reciprocidad.

La firmeza en el plano internacional pasa por tres vectores absolutamente ineludibles. El primero es el estrechamiento de afianzas defensivas con Occidente, porque Occidente es el marco internacional y cultural al que pertenecemos y porque ese Occidente es un claro objetivo de las agresiones del islamismo. Quizá más que nunca, Occidente es un archipiélago de libertades rodeado

por un océano de totalitarismos, y la supervivencia de la democracia exige su perdurabilidad quizá también más que nunca.

Esas alianzas internacionales deben otorgar un papel privilegiado a Estados Unidos y a Europa occidental como objetivos privilegiados del terrorismo, pero también a Israel —que lleva enfrentándose con el mismo desde hace medio siglo y que es la única democracia en Oriente Medio — y a otros países como Canadá, Australia o Japón.

Ese sistema de alianzas puede permitirnos —de hecho, así ha sucedido ya en ocasiones— seguir ganando batallas contra el terrorismo que hunde sus raíces en el nacionalismo vasco, pero también contra el islámico que actúa en nuestro territorio nacional. Es más: sin esas alianzas no podemos esperar de manera razonable enfrentarnos con ninguna forma de terrorismo. Por lo tanto, la alianza con el Occidente del que formamos parte implica una situación de enfrentamiento con el terrorismo, pero también es la única vía que puede permitirnos derrotarlo y así obtener de una vez por todas paz y seguridad. Cualquier otro razonamiento puede ser melifluo, utópico e incluso tener una apariencia de razonable pero, sencillamente, no se corresponde con un análisis sensato y realista del mundo en que nos ha tocado vivir.

Ese compromiso con la firmeza sustentado en un sistema de afianzas internacionales cuenta además con un aliciente de enorme relevancia, y es que permitirá abandonar definitivamente la política de apaciguamiento desarrollada frente a Marruecos con desastrosos efectos. Como sucedió durante la crisis de Perejil, Marruecos debe saber que España no cederá una sola pulgada de su territorio nacional y que además para defenderlo no dudará en recurrir a la fuerza si es necesario, contando con el concurso de sus aliados.

Sin duda, esta vía no será fácil. Posiblemente, contará con el enfrentamiento de naciones históricamente insolidarias con el compromiso de defensa de Occidente, como es el caso de Francia, y tampoco puede descartarse, tal y como aconteció durante la última guerra del Golfo, que una parte de la clase política, de los medios de comunicación y de la población prefieran el aislamiento y la retirada a una confrontación en defensa de la libertad. Sin embargo, históricamente, una y otra vez ha quedado de manifiesto que el apaciguamiento nunca ha calmado a los dictadores —y menos a los islámicos— sino que, por el contrario, les ha llevado a concebir nuevas y audaces apetencias. En otras palabras, no tenemos otra salida que la firmeza valiente y decidida si deseamos conservar nuestra integridad territorial y nuestras libertades.

En segundo lugar, España debe de implantar limitaciones a la inmigración valiéndose de un sistema de cuotas. A pesar de lo bien intencionadas que puedan ser las voces que solicitan una política de puertas abiertas para los inmigrantes, lo cierto es que los recursos con los que cuenta cualquier nación —sin excluir a España— son limitados. Dado que en el caso español, a diferencia de lo que sucede en otras naciones occidentales, se proporcionan además de manera gratuita a los inmigrantes ilegales recursos sociales, como la sanidad y la educación, que son costosos, la posibilidad de acogerlos queda más limitada a menos que deseemos deteriorar la calidad de estos servicios que se costean con los impuestos de los contribuyentes. Semejante circunstancia no serviría, por otra parte, más que para ahondar las diferencias entre nacionales e inmigrantes y crear un malestar social de consecuencias potencialmente terribles. España debe, por lo tanto, establecer anualmente el número de inmigrantes que necesita y permitir únicamente la entrada de éstos en el territorio nacional, sin que exista una esperanza ulterior de que sean legalizados aquellos que ya comenzaron quebrantando la ley nacional. Semejante actitud no implica una falta de solidaridad con los males del mundo —que, por otro lado, no tienen por qué ser abordados exclusivamente por las naciones occidentales—, sino un reconocimiento humilde y realista de nuestras limitaciones y carencias para enfrentarnos con ellos y una firme decisión de optimizar al máximo unas posibilidades que, por su propia naturaleza, son limitadas.

De entre los inmigrantes a los que se permita la entrada en España debería primarse a aquellos cuya integración sea posible y cuyos servicios no puedan ser realizados por nacionales. Obviamente, esto implicará otorgar la primacía a aquellos que hablan nuestra lengua y pertenecen a nuestra cultura o a otras culturas cercanas o fácilmente integrables. Significará igualmente no preferir a los que pertenecen a culturas distintas y, de manera especial, a los que proceden de la islámica que, *per se*, ha demostrado una notable incapacidad para integrarse en sociedades distintas y cuyos valores colisionan directamente con los occidentales. De esa manera facilitaremos la integración de los inmigrantes en la sociedad española y evitaremos al mismo tiempo peligros futuros.

A pesar de todo lo anterior, persiste el interrogante de lo que sucederá con la población islámica —mayoritariamente de origen norteafricano, minoritariamente árabe y residualmente española— que ya se encuentra asentada en el territorio nacional. Obviamente, esa población debe ser objeto de un pleno respeto a la libertad religiosa siempre que, como ha establecido con clara jurisprudencia el Tribunal Constitucional, este principio no atente contra otros establecidos en nuestro ordenamiento jurídico. En ese sentido, nunca deberá ampararse en la libertad de culto ni el maltrato femenino —como ha pretendido el imam de Fuengirola— ni la mutilación sexual de niñas, ni el trato desigual de las mujeres en cuestiones de familia y sucesiones, ni la cobertura de actividades que perjudiquen a la seguridad nacional. En ese sentido, por ejemplo, lejos de considerarse la construcción de mezquitas como una conquista democrática —lo que implica un gravísimo desconocimiento del islam— debería sustituirse el permiso para construirlas[207] por el de autorización para levantar lugares de oración que servirían para atender las necesidades meramente religiosas, y evitarían el peligro de que, bajo esa capa, se albergaran actividades políticas de signo terrorista. De la misma manera, no resulta admisible que la enseñanza religiosa islámica contenga aspectos que colisionan con el ordenamiento constitucional.

Por último, como en otras cuestiones relacionadas con la actividad de extranjeros en territorio nacional, debería exigirse la aplicación del principio de reciprocidad. Sin duda, puede parecer permisible que el rey de Arabia Saudí financie actividades islámicas en España pero, ¿acaso no podría exigirse a cambio que el rey árabe tolerara en su nación la financiación de actividades misioneras cristianas? La implantación de ese principio de reciprocidad no sólo respondería a razones elementales de justicia, sino que además podría incluso ir abriendo en las naciones dominadas por el islam un horizonte hacia un futuro de mayor tolerancia, respeto por las creencias de otros e incluso de orientación democrática. No hay nada que objetar a la llegada de misioneros musulmanes a España, pero ¿acaso no deberían ir en paralelo a la entrada en naciones islámicas de misioneros cristianos que pudieran actuar con la misma libertad?[208]

Ninguno de estos pasos presentados como propuestas resulta fácil. Sin duda, implican un valor, una perspectiva de futuro y una audacia que exigen su realización por parte de personas que sean más esta distas que políticos. Sin embargo, su dificultad no resta un ápice a su carácter necesario. Llevadas a la práctica, estas propuestas pueden salvaguardar nuestra integridad territorial, nuestro sistema democrático y nuestros valores, todo ello asentado en una de las historias nacionales más gloriosas de Occidente, una historia dolorosamente forjada en un enfrentamiento durísimo e indispensable con el islam. Si, por el contrario, las pasamos por alto, el futuro de España, el nuestro y el de nuestros hijos, puede resultar verdaderamente trágico.

REFLEXIONES DESPUÉS DEL 11-M

Rodríguez Zapatero: del sí al ataque preventivo al «No a la guerra»

Los atentados de Al Qaida realizados el 11-S en suelo norteamericano fueron una clara señal —no la primera ni tampoco la única— de que el mundo libre y civilizado se encuentra en una innegable

situación de guerra contra el terrorismo. En aquel entonces, la reacción del pueblo norteamericano no pudo ser más clara: solidaridad con las víctimas, colaboración para paliar las tragedias humanas y, sobre todo, cierre de filas en torno a su presidente —a la sazón George W. Bush— para castigar a los que habían actuado de manera tan cobarde y vil contra gente inocente. No faltaron las voces de los que hicieron recaer las culpas de aquella desgracia sobre la política exterior norteamericana e incluso llegaron a disculpar los actos terroristas como una manifestación de lucha contra el imperialismo. Sin embargo, en términos generales, esas reacciones quedaron limitadas a los países islámicos y a algunos sectores de la izquierda en Occidente.

En medio de la conmoción por lo acontecido, el anuncio de Bush de llevar a cabo una campaña contra el terrorismo internacional atacando en primer lugar al régimen talibán de Afganistán que les proporcionaba cobertura logística y apoyo militar recibió, como era de esperar, amplia acogida. En el caso de España —que había sido mencionada por Al Qaida como uno de los territorios que había que recuperar para el islam— ese respaldo fue desde el gobierno presidido por José María Aznar a la oposición socialista dirigida por José Luis Rodríguez Zapatero. Aún más. Rodríguez Zapatero dejó de manifiesto desde el principio que para llevar a cabo semejante ataque no era necesario esperar una agresión del régimen talibán y que resultaba lícito el «ataque preventivo». El 8 de febrero de 2001 *El Mundo* reproducía una información de Carmen Gurruchaga al comenzar los bombardeos norteamericanos contra los talibanes afganos que afirmaba tajantemente:

«José Luis Rodríguez Zapatero respaldó los ataques estadounidenses y reprochó al gobierno que no actúe con más agilidad ante lo que calificó como "una acción preventiva" contra el terrorismo internacional.»

Sin embargo, en apenas unos meses, como ha quedado expuesto en las páginas anteriores del presente libro, el PSOE experimentó una clara mutación en su postura de lucha contra el terrorismo internacional, asumió las posiciones de IU —producto del más rancio comunismo— y decidió utilizarlas para desgastar al gobierno del PP en el curso de la segunda guerra de Irak. Así, el 7 de febrero de 2003, prácticamente dos años después de su apoyo declarado a la doctrina del ataque preventivo, *El Mundo* reproducía, en una información de José Luis Martín, la opinión textual de Zapatero sobre el ataque a Irak:

«Estamos en contra de un ataque preventivo.» Lo que esto significó en términos de política interior española ha quedado narrado en las páginas anteriores y resulta ocioso reproducirlo aquí. El PSOE abandonó la oposición responsable, se sumó a las posiciones de IU que había condenado expresamente cuando Felipe González gobernaba durante la primera guerra de Irak, miró hacia otro lado cuando las sedes y los militantes del PP eran víctimas de una *kale borroka* procedente de los grupos autodenominados pacifistas y esperó que semejante comportamiento le rindiera unos frutos electorales que, al fin y a la postre, no recibió durante las elecciones municipales y autonómicas de 2004.

El PSOE: del tripartito catalán a la victoria electoral

En esa línea de abandono de la firmeza contra el terrorismo internacional se produjo a inicios de ese mismo año la constitución de un gobierno tripartito en Cataluña en el que el socialista Maragall incluyó no sólo a la versión catalana de IU, sino también a la Esquerra Republicana de Catalunya. Su representante en el nuevo gobierno catalán era Carod Rovira, un político partidario del diálogo con ETA que desde hacía más de una década venía suplicando a la banda terrorista que no efectuara atentados en Cataluña ya que ésta, desde su punto de vista, era una tierra también oprimida por España como lo era Euzkadi. Precisamente, en los días inmediatamente anteriores a la constitución del gobierno tripartito de Cataluña, se descubrió que Carod Rovira se había entrevistado en Perpignan con dirigentes de ETA y, de manera casi inmediata, la banda terrorista anunció que no iba a cometer nuevos atentados en territorio catalán. Semejante anuncio debiera haber bastado para

arrastrar a la dimisión al gobierno catalán en pleno en cualquier país sensibilizado por la lacra del terrorismo. No fue lo que sucedió. En medio de la cólera considerable de un sector importante de la población española, Maragall confirmó que seguiría con la alianza con ERC y mantuvo durante unos días a Carod Rovira como *conseller* sin cartera hasta que el republicano optó por salir del gobierno catalán para presentarse a las elecciones generales. En el curso de semejante sucesión de acontecimientos, el secretario general del PSOE, José Luis Rodríguez Zapatero, no sólo no intentó frenar estos comportamientos, sino que los aceptó como válidos en la medida en que Cataluña era la única victoria electoral de importancia que había conseguido en las últimas elecciones.

Semejante falta de firmeza frente a las acciones de Maragall y, sobre todo, el hecho de que el PSOE estuviera dispuesto a mantener en su gobierno a una fuerza política que pactaba con ETA causaron un daño notable a la ya de por sí bastante mermada imagen de Rodríguez Zapatero y, de manera bastante comprensible, no causa extrañeza que la totalidad de las encuestas electorales realizadas durante la campaña a las legislativas de 2004 le señalaran como seguro derrotado. A decir verdad, el único aspecto que se discutía era si el PP ganaría por mayoría absoluta o tan sólo por mayoría simple. Ésa era la situación cuando el 11-M, a tres días de las elecciones, Madrid se vio sacudida por una cadena de atentados que, en el momento en que se escriben estas líneas, ya llevan cobradas más de doscientas víctimas mortales.

Las reacciones que provocó aquel inmenso drama —el equivalente, sin duda, del 11-S en Estados Unidos— fueron muy variadas desde el principio. Inicialmente, la mayoría de la población, sin excluir ni al gobierno ni a la oposición, atribuyó las matanzas a ETA, que había intentado en los últimos años llevar a cabo atentados semejantes —el último en las Navidades de 2003 en la estación de Chamartín—, afortunadamente sin éxito. Tal posibilidad fue interpretada desde el PSOE como el prólogo de un verdadero desastre electoral en la medida en que estaba gobernando en Cataluña con un partido, la ERC, que pactaba con ETA. Sin embargo, la certeza de que la banda terrorista vasca se hallaba tras los atentados comenzó a verse debilitada cuando Arnaldo Otegui, dirigente de Batasuna, compareció ante los medios de comunicación para desmentirlo y afirmar que era la «resistencia» árabe la que había perpetrado las luctuosas acciones.

Lo que sucedió durante las horas siguientes carecía de precedentes en la historia de la democracia española posterior a la Constitución de 1978. Sin embargo, constituye un acontecimiento de enorme importancia no sólo para el estudio de la evolución política española durante los últimos años sino, fundamentalmente, para comprender el mecanismo de las guerras de cuarta generación al que nos hemos referido en este libro. No resulta exagerado afirmar que la victoria del terrorismo islámico iba a ser total en el curso de los siguientes días y todo ello como claro reflejo de la geoestrategia ya señalada.

Con un extraordinario apoyo mediático centrado en el grupo PRISA —pero no exclusivamente en el mismo—, el PSOE articuló una campaña cuyas líneas fundamentales discurrían sobre la acusación de que el gobierno del PP ocultaba datos sobre la autoría del atentado terrorista y sobre la afirmación de que los asesinatos no se debían a acciones de ETA sino del terrorismo islámico y, más concretamente, de Al Qaida. De ambas afirmaciones debía concluirse —según la peculiar óptica del PSOE, de IU y de distintos medios de comunicación— que la desgracia había recaído sobre los madrileños a causa de la intervención española en la guerra de Irak y que la culpa de las muertes no era atribuible tanto a los terroristas —que a fin de cuentas respondían a una agresión externa— como a Aznar y a su gobierno. Por si semejante campaña político-mediática no fuera suficiente, comenzaron a convocarse manifestaciones frente a las sedes del PP que, al igual que había sucedido durante la segunda guerra de Irak, increpaban como «asesinos» a Aznar y a los miembros de su partido. El hecho, de por sí grave para la convivencia ciudadana, se producía además en plena jornada de reflexión, una jornada de reflexión quebrantada no sólo por las manifestaciones sino

también por una comparecencia del socialista Alfredo Pérez Rubalcaba ante los medios de comunicación que, en el más acentuado tono electoralista, volvía a repetir los citados argumentos. A pesar de que la normativa electoral se había visto repetidamente vulnerada —un hecho sin precedentes desde 1977—, la respuesta del gobierno y del PP consistió en insistir en la celebración de los comicios que arrojaron un resultado bien significativo al día siguiente.

Lejos de agruparse en torno a su gobierno y frente al terror —como había sucedido en Estados Unidos tras el 11-S—, un sector muy importante del electorado decidió cambiar el sentido de su voto y otorgárselo no al partido que se había mostrado más firme contra el terrorismo en los últimos años, el PP, sino al que había abogado precisamente por formar gobierno en Cataluña con los que pactaban con ETA y por no enfrentarse con el terror en Irak. Tampoco pesaron en esa consideración el hecho de que Rodríguez Zapatero se hubiera manifestado favorable a un ataque preventivo contra las bases de Al Qaida en Afganistán unos años antes o el que las encuestas de población mostraran a más de la mitad de la población iraquí contenta por haberse librado de Saddam Hussein y a más de un 70 por ciento con esperanza en un futuro mejor. El mensaje de que la política de Aznar no sólo no defendía a los españoles del terrorismo islámico sino que los exponía a él había calado en un sector importante del electorado y provocado un vuelco en las urnas.

España frente al islam: el futuro

Los atentados del 11-M —posiblemente islámicos a tenor de la marcha de las investigaciones al día de la fecha— otorgaron así el poder a un partido al que las encuestas señalaban como seguro perdedor. ¿Cuál iba a ser la postura del futuro presidente del gobierno de cara al terrorismo islámico? De manera absolutamente sorprendente —no tanto porque contradijera sus planteamientos previos sino porque pecaba de una enorme imprudencia y de una acusada bisoñez en el terreno de las relaciones internacionales—, Rodríguez Zapatero anunció inmediatamente el regreso de las fuerzas militares de Irak antes del 30 de junio de 2004 e indicó que la política exterior española giraría en torno a Francia y a Alemania distanciándose de la seguida por Estados Unidos.

No cabe duda de que ambas afirmaciones eran fieles a la visión que Rodríguez Zapatero había mostrado durante los dos últimos años. Tampoco puede negarse que correspondían a las promesas realizadas a su electorado. Sin embargo, es más que discutible que cualquiera de las dos afirmaciones resulte conveniente para España en su relación no sólo con el terrorismo internacional sino con los regímenes islámicos.

El mensaje lanzado por una parte considerable de la población española tras el 11-M —y corroborado por Rodríguez Zapatero— no podía ser más claro para cualquier grupo terrorista islámico o de otro carácter: si la sociedad española se ve golpeada no sólo no responde como la norteamericana, sino que además capitula. En otras palabras, basta golpearla para que arroje las armas y decida retirarse de un conflicto abandonando a sus aliados. Se cumplían así las previsiones de Al Qaida sobre las guerras de cuarta generación y la combinación de la violencia con determinados sectores de los medios, de la opinión pública y de los mecanismos electorales aparecía, previsiblemente, como un camino fácil para la victoria del terrorismo islámico.

En ese sentido, lejos de garantizar paz y seguridad para el futuro, la línea política seguida por Rodríguez Zapatero y la izquierda en general sólo puede contribuir a acrecentar el apetito de los terroristas de cualquier signo. A partir de ahora, en sus manos está el cambiar el signo de unas elecciones y, por supuesto, el de la política exterior. A partir del 14-M y, sobre todo, de las afirmaciones sobre la inmediata retirada de Irak, España ha dejado ver no el rostro de la firmeza, sino el del miedo, y es más vulnerable que nunca a las agresiones de aquellos que saben que éstas surten efecto. Lo único que cabe preguntarse es cuántos muertos deberá aún sumar ETA a los ya causados para lograr la independencia de las Vascongadas y la anexión de Navarra o cualquier grupo terrorista islámico para apoderarse de Ceuta, Melilla y las Canarias.

En segundo lugar, la política de Rodríguez Zapatero de desvincularse de Estados Unidos y aferrarse más al eje franco-alemán deja a España, en términos prácticos, sin aliados frente a cualquier agresión islámica. La España dirigida por Rodríguez Zapatero ha demostrado, lamentablemente, que no es un aliado fiable. Por el contrario, está inficionada por el mismo espíritu del que en su día hizo gala Carod Rovira, el aliado del PSOE en el gobierno tripartito catalán. Se trata de un espíritu que dice claro y alto a los terroristas que, en realidad, no le apena que maten en todo el mundo siempre que no causen víctimas en casa. Por supuesto, puede derramar lágrimas por los muertos ajenos pero no sentirse tan acongojado como para sumarse a la persecución del terrorismo. Más allá de algún gesto mediático, de algún minuto de silencio, de alguna declaración de buenas intenciones, no hará nada para enfrentarse de verdad y con firmeza al terror.

Hace apenas unos meses, España pudo salir con bien de la crisis del islote de Perejil —presumiblemente un paso previo de Marruecos a una ofensiva mayor contra nuestra integridad territorial— gracias al apoyo prestado por Estados Unidos. Se trató, por añadidura, de un respaldo enfrentado al que Francia otorgaba a Mohamed VI. La situación ha cambiado radicalmente con el enfoque planteado por José Luis Rodríguez Zapatero. En el futuro, cualquier agresión similar encontrará a España desprotegida —¿por qué debería Estados Unidos ser leal con un aliado desleal como Rodríguez Zapatero?— y además sometida a Francia, la Francia que se honra en ayudar a Marruecos en todas sus aventuras antiespañolas. No sólo eso. España incluso verá disminuida gravemente su posición en Europa porque no sólo aceptará las modificaciones propuestas por Francia y Alemania para disminuir su papel en contra de lo pactado previamente en Niza, sino que además no contará con la confianza de todos los países del este de Europa que creen en Estados Unidos como defensor de la libertad y que creían de la misma manera en José María Aznar y en la política de firmeza frente al terrorismo que representaba.

Si se tiene en cuenta todo esto, puede verse hasta qué punto fue injusta la prensa extranjera al comparar a Rodríguez Zapatero con Chamberlain, el político británico partidario de la política de apaciguamiento frente a Hitler. En 1938, Chamberlain podía creer, erróneamente aunque de buena fe, que Winston Churchill estaba equivocado y que el pacto y el diálogo con Hitler lo detendrían en sus apetitos. En 2004, tras la Segunda Guerra Mundial, la guerra fría y el 11-S, nadie que conozca a fondo la Historia y la política internacional tiene derecho a caer en el mismo error que Chamberlain. Sin embargo, eso es exactamente lo que ha hecho el actual secretario del PSOE.

En virtud de la política de Rodríguez Zapatero, España se encuentra más débil, precisamente después de afirmar taxativamente que lo es. No sólo eso. Ha decidido además abandonar a su más poderoso valedor para arrojarse en brazos de uno de sus enemigos históricos. ¿Cabe imaginar torpeza e imprudencia mayores en cuestiones tan delicadas en el ámbito de la política exterior? A menos que la política anunciada por el secretario general del PSOE experimente un cambio radical —aún más radical si cabe que el que en su día llevó a cabo Felipe González en relación con la permanencia de España en la OTAN—, la situación de España será la de una nación colocada a la intemperie por su propio presidente de gobierno frente al terrorismo de cualquier tipo.

Cuando hace unos meses concluí la redacción de *España frente al islam* era consciente de los graves problemas que la cercanía del islam implicaba para la seguridad, la paz y la integridad territorial de la nación. En buena medida, el libro pretendía recordarlos y someterlos al debate de la opinión pública en la convicción de que, a lo largo de casi trece siglos, sólo la firmeza resuelta nos ha permitido sobrevivir como nación y como cultura frente a las repetidas y despiadadas agresiones islámicas. En aquel entonces, el papel desempeñado en la segunda guerra de Irak y la firmeza desplegada en episodios como el del islote de Perejil podían hacer confiar en que el medio siglo de continuo e injusto retroceso de España frente al islam fuera ya una etapa concluida. Hoy, tras los primeros actos y declaraciones procedentes de José Luis Rodríguez Zapatero, resulta obligado

preguntarse si el gobierno del PP presidido por José María Aznar no fue únicamente un paréntesis de realismo y sensatez y si lo peor de las relaciones de España con el islam no se encuentra siniestramente agazapado en nuestro futuro y en el de nuestros hijos.

APÉNDICE DOCUMENTAL

1. El Corán describe el deber de los musulmanes hacia los infieles

«Combatid en el camino de Dios a los que combaten contra vosotros...

Matadlos donde los encontréis, arrojadlos de donde os arrojaron... Si os combaten, matadlos: ésa es la recompensa de los que no creen...

Matadlos hasta que no haya persecución y en su lugar se levante la religión de Dios.»

(2, 186-189)

2. Disposiciones de Mahoma sobre la guerra santa

«Narró Abdullah. Pregunté al profeta: "¿Qué acción es la más querida a Allah?" Contestó: "Ofrecer oraciones en sus horas establecidas." Pregunté: "¿Cuál es la siguiente?" Contestó: "Ser bueno y obediente a los padres." Pregunté de nuevo: "¿Cuál es la siguiente?" Contestó: "Participar en la *yihad* en la causa de Allah."»

(1, 300, 10.5.505)

«Narró Hisham. Mi padre me informó de que Aisha dijo que Sad dijo: "Oh, Allah, Tú sabes que no hay nada más querido para mí que luchar en tu causa contra aquellos que no creen en tu enviado y le han expulsado de La Meca."»

(5, 309, 59.29.448)

3. La guerra santa sólo podrá concluir cuando todos los infieles se hayan sometido al islam

«Narró Abu Huraira. El enviado de Allah dijo: "Se me ha ordenado combatir a la gente hasta que digan: 'Nadie tiene derecho a ser adorado salvo Allah, y cualquiera que lo diga salvará su vida y su propiedad...'".»

(2, 274, 24.1.483)

4. La guerra santa incluyó para Mahoma la práctica de atentados

«Narró Al-Bara: el enviado de Allah envió a Abdullah bin Atik y a Abdullah bin Utba con un grupo de hombres para matar a Abu Rafi... (Abdullah dijo): "Vi la casa en completa oscuridad con las luces apagadas y no podía saber dónde estaba el hombre. Así que llamé: '¡Oh, Abu Rafi!' Contestó: '¿Quién es?' Me acerqué hacia la voz y le golpeé. Gritó a voces, pero el golpe resultó ineficaz. Entonces me acerqué a él disimulando ayudarle, diciendo con un tono distinto de voz, '¿Qué te pasa, Abu Rafi?' Dijo: '¿No te sorprende? ¡Ay, tu madre! Un hombre ha venido a mí y me ha herido con una espada.' Así que le apunté de nuevo y le herí, pero el golpe resultó ineficaz de nuevo, y entonces Abu Rafi gritó a voces y su esposa se levantó. Me acerqué nuevamente y cambié la voz como si fuera alguien que deseaba ayudarlo, y encontré a Abu Rafi tendido sobre su espalda, de manera que le clavé la espada en el vientre y la empujé hasta que escuché el ruido de un hueso que se quebraba. Entonces salí, lleno de confusión, y me acerqué a la escalera para bajar, pero me caí y se me dislocó la pierna. La vendé y acudí hasta mis compañeros cojeando. Les dije: 'Id y decid al enviado de Allah las buenas noticias, pero yo no me marcharé hasta que oiga las noticias de su muerte (de Abu Rafi).' Cuando amaneció, un emisario de la muerte se asomó al muro y dijo: 'Te notifico la muerte de Abu Rafi.' Me levanté y eché a andar sin sentir ningún dolor hasta que encontré a mis compañeros antes de que alcanzaran al profeta, al que di las buenas noticias."»

(5, 253-55, 59.15.372)

5. Los judíos debían ser exterminados en la guerra santa

«Narró Abu Huraira. El enviado de Allah dijo: "No quedará establecida la Hora hasta que combatáis con los judíos y la piedra detrás de la que se esconda un judío diga: '¡Oh, musulmán! Hay un judío que se esconde detrás de mí, así que mátalo."»

(4, 110, 52.94.177)

6. Mientras que los musulmanes serán recompensados por su participación en la guerra santa, los infieles sólo pueden esperar sometimiento o muerte

«Narró Aisha. Gabriel dijo: "Sal a ellos." El profeta dijo: "¿Dónde?" Gabriel señaló hacia los Bani Quraiza, de manera que el enviado de Allah fue a ellos. Entonces se rindieron al juicio del profeta, pero él los dirigió a Sad para que diera su veredicto con respecto a ellos. Sad dijo: "Mi juicio es que se dé muerte a sus guerreros, que sus mujeres y niños se conviertan en esclavos y sus propiedades sean distribuidas."»

(5, 309, 59.29.448)

«Narró Abu Qatada. El enviado de Allah dijo: "Cualquiera que haya matado a un infiel y tenga una prueba o un testigo de ello, serán para él las armas y pertenencias del muerto."»

(9, 213, 89.21.282)

«Narró Jalid bin Madan. El profeta dijo: "Se perdonarán los pecados del primer ejército de mis seguidores que invada la ciudad de César (Roma)."»

(4, 109, 52.93.175)

«Narró Abu Huraira. El enviado de Allah dijo: "A la persona que participe en la *yihad* por Su causa y nada le impulse a salir sino la *yihad* por Su causa, y la creencia en Sus palabras, Allah le garantiza que o le admitirá en el Paraíso o le traerá de regreso al hogar del que salió con la recompensa o el botín que haya ganado."»

(9, 413, 93.28.549)

«Narró Abu Huraira. El profeta dijo: "El paraíso tiene un centenar de gradas que Allah ha reservado para los *mujahidun* (los que combaten la guerra santa) y la distancia entre cada dos gradas es como la distancia entre el cielo y la tierra."»

(4, 40, 52.4.48)

«Narró Anas bin Malik. El profeta dijo: "Nadie que muere y encuentra el bien de Allah desea regresar a este mundo aunque se le dé todo el mundo y lo que hay en él, salvo el que ha muerto en la guerra santa que, al ver la superioridad de su muerte, desea regresar al mundo y ser muerto de nuevo."»

(4, 42, 52.6.53)

7. Disposiciones de Mahoma para las adúlteras

«Narró Abu Huraira. El profeta dijo: "Tu hijo será castigado a un centenar de latigazos y a un año de destierro." Entonces se dirigió a alguien: "Oh, Unais, ve a la adúltera y apedréala hasta que muera." De manera que Unáis fue y la lapidó hasta la muerte.»

(3, 535, 49.5.860)

8. Disposiciones de Mahoma para los ladrones

«Narró Abu Huraira. El profeta dijo: "Allah maldice al hombre que roba un huevo, y hay que cortarle la mano, o roba una cuerda, y hay que cortarle la mano."»

(8, 509, 81.8.774)

«Narró Anas: De manera que partieron, y cuando llegaron a Al- Harra, regresaron al paganismo después de haber abrazado el islam, y mataron al pastor del profeta y dispersaron los camellos. Cuando le llegaron estas noticias al profeta, envió a algunas personas en su persecución. El profeta dio órdenes en relación a ellos. Así que les metieron clavos en los ojos y les cortaron las manos y las piernas y los abandonaron en Harra hasta que murieron en ese estado."»

(5, 354, 59.35.505)

«Narró Ikrima. La declaración del enviado de Allah: "A cualquiera que cambie su religión islámica, matadlo."»

(9, 45, 84.2.57)

«Narró Abu Musa: Un hombre abrazó el islam y después regresó al judaismo. Muadh bin Jabal vino y vio al hombre con Abu Musa. Muadh preguntó: "¿Qué es lo malo con éste?" Abu Musa respondió: "Abrazó el islam y después regresó al judaísmo." Muadh dijo: "No me sentaré hasta que lo mate." Ése es el veredicto de Allah y de su enviado.»

(9, 201, 89.12.271)

«Narró Alí. Escuché al profeta diciendo: "En los últimos días aparecerá gente joven con pensamientos e ideas necios. Hablarán bien, pero abandonarán el islam igual que una flecha abandona su arco. Su fe no superará sus gargantas. De manera que, donde los encuentres, mátalos, porque en el Día de la Resurrección habrá una recompensa para los que los maten."»

(6, 519, 61.36.577)

10. Disposiciones de Mahoma sobre la homosexualidad

«Narró Ibn Abbas: El enviado de Allah maldijo a aquellos hombres que asumen el comportamiento sexual de mujeres, y a aquellas mujeres que asumen el comportamiento sexual de hombres."»

(7, 513, 72.61.773)

11. Disposiciones de Mahoma sobre las mujeres

«Narró Abu Al-Judri. Una vez el enviado de Allah salió a Musa- lia, a la oración de Al-Fitr. Entonces pasó al lado de las mujeres y dijo: "¡Oh, mujeres! Dad limosnas, porque he visto que la mayoría de los moradores del fuego del infierno erais vosotras." Ellas le preguntaron: "¿Por qué es así, oh, enviado de Allah?" Él contestó: "Maldecís con frecuencia y sois ingratas con vuestros maridos. No he visto a nadie más deficiente en inteligencia y en religión que a vosotras. Un hombre prudente y sensible podría ser extraviado por algunas de vosotras" Las mujeres preguntaron: "¡Oh, enviado de Allah! ¿Qué es deficiente en nuestra inteligencia y religión?" Él dijo: "¿No es el testimonio de dos mujeres equivalente al testimonio de un hombre?" Le contestaron afirmativamente. Él dijo: "Ésa es la deficiencia de vuestra inteligencia. ¿Acaso no es verdad que una mujer ni puede orar ni ayunar durante sus reglas?" Las mujeres contestaron afirmativamente. Él dijo: "Esa es la deficiencia en vuestra religión"»

(1, 181-182, 6.8.301)

«Narró Abu Huraira. El profeta dijo: "Una matrona no debería ser dada en matrimonio sin consultarla, y una virgen no debería ser dada en matrimonio salvo después de conceder su permiso." La gente preguntó: "¡Oh, enviado de Allah! ¿Cómo podemos saber si concede su permiso?" El dijo: "Su silencio (indica que ha concedido su permiso)."»

(7, 51-52, 62.42.67)

«Narró Abu Bakra. Cuando el profeta escuchó las noticias de que el pueblo de Persia había convertido a la hija de Cosroes en reina, dijo: "Nunca tendrá éxito una nación que convierte a una mujer en su gobernante."»

(9, 171, 88.18.219)

«Narró Abu Huraira. El profeta dijo: "Se contrae matrimonio con una mujer por cuatro cosas: su riqueza, su estatus familiar, su belleza y su religión."»

(7, 18, 62.16.27)

12. Entre las tierras que deben ser sometidas al islam por mandato expreso de Mahoma se halla España (Al-Andalus)

«Cuando el enviado de Dios, ¡Dios le bendiga y le salve!, estaba en Medina, se puso a mirar hacia Poniente, saludó e hizo señas con la mano. Su compañero Abu Aiúb al-Ansári le preguntó: "¿A

quién saludas, ¡oh, profeta de Dios!?”Y él me contestó: “A unos hombres de mi comunidad (musulmana) que estará en Occidente, en una isla llamada Al- Andalus. En ella el que esté con vida será un defensor y combatiente de la fe, y el muerto será un mártir. A todos ellos los ha distinguido (Dios) en su Libro (Corán 39, 58): Serán fulminados los que estén en los cielos y los que estén en la tierra, excepto aquellos que Dios quiera.”»

13. Las tropas del islam invaden España: batalla de Guadalete (711). (Del *Ajbar Machmua*, Trad. Lafuente Alcántara, p. 18)

«Dirigióse Musa contra las ciudades de la costa del mar, en que había gobernadores del rey de España, que se habían hecho dueños de ellas y de los territorios circunvecinos. La capital de estas ciudades era la llamada Ceuta, y en ella y en las comarcas mandaba un infiel, de nombre Julián, a quién combatió Musa ben Nusayr, mas encontró que tenía gente tan numerosa, fuerte y aguerrida como hasta entonces no había visto; y no pudiendo vencerla, volvióse a Tánger y comenzó a mandar algaras que devastasen los alrededores, sin que por eso lograse rendirlos, porque entre tanto iban y venían de España barcos cargados de víveres y tropas, y eran además amantes de su país y defendían sus familias con grande esfuerzo.

Murió en esto el rey de España, Gaitixa, dejando algunos hijos, entre ellos Abba y Sisberto, que el pueblo no quiso aceptar; y alterado el país, tuvieron a bien elegir y confiar el mando a un infiel, llamado Rodrigo, hombre resuelto y animoso, que no era de estirpe real, sino caudillo y caballero. Acostumbraban los grandes señores de España a mandar sus hijos, varones y hembras, al palacio real de Toledo, a la sazón fortaleza principal de España y capital del reino, a fin de que estuviesen a las órdenes del monarca, a quien sólo ellos servían. Allí se educaban hasta que, llegados a la edad núbil, el rey los casaba, proveyéndoles para ello de todo lo necesario, Cuando Rodrigo fue declarado rey, prendóse de la hija de Julián y la forzó. Escribiéronle al padre lo ocurrido, y el infiel guardó su rencor y exclamó: “Por la religión del Mesías, que he de transtornar su reino y he de abrir una fosa bajo sus pies”. Mandó enseguida su sumisión a Musa, conferenció con él, le entregó las ciudades puestas bajo su mando, en virtud de un pacto que él concertó con ventajas y seguras condiciones para sí y sus compañeros, y habiéndole hecho una descripción de España, le estimuló a que procurase su conquista. Acaecía esto a fines del año 90 [20 de noviembre de 708 a 8 de noviembre de 709]. Musa escribió a Al-Walid la nueva de estas conquistas y del proyecto presentado por Julián, a lo que contestó [el califa] diciendo: “Manda a ese país algunos destacamentos que lo exploren y tomen informes exactos, y no expongas a los muslimes a un mar de revueltas olas.” Musa le contestó que no era un mar, sino un estrecho, que permitía al espectador descubrir desde una parte la forma de lo que al opuesto lado parecía; pero Al-Walid le replicó: “Aunque así sea, infórmate por medio de exploradores.” Envió pues a uno de sus libertos, llamado Tarif, y de cognombre Abu Zara, con cuatrocientos hombres, entre ellos cien de caballería, el cual pasó en cuatro barcos y arribó a una isla llamada Isla de Andalus, que era arsenal [de los cristianos] y punto desde el cual zarpaban sus embarcaciones. Por haber desembarcado allí tomó el nombre de isla de Tarif [Tarifa]. Esperó a que se le agregasen todos sus compañeros, y después se dirigió en algara contra Algeciras ; hizo muchos cautivos, como ni Musa ni sus compañeros los habían visto semejantes, recogió mucho botín, y regresó sano y salvo. Esto fue en Ramadhan del año 91 [julio de 710].

Cuando vieron esto [los musulmanes] desearon pasar prontamente allá, y Musa nombró a un liberto suyo, jefe de la vanguardia, llamado Tariq ben Ziyad, persa de Hamadan —aunque otros dicen que no era liberto suyo, sino de la tribu de Sadif—, para que fuese a España con 7.000 muslimes, en su mayor parte berberiscos y libertos, pues había poquísimos árabes, y pasó en el año 92 [29 de octubre de 710 a 18 de octubre de 711] en los cuatro barcos mencionados, únicos que tenían, los cuales fueron y vinieron con infantería y caballería, que se iba reuniendo en un monte muy fuerte, situado a la orilla del mar, hasta que estuvo completo todo su ejército.

Al saber el rey de España la nueva de la correría de Tariq, consideró el asunto como cosa grave. Estaba ausente de la corte, combatiendo a Pamplona, y desde allí se dirigió hacia el mediodía, cuando ya Tariq había entrado, habiendo reunido contra éste un ejército de cien mil hombres o cosa semejante, según se cuenta. Apenas llegó esta noticia a Tariq, escribió a Musa pidiéndole más tropas y dándole parte de que se había hecho dueño de Algeciras y del Lago, pero que el rey de España venía contra él con un ejército que no podía contrarrestar. Musa, que desde la partida de Tariq había mandado construir barcos y tenía ya muchos, le mandó con ellos 5.000 hombres, de suerte que el ejército acaudillado por Tariq llegó a 12.000. Había ya cautivado muchos e importantes personajes, y con ellos estaba Julián, acompañado de bastante gente del país, la cual les indicaba los puntos indefensos y servía para el espionaje.

Acercóse Rodrigo con la flor de la nobleza española y los hijos de sus reyes, quienes, al ver el número y disposición de los muslimes, tuvieron una conferencia y dijéronse los unos a los otros: "Este hijo de la mala mujer se ha hecho dueño de nuestro reino sin ser de estirpe real, antes bien, uno de nuestros inferiores. Aquella gente no pretende establecerse en nuestro país; lo único que desea es ganar botín: conseguido esto, se marcharán y nos dejarán. Emprendamos la fuga en el momento de la pelea, y el hijo de la mala mujer será derrotado." En esto quedaron convenidos. Había dado Rodrigo el mando del ala derecha de su ejército a Sisberto, y el de la izquierda a Abba, hijos ambos de su antecesor Gaitixisa, y cabezas de la conspiración indicada. Aproximóse, pues, con un ejército de cerca de 100.000 combatientes, y tenía este número (y no otro mayor) porque había habido en España un hambre, que principió en el 88, y continuó todo este año y los del 89 y 90, y una peste durante la cual murieron la mitad o más de los habitantes. Vino después el año 91 [9 de noviembre de 709 a 28 de octubre de 710], que fue en España año que por su abundancia recompensó los males pasados, y en el cual se efectuó la invasión de Tariq.

Encontráronse Rodrigo y Tariq, que había permanecido en Algeciras , en un lugar llamado el Lago, y pelearon encarnizadamente; mas las alas derecha e izquierda, al mando de Sisberto y Abba, hijos de Gaitixa, dieron a huir, y aunque el centro resistió algún tanto, al cabo Rodrigo fue también derrotado, y los muslimes hicieron una gran matanza de los enemigos.

Rodrigo desapareció, sin que se supiese lo que le había acontecido, pues los musulmanes encontraron solamente su caballo blanco, con su silla de oro, guarnecida de rubíes y esmeraldas, y un manto tejido de oro y bordado de perlas y rubíes. El caballo había caído en un lodazal, y el cristiano que había caído con él, al sacar el pie, se había dejado un botín en el lodo. Sólo Dios sabe lo que le pasó, pues no se tuvo noticia de él, ni se le encontró vivo ni muerto.»

14. Control del espacio ocupado por parte de los musulmanes *(Ajbar Machmua, op. cit.*, p. 25)

«El destacamento que fue hacia Rayya la conquistó, y sus habitantes huyeron a lo más elevado de los montes; marchó enseguida a unirse con el que había ido a Elvira, sitiaron y tomaron su capital, y encontraron en ella muchos judíos. Cuando tal les acontecía en una comarca, reunían todos los judíos de la capital y dejaban con ellos un destacamento de musulmanes, continuando su marcha el grueso de las tropas. Así lo hicieron en Granada, capital de Elvira, y no en Málaga, capital de Rayya, porque en ésta no encontraron judíos ni habitantes, aunque en los primeros momentos del peligro allí se habían refugiado.»

15. Reparto de tierras en España

«Dice Abdelmélic, hijo de Habib: "Cuando en el año 100, en el califato del emir de los creyentes Omar, hijo de Abdelaziz (Dios le haya sido propicio), fue nombrado gobernador de España Asámah, hijo de Melic el Jaulaní, las tropas que le acompañaban quisieron tener participación en lo que poseían los primeros militares que vinieron a la conquista; pero entonces algunos de éstos se fueron a Omar, hijo de Abdelaziz, y le dijeron que Muza había dividido entre ellos las tierras, después de

haber asignado el quinto al Tesoro, y que Algualid les había confirmado sus derechos, como lo probaban los documentos que éste les había expedido. El emir de los creyentes Omar, hijo de Abdelaziz, entonces les confirmó a su vez los derechos que les había concedido Algualid, hijo de Abdelmélic, expidiéndoles otras cédulas reales parecidas a las anteriores; además escribió a Asámah, hijo de Abdelmélic, una carta en que le recomendaba que se respetase lo dispuesto en esas cédulas y se llevase a efecto lo que ordenaba a favor de los peticionarios. Estos volviéronse muy regocijados alabando la generosidad y justicia del califa, el cual ordenó a Asámah que diera en feudo a los soldados que le habían acompañado a España tierras del quinto."

Otro sabio dice lo siguiente: "Las propiedades pertenecientes al quinto en España no dejaron de ser bien conocidas y cultivadas en beneficio del tesoro público durante la época de los gobernadores o emires, luego durante el imperio de los beniomeya, se las cultivó a nombre suyo, hasta que por todas partes se les sublevaron jefes insurrectos y acreció la guerra"»

16. La esencia cainita del sistema islámico en España: luchas en el seno del islam español *(Ajbar Machmua*, *op. cit.*, pp. 48-49)

«Aconteció, en tanto, que los berberiscos españoles, al saber el triunfo que los de África habían alcanzado contra los árabes y demás súbditos del califa, se sublevaron en las comarcas de España, y mataron o ahuyentaron a los árabes de Galicia, Astorga y demás ciudades situadas allende las gargantas de la sierra [de Guadarrama], sin que Ebn Katan tuviese la menor sospecha de lo que sucedía hasta que se le presentaron los fugitivos. Todos los árabes de los extremos del norte de la península fueron impelidos hacia el centro, a excepción de los que habitaban en Zaragoza y sus distritos, porque eran allí más numerosos que los berberiscos, y no podían éstos acometerles. Derrotaron a los cuerpos de ejército que Abdo-l-Mélic mandó contra ellos, y mataron a los árabes en varias comarcas, visto lo cual, temiendo que le sucediese lo que había acontecido a los de Tanger, y con noticia de los aprestos que hacían contra él, no halló el walí medio mejor que solicitar la ayuda de los siriacos. Envióles barcos en que se trasladasen a España por pelotones, les remitió víveres y mantenimientos, y púsoles por condición que le entregasen diez personajes de los más importantes de cada división, para tenerlos como rehenes en una isla, y que, terminada la guerra, los trasportaría de nuevo a Ifrikiya. Convinieron en ello, y aceptaron el pacto, exigiendo a su vez que se les trasladase después a Ifrikiya todos juntos, y no separadamente, y que se les llevase a punto donde no fuesen inquietados por los berberiscos. Venía con los siriacos Abdo-r-Rahmen ben Habib, cuyo padre había muerto en Nacdora.»

17. Los inicios de la resistencia hispana (722)

«Por aquellos tiempos era prefecto de Asturias, con residencia en León, Munuza, compañero de Tariq. Durante su gobierno, cierto espatario de los reyes Vitiza y Rodrigo, llamado Pelayo, oprimido por el señorío de los ismaelitas, entró en Asturias con su hermana. El prefecto Munuza envió a Pelayo a Córdoba con el pretexto de una legación, pero en verdad con ocasión de su interés por su hermana. Antes de que regresara el antiguo espatario, Munuza, mediante cierto artificio, se unió en matrimonio con la hermana de Pelayo; mas cuando volvió éste, en ninguna manera quiso consentir el tal enlace, sino que se apresuró a hacer con gran osadía lo que ya meditaba acerca de la salvación de la Iglesia. Entonces, el nefando Tariq envió soldados a Munuza para que apresaran a Pelayo y lo llevasen a Córdoba encadenado. Llegados a Asturias, quisieron cogerle por engaño, y en una aldea llamada Brece supo Pelayo por cierto amigo de la decisión de los caldeos. Mas como los sarracenos eran muchos, viendo que no podía ofrecerles resistencia, se apartó de ellos despacio, comenzó de repente a correr y llegó a las orillas del Piloña.»

18. Narración musulmana de la resistencia de Pelayo *(Ajbar Machmua, Colección de tradiciones*, crónica anónima del siglo XI, dada a luz por primera vez, traducida y anotada por don Emilio Lafuente y Alcántara, Madrid, 1867, pp. 38-39)

«Recibió, en efecto, el gobierno de España, viniendo en 110 y permaneciendo en ella algunos años, durante los cuales conquistó todo el país hasta llegar a Narbona, y se hizo dueño de Galicia, Álava y Pamplona, sin que quedase en Galicia alquería por conquistar, si se exceptúa la sierra, en la cual se había refugiado con trescientos hombres un rey llamado Belay (Pelayo), a quien los musulmanes no cesaron de combatir y acosar, hasta el extremo de que muchos de ellos murieron de hambre; otros acabaron por prestar obediencia y fueron así disminuyendo hasta quedar reducidos a treinta hombres, que no tenían diez mujeres, según se cuenta. Allí permanecieron encasillados, alimentándose de miel, pues tenían colmenas y las abejas se habían reunido en las hendiduras de la roca. Era difícil a los muslimes llegar a ellos, y los dejaron, diciendo: "Treinta hombres, ¿qué puede importar?" Despreciáronlos, por lo tanto, y llegaron al cabo a ser asunto muy grave.»

19. Los musulmanes imponen diferencias de atuendo de acuerdo con las creencias religiosas *(Yahya ibn Umar*, *op. cit.*, 37ª, p. 292)

«El zabazoque de Qayrawan escribió a Yahya ibn Umar, consultándole sobre el caso del judío o del cristiano que es hallado que riendo asimilarse a los musulmanes, sin llevar *riqa* ni *zunnar*, y le contestó por escrito: "Mi opinión es que ha de ser castigado con azotes y prisión, a más de dársele un paseo infamante por el barrio de los judíos y cristianos, para que sirva de advertencia y escarmiento a quienes de los suyos lo vean." Abd Allah ibn Ahmad ibn Talib escribió a uno de sus cadíes, sobre este asunto de judíos y cristianos: "Los *zunnares* (cinturones) han de ser anchos para que cambien el aspecto de sus ropas y se les conozca por ellos. Si encuentras a alguno que haya infringido tu prohibición, dale desnudo veinte azotes y luego mételo en la cárcel. Y si todavía reincide, dale una paliza dolorosa y a fondo, y encarcélalo por mucho tiempo."»

20. La dominación musulmana lleva a la desesperación a los cristianos cordobeses (811) (del *«Documentum Martyriale* de san Eulogio», en *Historia de los mozárabes,* trad. Simonet, p. 411)

«La cristiandad española, en todo tiempo tan floreciente bajo la dominación de los godos, ha caído por los altos juicios de Dios en poder de los sectarios del nefando profeta, arrebatada por ellos la hermosura de sus iglesias y la alta dignidad de sus sacerdotes. Por nuestros pecados ha pasado nuestra herencia a manos ajenas y nuestra casa a gente extranjera. Nuestras aguas las bebemos por el dinero y tenemos que comprar nuestras propias maderas. No hay ya quien nos redima de las manos de los infieles que, oprimiendo nuestros cuellos con un yugo gravísimo, procuran exterminar en los ámbitos de su imperio todo el linaje cristiano. Ya no nos permiten ejercer nuestra religión sino a medida de su capricho; ya nos agobian con una servidumbre tan dura como la de Faraón; ya nos sacan a pura fuerza un tributo insufrible; ya imponen un nuevo censo sobre las cervices de los miserables; ya, privándonos de todas nuestras cosas, procuran destruirnos cruelmente; ya, en fin, fatigando a la Iglesia Católica con vario género de opresiones y persiguiendo de diversas maneras a la grey del Señor, creen que con nuestros daños prestan a su Dios un grato obsequio. ¡Cuánto más glorificaríamos nosotros al Señor si, desechando nuestra desidia, incitados por el ejemplo de nuestros mártires, les imitásemos esforzadamente no sufriendo más el yugo de esta nación impía! Pero nosotros, míseros, nos recreamos en sus. iniquidades, incurriendo en la censura del salmista, cuando dice: "Mezcláronse con las gentes y aprendieron sus obras y adoraron sus ídolos. ¡Ay de nosotros que tenemos por delicia el vivir bajo la dominación gentílica, y no rehusamos estrechar vínculos con los infieles, y con el continuo trato participamos con frecuencia de sus profanaciones!" Llenos están los calabozos de catervas de clérigos; las iglesias se miran privadas del sagrado oficio de sus prelados y sacerdotes; los tabernáculos divinos ponen su horror con su desaliño y soledad; la araña extiende sus telas por el templo; reina en su recinto el silencio más profundo. Confusos están los sacerdotes y ministros del altar, porque las piedras del santuario se ven esparcidas por las plazas, ya no se entonan los cánticos divinos en la pública reunión de los fieles; el santo murmullo de los

salmos se pierde en lo más recóndito de las prisiones; ni resuena en el coro la voz del salmista, ni la del lector en el púlpito; ni el diácono evangeliza al pueblo, ni el sacerdote echa el incienso en los altares. Herido el pastor, logró el lobo dispersar el rebaño católico, y quedó la Iglesia privada de todo ministerio sagrado.»

21. El dominio islámico en Al-Andalus tuvo, entre otras consecuencias, la de la profusión del tráfico de esclavos que se ilustra con variedad de procedencias (*Al-Saqatl*, *op. cit.*, 111ª, «Al-Andalus», XXXIII, 1968, pp. 374-375)

«Fraudes y engaños de estos mercaderes son el vender los esclavos de determinada categoría como si fuesen de otra y los de una raza por otra.

Se ha hablado mucho de las razas, estampas y naturaleza de los esclavos, de lo que conviene a cada clase, haciendo toda suerte de discursos sobre el particular. Dicen que la sierva bereber [es la ideal para proporcionar] voluptuosidad, la rumiya para el cuidado del dinero de la alacena, la turca para engendrar hijos valerosos, la etíope para amamantar, la mequense para el canto, la medinense por su elegancia y la iraquí por lo incitante y coqueta.

En cuanto a los varones, el hindú y el nubio [son apreciados] como guardianes de las personas y bienes, el etíope y el armenio para el trabajo y el servicio, produciendo beneficios [a su dueño], el turco y el esclavón (*saqaliba*) para la guerra y cuanto requiere valor.

Las bereberes son de natural obediente, las más diligentes [se destinan] al trabajo, las más sanas para la procreación y el placer y las más bonitas para engendrar; las siguen las yemeníes, a quienes se parecen las árabes. Los nubios suelen ser de natural obediente a sus amos, como si hubieran sido creados para la esclavitud, pero son ladrones y poco de fiar. Las hindúes no soportan la humillación, cometen los mayores crímenes y se mueren con facilidad. Las etíopes tienen la naturaleza más dura que Dios haya creado y son las más sufridas para las fatigas, pero les hieden las axilas, lo cual generalmente impide que se las tome. Las armenias son bellas, avaras y poco dóciles al hombre. Peculiaridad propia de las corsarias es que las desfloradas se vuelven como las vírgenes.»

22. Enfrentamientos en el seno del islam de Al-Andalus: el «motín del arrabal» de Córdoba en el año 818 (An-Nuguairi, *Historia de los musulmanes de España y África*, edición de M. Gaspar y Remiro, Granada, 1917, I, pp. 32-34)

«En el año 198 (813-4) aconteció el suceso de los arrabales de Córdoba, a que dio motivo la excesiva afición de Alháqem a la bebida, a los placeres y pasatiempos de la caza y otros semejantes. Ya dejamos referido antes lo que había hecho Alháqem con los cordobeses, cuando quisieron destituirle, e indicamos los que de aquéllos había crucificado. Desde entonces se acrecentó el odio que le tenían los habitantes de la ciudad, los cuales comenzaron a insultar y molestar a sus tropas y llegaron hasta gritar a él mismo, a la hora de la llamada del muezín a la oración: "¡Oh, borracho! ¡A la oración!" Palabras que algunos de ellos se atrevieron a decirle en su propia cara, siendo aplaudidos por la multitud.

En este estado de cosas diose prisa Alháqem en mejorar la fortificación de Córdoba, reparando sus murallas y ahondando la cavidad de sus fosos, acuarteló la caballería junto a la puerta del alcázar, aumentó la guardia de sus siervos y estableció un cuerpo de tropas para que no abandonasen la puerta del alcázar con las armas. Todo esto aumentó el disgusto de los cordobeses, los cuales adquirían el convencimiento de que Alháqem obraba de aquella suerte con intento de tomar venganza de ellos. Después les impuso Alháqem el diezmo de los víveres en cada año por pura avaricia, lo cual detestaron. Todavía después de esto, redujo Alháqem a prisión a una banda de principales ciudadanos de los más insolentes y ordenó que fuesen muertos y fueron, en efecto, crucificados. Con esto se encendió más la ira de la gente de los arrabales. Se unió a esto que un siervo de la guardia del emir entregó un sable a un acicalador, a fin de que se lo bruñese. Mas el acicalador melló el sable y, tomándolo el siervo, no cesó de herir con él al acicalador, hasta que lo dejó muerto. Y este hecho

ocurría en el mes de Ramadán (mayo) del año mencionado.

Los primeros que sacaron las armas fueron los habitantes del arrabal del Mediodía. Con ellos hicieron causa inmediatamente los de todos los arrabales. También se congregaron las tropas de la guarnición, los omeyas y los siervos en el alcázar. Alháqem mandó retirar los caballos y armas y organizó a sus defensores en escuadrones. Sobrevino el choque entre los dos bandos, mas llevaron la mejor parte sobre aquéllos los habitantes del arrabal y rodearon el alcázar. En esta situación descendió Alháqem desde lo más alto de su alcázar, se revistió con sus armas, excitó a sus hombres al combate y se peleó con gran violencia. Entonces ordenó el emir a su primo Obaidala que abriese un portillo en la muralla, por el cual salió aquél con un contingente de tropas y viniendo a espaldas de los habitantes del arrabal, sin que se apercibiesen de él, prendió fuego en sus viviendas. Con esto se declararon aquellos en fuga, fueron muertos atrozmente muchos y apresados cuantos se encontraban en las viviendas y aduares. Alháqem condenó a muerte a trescientos de los principales prisioneros, que fueron crucificados cabeza abajo. Tres días duraron el pillaje, la matanza y el incendio en los arrabales de Córdoba.

Después de esto, Alháqem pidió consejo a Abdelquerim ben Abdelguahid ben Moguit sobre la suerte de los otros prisioneros habitantes de los arrabales. Abdelquerim aconsejó su perdón. Otros consejeros a quienes consultó el emir opinaron que fuesen condenados a muerte. Pero Alháqem aceptó el consejo de Abdelquerim y por su orden fue voceada la amnistía, mas a condición de que habían de partir de la ciudad; pues quien restase de los habitantes de los arrabales, pasados tres días, sería condenado a muerte de cruz. Salieron los que habían quedado ocultos después de los sucesos y en situación triste y humillante hubieron de partir, emigrando de la capital de Córdoba con sus mujeres e hijos y con sus bienes de poco peso. Tropas y hombres viles les habían preparado emboscadas para arrebatarles los bienes que llevaban, y si alguno se resistía a ser despojado, le mataban.

Cuando terminó el plazo de los tres días, mandó Alháqem evitar todo daño a las mujeres y niños y que fuesen reunidos en un lugar señalado al efecto. Hecho esto, dio orden de asolar el arrabal del Mediodía.

Un llamado Yezig, cliente de Omaya, hijo del emir Abderrahman ben Moavia, se hallaba en la prisión de la sangre, con una cadena pesada en su pie. Viendo el referido Yezig que la gente de Córdoba vencía a las tropas de la guarnición, pidió a los guardias de la prisión que le soltasen. Entonces le tomaron los guardias juramento de que volvería a la prisión y le dejaron ir libremente. Yezig combatió con tanto ardor que no hubo en todo el ejército del emir quien le igualase. Cuando huyeron derrotados los habitantes del arrabal, volvió Yezig a la prisión, mas habiendo tenido noticia de esto el emir Alháqem, le puso en libertad y le recompensó con mercedes.

Se ha dicho que este suceso del arrabal aconteció en el año 202 (817-8), y Dios sabe más. Un cronista refiere que se reunieron en los arrabales hasta 4.000 juristas y estudiantes. De los juristas que se alzaron, fue Yahya ben Yahya El-Laití quien hubo de huir y hospedarse en el barrio de los berberiscos. Después Alháqem le concedió el perdón, y Yahya se presentó al emir. De ellos también fue el jurista Talut ben Abdelchabar, que huyó y se ocultó en casa de un judío durante todo un año. Entre Talut y Abulbassam [el visir] existía íntima amistad. Llegó esto a noticia de Alháqem, y le llamó a su presencia. Después de reprenderle por haberse alzado contra él, le perdonó y le permitió marchar a su morada. Mas antes le preguntó en dónde se había mantenido oculto. Talut le respondió que en casa de un judío y de Abulbassam. Alháqem destituyó [en el acto] a Abulbassam de su visirato y redactó el juramento de que jamás lo volvería a tomar a su servicio. De aquellos juristas fueron también Abdelmélic ben Habib y otros.»

23. El poder político y su legitimación desde una perspectiva islámica (I) (Al-Mawardi, *Los estatutos de gobierno*, cap. 1, recogido por Alfonso García Gallo, *op. cit.*, p. 447).

«La institución del imanato tiene como razón de ser que suple el profetismo, del que el profeta ha sido el último representante, para la salvaguardia de la religión y la administración de los intereses terrestres.

Hay unanimidad en reconocer que debe ser investido necesariamente por la nación en que ejerce las funciones; Al-Açamm es el único que sostiene una opinión diferente. Pero hay divergencia sobre la cuestión de si este carácter de necesidad es racional o canónico: unos invocan la necesidad, reconocida por las gentes razonables, de confiar a un jefe el cuidado de evitar las injusticias de unos para con otros y de cortar las disputas y los procesos, porque sin jefe se viviría en la anarquía y el abandono, a la manera de los salvajes abandonados a sí mismos; y así ha dicho el poeta preislámico Al-Alwah Awdi: "No es bueno que los hombres estén abandonados a sí mismos y desprovistos de jefes, no hacen falta jefes cuando son los ignorantes los que mandan." Otros ven en ello una necesidad canónica y no racional, porque dicen: el imán realiza actos de orden canónico, por lo cual, racionalmente, le está permitido no buscar el cargo a título de acto de piedad; de manera que la razón no le atribuye un deber.»

24. El poder político y su legitimación (II) (Abubéquer de Tortosa, *Lámpara de los príncipes*, trad. Maximiliano Alarcón, Madrid, 1930, pp. 177-178)

«Dijo Alfodail:

"Son preferibles sesenta años de tiranía a una hora de motín. Sólo desea la supresión de la autoridad algún insensato extraviado o algún malvado que anhela conseguir aquello que le está vedado. Es, pues, obligatorio para toda grey, rogar al Señor por la rectitud del sultán, comunicar a éste generosamente sus leales advertencias y dedicarle de un modo especial sus más fervientes oraciones, porque si el sultán es perfecto, se hallan perfectamente las gentes y el país, y la perversión del sultán es causa de que la situación de uno y otro sea lamentable."

Decían los ulemas:

"Cuando los asuntos que dependen del sultán llevan buena marcha para vosotros, multiplicad vuestras alabanzas y vuestras muestras de agradecimiento al Señor; más si, por el contrario, padecéis tribulaciones a causa del mal proceder del sultán, atribuido a que os habéis hecho acreedores a ellos por vuestros pecados, y a que os lo merecéis por vuestras culpas, y buscad disculpa, para el sultán, en la diversidad de asuntos que sobre él pesan, en la multitud de cosas que tiene a su cargo, como son: el gobierno de las diferentes comarcas de sus estados, gestionar la amistad de los adversarios, contentar a los amigos, etc.; en los escasos que son los leales consejeros y en lo mucho que abunda la impostura y la envidia."»

25. Los musulmanes españoles se oponen al dominio árabe (I): Banu-Qasi (Al-Udri, 34ª y 35ª, *op. cit.*, pp. 471-472)

«Lubb se alzó en Arnedo, buscó la alianza de Garsiya ibn Wanniqo y se enseñoreó de la Marca en el año 257 (870-871). Se apoderó de Zaragoza, Tudela y otras plazas. La ocupación de Tudela tuvo lugar el domingo 4 de rabi I del año 258 [19 de enero de 872]. Hizo prisioneros a los ummal del iman Muhammad (I), a saber: Wuhayb ibn Ahmad, que estaba en Tudela, a su hijo Muhammad, que estaba en Zaragoza, y a Abbas ibn Abd al-Barr, que estaba en Huesca.

Lubb ibn Musa dio a su hermano Fortun ibn Musa el mando de Tudela y a Mutarrif el de Huesca.

Lubb ibn Musa hizo una matanza con los árabes de Zaragoza, de distintas tribus. Les hizo salir hacia Viguera y los mató allí, en un prado que se conoce con el nombre de Prado de los Árabes *[Mary al-Arab]*. Esto tuvo lugar en el año 260 (873-874).»

26. Los musulmanes españoles se oponen al dominio árabe (II): Omar ben Hafsun (*Ajbar Machmua, op. cit.*, pp. 131-132)

«El mismo sábado en que murió Al-Mondzir le sucedió su hermano Abd-Allah. Los soldados se hallaban cansados de tan prolongado sitio, y apenas se divulgó la nueva de la muerte del emir, las

divisiones de los diferentes distritos y tribus se dispersaron cada cual por su lado. Mandó el emir que permaneciesen en sus puestos, pero no fue obedecido, y *tuvo* que retirarse, a fin de ponerse a salvo de un ataque de los enemigos, llevando delante de sí el cadáver de su hermano, pues aunque le aconsejaron que lo enterrase allí, no quiso hacerlo, y lo llevó a Córdoba, donde lo enterró con sus antepasados, en el alcázar. Agravóse luego el estado de las cosas, y después de haber estado a punto de un pacífico arreglo, estallaron disensiones y discordias entre los tercios militares, cuyos jefes dejaron de prestar apoyo al monarca. Dedicóse éste al ascetismo y a hacer manifestaciones de devoción, economizando el dinero del tesoro y guardándole, para que en mejores tiempos pudiese ser útil a los musulmanes, pues las rentas públicas habían disminuido considerablemente, por estar todas las provincias en poder de sublevados. Ahorraba las pagas de los soldados del Chund, y escaseaba las de los que estaban a su inmediato servicio. Por todas partes cundió el desorden, y creció el poder de Omar ben Hafsun en tales términos, que pudo hacerse dueño del castillo de Aguilar (Poley), distante una jornada de Córdoba. Su caballería se extendió por los alrededores, y avanzaba cada día por tarde y por mañana hasta las ruinas de Xecunda y el desfiladero de Almeida, sin encontrar resistencia, llegando las cosas hasta el extremo de que uno de los caballeros más animosos del ejército de Omar, que había hecho una incursión con su caballería hasta el desfiladero que domina Córdoba, pasó el puente y arrojó su lanza contra la estatua que había sobre la puerta del mismo, volviendo después a reunirse con sus compañeros. Duró este estado veinte y cinco años, hasta que, al fin de su reinado, se restableció un poco el orden, gracias a su alcaide Abol-Abbas Ahmed ben Mohammad ben Abi Abda, quien tuvo memorables encuentros con Ibn Hafsun y otros rebeldes, en que tomó cumplida revancha de ellos, y los superó. Después de haber obligado a Ibn Hafsun a abandonar el castillo de Poley, recogió los tributos de algunos distritos de la parte oriental (de España), y otorgó la paz a otros, a condición de que pagasen cierta contribución que les fue impuesta quedando exentos de servicio.»

27. Los musulmanes españoles se oponen al dominio árabe (III): Ibn Marwan (Ibn Hayyan, *op. cit*., «Cuadernos de Historia de España», XIII [1950], pp. 171-172)

«Abd al-Rahman ben Marwan ben Yunis, conocido por al-Yaliqi (el Gallego) al-Maridi.

Era jefe de Mérida. Tenía fama de caudillo temible. Sus noticias eran muy celebradas y sus ataques dejaron un saldo desfavorable en su contra. Sus actos crueles le valieron gran reputación y respeto entre los emires sus rivales, que terminaron por colocarlo por encima de ellos.

Se alejó de las filas musulmanas para entrar en las de los cristianos. Prefirió su amistad y su alianza a la de los fieles que se dirigen en sus oraciones hacia la *qiblah* [el sur, o sea, La Meca]. Pero apenas transcurrido un corto tiempo, abandonó repentinamente la compañía de los cristianos para volver a la obediencia y fijar su residencia en Badajoz [Batlius], que eligió para capital de su gobierno. Su política estaba orientada en sentido netamente español, es decir, daba preferencia a los muladíes y los prefería a los árabes. Sobre este punto las noticias que tenemos de él son detestables y muy abundantes. Fue el emir Muhammad quien lo obligó a abandonar la ciudad de Mérida en compañía de sus secuaces: Ben Sakir, Ben Makhul y otros de su calaña. Permaneció algún tiempo al servicio del emir; después rompió la relación con el poder central y se dirigió con sus adictos a la fortaleza de Al-Hans-Alanje. Fue uno de los que en unión de Sadun ben Fath al-Surumbaki Bekarkar, en tiempos del emir Muhammad, atacó a Hasim ben Abd Al-Aziz, logró poner en fuga a su ejército, le hizo prisionero y le entregó a Alfonso, rey de Galicia. El rescate que el emir Muhammad pagó por Abd Al-Aziz fue muy elevado. Andando el tiempo Ben Marwan volvió a la obediencia, ya seducido por promesas halagadoras, ya atemorizado por amenazas terribles. Antes había sostenido furiosos combates con el gobierno del jalifa, cuya historia sería [falta].»

28. La aceifa, instrumento privilegiado en la guerra contra los cristianos (Al-Udri, 45ª y 46ª, *op. cit*., p. 475)

«Las aceifas se fueron sucediendo contra Ismail ibn Musa, que estaba en Zaragoza. La enviada contra esta ciudad en el año 265 (878- 879) acampó en un lugar conocido por el nombre de Al-Kanisa el jueves 4 de junio, que corresponde a [9 de] sawwal, y el combate duró todo aquel día. La aceifa pasó cerca de Zaragoza el lunes 8 de junio, y el ejército acampó detrás del pantano de Furis, y taló y quemó los panes de los pueblos del Jalón durante doce días. Desde el Jalón se dirigieron las tropas a Borja, el viernes 17 de junio, y destruyeron Boga, Tarazona y Askaniya. El ejército acampó más tarde ante los muros de Tudela, el viernes a tres días por andar de junio, que caía en du-l-qada.

En este mismo año, al-Mundir, hijo del imam Muhammad (I), hizo una campaña contra Ismail ibn Musa y acampó ante los muros de Zaragoza; le hostigó, taló los frutales, destruyó los sembrados e incendió los lugares por donde pasaba. Hasim ibn Abd al-Aziz corrió más tarde sus tierras, en el año 267 (880-881).»

29. Las campañas de Alfonso I: vaciamiento de la cuenca del Duero y repoblación de las montañas y costa cantábricas (*Crónica de Alfonso II*, texto rotense, edición de Manuel Gómez-Moreno, *op, cit*., pp. 609-621; concretamente pp. 615-616)

«Quo mortuo ab uniuerso populo Adefonsus eligitur in regno, qui cum grada diuina regni suscepit sceptra, inimicorum ab eo semper fuit audada conprensa. Qui cum frate Froilane sepius exercitu mobens multas ciutates bellando cepit. Id este, Lucum, Tudem, Portugalem, Anegiam, Bracaram metropolitanam, Uiseo, Flauias, Letesma, Salamantica, Numantia qui nunc uocatur Zamora, Abela, Astorica, Legionem, Septemmanca, Saldania, Amaja, Secobia, Oxoma, Septempublica, Arganza, Clunia, Mabe, Auca, Miranda, Reuendeca, Carbonarica, Abeica, Cinasaria et Alesanzo. Seu castris cum uillis et uinculis suis. Omnes quoque arabes gladio interficiens, xpistianos autem secum ad patriam ducens. Eo tempore populantur. Asturias, Primorias liuana Transmera, Subporta, Carrantia, Bardulies qui nunc uocitatur Castella et pars maritimam. Et Gallecie Alabanque Bizcaj Alaone et Urdunia, a suis reperitur senper esse possessas. Sicut Panpilonia degius est atque Berroza. Hic uir magnus fuit. Deo et omnibus amauilis extitit. Baselicas multas fecit. Uixit in regno annis XVIII, morte propria discessit.»

30. El fortalecimiento del reino astur: Alfonso III derrota a los musulmanes en Polvoraria en 878 y les impone la paz (Sampiro, *Chronicon*, redacción silense, edición de Justo Pérez de Urbel, *Sampiro, su crónica y la monarquía leonesa en el siglo X*, Madrid, 1952, pp. 273-346; concretamente, pp. 282-283)

«Per idem fere tempus cordubensis exercitus venit ad ciuitatem Legionensem atque Astoricensem urbem. Et exercitum Toletane urbis atque alium ex aliis Yspanie ciuitatibus post eum venientem, in unum se tunc agregari voluit ad destruendam Dei Ecclesiam. Sed prudentissimus rex per exploratores omnia noscens, magno consilio Dei iuuante instat adiutus. Nam cordubensse agmen post tergum relinquens, sequenti exercitui.»

31. El prestigio político del condado de Barcelona bajo el gobierno de Borrell (940-992) («Gesta comitum barcinonensium, scripta circa annum MCXC a quodam monacho rivipullensi», *Marca Hispanica*, edición de Pedro de Marca, París, 1688, pp. 538-596; concretamente, columnas 541-542)

«Iste Borrellus Comes Barchinonae tradidit comitatus Bisulduni & Cerritaniae Olibano Cabretae; qui ideo Cabreta cognominatus est quia cum iratus aliquid loqueretur, uno saepius pede quasi cavare videbatur.

Hic suis diebus valde potentissimus ac opinatissimus inter alios claruit, & tenuit supradictos comitatus sub temporibus Dominorum Seniofredi & Borrelli Comitum Barchinonae; & genuit tres filios, Bernardum, Olibam, & Guifredum; tenuitque comitatum nobiliter ac potenter LXII annis, & obiit sub Borrello Comité Barcinonae anno Christi DCCCCXC. Cui successit in comitatu Bisulduni Bernardus filius ejus; in comitatu vero Cerritaniae Guifiedus. Borrellus igitur Comes Barchinonensis

ac Urgell, rexit per aliquod tempus comitatus supradictos pacifice & quiete. Hujos vero temporibus, peccatis exigentibus, Barchinona nobilissima civitas heu pro dolor a Sarracenis devastata est atque capta. Facta fuit haec dira pestilentia anno incarnationis dominicae DCCCCLXXXV Sub quo Dorrello dedicatum fuit tertio monasterium Rivipoli anno Christi DCCCCLXXVII. Borrellus itaque Comes, collecta nobilium militum maxima multitudine, Agarenos a Barchinona ac ab aliis suis finibus potentissime penitus devastavit. Barchinona itaque recuperata, Borrellus Comes rexit comitatus antedictos asiu principio XXVII annis & genuit duos filios, Raimundum Borrelli, & Ermengaudum. Obiit vero anno DCCCCXCIII. Cui successit in comitatu Barchinonae Raimundus Borrelli filius ejus. In comitatu vero Vrgell successit ei Ermengaudus filius ejus. Raimundus vero Borrelli tenuit comitatum Barchinonae XXV annis, genuitque filium nomine Berengarium, & obiit anno Christi MXVII.»

32. Aceifa musulmana contra los Velasco, señores de Pamplona, probablemente fíeles a los carolingios (año 816) (Ibn Hayyan, *Muqtabis*, Edición de E. Levi- Provençal y Emilio García Gómez, textos inéditos del *Muqtabis* de Ibn Hayyan sobre los orígenes del reino de Pamplona, «Al-Andalus», XIX [1954], pp. 295-315; concretamente, pp. 297)

«En este año fue la campaña del hayib Abd al-Karim ibn Abd al-Wahid ibn Mugit con la aceifa contra el enemigo de Dios Balask al- Yalasqi, señor de Pamplona. Este había pedido ayuda por Al-Andalus contra los musulmanes y se le habían reunido los contingentes cristianos. [El emir] envió al hayib Abd al-Karim en contra suya, al frente del ejército de los muslimes, y les presentó batalla durante trece días, combatiéndoles sin tregua, hasta que los enemigos de Dios quedaron desbaratados y emprendieron la huida. Murieron muchos, entre ellos Garsiya ibn Lubb, hijo de la hermana de Barmud, el tío materno de Idfuns; Sanyo, el mejor caballero de Pamplona; Saltan, el mejor caballero de los Mayus, y otros. [Los demás] se defendieron de los musulmanes tras de ríos abruptos y barrancos, a que se acogieron, obstruyendo sus accesos con maderos y fosos, que los musulmanes no pudieron franquear, y, en vista de su impotencia, emprendieron regreso desde las tierras cristianas a comienzos de du-l-qada de este año.»

33. Autoproclamación como califa de Abd-al-Rahman III en 929 *(Una crónica anónima de Abd-al-Rahman III al-Nasir, op. cit.*, pp. 152-153)

«En el nombre de Dios Clemente y Misericordioso. Bendiga Dios a nuestro honrado profeta Mahoma. Los más dignos de reivindicar enteramente su derecho y los más merecedores de completar su fortuna y de revestirse de las mercedes con que Dios Altísimo los ha revestido, somos nosotros, por cuanto Dios Altísimo nos ha favorecido con ello, ha mostrado su preferencia por nosotros, ha elevado nuestra autoridad hasta ese punto, nos ha permitido obtenerlo por nuestro esfuerzo, nos ha facilitado lograrlo con nuestro gobierno, ha extendido nuestra fama por el mundo, ha ensalzado nuestra autoridad por las tierras, ha hecho que la esperanza de los mundos estuviera pendiente de nosotros, ha dispuesto que los extraviados a nosotros volvieran y que nuestros súbditos se regocijaran por verse a la sombra de nuestro gobierno (todo ello por la voluntad de Dios; loado sea Dios, otorgador de los beneficios, por el que nos ha otorgado, pues Él merece la máxima loa por la gracia que nos ha concedido). En consecuencia, hemos decidido que se nos llame con el título de Príncipe de los Creyentes, y que en las cartas, tanto las que expidamos como las que recibamos, se nos dé dicho título, puesto que todo el que lo usa, fuera de nosotros, se lo apropia indebidamente, es un intruso en él, y se arroga una denominación que no merece. Además, hemos comprendido que seguir sin usar ese título, que se nos debe, es hacer decaer un derecho que tenemos y dejarse perder una designación firme. Ordena, por tanto, al predicador de tu jurisdicción que emplee dicho título, y úsalo tú de ahora en adelante cuando nos escribas. Si Dios quiere.»

34. Victoria cristiana de Simancas (939): versión árabe (Del *Kitab al-Rawd al Mitar* de Abd al-Munim al-Himyaria, según versión francesa de Lévi- Provençal, *La péninsule ibérique au*

***Moyen Âge*, p. 121)**

«Abd al-Rahman (III) ben Muhammad, el califa de Al-Andalus, hizo en el año 327 (939) una expedición a la cabeza de un ejército de más de doscientos mil hombres. Fue a sitiar la capital de los gallegos, es decir, Zamora, la ciudad de que hablamos. Entre las naciones con quienes estaban en guerra los habitantes de Al- Andalus, eran los gallegos sus más temibles enemigos. Abd al-Rahman ben Muhammad, príncipe de Al-Andalus, tenía un visir perteneciente a la familia de los omeyas, llamado Ahmad ben Ishaq; como consecuencia de un delito que provocó su cólera, el soberano le mandó ejecutar. Ese visir tenía un hermano llamado Umaiya, que residía en Santarem, ciudad que formaba parte de las fronteras de Al-Andalus. Habiendo sabido la suerte de su hermano, se rebeló contra Abd al-Rahman y se puso al servicio de Ramiro, rey de los gallegos; le ayudó contra los musulmanes y le suministró informes sobre los puntos débiles de su línea de defensa. Algún tiempo después Umaiya salió de su ciudad para ir de caza a una de sus fincas de recreo. Durante su ausencia uno de sus oficiales se apoderó de la población, le impidió el acceso a ella y escribió a Abd al-Rahman poniéndole al corriente [de lo ocurrido]. Umaiya ben Ishaq, hermano del visir muerto, marchó entonces junto a Ramiro, quien le acogió bien, le nombró su ministro y le admitió en el número de sus cortesanos.

Abd al-Rahman III, soberano de Al-Andalus, hizo pues una expedición contra la ciudad de Zamora, capital de los gallegos, a la cabeza de más de cien mil hombres, y tuvo lugar una batalla entre él y Ramiro, rey de los gallegos, en Xawwal del 327 [julio-agosto de 939], como hemos dicho ya. Fueron los musulmanes quienes al principio llevaron ventaja [en la pelea]; pero después de haber sido atacados y de haberse visto obligados a retirarse, los cristianos volvieron a la carga e hicieron a los musulmanes, que habían atravesado el “foso” [al-handaq, Alhandega], cincuenta mil muertos. Se dice que fue Umaiya ben Ishaq quien impidió a Ramiro que persiguiera a los sobrevivientes del ejército musulmán; le puso en guardia contra una emboscada posible y le aconsejó que era mejor apoderarse de las riquezas, de las armas y de las tiendas del campamento musulmán; sin su intervención el ejército musulmán habría sido aniquilado.

Más tarde, Umaiya pidió el amán a Abd al-Rahman III y escapó del territorio de Ramiro. El soberano le favoreció con la mejor acogida.»

35. Victoria cristiana de Simancas (939): versión castellana (de los *Anales Castellanos Primeros*, según el texto editado por Gómez-Moreno, *Discursos... ante la Academia de la Historia*, p. 24).

«En la era 977 [939], a saber, en la segunda feria [lunes] a la hora tercia mostró Dios un signo en el cielo y el sol sé convirtió en tinieblas durante casi una hora en todo el mundo. Después, a los dieciocho días, el séptimo de los idus de agosto [6 de agosto] en el día en que los cristianos celebran a los santos Justo y Pastor, tercera feria [martes], vinieron los cordobeses a Simancas con su nefandísimo rey Abd-al-Rahman y con todo su ejército y fijaron allí su campamento. Encontraron al rey Ramiro y sus condes, que salieron reunidos con él y con sus huestes, a saber: Fernán González y Asur Fernández y otra multitud de guerreros. Ayudándole Dios, cayeron sobre los moros y mataron a espada ese día casi tres mil y quizá más; y allí fue capturado el moro Abu Yahya. Dieciséis días después, el doce de las calendas de septiembre [21 de agosto], mientras los moros huían y trataban de salir de tierra de cristianos, les salieron al encuentro en un lugar llamado Leocaput, junto al río Verbera, y allí fueron dispersados los islamitas y bastantes fueron muertos y despojados. Y se alegraron mucho los cristianos, porque volvieron con muchas riquezas y se regocijaron de sus despojos y está llena de ellos Galicia y Castilla y Alava y Pamplona, con su rey García Sánchez. ¡Gracias a Dios!»

36. Almanzor relega al califa Hisham a un puesto meramente decorativo (An-Nuguairi, *op. cit.*, p. 60)

«Los destinos fueron favorables a Ben Abuámir en su administración de la hacienda, tuvo amplios poderes, se ganó la adhesión del ejército, vino a ser el verdadero imperante y dueño del gobierno, se hizo canciller de Hixem, se dio el título de Almanzor y mantuvo el respeto del pueblo. Todas las regiones de España le obedecían, ni una sola se alzó contra él a causa del gran temor que les inspiraba, y mejoró la administración del Estado. Entraba y salía del alcázar, y con sólo decir "el emir manda tal cosa y prohíbe tal otra", nadie contradecía sus palabras, ni se oponía a su acción. Cuando salía a campaña contra los cristianos, confiaba a Hixem al cuidado de quienes le impidiesen conversar o manifestarse en público, y prohibiesen a todo el mundo entrar a presencia de aquél, hasta que él volvía de su expedición. De años en años le hacía montar, le imponía un burnuz, revestía a sus doncellas con burnuces semejantes, a fin de que entre éstas no fuese distinguido por el público, y ponía en las vías del tránsito centinelas que contuviesen al público a distancia de aquél, hasta que llegaba así a Medina Azahara o a otro de los sitios de recreación. Después le hacía volver al alcázar en la misma forma. No tenía Hixem de la realeza otra cosa que la invocación de su nombre sobre los púlpitos en la oración, y su inscripción en las monedas y banderas.»

37. Almanzor siembra el terror en tierras del cristianismo (997) (del *Bayan al-Mugrib* de Ben Idzari, según versión francesa de Fagnan, II, p. 491)

«Al-Mansur había llegado en esta época al más alto grado de poder. Socorrido por Alá en sus guerras con los príncipes cristianos, marchó contra Santiago, ciudad de Galicia que es el más importante santuario cristiano de España y de las regiones cercanas del continente. La iglesia de Santiago es para los cristianos como la Qaaba para nosotros. La invocan en sus juramentos y van a ella en peregrinación desde los países más lejanos, incluso desde Roma y de más allá. Pretenden que la tumba en ella visitada es la de Jacobo, quien era entre los doce apóstoles el que gozaba de mayor intimidad de Jesús; se dice que era su hermano, porque estaba siempre a su lado, y algunos cristianos creen que era hijo de José, el carpintero. Está enterrado en tal ciudad y los cristianos le llaman hermano del Señor —¡qué Alá sea exaltado y desvanezca tal creencia!—Jacobo, nombre que equivale a nuestro Yaqub, era obispo de Jerusalén y se lanzó a recorrer el mundo para predicar su doctrina; vino a España y llegó hasta Galicia, volvió a Siria y fue allí condenado a muerte a la edad de ciento veinte años solares; pero sus compañeros trajeron sus huesos para enterrarlos en esta iglesia que se hallaba en el límite extremo hasta donde había llegado en sus viajes. Ningún príncipe musulmán había sentido aún la tentación de atacar tal lugar ni de llegar hasta allí, en razón de las dificultades que se oponían al acceso hasta él, de su emplazamiento en tierra abrupta y de la gran distancia a que se hallaba.

Al-Mansur dirigió contra tal ciudad la expedición estival que salió de Córdoba el sábado 23 Chumada II de 387 [3 de julio de 997], que era su cuadragésima octava campaña. Entró primero en la ciudad de Coria; después, a su llegada a la capital de Galicia, Viseo, se le reunieron gran número de condes que reconocían su autoridad y que se le presentaron con sus guerreros y con gran pompa, para unirse a los musulmanes y comenzar las hostilidades.

[...] Tomada la dirección de Santiago, Al-Mansur atravesó extensas regiones, cruzó muchos grandes ríos y diversos canales o rías en que refluyen las aguas del océano; llegó enseguida a las llanuras de Valadares, Malasita y Al-Days y de las comarcas vecinas; desde ellas avanzó hacía una elevada montaña muy abrupta sin vías ni caminos, pero los guías no pudieron señalar otro itinerario. Por orden de Al-Mansur grupos de obreros trabajaron para ensanchar las huellas de los senderos, a fin de que pudiera pasar el ejército. Atravesado el Miño, los musulmanes desembocaron en anchas llanuras y en fértiles campos y sus exploradores llegaron hasta Dayr Kustan [¿el monasterio de san Cosme y san Damián?], y el llano de Balbenut situado sobre el océano; tomaron por asalto la fortaleza de san Balayo [San Payo] y la saquearon, y después de haber atravesado unas marismas, arribaron a una isla en la que se habían refugiado gran número de habitantes de la región. Los

invasores los hicieron prisioneros y llegaron a la montaña de Morazo, que el océano rodea por todas partes; se internaron en ella, arrojaron de la misma a quienes la ocupaban y se apoderaron del botín dejado por ellos. Atravesaron enseguida la ría de Lurqui por dos vados que les fueron señalados; después cruzaron el río Ulla y penetraron en llanuras bien cultivadas y abundantemente abastecidas; en las de Unba, Karachita y Dayr Sontebria por ejemplo. Llegaron así a la ría de Iliya [Padrón] donde se alzaba uno de los templos consagrados a Santiago, que para los cristianos seguía en importancia al que encierra su sepulcro, por lo que acudían a él devotos de las regiones más distantes; del país de los Coptos, de Nubia, etc. Después de haberlo arrasado por entero, fueron a acampar ante la orgullosa ciudad de Santiago el 2 de Xaban (10 de agosto). La habían abandonado todos sus habitantes, y los musulmanes se apoderaron de todas las riquezas que en ella hallaron y derribaron las construcciones, las murallas y la iglesia, de modo que no quedaron huellas de las mismas. Sin embargo, los guardias colocados por Al-Mansur para hacer respetar el sepulcro del santo, impidieron que la tumba recibiera daño alguno. Pero todos los hermosos palacios, sólidamente construidos, que se alzaban en la ciudad, fueron reducidos a polvo y no se hubiera sospechado tras su arrasamiento que hubieran existido allí la víspera. Se llevó a cabo la destrucción durante los dos días que siguieron al miércoles 2 Xaban. Las tropas conquistaron después las comarcas vecinas y llegaron hasta la península de san Mankas [San Cosme de Mayanca] que, avanza en el océano, punto extremo al que ningún musulmán había arribado hasta entonces y que sólo había sido hollada hasta allí por los pies de sus habitantes. Y en ella se detuvo la caballería, que no fue más allá.

Al-Mansur comenzó su retirada desde Santiago, después de haber avanzado más lejos que ningún otro musulmán. De regreso de su campaña se dirigió hacia el territorio de Vermudo (II) hijo de Ordo- ño, a fin de saquearle y devastarle; pero cesó en sus *razzias* al llegar a las comarcas regidas por los condes confederados que servían en su ejército.

El ejército entero entró en Córdoba sano y salvo y cargado de botín, después de una campaña que había sido una bendición para los musulmanes. ¡Alá sea alabado!

En Santiago, Al-Mansur no había encontrado sino un viejo monje sentado junto a la tumba del santo. Le preguntó: “¿Por qué estáis ahí?” “Para honrar a Santiago”, respondió el monje, y el vencedor dio orden de que le dejaran tranquilo.»

38. Desintegración del califato de Córdoba. La *fitna* entre 1020 y 1031 (Ibn Hazam, Miguel Asín Palacios, «Un códice inexplorado del cordobés Ibn Hazam», *Al-Andalus*, II [1934], pp. 1-56; concretamente, p. 38)

«En cuanto a lo que me habéis consultado acerca de la guerra civil actual y de lo engañadas que están las gentes respecto de ella, poniendo, al parecer, su esperanza unos en otros, es en verdad una prueba a que Dios nos somete y de la cual le pedimos nos libre, porque realmente es una tentación al mal, que por muchas maneras, cuya enumeración sería prolija, destruye la vida religiosa en todos, salvo aquellos a quienes Dios con su gracia los preserva. La causa fundamental de ello es que todo el que gobierna una ciudad o una plaza fuerte en cualquier región de este nuestro país Al-Andalus, desde el primero al último, es un salteador de caminos, que por Dios y su profeta guerrea y siembra el desorden en el país, haciendo, como lo veis con vuestros mismos ojos, continuas incursiones o algaras contra los bienes de los musulmanes, súbditos de cualquier príncipe que le sea hostil, permitiendo a sus ejércitos que los asalten por los caminos de las regiones contra cuyos habitantes están en guerra, imponiendo contribuciones indirectas y personales sobre los cuellos de los muslimes, dando a los judíos jurisdicción para que en las más frecuentadas vías de los muslimes les cobren el impuesto de capitación y el tributo, con la excusa de que a ello les obliga una necesidad que [en ningún caso] puede hacer lícito aquello que Dios mismo ha prohibido, aparte de que con tales tributos aspiran sólo a robustecer su autoridad en cuanto mandan y prohiben. No os engañéis, pues, ni os dejéis extraviar por los malvados, que arrogándose el título de alfaquíes se revisten con pieles de

corderos sobre corazones de fieras, y doran con apariencias de bien la maldad de los malos y les prestan su apoyo para ejecutar sus maldades.»

39. Asedio y conquista de Zaragoza por Alfonso I el Batallador (año 1118) (Crónica de San Juan de la Peña, *op. cit*., pp. 70-71)

«Et eodem anno obsedit Cesaraugustam cum suis naturalibus Aragonum et Nauarre, et cum Centone de Bearn et Uasconibus qui fecerunt mirabilia de se ipsis, nec non cum comite Alperche, qui uenerat de Francia pro Dei seruitio, et dicti imperatoris audita eius fama laudabili, que digesta per orbem ipsum inter orbis milites strenuos accellebat predictis.

Itaque in obsidione Cesarauguste existentibus, sarraceni Tutele plures faciebant insultus contra Christianos obsidionis. Qui per riuum Iberis et de partibus Catelle ad ipsam obsidionem uictualia deferebant. Quod imperator non ualens amplius sustinere, deputauit comiti Alperche sexcentos equites qui irent cum eo apud Tutelam. Et dictus comes posuit se in absconditis prope Tutelam, et equies circa XXX et centum pedites ipsius comitis inceperunt currete et inuadere homines et animalia grossa et minuta que inuenerunt circa Tutelam. Quod ut uiderunt sarraceni Tutele, more solito, irruerunt in eosdem, et, exceptis per paucis qui Tutele remanserunt, omnes eam deserunt. Et dum predictos conarentur persequi christianos, nichil de paratis eis insidiis suspicantes. Comes de absconditis ubi se absconderat, cum suis exiuit et, sarracenis hoc non uidentibus, Tutelam intrauit, ianuis inuentis apertis. Et accessit ad maius fortalitium quod erat ibi, et id occupauit. Et statim properauit ad ianuas Tutele, et sicut ueniebant sarraceni, ita perimebantur uel capeiebantur. Sic quod nullus superfuit sarracenus quin esset mortuus aut captiuus. Gausius fuit itaque imperator magno gaudio quando sciuit dicto comiti sic contigisse, et tamquam pius et bonus, dedit sibi pro heriditate sua et suorum Tutelam.

Et postea rediit comes ad obsidionem Cesarauguste, ubi fuit initum magnum prelium inter imperatorem et exercitum suum, ex una parte, et Almetzalem regem Cesarauguste et sous, ex altera. In quo prelio idem rex et quotquot exiuerunt ad prelium cum eo fuerunt deuictui. Et qui in ciuitate remanserant tamquam desperati de eorum uita, post plures conflictus, tradiderunt dictam ciuitatem imperatori.

Qui uolens remunerare ben meritos, dedit Centoni de Bearn, pro hereditate sua, totam parrochiam Sanete Marie del Pilar, que adhuc eo tempore erat Christianorum. Dedit etiam comiti Alperche unum uicum in quo hospitaretur, qui hodie uocatur uicus comitis Alperche.»

40. Yusuf ben Tashufin, creador del imperio almorávide (Ibn Abi Zar, *Rawd Al-Qirtas*, edición de Ambrosio Huici Miranda, Valencia, 1964, I, pp. 262-263)

«En ninguno de sus dominios, con ser tan grandes, permitió tributo, ni ayuda, ni diezmo, lo mismo en las ciudades que en el campo, sino lo que mandó Dios y ordenó por su libro y su *Sunna*, o sea, la limosna legal y el diezmo, el tributo de los protegidos y el quinto de las presas de los infieles. Recogió con esto más riquezas que nadie antes de él, pues se dice que se encontraron en el erario, después de su muerte, 13.000 arrobas de *warq* [plata acuñada] y 5.040 arrobas en dinares de oro acuñado. Reinstaló en los tribunales de las provincias a los jueces, y derogó todo lo contrario a las leyes. Solía recorrer sus provincias examinando los asuntos de sus súbditos cada año; era muy aficionado a los alfaquíes, sabios y varones justos; los acercaba a sí, seguía sus consejos, los honraba y los pensionaba del erario público, mientras vivió; era, además, de buen carácter, humilde y muy modesto, poseedor de todas las virtudes.»

41. Los almorávides invaden la península (Ibn Abi Zar, *op. cit*., I, pp. 279-280)

«Cuando vio al-Mutamid ben Abbad que Alfonso se había apoderado de Toledo y de su región y que apretaba el cerco de Zaragoza y oyó que Yusuf ben Tachfin había tomado Ceuta, pasó al otro lado del estrecho para llevar a Al-Andalus a Yusuf. Lo encontró en tierra de Tánger, en el lugar llamado Balita, a tres jornadas de Ceuta; le expuso el estado de Al-Andalus, su temor, debilidad y

opresión así como las muertes, cautiverios y cercos que sufrían los musulmanes de parte de Alfonso y de sus soldados, y como éste estaba decidido a entrar en Zaragoza. Yusuf le respondió: “Vuelve a tu país, y prepárate, que yo voy tras ti.” Se volvió Ibn Abbad a Al-Andalus y Yusuf entró en Ceuta y ordenó sus cosas y su escuadra. Allí se le reunió el ejército y le llegaron delegados de las cábilas y tribus del Sáhara, del Sur, del Zab y del Magrib, y emprendió el traslado de sus tropas a Al- Andalus en número incalculable. Cuando todos los combatientes se reunieron en la playa de Algeciras, pasó él tras ellos con gran séquito de caídes almorávides y de valientes y hombres píos. Al embarcarse, una vez en la nave, levantó sus manos e invocó a Dios diciendo: “¡Dios mío!, si sabes que este mi pasaje ha de ser en bien de los musulmanes, facilítame el paso de este mar, y en caso contrario, dificúltamelo para que no lo pase.” Le facilitó Dios el pasaje más rápido y fue su travesía el jueves al declinar del sol, a mediados de rabi primero del año 479 [3 de julio de 1086]. Desembarcó en Algeciras y rezó la oración del mediodía de aquel día. Lo encontró allí Al-Mutamid con todos los emires de Al-Andalus. Llegó a Alfonso la noticia de su travesía, y partió de Zaragoza para encontrarse con el emir de los musulmanes Yusuf.»

42. Victoria almorávide de Sagrajas (1086) (del *Kitab al-Muchib* del Marrakuxi, según versión francesa de Fagnan, p. 245)

«El rey don Alfonso tuvo una gran batalla con el rey de los sarracenos, Yusuf, ante la ciudad de Badajoz, en el sitio que se llama Sacralias, donde concurrieron unánimemente con nuestro rey cristianos de las partes de los Alpes y muchos franceses le asistieron con su auxilio, pero por la oposición del diablo, un gran temor invadió a muchos de los nuestros y huyeron muchos miles de ellos, sin que nadie los persiguiese. El rey, ignorante de su fuga, entró confiadamente en la batalla, a la que asistían todos los sarracenos de toda España armados. Yusuf b. Tasufin había hecho pasar consigo a muchos miles de bárbaros del otro lado del estrecho. Lucharon, pues, el rey don Alfonso y los que habían quedado con él, hasta la noche, y ninguno podía resistir de momento su ataque, pero los sarracenos cerrando sus filas tenían otros sostenes que la oración y el auxilio de igual naturaleza, que pedía a los hombres piadosos de cuya virtud estaba seguro. El miércoles 3 Xaban [13 de julio] se libró la batalla [fue dada en verdad el 18 de julio] y gracias a la protección divina, que descendió sobre los almohades, sostuvo su energía y les concedió el triunfo, la suerte de las armas se volcó contra Alfonso y los suyos, y sólo pudo salvarse éste con una treintena de sus oficiales. Del ejército musulmán encontraron la muerte de los mártires un cierto número [de guerreros], tanto de los príncipes almohades como de los otros. Se cita entre ellos al visir Abu Yahya [llamado también Abu Bakr ben Abd Allah] hijo del jeque Abu Hafs, antes citado entre los visires de Abu Yusuf. El Príncipe de los Creyentes avanzó en persona hasta Qalat Ribat (Calatrava), cuyos habitantes habían huido, y en la que penetró. Hizo transformar la iglesia en mezquita y los musulmanes recitaron en ella la oración. Después de haber conquistado las diversas fortalezas que rodean Toledo volvió a Sevilla ornado con la aureola de la victoria. Esta brillante victoria se iguala con la de Zallaqa, de que hemos hablado en tiempo de Yusuf ben Taxufin, emir de los almorávides.»

43. Los almohades imponen su visión del islam (Ibn Abi Zar, *op. cit.*, I, p. 121)

«Cuando los almohades entraron en la ciudad, el jueves 15 de rabi segundo del año 540 [5 de septiembre de 1145], temieron los alfaquíes y los jeques de la ciudad que los criticasen por aquellos relieves y los adornos de encima del mihrab, pues los almohades se habían alzado predicando la austeridad y la ley. Les dijeron: “El Príncipe de los Creyentes entrará mañana en la ciudad con los jeques almohades para hacer la oración del viernes en Al-Qarawiyin.” Temieron con esto y aquella noche fueron blanqueadores a la mezquita, pusieron sobre los relieves, sobre el dorado de encima del *mihrab* y alrededor de él, papeles; luego lo revistieron de yeso, le dieron una lechada y quedó brillante, desapareciendo la pintura y volviéndose todo blanco.»

44. Los almohades reprimen a los musulmanes españoles (Ibn Sahib al-Sala, *Al-Mann*

***bil-Imana*, edición dé Ambrosio Huici Miranda, Valencia, 1969, pp. 11-12)**

«En el nombre de Dios, el clemente, el misericordioso. La oración de Dios sobre Muhammad y su familia.

Y en este año, que fue el 554 [23 de enero de 1159 a 11 de enero de 1160) salió Muhammad ben Said ben Mardanis de la ciudad de Murcia con su ejército y con sus compañeros los cristianos, a quienes Dios extermine, en su decisión perversa de aprovechar la ocasión, según creía, y desvariando, trastornado por el vino, con la idea de que en la ausencia del Amir al-Muminin Abd al-Mumin vencería a los almohades en la península de Al-Andalus hasta sitiar a la ciudad de Jaén, donde estaba [de gobernador] Nuhannad ben Ali, al-Kumi, que convino con él en romper el reconocimiento [al poder almohade], acomodándose a su voluntad, y a quien la maldad de su juicio lo precipitó en la rebeldía.

Creyó Ibn Mardanis que encontraría en el resto del país lo que encontró en Muhammad ben Ali en esta de perversión. Llegó a Córdoba, la sitió y arrasó sus sembrados, destruyendo su bienestar. Estaba en ella Abu Zayd Abd al-Rahman ben Igit de gobernador y *hafiz* de ella, quien lo rechazó con la energía de los caballeros valientes que mantienen su fidelidad al poder ilustre [almohade] en todas las circunstancias. Lo combatió encarnizadamente y encontró [Ibn Mardanis] en él lo que se encuentra en los leones, cuando defienden a sus cachorros; duró el asedio hasta que convino el cadí Ajil ben Idris con Abu Zayd abd Al-Rahman en usar una de las estratagemas de la guerra y escribieron ambos una carta a nombre de Sidray ben Wazir, desde Sevilla, y la entregaron a un hombre aceitero, que llevaba en sus ropas manchas de aceite. Era este hombre un servidor del cadí y le mandó que cambiase su vestido, como si fuese un aceitero del Aljarafe, y que fuese con la carta al campamento de Ibn Mardanis y se la entregase.»

45. Medidas antisemitas de los almohades (Ibn Sahib Al- Sala, *op. cit*., p. 38)

«Se irritó por ello Ibrahim ben Hamushk, que estaba en la ciudad de Jaén; se encendió la rebeldía en su corazón y se decidió su intención hipócrita a traicionar a la ciudad de Granada, que estaba cerca de él, y en su interior vivían los judíos islamizados con su aliado, el conocido por Ibn Dahri, el malvado hipócrita, que era pariente por afinidad de Ibn Zayd, que fue antes almojarife de la ciudad.»

46. Los almohades contenidos en las Navas de Tolosa (I): versiones musulmanas (1212) (del *Anónimo de Copenhague*, trad. De Huici *La campaña de las Navas de Tolosa*, p. 115)

«La carta es de Ben Aiax.

Hasta ahora os ha protegido Dios, os ha ayudado según su voluntad. El rey de Castilla, viéndose el año pasado impotente para triunfar, se ocultó en su país hasta de la vista de los hombres y se decidió a implorar el auxilio de los reyes de su religión, para que le socorriesen a precio de dones y regalos, por ver si ellos encontraban remedio a su impotencia. Fueron sus frailes y sacerdotes desde Portugal hasta Constantinopla, gritando desde el mar de los griegos hasta el mar verde: “¡Socorro, socorro, misericordia, misericordia!” Llegaron los siervos de la cruz, de todo desfiladero profundo y de todo país lejano, acudiendo día y noche de las cumbres de las montañas y de las playas de los mares; fueron los primeros en acudir los francos, que se extienden por las regiones del este y del norte; siguiéndoles el Barcelonés con lo que disponía de hombres y socorros; el rey de Navarra estaba sometido a la protección de los almohades y recibía socorros pecuniarios de ellos con gran largueza; pero maldíjolo el señor de Roma, si no guerreaba al lado de su gente y se unía a los príncipes de su religión; uniéndose, pues, a este ejército con ardor, y se metió en aquel mar revuelto en el que todos invocaban la cruz.

Nosotros invocamos al que oye y responde...; cuando nos movimos con los almohades y demás musulmanes, vimos que el pueblo [...] y que había afilado en el camino de Dios sus espadas; supimos que la nación que no tiene igual en el mundo y que la sociedad que gobierna Dios y san Gabriel y los

mejores creyentes y los ángeles [...] después de esto, manifestó [...] el partido de Dios por el cual se ha honrado siempre el polvo y se ha glorificado la religión extraña en tiempo de la unidad y del extrañamiento.

Pedimos a Dios que nos guiara por el buen camino y que nos colocase en su mejor servicio, y le suplicamos que nos iluminase para bien del Islam. Llegamos delante de Jaén y nos establecimos allí por algunos días, esperando a que decreciese el Guadalquivir, cuya corriente iba muy hinchada y con su crecida por la parte del norte había borrado los vados [...] con lo que cuidábamos de la buena administración y del tesoro, que es lo más importante.

Los infieles, entretanto, se reunían en Toledo, como langostas, por su número y por los daños que habían de hacer; el señor de Castilla los trataba con afecto y paciencia, permitiéndoles devastar sus tierras y comprándolos con los bienes de sus súbditos y soldados. Nosotros supimos con certeza que reunió [...]; cuando decreció el Guadalquivir, entramos en campaña con nuestras tropas; movióse también con rapidez el infiel y destruyó los castillos y fronteros que hallaba en su camino. Luego los dos ejércitos se batieron en el sitio llamado [...], entre los musulmanes y sus enemigos en un día de estrellas aciagas. Esperamos que lo tenga Dios en cuenta y que reciba nuestras obras; apretó el combate y no tuvieron valor las vidas, pero quiso Dios purificar a los creyentes y afligir a los infieles; así que la amargura de aquel día fue sobre todo para los seguidores de la cruz y el buen resultado sólo para la gente del islam; separáronse los dos ejércitos; los flancos de los musulmanes quedaron bien guardados por el poder de Dios. El libro de ellos; no hiere la guerra a ninguno ni falta a su número nadie [...] En estas luchas ha querido Dios que haya alternativas y que sean como un circo para las naciones [...] los soldados numerosos, los estandartes desplegados, persiste la constancia y las recompensas de Dios están preparadas.

No temáis; mirad nuestra mayoría sobre los infieles y el auxilio contra ellos de los ángeles de Dios, que son los mejores auxiliadores. No dejará Dios a los creyentes hasta tomar venganza de sus enemigos, ni abrirá camino a los infieles sobre los musulmanes. Os hemos hecho saber esto para que conozcáis la batalla tal como ha sido y los hechos en su realidad, para que veáis que no han tenido muertos los almohades y que no han sido alcanzados ni muchos no pocos. Dado a fines de Safar de 609 [31 de julio de 1212].»

47. Los almohades contenidos en las Navas de Tolosa (II): versión cristiana *(Portugalliae Monumento, Historica,* vol. I. Huici, «Las grandes batallas...», p. 385 y ss.)

«Al siguiente día, que fue sábado, no pudiendo seguir el camino que nos habíamos propuesto, tanto por la altura y aspereza del sitio, cuanto por los sarracenos que colocados enfrente nos impedían el paso, dimos como un rodeo por otra parte, pasando por sitios arduos y abruptos; al llegar al punto en que habíamos de poner nuestras tiendas, nos encontramos con que las haces de los moros estaban ordenadas enfrente, y al poco rato saltaron delante de las mismas haces árabes y flecheros, provocando a los nuestros con sus lanzas y saetas. Los nuestros se ocuparon tan sólo de plantar sus tiendas, dejando en alta voz, oída de todos [...] su dolor, su mancilla y su cuita, que todos los que lo vieron tuvieron por extraño el que no muriese en aquella hora [...] Los muertos y cautivos que se hicieron en los campos y sierras de estros grandes combates de Tarifa fueron 57.300.»

48. Otra versión musulmana *(El collar de perlas,* Musá II, rey de Tremecen, trad. Gaspar Ramiro, Zaragoza, 1899)

«Abu-l-Hasan el Merini [...] resolvió trasladarse a España como conquistador y protector del islamismo, después de haber llevado la devastación al rey cristiano y de apresarle los barcos y naves de guerra que tenía en el mar. Realizó la travesía rápidamente con todas las tropas y provisiones que había acumulado y desembarcó en las afueras de la ciudad de Algeciras, infundiendo grave temor en el rey infiel y en todos sus enemigos, la muchedumbre de su ejército, que excedía de 60.000 combatientes entre héroes, jeques, arqueros e infantes. Dirigióse a Tarifa, ciudad tan floreciente en la

antigüedad como en nuestros días, y se detuvo a sitiarla. Pudo haberla tomado por asalto en un solo día, pero no lo hizo por creer que había dentro de la ciudad numerosa guarnición y provisiones abundantes, y permaneció junto a ella algún tiempo, dando lugar a que se acercara Alfonso al frente de los infieles confederados. En efecto, el cristiano, seguido de sus magnates y confederados, salió al encuentro de Abu-l-Hasan, que a su vez había avanzado, hallándole Alfonso dispuesto para la batalla. Una vez situados los escuadrones en orden de combate y colocados los batallones frente a frente, pronto comenzó la lucha, generalizándose la batalla con gran encarnizamiento y acometieron los héroes, trabándose sangrienta pelea y siguiéndose sin interrupción las cargas de las lanzas y sables. En tal situación vio Abu-l-Hasan que el infiel rehuía su frente, separándose, para caer sobre una de las alas y encontrar ocasión de atacarle por la espalda, y cambió de posición volviéndose frente a éste, cuanto le fue posible y con suma rapidez, para atacarlo de improviso, dando una carga compacta y vigorosa. Pero sus compañeros, que combatían en las alas, notaron que sus banderas habían cambiado de posición y que su retaguardia seguía la misma dirección que Alfonso, chocando con el mismo, y creyeron que había sido arrollado y roto su ejército. Las alas derecha e izquierda fueron deshechas prontamente y recayó sobre Abu-l-Hasan el baldón de esta derrota, que humilló la cabeza del islamismo y llenó de regocijo a los idólatras. El haber cambiado de posición y la escasa resistencia que opusieron su retaguardia y sus héroes, fueron la causa de su perdición y de que triunfasen sobre él los confederados.»

49. Fernando III reconquista Sevilla

«Capitulo de commo el rey don Fernando mando a Remont Bonifaz que fuese quebrantar la puente de Triana, et de commo la quebranto con las naues.

Esos moros de Seuilla, que el rey Don Fernando tenie çercada, de cuyos fechos la estoria en estelogar departe, auien buena puente sobre barcos muy rezios et muy fuertemiente trauados con cadenas de fierro muy gordas et muy rezias ademas, por o pasauan, a Triana et a todas esas partes o se querien, commo por terreno, donde auien gran guarimiento et gran acorro al su çercamiento, ca toda la su mayor guarda por alli lo auien et de alli les venie, et los que en esa Triana otrosy estauan, esa puente era el su mantenimiento todo et el su fecho, et sin el acorro della non auien vn punto de uida. El rey don Fernando entendio otrosy que ssi les esa puente non tolliese, que el su fecho se podie mas alongar que non farie, et que por auentura a la çima que serie en auentura de se poder acabar; et desi ouo su conseio et su acuerdo sobre este fecho et mando a Remont Bonifaz, con quien se conseio et otros que y fueron llamados de aquellos que eran sabidores de la mar, que fuesen ensayar algun artifiçio commo les quebrantasen por alguna arte la puente, si podiesen, porque non podiesen vnos a otros pasar. Et el acuerdo en que se fallaron fue este que fezieron: tomaron dos naues, las mayores et mas fuertes que y auie, et guisaronlas muy bien de todo quanto mester era para fecho de conbater. Esto era en dia de sancta Cruz, tercer dia de mayo, en la era de mill et en mill et dozientos et quarenta et ocho et seys; et andaua la era de la Encarnaçion del Sennor en mill et dozientoset quarenta et ocho annos. Et esse Remont Bonifar, guisado muy bien, entro en vna naue con buena conpanna et muy guisada de muchas armas; en la otra naue entraron aquellos que se don Remont Bonifaz escogio, omnes buenos et buena conpanna et bien guisada. Las naues guisadas et enderesçadas bien desta guisa, leuantose flaco viento, non de grant ayuda.

Ora podia ser de medio dia, quando las naues mouieron, et desçendieron vna grant pieça ayuso donde estauan, porque tomasen el trecho mayor et veniesen mas rezios; et la naue en que don Remont yua, desçendio muy mas ayuso que la otra. Et el rey don Fernando, en crençia verdadera, mando poner encima de los mastes desas dos naues sendas cruces, commo aquel que firme se auia de toda creencia verdadera. Desi mouieron las naues daquel logar o deçendieran et las naues mouidas et ydas a medio el cosso, quedo el viento que non ferie punto del. Los de las naues fueron en grant coyta, ca bien touieron que non se acabarie lo que auian començado, et estando assi muy tristes, quiso Dios et

acorrio a ora con buen viento, muy mas rezio, que el de comienço. Desy mouieron sus naues, endereçadas sus velas, et començaron a yr muy rezias. Et yuan quantos y auia a muy grant peligro de algarradas et de engennos que por todo logar dese arraual tenien posadas los moros, que non quedauan de les tirar a muy grant priesa quanto podian; et de la Torre del Oro eso mismo, con trabuquetes que y tenien, que los quexauan ademas, et con ballestas de torno et de otras muchas maneras de que estauan bien bastecidos, et con fondas et con dardos enpennolados, et con quantas cosas les conbater podian, que non se dauan punto de vagar; et los de Triana eso mismo fazien de su parte en quanto podian, mas quiso Dios que los non fezieron danno de que se mucho sentiesen. La naue que primero llego, que yua de parte del arenal, non pudo quebrantar la puente por o acerto, pero que la asedo yaquanto; mas la otra en que Remont Bonifaz yua, desque llego, fue dar de fruente vn tal golpe que se passo clara de la otra parte. El rey don Fernando et el infante don Alfonso et los ricos omnes quando esto vieron, con todo el poder de la hueste començaron a recodir en derredor de la uilla por enbarrar los moros et los fazer derramar, por auer las naues vagar de se salir en saluo; et asy lo fezieron.»

50. Creación de la Corona de Aragón. Compromiso de matrimonio entre Ramón Berenguer IV, conde de Barcelona, y Petronila, hija de Ramiro II de Aragón (año 1137) *(Crónica de San Juan de la Peña,* edición de Antonio Ubieto Arteta, Valencia, 1961, pp. 95-97)

«Postea rege Remiro prouidere cupiente ne post mortem suam in successione regni Aragonum distentionis materia oriretur, fuit tractatum matrimonium inter Raymundum Beregarii, comitem Barchinonensem, uirum itaque strenuum in omnibus actibus militie ac in regimine terrarum et populorum, discretum, et quandam filiam dicti Remiri uocatam Petronillam nomine sacri lauacri, quia nata fuit in die Sancti Petri, que postea in confirmatione et matrimonii colloquatione fui impositum hoc nomen Urracha.

Que uiuente ipso Remiro fui ipsi cimiti matrimonialiter tradita, et datum ei pro dote a dicto Remiro regnum Aragonum, ac conditione quod in eo succederent successiue filii descendentes ab ipsa Urracha, filia sua quoque in nullo casu posset regnum Aragonum transferre in aliquos preter quam in filios ex sua filia descendentes. Quod actum anno Domini millesino C°. XXX.VII.

Et id regnum Aragonum dedit sibi limitatum et terminatum: a parte Castelle uidelicet de loco dicto Faritza usque ad locum de Ferrea, et de Ferrea usque Tirasonam, et de Tirasonam usque Tutelam, cum uillis et castris eiusdem.

Tutelam adquisiuit rex Alfonsus frater suus a sarracenis et ipsam dedit comiti Alperche in honoris signum. Qui comes dedit ipsam pro filie dote sue Margarite, que nubsit Garcie Remiri, regi Nauarre. Et super hiis etiam fuit factum secundum donationem regis Alfonsi.

Dedit etiam dicto comiti Cesaraugustam, Catalaiubium, Darocham, cum earum confinibus post mortem Alfonsi imperatoris Castelle, qui hec tradiderat tenenda per ipsum imperatorem toto tempore uite sue cum homagio et aliis securitatibus super hiis factis, ut supra diximus regi Aragonum. Et quod homagia et alia que fieri debebant pro dictis locis et terris ipsi regi, fierent post eius mortem comiti Barchinone.»

51. Reconquista del Estrecho: el asedio de Algeciras por Alfonso XI de Castilla (año 1343) (Crónica del muy alto et muy católico rey don Alfonso el onceno deste nombre, que venció la batalla de río Salado et ganó a las Algeciras, cap. CCLXXXIX, edición de Cayetano Rosell, op. cit., pp. 171-392; concretamente, pp. 358-360)

«De cómo los moros de Algeciras venieron contra los que facían las bastidas: et de lo que y ficieron.

Veyendo el rey que lo mas flaco de la ciubdat era de la parte de fonsario, mandó que todos los engeños, et trabucos que tenían puestos en derredor de toda la villa, que los mudasen todos, porque tirasen al muro de la villa, que es desde la puerta del fonsario fasta la mar, et señaladamiente que

tirasen á la torre desta puerta, et á la torre del Espolón, que estaba cerca de la mar: et derribándose el muro desta parte, et estas dos torres, que podrían facer otras dos bastidas mas cerca de la ciubdat, que se podría entrar la ciubdat por este logar. Et aquellos que lo avian á facer pusieron en ello tal acucia, porque los engeños fueron mudados, et tirando los engeños desta guisa, el Rey porque queria facer en el fonsario bastidas mas cerca de la ciubdat que las que estaban fechas, et non las podian facer, á menos de aver grand cava tras que estidiesen los que las labrasen, porque era muy cerca de la ciubdat, cató manera como se ficiese sin rescebir daño en la gente de la hueste: et mandó facer una cava so tierra, et comenzaronla so el pie de la una de las bastidas que tenia fechas.

Et esta cava era muy fonda mas que una hasta de lanza de alto, et era mucho ancha, et dexaban encima quanto un palmo de tierra en grueso, et ponianle tablas et cuentos de madera en que se sofriese. Et asi como cavaban, et sacaban la tierra á fuera en espuestas, asi ponian las tablas et cuentos de madera. Et ficieron esta cava muy grande, et muy luenga, et muy alta, et mucho ancha, fasta que llegó cerca de la mar: et desque fue hecho, tiraron la madera de uso, et cayó aquella poca de tierra que estaba encima de las tablas, et finco la cava fecha; pero dexaron un logar que non ficieron cava contra la mar, et esto dexaron por dó podiesen entrar los Christianos á pelear con los Moros, si fuese menester. Et entretanto que esta cava se facia, mandó facer el Rey muchos adoves de barro; et pusieron luego mantas de madera en el canto de esta cava; et los maestros comenzaron á labrar, sin lo facer saber al Rey, et non fueron nengunos de la hueste á guardar los que labraban; et salieron los Moros de la ciubdat, et pasaron la cava por aquel logar, que avian dexado por dó pasasen los Christianos, et fuyeron dende los que labraban, et los Moros derribaron lo que y fallaron fecho. Et el Rey ovo desto grand pesar, lo uno porque comenzaron á facer la labor sin lo él saber, et lo otro por lo que los Moros ficieron. Et por esto mandó luego refacer aquella cava mejor, et ordenó que los de la hueste fuesen á quadriellas guardar de noche et de dia los que labraban allí. Et esta labor de las bastidas, et la guarda dellas duró pieza de dias.

Et porque era muy cerca de la ciubdat, los Christianos sofrieron y muy grand afan estando armados todo el dia et la noche, rescibiendo muchas saetadas, et muchas pedradas, et muchas lanzadas: et tirábanles muchas piedras con los engeños, et con cabritas, et otrosi muchas pellas de fierro que les lanzaban con truenos, de que los omes avian muy grand espanto, ca en cualquier miembro del ome que diese, levábalo á cercen, como si ge lo cortasen con cochiello; et quanto quiera poco que ome fuese ferido della, luego era muerto, et non avia cerurgia nenguna que le podiese aprovechar: lo uno porque venia ardiendo como fuego, et lo otro porque los polvos con los que la lanzaban eran de tal natura, que qualquir llaga que ficiesen luego eral el ome muerto; et venia tan recia, que pasaba un ome con todas sus armas. Pero las bastidas ficieronse, como quier que morieron y muchos Christianos, tambien de los que labraban, como de los que guardaban. Et por el facer de las bastidas, et otrosí por las guardar ovieron los de la hueste en el fonsario tantas peleas con los Moros de la ciubdat, que si todas las escribiera, fuera muy luengo de contar: ca avian de guardar allende de la cava contra la ciubdat, porque estidiesen delante de los que labrasen las bastidas; pero es cierto que pocos fueron los dias ó noches que pasaron los Christianos en aquel logar sin pelea. Et como quier que todos los Moros de amas villas venian á pelear en aquel logar á dias, asi como los Christianos guardaban a quadriellas, en tal manera eran escarmentados, que muy poco tiempo sufrian la pelea en el campo, et luego se entraban en la ciubdat; et el mayor daño que los Christianos rescebian era de los que estaban en la barrera. Et guardando un dia estas bastidas, guardaba y un caballero que dician Beltran Duque, que avia tiempo que vivia con el Rey, et era natural del regno de Mallorcas; et dieronle con una pella del trueno en el brazo, et cortarongelo, et murió luego otro dia: et eso mismo acaesció a todos los que del trueno eran feridos. Et aun la estoria va contando de los fechos de la hueste.»

52. La toma de Granada concluye la Reconquista (11 de marzo de 1492) (Trad.

López del Toro)

«Este es el fin de las calamidades de España, este es el término de los felices hados de esta gente bárbara que hace —según dicen— unos ochocientos años, al mando del Conde Julián, vino de Mauritania —de donde siempre conservaron el nombre de *moros*—, y oprimió cruel y arrogantemente a la vencida España. ¡Oh dolor!, cuánta fue hasta ahora su crueldad, su fiereza e inhumanidad para con los cautivos cristianos. Al fin, mis reyes, aceptos a Dios, derriban por tierra aquella cruel tiranía, quebrantada por los descalabros de años enteros.

Escucha cuál fue la habilidosa estratagema para llegar a cosas mayores: con el fin de que se destacase a lo lejos la pequeña ciudad que —como escribí a Ascanio— fue erigida con el nombre de Santafé, mandaron que se pintara de yeso blanco. Contemplándola desde su ciudad los enemigos, se preguntaban a qué venía aquella construcción. No bien se enteraron cuál era su objeto, lo interpretaron torcidamente, y llorosos acuden a los sepulcros de sus mayores y con lamentos invocan a sus manes. Unos imploran suplicantes el auxilio de Mahoma; otros lo execran por haberlos abandonado. Las madres, abrazadas a sus hijos, hasta los astros levantan sus aullidos y lamentos. Nuestros primates van y vienen a la Alhambra, antigua residencia real, para ver al rey Boabdil. Fuera de sí, no saben lo que quieren. Pasan días y días deliberando en continuas conversaciones y en constante movimiento de un lado para otro. En toda la ciudad se celebran pequeñas juntas. El dolor atormenta los espíritus. Se ablandan y sucumben al fin y piden parlamentar. Se les da audiencia. Las estipulaciones de paz son: que el rey Boabdil entregue la ciudad y todas las fortalezas que hasta entonces se le han mantenido fieles. Que él se dé por contento con vivir en el famoso municipio de Andarax, en Sierra Nevada, y con ciertas regiones insignificantes de las Alpujarras. No ha de quedar en la ciudad ni uno siquiera de los principales jefes que solían mandar las tropas, a fin de que no seduzcan al pueblo. Se le consiente a éste vivir en los hogares y bajo las leyes de sus antepasados, pero imponiéndoles ciertos tributos.

Antes, pues, de cumplirse los diez años de comenzar la guerra, vino tan gran ciudad a poder de los reyes por medio de Boabdil, quien —como su tío— se presentó suplicante ante los soberanos.

Según lo convenido, fueron expulsados los judíos y sus casas entregadas a los cristianos que en la ciudad quisieron fijar su residencia.

Es nombrado arzobispo de Granada el obispo de Ávila. Se levanta un templo a la bienaventurada Virgen María y a él se adscribe la categoría y número conveniente de sacerdotes. Yo también, al cesar la guerra, nombrado ya canónigo, me refugió en Saturno. Donde el nombre de Cristo era hasta ahora injuriado y escarnecido, actualmente se le presta adoración. El gobierno de la Alhambra —¡Oh, dioses inmortales, qué palacio! ¡Cree, oh, purpurado romano, que es único en el mundo!— y el de la ciudad se confían al conde de Tendilla. Montan guardia las guarniciones militares.

Acometen inmediatamente los reyes otra gran empresa: al darse cuenta de que con el contagioso trato con los judíos —un número incontable de los cuales es actualmente en España mucho más rico que los cristianos—, muchos de estos últimos se corrompían y eran seducidos, se les señaló un día determinado para que a los cuatro meses de la publicación del edicto se marcharan de España. Todo el que no lo hubiera hecho así para esa fecha, sería preso o muerto, a voluntad del que lo descubriese. Así lo anuncian los pregoneros por todos los reinos sujetos a jurisdicción real. Por fin es lanzada al destierro esta raza, sagaz en grado superlativo para sacar el dinero dondequiera que sepan está escondido: engañosa adoradora del oro con el corazón y del Dios de la Antigua Ley con la boca.

Dejando la pesada carga del cuidado de Granada en manos de estos dos ancianos, adiestrados en larga experiencia, el arzobispo y el conde, desde ambas Béticas los reyes se encaminan a Castilla la Vieja. Son recibidos en todas partes entre aplausos populares, con sumo regocijo, como a felices triunfadores de tan truculentos enemigos. De mal grado dejó allí la reina al arzobispo su confesor, depositario de sus secretos y que le tendía un puente hacia Dios siempre que pecaba. Durante el viaje,

preocupada por el sustituto, por dondequiera que pasaba hace que le presenten a los frailes de cogulla de todas las órdenes e investiga minuciosamente quién de entre aquellos santos varones se distingue por su austeridad y por su desprendimiento de las cosas humanas. Se entera puntualmente de sus costumbres, del fervor de su fe, siendo ésta en los momentos actuales su única preocupación, según se cuenta.

Yo, sin embargo, durante algunos meses fijaré mi residencia en esta ciudad —a cuya rendición yo también contribuí con mi parte—, para, al lado de este santo varón, cambiar mi indumentaria de romúlea en pompilia y abrazar, despojándome de mi antigua condición, una nueva vida. Vosotros recibiréis en adelante mis cartas con menos frecuencia que hasta ahora. Que os vaya bien.

Desde la ciudad de Granada, a 11 de marzo de 1492.»

53. Derechos de los moros y judíos bajos los cristianos (1492). (M. Lafuente, *Historia de España*, t. V, pp. 576-586)

«Las cosas que por mandato de los muy altos e muy poderoso e muy esclarecidos príncipes el rey e la reina nuestros señores fueron asentadas con al alcaide Bulcacin el Muley Baausili, rey de Granada, e por virtud de su poder que del dicho rey mostró firmado de su nombre e sellado con su sello son las siguientes:

Primeramente es asentado quel dicho rey de Granada e los alcaldes e alfaquíes, alcadis, alguaciles, sabios, moftíes, viejos e buenos hombres y comunidad, chicos e grandes de la dicha cibdad de Granada, e del Albaicín e sus arrabales, hayan de entregar e entreguen a sus altezas o a su cierto mandado pacíficamente y en concordia realmente y con efecto dentro de sesenta días primeros siempre que se cuenten desde veinte y cinco días del mes de noviembre que es el día del asiento de esta capitulación las fortalezas del Alhambra, e del Alhaizan e puertas e torres de la dicha Alhambra e Alhaizan, e las puertas de la dicha cibdad e del Albaicín, e de sus arrabales e las torres de dichas puertas e las otras puertas de la dicha cibdad apoderando a sus altezas o sus capitanes o gentes a cierto mandado en lo alto e bajo de todo ello a toda su libre e entera e real voluntad. E que sus altezas manden a sus justicias que non consientan nin den lugar que cristiano alguno suba en el muro que es entre el Alcazaba y el Albaicín, porque non descubran las casas de los moros e que si subieren sean castigados. E así mismo que dentro del dicho término darán e prestarán a sus altezas aquella obediencia de lealtad e fidelidad e farán e cumplirán todo lo que buenos e leales vasallos deben e son obligados a rey e reina e señores naturales.

E que cumpliéndose las cosas susodichas e cada una dellas según e en la manera que aquí se contiene, que sus altezas e el señor príncipe don Juan, su hijo, e sus descendientes tomarán e recibirán al dicho rey Muley Baaudili e a los dichos alcaides etcétera, machos e hembras e vecinos de la dicha cibdad de Granada e del dicho Albaicín e sus arrabales e villas e logares de su tierra e de las Alpujarras e de las otras tierras que entran en este asiento e capitulación de cualquier estado o condición que sean, por sus vasallos e súbditos e naturales e de su amparo e seguro e defendimiento real; e les dejarán e mandarán dejar en sus casas e faciendas e bienes muebles e raíces agora e en todo tiempo para siempre jamás, sin que les sea fecho mal nin daño sin desaguisado alguno contra justicia, nin les sea tomado cosa alguna de los suyo, antes serán de sus altezas e de sus gentes honrados e favorecidos e bien tratados como servidores e vasallos suyos.

2º Item es asentado e concordado que al tiempo que sus altezas mandaren recibir e recibieren la dicha Alhambra, manden que sus gentes entren por las puertas de Bib Alachar e por Bignedi e por el campo fuera de la dicha cibdad por donde paresciere a sus altezas, e que non entren por de dentro de la dicha cibdad la gente que a de ir a recibir la dicha Alhambra al tiempo de la dicha entrega.

3º Item, es asentado y concordado que día que fueron entregadas a sus altezas la dicha Alhambra e Alhaizan, e puertas e torres de la dicha Alhambra y Albaicín, e de sus arrabales e las torres de las dichas puertas e las otras puertas de la tierra de la dicha cibdad, segund dicho es, que sus altezas

mandarán entregar su hijo que está en poder de sus altezas en Modín, y el dicho día pornán en toda su libertad en poder del dicho rey a los otros rehenes moros que con el dicho infante entregaron, que están en poder de sus altezas e a las personas de sus servidores e servidoras que con ellos entraron, que non se hayan tornado cristianos.

4º Item, es asentado y concordado que sus altezas e sus descendientes para siempre jamás dejarán vivir al dicho rey Muley Baaudili e a los dichos alcaides, etc., chicos e grandes e estar en su ley e non les mandarán quitar sus algimas, o zumas e almuédanos, e torres de los dichos almuédanos para que llamen a sus azalaes, e mandarán dejar a las dichas algimas sus propios e rentas como agora los tienen e que sean juzgados por su ley xarazina con consejo de sus alcadis, según costumbre de los moros, e les guardarán e mandarán guardar sus buenos usos y costumbres.

5º Item, es asentado y concordado que non les tomarán nin mandarán tomar sus armas e caballos, nin otra cosa alguna ni en tiempo alguno para siempre jamás, escepto todos los tiros de pólvora grandes y pequeños que ha de dar y entregar luego a sus altezas.

6º Item, es asentado y concordado que todas las dichas personas, hombres, mugeres, chicos e grandes de la dicha cibdad e del dicho Albaicín e sus arrabales e tierras de las dichas Alpujarras e de las otras tierras que entrasen en este partido e asiento que se quisieren ir a vivir a allende e a otras partes que quisieren, que puedan vender sus faciendas y bienes muebles e raíces a quien quisieren, e que sus altezas e sus descendientes agora e en tiempo alguno para siempre jamás non puedan vedar nin vieden a persona alguna que los quieran comprar; e que si sus altezas los quisieran que ge los den pagándolos y comprándolos por su dinero antes que a otros.

7º Item, es asentado y concordado que a las dichas personas que así quisieren ir a vivir allende len manden fletar de aquí a setenta días primeros siguientes diez navios grandes en los puertos de sus altezas, que los pidieren para que los que desde luego quisieren pasar, e que los harán llevar libre e seguramente a los puertos de allende donde acostumbran a desembarcar los mercaderes sus mercaderías, e que desde en adelante por término de tres años primeros siguientes les mandaren dar a los que durante el dicho término se quisieren pasar allende, navios en que pasen, los cuales les mandarán dar puestos en los puertos de sus altezas que los pidieren; cada e cuando que durante el dicho término de los dichos tres años se quisieren pasar, siendo primeramente requeridos sus altezas para que dén los dichos navios cincuenta días antes del término en que hayan de pasar. E que así mismo los harán llevar a los dichos puertos seguros donde acostumbran a desembarcar los dichos mercaderes, e que por el término de los dichos tres años sus altezas no les mandarán llevar ni lleven por el dicho pasage o flete de los dichos navios, derechos nin otra cosa alguna. E que si después de cumplidos los dichos tres años en cualquier tiempo para siempre jamás se quisieren pasar allende, que sus altezas les dejen pasar e que por el pasage no les hayan de llevar nin lleven más de una dobla por cabeza; e que si los dichos bienes que así tienen en la dicha cibdad de Granada e su Albaicín e arrabales e tierras que entraren en este partido e asiento, non los pudieren vender que puedan poner e pongan sus curadores por sí en los dichos bienes o los pongan en poder de algunas personas que cojan o reciban los justos o rentas dellos; e lo que ansí rindieren, que lo puedan enviar e envíen allende o donde quiera questuviesen sin embargo alguno.

8º Item, es asentado y concordado que agora, nin en tiempo alguno sus altezas nin el dicho señor príncipe, ni sus descendientes non hayan de apremiar, nin apremien a los dichos moros, así a los que hoy son vivos como los que de ellos sucedieren a que traigan señales.

9º Item, es asentado y concordado que sus altezas por facer bien e merced al dicho rey Muley Baaudili e a los vecinos de la dicha cibdad de Granada e del Albaicín e de sus arrabales, les harán merced por tres años primeros siguientes que comiencen desde el día de la fecha deste asiento e capitulación, de todos los derechos que solían pagar por sus casas e heredades, con tanto que hayan de dar e pagar e den e paguen a sus altezas los diezmos de los ganados que hobieren al tiempo que

diezma en los meses de abril y mayo.

10º Item, es asentado y concordado quel dicho rey Muley Baaudili e las otras susodichas personas de la dicha cibdad e Albaicín e sus arrabales e tierras e Alpujarras e de las otras tierras que entran en este dicho asiento e partido, hayan de entregar e dar e den e entreguen a sus altezas luego al tiempo de la dicha entrega libremente sin costa alguna todos los captivos e captivas cristianas que tienen en su poder o en otros países.

11º Item, es asentado y concordado que sus altezas non les hayan de tomar nin tomen al dicho Mulay Baaudili e a las otras dichas personas sus hombres nin bestias para ningún servicio, salvo a los que querrán ir a su voluntad, pagándoles su justo jornal e salario.

12º Item, es asentado y concordado que ningún cristiano sea osado de entrar en casa de oración de los dichos moros, sin licencia de los alfaquíes, e que si entrare sea castigado por sus altezas.

13º Item, es asentado y concordado que ningún judío non sea recabdador, nin receptor nin tenga mando con jurisdicción sobre ellos.

14º Item, es asentado y concordado que dicho rey Muley Baaudili e los dichos alcaides, etc., de la dicha cibdad de Granada e del dicho Albaicín e sus arrabales e tierras de las dichas Alpujarras e de las otras partes que entraron en este partido e asiento, que serán honrados e mirados de sus altezas, e sus dichos oídos e guardados sus buenos usos e costumbres e que sean pagados a los alcaides e alfaquíes sus quitaciones e derechos e franquezas e todas las otras cosas e cada una de ellas segund e en la manera que lo que hoy tienen e gozan e deben gozar.

15º Item, es asentado y concordado que si debate o cuestión hobiere entre los dichos moros, que sean juzgados por su ley xaracina, e por sus alcadís segund costumbre de los moros.

16º Item, es asentado y concordado que sus altezas non manden echar huéspedes, nin sacar ropas, nin aves, nin bestias, de las casas delos dichos moros, nin tomar dellos sus altezas, nin sus gentes contra su voluntas, salas, nin convites, nin yantares, nin otros desafueros ningunos.

17º Item, es asentado y concordado que si algún cristiano entrare por fuerza en casa de algún moro, que sus altezas manden a las justicias que procedan contra él.

18° Item, es asentado y concordado que en lo de las herencias de los dichos moros, se guarde la orden o se jusguen por sus alcadis segund la costumbre de los dichos moros.

19º Item, es asentado y concordado que todos los vecinos e moradores de las villas e logares de la tierra de la dicha cibdad e de las dichas Alpujarras e de las otras tierras que entraren en este dicho asiento e capitulación, e de las otras tierras que vinieren a servicio e obediencia de sus altezas treinta días después de la dicha entrega gocen deste asiento e capitulación ecepto de los dichos tres años de franqueza.

20º Item, que las rentas de las dichas algimias o cofradías e otras cosas dadas para limosnas e las rentas de las escuelas de abezar mochadlos queden a la gobernación de los alfaquíes; e que las dichas limosnas las puedan gastar e distribuir como los dichos alfaquíes vieren que conviene o es menester, e que sus altezas no se entremetan en cosa alguna de las dichas limosnas nin gelas puedan tomar nin embargar agora nin en tiempo alguno para siempre jamás.

21° Item, que ninguna justicia non pueda proceder contra la persona de ningund moro por el mal que otro hobiere fecho e que non padezca padre por hijo, nin hijo por padre, nin hermano por hermano, nin primo por primo, salvos quien ficiere el mal que lo pague.

[...] 25º Item, que los dichos moros non hayan de dar nin den nin paguen a sus altezas más derechos de aquellos que acostumbraban dar e pagar a los reyes moros.

[...] 27º Item, que si algunos cativos cristianos hobiesen pasado o venido a allende que esté fuera de su poder, que non sean obligados a los tomar nin menos a volver lo que por ellos les hobieren dado.

[...] 29º Item, que todos los mercaderes de la dicha cibdad y su Albaicín e arrabales e tierras de

las dichas Alpujarras de las otras partes que entraren en este asiento e capitulación puedan ir e venir allende e contratar sus mercaderías salvos e seguros, e pueden andar e tratar por todas las tierras e señoríos de sus altezas e que non paguen más derechos, nin rodas, nin castillerías de las que pagan los cristianos.

30º Item, que si algund moro toviere alguna cristiana por muger que se haya tornado mora, que non la pueda tornar cristiana sin voluntad della, e que sea preguntada si quiere ser cristiana en presencia de cristianos e moros; e que en lo de los hijos e hijas nacidos de las romias se guarden los términos del derecho.

31º Item, que si algund cristiano o cristiana se hobiere tornado moro o mora en los tiempos pasados, ninguna persona sea osada de los amenguar sin baldonar en cosa alguna, y que si lo hicieran sean castigados por sus altezas.

32° Item, que a ningún moro nin mora no fagan fuerza a que se torne cristiano nin cristiana.

[...] Nos el rey e la reina de Castilla, de León, de Aragón, de Sicilia, etc., por la presente seguramos e prometemos de tener e guardar, e cumplir todo lo contenido en esta capitulación, en lo que a nos toca e incumbe realmente e con efecto a los plazos e términos, e segund en la manera que en esta capitulación se contiene, e cada cosa e parte dello sin fraude alguno. E por seguridad dello mandamos dar la presente firmada de nuestros nombres e sellada con nuestro sello. Fecha en nuestro Real de la Vega de Granada a 25 día del mes de noviembre, año 1491. Yo el rey. = Yo la reina. = Yo Fernando de Zafira, secretario del rey e de la reina nuestros señores la fice escribir por su mandato.»

54. Mohamed VI exige de España la entrega de Ceuta y Melilla a la vez que condena la actitud del gobierno español en relación con Perejil (julio de 2002)

«Rabat, 30 de julio (EFE).—El rey Mohamed VI manifestó hoy que Marruecos tiene el “derecho legítimo” de “reclamar” a España que “ponga fin a la ocupación de Ceuta, Melilla y de las islas vecinas”.

En un discurso pronunciado hoy con ocasión de la Fiesta del Trono, al cumplirse el tercer aniversario de su proclamación como rey, el monarca alauí subrayó “la disposición de Marruecos a debatir todos los problemas en el marco de una visión prospectiva y con un diálogo franco entre los dos países”. En referencia al problema de la isla de Perejil, el rey pidió a España “definir claramente el tipo de relaciones que piensa establecer con Marruecos, teniendo en cuenta las exigencias de la evolución que conocen ambos países y los intereses vitales de sus relaciones en el presente y en el futuro”! Mohamed VI afirmó que “Marruecos defiende su soberanía nacional y su integridad territorial” en “el interior de sus fronteras auténticas en el marco del respeto de la legalidad internacional”.

El monarca dijo que, por esta razón, su país “ha rechazado la agresión militar del gobierno español contra la isla de Toura (Perejil), que ha formado siempre parte integrante del territorio nacional y de la soberanía del reino de Marruecos, como lo confirman los hechos históricos y geográficos, además de los instrumentos jurídicos de referencia”.

“Al mismo tiempo que deseamos volver a la situación que existía antes en la isla marroquí, rechazamos toda escalada y la imposición del hecho consumado por la fuerza, queremos garantizar la paz, la estabilidad y la buena vecindad en una región estratégica como el estrecho de Gibraltar”, afirmó. Marruecos ha reclamado a España, desde su independencia, la entrega de las ciudades de Ceuta, Melilla, así como las islas Chafarinas y los islotes de Vélez de la Gomera y Alhucemas, bajo soberanía española desde hace varios siglos. Mohamed VI recordó que su padre, Hasán II, propuso a España la creación de una “célula de reflexión” para conversar sobre Ceuta y Melilla, pero “hasta ahora no hemos recibido ninguna respuesta de la parte española”. Según el rey, este problema “sangra nuestra economía nacional” y facilita la “emigración clandestina y otras actividades ilegales”.

El monarca afirmó que Marruecos está dispuesto a debatir los problemas “en el marco de una visión prospectiva y un diálogo franco entre ambos países, animado por una voluntad constructiva, e igualmente orientada por la convicción de la necesidad de establecer una cooperación conjunta para el desarrollo”.

“Todo eso debe ser realizado en el marco de nuestra fidelidad al patrimonio cultural común y en respeto al tratado de amistad de cooperación y de buena vecindad”, dijo el rey.

“Proclamamos nuevamente nuestra voluntad inquebrantable de proteger nuestra integridad territorial y de no renunciar ni a un milímetro de nuestro territorio”. Sobre el Sáhara Occidental, Mohamed VI ha reiterado “con energía el rechazo categórico de toda tesis particionista” que proponga la división del territorio entre Marruecos y el Frente Polisario.

El monarca alauí consideró que este plan argelino “desenmascara a quienes han pretendido ante la opinión pública internacional una defensa de la autodeterminación de los pueblos”, y añadió que la “propuesta de partición del territorio amenaza con la balcanización del Magreb árabe y del continente africano”.

En referencia a la Unión del Magreb Árabe, formada por Marruecos, Argelia, Túnez, Libia y Mauritania, Mohamed VI dijo que su tratado no autoriza ninguna actividad que amenace la seguridad de los países que la componen. El Consejo de Seguridad de la ONU debate estos días las diversas opciones que se plantean para solucionar el conflicto del Sáhara, como la celebración de un referéndum de autodeterminación, dar una autonomía al territorio, dividir el territorio o retirar a las fuerzas de la ONU.»

55. Al-Qaida realiza un llamamiento a la guerra santa a la vez que reclama Al-Andalus (7 de octubre de 2001)

«El Cairo, 7 de octubre (EFE).—Un portavoz de la red Al-Qaida (La Base) de Osama ben Laden ha realizado un llamamiento a la guerra santa, en un vídeo recibido por el corresponsal en Kabul de la cadena qatarí independiente de televisión Al-Yazira. En él también aparecía el propio Ben Laden, quien advirtió a Estados Unidos de que “no tendrá seguridad hasta que no viva en paz el pueblo palestino”. ”La batalla será decisiva y será una guerra entre el islám y los infieles”, dijo Suleiman Abu Gehiz, representante de Al-Qaida, en está declaración, cuya fecha de grabación se desconoce.

Gehiz y Ben Laclen aparecían acompañados en la grabación por otras tres personas, entre ellas Ayman Zawahri, considerado el segundo del disidente saudí y dirigente del grupo egipcio, “Yihad (Guerra santa) Islámica”. Todos ellos, sentados sobre una alfombra, mantenían un fusil ametrallador K-47 entre las piernas, y vestían de forma tradicional afgana con prendas militares, delante de un fondo rocoso.

Las grabación en un lugar no identificado no era en directo, pues las imágenes estaban rodadas a plena luz del día, sin iluminación artificial. “La declaración de guerra de Estados Unidos contra Afganistán, contra los *muyahidin* (combatientes) de Ben Laden es un claro acto de hostilidad contra el islam y los musulmanes”, añadió el portavoz de Al-Qaida.

Abu Gehiz se mostraba tranquilo y confiado al asegurar: “Somos capaces de hacer frente a este confrontación.” Durante su llamamiento a la guerra santa, el representante de la red de Ben Laden intercaló su llamamiento a la *yihad* con versículos del Corán, el libro sagrado de los musulmanes, que incitan a la lucha. “Los fieles combaten por Alá y los infieles a favor de la injusticia”, subrayó antes de acabar su alocución con la exhortación “Ala-u-Akbar” (Alá es el más grande). El portavoz de Al-Qaida consideró que los atentados del mes pasado contra Estados Unidos fueron una consecuencia natural de la política de dicho país de “clara hostilidad” contra los musulmanes.

También acusó a Washington de inmiscuirse en los asuntos internos de los países islámicos y aliarse con el enemigo sionista (Israel). Advirtió, además, que de continuar con esta política “los hijos de los musulmanes proseguirán la venganza, y el pueblo estadounidense será el responsable”.

El líder de la Yihad egipcia y segundo de Al- Qaida, tras Ben Laden, se dirigió en su alocución al pueblo norteamericano y le advirtió de que “tu gobierno te está llevando a una guerra que seguro perderá”.

“El mundo tiene que saber que no vamos a permitir que vuelva a repetirse la tragedia de Al-Andalus con Palestina”, añadió en una comparación de la expulsión de los árabes de España con la situación en los territorios palestinos ocupados por Israel. Zawahri también tuvo palabras de aliento para los jóvenes *muyahidin* musulmanes y les incito a combatir en esta “nueva guerra del islam”. “Vamos a la victoria, al honor de la *yihad*, ahora hay una nueva ‘Quraish’ (tribu de Mahoma que se rebeló contra éste) que se ha unido en contra de los musulmanes”, añadió.

El último en hablar ante la cámara fue el propio Ben Laden, sentado con el AK-47 entre sus piernas cruzadas, que centró su llamamiento en el dolor de las familias de los caídos en la lucha de los palestinos y del pueblo iraquí.“Están matando [los Estados Unidos] a los niños inocentes en Iraq y los tanques [israelíes] entran en las ciudades palestinas para sembrar la destrucción y nadie protesta”, dijo Ben Laden, el principal sospechoso de haber organizado los ataques suicidas del pasado 11 de septiembre contra Nueva York y Washington. “Lo que está tragando hoy Estados Unidos es lo mismo que nuestra nación musulmana ha estado tragando desde hace decenas de años”, añadió.»

56. Ben Laden celebra el aniversario de los atentados del 11 de septiembre renovando su llamamiento a la guerra santa y volviendo a reivindicar Al-Andalus

«El Cairo, 10 de septiembre (EFE).—La red terrorista Al-Qaida, de Osama Ben Laden, pidió hoy, martes, víspera del aniversario del 11 de septiembre, que los jóvenes musulmanes “sigan el ejemplo de los héroes” que hace un año atentaron contra Washington y Nueva York.

El llamamiento forma parte de la segunda sección de un vídeo transmitida hoy por el canal de televisión qatarí Al-Yazira, en la que una voz de un supuesto miembro de Al-Qaida, no identificado por la emisora, asegura que Estados Unidos “es el Hobal de nuestro tiempo”.

La voz aludía a una de las estatuas que se adoraban en la ciudad de La Meca, en Arabia Saudí y primer lugar santo para los musulmanes, antes de que fueran destruidas por el profeta Mahoma tras conseguir la victoria final contra los “infieles”. “Basta de juegos, despertaos para destruir la estatua que es Estados Unidos, como han hecho los hombres héroes el 11 de septiembre. Ésos no fueron 19 ejércitos, sino 19 hombres”, dijo la voz.

En la emisión difundida hoy se repitió por otra parte la grabación de una voz, que el canal de televisión identificó ayer como la de Osama Ben Laden —durante la primera parte del vídeo—, en lo que presuntamente supuso la primera reivindicación por éste de su autoría como organizador de los atentados. Al-Yazira había difundido con anterioridad varias cintas con imágenes del millonario saudí en las que éste se refería a los atentados del 11 del septiembre, pero sin admitir abiertamente su implicación en los ataques.

Entre las pocos fragmentos del discurso de esa segunda voz, siempre atribuida a Ben Laden, que fueron emitidos hoy y no ayer, figuró un pasaje en el que se alude a la necesidad de “desconfiar de los gobernantes (árabes) que buscan justificaciones mientras que Al-Andalus (nombre de la España musulmana) no ha sido recuperada desde hace mas de cinco siglos”.

De confirmarse que esa segunda voz es la de Ben Laden, supondría la primera ocasión en que el organizador ya confeso de los atentados se refiere públicamente a Al-Andalus, en lo que podría ser una alusión metafórica, ya que en la memoria histórica árabe la España musulmana coincidió con una edad dorada de la cultura islámica. ”La necesidad de recuperar Al-Andalus” sólo había sido expresada hasta ahora por el principal lugarteniente y hombre de confianza de Ben Laden —el egipcio Aiman Zawahri—, asimismo en un vídeo de Al- Qaida difundido con anterioridad por el canal de televisión qatarí.»

57. Al-Qaida anuncia la estrategia que sigue en la guerra contra Occidente (Abu

Ubeid Al-Qurashi)

«Causa sorpresa actualmente el grado de derrotismo moral que ha penetrado en el núcleo de la nación islámica. A decir verdad, no deja de crecer dado que los primeros en verse afectados por él son algunos clérigos... Uno de ellos expresó sus opiniones sobre la reciente ofensiva de Estados Unidos en un canal de televisión por satélite y explicó, recurriendo a algunas acusaciones falsas, la disminución del apoyo árabe y musulmán para con los Combatientes del Islam. Lo que me llamó la atención fueron sus declaraciones afirmando que había un desequilibrio entre las fuerzas de los Combatientes del Islam y las de Estados Unidos y sus aliados, y que debido a esta causa no se podía plantear la *yihad* ni existían razones para apoyarla... Estas palabras dejan de manifiesto la ignorancia de los que las pronuncian en términos de su desconocimiento de la ley islámica, primero, así como en lo relativo a la historia contemporánea y a los análisis militares realizados en el seno del mundo occidental... En 1989, algunos expertos militares de Estados Unidos previeron que se iba a producir un cambio futuro de carácter fundamental en el área de los conflictos armados... Previeron que las guerras del siglo XXI se caracterizarían por un tipo de operación militar que denominaron "guerras de cuarta generación" en algún caso y en otros, "operaciones asimétricas". Los historiadores militares han señalado tres etapas de desarrollo en las guerras acontecidas con posterioridad a la revolución industrial. En la primera [...] las operaciones militares estaban basadas en grupos de soldados de distintas clases que combatían con fusiles primitivos. La segunda, que tuvo lugar entre la Guerra de Secesión y la Primera Guerra Mundial, se caracterizó porque en ella los conflictos armados pretendían agotar la economía del enemigo y destruir el mayor ,número posible de fuerzas contrarias, recurriendo al uso de armas de fuego de mayor potencia y, posteriormente, a un uso intensivo de las armas automáticas. Durante la tercera fase de desarrollo se produjo un cambio importante en la táctica militar que se vio dominada por los alemanes durante la Segunda Guerra Mundial. En lugar de chocar frontalmente con el enemigo, lo envolvían por la retaguardia gracias a la acción de la aviación y de las fuerzas acorazadas... De acuerdo con la opinión de los expertos, las operaciones militares de cuarta generación se traducirían en un nuevo tipo de guerra, en la que los combates tendrían lugar mayoritariamente de forma dispersa. Los combates no quedarían limitados a la destrucción de los objetivos militares y de las fuerzas regulares, sino que incluirían también a las sociedades y buscarían aniquilar el apoyo que la población dispensa a sus soldados. Estos expertos declaraban en su artículo que en este tipo de guerras las informaciones aparecidas en los medios de comunicación se convertirían en un arma de guerra más poderosa que las divisiones militares. De la misma manera recalcaron que en las guerras de cuarta generación, la línea divisoria entre la guerra y la paz resultaría cada vez más confusa... Algunos estrategas occidentales [...] afirman que las nuevas operaciones militares se sustentarán estratégicamente en la influencia psicológica y en la mente de los que las planifican. No descansarán únicamente, como en el pasado, en los medios militares, sino también en el uso de los medios de comunicación y de las redes de información con la finalidad de poder influir en la opinión pública y a través de ella en la élite gobernante. En su opinión, las guerras de cuarta generación se desarrollaran tácticamente a pequeña escala, surgirán en distintas regiones del planeta y en ellas se atacará al enemigo de manera fantasmal, apareciendo y desapareciendo. Su enfoque será político, social, económico y militar... Este nuevo tipo de guerra presenta enormes dificultades para la maquinaria de guerra occidental... ¡Ojalá los cobardes, incluidos algunos clérigos musulmanes, supieran que ya han tenido lugar algunas guerras de cuarta generación y que ya ha quedado de manifiesto la superioridad del bando teóricamente más débil! En multitud de ocasiones, los estados-nación han sido derrotados por naciones sin territorio. La nación islámica ha obtenido numerosas victorias en un periodo de tiempo muy breve. En cierta medida puede decirse que han sido más frecuentes en los últimos veinte años que desde la época del imperio otomano. Estas victorias se han logrado combatiendo contra los mejores ejércitos... En Afganistán, los Combatientes del Islam

triunfaron sobre el segundo mejor ejército de la época. [...] De manera similar, una sola tribu somalí humilló a los Estados Unidos forzándolos a retirar sus fuerzas de Somalia. Poco después, los Combatientes del Islam de Chechenia humillaron y vencieron a las fuerzas rusas. Posteriormente, Hizbullah expulsó al ejército sionista del sur del Líbano. Es verdad que no todas las victorias del pasado dieron lugar a un gobierno de los vencedores, pero no es esa la cuestión que deseo examinar ahora. Por el contrario, el presente artículo está dedicado al análisis de la confrontación puramente militar y motivado por las afirmaciones que se han pronunciado en relación con el desequilibrio existente entre Estados Unidos y los Combatientes del Islam lo que tendría como consecuencia, según los expertos, que la *yihad* y la victoria fueran imposibles... Durante las dos últimas décadas, existen precedentes de que unidades reducidas de Combatientes del Islam hayan vencido a fuerzas mundiales y naciones poderosas a pesar de las enormes diferencias existentes entre ambas partes.

Algunas personas se opondrán a este análisis objetando que todas estas guerras implican choques entre naciones homogéneas y ejércitos invasores y afirmando que, por lo tanto, no pueden servir de ejemplo para Al-Qaida, que combate fuera de su territorio y en ocasiones en medios hostiles. Responderé a esta objeción... Al-Qaida se enorgullece de que el 11 de septiembre aniquiló los elementos de defensa estratégica de los Estados Unidos, un hecho que ninguna otra nación había podido lograr. Esos elementos son la advertencia temprana, el ataque preventivo y el principio de disuasión. Advertencia temprana: con los ataques del 11 de septiembre, Al-Qaida entró en los anales de los ataques sorpresa, llevados a cabo con éxito, que son escasos históricamente como, por ejemplo, el ataque japonés contra Pearl Harbor en 1941, el ataque sorpresa llevado a cabo por los nazis contra la URSS, la invasión soviética de Checoslovaquia en 1968 y la perforación de la línea sionista Bar-Lev en 1973. Por otro lado, con el sufrimiento que causó Al-Qaida superó a todos estos ataques sorpresa, ya que ocasionó que todos y cada uno de los estadounidenses se vieran sometidos a un estado de alerta constante. Esto se traduce en un coste económico y psicológico extraordinariamente elevado, especialmente si tenemos en cuenta que se trata de una sociedad que no se ha visto afectada por ninguna guerra desde la Guerra de Secesión. Se ha logrado una meta difícil de alcanzar, la de haber colocado a toda una sociedad a merced de los ataques terroristas. Ataques preventivos: este elemento también quedó debilitado el 11 de septiembre [...] aun en el supuesto de que hubiera existido una advertencia previa habría resultado muy difícil lanzar un ataque preventivo con éxito contra una organización que carece de bases permanentes. Disuasión: este principio descansa sobre el supuesto de que existen dos bandos que combaten para sobrevivir y defender sus intereses, pero queda eliminado totalmente cuando existen personas que no valoran la vida y que desean ser mártires. El principio de la disuasión funciona bien en la guerra entre países, pero carece de efectividad contra una organización que carece de bases permanentes, de capital en los bancos occidentales y que no depende de la ayuda de estos países. La consecuencia de estas circunstancias es que es completamente independiente a la hora de tomar decisiones y que busca combatir desde el principio. ¿Cómo se puede disuadir a una persona que combate para morir? Además de la aniquilación de estos tres elementos, Al-Qaida asestó un golpe severísimo a la moral de los estadounidenses ya que, como ha señalado un estratega occidental, la mejor manera de alcanzar una victoria psicológica es atacar al enemigo en un lugar donde se sienta seguro. Eso es exactamente lo que sucedió en Nueva York. Por lo tanto, los desequilibrios existentes entre los Combatientes del Islam y los Estados Unidos a los que se refieren los clérigos son exactamente los que se necesitan para enfrentarse con la maquinaria de guerra occidental, en particular, la de Estados Unidos. Esta nación se halla desconcertada por las operaciones militares de cuarta generación, especialmente cuando los pueblos islámicos han vuelto a abrazar la *yihad* y no tienen nada que perder... Ha llegado el momento de que los movimientos islámicos que se enfrentan con las ofensivas de los cruzados incorporen los criterios propios de las guerras de cuarta generación... Recemos para que Allah acalle

los llamamientos de los cobardes y para que haga surgir una nueva generación de clérigos capaz de enfrentarse con los retos que presentan las operaciones mili tares de cuarta generación.»

58. Textos del profeta Mahoma favorables a la mutilación sexual de la mujer (Hadiz transmitido por Abu Dawud Al Bayhaq, en el que Mahoma formula una recomendación a una mujer que practica la mutilación sexual femenina en Medina)

«La circuncisión es una tradición (*sunnah*) para los hombres y una honra (*makrumah*) para las mujeres.

No cortes mucho. Es mejor para la mujer y más satisfactorio para el marido.»

59. El fiscal pide tres años de prisión para el imam de Fuengirola por atentar contra los principios constitucionales

«Barcelona, España, 9 de julio de 2003 (Ciprés. Org). La fiscalía ha presentado escrito de acusación contra el imam de Fuengirola, Mohamed Kamal Mostafa, en el que solicita tres años de prisión y 10.800 euros de multa por haber escrito el libro *La mujer en el islam*, en el que justifica el maltrato a las mujeres y explica cómo golpearlas sin dejar huella. La acusación pública considera que la obra "choca frontalmente con los principios y preceptos constitucionales más elementales".

El escrito de la fiscalía acusa al imam de cometer un delito contra los derechos fundamentales y las libertades públicas. Este precepto castiga con penas de uno a tres años de cárcel a "los que provocaren a la discriminación, al odio o a la violencia [...] por motivos racistas, antisemitas [...] religión o creencias, situación familiar" o "la pertenencia de sus miembros a una etnia o raza, su origen nacional, su sexo".

La acusación pública sostiene que Mohamed Kamal Mostafa "dispone de autoridad moral y social indiscutida" por su condición de imam de Fuengirola y consejero de la Federación de Entidades Religiosas Musulmanas en España. De ahí que escribiera en 1997 el libro *La mujer en el islam*, "mediante el que intentó de forma reiterada convencer a sus lectores a que adoptaran actitudes claras de discriminación contra la mujer por el simple hecho de serlo".

La fiscalía asegura que el libro justifica la violencia física y psíquica, así como "la inferioridad de la mujer respecto del hombre en todas sus facetas y aspectos de la vida cotidiana que, obviamente, conlleva la obediencia sumisa al varón por el mero hecho de serlo".

El escrito de acusación menciona varias citas en las que se evidencia esta discriminación de la mujer y alude al capítulo "Malos tratos", que contiene las citas más evidentes. En palabras de la fiscalía, las páginas 86 y 87 son la "forma explícita y pormenorizada de cómo debe ser ejercida la violencia por parte del hombre sobre la mujer": se explica que "los golpes se han de administrar en unas partes concretas del cuerpo, como los pies y las manos, debiendo utilizar una vara no demasiado gruesa. Es decir, ha de ser fina y ligera para que no deje cicatrices o hematomas en el cuerpo". En otro momento se afirma: "Los golpes no han de ser fuertes y duros, porque la finalidad es hacer sufrir psicológicamente y no humillar y maltratar físicamente". El imam también escribe: "No se debe golpear las partes sensibles del cuerpo" y "nunca se debe pegar en una situación de furia exacerbada y ciega para evitar males mayores".

Tras la presentación del escrito de acusación, ya sólo queda que el juez instructor abra juicio oral y que se fije la fecha de la vista.»

60. Declaración de David Kay sobre el descubrimiento de armas de destrucción masiva en Iraq, de 2 de octubre de 2003, ante la Comisión Permanente de Inteligencia y otras comisiones parlamentarias de Defensa y Espionaje

«¿Qué hemos encontrado y qué no hemos encontrado en nuestros tres primeros meses de trabajo en Iraq?

Hemos descubierto docenas de actividades relativas a los programas de WMD y de cantidades significativas de equipos que Iraq encubrió a las Naciones Unidas durante las inspecciones que

comenzaron a finales de 2002. Hemos descubierto estos esfuerzos deliberados de Iraq para ocultar sus programas gracias a científicos y funcionarios que han relatado ahora la información que retuvieron deliberadamente, así como con las evidencias físicas de equipos y de actividades que ha descubierto el ISG y que Iraq debía haber declarado a la ONU.

Con su permiso, Sr. Presidente, le ruego cierta elasticidad para ponerles algunos ejemplos de estos esfuerzos del régimen iraquí por ocultar información e instalaciones, tales como:

— Una red clandestina de laboratorios y de “casas seguras” del servicio de inteligencia iraquí que sirvió para guardar el equipo durante las supervisiones de la ONU y fueron muy útiles para continuar las investigaciones encubiertas de los programas de armamento biológico.

— Un laboratorio en una prisión, usado posiblemente para probar agentes biológicos en seres humanos, que los funcionarios iraquíes que preparaban las inspecciones de la ONU ordenaron explícitamente no declarar a los inspectores.

— Trazas de organismos biológicos encubiertos en el hogar de un científico, uno de los cuales se puede utilizar para producir armamento biológico.

— Nuevas investigaciones sobre agentes biológicos, como la brucelosis y la fiebre hemorrágica del Congo y trabajos para continuar en la investigación sobre el ricino (un veneno) y la aflatoxina, que tampoco fueron declarados a la ONU.

— Documentos y equipos, ocultos en los hogares de los científicos, que habrían sido útiles para reiniciar el enriquecimiento de uranio por centrifugación y la separación electromagnética de isótopos (para fabricar armas nucleares).

— Una línea de misiles no declarada completamente en una instalación para producirlos sin declarar y la admisión de que habían probado uno de estos misiles, con un alcance de 500 kilómetros, 350 kilómetros más allá del límite permitido.

— La capacidad secreta para continuar fabricando un propulsor de combustible útil solamente para los misiles prohibidos SCUD. Esta capacidad se mantuvo por lo menos hasta finales de 2001, y los científicos iraquíes que atendían a los inspectores de la ONU tenían la obligación de ocultárselo.

— Planes y trabajo de diseño avanzado para unos nuevos misiles de largo alcance con capacidad para llegar, por lo menos, a 1.000 kilómetros de distancia —más allá del límite de 150 kilómetros que impuso la ONU—. Estos misiles habrían permitido que Iraq amenazara a otros países en Oriente Medio, pues su alcance les habría permitido llegar a Ankara, El Cairo y Abu Dhabi.

— Intentos clandestinos entre finales de 1999 y 2002 para obtener tecnología proveniente de Corea del Norte relativa a la fabricación de misiles balísticos con un alcance de 1.300 kilómetros —probablemente el modelo No-Dong— y a los misiles de superficie anti-buques con un alcance de 300 kilómetros, así como otros equipos militares prohibidos.

Además del descubrimiento de todos estos esfuerzos de ocultación, también hemos hecho frente a una sistemática limpieza de evidencias documentales y de ordenadores en una gran cantidad de oficinas, laboratorios y compañías sospechosas de estar implicadas en los programas de armas de destrucción masiva. Estos esfuerzos para borrar evidencias —ordenadores destruidos, archivos quemados, equipos limpiados para que no quedaran rastros de su uso— son más actos deliberados que algo producto del azar. Por ejemplo:

[...]

Todos los laboratorios del Servicio de Inteligencia Iraquí (IIS) visitados por los investigadores se han esterilizado claramente, incluyendo la retirada de muchos equipos, destrozando y quemando documentos e incluso retirando las placas de identificación de las puertas de los despachos.

[...]

Con respecto a actividades de la guerra biológica [...] los testimonios de los funcionarios del servicio de inteligencia iraquí y las visitas a estas instalaciones han comenzado a desvelar una red

clandestina de laboratorios y de instalaciones ocultas dentro del aparato del servicio de seguridad [...] Desde 1996 se estaba usando a seres humanos para probar sustancias químicas y biológicas.

[...]

Déjenme ahora revisar el asunto de las armas químicas. En nuestra búsqueda de municiones químicas, el ISG se ha topado con un arsenal convencional a una escala casi increíble, entre el que hay que buscar las armas químicas, que son diminutas. Por ejemplo, hay aproximadamente 130 puntos iraquíes de los que se sabe que fueron almacenes de munición, muchos de los cuales exceden las 50 millas cuadradas de tamaño y albergan unas 600.000 toneladas de carcasas de artillería, cohetes, bombas de aviación, etc. De estos 130 silos de armamento, aproximadamente 120 todavía no han sido examinados. Como las ordenanzas iraquíes no determinaban que los almacenes de armas químicas estuvieran en algún lugar concreto o el almacenamiento se hiciera de una forma específica, el tamaño del esfuerzo requerido para hacer esta búsqueda es enorme.

Mientras sigue la búsqueda de dichas armas, los equipos del ISG supieron, a través de múltiples fuentes, que Iraq exploró la posibilidad de producir este armamento hasta en años recientes, posiblemente tan recientemente como hasta en 2003.

[...]

Con respecto al programa nuclear de Iraq, hemos obtenido testimonios de científicos y altos funcionarios del gobierno que despejan cualquier duda acerca de las intenciones de Sadam para obtener armas nucleares. Según pudo saber el ISG, Sadam mantenía dicha intención y había planeado retomar estos esfuerzos en un futuro.

[...]

Con respecto a los sistemas de desarrollo armamentístico propio, el equipo del ISG ha descubierto suficientes evidencias hasta la fecha para concluir que el régimen iraquí había conseguido mejorar mucho, hasta el punto de que, si no se hubiera producido la Operación Libertad Iraquí, las restricciones de la ONU tras la Guerra del Golfo de 1991 habrían quedado rotas totalmente.

Los detenidos y las fuentes que cooperan con el ISG indicaron que, al inicio del año 2002, Sadam pidió desarrollar misiles balísticos con alcance de entre 400 kilómetros y hasta los 1.000 kilómetros, y que las medidas para ocultar estos proyectos a los inspectores de la ONU se iniciaron a finales de 2002, mientras llegaban a Iraq los inspectores. También trabajaban para construir una bomba de racimo propulsada por combustible líquido y parece que su trabajo había progresado hasta el punto de poner en marcha la producción inicial de los prototipos de algunas piezas... Por otro lado, varias fuentes afirman que los requisitos exigidos por Sadam para el alcance de las armas pasaron del rango de los 400-500 kilómetros en 2000 a los 600-1.000 kilómetros en 2002. [...]

Hemos encontrado gente, información técnica y redes ilícitas que, si llegaron a fluir a otros países y regiones, podrían acelerar la proliferación armamentística global. Incluso en el área de las armas, no hay duda de que Iraq tenía armas químicas y biológicas. Incluso si hubiera sólo una lejana posibilidad de que todavía existieran las armas producidas antes de la guerra de 1991, tenemos la obligación, para con las tropas norteamericanas y para con la población iraquí, de asegurarnos de que no hay nada que pueda ser utilizado en su contra en las actividades tutelares de la insurrección.»

BIBLIOGRAFÍA

Abadal, R. d', Catalunya Carolingia. Els diplomes carolingis a Catalunya, Barcelona, 1952, 2 vols.

Abadía, Ali Alam, Al-Dawah al-muwahhidiyyah bi-l-Magrib, El Cairo, 1964.

Abdel, Darwish, y Gregory, Alexander, Unholy Babilon, Londres, 1991.

Al-Bujari, Sahih al-Bukhari, Chicago, 1979, 9 vols.
Al-Mann bi-l-manah, Beirut, 1964.
Al-Murrakushi, Mushib.
Álvarez de Morales, C., Muley Hacén, el Zagal y Boabdil: los últimos reyes de Granada, 2000.
Amir Iskander, Munadilan, wa Mufakiran, wa Insanan, París, 1981.
Andrae,T., Mahoma, Madrid, 1980.
AnsÓn, E, Fernando III. Rey de Castilla y León, Madrid, 1998.
Armstrong, K., Muhammad, Nueva York, 1992.
Aroca, S., El Gran Engaño. La guerra del Golfo. La implicación española, Barcelona, 1991.
Arjona Castro, Anales de Córdoba musulmana (711-1008), Córdoba, 1982.
Azary, M. S. el-, (ed.), The Iran-Iraq War, Londres, 1984.
Azpeitua, A., Marruecos, la mala semilla; ensayo de análisis objetivo de cómo fue sembrada la guerra en África, Madrid, 1921.
Babinger, F., Mehmed the Conqueror and His Time, Princeton, 1978.
Baer, Y., Historia de los judíos en la España cristiana, Barcelona, 1998.
Balaguer,V., Los Reyes Católicos, t. II, 1. III, «Las guerras de Granada», Madrid, 1898.
Ballesteros, Alfonso X el Sabio, Madrid-Barcelona, 1963.
Bárbulo,T., La historia prohibida del Sahara español, Barcelona, 2002.
Bariani, L., Almanzor, Madrid, 2003.
Barrau-Dihigo, «Deux traditions musulmanes sur l’expédition de Charlemagne en Espagne», Mélanges Lot, París, 1925.
—, «Les origines du royaume de Navarre d’après une théorie récente», Revue Hispanique, 7, 1900.
Basset, R., «Les documents arabes sur l’expédition de Charlemagne en Espagne», en Revue Historique, 84, 1904.
Belachemi, J. L., Nous les frères Barberousse, corsaires et rois d'Alger, París, 1984.
Bell, R., Introducción al Corán, Madrid, 1987.
Bennassar, B., Don Juan de Austria, Madrid, 2000.
Bergmann, A., «Prudentius Clemens, der grösste christliche Dichter des Altertums», Acta... Universitatis Dorpatensis Humaniora.
Biarnay, B., «Un cas de régression vers la coutume berbère chez une tribu arabisée», Archives Berbères, París, 1916.
Blázquez, J. M.; Alvar, J., y Wagner, C. G., Fenicios y cartagineses en el Mediterráneo, Madrid, 1999.
Blumenkranz, B., Juifs et chrétiens dans le monde occidental, 430-1096, París, 1960.
Bosch Gimpera, P., y Aguado Bleye, P., «La conquista de España por Roma (218-219 a. de J. C.)», en Menéndez Pidal, R., Historia de España, II, Madrid, 1935.
Bréhaut, E., An Encyclopaedia of the Dark Ages: Isidore of Seville, Nueva York, 1912.
Bullock, J., y Morris, H., The Gulf War, Londres, 1989.
Burriel, P., Memorias para la vida del santo rey don Fernando, Madrid, 1800.
Burton,J., The Collection of the Qur’an, Cambridge, 1977.
Cabal, C., Alfonso II el Casto, Oviedo, 1991.
Caballero Jurado, C., La espada del islam. Voluntarios árabes en la Wehrmacht, Granada, 1999.
Cabello Alcaraz, J., Historia de Marruecos, Tetuán, 1954.
Cabrera, E., Abdarramán III y su época, Córdoba, 1991.
Calzada, L. de la, «Alfonso VI y la crisis occidental del siglo XI», Anales de la Universidad de Murcia, núm. 11, n. 1, 1953-54.

Camón Aznar, J., Las artes y los pueblos en la España primitiva, Madrid, 1954.
Carriazo, J. de M., «Asiento de las cosas de Ronda: conquista y repoblación de la ciudad por los Reyes Católicos», Miscelánea de Estudios Árabes y Hebraicos, 1954.
Casas de la Vega, R., La última guerra de África, Madrid, 1985.
Clot, Mehmed II, el conquistador de Bizancio, Madrid, 1993.
Castellanos Gómez, J., Geoestrategia en la España musulmana: las campañas militares de Almanzor, Madrid, 2003.
Cierva, R. de la, Alfonso y Victoria, Madrid, 2001.
Comande, G. B., La Sicilia contro il corsaro Dragut (1551-1552), Palermo, 1956.
Concha, J., El rey Boabdil, Lucena, 1997.
Con Coughlin, Saddam. The Secret Life, 2002 (existe edición en castellano, La vida secreta de Saddam Hussein, Planeta).
Cooley, J., Baal, Christ and Mohammed. Religion and Revolution in the North of Africa, Nueva York, 1965.
Coon, C., Tribes of the Rif, Cambridge, Massachusetts, 1931.
Coope, J. A., The Martyrs of Cordoba. Community and Family Conflict in an Age of Mass Conversion, Lincoln y Londres, 1995.
Cordero Torres, J. M., El Sájara español, Madrid, 1962.
Cotarelo, Alfonso III el Magno, Oviedo, 1991.
Cruz, V. de la, Patria y altares. Las donaciones del conde Fernán González, Burgos, 1970.
—, Fernán González, Burgos, 1988.
Dahn, E, Die Könige der Germanen, 9 vols., Würzburg, 1861-1909.
Darwin Swift, E The Life and Times of James the First the Conqueror, Oxford, 1894.
Diego Aguirre, J. R., Historia del Sahara español, Madrid, 1988.
—, Guerra en el Sahara, Barcelona, 1991.
—, La última guerra colonial de España: Ifni-Sahara (1957-1958), 1994.
Dopsch, A., Fundamentos económicos y sociales de la cultura europea. De César a Carlomagno, México-Buenos Aires, 1951.
Dozy, R. P., «Études sur la conquête de l’Espagne par les Arabes», Recherches sur l'Histoire et la Littérature de l'Espagne pendant le Moyen Âge, Leyden, 1881.
—, Histoire des Musulmans d’Espagne jusqu'à la conquête de l'Andalousie par les Almoravides (711-1110), 4 vols., Leyden, 1932 (existe edición española).
Dumont, J., Lepanto, la historia oculta, Madrid, 1999.
Durán Gudiol, Ramiro I de Aragón, Zaragoza, 1978.
Fahd, T., Le Panteón de l'Arabie centrale à la veille de l'hégire, París, 1968.
Fanjul, S., Al-Andalus contra España. La forja de un mito, Madrid, 2000.
Fernández, F., Boabdil, 1989.
Fernández-Aceytuno, M., Ifni y Sahara: una encrucijada en la historia de España, 2001.
Fernández Álvarez, M., Carlos V. El cesar y el hombre, Madrid, 1999.
—, Felipe II, Madrid, 1998.
Fernández Guerra, A., Caída y ruina del Imperio visigodo español, Madrid, 1883.
Fontaine, J., Isidore de Séville et la culture classique dans l'Espagne visigothique, París, 1959.
Forneron, H., Histoire de Philippe II, París, 1881.
Franke, F. R., «Die Freiwilligen Märtyrer von Cordova und das Verhaltnis der Mozaraber zum Islam (nach den Schriften des Speraindeo, Eulogius und Alvar)», Spanisches Forschungen der Görresgesellschaft, 1, Reihe, 1958.
Freedman, L., y Karsh, E., The Gulf Conflict 1990-1991, Londres, 1993.

Fregosi, P., Jihad in the West, Amherst, 1998.

Fuad Matar, Saddam Hussein. The Man, the Cause and His Future, Londres, 1981.

Fuente, V. de la, «El matrimonio de Alfonso el Batallador», Estudios sobre la Historia y el Derecho en Aragón, 1, Madrid, 1884.

Fuller, J. F., The Decisive Battles of the Western World, 480 BC-1757, Londres y Nueva York, 1954.

Gabrieli, F., La letteratura beduina preislamica en L'Antica Societá Beduina.

Gaibrois, M., Historia del reinado de Sancho IV de Castilla, Madrid, 1922-1929, 3 vols.

Gaillard, G., «La pénétration clunisienne en Espagne pendant la première moitié du XI siècle», Centre International d'Études Romanes, bull. trimestrel, 4, París, 1960.

Gallagher, C., The United States and the North of Africa, Cambridge, Massachusets, 1963.

García Bellido, A., Fenicios y cartagineses en Occidente, Madrid, 1942.

—, La Península Ibérica en los comienzos de su Historia, Madrid, 1953.

García de Cortázar, J. A., y Sesma Muñoz, J. A., Historia de la Edad Media. Una síntesis interpretativa, Madrid, 1998.

García Iglesias, L., Los judíos en la España Antigua, Madrid, 1978.

García Oro, J., Cisneros, Barcelona, 2002.

García Pinto, Los Tercios de España en la ocasión de Lepanto, Madrid, 1971.

García Villada, Z., Historia eclesiástica de España, I. El cristianismo en España durante la dominación romana, Madrid, 1929.

García Villoslada, R., «Los orígenes del patriotismo español (Prudencio)», Razón y Fe.

Gilchrist, J.,Jam'al-Qur'an:The Codification of the Qur'an Text.

Gómez Moreno, M., Iglesias mozárabes. Arte español en los siglos IX a XI, Madrid, 1919.

—, Las primeras crónicas de la Reconquista. El ciclo de Alfonso III, Madrid, 1932.

González, J., El reino de Castilla en la época de Alfonso VIII, Madrid, 1960, 3 vols.

González Cremona,J. M., Juan de Austria, héroe de leyenda, Barcelona, 1994.

—, Carlos V Señor de dos mundos, Barcelona, 1999.

González Palencia, A., Los mozárabes de Toledo en los siglos XII y XIII, 4 vols., Madrid, 1926-30.

Goodwin, J., Lords of the Horizons. A History of the Ottoman Empire, Londres, 1998.

Götzfried, K., Annalen der römischen Provinzen beider Spanien von der resten Besetzung durch die Römer bis zum Letzten Freiheitskampf 218- 114, Erlangen, 1907.

Gutiérrez Coronel, D., Historia del origen y soberanía del condado de Castilla y sucesos de sus condes, Madrid, 1785.

Harris, W. B., France, Spain and the Rif, Londres, 1927.

Heers, J., Los berberiscos, Barcelona, 2003.

Hekmat, A., Women and the Koran. The Status of Women in Islam, Amherst, Nueva York, 1997.

Hinojosa, E. de; Fernández Guerra, A.; Rada y Delgado, J. de D., de la, Historia de España desde la invasión de los pueblos germánicos hasta la ruina de la Monarquía visigoda, Madrid, 1890.

Hubac, P., Les Barbaresques et la course en Méditerranée, París, 1959.

Huici Miranda, A., Historia política del imperio almohade, Tetuán, 1956-57.

—, Las grandes batallas de la Reconquista durante las invasiones africanas, Granada, 2000.

Huidobro, L., «Fernán González, protector de las artes y de la cultura», Boletín de la Comisión P. De Monumentos, núms 84-85, Burgos, 1843.

Hurtado de Mendoza, Diego, Guerra de Granada, hecha por el rey de España don Felipe II contra los moriscos de aquel reino, sus rebeldes, Madrid, 1946.

Ibáñez de Ibero, Carlos, Política mediterránea de España, Madrid, 1952.

Ibarra, E., «La reconquista de los Estados pirenaicos hasta la muerte de Sancho el Mayor», Hispania, 6, 1942.

Ibn Adb al-Hakam, La conquete de l'Afrique du Nord et de l'Espagne, Argel, 1942.

Ibn al-Qattan, Shuz min Kitab naz al-shuman, Tetuán, s. d.

Inalcik, H., The Ottoman Empire. The Classical Age 1300-1600, Londres, 1973.

Instituto de Estudios visigóticos-mozárabes San Eugenio, Historia Mozárabe, Toledo, 1978.

Iorga, N., Geschichte des osmanischen Reiches, Gotha, 1908-1913, 5 vols.

Irving, W., Chronicle of the Conquest of Granada, Boston, 1988.

Jafri, H. M., Origins and Earley Development of Shi’a Islam, Londres, 1979.

Jeffery, A., Materials for the History of the Text of the Qur’an, Nueva York, 1975.

—, Materials for the History of the Text of the Qu'ran, Cambridge, 1977.

—, The Qur’an as Scripture, Nueva York, 1980.

Jidir Hamza, Saddam’s Bombmaker, Nueva York, 2000.

Jiménez Arce, R., y Belmonte Sánchez, L.,El Gran Capitán. Repertorio bibliográfico, Montilla, 2000.

Juin Marechal, Le Maghreb en feu, París, 1957.

Jumpertz, M., Die Römische-kartagische Krieg in Spanien (211-206 as. de J.C.), Berlín, 1892.

Kahrsttedt, U., «Les Carthaginois en Espagne», Bulletin Hispanique, XV.

Karsh, E., The Iran-Iraq War 1980-1988, Londres, 2002.

Katz, S., The Jews in the Visigothic and Frankish Kingdoms of Spain and Gaul, Cambridge, Mass, 1937.

King, P. D., Law and Society in the Visigothic Kingdom, Cambridge, 1972.

Köprülü, M. F., Les origines de l'empire ottoman, París, 1935.

Lacarra, J. M., La repoblación de Zaragoza por Alfonso el Batallador, Madrid, 1949.

—, Semblanza de Alfonso el Batallador, Zaragoza, 1949.

—, «La proiecció política de Sanc el Maior als comtats de Barcelona i de Gascunya», Estudis d’Historia Medieval, 3, Barcelona, 1970.

—, «La intervención de Sancho el Mayor en el condado de Castilla y en el reino de León», Homenaje a D. José Esteban Uranga, Pamplona, 1971.

—, Alfonso el Batallador, Zaragoza, 1978.

Ladero Quesada, M. A., Castilla y la Conquista del Reino de Granada, Valladolid, 1967.

Lafora, C., Andanzas en torno al legado mozárabe, Madrid, 1991.

Lammens, H., Études sur le siècle des Omeyyades, Beirut, 1930.

Lapeña Paul, El monasterio de San Juan de la Peña en la Edad Media, Zaragoza, 1989.

Laurent, E., Tormenta del desierto, Badalona, 1991.

Le Tourneau, R., The Almohad Movement in North Africa in the Twelfth an Thirteenth Centuries, Princenton, 1969.

Leguineche, M., Annual 1921, Madrid, 1996.

Lévi Provencal, E., Documents inédits d’histoire almohade, París, 1923.

—, «Alphonse VI et la prise de Tolède (1085)», Hesperis, 12, 1931.

—, «Réflexions sur l’Empire almoravide au début du XII siècle», Cinquantenaire de la Faculté de Lettres d’Alger. Volume commémoratif, Argel, 1932.

—, «España musulmana», en Menéndez Pidal, R., Historia de España, IV, Madrid, 1957.

—, Crónica del califa ’Abderraman III an-Nasir entre los años 912 y 942 (al-Muqtabis V), Zaragoza, 1981.

Lewis, B., Istanbul and the Civilization of the Ottoman Empire, Norman, 1963.

—, The Crisis of Islam, Londres, 2003.

Linares Roldán, S., Almanzor: el victorioso por Dios, 2002.

Lings, M., Muhammad, Madrid, 1989.

López dE Ayala, I., Vida de Gonzalo Fernández de Aguilar y Córdoba, llamado el Gran Capitán, Valencia, 2003.

López Pereira, J. E., Estudio crítico sobre la Crónica Mozárabe de 754, 1980.

López Rodó, L., La larga marcha hacia la monarquía, Barcelona.

Luca de Tena, T., Señor ex ministro, Barcelona, 1976.

Luckett, R., The White Generals, Nueva York, 1987.

Lunn, B. y B., The Memoirs of Baron N. Wrangel, Nueva York, 1971.

Lynch, C. G., Saint Braulio Bishop of Saragossa (631-651). His Life and Writings, Washington, 1938.

Madariaga, S. de, Carlos V, Barcelona, 1982 (la edición incluye las memorias del propio Carlos V).

Maldonado, Eduardo, El Roghí, Tetuán, 1952.

Maluf, Abqar en la mitología árabe, Córdoba, Argentina, 1969.

Maluquer de Motes, J., «Pueblos celtas», en Menéndez Pidal, R., Historia de España, I, 3, Madrid, 1954.

Maluquer de Motes; J., García Bellido, A., y Caro Baroja, J., «Los pueblos de la España ibérica», en Menéndez Pidal, R., op. cit.

Mantran, R., La expansión musulmana, Barcelona, 1982.

Marqués de Mulhacén, Política mediterránea de España 1704-1951, Madrid, 1952.

Mármol Carvajal, L. de, Historia de la rebelión y castigo de los moriscos del reino de Granada, Madrid, 1946.

Martínez Campos, C., España bélica siglo XVIII: Claroscuros de la disgregación, Madrid, 1965.

—, España bélica. Siglo XVI: Apogeo y primeras grietas, Madrid, 1967.

Martínez de la Casa, A., La Legión española, 1975.

Martínez Diez, G., El Cid histórico, Barcelona, 1999.

—, Fernando III, Palencia, 1993.

Martínez Fernando, J. E., Jaime II de Aragón, Barcelona, 1948, 2 vols.

Martínez Inglés, A., España indefensa, Madrid, Barcelona, 1989.

Menéndez Pidal, Ramón, El Rey Rodrigo en la literatura, 1925.

—, La España del Cid, Madrid, 1929.

—, «Adephonsus Imperator toletanus, magnificus, triumphator», Historia y Epopeya, Madrid, 1934.

—, Historia de España, II, Madrid, 1935.

—, «Universalismo y nacionalismo. Romanos y Germanos», Historia de España, III, Madrid, 1940.

—, Las familias de Khindasvinto y Vamba en pugna, Madrid, 1940.

—, La España del Cid, Madrid, 1947.

—, Fernán González, su juventud y genealogía, Madrid, 1954.

Millán Astray, J., La Legión, Leganés, 1980.

Miller, J., y Mylroie, L., Saddam Hussein and the Crisis in the Gulf Nueva York, 1990.

Miller, W., I Found no Peace, Nueva York, 1936.

Millet, R., Les Almohades, histoire d'une dynastie berbère, París, 1923.

Ministerio de la Presidencia, La descolonización del Sahara, Madrid, 1975.

Moa, P., Los orígenes de la guerra civil española, Madrid, 2000.

Modarressi Tabataba’i, H., An Introduction to Shii Law, Londres, 1984.

Moha, E., Las relaciones hispano-marroquíes, Málaga, 1992.
Molina, L., Una descripción anónima de Al-Andalus, Madrid, 1983, 2 vols.
Monlü, J., Les États barbaresques, París, 1973.
Monteil,V., Morocco, Londres, 1964.
Montero Hernando, M., Juan de Austria. Un héroe al servicio de Felipe II, 1993.
Montes, J., La Legión: Marruecos 1920, Bosnia-Herzegovina 1993, 1996.
Morales Lezcano, V., El colonialismo hispanofrancés en Marruecos (1898- 1927), Madrid, 1976.
Moreno Casado, J., «Las capitulaciones de Granada en su aspecto jurídico», Boletín de la Universidad de Granada, 1949.
Moshay, G. J. O., Who is this Allah?, Bicester, 1995.
Mullins, P. J., The Spiritual Life According to St. Isidore of Seville, Washington, 1940.
Navarro Rodrigo, C., El cardenal Cisneros, 1986.
Nawawi, I., El jardín de los justos, Madrid, 1996.
Nóldeke, T., y Schwally, F., Geschichte des Qorans, 2 vols., Hildesheim, 1909 y 1919.
Orcástegui, C., y Sarasa, E., Sancho III el Mayor. Rey de Navarra, Iruña, 1991.
Palacios, J., Relatos de los hechos en V. Pozuelo, Los últimos 476 días de Franco, Barcelona, 1979.
—, Los papeles secretos de Franco, Madrid, 1996.
Palacios Royán, J., y Del Cerro Calderón, G., La lírica mozárabe, Málaga, 1998.
Pando, J., Historia secreta de Annual, Madrid, 1999.
Parshall, P, Inside the Community, Grand Rapids, 1994.
Payne, S. G., Los militares en la España contemporánea, París, 1974.
Payne, R., La espada del islam, Barcelona, 2002.
Pellat, Ch., Le Calendrier de Cordoue, Leiden, 1961.
Pérez de Hita, Ginés, Guerras civiles de Granada, Madrid, 1913.
Pérez de Urbel, fray Justo, San Isidoro de Sevilla. Su vida, su obra y su tiempo, Barcelona, 1936.
—, «Las letras en la época visigoda», en Menéndez Pidal, R., Historia de España, III, Madrid, 1940.
—, San Eulogio de Córdoba o la vida andaluza en el siglo IX, Madrid, 1942.
—, Sancho el Mayor de Navarra, Madrid, 1950.
—, «Orígenes del culto de Santiago en España», Hispania Sacra, 5, 1952.
—, Sampiro. Su crónica y la monarquía leonesa en el siglo X, Madrid, 1952.
—, «Lo viejo y lo nuevo sobre el origen del reino de Pamplona», Al- Andalus, 19, 1954.
—, Historia del condado de Castilla, Madrid, 1945.
—, Fernán González, Burgos, 1970.
Pérez Pujol, E., Historia de las Instituciones sociales de la España goda, 4 vols., Valencia, 1896.
Perrault, G, Nuestro amigo el Rey, Madrid, 1991.
Pescador del Hoyo, C., «Cómo fue de verdad la toma de Granada a la luz de un documento inédito», Al-Andalus, 1955.
Picard, C., La mer et les musulmans d’Occident. VIII-XIIIe siècle, París, 1997.
Pinies Rubio, J., La descolonización española en las Naciones Unidas: Guinea Ecuatorial (Fernando Poo y Río Muni), Ifni, Sahara Occidental y Gibraltar y las Naciones Unidas, Madrid, 2001.
Pla Beneyto, E, El Gran capitán, Barcelona, 1997.
Prescott, W. H., The Art of War in Spain. The Conquest of Granada 1481-1492, Londres, 1995.
Pryne, R., War in Morocco, Tánger, 1927.
Puyol, J., Orígenes del reino de León y de sus instituciones políticas, Madrid, 1926.
Quesada Carvajal y Piédrola, J., Boabdil: Granada y la Alhambra hasta el siglo XVI, Granada,

1999.

Ramos Loscertales, J. M., «La sucesión del rey Alfonso VI», AHDE, 13, Madrid, 1936-1941.

—, El reino de Aragón bajo la dinastía pamplonesa, Salamanca, 1961.

Retana, L. F. de, Fernando III y su época, Madrid, 1941.

Riber, L., Aurelio Prudencio, Barcelona, 1936.

Richard, Y., Le chi'isme en Iran, París, 1980.

—, L'islam chi'ite, París, 1991.

Risco, M., Historia de la ciudad y Corte de León y de sus reyes, Madrid, 1792.

Rivera Recio, J. F., «Gregorio VII y la liturgia mozárabe», Revista Española de Teología, 2, 1942.

Ritter, Scott, Endgame: Solving the Iraq Problem-Once and for All, Nueva York, 1999.

Roger-Mathieu, Mémoires d'Abd el-Krim, París, 1927.

Romero, J. L., «San Isidoro de Sevilla. Su pensamiento histórico- político y sus relaciones con la historia visigoda», Cuadernos de Historia de España, VIII, Buenos Aires, 1947.

Ruiz Doménech, J. E., El Gran Capitán: retrato de una época, Barcelona, 2002.

Saavedra, E., Estudio sobre la invasión de los Árabes en España, Madrid, 1883.

—, Pelayo, Madrid, 1906.

—, «Abderrahmán I. Monografía histórica», Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 1910.

Sahib Hakim, Human Rights in Iraq, Londres, 1992.

Salafranca, J. F., El sistema colonial español en África, Málaga, 2001.

Salas Larrazabal, R., El Protectorado de España en Marruecos, Madrid, 1992.

Samir Al-Jalil, Republic of Fear, Berkeley, 1989.

Sánchez, J. A., Alfonso X el Sabio, Madrid, 1944.

Sánchez Albornoz, C., La España musulmana según los autores islámicos y cristianos medievales.

—, «Itinerario de la conquista de España por los musulmanes», Cuadernos de Historia de España, 10.

—, ¿Muza en Asturias? Los musulmanes y los astures transmontanos antes de Covadonga, Buenos Aires, 1944.

—, «Otra vez Guadalete y Covadonga», en Cuadernos de Historia de España, 1 y 2, 1944.

—, «Dónde y cuándo murió don Rodrigo, último rey de los godos», Cuadernos de Historia de España, 3, 1945.

—, El Senatus visigodo, Don Rodrigo, Rey legitimo de España, 1946.

—, «Proceso de romanización de España desde los Escipiones hasta Augusto», Anales de Historia Antigua y Medieval, Buenos Aires, 1949.

—, «Alfonso III y el particularismo castellano», Cuadernos de Historia de España, 13, Buenos Aires, 1950.

—, «Asturias resiste. Alfonso II salva a la España cristiana», Logos, 8, Buenos Aires, 1947.

—, Despoblación y repoblación del valle del Duero, Buenos Aires, 1966.

—, El Reino de Asturias. Orígenes de la nación española, Gijón, 1989.

SÁNCHEZ Pérez, La acción decisiva contra Abd el-Krim, Toledo, 1931.

Schulten, A., Numantia. Ergebniss der Ausgrabungen, 4 vols., Munich, 1914-1929.

—, «The Carthaginians in Spain», en The Cambridge Ancient History, VII, Cambridge, 1928.

—, Los cántabros y astures y su guerra con Roma, Madrid, 1943.

Schmidt, L., Geschichte der deutschen Stämme bis zum Aussang der Vólkemanderung, 2 vols., Munich, 1934-38.

Schwartz, K., El Emperador Constantino y la Iglesia cristiana, Madrid, 1926.

SÉJOURNÉ, P, Le Dernier Père de l'Église: St. Isidore de Séville, París, 1929.
Sheean,V., An American among the Riffi, Nueva York, 1926.
SHM, Los Tercios de España en la ocasión de Lepanto, Madrid, 1971.
SIL, Legión española. Cincuenta años de historia, Leganés, 1973.
Simonet, F. J., Historia de los mozárabes en España, Madrid, 1987-1903.
Soldevila, F., Vida de Jaume el Conqueridor, Barcelona, 1958.
Suárez, L., Francisco Franco y su tiempo, Madrid, 1984.
—, Isabel I, reina, Barcelona, 2000.
Taracena, B., «Los pueblos celtíberos», en Menéndez Pidal, R., op. cit.
Thompson, E. A., Los godos en España, Madrid, 1985.
Timmerman, Kenneth R., The Death Lobby: How the West Armed Iraq, Boston, 1991.
Tonelli, M., Boabdil, 1997.
Torrey del Cerro, A. de la, «Las etapas de la Reconquista hasta Alfonso II», en Estudios sobre la monarquía asturiana, Oviedo, 1949.
Torres, M., «Las invasiones y los Reinos germánicos de España (años 409-711)», en Menéndez Pidal, R., op. cit.
—, «La Península Hispánica, provincia romana. Instituciones económicas, sociales y político-administrativas», en Menéndez Pidal, R., Historia de España, II, Madrid, 1935.
Tourtoulon, Ch. de, jaume I le Conquérant, Montpellier, 1863-1867.
Trevan, Tim, Saddam’s Secrets: The Hunt for Saddam’s Hidden Weapons, Londres, 1999.
Tuquoi, J. P., El último rey. Crepúsculo de una dinastía, Barcelona, 2002.
Tursun Bey, The History of Mehmed the Conqueror, Minneapolis, 1978.
Tyler, R., El emperador Carlos V, Madrid, 1976.
Ubieto Arteta, Los orígenes de los reinos de Castilla y Aragón, Zaragoza, 1989.
Uría Riu, J., «Las campañas enviadas por Hixem I contra Asturias (794-795) y su probable geografía», Estudios sobre la Monarquía Asturiana, Oviedo, 1949.
Vaca de Osma, J. A., El Gran Capitán, Madrid, 1998.
—, Don Juan de Austria, Madrid, 2000.
Valdeón Baruque,J., Abderramán III y el califato de Córdoba, Madrid, 2001.
Vallvé, J., La división territorial de la España musulmana, Madrid, 1986.
—, Abderramán III, Barcelona, 2003.
—, El califato de Córdoba, Madrid, 1992.
Velarde, J., Azaña, Barcelona, 2002.
Vernet, J., Mahoma, Madrid, 1987.
—, Los orígenes del islam, Madrid, 1990.
Vidal, César, Diccionario de las tres religiones monoteístas, Madrid, 1992.
—, Diccionario de historia de las religiones, Barcelona, 1997.
—, La ocasión perdida, Barcelona, 1997.
—, El legado del cristianismo en la cultura occidental, Madrid, 2000.
—, La batalla de los cuatro reyes, Madrid, 2001.
—, El violinista del rey animoso, Madrid, 2001.
—, Enigmas históricos al descubierto, Barcelona, 2002.
—, Victoria o muerte en Lepanto, Madrid, 2002.
—, Nuevos enigmas históricos al descubierto, Barcelona, 2003.
—, Checas de Madrid, Madrid, 2003.
VV. AA., La España musulmana. Califato y reinos de Taifas, Madrid, 1973.
—, España musulmana. El emirato, Madrid, 1980.

—, Después de la Tormenta. Las claves de la posguerra, Barcelona, 1991.
—, Santiago e Almanzor, Galicia baixo a ameaza musulmana, 2002.
Warraq, I. (ed), The Quest for the Historical Muhammad, Amherst, Nueva York, 2000.
Watt, W. M., Mahoma, profeta y hombre de Estado, Barcelona, 1967.
Weil, G., Geschichte der Chalifen, Mannheim, 1846-1851.
Westermarck, E., Ritual and Belief in Morocco, Londres.
WHEATCROFT, A., Infidels, Londres, 2003.
WOODWARD, B., Los comandantes, Barcelona, 1991.
Wrangel, A., General Wrangel 1878-1929. Russia's White Crusader, Londres, 1987.
Xavier, A., Cardenal Cisneros, 1988.
Ximénez DE Embún, T., Ensayo histórico acerca de los orígenes de Aragón y Navarra, Zaragoza, 1878.
Ye'or, B., Islam and Dhimmitude. Where Civilizations Collide, Lancaster, 2002.
—, The Decline of Eastern Christianity under Islam. From Jihad to Dhimmitude, Londres, 1996.

MAPAS

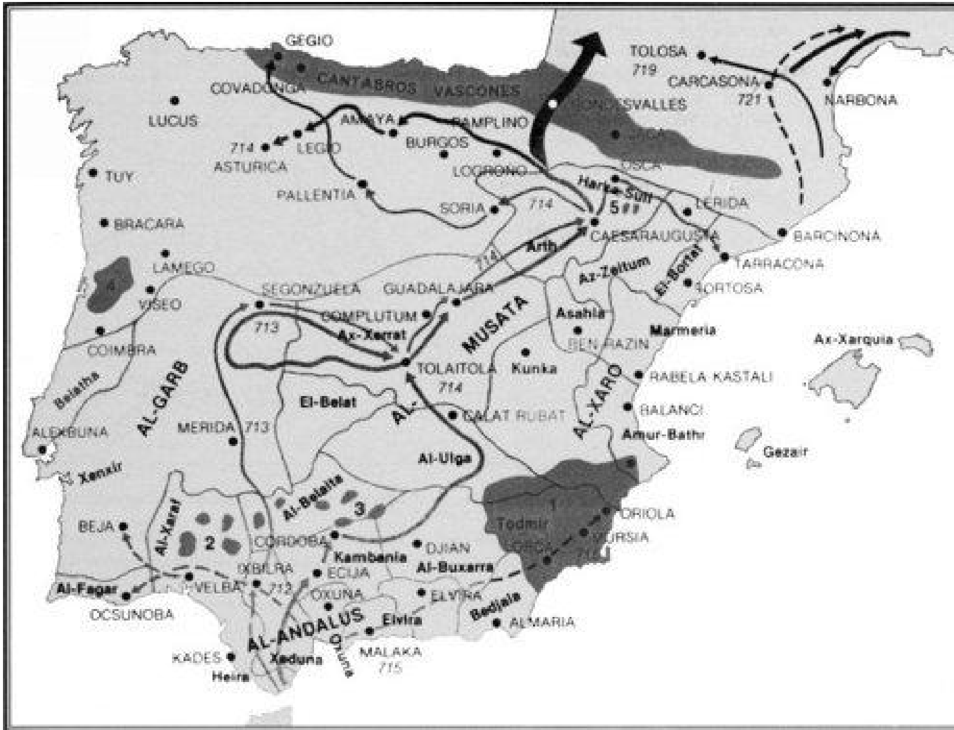
1. La España Romana (s. I a. de C.)

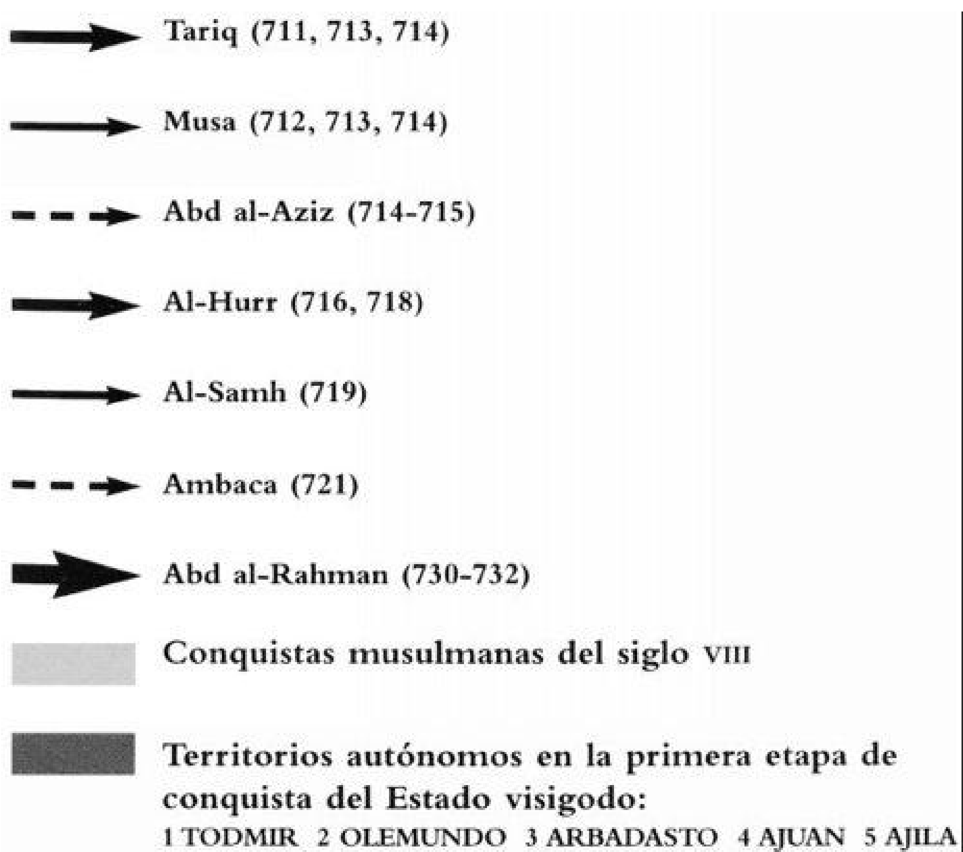


2. La España visigoda(s. VII)

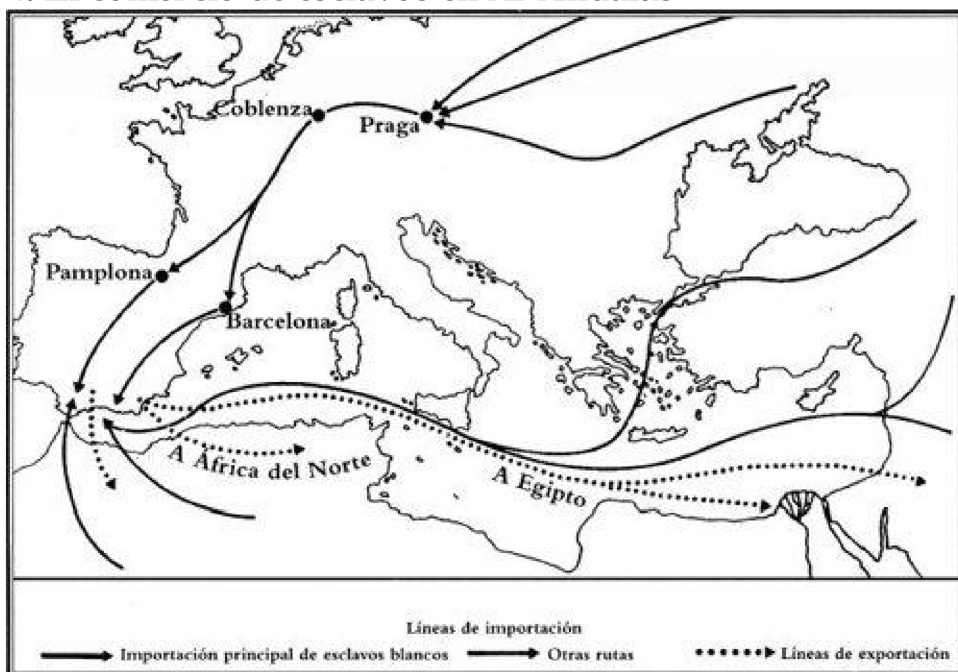


3. La Invasión Islámica





4. El comercio de esclavos en Al-Ándalus



5. La Península a la muerte de Alfonso III



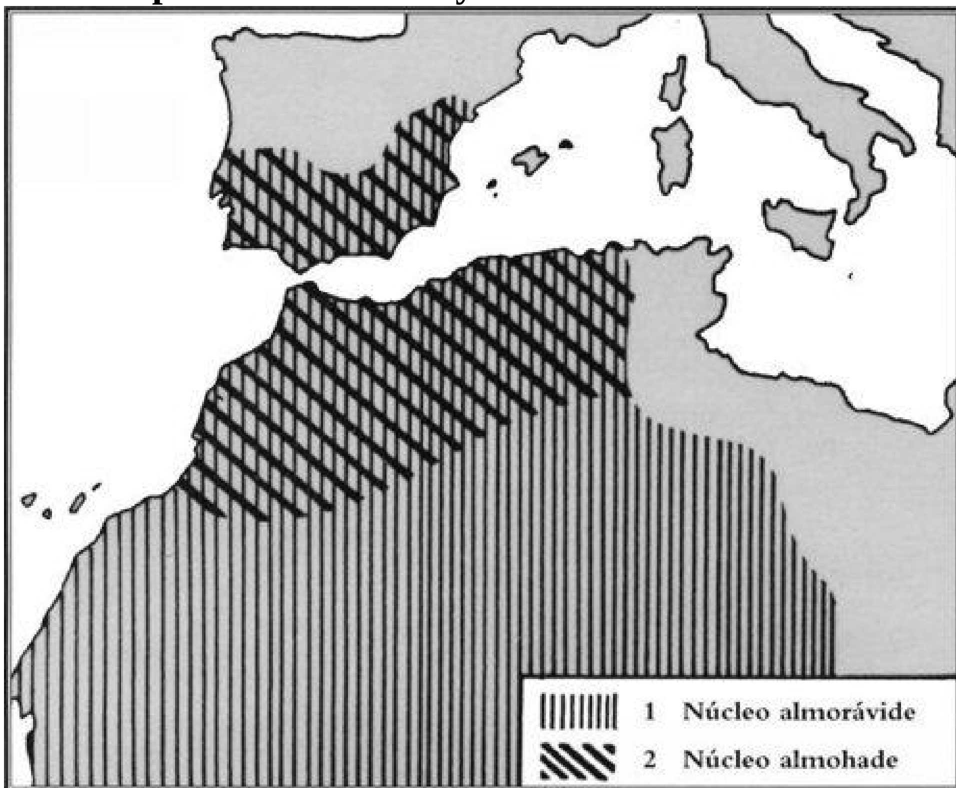
6. La Península a la muerte de Sancho el Mayor (1037)



7. Los reinos de taifas divididos por criterios raciales



8. Los imperios almorávide y almohade



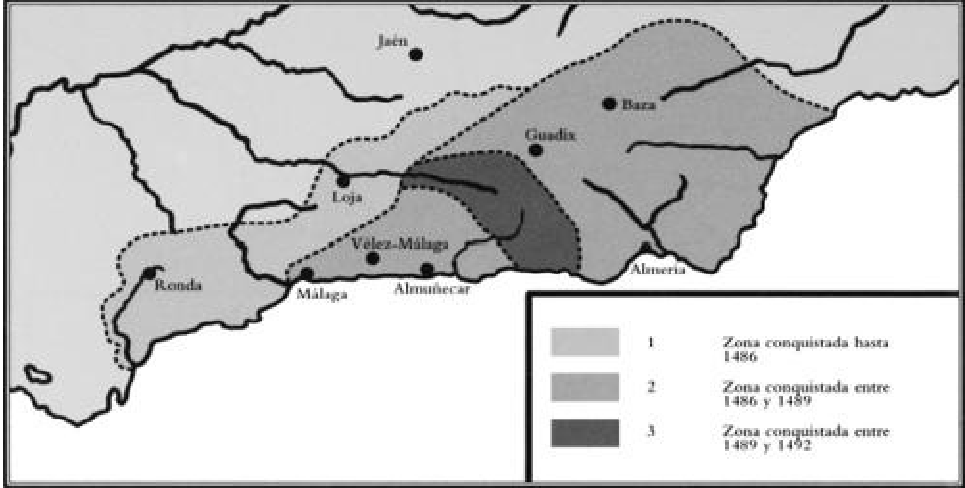
9. España a la muerte de Alfonso VII (1157)



10. León y Castilla desde su unión hasta Enrique IV. Aragón hasta Juan II



11. Reconquista de Granada



12. La expansión turca (S. XIV-S. XVII)



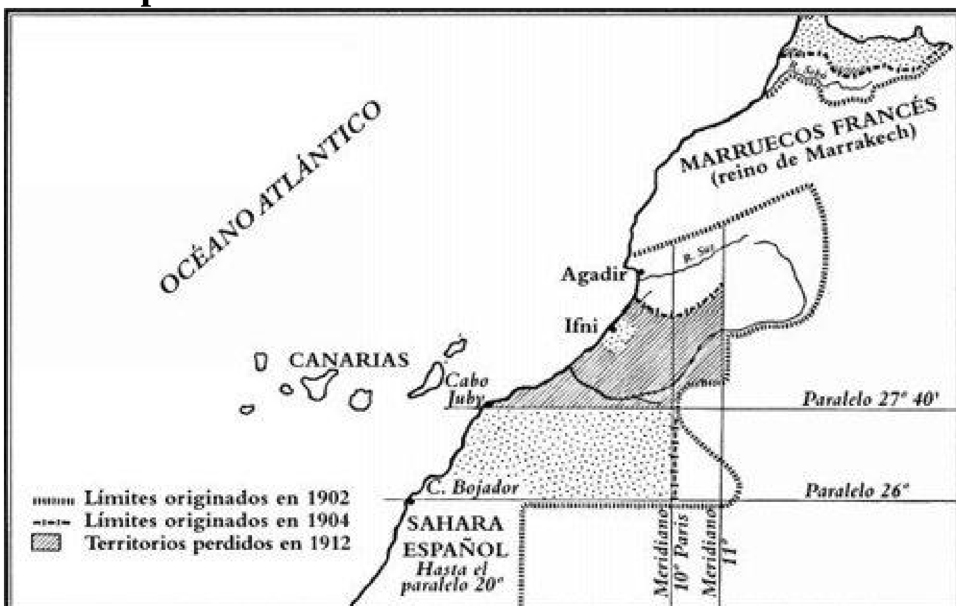
13. La política de defensa africana de Fernando el Católico y Carlos I



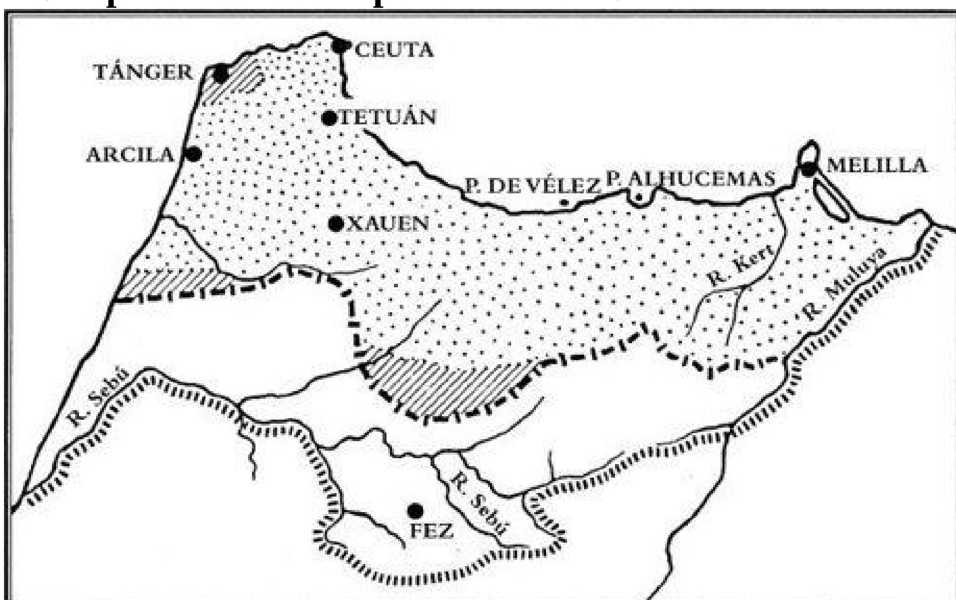
14. Los piratas musulmanes en el siglo XVI



15. El reparto de Marruecos



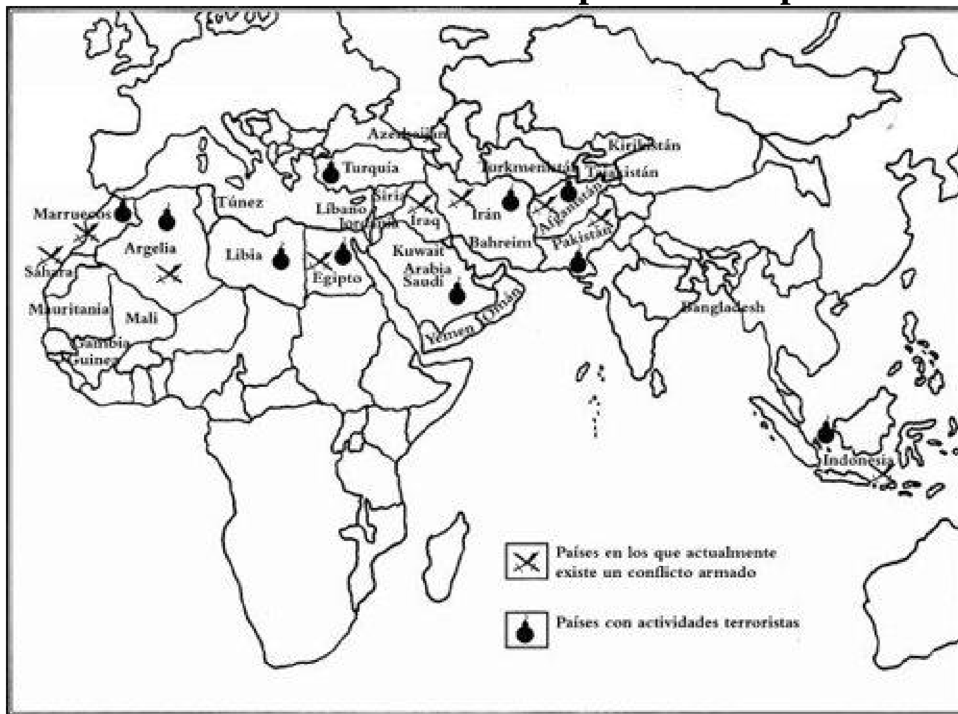
16. El protectorado español en Marruecos



17. Marruecos-Sahara



18. Países con más de dos terceras partes de la población islámica



ÍNDICE

Los estatutos de gobierno, cap. 1, recogido por Alfonso García Gallo, *op. cit.*, p. 447).

24. El poder político y su legitimación (II) (Abubéquer de Tortosa, *Lámpara de los príncipes*, trad. Maximiliano Alarcón, Madrid, 1930, pp. 177-178)

25. Los musulmanes españoles se oponen al dominio árabe (I): Banu-Qasi (Al-Udri, 34ª y 35ª, *op. cit.*, pp. 471-472)

26. Los musulmanes españoles se oponen al dominio árabe (II): Omar ben Hafsun *(Ajbar Machmua, op. cit.*, pp. 131-132)

27. Los musulmanes españoles se oponen al dominio árabe (III): Ibn Marwan (Ibn Hayyan, *op. cit*., «Cuadernos de Historia de España», XIII [1950], pp. 171-172)

28. La aceifa, instrumento privilegiado en la guerra contra los cristianos (Al-Udri, 45ª y 46ª, *op. cit.*, p. 475)

29. Las campañas de Alfonso I: vaciamiento de la cuenca del Duero y repoblación de las montañas y costa cantábricas (*Crónica de Alfonso II*, texto rotense, edición de Manuel Gómez-Moreno, *op, cit.*, pp. 609-621; concretamente pp. 615-616)

30. El fortalecimiento del reino astur: Alfonso III derrota a los musulmanes en Polvoraria en 878 y les impone la paz (Sampiro, *Chronicon,* redacción silense, edición de Justo Pérez de Urbel, *Sampiro, su crónica y la monarquía leonesa en el siglo X*, Madrid, 1952, pp. 273-346; concretamente, pp. 282-283)

31. El prestigio político del condado de Barcelona bajo el gobierno de Borrell (940-992) («Gesta comitum barcinonensium, scripta circa annum MCXC a quodam monacho rivipullensi», *Marca Hispanica*, edición de Pedro de Marca, París, 1688, pp. 538-596; concretamente, columnas 541-542)

32. Aceifa musulmana contra los Velasco, señores de Pamplona, probablemente fíeles a los carolingios (año 816) (Ibn Hayyan, *Muqtabis*, Edición de E. Levi- Provençal y Emilio García Gómez, textos inéditos del *Muqtabis* de Ibn Hayyan sobre los orígenes del reino de Pamplona, «Al-Andalus», XIX [1954], pp. 295-315; concretamente, pp. 297)

33. Autoproclamación como califa de Abd-al-Rahman III en 929 *(Una crónica anónima de Abd-al-Rahman III al-Nasir, op. cit.*, pp. 152-153)

34. Victoria cristiana de Simancas (939): versión árabe (Del *Kitab al-Rawd al Mitar* de Abd al-Munim al-Himyaria, según versión francesa de Lévi- Provençal, *La péninsule ibérique au Moyen Âge*, p. 121)

35. Victoria cristiana de Simancas (939): versión castellana (de los *Anales Castellanos Primeros*, según el texto editado por Gómez-Moreno, *Discursos... ante la Academia de la Historia*, p. 24).

36. Almanzor relega al califa Hisham a un puesto meramente decorativo (An-Nuguairi, *op. cit*., p. 60)

37. Almanzor siembra el terror en tierras del cristianismo (997) (del *Bayan al-Mugrib* de Ben Idzari, según versión francesa de Fagnan, II, p. 491)

38. Desintegración del califato de Córdoba. La *fitna* entre 1020 y 1031 (Ibn Hazam, Miguel Asín Palacios, «Un códice inexplorado del cordobés Ibn Hazam», *Al-Andalus*, II [1934], pp. 1-56; concretamente, p. 38)

39. Asedio y conquista de Zaragoza por Alfonso I el Batallador (año 1118) (Crónica de San Juan de la Peña, *op. cit*., pp. 70-71)

40. Yusuf ben Tashufin, creador del imperio almorávide (Ibn Abi Zar, *Rawd Al-Qirtas*, edición de Ambrosio Huici Miranda, Valencia, 1964, I, pp. 262-263)

41. Los almorávides invaden la península (Ibn Abi Zar, *op. cit.*, I, pp. 279-280)

42. Victoria almorávide de Sagrajas (1086) (del *Kitab al-Muchib* del Marrakuxi, según versión francesa de Fagnan, p. 245)

43. Los almohades imponen su visión del islam (Ibn Abi Zar, *op. cit.*, I, p. 121)

44. Los almohades reprimen a los musulmanes españoles (Ibn Sahib al-Sala, *Al-Mann bil-Imana*, edición dé Ambrosio Huici Miranda, Valencia, 1969, pp. 11-12)

45. Medidas antisemitas de los almohades (Ibn Sahib Al- Sala, *op. cit.*, p. 38)

46. Los almohades contenidos en las Navas de Tolosa (I): versiones musulmanas (1212) (del *Anónimo de Copenhague*, trad. De Huici *La campaña de las Navas de Tolosa*, p. 115)

47. Los almohades contenidos en las Navas de Tolosa (II): versión cristiana *(Portugalliae Monumento*, *Historica*, vol. I. Huici, «Las grandes batallas...», p. 385 y ss.)

48. Otra versión musulmana *(El collar de perlas*, Musá II, rey de Tremecen, trad. Gaspar Ramiro, Zaragoza, 1899)

49. Fernando III reconquista Sevilla

50. Creación de la Corona de Aragón. Compromiso de matrimonio entre Ramón Berenguer IV, conde de Barcelona, y Petronila, hija de Ramiro II de Aragón (año 1137) *(Crónica de San Juan de la Peña*, edición de Antonio Ubieto Arteta, Valencia, 1961, pp. 95-97)

51. Reconquista del Estrecho: el asedio de Algeciras por Alfonso XI de Castilla (año 1343) (Crónica del muy alto et muy católico rey don Alfonso el onceno deste nombre, que venció la batalla de río Salado et ganó a las Algeciras, cap. CCLXXXIX, edición de Cayetano Rosell, op. cit., pp. 171-392; concretamente, pp. 358-360)

52. La toma de Granada concluye la Reconquista (11 de marzo de 1492) (Trad. López del Toro)

53. Derechos de los moros y judíos bajos los cristianos (1492). (M. Lafuente, *Historia de España*, t. V, pp. 576-586)

54. Mohamed VI exige de España la entrega de Ceuta y Melilla a la vez que condena la actitud del gobierno español en relación con Perejil (julio de 2002)

55. Al-Qaida realiza un llamamiento a la guerra santa a la vez que reclama Al-Andalus (7 de octubre de 2001)

56. Ben Laden celebra el aniversario de los atentados del 11 de septiembre renovando su llamamiento a la guerra santa y volviendo a reivindicar Al-Andalus

57. Al-Qaida anuncia la estrategia que sigue en la guerra contra Occidente (Abu Ubeid Al-Qurashi)

58. Textos del profeta Mahoma favorables a la mutilación sexual de la mujer (Hadiz transmitido por Abu Dawud Al Bayhaq, en el que Mahoma formula una recomendación a una mujer que practica la mutilación sexual femenina en Medina)

59. El fiscal pide tres años de prisión para el imam de Fuengirola por atentar contra los principios constitucionales

60. Declaración de David Kay sobre el descubrimiento de armas de destrucción masiva en Iraq, de 2 de octubre de 2003, ante la Comisión Permanente de Inteligencia y otras comisiones parlamentarias de Defensa y Espionaje

BIBLIOGRAFÍA

MAPAS

1. La España Romana (s. I a. de C.)
2. La España visigoda(s. VII)
3. La Invasión Islámica
4. El comercio de esclavos en Al-Ándalus
5. La Península a la muerte de Alfonso III

ÍNDICE

[1] Son varias las biografías de Mahoma publicadas en castellano, pero su valor es muy diverso. Ls más completa y actualizada es la de César Vidal, *Mahoma, el guía*, Barcelona, 2013. La de M. Lings, *Muhammad* (Madrid, 1989), es rica en materiales propios de fuentes árabes, pero no es en absoluto crítica, y si bien puede complacer a los lectores musulmanes, para un occidental no pasa de ser una hagiografía notable. También irenista es la de K. Armstrong, *Muhammad*, Nueva York, 1992. La de J. Vernet, *Mahoma* (Madrid, 1987), es muy sucinta pero amena, de fácil lectura y bien documentada a partir de las fuentes árabes. La obra de T. Andrae, *Mahoma* (Madrid, 1980), no es muy detallada en aspectos propiamente biográficos, pero resulta muy reveladora en lo que al contexto espiritual del islam se refiere. De especial interés es *Mahoma, profeta y hombre de Estado*, de W. M. Watt (Barcelona), 1967. Por último, en cuanto a los términos coránicos y los rudimentos del islam pueden consultarse con aprovechamiento: C. Vidal, *Diccionario de las tres religiones monoteístas*, Madrid, 1992; *Diccionario de historia de las religiones*, Barcelona, 1997.

[2] Acerca de las fuentes relativas a Mahoma puede consultarse: C. Vidal, *Mahoma el guía*, Barcelona, 2013; Ibn Warraq (ed.), *The Quest for the Historical Muhammad*, Amherst, Nueva York, 2000. Sobre la Arabia anterior a la aparición del islam, véase: T. Fahd, *Le Panteón de l'Arabie centrale à la veille de l'hégire*, París, 1968; F. Gabrieli, *La letteratura beduina preislamica en L'Antica Societá Beduina*, pp. 95-114; S. Maluf, *Abqar en la mitología árabe*, Córdoba (Argentina), 1969; J. Vernet, *Los orígenes del islam*, Madrid, 1990. Una visión muy bien documentada y ciertamente desmitificadora de los supuestos avances del islam sobre la sociedad árabe anterior en A. Hekmat, *Women and the Koran. The Status of Women in Islam*, Amherst, Nueva York, 1997.

[3] El episodio más claro al respecto es el de los Versos o versículos satánicos, un conjunto de aleyas del Corán en las que Mahoma permitía la adoración de algunas divinidades árabes. Semejante paso —que sería desandado— posiblemente tuvo su causa en el deseo de captar a unos seguidores que hasta ese momento se habían mostrado reticentes. Mahoma indicaría entonces que los versículos le habían sido inspirados no por *Allah* sino por Satanás. El problema que se plantea inmediatamente a aquel que se acerca con espíritu crítico a la historia del islam es cómo Mahoma supo discernir en adelante qué versículos venían de *Allah* y cuáles venían de Satanás.

[4] El episodio más conocido al respecto —no el único, desde luego— es el de Pablo en Éfeso, relatado en Hechos 19, 23 ss., cuando los fabricantes de imágenes de Diana se opusieron a la predicación del Evangelio porque podía significar el final de su negocio. Episodios muy similares tuvieron lugar también durante el siglo XVI con el inicio de la Reforma protestante, ya que ésta, al

prohibir el culto a las imágenes de acuerdo con el mandato bíblico de Éxodo 20, 4 ss., significó el final de negocios religiosos conectados con la fabricación de imágenes, las peregrinaciones o el culto a las reliquias.

[5] La expresión, muy acertada por otra parte, es utilizada por J. A. García de Cortázar y J. A. Sesma Muñoz en Historia de la Edad Media. Una síntesis interpretativa, Madrid, 1998, p. 147.

[6] En el mismo sentido, R. Mantran, *La expansión musulmana*, Barcelona, 1982, p. 28.

[7] No hace falta insistir en que semejante supuesto no se produjo. Si apenas a veinte años de la muerte de Jesús, Pablo podía hablar de centenares que lo habían visto resucitado (1 Corintios 15, 1 ss.), el islam nunca pudo presentar un argumento semejante de veracidad.

[8] Acerca de los omeyas, véase: Ibn Adb al-Hakam, *La conquête de l'Afrique du Nord et de l'Espagne*, Argel, 1942; H. Lammens, *Études sur le siècle des Omeyyades*, Beirut, 1930; R. Mantran, *op. cit.*, p. 57 ss.; R. Payne, *La espada del islam*, Barcelona, 2002, p. 130 ss.; G. Weil, *Geschichte der Chalifen*, Mannheim, 1846-1851.

[9] Acerca del shíismo, véase (aparte de los capítulos específicos en obras generales ya citadas): H. M. Jafri, *Origins and Earley Development of Shi'a Islam*, Londres, 1979; H. Modarressi Tabataba'i, *An Introduction to Shii Law*, Londres, 1984;Y. Richard, *L'islam chi'ite*, París, 1991; ídem, *Le shi'isme en Iran*, París, 1980.

[10] La expresión, sin duda exagerada pero con un grueso grano de verdad, pertenece al profesor José María Blázquez.

[11] La bibliografía sobre el Corán no es muy extensa en castellano pese a existir al menos tres traducciones notables del original (las de Asín Juan Vernet y Julio Cortés). En especial permanece casi sin tratar el tema de la evolución teológica del texto y de los avatares de su transmisión, limitados prácticamente a las introducciones de las versiones mencionadas. Posiblemente, la introducción más completa continúa siendo en castellano la de R. Bell, *Introducción al Corán*, Madrid, 1987. De un interés muy especial acerca de la historia del texto sigue siendo la obra de T. Nöldeke y E Schwally, *Geschichte des Qorans*, 2 vols., Hildesheim, 1909 y 1919. Un estudio muy sencillo e interesante (quizá por ello polémico) acerca de la transmisión del texto es el de J. Gilchrist, *Jam'al-Qur'an:The Codification of the Qur'an Text*. También de interés son las obras de J. Burton, *The Collection of the Qur'an*, Cambridge, 1977; A. Jeffery, *Materials for the History of the Text of the Qur'an*, Nueva York, 1975, y del mismo autor, *The Qur'an as Scripture*, Nueva York, 1980.

[12] Ciertamente, poca duda subsiste acerca de que el texto del Corán se vio alterado. Sobre el proceso de fijación del texto coránico, véase: A. Jeffery, *Materials for the History of the Text of the Qu'ran*, Cambridge, 1977;J. *Gilchrist,Jam'al-Qu'ran:The Codification of the Qu'ran Text*, varias ediciones; A. Jeffery, *Materials for the History of the Text of the Qu'ran*, Nueva York, 1975; ídem, *The Qu'ran as Scripture*, Nueva York, 1980.

[13] No existe en castellano ninguna edición completa de los *hadices*. Por ello tiene especial interés la selección del imán Nawawi titulada *El jardín de los justos* (Madrid, 1996), en la que aparecen bastantes de los compilados por Al-Bujari. La mejor edición de Al-Bujari sigue siendo *Sahih al-Bukhari* (Chicago, 1979, 9 vols.). Una introducción interesante y sencilla a los *hadices* en P. Parshall, *Inside the Community*, Grand Rapids, 1994. Para los diferentes términos islámicos, véase: C. Vidal, *Diccionario de las tres religiones monoteístas*, Madrid, 1992; *Diccionario de historia de las religiones*, Barcelona, 1997.

[14] B. Lewis, *The Crisis of Islam*, Londres, 2003, p. 26.

[15] *Ibídem*, p. 24.

[16] Reproducido en J. Vallvé, *La división territorial de la España musulmana*, Madrid, 1986, p. 24.

[17] J. Vallvé, *Abderramán III*, Barcelona, 2003, p. 35.

[18] Sobre los primeros pobladores de España puede consultarse: J. Camón Aznar, *Las artes y los pueblos en la España primitiva*, Madrid, 1954; J. Maluquer.de Motes, «Pueblos celtas», R. Menéndez Pidal, *Historia de España*, I, 3, Madrid, 1954, pp. 6-194; J. Maluquer de Motes, A. García Bellido y J. Caro Baroja, «Los pueblos de la España ibérica», *op. cit.*, pp. 305-812; B. Taracena, «Los pueblos celtíberos», *op. cit.*, pp. 197-229.

[19] Sobre las colonizaciones de España previas a la llegada de los romanos, véase: J. M. Blázquez, J. Alvar y C. G. Wagner, *Fenicios y cartagineses en el Mediterráneo*, Madrid, 1999; A. García Bellido, *Fenicios y cartagineses en Occidente*, Madrid, 1942; ídem, *La Península Ibérica en los comienzos de su Historia*, Madrid, 1953; M. Jumpertz, *Die Römische-kartagische Krieg in Spanien (211-206 as. de J.C.)*, Berlín, 1892; U. Kahrsttedt, «Les Carthaginois en Espagne», *Bulletin Hispanique*, XV, p. 372 ss.; A. Schulten, «The Carthaginians in Spain», *The Cambridge Ancient History*, VII, Cambridge, 1928.

[20] La bibliografía sobre la romanización es muy abundante, y es lógico que así sea, dada la enorme influencia que ese período histórico ha tenido sobre la historia española posterior. Puede consultarse al respecto: P. Bosch Gimpera y P. Aguado Bleye, «La conquista de España por Roma (218-219 a. de J. C.)», R. Menéndez Pidal, *Historia de España*, II, Madrid, 1935, pp. 3-283; A. García Bellido, *La Península Ibérica en los comienzos de su Historia*, Madrid, 1953; K. Götzfried, *Annalen der römischen Provinzen beider Spanien von der resten Besetzung durch die Römer bis zum Letzten Freiheitskampf 218-114*, Erlangen, 1907; C. Sánchez Albornoz, «Proceso de romanización de España desde los Escipiones hasta Augusto», *Anales de Historia antigua y medieval*, Buenos Aires, 1949, pp. 5-35; A. Schulten, *Numantia. Ergebniss der Ausgrabungen*, 4 vols., Munich, 1914-1929; ídem, *Los cántabros y astures y su guerra con Roma*, Madrid, 1943; M. Torres, «La Península Hispánica, provincia romana. Instituciones económicas, sociales y político-administrativas», R. Menéndez Pidal, *op. cit.*, II, Madrid, 1935, pp. 287-525.

[21] Acerca del cristianismo en España, véase: A. Bergmann, «Prudentius Clemens, der grösste christliche Dichter des Altertums», *Acta... Universitatis Dorpatensis Humaniora*, II, pp. 1-128; Z. García Villada, *Historia eclesiástica de España, I. El cristianismo en España durante la dominación romana*, Madrid, 1929; R. García Villoslada, «Los orígenes del patriotismo español (Prudencio)», *Razón y Fe*, 64, p. 184 ss.; L. Riber, *Aurelio Prudencio*, Barcelona, 1936; K. Schwartz, *El Emperador Constantino y la Iglesia cristiana*, Madrid, 1926.

[22] Acerca de los visigodos en España, véase: F. Dahn, *Die Könige der Germanen*, 9 vols., Würzburg, 1861-1909; A. Dopsch, *Fundamentos económicos y sociales de la cultura europea. De César a Carlomagno*, México-Buenos Aires, 1951; E. de Hinojosa, A. Fernández Guerra, J. De D. de la Rada y Delgado, *Historia de España desde la invasión de los pueblos germánicos hasta la ruina de la Monarquía visigoda*, Madrid, 1890; R. Menéndez Pidal, «Universalismo y nacionalismo. Romanos y Germanos», *Historia de España*, III, Madrid, 1940, pp.VII-XIX; L. Schmidt, *Geschichte der deutschen Stämme bis zum Aussang der Vólkerwanderung*, 2 vols., Munich, 1934-38; E: A. Thompson, *Los godos en España*, Madrid, 1985; M. Torres, «Las invasiones y los Reinos germánicos de España (años 409-711)», R. Menéndez Pidal, *op. cit.*, III, pp. 3-140.

[23] Sobre Isidoro de Sevilla y la cultura visigoda en España, pueden consultarse: de manera muy especial J. Fontaine, Isidoro de Sevilla, *Génesis y originalidad de la cultura hipa- nica en tiempos de los visigodos*, Madrid, 2002. E. Bréhaut, *An Encyclopaedia of the Dark Ages: Isidore of Seville*, Nueva York, 1912; J. Fontaine, *Isidore de Séville et la adture classique dans l'Espagne visigothique*, París, 1959; C. G. Lynch, *Saint Braulio Bishop of Saragossa (631-651). His Life and Writings*, Washington, 1938; P. J. Mullins, *The Spiritual Life According to St. Isidore of Seville*, Washington, 1940; fray Justo Pérez de Urbel, «Las letras en la época visigoda», R. Menéndez Pidal, *op. cit.*, III, Madrid, 1940, pp. 379-431; ídem, *San Isidoro de Sevilla. Su vida, su obra y su tiempo*,

Barcelona, 1936; E. Pérez Pujol, *Historia de las Instituciones sociales de la España goda, 4* vols., Valencia, 1896; J. L. Romero, «San Isidoro de Sevilla. Su pensamiento histórico-político y sus relaciones con la historia visigoda», *Cuadernos de Historia de España*, VIII, Buenos Aires, 1947, pp. 5-71; P. Séjourné, *Le Dernier Père de l'Église: St. Isidore de Seville*, París, 1929.

[24] Sobre el antisemitismo en la España visigoda, véase: B. Blumenkranz, *Juifs et chrétiens dans le monde occidental, 430-1096*, París, 1960, p. 105 ss.; Y. Baer, *Historia de los judíos en la España cristiana*, Barcelona, 1998; L. García Iglesias, *Los judíos en la España Antigua*, Madrid, 1978, p. 83 ss.; S. Katz, *The Jews in the Visigothic and Frankish Kingdoms of Spain and Gaul*, Cambridge, Mass, 1937; P. D. King, *Law and Society in the Visigothic Kingdom*, Cambridge, 1972, p. 130 ss.

[25] Acerca del terrible impacto que las invasiones islámicas han tenido sobre las poblaciones autóctonas que no aceptaron la conversión, véase: A. Wheatcroft, *Infidels*, Londres, 2003; B.Ye´or, *The Decline of Eastern Christianity under Islam. From Jihad to Dhimmitude*, Londres, 1996; e ídem, *Islam and Dhimmitude. Where Civilizations Collide*, Lancaster, 2002. Sobre la invasión islámica de España, puede consultarse: R. P. Dozy, *Histoire des Musulmans d'Espagne jusqu'à la conquête de l'Andalousie par les Almoravides (711-1110), 4* vols., Leyden, 1932 (existe edición española); ídem, «Etudes sur la conquéte de l'Espagne par les Arabes en *Recherches sur l'Histoire et la littérature de l'Espagne pendant le Moyen Âge*, Leyden, 1881, pp. 1-89; E. Levi Provencal, «España musulmana», R. Menéndez Pidal, *op. cit.*, IV, Madrid, 1957; E. Saavedra, *Estudio sobre la invasión de los Arabes en España*, Madrid, 1883; C. Sánchez Albornoz, *La España musulmana según los autores islámicos y cristianos medievales*, I, pp. 35-59. Para las fuentes, remitimos a las consignadas en los diferentes capítulos de E. Levi Provencal, *op. cit.*

[26] Sobre el tema de los enfrentamientos intestinos en el seno de la monarquía visigoda, véase: A. Fernández Guerra, *Caída y ruina del Imperio visigodo español*, Madrid, 1883; R. Menéndez Pidal, «El Rey Rodrigo en la literatura», *BRAH*, XI, 1924, pp. 157-197, 251-286, 349-387, 519-585, y XII, 1925, pp. 5-38, 192-216; ídem, «Las familias de Khindasvinto y Vamba en pugna», *Historia de España*, III, Madrid, 1940, pp. XLVI-LV; C. Sánchez Albornoz, «El Senatus visigodo, Don Rodrigo, Rey legítimo de España», *Cuadernos de Historia de España*, VI, 1946, pp. 5-20.

[27] Sobre la ubicación de la batalla, véase: C. Sánchez Albornoz, «Dónde y cuándo murió don Rodrigo, último rey de los godos», *Cuadernos de Historia de España*, 3, 1945, pp. 5-105, y «Otra vez Guadalete y Covadonga», *op. cit.*, 1 y 2, 1944.

[28] Sobre el tema, véase: C. Sánchez Albornoz, «Itinerario de la conquista de España por los musulmanes», *Cuadernos de Historia de España*, 10, pp. 21-74.

[29] Sobre el posible avance de esta expedición, véase: C. Sánchez Albornoz, *¿Muza en Asturias? Los musulmanes y los astures transmontanos antes de Covadonga*, Buenos Aires, 1944.

[30] Las interpretaciones son diversas y van desde un préstamo de los vándalos, que conocerían España como Vandalicia, a una transformación de la palabra Hispania llevada a cabo por los judíos, o incluso a un origen árabe ya presente en su lengua al llegar a la península Ibérica.

[31] Sobre los mozárabes: M. Gómez Moreno, *Iglesias mozárabes. Arte español en los siglos IX a XI*, Madrid, 1919; A. González Palencia, *Los mozárabes de Toledo en los siglos XII y XIII*, 4 vols., Madrid, 1926-30; Instituto de Estudios visigóticos-mozárabes San Eugenio, *Historia Mozárabe*, Toledo, 1978; C. Lafora, *Andanzas en torno al legado mozárabe*, Madrid, 1991 ;J. E. López Pereira, *Estudio crítico sobre la Crónica Mozárabe de. 754*, 1980; J. Palacios Royán y G. del Cerro Calderón, *La lírica mozárabe*, Málaga, 1998; E J. Simonet, *Historia de los mozárabes en España*, Madrid, 1897-1903.

[32] Sobre el tema, véase: E. Saavedra, *Pelayo*, Madrid, 1906; C. Sánchez Albornoz, «Otra vez Guadalete y Covadonga», *CHE*, 1 y 2, 1944; y A. De la Torre y del Cerro, «Las etapas de la Reconquista hasta Alfonso II», *Estudios sobre la Monarquía Asturiana*, Oviedo, 1949, p. 135 y ss.

[33] Véanse textos 17 y 18 del apéndice documental.

[34] Sobre el tema sigue siendo de importancia esencial, C. Sánchez Albornoz, *Despoblación y repoblación del valle del Duero*, Buenos Aires, 1966.

[35] Sobre este personaje, véase: E. Saavedra, «Abderrahmán I», monografía histórica en *Revista de archivos, bibliotecas y museos*, 1910, núm. 22, pp. 341-352, y núm. 23, pp. 28-44.

[36] Sobre el tema continúan siendo de importancia esencial: C. Sánchez Albornoz, «Asturias resiste. Alfonso II salva a la España cristiana», *Logos*, 8, Buenos Aires, 1947, p. 5 y ss., y J. Uría Riu, «Las campañas enviadas por Hixem I contra Asturias (794-795) y su probable geografía», *Estudios sobre la monarquía asturiana*, Oviedo, 1949, pp. 499-545.

[37] Los primeros exilios en masa también habían sido provocados por los invasores islámicos al catapultar al norte a poblaciones asentadas en otras partes de la península. De hecho, sería una trágica consecuencia ligada a su gobierno hasta el siglo XV.

[38] VV. AA., *España musulmana. El emirato*, Madrid, 1980, p. 98.

[39] Sobre el tema de los mártires mozárabes, véase: J. A. Coope, *The Martyrs of Cordoba. Community and Family Conflict in ah Age of Mass Conversion*, Lincoln y Londres, 1995; F. R. Franke, «Die Freiwilligen Märtyrer von Cordova und das Verhaltnis der Mozaraber zum Islam nach den Schriften des Speraindeo, Eulogius und Alvar», *Spanisches Forschungen der Gorresgesellschaft*, l, Reihe, 1958, pp. 1-170; J. Pérez de Urbel, *San Eulogio de Córdoba o la vida andaluza en el siglo IX*, Madrid, 1942.

[40] En el mismo sentido, véase: J. A. Coope, *op. cit.*, p. 68.

[41] Reproducido en VV. AA., *España musulmana. El emirato*, Madrid, 1980, p. 113.

[42] Sobre el papel de Carlomagno y los carolingios posteriores, véase: R. D'Abadal, *Catalunya carolingia. Els diplomes carolingis a Catalunya*, Barcelona, 1952, 2 vols.; R.Basset, «Les documents arabes sur l'expédition de Charlemagne en Espagne», *Revue Historique*, 84, 1904, p. 168 y ss.; Barrau-Dihigo, «Deux traditions musulmanes sur l'expédition de Charlemagne en Espagne», *Mélanges Lot*, París, 1925, p. 168 y ss.

[43] Sobre Alfonso II, véase: C. Cabal, *Alfonso II el Casto*, Oviedo, 1991; C. Sánchez Albornoz, *El Reino de Asturias. Orígenes de la nación española*, Gijón, 1989.

[44] Sobre Alfonso III, véase: A. *Cotarelo, Alfonso III el Magno*, Oviedo, 1991; M. Gómez Moreno, *Las primeras crónicas de la Reconquista. El ciclo de Alfonso III*, Madrid, 1932, y C. Sánchez Albornoz, «Alfonso III y el particularismo castellano», *Cuadernos de Historia de España*, 13, Buenos Aires, 1950, pp. 19-100.

[45] Para el estudio de este califa resulta esencial consultar la *Crónica del califa ’Abderraman III an-Nasir entre ¡os años 912 y 942 (al-Muqtabis V)*, Zaragoza, 1981; E. LéviProvenq;al y E. García Gómez, *Una crónica anónima de Abd al-Rahmán III al-Nasir;* Ch. Pellat, *Le Calendrier de Cordoue*, Leiden, 1961; L. Molina, *Una descripción anónima de Al-Andalus*, Madrid, 1983, 2 vols.; A. Arjona Castro, *Anales de Córdoba musulmana* (711- 1008), Córdoba, 1982. Sobre Abd ar-Rahmán III, véase: E. Cabrera, *Abderramán III y su época*, Córdoba, 1991;J.Valdeón Baruque, *Abderramán III y el califato de Córdoba*, Madrid, 2001; J. Vallvé, *El califato de Córdoba*, Madrid, 1992; *Abderramán III*, Barcelona, 2003.

[46] Si acaso cambiaron sus nombres en los que, no obstante, debajo del maquillaje árabe podemos rastrear con facilidad el origen latino. Córdoba pasó a ser Qurtuba; Hispalis (Sevilla) se transformó en Ishbiliyaa; Ilici (Elche) en Alsh.

[47] Lo que hace difícil es saber si se debía a los omeyas, tan receptivos a Bizancio, o si procedía de los asentamientos que este imperio mantuvo en España durante el periodo visigótico.

[48] En el mismo sentido, véase: VV. AA., *La España musulmana. Califato y reinos de Taifas*, Madrid, 1973, p. 48.

[49] Sobre la figura de Fernán González, absolutamente esencial en la historia medieval española, véase: V. de la Cruz, *Patria y altares. Las donaciones del conde Fernán González,* Burgos, 1970; *íbidem, Fernán González,* Burgos, 1988; D. Gutiérrez Coronel, *Historia del origen y soberanía del condado de Castilla y sucesos de sus condes,* Madrid, 1785; L. Huidobro, «Fernán González, protector de las artes y de la cultura», *Boletín de la Comisión P. de Monumentos,* núm. 84-85, pp. 259-262, Burgos, 1843; R. Menéndez Pidal, *Fernán González, su juventud y genealogía,* Madrid, 1954; J. Pérez de Urbel, *Historia del condado de Castilla,* Madrid, 1945.

[50] J. Valverde Sepúlveda, Sancho el gordo: una cura de adelgazamiento en tiempo de Ahderramán III, en el siglo X, Guadix, 1997.

[51] Sobre Almanzor, véase: L. Bariani, *Almanzor*, Madrid, 2003; J. Castellanos Gómez, *Geoestrategia en la España musulmana: las campañas militares de Almanzor*, Madrid, 2003; S. Linares Roldan, *Almanzor: el victorioso por Dios*, 2002; VV. AA, *Santiago e Almanzor, Galicia baixo a ameaza musulmana,* 2002.

[52] Fruto de esa relación sería el nacimiento de un hijo llamado Abd ar-Rahmán ibn Sanchul o Sanchuelo.

[53] Sobre el origen de este culto, véase: J. Pérez de Urbel, «Orígenes del culto de Santiago en España», *Hispania Sacra*, 5, 1952, pp. 1-31.

[54] Sobre la figura de este monarca, véase: C. Orcástegui y E. Sarasa, *Sancho III el Mayor. Rey de Navarra,* Pamplona, 1991; J. Pérez de Urbel, *Sancho el Mayor de Navarra,* Madrid, 1950; J. M. Ramos Loscertales, *El reino de Aragón bajo la dinastía pamplonesa,* Salamanca, 1961; A. Ubieto Arteta, *Los orígenes de ¡os reinos de Castilla y Aragón,* Zaragoza, 1989.

[55] Sobre la historia primera de Navarra, véase:T. Ximénez de Embún, *Ensayo histórico acerca de los orígenes de Aragón y Navarra,* Zaragoza, 1878; Barrau-Dihigo, «Les origines du royaume de Navarre d'aprés une théorie récente», *Revue Hispanique,* 7, 1900, pp. 141-505; E. Ibarra, «La reconquista de los Estados pirenaicos hasta la muerte de Sancho el Mayor», *Hispania,* 6, 1942, p. 3 y ss.; J. Pérez de Urbel, «Lo viejo y lo nuevo sobre el origen del reino de Pamplona», *Al-Andalus*, 19, 1954, p. 3 y ss.

[56] Hasta qué punto semejante afirmación no pasa de ser un disparate interesado puede verse incluso en el hecho de que Sancho III utilizó mucho más la lengua romance de Navarra que el vascuence, e incluso dejó que éste se perdiera en tierras de La Rioja, Álava y la Ribera navarra.

[57] Sobre el tema, véase: A. I. Lapeña Paul, *El monasterio de san Juan de la Peña en la Edad Media,* Zaragoza, 1989.

[58] Al respecto, véase: J. M. Lacarra, «La proiecció política de Sanc el Maior als comtats de Barcelona i de Gascunya», *Estudis d'Historia Medieval,* 3, Barcelona, 1970, pp. 1-9.

[59] Un análisis interesante en J. M. Lacarra, «La intervención de Sancho el Mayor en el condado de Castilla y en el reino de León», *Homenaje a D. José Esteban Uranga*, Pamplona, 1971, pp. 31 -43.

[60] Acerca de León, véase: J. Pérez de Urbel, Sampiro. Su crónica y la monarquía leonesa en el siglo X, Madrid, 1952; J. Puyol, Orígenes del reino de León y de sus instituciones políticas, Madrid, 1926; M. Risco, Historia de la ciudad y corte de León y de sus reyes, Madrid, 1972;

[61] Esta ampliación del territorio de Castilla fue casi pareja de la que experimentó Aragón, ya que Ramiro I se apoderó de Sobrarbe y Ribagorza al morir su hermano Gonzalo. Quedaban así asentadas, con los matices que veremos en su momento, las dos entidades políticas que concluirían la Reconquista y, finalmente, pasarían a reunificar una nación fragmentada por la invasión islámica. Acerca de la figura de Ramiro I, puede consultarse: A. Durán Gudiol, *Ramiro I de Aragón,* Zaragoza, 1978.

[62] Los datos al respecto son bien significativos. La anexión de Navarra a Aragón en 1076 proporcionó a éste los tributos que aquel reino percibía, además de los jefes locales situados entre

Sobrarbe y el Gállego, así como los de Huesca, Tudela y Zaragoza.

[63] Sobre el reinado de Alfonso VI y el Cid sigue resultando indispensable la consulta de R. Menéndez Pidal, *La España del Cid*, Madrid, 1929. De interés resulta también G. Martínez Díez, *El Cid histórico*, Barcelona, 1999. Ya centrado en Alfonso VI conviene consultar L. de la Calzada, «Alfonso VI y la crisis occidental del siglo XI», *Anales de la universidad de Murcia*, 11, núm. 1, 1953-54, pp. 9-86; E. Lévi-Provençal, *Alphonse VI et la prise de Tolède (1085) en Hesperis*, 12, 1931, pp. 33-49; A. Linaje Conde, *Alfonso VI, el rey hispano y europeo de las tres religiones*, Toledo, 1994; G. Martínez Díez, *Alfonso VI: señor del Cid, conquistador de Toledo,* Madrid, 2003; R. Menéndez Pidal, «Adephonsus Imperator toletanus, magnificus, triumphator», *Historia y Epopeya*, Madrid, 1934; J.M. Mínguez Fernández, *Alfonso VI,* Madrid, 2000.

[64] He desarrollado el tema anteriormente en C. Vidal, *Enigmas históricos al descubierto*, Barcelona, 2002.

[65] Las pretensiones de la Santa Sede en relación con los reinos hispánicos exceden con mucho los límites del presente libro, pero constituyen un objeto de estudio apasionante. Si a la muerte de Ramiro I de Aragón (1063) en Graus se habían traducido en la predicación de la primera cruzada y en la reconquista de Barbastro, con el papa Gregorio VII pasaron por la pretensión —basada en documentos falsos— de que España era «patrimonio de Pedro» y debía quedar enfeudada al papa. No puede extrañar que semejante apetencia papal fuera rechazada y resistida por los monarcas españoles, aunque se tradujo, bajo la amenaza de excomunión, en una aceptación del rito romano y la desaparición oficial —que no total— del rito mozárabe. Al respecto, véase: J. E Rivera Recio, «Gregorio VII y la liturgia mozárabe», *Revista Española de Teología,* 2, 1942, pp. 3-33; G. Gaillard, «La pénétration clunisienne en Espagne pendant la première moitié du XI siècle», *Centre international d'études romanes,* bull. trimestrel, 4, París, 1960, pp. 8-15.

[66] Acerca de los almorávides, véase: A. Huici Miranda, *Las grandes batallas de la Reconquista durante las invasiones africanas*, Granada, 2000; R. Menéndez Pidal, *La España del Cid*, Madrid, 1947, t. I, p. 325 y I, ss. y t. II, p. 547 y ss.; E. Levi Provencal, «Réflexions sur l'Empire almoravide au début du XII siècle», *Cinquantenaire de la Faculté de Lettres d'Alger. Volume Commemoratif* Argel, 1932, pp. 307-320; C. Sánchez Albornoz, *La España musulmana...*, II, pp. 115-163.

[67] Sobre Alfonso el Batallador, véase: J. M. Lacarra, Alfonso el Batallador, Zaragoza, 1978; La repoblación de Zaragoza por Alfonso el Batallador, Madrid, 1949; Semblanza de Alfonso el Batallador, Zaragoza, 1949.

[68] Sobre el tema, véase:V. De la Fuente, «El matrimonio de Alfonso el Batallador», *Estudios sobre la historia y el derecho en Aragón*, 1, Madrid, 1884, pp. 161 -233; J. M. Ramos Loscertales, «La sucesión del rey Alfonso VI», *AHDE*, 13, Madrid, 1936-1941.

[69] Para las fuentes del periodo almohade, véase: Ibn al-Qattan, *Shuz min kitab naz al-shuman*, Tetuán, s. d; Ibn Sahib al-Salah, *Al-Mann bi-l-manah*, Beirut, 1964.

[70] Acerca de los almohades, véase: Abadía Ali Alam, Al-Dawah al-muwahhidiyyah bi-l-Magrib, El Cairo, 1964; A. Huici Miranda, Historia política del imperio almohade, Tetuán, 1956-1957; R. Le Tourneau, The Almohad Movement in North Africa in the Twelfth an Thirteenth Centuries, Princenton, 1969; E. Lévi-Provençal, Documents inédits d'histoire dlmohade, París, 1923; R. Millet, Les almohades: Histoire d'une dynastie berbère, París, 1923.

[71] Ibn al-Jatib, *Alam*, p. 248.

[72] Al-Murrakushi, *Mushib,* p. 281.

[73] Sobre el rey Alfonso VIII, véase: J. González, *El reino de Castilla en la época de Alfonso VIII*, Madrid, 1960, 3 vols.

[74] Huici Miranda, *Imperio almohade*, p. 317.

[75] La única excepción a esta tónica fue la arquitectura dedicada a fines militares o religiosos,

que conoció manifestaciones notables como la gran mezquita de Sevilla, de la que sólo se conserva actualmente el minarete erigido en 1184 y conocido popularmente como la Giralda.

[76] P. Fregosi, *Jihad in the West*, Amherst, 1998, p. 192 y ss.

[77] He abordado ese tema de manera novelada en C. Vidal, *La batalla de los cuatro reyes*, Madrid, 2001.

[78] Sobre Fernando III, véase: F. Ansón, Fernando III. Rey de Castilla y León, Madrid, 1998; P. Burriel, Memorias para la vida del santo rey don Fernando, Madrid, 1800; J. Costas Rodríguez, Fernando III a través de las crónicas medievales, Zamora, 2002; L. M. Ramírez de las Casas Deza, Reseña de la conquista de Córdoba por el santo rey don Fernando III, Córdoba, 1995; L. F. de Retana, Fernando III y su época, Madrid, 1941; A. Rodríguez López, La consolidación territorial de la monarquía feudal castellana: expansión y fronteras durante el reinado de Fernando III, Madrid, 1994; C. Ros, Fernando III el Santo, 2003; G. Martínez Diez, Fernando III, Palencia, 1993.

[79] Sobre Jaime I, véase: J. Ríos Sarmiento, Jaime el Conquistador, Barcelona, 1941; F. Soldevila, Vida de Jaume el Conqueridor, Barcelona, 1958; F. Darwin Swift, The Life and Times of James the First the Conqueror, Oxford, 1894; J.A. Gil Albors, Jaime I, Valencia, 1990; L. Lamarca, Noticia histórica de la conquista de Valencia por el rey D. Jaime I de Aragón, Valencia, 1997; P. López Elum, La conquista y repoblación valenciana durante el reinado de Jaime I, 1995; Ch. De Tourtoulon, Jaume I le Conquérant, Montpellier, 1863-1867.

[80] Acerca de Alfonso X, véase: A. Ballesteros, *Alfonso X el Sabio,* Madrid-Barcelona, 1963; J. A. Sánchez, *Alfonso X el Sabio,* Madrid, 1944.

[81] Sobre este monarca, véase: M. Gaibrois, *Historia del reinado de Sancho IV de Castilla*, Madrid, 1922-1929, 3 vols.

[82] Sobre este monarca, véase: J. E. Martínez Fernando, *Jaime II de Aragón,* Barcelona, 1948, 2 vols.

[83] Sobre distintos aspectos relacionados con la guerra de Granada, véase: V. Balaguer , «Las guerras de Granada», *Los Reyes Católicos*, t. II. 1. III, Madrid, 1898; J. F. Fuller, *The Decisive Battles of the Western World, 480 BC-1757*, Londres y Nueva York, 1954, vol. I, capítulos 18, «The Reconquest and Unification of Spain», y 19, «The Siege of Málaga, 1487, and the Conquest of Granada, 1492»; J. de M. Carriazo, «Asiento de las cosas de Ronda: conquista y repoblación de la ciudad por los Reyes Católicos», *Miscelánea de estudios árabes y hebraicos*, III, 1954; W. Irving, *Chronicle of the Conquest of Granada,* Boston, 1988; M. A. Ladero Quesada, *Castilla y la Conquista del Reino de Granada,* Valladolid, 1967; J. Moreno Casado, «Las capitulaciones de Granada en su aspecto jurídico», *Boletín de la Universidad de Granada*, XXI, 1949; C. Pescador del Hoyo, «Cómo fue de verdad la toma de Granada a la luz de un documento inédito», *Al-Andalus,* XX, 1955; W. H. Prescott, *The Art of War in Spain. The Conquest of Granada 1481-1492,* Londres, 1995; L. Suárez, *Isabel I, reina,* Barcelona, 2000, p. 245 y ss.

[84] W. H. Prescott, The Art of War in Spain. The Conquest of Granada 1481-1492, Londres, 1995, p. 140.

[85] Sobre Boabdil el Chiquito o el Chico, véase: C. Álvarez de Morales, *Muley Hacén, el Zagal y Boabdil: los últimos reyes de Granada,* 2000; J. Concha, *El rey Boabdil,* Lucena, 1997; F. Fernández, *Boabdil,* 1989; M. Tonelli, *Boabdil*, 1997; J. Quesada Carvajal y Pié drola, *Boabdil: Granada y la Alhambra hasta el siglo XVI,* Granada, 1999.

[86] Sobre el Gran Capitán, véase: R. Jiménez Arce y L. Belmonte Sánchez, *El Gran Capitán. Repertorio bibliográfico,* Montilla, 2000; I. López de Ayala, *Vida de Gonzalo Fernández de Aguilar y Córdoba, llamado el Gran Capitán, Valencia.*, 2003; F. Pla Beneyto, *El Gran Capitán,* Barcelona, 1997; J. E. Ruiz Doménech, *El Gran Capitán: retrato de una época,* Barcelona, 2002; J. A. Vaca de Osma, *El Gran Capitán*, Madrid, 1998.

[87] S. Fanjul, *Al-Andalus contra España. La forja de un mito,* Madrid, 2000, p. 115 y ss. El libro de Fanjul —sin duda, el ensayo más agudo sobre el islam en España escrito en las últimas décadas-resulta una obra documentadísima y de lectura obligatoria para el que desee desembarazarse de mitos y conocer la realidad histórica.

[88] S. Fanjul, *op. cit.*, p. 6 y ss.

[89] Sobre Cisneros, véase: J. García Oro, *Cisneros*, Barcelona, 2002; C. Navarro Rodrigo, *El cardenal Cisneros*, 1986; A. Xavier, *Cardenal Cisneros*, 1988.

[90] Matón o bravucón en árabe.

[91] El texto puede consultarse en Marqués de Mulhacén, *Política mediterránea de España 1704-1951*, Madrid, 1952.

[92] J. García Oro, *op. cit.*, p. 185 y ss.

[93] Sobre el imperio otomano, véase: J. Goodwin, Lords of the Horizons. A History of the Ottoman Empire, Londres, 1998; H. Inalcik, The Ottoman Empire. The Classical Age 1300-1600, Londres, 1973; N. Iorga, Geschichte des osmanischen Reiches, Gotha, 1908- 1913, 5 vols.; M. F. Köprülü, Les origines de l'empire ottoman, París, 1935; B. Lewis, Istanbul and the Civilization of the Ottoman Empire, Norman, 1963.

[94] Sobre este periodo resulta de interés F. Babinger, *Mehmed the Conqueror and His Time*, Princeton, 1978; A. Clot, *Mehmed II, el conquistador de Bizancio,* Madrid, 1993. Una fuente de primer orden en Tursun Bey, *The History of Mehmed the Conqueror,* Minneapolis, 1978.

[95] Sobre el tema, véase: M. Fernández Álvarez, *Carlos V. El cesar y el hombre,* Madrid, 1999, p.487 y ss.; J. M. González Cremona, *Carlos V. Señor de dos mundos*, Barcelona, 1999, p. 182 y ss.; S. Madariaga, *Carlos V,* Barcelona, 1982 (la edición incluye las memorias del propio Carlos V); R. Tyler, *El emperador Carlos V,* Madrid, 1976, p. 119 y ss.

[96] Sobre los Barbarroja, véase: J. L. Belachemi, Nous les frères Barberousse, corsaires et rois d'Alger, París, 1984; J. Heers, Los berberiscos, Barcelona, 2003; P. Hubac, Les Barbaresques et la course en Méditerranée, París, 1959; J. Monlaü, Les États barbaresques, París, 1973; C. Picard, La mer et les Musulmans d'Occident. VIII-XIII e siècle, París, 1997.

[97] Sobre Argel, véase: M. Fernández Álvarez, *Carlos V. El césar y el hombre,* p. 608 y ss.; J. M. González Cremona, *op. cit,* p. 182 y ss.

[98] A. García Pinto, *Los Tercios..., op. cit.,* p. 43.

[99] Sobre este episodio, véase especialmente A. García Pinto, *op. cit.*, p. 47 y ss.

[100] Sobre Dragut véase: G. B. Comande, *La Sicilia contro il corsaro Dragut (1551-1552)*, Palermo, 1956; J. Heers, *op. cit.*, p. 79 y ss.

[101] En la misma línea, véase el excelente estudio de R. Feijoo, *Corsarios berberiscos*, Barcelona, 2003.

[102] Fuentes de interés para este episodio: L. de Mármol Carvajal, *Historia de la rebelión y castigo de los moriscos del reino de Granada,* Madrid, 1946; Diego Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada, hecha por el rey de España don Felipe II contra los moriscos de aquel reino, sus rebeldes*, Madrid, 1946; Ginés Pérez de Hita, *Guerras civiles de Granada*, Madrid, 1913. Un resumen contemporáneo de la guerra puede hallarse en M. Fernández Álvarez, *Felipe II*, Madrid, 1998, p. 455 y ss.

[103] Sobre don Juan de Austria, véase: B. Bennassar, *Don Juan de Austria*, Madrid, 2000; J. M. González Cremona, *Juan de Austria, héroe de leyenda*, Barcelona, 1994; M. Montero Hernando, *Juan de Austria. Un héroe al servicio de Felipe II*, 1993; J. Vaca de Osma, *Don Juan de Austria*, Madrid, 2000.

[104] C. Martínez Campos, España bélica. Siglo XVI: Apogeo y primeras grietas, Madrid, 1967,

p. 64.

[105] H. Forneron, *Histoire de Philippe II*, París, 1881, vol. I, p. 352.

[106] C. Martínez Campos, *op. cit.*, p. 64.

[107] Sobre Lepanto, véase: J. Costas Rodríguez, *La batalla de Lepanto*, Madrid, 1987; J. Dumont, *Lepanto, la historia oculta*, Madrid, 1999; M. Fernández Álvarez, *Felipe II...*, *op. cit.*, p. 466 y ss.; D. y E. García Hernán, *Lepanto, el día después*, 1999; L. Serrano Pineda, *España en Lepanto*, Madrid, 1986; SHM, *Los Tercios de España en la ocasión de Lepanto*, Madrid, 1971. Una versión novelada de la batalla puede hallarse en C. Vidal, *Victoria o muerte en Lepanto*, Madrid, 2002.

[108] C. Vidal, Enigmas históricos al descubierto, Barcelona, 2002.

[109] S. Fanjul, Al-Andalus contra España. La forja de un mito, Madrid, 2000, p. 1 y ss.

[110] Véanse en especial, los capítulos 54 y ss. de la segunda parte.

[111] El mismo, citado en Marqués de Mulhacén, *op. cit.*, p. 17, se halla en el British Museum, Egerton, mns. 338.

[112] Sobre este tema, véase: C. Martínez Campos, *España bélica. Siglo XVIII: Claroscuros de la disgregación*, Madrid, 1965, p. 104 y ss.; Marqués de Mulhacén, *Política mediterránea de España 1704-1951*, Madrid, 1952. Una versión novelada de la campaña de Orán en C. Vidal, *El violinista del rey animoso*, Madrid, 2001.

[113] Acerca de la caída de Gibraltar, véase: C. Vidal, *Enigmas históricos al descubierto*, Barcelona, 2002.

[114] C. Martínez Campos, España bélica. Siglo XVIII: Claroscuros de la disgregación, Madrid, 1965, p. 104.

[115] Fue este Jorge Juan el ilustre geógrafo y marino.

[116] También se mostró fecunda la diplomacia española en relación con los turcos. El 14 de septiembre de 1782 se firmó un acuerdo con un imperio al que España había derrotado tan sólo unos años antes.

[117] C. Gallagher, *The United States and the North of Africa*, Cambridge, Massachusetts, 1963, p. 74.

[118] Sobre este episodio, véase: D. Woolman, *op. cit.*, p. 48 y ss.; S. G. Payne, *Los militares...*, *op. cit.*, p. 56 y ss.

[119] En el mismo sentido, véase: Carlos Ibáñez de Ibero, *Política mediterránea de España*, Madrid, 1952, p. 127 y ss.

[120] En el mismo sentido, véase: D. S. Woolman, *op. cit.*, p. 15.

[121] W. B. Harris, France, *Spain and the Rif*, Londres, 1927, p. 4.

[122] Así permanecería la situación en el futuro, aunque cuando en 1911 el cañonero alemán *Pantera* fue enviado a Agadir para proteger los intereses germanos en la zona se temió un enfrentamiento directo entre Francia y el káiser. Finalmente, la crisis se solventó mediante el reconocimiento alemán de los intereses franceses en Marruecos y la concesión a Alemania de 710.000 kilómetros cuadrados en el Congo francés.

[123] V. Monteil, *Morocco*, Londres, 1964, p. 154.

[124] Sobre el tema, véase: E. Moha, Las relaciones hispano-marroquíes, Málaga, 1992; J. F. Salafranca, El sistema colonial español en África, Málaga, 2001; R. Salas Larrazabal, El Protectorado de España en Marruecos, Madrid, 1992; V. Morales Lezcano, El colonialismo hispanofrancés en Marruecos (1898-1927), Madrid, 1976.

[125] El acuerdo dejaba fuera del ámbito de lo tratado la cuestión de Tánger. En 1913, una conferencia convocada en Madrid debía zanjar su estatus, pero se vio interrumpida por el estallido de la Primera Guerra Mundial. Tánger continuaría separado de las distintas zonas de influencia hasta 1925, en que fue declarado zona franca internacional.

[126] A. Azpeitua, Marruecos. La mala semilla; ensayo de análisis objetivo de cómo fue sembrada la guerra en África, Madrid, 1921, p. 31.

[127] W. B. Harris, *op. cit.*, p. 22.

[128] Las tribus del Lucus y del Yebala tenían una cierta arabización lingüística y lo mismo sucedía en menor medida con los Senhaja. En ese sentido, véase: D. Wollman, *op. cit.*, p. 35.

[129] D. Woolman, *op. cit.*, p. 39.

[130] E. Westermarck, *Ritual and Belief in Morocco*, Londres, vol. II, p. 12.

[131] B. Biarnay, «Un cas de régression vers la coutume berbère chez une tribu arabisée», *Archives Berbères*, vol. I, pp. 219-229, n. 4, París, 1916.

[132] C. Coon, *Tribes of the Rif*, Cambridge, Massachusetts, 1931, p. 111.

[133] La persistencia de este comercio de seres humanos con finalidad homosexual duró hasta 1937, en que las autoridades del protectorado español lo abolieron.

[134] En este sentido, véase el artículo publicado el 12 de julio de 1909 en *La correspondencia de España*, donde se afirmaba: «Si el país comprendiese que con Marruecos íbamos a resolver algún problema, toleraría una política imperialista; pero como sabe que a Marruecos vamos a ir sin saber ni a qué ni para qué, no lo soporta.»

[135] Sobre El Roghí continúa siendo obra de consulta obligatoria Eduardo Maído- nado, *El Roghí*, Tetuán, 1952.

[136] Sobre la Semana Trágica, puede consultarse: E. Comín Colomer, *La Semana trágica* de Barcelona, Madrid, 1953. P. Volter, *La Semana trágica*, Madrid, 1995; J. Connelly Ullman, *The Tragic Week. A Study of Anticlericalism in spain*, 1875-1912, Cambridge, Ms., 1968.

[137] Sobre la implicación, indudable, de Ferrer en el intento de magnicidio puede verse: R. de la Cierva, *Alfonso y Victoria*, Madrid, 2001, p. 199.

[138] M. T. Martínez de Sas, *El socialismo y la España oficial*, Madrid, 1975, p. 90.

[139] Reproducido en M. T. Martínez de Sas, *op. cit.*, p. 100, n. 15.

[140] En el mismo sentido, D. S. Woolman, *op. cit*, p. 73.

[141] D. S. Woolman, *op. cit.*, p. 75.

[142] El dato del uso del gas aparece recogido en Forbes, *op. cit.*,p. 281 y ss., y en Harris, *op. cit.*, p. 108. Presumiblemente, el origen del arma fue alemán, dadas las buenas relaciones que Raysuli mantenía con agentes del káiser.

[143] Acerca de la Legión, véase: A. Martínez de la Casa, *La Legión española*, 1975; J. Millán Astray, *La Legión*, Leganés, 1980; J. Montes, *La Legión: Marruecos 1920, Bosnia- Herzegovina 1993*, 1996; SIL, *Legión española. Cincuenta años de historia*, Leganés, 1973; L. Togores, *Millán Astray*, Madrid, 2003.

[144] La experiencia de Franco en combate no era, sin embargo, escasa. En 1912, con diecinueve años de edad, había llegado a Marruecos por primera vez, y en 1916 estuvo a punto de hallar la muerte por una herida en el abdomen durante un combate en las cercanías de Biut, en las colinas de Anjera, al oeste de Ceuta.

[145] D. Woolman, *op. cit.*, p. 87.

[146] Sobre los Abd el Krim con distintos datos biográficos, véase: Roger-Mathieu, *Mémoires d'Abd el Krim*, París, 1927; A. Sánchez Pérez, *La acción decisiva contra Abd el Krim*, Toledo, 1931;V. Sheean, *An American among the Riffi*, Nueva York, 1926; D. Woolman, *op. cit.*, especialmente p. 89 y ss.

[147] Las razones de la marcha de Abd el Krim nunca han quedado establecidas de manera indiscutible. Se ha especulado con la posibilidad de que temiera que los españoles lo entregaran a Francia por sus tratos con Alemania, pero lo cierto es que no existe el menor indicio de que así fuera a suceder. Muy posiblemente, a esas alturas Abd el Krim había decidido apartarse de la vida que había

llevado en los años anteriores y declarar la guerra santa contra los infieles.

[148] Acerca de Annual, aparte de las secciones de obras generales ya indicadas, véase: M. Leguineche, *Annual 1921*, Madrid, 1996; J. Pando, *Historia secreta de Annual*, Madrid, 1999.

[149] J. Cabello Alcaraz, *Historia de Marruecos, Tetuán*, 1954, p. 282.

[150] Tan triste galardón correspondería más bien al ejército italiano derrotado por los abisinios en Adoua en 1896. En la citada ocasión, las pérdidas italianas alcanzaron los quince mil hombres. No fue, desde luego, el único desastre militar sufrido por un ejército colonial. En 1879, un ejército de seis mil soldados británicos había sido totalmente exterminado por los zulúes en Isandlhwana y, como veremos más adelante, las fuerzas francesas de Marruecos tuvieron aún más pérdidas que las españolas en Annual cuando finalmente Abd el Krim se decidió a atacarlas.

[151] Citado en D. Woolman, *op. cit.*, p. 131.

[152] D. Woolman, *op. cit.*, pp. 142-143.

[153] Para cifras al respecto, véase: C. Vidal, *La ocasión perdida*, Barcelona, 1997, p. 159 y ss. Él número de combatientes muertos fue de algo más de setecientos mil soldados del Ejército Rojo y unos cien mil del Blanco. A estas cifras hay que sumar dos millones de exiliados, otros dos millones de víctimas del frío, el hambre y las enfermedades, doscientos cincuenta mil campesinos muertos en alzamientos contra Lenin y decenas de miles de ejecutados por los bolcheviques.

[154] Sobre Wrangel, véase: R. Luckett, *The White Generals*, Nueva York, 1987; B. y B. Lunn, *The Memoirs of Baron N. Wrangel*, Nueva York, 1971; A. Wrangel, *General Wrangel 1878-1929. Russia's White Crusader*, Londres, 1987.

[155] W. Miller, *I Found no Peace*, Nueva York, 1936, p. 159.

[156] *London Daily Telegraph*, 5 de abril de 1924.

[157] R. Pryne, *War in Morocco*, Tánger, 1927, p. 143; D. Woolman, *op. cit.*, p. 163 y ss.

[158] D. Woolman, *op. cit.*, p.164.

[159] J. Cooley, Baal, Christ and Mohammed. Religion and Revolution in the North of Africa, Nueva York, 1965, p. 191 y ss.

[160] D. Woolman, *op. cit.*, p. 173.

[161] La expresión aparece en una carta dirigida al británico Ramsay McDonald. El texto aparece reproducido parcialmente en D. Woolman, *op. cit.*, p. 177.

[162] Una referencia a distintas fuentes en D. Woolman, *op. cit.*, p. 226 y ss.

[163] Sobre la conspiración republicana para derribar la monarquía parlamentaria, véase: C. Vidal, *Checas de Madrid*, Madrid, 2003, p. 52 y ss.

[164] J. Velarde, *Azaña*, Barcelona, 2002, p. 135 y ss., y 205 y ss.

[165] Sobre el tema de la revolución de 1934, el mejor estudio sigue siendo P. Moa, *Los orígenes de la guerra civil española*, Madrid, 2000. Puede verse también: C. Vidal, *Checas de Madrid*, Madrid, 2003, p. 58 y ss.

[166] César Vidal, *op. cit*., p. 281.

[167] Ibídem, p. 281 y ss.

[168] Ibídem, p. 282 y ss.

[169] Datos proporcionados por Max Mazín, antiguo presidente de la comunidad judía de Madrid.

[170] Sobre el tema, véase: C. Caballero Jurado, *La espada del islam. Voluntarios árabes en la Wehrmacht*, Granada, 1999.

[171] El mismo Juin relataría su experiencia en *Le Maghreb en feu*, París, 1957.

[172] Sobre el episodio, véase: C. Vidal, *Checas de Madrid*, Madrid, 2003, p. 123 y ss.

[173] A. Martínez Inglés, *España indefensa*, Madrid, Barcelona, 1989, p. 147 y ss.

[174] R. Casas de la Vega, *La última guerra de África,* Madrid, 1985.

[175] El episodio aparece bien estudiado en L. Suárez, *Francisco Franco y su tiempo,* Madrid, 1984, t. VIII, p. 112 y ss. El estudio de Suárez, realmente muy notable, cuenta con la ventaja de citar los documentos custodiados en la Fundación Francisco Franco.

[176] Sobre la presencia española en el Sáhara, véase: J. R. Diego Aguirre, Historia del Sahara español, Madrid, 1988; ídem, Guerra en el Sahara, Barcelona, 1991; ídem, La última guerra colonial de España: Ifni-Sahara (1957-1958), 1994; J. M. Cordero Torres, El Sajara español, Madrid, 1962; M. Fernández-Aceytuno, Ifni y Sahara: una encrucijada en la historia de España, 2001; Ministerio de la Presidencia, La descolonización del Sahara, Madrid, 1975; J. Pinies Rubio, La descolonización española en las Naciones Unidas: Guinea Ecuatorial (Fernando Poo y Río Muni), Ifni, Sahara Occidental y Gibraltar y las Naciones Unidas, Madrid, 2001.

[177] Reproducido en T. Bárbulo, *op. cit.*, p. 81.

[178] Reproducida en T. Bárbulo, *op. cit.*, p. 91.

[179] Referencia 21.060.24. Secreto.

[180] Sobre la singular —y terrible— figura de Hassán II puede consultarse G. Perrault, *Nuestro amigo el Rey,* Madrid, 1991; J. P. Tuquoi, *El último rey. Crepúsculo de una dinastía,* Barcelona, 2002.

[181] Sobre las terribles represalias que recayeron sobre la familia de Ufkir, véase: G. Perrault, *Nuestro amigo el Rey,* Madrid, p. 104 y ss.

[182] Sobre el tema, véase: T. Bárbulo, *op. cit.*, p. 195 y ss.

[183] En el mismo sentido mencionando el testimonio del ministro Antonio Carro, T. Bárbulo, *op. cit.*, p. 213.

[184] Luis Suárez, *op. cit.*, t. VIII, p. 372.

[185] En ese sentido, véase: Luis Suárez, *op. cit.*, t. VIII, p. 372.

[186] Idem, p. 373.

[187] L. Suárez, *op. cit.*, t. VIII, p. 386.

[188] L. López Rodó, *La larga marcha hacia la monarquía,* Barcelona, p. 626.

[189] L. Suárez, *op. cit.*, t. VIII, p. 391, citando el protocolo secreto custodiado en la AFF.

[190] La cifra final se incrementaría hasta seiscientos cincuenta mil, de los que un 10 por ciento serían mujeres. En ese sentido, véase: J. Palacios, *Los papeles secretos de Franco,* Madrid, 1996, p. 547.

[191] Relatos de los hechos en V. Pozuelo, *Los últimos 476 días de Franco,* Barcelona, 1979;T. Luca de Tena, *Señor ex ministro,* Barcelona, 1976, p. 514 y ss.

[192] J. Palacios, *op. cit,* p. 550 y ss.

[193] Sobre el tema, véase: J. Palacios, *op. cit.*, p. 560 y ss.

[194] Citado en T. Bárbulo, *La historia prohibida del Sáhara español,* Barcelona, 2002, p. 70.

[195] Sobre el tema, con abundante documentación, véase: L. Suárez, *op. cit.*, t. VIH, p. 346 y ss.

[196] Saddam Hussein ha sido objeto de dos biografías oficiales propias del más escandaloso culto a la personalidad y debidas a: Amir Iskander, *Munadilan wa Mufakiran wa Irisarían,* París, 1981; Fuad Matar, *Saddam Hussein. The Man, the Cause and His Future,* Londres, 1981. De interés también es un libro autobiográfico —*The Long Days,* varias ediciones— en el que Saddam Hussein relata sus años de juventud bajo el nombre de Abdel Amir Mualá.

En 1969 se publicó en Londres un interesantísimo libro sobre Saddam Hussein titulado *The Bloody History of Saddam al-Tikriti,* que, de manera comprensible, pasó casi inadvertido, pero donde pueden rastrearse algunos aspectos que resultarían esenciales en la carrera posterior del dictador. En realidad, la bibliografía sobre Saddam Hussein experimentó un cierto incremento a partir del momento en que pasó a ser el número uno del régimen —Samir al-Jalil, *Republic of Fear,* Berkeley, 1989— y, sobre todo, a raíz de la guerra con Irán y la invasión de Kuwait con obras como las de

Judith Miller y Laurie Mylroie, *Saddam Hussein and the Crisis in the Gulf* Nueva York, 1990, y Abdel Darwish y Gregory Alexander, *Unholy Babilón*, Londres, 1991. Además de las monografías sobre aspectos concretos como las de E. Karsh, *The Iran-Iraq War 1980-1988,* Londres, 2002; M. S. el-Azary (ed.), *The Iran-Iraq War,* Londres, 1984; J. Bullock y H. Morris, *The Gulf War,* Londres, 1989; L. Freedman y E. Karsh, *The Gulf Conflict 1990-1991,* Londres, 1993.

Actualmente la biografía más completa, a nuestro juicio, es la de Con Coughlin, *Saddam. The Secret Life,* 2002 (existe edición en castellano en Planeta, *La vida secreta de Saddam Hussein).*

No han faltado algunos estudios excelentes sobre la manera en que Saddam Hussein llevó a cabo su carrera armamentística. Entre ellos destacan los de Kenneth R. Timmerman, *The Death Lobby: How the West Armed Iraq,* Boston, 1991, y Jidir Hamza, *Saddam's Bombmaker,* Nueva York, 2000.

Finalmente, debe hacerse referencia a algún título esencial para comprender el carácter pavoroso de la dictadura de Saddam Hussein en el terreno de los derechos humanos —Sahib Hakim, *Human Rights in Iraq,* Londres, 1992— o el peligro que representó su almacenamiento de armas de destrucción masiva. Entre éstos cabe citar los de Scott Ritter, *Endgame: Solving the Iraq Problem, Once and for All,* Nueva York, 1999, y Tim Trevan, *Saddam's Secrets: The Hunt for Saddam's Hidden Weapons,* Londres, 1999.

[197] Acerca de la guerra del Golfo, aparte de las referencias en los textos sobre Saddam Hussein ya mencionados puede consultarse: S. Aroca, *El Gran Engaño. La guerra del Golfo. La implicación española,* Barcelona, 1991; E. Laurent, *Tormenta del desierto,* Badalona, 1991; B. Woodward, *Los comandantes,* Barcelona, 1991 ; VV. AA, *Después de la Tormenta. Las claves de la posguerra,* Barcelona, 1991. Los textos redactados por españoles resultan especialmente interesantes al dejar de manifiesto el enorme seguidismo que caracterizó al gobierno de Felipe González en relación con la política de Bush y también la escasa capacidad de premonición de muchos especialistas reales o supuestos.

[198] Aunque no exento de titubeos. Por ejemplo, el 14 de agosto, un día antes de salir de vacaciones a Marruecos, Felipe González había anunciado que España no apoyaría el bloqueo naval decidido por Estados Unidos.

[199] El texto aparece reproducido en el apéndice documental con el número 57.

[200] Un comentario sobre la actitud del socialista Rodríguez Zapatero al no estar dispuesto a apoyar la intervención de España en la guerra contra Saddam Hussein, ni siquiera en el caso de que así lo decidiera el Consejo de Seguridad, en *Libertad Digital,* 7 de febrero de 2003.

[201] El 3 de abril, el secretario general del PP, Javier Arenas, haría públicos los nombres de algunos de los miembros del PSOE y de IU que habían participado en las agresiones.

[202] Uno de los casos más obvios fue el de la presencia del terrorista de Abu Abbas en Irak *(El Mundo,* 15 de abril de 2003), pero no fue el único ni el más significativo. Más revelador resulta el hecho de que algunos de los atentados terroristas realizados en Irak durante la posguerra hayan sido reivindicados por Al Qaida.

[203] Sobre las armas de destrucción masiva puede consultarse el extracto del informe Kay reproducido en el Apéndice documental. El *Sunday Telegraph* (6 de diciembre de 2003) volvía a ofrecer otra prueba de la existencia de este tipo de argumento. Según el testimonio del coronel Al Dabbagh, Saddam Hussein había dado órdenes de utilizarlas contra las fuerzas de la coalición, y hubieran podido desplegarse en cuarenta y cinco minutos pero el ejército se opuso. Sobre el mismo tema, puede asimismo consultarse *Libertad Digital,* 6 de diciembre de 2003.

[204] Sobre la resolución aprobada por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas respaldando la ocupación de Irak durante la posguerra, véase: *Libertad Digital*, 17 de octubre de 2003.

[205] Alicia Delibes *(Libertad Digital*, 5 de marzo de 2003) analizaba con especial agudeza la

encuesta que fue publicada por el diario *El Mundo* justo el fin de semana anterior. Ciertamente, la mayoría de la sociedad española se manifestaba contraria a la guerra pero, al mismo tiempo, un 55,6 por ciento consideraba que Saddam Hussein era un peligro para la paz y un 65,4 por ciento estaba convencido de que contaba con armas de destrucción masiva.

[206] El caso de Nigeria —en absoluto el único— resulta, además de bien ilustrativo, escalofriante. En 1980 se produjo en Kano el asesinato de 4.177 cristianos a manos de musulmanes. Desde entonces, el desarrollo político de la nación ha ido en la dirección de dejar de ser una república democrática para convertirse, estado a estado, en una teocracia islámica. Una descripción no exhaustiva pero más que suficiente para comprender lo que ha significado el avance del islam en este país en los últimos años lo encontramos en G.J.O. Moshay, *Who is this Allah?*, Bicester, 1995, p. 40 y ss. Sobre el enorme peligro que el islam está significando para África en general, puede consultarse: J. P. Ngoupandé, *L'Afrique face à l'islam*, París, 2003.

[207] Al respecto no dejan de ser enormemente interesantes las obras del egipcio Samir Khalil Samir. Profundo conocedor del islam, también es una de las voces que ha clamado más veces para que Occidente abandone sus prejuicios «políticamente correctos» hacia el islam y se percate del peligro que se cierne sobre él. De especial relevancia es su *Cien preguntas sobre el islam,* Madrid, 2003.

[208] La presencia de misioneros cristianos en países islámicos —algo que parece totalmente justo, dada la de los misioneros musulmanes en naciones occidentales— tendría por añadidura un efecto extraordinariamente positivo en los hábitos de vida y la estructura política de los mismos. Esas poblaciones, sometidas a distintas dictaduras islámicas, podrían descubrir la fuente —el cristianismo — que dio origen a la democracia, la revolución científica, los Derechos humanos o la universidad en Occidente (hemos desarrollado este tema en C. Vidal, *El legado del cristianismo en la cultura occidental*, Madrid, 2000). El efecto absolutamente benéfico de la misión cristiana fue captado por el general Douglas MacArthur durante el periodo en que tuvo a sus órdenes las fuerzas de ocupación en el Japón. Llegó a afirmar que «cuantos más misioneros podamos traer aquí y más fuerzas de ocupación podamos enviar a casa, mejor» (W. Manchester, *American Caesar. Douglas MacArthur 1880-1964*, Boston y Toronto, 1978, p. 511), y se ocupó de que se repartieran diez millones de Biblias entre la población. No se equivocó MacArthur. En la actualidad Japón ha conservado su cultura secular pero, a la vez, se ha visto impregnado por los aspectos más positivos de la cultura occidental, convirtiéndose en una nación avanzada y democrática. No sería ciertamente mal destino para los países que desde hace siglos se hallan sometidos al islam.